



LA BESTIA

LILY PEROZO



LA BESTIA

LILY PEROZO

Copyright © 2015 Lily Perozo

Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-1-329-65565-2

Diseño de portada por: Tania Gialluca

Primera Edición: Octubre 2015

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Dedicatoria

A Gezabel Cárdenas, porque gracias a ti existe esta historia.

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[Capítulo 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[Capítulo 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

CAPÍTULO 44

CAPÍTULO 45

CAPÍTULO 46

CAPÍTULO 47

CAPÍTULO 48

CAPÍTULO 49

CAPÍTULO 50

EPÍLOGO

Play List

CONTACTA CON LA AUTORA

Agradecimientos

A **Dios** que es mi guía, quien me brinda la fortaleza para alcanzar mis metas.

A **mi familia**, por el apoyo incondicional que siempre me brindan, sobre todo por comprender mis horarios.

A **Jessica Fermín Murray**, por haberme dedicado tanto tiempo, para corregir la historia y por tus sabios consejos, estoy segura de que sin tu ayuda, esto fuese un completo desastre. ¡Gracias mi Jess!

A **Yussy Deleforge**, por creer en la historia, ser mi lectora beta y enamorarte de los personajes, tanto como para soñar con ellos, jajaja.

A **Tania Gialluca**, por la maravillosa creación es esta impactante portada.

A **todas las chicas** que con su maravilloso talento crean artes y vídeos para hacernos sentir la historia más real.

Realmente agradecida el **Equipo de preventa**, porque gracias a ustedes LA BESTIA llegará a personas que probablemente no tendrían la oportunidad, ni los medios para colaborar con este trabajo.

Gracias infinitas a quien se aventure en esta historia.

*Solo soy un hombre con una vela para guiarme
Estoy resistiendo para escapar de lo que está dentro de
mí.*

Imagine Dragons

LA BESTIA

CAPÍTULO 1

Julio 2014

Desde el mismo momento en que fue capturado bajo el puente Vincent Thomas, lo habían mantenido aislado; esperaba que alguien le dijera lo que harían con él porque llevaba tres días en ese lugar, que solo perturbaba su paz mental y nadie se acercaba a decirle absolutamente nada.

Las rejas grises dividían su celda de la de los demás reclusos, por las noches cuando todos lo creían dormido, escuchaba a los hombres de las celdas contiguas murmurar, algunos lo enaltecían y otros simplemente lo odiaban, como pasaba con el resto de la población.

No eran más que una bola de hipócritas que fingían estar consternados por lo que él había hecho, como si hubiese sido lo peor, cuando a diario habían miles de niños muriendo de hambre, pero a la ahora de brindar ayuda, todos se volvían tan inhumanos como lo era él.

Los más arriesgados de los reclusos se atrevían a preguntarle cuáles habían sido las razones que lo llevaron a cometer semejante “aberración”, así era como ellos le llamaban a su demostración de valor y fidelidad. Verdaderamente disfrutaba de las estúpidas ideas que forjaban y con ninguna se acercaban a lo que realmente había pasado.

Su mirada azul indisoluble se ancló en dos hombres vestidos de uniforme policial que aparecieron frente a su celda, los reconocía, formaban parte del equipo que él había dejado que lo atrapara. Seguían manteniendo ese semblante inmutable, las pupilas de uno de ellos estaban cargadas de desprecio hacia él, las del otro reflejaban miedo. Podía jurar que era un novato y que era la primera vez que se veía frente a frente con un asesino.

Aunque estuviera en ese reducido y maloliente lugar, estaba seguro de que afuera el mundo empezaba a crear leyendas urbanas sobre él, eso verdaderamente alimentaba su ego.

Cuando el precinto de seguridad de la celda se desactivó, se levantó de la cama lentamente y observó cómo el policía temeroso retrocedió un paso, mientras que el que lo odiaba avanzó dentro de la celda al tiempo que se

descolgaba las esposas del arnés.

—Date la vuelta —exigió mostrándole al recluso la destreza con la que movía las esposas—. Manos hacia atrás.

—Eh, eh —advirtió al sentir cómo el hombre ajustaba de manera violenta las esposas alrededor de sus muñecas.

El policía ignoró su sutil amenaza al volverlo con ímpetu, intentando intimidarlo con eso.

—Así no se trata a las personas —le recordó, su voz estaba algo ronca, tal vez por el tiempo que llevaba sin hablar.

—No eres una persona, Bestia —ironizó en un murmullo impersonal.

Benjamin soltó una corta carcajada que provocó un movimiento en su manzana de Adán. En una clara burla hacia el hombre que parecía tener más músculos que neuronas, dando la impresión de que el uniforme le quedaba pequeño, mientras que el policía que le temía, se mantenía justo en la entrada, no queriendo invadir su espacio.

Casi a empujones el policía con las bolas cargadas de valor, lo sacó de su espacio seguro y todos los reclusos de las demás celdas se arremolinaron en los barrotes, creando un coro de silbidos que acompañaban a las palabras que le gritaban, mientras era escoltado por los dos hombres de la ley.

No preguntó a dónde lo llevaban porque ya lo sabía, tenía la certeza de muchas cosas de las que pasarían con él y no tenía miedo, había dejado de tenerlo, había dejado de percibir algún sentimiento.

Sus pasos eran gráciles, ni siquiera él mismo podía escucharlos, contrario a las botas de los policías, que resonaban en el piso de concreto pulido del iluminado pasillo.

—¡Satánico, maldito! —vociferaban algunos de los reclusos, sacando los brazos a través de los barrotes intentando alcanzarlo, pero por más que estiraran las extremidades, se les haría imposible al menos tocarle un cabello.

—Hijo del Diablo... Bestia, Bestia, Bestia —coreaban la canción casi apocalíptica que ya le habían compuesto. No pudo evitar que sus labios se curvaran sutilmente en una sonrisa, la que intentaba contener.

—Anticristo... ¡Si alguno tiene oído que oiga! El que lleva en cautividad, va en cautividad; el que a cuchillo matare, es necesario que a cuchillo sea muerto. Aquí está la paciencia y la fe de los santos... —le gritaba un fanático religioso que agitaba una deteriorada biblia.

Siempre eran las mismas protestas, los que lo odiaban se hacían escuchar,

mientras que los que lo glorificaban guardaban silencio, esperando el momento en que él les contara un poco más de su crimen, ya lo sabían, pero querían detalles, siempre querían saber un poco más, sobre todo su versión de los hechos.

A cada paso que daba se alejaba de las únicas personas que le habían hecho compañía los últimos días, hombres que eran el polo opuesto de las personas con las que estaba acostumbrado a relacionarse.

Los policías iban en completo silencio, podía sentir las pesadas respiraciones en su nuca, ellos estaban atentos a cada uno de sus pasos.

Una puerta de seguridad en acero blanco, con una pequeña ventana rectangular en la parte superior le anunciaba que ese era el destino.

El policía que no lograba disimular el miedo que le tenía tocó el cristal, solo pasaron contados segundos para que el sonido del precinto de seguridad les anunciara que estaba abierta.

La mezcla de olor a cloro y fármacos inundaba el lugar; sin embargo, le daba propiedad al espacio.

—Buenos días Benjamin —lo saludó un hombre pasado de kilos, con unos lentes de aumento, al tiempo que se ponía de pie para recibirlo.

Él no le devolvió el saludo, tampoco hablaría. Solo se sentaría y esperaría a que el reloj desgranara los segundos, hasta que el tiempo en ese lugar pasara. No quería brindarle entretenimiento a nadie.

—Quítenle las esposas —le pidió a los policías, quienes lo miraron sin poder disimular la alerta que les iluminaba las pupilas—. Por favor —solicitó con voz tranquila al ver el comportamiento reacio de los hombres.

—No es seguro doctor —musitó uno de ellos, siendo consciente de que el hombre cometía una gran imprudencia. Estaba seguro de que el recluso no necesitaba de ninguna terapia psicológica, que lo que realmente necesitaba era la inyección letal.

—Quítenle las esposas —repitió y ancló la mirada en el paciente—, y me dejan a solas con él. Sé que Benjamin no quiere y no me hará daño, está seguro de que mi única intención es ayudarlo.

Al escuchar las palabras del psiquiatra, Benjamin le dedicó una larga mirada, tal vez agradeciendo el primer gesto humano que había recibido después de lo sucedido.

A los policías no les quedó más remedio que acatar la orden, el que tenía las llaves de las esposas se las entregó al que le temía al recluso, indicándole

con un ademán que se encargara de liberarlo.

El agente Marks era realmente supersticioso y empezaba a creer fervientemente en las teorías que rondaban al caso de La Bestia, no pudo evitar dedicarle una mirada de reproche a su compañero, aun así recibió las llaves y se acercó al recluso, con la firme convicción de llevar a cabo su labor.

Bordeó al detenido mientras lo liberaba de las esposas, no pudo evitar anclar la mirada en las heridas abiertas que tenía en las palmas de las manos y que nadie se había preocupado por curarle, apenas se las había lavado.

Benjamin miró por encima del hombro al policía, ejerciendo un poco de la voluntad que poseía para que lo viera, justo en el momento en que su mirada azul intensa se fijó en los ojos color almendra, el pobre hombre empezó a temblar, demostrando que no poseía ni un atisbo de valor.

Marks tragó en seco y casi con desespero terminó de quitar las esposas, intentando disimular delante de los demás la urgencia que lo atacó por largarse de ese lugar. Caminó hasta su compañero y le palmeó el hombro en una clara invitación para que se marcharan.

—Pueden pasar en una hora —pidió el doctor y con un ademán los invitó a retirarse.

Los policías salieron del lugar, dejando a todo riesgo al doctor Grignard con el asesino que había conmocionado a la nación, haciéndolo más espantoso por su condición de artista reconocido.

—Ese hombre me da miedo, me miró como si estuviera poseído por el Diablo —comentó Marks con la voz vibrante ante el pánico.

—¡Qué Diablo! Deja tus supersticiones, solo en un psicópata de mierda al que se le subió la fama a la cabeza y se creyó intocable —comentó Burleigh, sin prestar atención al estúpido miedo de su compañero.

En el lugar no había ningún tipo de comodidad, solo un estante, una camilla, un escritorio y una silla, todo en metal pintado de color crema.

El doctor miraba atentamente cómo el paciente se paseaba por el lugar, ignorando completamente su presencia. Él debía hacerse notar, por lo que carraspeó un par de veces, al tiempo que se quitaba los lentes y los dejaba sobre el escritorio metálico.

—¿Cómo te sientes? —preguntó el hombre, pero una vez más no recibió respuestas—. Benjamin, ¿por qué no tomas asiento? —Lo invitó y sin aguardar por su respuesta se encaminó a sentarse detrás del escritorio, sobre

la única silla que había en el lugar—. Sé que estás pasando por un momento difícil pero quiero ayudarte, de verdad quiero hacerlo. Aunque está claro que si tú no me lo permites, no conseguiremos nada.

De manera inusitada el paciente se volvió, mostrando por primera vez interés en el doctor. Con lentitud, como si contara cada paso que daba, se acercó hasta la camilla, de espaldas al mueble se impulsó con las manos y subió.

Después de varios minutos el doctor sentía que estaba avanzando, al menos el joven había aceptado su propuesta de sentarse.

Benjamin posó las palmas de sus manos sobre sus rodillas y las frotó con parsimonia mientras miraba fijamente al hombre, quien no le demostraba temor, como lo hacían casi todos los que se le acercaban.

—Tal vez la pregunta que te voy a formular ya te la habrán hecho muchas veces. Según el informe que tengo aquí —indicó posando la mano derecha sobre una carpeta cerrada—, hasta ahora no has dado ninguna declaración, te has negado a hablar. No quiero que me veas como una amenaza, no soy tu enemigo, no soy como ellos —extendió la mano hacia la puerta, señalando hacia afuera, siendo completamente consciente de que los policías perdían la paciencia rápidamente y actuaban por impulso y rabia—. Ni siquiera tienes que verme como a un doctor, sino como a un amigo, como a un confidente. Sé que necesitas expresar eso que te obligas a retener. ¿Puedes contarme qué pasó? Prometo que creeré en lo que me digas, solo creeré en ti —aseguró con la mirada fija en el paciente, quien no mostraba ningún tipo de emoción.

Benjamin se encontraba inmóvil, analizando silenciosamente la mirada del hombre, quien con la panza rozaba el escritorio. Admitía que le parecía algo cómico y veía en él curiosidad, era como un niño a la espera de que le contaran el final de su cuento favorito, por lo que decidió ser un poco condescendiente con el hombre, en la misma medida en que lo había sido con otros reclusos a los que les alimentaba el morbo.

—Para que pudiese ser mi amigo debería ser incorpóreo y más inteligente... sin embargo, saciaré su curiosidad pero solo un poco, será mucho menos de lo que espera saber; el resto exclusivamente lo revelaré en mi libro.

Era la primera vez que el doctor escuchaba su voz, muy acorde con sus veinte años, pero con un toque de sarcasmo y seguridad que lo intrigaba. No se le pasó por alto la primera parte de su comentario, no se atrevió en ese

momento a anotar sobre ese detalle que sustentaría su diagnóstico de la condición mental de Benjamin, para no perder la confianza que había conseguido.

—¿Piensas escribir un libro narrando los hechos? —curioseó mostrándose totalmente atento.

—No pienso, lo haré —aseguró con determinación.

—¿Lo crees necesario?

—Sí. Llega un momento en que algunos artistas lo creen necesario, con el único propósito de reinventarse e impulsar su carrera, así como lo hizo Ricky Martin después de afrontar su homosexualidad, pretendiendo justificar ante el mundo su tendencia sexual o como lo hacen las Kardashian compartiendo cómo viven el día a día. ¿A quién mierda le interesaba si se limpian el culo o no? Sin embargo, siempre existen personas que pagan por esa basura, cómo no pagar por el morbo. El ser humano es curioso por naturaleza y quiere saber realmente qué pasó y por qué actué de esa manera.

—Tal vez llegue a ser un superventas. Pero primero deberás demostrar tu inocencia para poder conseguir la libertad.

—No tengo que demostrar inocencia porque no soy inocente, cometí esos asesinatos y punto, pero sé que lograré salir de este lugar; el único inconveniente será lidiar con las personas de afuera —masculló desviando su mirada del doctor.

—¿Tienes miedo de salir? Eso de "lidiar" me parece que es más bien como temor a encontrarte con el exterior —explicó al notar un poco de tensión en el paciente, lo que le indicaba que de cierta manera era torturado por la conciencia.

—Ciertamente tengo temor, hay personas sin escrúpulos que nunca entenderán mi proceder y no dudarán en hacerme daño. Permití que me capturaran porque sé que aquí podré estar a salvo por el tiempo necesario. Por el momento, afuera todos me odian.

Su voz ya no era tan vacía, en ese momento evidenciaba el temor que lo atormentaba, esa zozobra de saber que había conmocionado al mundo con lo que había hecho y que sin duda, podía pagar las consecuencias.

—Es normal que sientas temor y también es normal que la gente te tenga miedo o rabia, afuera no solo te odian, también te temen. Sé que no es profesional contarte sobre ciertas cosas, pero recuerda que estoy aquí como tu amigo... —le mostró una sincera sonrisa, lo suficiente para que el paciente se

llenara de confianza.

—Usted se empeña en querer ser mi amigo, pero ya le he dicho que no tengo, esos no existen. La verdadera amistad no existe, todos se acercan a uno cuando necesitan, mientras puedas brindarles durará el afecto, pero el día que ya no puedas ofrecerles nada, ese día el amigo se va, desaparece poco a poco. Usted dice ser mi amigo porque necesita mi testimonio, apenas cierre este caso se olvidará de mi existencia. Por supuesto, no lo culpo por ello, yo también lo hice, me olvidé de muchas personas a las que les ofrecí amistad simplemente porque en algún momento tenían algo que darme a cambio.

—Tus palabras tienen mucha coherencia; entonces, ¿podrías ayudarme a cerrar este caso? —Se aclaró la garganta al tiempo que se acomodaba en la silla, adhiriéndose completamente al espaldar—. ¿Podrías contarme un poco sobre qué te llevó a cometer ese crimen?

—Nada me llevó a hacerlo, lo hice porque debía... tal vez porque quería. Seguramente no le agrade lo que va a escuchar —advirtió con una mueca de sonrisa traviesa bailando en sus labios.

—Tranquilo, estoy acostumbrado a escuchar cosas terribles, he lidiado con muchos pacientes.

—Pero nunca con La Bestia —confesó seriamente.

El doctor se quedó observando al paciente Benjamin Sutherland, del famoso actor quedaba muy poco. El cabello que llevaba a la altura de la nuca y que era uno de los principales atractivos para las mujeres, había desaparecido, se lo raparon y las ropas de marcas extravagantes habían sido cambiadas por el uniforme de la prisión.

—Entonces, ¿puedes ponerme a prueba? —pidió cruzándose de brazos.

—¿Por dónde quiere que empiece? ¿Desde el momento en que llegué a la casa o desde la primera puñalada? —propuso en un completo estado de tranquilidad, demostrando que no le incomodaba hablar del tema—. No sé por dónde hacerlo. De usted depende lo que le pueda contar, no quiero aburrirlo.

—No, aún no quiero saber de eso... ¿Por qué no me cuentas un poco de Iblis? Es así como se llama, ¿cierto? —El doctor no quería presionarlo a que le contara sobre el asesinato, prefería de manera sutil encontrar las respuestas que la policía necesitaba.

—Sí, puede llamarlo de esa manera si lo desea, da igual —Benjamin se impulsó hacia atrás pegando la espalda contra la pared.

—No sabemos nada de él, pero sí que hiciste la llamada, según los registros telefónicos y las grabaciones... Lo que no me explico es, ¿cómo es que ese número nunca ha existido? ¿Puedes explicarme algo sobre eso? —solicitó tratando de no llevar al recluso a los extremos.

—Si está pretendiendo que le diga dónde puede encontrarlo está muy equivocado, no podrán hacerlo, no tiene un lugar específico —aseguró sin apartar la mirada del psiquiatra.

—¿Quién es? Quiero saber qué relación tiene contigo, solo eso —el hombre frunció el ceño ligeramente al ver cómo Benjamin sonreía irónicamente, dejando claro que se estaba burlando de sus inquietudes.

—Todos quieren saberlo —aseguró ampliando un poco más la sonrisa, siendo hasta cierto punto satírico.

—¿Quiénes quieren saberlo?

—Doctor, no me gusta jugar a estas tonterías. Sabe perfectamente que la policía y los medios están en una encarnizada cacería para ver a cuál de los dos le llega primero la información.

—Solo pretendo ayudarte, antes de que te toque el interrogatorio con algún policía malhumorado, lo que menos quiero es que te lastimen. ¿Por qué no me cuentas un poco? No tienes que decirme dónde se esconde, sino qué relación tienes con él.

—No le tengo miedo a ningún policía en el que he despertado odio, media nación lo hace, qué más da; sin embargo, le contaré un poco de Iblis —liberó un largo suspiro como si se preparara para hablar—. Es tan solo un amigo que conocí hace poco más de dos años y me enseñó ciertas cosas.

El doctor Grignard no quiso detenerse a recordarle que unos minutos atrás le había dicho que no creía en la amistad.

—¿Dónde lo conociste? ¿Es norteamericano? —preguntó, aún sin atreverse a anotar ningún dato en su libreta, porque no quería que el paciente se retrajera y perder lo poco que había avanzado.

—Lo conocí en el avión cuando me vine a América, fue mi compañero de asiento, en las horas que duró el vuelo hablamos de muchas cosas. Es un hombre iraquí, muy sabio —confesó y al instante pudo percibir lo que el doctor pensaba, por la manera en cómo lo miró—. Y no, no es ningún terrorista. No sé qué mierda le pasa a los gringos, se nombra alguna nacionalidad del Medio Oriente en su presencia y de inmediato se les encienden todas las alarmas de terrorismo que llevan desde el 2001.

—¿Por qué te viniste a América? —preguntó, queriendo obviar el comentario de su paciente, acerca de un tema que iba ligado a la sensibilidad del mundo y no era ético ponerse a discutir con Benjamin sobre eso.

—Me escapé de la casa de mi padre, ya no quería seguir viviendo en un lugar donde era la oveja negra de la familia, solo por ser producto de un desliz del Asesor Especial de Relaciones Exteriores de la ONU con una actriz norteamericana, a mi madrastra le divertía humillarme. Pero más allá de eso, estaba mi anhelo de ser actor.

Grignard pudo notar que desde niño Benjamin arrastraba el velo del resentimiento, desde el mismo momento en que lo separaron de su madre y lo obligaron a vivir en el seno de una familia que lo despreciaba.

—Entonces, lo que se hereda no se hurta —le sonrió con franqueza en un intento por ganar la total confianza del paciente. El rostro de Benjamin adoptó la naturalidad de una estatua, por lo que prefirió desviarse una vez más hacia sus intenciones—. Cuéntame un poco más de tu amigo, ¿acordaron seguir viéndose cuando llegaron a América o solo se encontraron por casualidad?

—Cuando llegué, en el aeropuerto me di cuenta de que mi padre me había bloqueado las tarjetas, no tenía un solo centavo, ni siquiera tenía la dirección de donde vivía mi madre, estaba perdido —sonrió evidenciando un poco de amargura—. Había llegado a un país que no conocía y sin un centavo en el bolsillo, pero Iblis me ofreció ayuda. Me dijo que tampoco tenía mucho dinero pero que había alquilado un lotf, que si no me importaba dormir en un sofá, podría quedarme con él mientras encontraba a mi madre. Definitivamente no tenía otra opción.

—¿Cuánto tiempo conviviste con Iblis? —Grignard quería llegar al fondo del asunto porque su intuición le gritaba que los dantescos asesinatos cometidos por Benjamin, habían sido bajo la influencia del hasta ahora desconocido, Iblis.

—Un poco más de dos meses me llevó encontrar la dirección de mi madre.

—¿Qué pasó durante todo ese tiempo? ¿Cómo hiciste para subsistir? ¿Qué te dijo ella cuando te vio? ¿Sigue tu amistad con Iblis?

—Creo que ha hecho muchas preguntas por el día de hoy; sin embargo, antes de que termine mi tiempo aquí, se las responderé. El tiempo que conviví con Iblis fue muy beneficioso para mí, él domina todos los idiomas del mundo, hasta las lenguas muertas, con él logré aprender trece idiomas...

—¿Trece idiomas en dos meses? Eso es técnicamente imposible —aseguró algo aturdido, creyendo que su paciente estaba jugando con él. Recibió por respuesta una mirada penetrante—. Entonces si fue Iblis quien te enseñó latín, ¿fuiste tú quien hizo las anotaciones que estaban en la libreta que la policía encontró en tu habitación?

—En realidad están algo confundidos. Sé latín, pero esos escritos están en arameo y sumerio —manifestó con total tranquilidad.

—¿Cómo has aprendido estas lenguas muertas en solo dos meses? ¿Puedo anotar los nombres? —preguntó con precaución.

Benjamin le hizo un ademán invitándolo a que anotara lo que había solicitado.

—El latín y el arameo no son lenguas muertas doctor... —hablaba cuando el especialista intervino.

—Pero el sumerio sí... Tal vez envíen tus escritos al Vaticano... ¿De qué tratan? —el doctor le permitió a su curiosidad hacer la pregunta.

—Eso lo explicaré en mi libro, espero que en el Vaticano tengan suerte y logren descifrarlos... ¿Tiene algún cigarrillo? —preguntó de manera casual, evidenciando que no le daba importancia a lo que hicieran con sus escritos.

—No tengo —dijo ajustándose con el dedo índice sobre el tabique los lentes. Percibió el gesto de decepción en el rostro del paciente—. Lo siento, para la próxima cita te traeré una cajetilla.

—Se lo agradeceré —la voz de Benjamin era calmada y segura, como la de cualquier hombre conversando con un conocido.

—¿Qué otra cosa te enseñó tu amigo?

—Historia, pero no la que ya conocen. Aprendí cosas que al ser humano no le convendría descubrir porque se desataría la tercera guerra mundial entre las religiones; también aprendí un poco del futuro, con solo mirarlo a los ojos sé que a usted no le queda mucho tiempo de vida.

El doctor cruzó las piernas y tragó en seco, echándose un poco para atrás en la silla, en un impulso natural por protegerse, asumiendo que su paciente lo estaba amenazando.

—No debe tenerme miedo, no voy a hacerle daño... Tal vez no debí decírselo, pero son muy pocas las personas que corren con la suerte de saber en qué momento dejarán de existir. De ahora en adelante, usted podrá disfrutar cada día, vivirlo con más intensidad —le aconsejó, viendo el pánico que invadía los ojos del psiquiatra—. No es a mí a quien debe temer, debe

hacerlo de sus superiores que piensan trasladarlo... Usted realmente es un hombre amable.

—Gracias —susurró, como si agradecerle le ayudara a manejar la angustia que se había instalado en él, no se consideraba un hombre totalmente creyente de las palabras de sus pacientes, pero había algo en la seguridad que mostraba Benjamin que muy en el fondo lo invitaba a creerle—. Benjamin, ¿aún eres amigo de Iblis?

—Aún somos amigos —dijo sonriendo de manera fresca—. De no ser así, no lo hubiese llamado para informarle lo que había hecho, ¿no cree? —inquirió y el doctor asintió en silencio, dándole la razón. Benjamin elevó la mirada al reloj—. Ya se ha cumplido la hora.

—Tienes razón, no quiero presionarte, espero que el próximo viernes puedas seguir contándome —pidió quitándose los lentes y poniéndose de pie.

—Claro que lo haré, pero no espere que le cuente absolutamente todo —dijo poniéndose de pie lentamente, mostrándose sereno y distinguido, tendiéndole la mano al hombre.

El doctor miró fijamente la mano del paciente figurando un gesto amable, aunque en él latía el temor.

—No debe temerme, no le haré daño... pero si quiere que le siga contando mi historia, me ofrecerá respeto y confidencialidad, no soy un recluso más.

—No... no, claro que no eres un recluso más, al menos yo no te veo de esa manera, solo que puedo lastimarte —dijo anclando la mirada en las heridas de la mano que aún no cicatrizaban.

—Nunca han dolido, ni siquiera cuando me las hice —contestó tranquilamente, demostrando que verdaderamente no sentía ningún tipo de molestia, aunque las heridas fuesen considerables.

El psiquiatra correspondió al saludo, estrechando con cuidado la mano de Benjamin, sintiéndola fría y aunque le había asegurado que no le dolían las laceraciones, le costaba creerlo.

En ese momento los policías irrumpieron en el lugar, mostrándose alarmados ante el contacto entre el doctor y el paciente, pero Grignard les dedicó una mirada tranquilizadora, provocando con eso que las defensas de los hombres de la ley menguaran.

Benjamin soltó el agarre que lo unía al doctor y sin desviarle la mirada, llevó sus manos hacia atrás para que lo esposaran.

Uno de los policías lo hizo casi inmediatamente y con poco cuidado,

provocando que una de las heridas volviera a sangrar, pero Benjamin ni siquiera parpadeó.

El viaje hasta la celda que le habían asignado fue amenizado por los gritos de los demás reos; no obstante, él no bajaba la cabeza, siempre iba con la frente en alto y su mirada totalmente impasible.

Capítulo 2

El espejo reflejaba su imagen, mostrándola radiante en ese hermoso vestido rosado que su madre había mandado a diseñar exclusivamente para ese día tan importante, su cabello rubio como el trigo se encontraba recogido en un elaborado peinado, dejando al descubierto su largo y níveo cuello mientras se sonreía a sí misma, sin poder controlar esa felicidad, no tenía dudas, era el mejor día de su vida y el corazón le brincaba cargado de dicha.

—Mi hermosa princesa, mira nada más cómo te brillan esos ojitos —le dijo su madre, quien estaba parada justo detrás de ella, maravillada con esos ojos verdes como las esmeraldas.

—Estoy muy nerviosa mamá —soltó un suspiro intentando buscar un poco de calma—. ¿Crees que a Jeremy le guste?

—Creo que Jeremy te pedirá esta noche que seas su novia —sonrió con complicidad al ver cómo su niña se sonrojaba, apenas podía creer que ya era casi una mujer.

El tiempo pasaba muy deprisa, parecía que tan solo había transcurrido un día desde ese momento en que la vio en la cuna del centro de adopción, no la había llevado en su vientre, pero la adoraba como si fuese sangre de su sangre, el lazo entre las almas era más poderoso que cualquier cosa.

—¡Mamá! —se llevó las manos a las mejillas para controlar sus nervios.

Jeremy había sido el chico que siempre le había gustado y llevaba más de tres años perdidamente enamorada, el tiempo que hacía desde que él y su madre se habían mudado al lado de su casa. Secretamente lo amaba y él parecía que ni siquiera se percataba de su existencia, ni siquiera porque compartían la misma secundaria y el mismo autobús escolar.

Cuando ya empezaba a desilusionarse de él e intentaba arrancárselo del pecho, la sorprendió al invitarla al baile de fin de grado.

Él era el joven apuesto que todas querían, era el que hacía suspirar a media preparatoria, rubio como el sol, con unos ojos celestes soñadores. No era el típico deportista presumido, no le hacía falta porque le sobraba belleza y sensibilidad.

Cada vez que decaía porque Jeremy no se le acercaba, su madre Claire la alentaba al decirle que él la miraba más de lo que debería hacerlo un chico que no le prestaba atención, que muchas veces desde la cocina lo había pillado mirándola, él parado en la ventana de su habitación mientras ella jugaba en el jardín con Andrómeda, su fiel perrita maltés.

Claire era la madre que todos anhelaban tener, no era su madre natural y lo sabía; no obstante, eso no le importaba porque nunca le faltó afecto, ni protección.

Su padre adoptivo Hector, era ese hombre que siempre cuidaba de ella, no solo le leía cuentos de hadas antes de dormir, sino que también miraba debajo de la cama, para asegurarse de que ningún ser maligno habitara en ese lugar.

Cuando despertaba en medio de esas horribles pesadillas, en la que un hombre sin rostro la perseguía, sus padres aceptaban que durmiera en medio del lecho matrimonial.

Los Adams no solo les habían dado su apellido a tres niños a los que sus padres biológicos habían abandonado, sino que también les habían ofrecido todo el amor que podían dar.

Robert, era el mayor de los tres, con diecinueve años, aún vivía bajo el techo que había sido su hogar desde que tenía tres años.

Candice recién cumplía los diecisiete, pero aún tenía la inocencia de una niña de diez, ni siquiera había sentido sobre sus labios los de otro hombre que no fuesen los de su padre; sin embargo, ya había experimentado las emociones que el enamoramiento provocaba en su delgado cuerpo. Fantaseaba con poder sentir las caricias y los besos de Jeremy, incontables veces había practicado frente al espejo con ella misma, ese primer y anhelado contacto.

Lizzy con catorce años era la menor de los tres y en cuestiones del amor se mostraba menos entusiasta que Candice. Toda su atención se la robaban los deportes, especialmente el Voleibol, no le daba miedo enfrentarse a Robert que era mucho más alto y fornido, digno capitán el equipo de baloncesto de la

universidad.

Lizzy no mostraba interés por nada femenino; sin embargo, su belleza no pasaba desapercibida para el género masculino, aunque siempre vistiera camisetas anchas y jeans, su cabello rubio hacía resaltar sus impresionantes ojos grises.

—Te voy a prestar mi cadena —dijo Claire quitándose el cordón de oro con el escapulario de la virgen María que había heredado de su madre.

—Mamá, no es necesario, es muy importante para ti —se volvió de frente a Claire.

—Tú eres más importante para mí, estoy segura de que esta noche vas a necesitarla, te llenará de valor.

—Si no voy a la guerra, solo iré al baile de fin de grado —sonrió convencida de que su madre estaba más feliz que ella por el logro obtenido.

—Con el chico que te gusta —le abrochó la cadena sin prestar atención a la negación de su hija—. Eso sí, no permitas que vaya más allá de un beso, todavía no.

—Mamá, ni siquiera puedo estar segura de que Jeremy vaya a besarme, creo que solo me invitó al baile porque no tenía más opciones. No le parezco lo suficientemente atractiva, Robert tiene más pechos que yo —echó un vistazo a sus senos, consciente de que su hermano tenía los pectorales mejor formados que los de ella.

—No digas eso, eres hermosa. Y tus senos están acordes a tu edad, por experiencia sé que Jeremy no se había acercado antes por falta de valor; aunque no lo creas, a los hombres también les cuesta expresar sus sentimientos, si no pregúntaselo a tu papá.

Candice le regalaba una sonrisa a su madre, pero se le congeló en los labios justo en el instante en que escuchó el timbre.

—¡Ya llegó! ¡Ya llegó! —aseguró más nerviosa que emocionada, caminando hacia la puerta con el corazón brincándole de manera descontrolada en el pecho.

—Espera cariño, no olvides el *Corsage* —la detuvo Claire, agarrando de la peinadora un delicado adorno floral de lirios rosados y gardenias blancas, atados por una cinta de seda blanca, la que anudó en la muñeca izquierda de su hija.

Repentinamente y de manera casi abrupta, se abrió la puerta de la habitación.

—Acaba de llegar Jeremy —avisó Lizzy—. Es mejor que se den prisa porque papá y Robert ya lo están amenazando.

—Lizzy corre, evita que lo espanten —suplicó casi desesperada Candice y la chica con la agilidad que poseía salió corriendo.

—Amor, mantén la calma, yo bajaré para controlar a ese par de celosos, baja cuando sientas que estés preparada —dijo avanzando hacia la puerta.

—Gracias mamita, en un par de minutos bajo, no quiero que piense que estoy desesperada —le regaló una sonrisa nerviosa. Ciertamente estaba emocionadísima, pero quería mostrarse tranquila frente a Jeremy. No quería arruinar la única oportunidad que había conseguido.

Una vez sola en la habitación, se llevó las manos al pecho y tomó entre sus dedos la medalla de la virgen María, poniendo toda su fe en ese momento.

—Por favor, ayúdame... que Jeremy me bese, regálame una oportunidad con el chico de mis sueños, prometo que lo valoraré y lo amaré por el resto de mi vida —suplicó con los ojos cerrados, no solo a la virgen, sino también a su abuela.

Dejó libre un suspiro y volvió a ponerla sobre su pecho, se armó de valor y con decisión salió de su habitación, aunque con el corazón latiendo tan fuerte que presionaba su garganta, como si intentara ahogarla.

Desde lo alto de las escaleras lo vio, no podía creer que estaba esperando por ella, nunca lo había visto tan elegante, usando un smoking que lo hacía lucir mayor.

Estaba tan nerviosa que no sabía si le estaba sonriendo más de lo normal y con cada paso que daba, se acercaba más a esos ojos azules, los que parecían un cielo despejado.

—Ho... hola —saludó una vez que se detuvo ante él.

—Hola, tengo algo para ti —le mostró un hermoso ramo de dalias blancas y rosadas.

—Gracias, están hermosas —bajó la mirada a las flores, intentado ocultar la emoción que estaba a punto de hacerle desbordar las lágrimas. Presentía que esa noche iba a ser realmente especial y se moría por saber si él estaba tan nervioso como ella o solo intentaba ser amable.

—Recuerda lo que te dije Jeremy, dos de la mañana. Ni un minuto más —intervino Hector, intentando disfrazar el tono amenazador tras una afable sonrisa—. Candice es uno de mis mayores tesoros.

—Ya lo sabemos amor —Claire se acercó hasta su hija—. Las pondré en

agua, es mejor que se vayan o se les hará tarde —aconsejó, recibiendo el ramo de dalias.

—Aquí tienes las llaves del auto Jeremy, conduce con cuidado —aconsejó Robert, quien antes se las había quitado y no se las entregaría hasta que le demostrara que poseía el permiso al día para conducir.

—Eso haré —Las recibió y desvió la mirada hacia el padre de Candice—. No se preocupe señor, prometo que nada malo le pasará a su hija.

Claire se acercó hasta Candice y le dio un beso en la mejilla.

—Ve con cuidado e intenta hablar un poco —le susurró al oído, ofreciéndole todo su apoyo.

—Intentaré hacerlo, mamá.

Jeremy le ofreció el brazo en un gesto totalmente caballeroso, ella se aferró a él, temiendo que se diera cuenta de que estaba temblando. No lo podía creer, no cabía en sí de la felicidad, era su primera cita con el chico de sus sueños.

Frente a su casa estaba estacionado un Porsche gris, no conocía mucho de autos pero seguramente ése era del año, pensó que tal vez era del vecino del frente, que no perdía la oportunidad de demostrarle a todos los habitantes del barrio sus excentricidades; sin embargo, su asombro fue mayor al ver que Jeremy la guiaba hacia esa joya automovilística y le abría la puerta.

—¿Es tuyo? —hizo la estúpida pregunta al sentirse completamente anonadada.

—Sí, es un regalo culposo que me acaba de hacer mi padre, no podrá estar en el acto de grado y me lo obsequió. Es su manera de felicitar me por el logro y al mismo tiempo de pedir disculpas por la ausencia —confesó ayudándola a subir.

—Lo siento —quería ser un poco más expresiva pero sus nervios y la sorpresa no se lo permitían, el auto aún llevaba el aroma a cuero, el que se mezclaba con el amaderado y cítrico del perfume que usaba Jeremy.

—No lo sientas —pidió negando con la cabeza, bordeó el auto y subió en el asiento del conductor—. Ya estoy acostumbrado a la manera en que mi padre lava sus culpas. Permíteme —solicitó al ver que ella batallaba con el cinturón de seguridad.

—Gracias —Le entregó el cinto, sin poder evitar que sus dedos se rozaran por primera vez, era un contacto íntimo entre ellos, tontamente alejó sus manos, en un gesto ligeramente brusco—. Lo siento —sonrió para

disculparse, no quería que él pensara que lo estaba rechazando.

—No debes disculparte —volvió a decirle mientras se ajustaba su cinturón.

—Está bien, no lo haré... —se mordió el labio inferior sin saber qué más decir y recordó el consejo de su madre que no debía quedarse callada—. Me hablabas de tu padre... No sé mucho de él, nunca lo he visto. Es mi culpa, siempre estoy encerrada en mi habitación.

—Nunca lo has visto porque nunca ha venido a casa —dijo con total normalidad. En ese momento el techo del Porsche Spyder cubría la intemperie, brindándole un poco más de privacidad y puso el auto en marcha—. Después de que mis padres se divorciaran y mi madre se quedara con mi custodia, solo veo a mi padre cuando viajo a Alemania, en las vacaciones.

—Lo... —una vez más iba a decir que lo sentía, pero se detuvo al recordar que él le había pedido que no lo hiciera—. ¿Es cierto lo que dicen en la escuela?

—Son tantas cosas que hablan sobre mí en la escuela, puedes preguntarme directamente —le regaló una sonrisa sesgada, mientras mantenía la mirada en el camino.

—De tu papá y el fútbol, ¿o solo es una coincidencia del apellido?

—Es cierto lo de mi papá y el fútbol. Es uno de los mayores socios del Ingolstadt, es por eso que no tiene tiempo para un hijo que odia el deporte y que es vegetariano.

—¿Eres vegetariano? —preguntó sonriente y volviéndose un poco hacia él, sintiéndose totalmente sorprendida pero al mismo tiempo feliz por saber un poco más del chico que amaba; sin darse cuenta estaba llenándose de confianza.

—Sí, estoy en contra de la matanza de los animales —aseguró sin sentir vergüenza de su ideología.

Candice se quedó mirándolo, observando en silencio ese perfil, como tantas veces había hecho. Era poco lo que conocía de Jeremy, pero estaba segura de que era un chico de alma noble y eso aumentaba la intensidad de sus sentimientos.

—Aunque no soy cien por ciento vegetariana, no puedo ver cómo maltratan a los animales, odio cada vez que comparten en las redes sociales las injusticias y lo verdaderamente bestial que puede llegar a ser la humanidad en contra de seres que no pueden defenderse y que solo actúan por instinto —se sintió un poco estúpida ante su comentario, pero era eso o seguir con la

boca cerrada y perder de golpe la poca confianza que había adquirido.

—Por algo el ser humano es el más peligroso del planeta —confesó desviando la mirada del camino y fijándola en ella, le regaló una sutil sonrisa que parecía ser un reflejo de nerviosismo—. Pero no hablemos de cosas desagradables... cuéntame un poco de ti, de tu familia.

—Nada de lo que pueda contarte sobre mí puede ser interesante —confesó bajando la mirada al pequeño adorno de flores que estaba atado a su muñeca.

—Me interesa saber de ti, aunque sea un poco —confesó en voz baja y algo ronca, como si le hubiese costado demasiado hacer esa petición.

A Candice el corazón se le disparó en latidos y las mejillas se le arrebolaron. No podía creer que Jeremy quisiera saber sobre ella, ¿qué le diría? No iba a decirle que estaba estúpidamente enamorada de él desde el instante en que lo vio bajar del auto de su madre, el día que se mudó al lado de su casa.

—Me gustan los días soleados, mi sueño es vivir en una isla, no me preguntes porqué, porque no sé la respuesta —se atrevió a sonreír tontamente—. Me gustan los caramelos de canela, siempre tengo que llevar algunos en mi bolso.

—Lo he notado —pensó en voz alta, arrepintiéndose en el instante. Estaba seguro de que lo había escuchado y se había enterado de la peor manera de que conocía todo ella, hasta sus extrañas adicciones—. ¿Quieres escuchar un poco de música? —preguntó liberando una de sus manos del volante y estirándola hasta la pantalla del reproductor de sonido —en un intento por salir del estúpido desliz que había cometido.

—Sí —murmuró con un gran nudo de emoción haciendo estragos en su garganta, al confirmar que no le era indiferente a Jeremy. Sentía tanta ansiedad que moría por buscar uno de los caramelos que llevaba en el pequeño bolso de mano, en el que también llevaba algunos maquillajes para retocarse a mitad de la noche.

No encontraba nada más que decir porque la felicidad la enmudecía.

—¿Algún tema en especial? —preguntó Jeremy con la mirada azul cielo en la pantalla iluminada.

—No, ninguno. Me gusta casi todo tipo de música —balbuceó retorciendo el pequeño bolso entre las manos.

—Entonces pondré la radio.

—Está bien —sonrió, pero era muy difícil hacerlo mientras el corazón le

brincaba en la garganta. Jeremy tenía el poder para bloquearla.

Los acordes de una guitarra inundaron el reducido ambiente dentro del auto de tan solo dos puestos, opacando el ronroneo del motor que zumbaba en sus oídos.

—And I want you in my life —Candice canturreó bajito una de sus canciones favoritas, sin ser consciente de la letra, solo dejándose llevar por la fascinación y recordando uno de los consejos de su madre que le decía que cantar aminoraba los nervios—. And I need you in my life. You can't see me, no. Like I see you... —De manera abrupta se detuvo al recordar que todas las veces que había cantado ese tema, mentalmente se la había dedicado a Jeremy, porque estaba segura de que para él era indiferente y que nunca se daría cuenta de lo que sentía.

—Tienes una voz muy linda —dijo él, desviando la mirada del camino.

—Gracias... es que me gustan mucho todas las canciones de The Pretty Reckless, no tiene que ser ninguna en específico, ni siquiera hay una con la que me sienta identificada... —Intentó justificarse, pero él le sonreía y supo que más que aclarar la situación la estaba oscureciendo. En ese momento como un soplo inesperado le llegó un atisbo de valentía y le preguntó a quemarropa—: ¿Por qué me invitaste al baile?

Jeremy regresó la mirada al camino y guardó silencio, dejándola en una fiera lucha con sus más aterradores demonios, esos que se llevaban la autoestima al quinto infierno.

—Tuve que llenarme de valor y hacerlo antes de que lo hiciera Brian —respondió al fin, sin apartar la mirada de la carretera.

—¿Alguien te lo pidió? —cuestionó sin poder creer que Brian, el capitán del equipo de fútbol americano de la preparatoria pensaba invitarla al baile de fin de grado, definitivamente Jeremy se estaba burlando de ella y ya no le parecía tan noble como minutos atrás.

Brian era el joven al que las chicas le besaban los pies y no le decían que no, aunque tuviera esa novia que parecía una Barbie.

—Sí, me lo pedí yo mismo, me lo exigí —aseguró anclando la mirada en ella, soltó la mano de la palanca de cambios y se la ofreció.

Candice desvió la mirada a la mano de Jeremy extendida ante ella, estaba segura que debía corresponderle, pero sentía un gran vacío en el estómago que no se lo permitía, la mantenía inmóvil. Quería sacudirse la estupidez, buscó valor al morderse el labio inferior y por primera vez su mano se posó

sobre la de Jeremy, el hueco en su estómago se agrandó al sentir el tibio toque, sintió marearse cuando él entrelazó sus dedos a los de ella y se llevó el agarre a los labios; atentando contra la cordura de Candice, le besó el dorso.

Ella cerró los ojos, sintiendo los labios tibios posarse suavemente sobre su piel fría. Casi, casi liberó un suspiro de puro placer mientras el corazón le iba a reventar el pecho.

—¿Por qué nunca me habías hablado? Estudiamos juntos, viajamos en el mismo autobús todos los días, vives al lado de mi casa —reprochó sintiendo que había perdido mucho tiempo.

—Creo que me pasaba lo mismo que a ti, no estaba seguro de lo que sentías y no quería arriesgarme.

—¿Y qué sientes por mí?

—¿Qué sientes tú por mí? —preguntó él soltándole con sutileza la mano, porque acababan de llegar y debía mostrar su invitación al portero para que lo dejaran acceder al estacionamiento.

Candice guardó silencio, observando cómo él agarraba la invitación que estaba en el tablero y con la otra mano bajaba la ventanilla.

El hombre de seguridad la revisó y les concedió el paso, habían muchas personas estacionando los autos y preparándose para dirigirse al salón donde se realizaría la fiesta.

—Creo que me gustas —confesó cuando el motor del auto dejó de vibrar y todo quedó casi oscuro.

—¿No estás segura si te gusto? —preguntó volviéndose ligeramente hacia ella, al tiempo que le desabrochaba el cinturón de seguridad—. Porque yo estoy seguro desde hace mucho, he soñado contigo muchas veces.

Candice quiso decirle que tal vez también había soñado con él, que seguramente era él ese hombre sin rostro que la perseguía en sueños. Pero recordó que ese extraño ser, había estado en su vida mucho antes de que Jeremy apareciera y suponía que soñar con el chico que le gustaba no debía darle miedo.

—Sí, estoy segura... desde hace mucho también —suspiró intentando encontrar calma y vivir ese momento de manera normal.

Jeremy se acercó, acortando el espacio entre los dos, dificultando que ella pudiese respirar, robándole el oxígeno con solo mirarla; el tan anhelado beso llegó mucho antes de lo esperado, los labios de Jeremy eran más suaves que el espejo, más esponjosos y se movían sobre los de ella con extrema lentitud,

un beso tras otro, como una gota constante que despertaba todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo y sentía cosquillas donde nunca antes había sentido, provocando que se sonrojara furiosamente.

El claxon de un auto evitó que el beso fuese más íntimo, no dejó que pasara más allá de maravillosos toques de labios, pero tenían toda la noche para poder besarse al menos una vez más.

CAPÍTULO 3

—Papi, papi —dos niños gritaban exaltados ante la llegada de su padre, que aunque estuviese cansado de un agotador día de trabajo, se inclinó ante ellos para abrazarlos y cubrirlos de besos.

—Niños, dejen a su padre. Esperen al menos a que se quite los zapatos —pidió Lena, apareciendo bajo el umbral de la cocina mientras se limpiaba las manos con el delantal.

La mujer de cabellos castaños y ojos miel llevaba veintidós años casada con Franklin, quien en su hogar era un hombre amoroso y comprometido con la familia.

Los niños de cinco y siete años se alejaron del hombre, brindándole la tranquilidad que la madre les había solicitado, el mayor que usaba lentes de aumentos debido a serios problemas de miopía, le quitó el maletín al padre, ofreciéndole su ayuda.

—Llévalo al despacho —le pidió sonriente, despeinándolo un poco al frotarle los cabellos.

Franklin, quien fuera de esa casa era conocido como el doctor Grignard, caminó hasta su delgada esposa y le llevó las manos a las caderas, halándola hacia su cuerpo y pegándola a su pronunciada barriga.

—Huele divino, ¿qué estás cocinando? —preguntó disfrutando del placer que provocaba en su olfato la cena.

—Estofado de cordero con patatas al horno —respondió aflojándole la corbata a su esposo.

—Muero por cenar, hoy ha sido un día bastante complicado... —se acercó y le dio un beso en los labios, en un gesto que demostraba no solo el amor que se había mantenido a través de los años, sino también la consideración—. Voy a darme un baño y bajo a cenar.

—No tardes —pidió palmeándole el pecho.

—Seguro que no tardaré, el hambre no me deja pensar y necesito adelantar trabajo —soltó a su mujer y caminó hacia las escaleras, pero en el rellano se volvió—. ¿Dónde está Scott? —preguntó deteniendo el andar de Lena, quien

regresaba a la cocina.

—Fue a casa de su amigo Martin, ya no debe tardar.

—Sabes que no me gusta que ande con Martin, ese chico no me agrada.

—Amor, no seas tan estricto, permítele que se divierta un poco.

—No deberías ser tan permisiva, Scott está en la etapa en que el ser humano es más influenciado, justamente estoy tratando a un chico que ha sido manipulado por las malas amistades.

—Está bien, cuando regrese hablaremos con él. Ahora ve a bañarte, necesitas relajarte un poco.

Bajo la regadera Franklin Grignard no podía dejar de pensar en Benjamin, tan solo era un chico que había cometido un crimen imperdonable para la sociedad, sabía que corría peligro en esa celda y que mentalmente estaba perturbado. Debía aislarlo, buscar un lugar más adecuado para un joven que tenía la misma edad de su hijo mayor.

Durante la cena conversó con Scott, muchas veces todos sus estudios acerca de la psique humana no le servían de nada cuando se trataba de su familia y mucho menos con un hijo rebelde, que pretendía vivir la vida sin restricciones.

La pequeña discusión y reconciliación con Scott le llevó más tiempo de lo esperado, pero sabía que eso era lo más valioso para sus hijos, porque el tiempo era lo único que no podía recuperar. El trabajo que pretendía adelantar se quedó estancado en su maletín, porque la hora de irse a la cama había llegado.

Lena yacía dormida a su lado, pero él no lograba conciliar el sueño, cada vez que cerraba los ojos se encontraba con una mirada azul, tan profunda e incierta como un océano. Por más que daba vueltas en el colchón buscando comodidad, no la conseguía y no podía detener sus pensamientos, los que lo llevaban de un lugar a otro e inevitablemente lo arrastraban hasta ese momento en que Benjamin Sutherland le había pronosticado la muerte.

Suponía que nada de lo que dijese uno de sus pacientes podría trastocarlo, pero inevitablemente Benjamin se mostraba más seguro que cualquiera, el escudo que formaba su ética profesional había sido traspasado por las palabras del joven, removiendo fibras que jamás habían sido tocadas.

El reloj digital sobre la mesa de noche a su lado, marcaba con número en luces rojas las dos y cuarenta de la madrugada. No seguiría obligándose a permanecer en la cama, así que hizo la sábana a un lado y se levantó.

Salió de la habitación con mucho cuidado para no despertar a Lena, no quería que lo descubriera despierto y lo reprendiera por no respetar las horas de sueño que había prometido cumplir.

Se fue a la cocina y calentó un poco de leche en el microondas, estaba seguro de que eso le ayudaría a conciliar el sueño, para él eso era más efectivo y menos nocivo que cualquier somnífero.

Después de algunos minutos divagando por la cocina y haber tomado más de un vaso de leche, decidió que trabajaría un poco en el caso de Benjamin Sutherland, se fue al despacho y solo encendió la lámpara que estaba sobre el escritorio. Sacó del maletín la libreta en la que había hecho algunas anotaciones de la primera sesión con el paciente, luego extrajo la computadora portátil.

Se ubicó en el asiento y encendió el aparato electrónico. Clicó en la carpeta del caso que lo había llevado a ese estado de insomnio, enfrascándose una vez más en las pruebas médicas. Toxicología había dado negativo, Benjamin no había consumido ningún tipo de droga al momento de cometer los asesinatos.

Revisó algunas fotografías que le había pasado la policía de las víctimas, también del lugar de los hechos, como algunas pruebas recabadas.

Se detuvo en las imágenes de las notas que había escrito, todas en alguna lengua que definitivamente jamás lograría comprender. Estaban los vídeos del momento en que lo capturaron, en ningún momento puso resistencia, daba la impresión de que era él quien guiaba a los policías hasta la patrulla.

Pausó el video justo en el momento en que Benjamin miró a la cámara y le hizo un primer plano a la mirada del chico, no había miedo, ni odio, tampoco rabia, no había nada; esa mirada no decía absolutamente nada.

Después de una hora de intentar familiarizarse con Benjamin para conseguir entenderlo un poco, se descubrió viendo una de las tantas películas que el joven actor había protagonizado, era la sensación del momento entre las adolescentes, todas las compañías de cine se peleaban por él a su temprana edad e impresionantemente en menos de dos años había sido ganador de importantes premios. Estaba en la cima. Entonces, ¿por qué lanzarse al vacío de esa manera?

A través de la pantalla, donde representaba muy bien a un joven valiente y generoso en una distopía, le costaba ver en ese chico a su paciente.

Sabía que aunque lo mantenían aislado en el lugar que estaba, corría

peligro. Necesitaba sacarlo de ese lugar, debía ser trasladado.

De manera inmediata entró a su correo y empezó a redactar una petición a varios organismos, adjuntando algunas de las pruebas que poseía, esperaba respuestas positivas para poder presentárselas al fiscal encargado del caso.

No sabía cuánto tiempo llevaba sumergido en el mundo de Benjamin Sutherland, hasta que sin darse cuenta terminó con la frente enterrada en el escritorio.

La tibia humedad de su saliva mojándole el dorso de la mano izquierda lo hizo despertarse y con el mismo dorso se limpió, dándose cuenta de que se había quedado dormido hasta con los lentes puestos. Según él había caído rendido como mínimo una hora, pero al parecer no fueron más que minutos porque la computadora no había entrado en estado de reposo.

Su vista que aún se encontraba un poco borrosa, se fijó en la pantalla que mostraba una página en tono oscuro con letras blancas.

“El Genio Iblis”

Leyó el encabezado del artículo que anunciaba esa página web, inevitablemente el corazón se le instaló en la garganta, parpadeó varias veces para aclarar la vista y no era producto de su imaginación, la página seguía ahí, no recordaba haber investigado nada acerca del tal Iblis antes de quedarse dormido.

Se acercó más a la pantalla para poder leer mejor y así saciar la curiosidad que latía al mismo ritmo que su corazón.

—Iblis es el nombre dado al Diablo por el Islam —empezó a leer en voz alta—, habitualmente aparece referido como Satanás en el Corán, el libro sagrado de los musulmanes, un término general usado para nombrar a todos los espíritus malvados aliados con Iblis —con cada palabra la velocidad de la lectura se le hacía más lenta, así mismo las manos empezaron a temblar—. Es considerado el jefe de los espíritus del mal, un "genio". Creado por Dios de un fuego sin humo, así como los seres humanos fueron modelados con arcilla. En un arrebato de envidia, Iblis desobedeció a Alá y fue expulsado de su gracia... —se pegó al espaldar de la silla como si alguien lo hubiese empujado, en un acto por rechazar la lectura.

—No puede ser, Benjamin me ha tomado el pelo, no sé qué pretende...

Definitivamente, necesita terapia de manera urgente —negó con la cabeza y siguió con la lectura—. Más tarde fue enviado a la Tierra para engañar a Adán y a Eva, haciéndoles comer la fruta del árbol prohibido. Por esta acción resultó condenado por Alá al “*Jahannam*”, el fuego del Infierno. Pero él le replicó que anhelaba llevarse a los habitantes de la Tierra consigo y Alá para poner a prueba a la Humanidad y a Satanás, permitió que éste vagara por su superficie. Iblis, para los musulmanes es quien tienta a los seres humanos con su susurro, colocando ideas pecaminosas en su cabeza y brindándoles falsas sugerencias —suspiró ruidosamente y tomó oxígeno con una profunda bocanada—. Se cree que en el fin de los tiempos, será recluido en el *Jahannam* junto a quienes hayan cedido a sus tentaciones, desobedeciendo el mensaje verdadero de Alá y por el contrario, quienes hayan superado con éxito una vida recta, serán recompensados con los placeres del “*Jannah*”, el “Paraíso” o “el cielo” del Islam. Una creencia comúnmente compartida entre el Islam y el Cristianismo es que la existencia universal del mal en la vida de las personas, es generalmente experimentada como consecuencia de las acciones diabólicas... —de manera repentina la pantalla se apagó—. ¿Qué pasó? ¡Bendita cosa! —presionó varios botones mientras luchaba con el desconcierto, terminó por darse cuenta de que se había descargado.

Se puso de pie rápidamente y buscó el cargador en el maletín, la conectó y a los segundos volvió a iluminarse la pantalla, mostrando justamente el inicio de sesión y no había nada más, todas las páginas se habían cerrado.

La parte emocional lo arrastraba por la confusión y el miedo, al no saber por qué estaba esa página abierta justo cuando despertó, pero la lógica le gritaba que tal vez sin darse cuenta había copiado el nombre de Iblis y estando dormido presionó algunas teclas que lo llevaron al buscador.

—Definitivamente Benjamin es algún fanático del mal, un satánico que pretende justificar sus trastornos mentales de esta manera, inventar la existencia de alguien o algo... o tal vez pertenece a alguna secta satánica y el líder se hace llamar de esa manera —hablaba mientras tecleaba en el buscador nuevamente la palabra “Iblis”, la que arrojó miles de resultados.

Entró a la primera opción, básicamente se refería a lo mismo, pero no era la misma página, se fue a la siguiente y tampoco era, buscó y buscó en todas las páginas, pero no encontró la que estuvo leyendo al despertar. Su lógica no tuvo el poder para evitar que un gran nudo se le formara en el estómago, ni tampoco que un extraño escalofrío lo recorriera por completo.



El Porsche se estacionó frente a la casa donde vivía Candice, quien con una tímida sonrisa y las mejillas arreboladas miraba a Jeremy. Nunca en su vida se había sentido tan feliz, había compartido toda la noche con él, habían bailado y se habían besado muchas veces, había descubierto que la boca del chico que tanto le gustaba, tenía el poder para encenderle la piel y la zona sur de su cuerpo vibrara agónicamente.

De manera caballerosa salió del vehículo, la ayudó a bajar y la acompañó hasta la puerta de su casa.

—Ha sido una noche increíble —confesó mirándolo a los ojos—, gracias por haberme invitado al baile.

—Candice —murmuró acercándose un poco más a ella, haciendo más notoria la diferencia de estaturas, él era unos cuantos centímetros más alto que ella—. No te he preguntado si quieres ser mi novia —ella parpadeó lentamente y negó con la cabeza—. ¿Quieres ser mi novia? —le acunó el rostro y se acercó aún más, tanto como para respirar el aliento de ella, el que se escapaba de esos hermosos labios rosados al encontrarse entreabiertos.

—Creo que los besos que hemos compartido esta noche te han dado mi respuesta —susurró suplicando internamente que volviera a besarla.

—Me gustaría una respuesta más clara, ¿quieres ser mi novia? —volvió a preguntar.

—Sí, lo he anhelado desde el primer día en que te vi —contestó mordiéndose el labio.

Jeremy sonrió complacido, le dio un beso muy lento y tierno en la comisura izquierda.

—Quisiera poder hacerlo más duradero y más íntimo, pero temo que tras la puerta esté tu papá o tu hermano... —sonrió una vez más—, y terminen echándome a patadas.

—Dame un par de días y les diré... estoy segura de que te van a aceptar, en realidad no son tan estrictos como parecen.

—Eso espero... ¿Nos vemos mañana en la heladería de la esquina?

—Sí, ¿a qué hora?

—Me gustaría poder pasar todo el día contigo... estoy disponible para ti veinticinco horas al día.

—Después del almuerzo —casi chilló emocionada—. Por la mañana debo ir con mi mamá a hacer las compras.

—Entonces empezaré a contar los minutos que me faltan para poder besarte una vez más.

Candice en ese momento se puso de puntillas y le dio un beso de apenas contacto de labios.

—Así serán menos los minutos —dijo y se alejó.

Con cuidado entró a su casa y se asomó por la ventana para ver cómo Jeremy subía al vehículo, demoró más en encender el motor que en estacionarlo en su casa, pues ésta quedaba justo al lado.

—Buenos días señorita —la voz de su padre provocó que se sobresaltara.

—¡Papá! —No pudo evitar que toda la sangre se le subiera al rostro al ver a su padre sentado en el sillón de la esquina—. ¿Qué haces ahí?

—Esperándote, eres mi hija y es justo que me preocupe por ti...

—Hector —intervino Claire—, ya habíamos hablado, seguramente Candice está cansada —miró a su hija y le guiñó un ojo en un gesto de complicidad—. Amor, ve a tu cuarto, por la mañana nos cuentas cómo te fue.

—Está bien, gracias mami —se acercó hasta ella y le dio un beso en la mejilla—. Hasta mañana papá —también le dio un beso y salió corriendo escaleras arriba, como si huyera de su padre.

No quería contarle tan pronto todo lo que había pasado esa noche. Antes de entrar a su habitación, divisó un reflejo de luz que se colaba por la puerta de la recámara de su hermana, indicándole que ésta estaba despierta.

Se acercó y tocó a la puerta.

—Puedes pasar —se dejó escuchar la voz de Lizzy.

No lo dudó un segundo y entró, su hermana menor se encontraba en la cama, viendo televisión.

—¿Cómo te fue? —preguntó incorporándose un poco, mostrándose totalmente interesada.

—¡Me ha besado! —aunque no pudo gritarlo, la emoción la expresó metiéndose a la cama de su hermana de un brinco.

—¿En serio?! ¡No lo puedo creer! ¿Te ha besado él o lo has hecho tú? —preguntó emocionada consciente de que su hermana anhelaba a ese chico.

—Él me besó... yo jamás lo hubiese hecho —recalcó y en ese momento su atención fue captada por el televisor, en el que pasaban las noticias—. ¡Por Dios! No se cansan de repetir eso —dijo mirando una vez más cómo la

policía llevaba esposado a Benjamin Sutherland hacia la patrulla, el actor por el que todas sus compañeras de clases suspiraban y que había sido primera plana de todos los diarios por el espeluznante crimen que había cometido, por el que todos los medios lo habían bautizado como “La Bestia”.

Justo antes de que lo subieran a la patrulla, Benjamin Sutherland miró a la cámara, Candice se echó hacia atrás, sintiéndose intimidada ante esa mirada, porque juraba que era a ella a quien veía. No podía explicar lo que sentía, no lograba definir esa agonía y si se lo comentaba a su hermana, seguramente le diría que los besos de Jeremy la habían vuelto loca.

—Voy... me voy a la cama, ya es tarde —dijo levantándose sin esperar a que su hermana exigiera más explicaciones de su primera cita.

Casi corrió a su habitación con el corazón brincándole en la garganta, ella nunca se había sentido atraída por ese actor, lo había visto miles de veces y no le parecía para nada lindo, lo único que le conseguía atractivo era el color de los ojos pero nada más, no lograba comprender por qué todas las chicas morían por él. Simplemente porque representaba personajes encantadores no quería decir que lo fuera en realidad y lo había dejado claro con lo que había hecho.

CAPÍTULO 4

Caminaba de prisa para poder llevarle el ritmo a su padre, quien prácticamente lo arrastraba. Lo veía tan alto, tan imponente que temía suplicarle que esperara un poco para descansar.

La voz de una mujer anunciaba a través de los altavoces el vuelo que acababa de arribar al LAX proveniente de Hawái y sus ojos se posaron fugazmente en la pantalla que anunciaba los próximos vuelos y sus horarios.

Casi trotaba para no quedarse atrás y aun así, no dejaba de mirar sorprendido a todos lados, era la primera vez que estaba en un aeropuerto y que veía a tanta gente con equipaje.

—¡Benjamin! —la dulce voz de su madre lo llamaba y rápidamente volvió la cabeza hacia atrás para ver cómo ella venía corriendo—. ¡Harold, espera por favor! —pidió acortando la distancia.

Por fin su padre se detuvo y agradeció esa pausa que le permitió un respiro.

—Maureen, no quiero perder el vuelo —la voz de Harold era tan estoica como su apariencia.

—Prometo no quitarte mucho tiempo, solo quiero despedirme de mi hijo.

—Tuviste mucho tiempo para hacerlo, pero supongo que era más importante la reunión que tuviste anoche —reprochó sin soltarle la mano al niño.

Maureen ignoró el comentario del hombre al que alguna vez había amado, hombre al que le había parido un hijo y que en ese momento se lo arrebató.

—Ben —se acuclilló delante del niño para mirar a esos hermosos y expresivos ojos azules—. Prométeme que te portarás bien, juro llamarte todos los días —hablaba acariciándole con los pulgares las sonrosadas mejillas.

Benjamin miraba a los ojos de su madre y asentía en silencio, él no lograba comprender que ella estaba despidiéndose de manera definitiva, pensaba que tal vez serían unas vacaciones con su padre; sin embargo, Maureen no derramó ni una sola lágrima, no se echó a llorar como él esperaba que hiciera, que expresara abiertamente el dolor por esa separación.

Una vez más la voz de la mujer anunciaba la salida del vuelo con destino a

Ginebra, Suiza.

—Debemos irnos —informó Harold, tirando un poco de la mano de su hijo, mostrándose totalmente impasible ante la situación.

Maureen le dio un beso en la frente y ante las grandes interrogantes que se formaban en las pupilas de Benjamin, se levantó.

Él se despidió con un gesto de su mano, al que ella correspondió. Una vez más su padre casi lo arrastraba hacia el avión, pero de vez en cuando él miraba por encima del hombro a su madre, quien se quedó parada en el lugar y fue entonces cuando le pareció verla llorar, pero no podía asegurarlo porque era mucha la distancia entre ambos.

En el avión, cuando una azafata se encargaba de ajustarle el cinturón por petición de su padre, vio en su abrigo un cabello largo y rubio, el que le hizo recordar al color que tenían las plantaciones de trigo, algo que vagamente recordaba del viaje familiar que habían hecho tiempo atrás, donde comparó a las espigas con el tono de la cabellera de su madre. Con cuidado agarró la hebra y la admiró, teniendo la certeza de que eso era lo único que conservaría de ella. Tampoco logró atesorarlo por mucho tiempo, porque cuando se quedó dormido, se le perdió.

—¡Sutherland! ¡Bestia! —la voz de un policía lo despertó.

Se removió en la angosta e incómoda cama, no tenía la mínima intención de levantarse. Aún vivía el momento al que su inconsciente lo había arrastrado porque él mismo no lograba recordarlo, estaba muy niño como para saber exactamente cómo era su vida a los seis años.

—Levántate —exigió entrando a la celda—. Vamos, arriba —pateó con las botas de seguridad una de las patas de la cama.

—¡Un momento! —rugió con la voz ronca por las horas de sueño. Estaba casando de todas las malditas pruebas e interrogatorios que le habían hecho durante la semana, ya no quería seguir siendo el conejillo de indias de toda esa cuerda de mediocres.

—Aquí no me exiges, recuerda que no estás en ningún hotel cinco estrellas.

Benjamin se levantó y en un acto de costumbre se pasó la mano por la cabeza, intentando peinarse los inexistentes cabellos.

En medio del enérgico canto que creaban los reclusos, quienes parecían ser más una manada de leones rugiendo, se lo llevaron.

No le informaron que lo trasladarían; sin embargo, ya él lo sabía. Estaba al

tanto de algunas cosas de las que le pasarían, solo debía llenarse de paciencia y esperar a que sucedieran.

Habían pasado dos semanas desde la última vez que había respirado libertad, hubiese preferido no haberlo hecho de nuevo, para no tener que enfrentarse a la multitud de moralistas y periodistas.

Tantas personas no eran suficientes para quebrantar su orgullo e iba con la cabeza en alto, no bajaría la frente ante nadie, porque sencillamente no se lamentaba de lo que había hecho.

Un escupitajo se estrelló contra su mejilla derecha, de alguien que intentaba rebasar el cordón policial que lo resguardaba, docenas de personas le gritaban improperios y pretendían agredirlo, seguramente eran las mismas que semanas atrás lo vanagloriaban.

Lo subieron en el asiento trasero de la patrulla y los oficiales debieron encender las sirenas para que les permitieran el paso.

La mirada azul admiraba cada pequeño detalle, cada aviso, cada árbol, cada persona por insignificante que fuera y se lo grababa en las retinas, porque sabía que pasaría mucho tiempo antes de volver a encontrarse con el mundo exterior.

Lo llevaron hasta un centro psiquiátrico en Wilshire Boulevard, al Oeste de la ciudad. En ese lugar todo era completamente distinto a la prisión, desde la habitación que le habían asignado, hasta la comida.

Se familiarizaba con la cama después de haberse duchado y cambiado de ropa, ya no usaba ese horrible uniforme de prisión, se lo habían cambiado por un pantalón de lino blanco y una camiseta de algodón del mismo color.

Una vez más irrumpían en su paz, no le quedó más que acompañar a los enfermeros, a los que agradecía que no hablaran, no lo insultaban como disimuladamente hacían los malditos policías.

Benjamin entró sonriente y con la mirada brillante, como un niño sintiéndose orgulloso de haber cometido alguna travesura, obligando al psiquiatra a tragar en seco. Era un hombre de carne y hueso, con nervios que podían alterarse, nunca le había pasado con un paciente, pero había una primera vez para todo y Benjamin de cierta manera lo trastocaba.

—Buenas tardes Benjamin —saludó el doctor Grignard poniéndose de pie para recibirlo—. Lamento que nos hayamos atrasado un poco.

El hombre se encontraba en el consultorio, en el que comúnmente trabajaba. En el lugar solo reinaba el color blanco, representando un gran

vacío, algo infinito, una nada que laceraba la felicidad, la libertad.

Sin embargo, en ese lugar casi sin sentido, él había ayudado a muchas personas a retomar los rieles de su vida, para que encontraran un horizonte colmado de nuevas oportunidades.

—Supongo que es a usted a quien le debo agradecer este generoso cambio —hizo una reverencia burlona que acompañó a su sonrisa.

El doctor ignoró la falta de respeto del paciente y con un ademán le indicó a los enfermeros que le quitaran las correas, con las que le mantenían las manos atadas.

—Te he traído cigarrillos —dijo acercándose al escritorio, sin darle la espalda a Benjamin, sacó de la gaveta la cajetilla que atentaba contra su fuerza de voluntad.

Llevaba cinco meses sin fumar y tener entre sus manos lo que fue su más grande vicio era casi insoportable, pero debía luchar contra sus debilidades.

—Gracias —dijo con una amplia sonrisa, extendiendo la mano para recibirla, atento a cómo la cajetilla vibraba entre las manos del doctor—. ¿Tiene encendedor? —preguntó con la mirada fija en los cigarrillos e internamente gozaba el momento, presintiendo que la sesión de ese día sería más placentera de lo esperado.

—Eh... sí —por fin logró desprenderse de la cajetilla y se la entregó. Buscó una vez más en una de las gavetas del escritorio el encendedor.

—Al menos este lugar es menos deprimente —aseguró caminando hasta el diván de cuero marrón, mucho más sofisticado que la camilla metálica de la penitenciaria—. Supongo que mi agente le debe estar pagando —se dejó caer en el comodísimo sofá y se dispuso a abrir la cajetilla.

—En algo está ayudando, sí —confesó acercándose y le entregó el encendedor—. Me avisas cuando estés listo.

—Ya lo estoy —dijo con el cigarrillo entre los labios.

—¿Te importaría si me quedo en el escritorio? —preguntó porque debía mantenerse lo más alejado posible de la tentación.

—Este es su consultorio —encendió el cigarro y le dio una profunda calada, consumiéndolo un poco y disfrutando del placer que le provocaba el sabor de la nicotina en el paladar, pero era mayor el goce de ver cómo torturaba a Grignard.

—¿Por qué razón te viniste de Suiza? —preguntó con la voz en remanso y Benjamin parpadeó lentamente.

—Vine porque quería vivir con mi madre, deseaba su cariño y su comprensión y ya no quería estar con mi padre... Pero cuando por fin conseguí su dirección y llegué a su casa, ella no me recibió, su asistente ni siquiera me dejó pasar del umbral.

El doctor hizo una pequeña anotación en la libreta, porque le había prometido a Benjamin que no grabaría ninguna de las sesiones hasta que él se lo consintiera.

—¿Te aseguraste de que la asistente le dijera que eras tú quien la buscaba? —preguntó el doctor.

—Sí, escuché cuando se lo dijo, pero ella no podía atenderme porque estaba ocupada, estaba siendo entrevistada para un programa de uno de los principales canales del país.

—Supongo que esperaste. Hay una gran diferencia entre querer y poder y tu madre no podía atenderte en ese momento, aunque seguramente sí lo deseaba —comentó el doctor, sintiéndose impresionado porque su paciente hablaba pero no mostraba ningún tipo de emoción, solo estaba concentrado en los círculos de humo que creaba cada vez que lo expulsaba y él intentaba concentrarse en cualquier cosa, menos en eso.

—¿Entonces sí quiso llamarme durante los doce años que pasaron, después de que mi padre me llevara a Suiza? Lo prometió, pero nunca pudo marcar un número telefónico para preguntarme cómo estaba.

—Lamento no tener la respuesta correcta.

—No debe lamentarlo.

—Entonces, ¿te marchaste? —inquirió con la mirada fija en el paciente que estaba acostado con las piernas cruzadas, evidenciando estar realmente cómodo.

—Así fue. No obstante, le dejé con su asistente la dirección donde me estaba quedando, estaba seguro de que Maureen no iría a un lugar como ese, pero en ese entonces, era de los que creía en la esperanza y anhelé que se interesara en mí —volvió a absorber la colilla y saboreó, liberando el humo por la nariz—. Caminé por mucho tiempo mientras lloraba como un niño con el corazón destrozado, porque lo que uno menos espera es el rechazo de su madre. Sabía que ya nada haría en América, no me quedaba más que limpiarme las lágrimas y subirme al primer vuelo que me llevara de regreso a Suiza.

El doctor evitaba hacer algún comentario porque Benjamin estaba

confiando en él, se estaba abriendo al contarle cosas que nadie más sabía.

—Llegué al loft en el que vivía con Iblis, ya no quería seguir siendo una carga. Empecé a empacar mis cosas mientras intentaba esconderle mi patético estado, pero a él no podía ocultarle nada; me conoce mejor de lo que puedo conocerme yo mismo.

A Grignard le costaba creer que Benjamin hablara de esa manera acerca de algo que era producto de su imaginación, creencias de alguna secta satánica, pero eso era un tema en el que por el momento, no pretendía profundizar.

—Iblis me pidió que me sentara a su lado y me dijo: “En unos minutos tu madre aparecerá, te pedirá perdón y te llevará a su casa, sé que la perdonarás. Aún tu corazón es muy débil... tranquilo amigo mío, ya encontrarás el momento para demostrarme tu fortaleza”.

»Y así fue, mi madre tocó al timbre apenas Iblis terminó de hablar, él se puso de pie y caminó lentamente, lo perdí de vista cuando entró a su habitación —apagó la colilla de cigarro presionándola con los dedos.

El doctor se levantó y le acercó la taza en la que horas antes se había tomado un té de manzanilla, al que había recurrido para calmar un poco los nervios de los que había sido víctima la última semana.

—Puedes usarla de cenicero —se la entregó y una vez más se retiró a su sitio de comodidad.

—Es usted muy amable —alegó echando la colilla en la taza que puso en la mesa de cristal tintado, al lado del diván—. ¿Puedo continuar?

—Adelante —pidió con un ademán, invitándolo a que siguiera contando.

—Como Iblis me había asegurado, me conmoví ante las lágrimas y el remordimiento de mi madre, ella me pidió perdón y yo también se lo pedí, aún sin tener que hacerlo, pues nunca le hice nada malo; por el contrario, fue ella quien se desentendió de mi existencia. Me pidió que me fuera con ella, que no quería que siguiera viviendo en ese lugar y yo... yo anhelaba unir mis lazos con ella, recuperar el tiempo perdido y que me ayudara a cumplir mis sueños de ser actor. Maureen contaba con los medios para ayudarme.

»Ya tenía mi maleta preparada, no había tiempo que perder. Le pedí a mi madre unos minutos y entré a la habitación de Iblis para despedirme, pero él no estaba, frecuentemente le gusta desaparecer —dijo sonriendo—. Pensé que no lo vería más y me sentí triste, porque no pude agradecerle la ayuda que me había prestado, sus consejos y enseñanzas.

—¿Por qué hablas con tanta propiedad sobre Iblis? —curioseó al fin,

queriendo llegar a la raíz del asunto.

En ese momento Benjamin se sentó en el diván, volvió a apagar lo poco que quedaba del cigarrillo con los dedos, sin mostrar ningún tipo de molestia por la quemadura que podría causarle esa acción tan masoquista, lanzó la colilla en la taza de té.

Se levantó y caminó hasta el escritorio del doctor, llevando consigo la cajetilla de cigarro y el encendedor. Ante la mirada cautelosa de Grignard, Benjamin se sentó en el sillón de cuero blanco frente al escritorio, anclando su hermética mirada en los ojos del hombre que pretendía ofrecerle más que ayuda.

—¿De qué tiene miedo doctor? —inquirió al ver que el hombre no hablaba—. Solo se le han aclarado algunas dudas, no será usted quien me ayude y si eso es lo que pretende, solo pierde su tiempo... no necesito ningún tipo de ayuda —aseguró sacando un nuevo cigarrillo.

A Grignard se le instaló el corazón en la garganta, no sabía cómo Benjamin se había enterado de sus intenciones, ni mucho menos de las investigaciones que estaba haciendo. Cómo diantres podía saber que un par de semanas atrás inesperadamente había aparecido abierta una página web en su computador, mostrándole información sobre Iblis. Llevaba dos semanas buscando dicha página y no lograba dar con la dirección, ni siquiera porque se la había llevado a un ingeniero en computación para que le ayudara de alguna manera a recuperar las direcciones IP de las páginas visitadas en los últimos días.

Fijó la mirada en la llama ondeante del encendedor que se reflejaba en los ojos de Benjamin, los que inusualmente se veían oscuros y no pudo evitar sentir que la sangre se le helaba.

—Si su objetivo es solo escuchar y recrearse con la historia, no habrá ningún inconveniente —prosiguió soltando lentamente el humo, tirándoselo casi en la cara al doctor, para quien en ese momento era más poderoso su miedo, que los deseos de recaer en el vicio—, pero le aconsejo que no haga lo que pretende, no quiero que me sometan a ningún tipo de tratamiento. No quiero que envenenen mi sangre con ningún tipo de droga.

—No te tengo miedo, no sé qué te hace pensar que temo a tu presencia —argumentó apegándose al poco valor que le quedaba—. No debes preocuparte, prometí que solo escucharía.

—Si dice que no tiene miedo, haré el intento por creerle... —levantó la

tapa del encendedor y se quedó admirando la débil llama, esperando que el doctor le dijera algo más, pero solo se limitó a mirar también la candela—. No se preocupe, no voy a ocasionar un incendio, en menos de media hora ya le he tomado cariño al lugar... Si lo haría no tendría salvación, espero la salvación que llegará en unos años... ya después escribiré el libro, primero debo esperar, solo eso —murmuró sin desviar la mirada de la llama, era como si estuviese hablando con él mismo—. Los minutos pasarán dándole vida al tiempo y el tiempo se convertirá en mi condena.

—¿Quieres quedarte toda la vida aquí? Si no avanzas, es lo que pasará —le hizo saber el doctor, quien interpretó las palabras de Benjamin como un lamento.

—No. Le aseguro que no me quedaré toda la vida, solo serán dos años, siete meses y trece días... mientras, me dedicaré a entretener a mis nuevos compañeros.

—¿Por qué hablas con tanta seguridad? ¿Cómo puedes saber lo que pasará en el futuro? —preguntó el hombre observando cómo el joven soltaba lentamente el humo del cigarrillo mostrándose despreocupado.

—Eso lo explicaré en mi libro... —intentaba decir algo más pero el doctor intervino.

—Bueno, aquí tienes al primer comprador de tu libro —sonrió mostrándose cómplice por un momento.

—No... no lo comprará, recuerde que estará muerto, pero podría darle un adelanto mientras agoniza, que durará alrededor de cuarenta minutos. Iblis lo hará por mí, susurrará en su oído mis razones y cómo es que puedo saber tantas cosas.

—Entonces, esperaré ansioso el momento —soltó después de pensarlo muy bien, no se dejaría intimidar por su paciente—. ¿Por qué no me cuentas qué pasó después de que te fuiste a vivir con tu madre? —preguntó queriendo volver a la conversación con la que habían iniciado la sesión de ese día.

—Esa madrugada llegamos a la casa, nos sentamos en la sala y empezamos a conversar, a conocernos un poco más. De mi madre solo sabía lo que decían las noticias, pero yo quería conocer a la Maureen que estaba detrás de la farándula, de ella no sabía nada, de ella solo guardaba el vago recuerdo de cuando nos despedimos en el aeropuerto.

—¿Recuerdas qué edad tenías cuando eso pasó? —intervino el doctor.

—No lo sé exactamente, seis o siete años quizás —divagó y se volvió a

llevar el cigarro a la boca—. Y solo eso recuerdo de ella, nada más.

—Es normal que eso pase, a eso se le llama “amnesia infantil”, porque nuestro cerebro almacena los primeros años de nuestras vidas de manera distinta a como lo hace después de que alcanzamos los diez años de edad, algunos estudios dicen que se van reemplazando los recuerdos —explicó, pero Benjamin se mantuvo callado—. Cuéntame qué más pasó esa noche, ¿de qué hablaron?

—Me dijo que estaba muy feliz de tenerme con ella, lo dijo de verdad —explicó observando las espirales de humo—. Me habló de que no contaba con gente de servicio todo el tiempo, que solo iban tres veces por semana y que su asistente solo trabajaba hasta las dos de la tarde, porque a ella le gustaba su absurda soledad, por eso no se había vuelto a casar, ni había tenido más hijos; sin embargo, me confesó que no vivía sola, que con ella vivía Karen, su ahijada... Realmente yo no quería saber nada de eso, lo que quería saber era si me había extrañado, también me moría porque me contara un poco de cómo era su vida en el cine, pero a cambio solo me dijo que mientras viviera con ella debía seguir algunas reglas... siempre he sido bueno con las reglas, pero solo para romperlas —soltó una corta carcajada, de esas que el público femenino catalogaba de sensuales.

—¿Por qué Karen no vivía con sus padres? —preguntó el doctor removiéndose un poco en el asiento, en busca de comodidad.

—Su padre aceptó ser el embajador de los Estados Unidos en Nueva Zelanda y ella no quiso mudarse con su familia, no quería dejar el cine y mi madre se ofreció a cuidarla, siendo menor de edad no le iban a permitir vivir sola.

—Anteriormente me comentaste que rompías las reglas, ¿por qué no obedecías a tu madre?

—A mi madre siempre le obedecí, las reglas solo se limitaban a no seducir, ni intentar nada con su ahijada, pero cuando conocí a Karen al día siguiente, me atrajo de una manera desconocida.

—Empezaste a seducirla y rompiste la regla de oro de tu madre —comentó, observando cómo Benjamin sacaba otro cigarrillo, al parecer pensaba fumarse toda la cajetilla en esa sesión, aumentando con eso su tortura, cada vez era más intenso el olor de la nicotina que envolvía el ambiente.

—No, nunca la seduje, siempre fui muy respetuoso con ella... Aunque no

niego que estaba buenísima, solo la espiaba, me gustaba hacerlo cuando se bañaba o mientras dormía, eso era suficiente para alimentar mi morbo. Nunca tuvimos algún tipo de relación estrecha, al menos no por mi parte, hablábamos muy poco porque tenía la certeza de que Karen quería algo conmigo. Constantemente se me insinuaba, pero yo la rechazaba porque cuando ella se me acercaba, perdía el interés; mi placer era verla sin que se diera cuenta, llenarme la vista, pero nunca despertó en mí las ganas de tocarla.

—¿Y te masturbabas mientras la mirabas bañarse o dormir? —inquirió el hombre de manera profesional y completamente interesado en cada palabra que expresaba Benjamin.

—No, nunca lo hice... Mi placer era saciado al mirarla, no necesitaba estimularme físicamente, era algo más —hizo un gesto pensativo, como si buscara la explicación correcta y a los segundos completó—: Inexplicable para ustedes.

—¿Estabas enamorado de ella? —razonó mientras jugaba con el bolígrafo que mantenía en la mano derecha.

—Si se refiere al estado físico, no. No lo estaba, su cuerpo me atraía, pero era su alma la que me atrapaba, por eso prefería observarla mientras dormía. Muchas veces cuando me concentraba lo suficiente, lograba ver cómo su alma brillaba en medio de esa oscuridad.

—Entiendo, para ti era algo más espiritual —acotó el doctor haciendo una anotación en su libreta.

—Sí. Bueno, ustedes lo entienden de esa manera.

—¿Cómo fue tu convivencia en casa de tu madre?

—Perfecta, nunca discutimos. De hecho, fue ella quien me consiguió la primera audición, gracias a ella soy quien soy hoy en día, logré ser un actor reconocido a los dieciocho años y con veinte el más cotizado del momento.

El hombre no quiso hacerle la acotación de que ya no era más el actor del momento, porque ninguna compañía de cine contrataría a un asesino.

—¿Y por qué lo hiciste? —inquirió al fin, queriendo ir al punto central del asunto.

—Podría decir que en cierta parte fue por una discusión que tuve con Iblis, él no me creía cuando le decía que mi corazón se había fortalecido, entonces me retó... y yo nunca voy a perder ante ninguna prueba.

—Cuéntame cómo fue ese día, ¿ya lo tenías planeado? —preguntó sin

desviar la mirada de los ojos azules que se notaban serenos y transmitían hasta un poco de paz. Todavía parte de la población no podía creer que Benjamin era el autor de los crímenes, solo conocían al chico carismático que se mostraba a través de la pantalla.

—Sí, llevaba una semana planeándolo, ese día fue como cualquier otro. Me levanté a las seis de la mañana, al bajar al comedor ya mi madre y Karen estaban desayunando, no esperaban por mí porque comúnmente despertaba un poco más tarde, después de la comida ambas salieron a cumplir con sus compromisos laborales. Ese día no me tocaba grabar y tampoco asistiría el personal de servicio —expulsó a través de un suspiro la última fumada de ese cigarrillo y lo apagó de la misma manera que había hecho con los otros.

—Permíteme —el doctor pidió la colilla y la lanzó a la papelería a su lado —, puedes continuar —le hizo un ademán.

—Apenas salieron puse mi plan en marcha, lo más difícil fue encontrar la maldita paloma, me tomó alrededor de dos horas. Ellas podían sentirlo, sentían cuando me les acercaba y me temían, eso solo me hacía más fuerte y consolidaba mi decisión.

Grignard quería preguntarle para qué era necesario una paloma, qué significado representaba, pero prefirió guardar silencio, no quería desviar el tema que empezaba a encausarse, por fin Benjamin estaba narrando lo que había hecho, ya tendría tiempo para las preguntas.

—Llamé a Iblis, iba a demostrarle que para mí los retos solo significaban diversión. Marqué su número, uno cualquiera, los dígitos que quisiera, sabía que de igual manera iba a comunicarme con él, por lo que marqué seis números y segundos después escuché su respiración al otro lado de la línea. Estaba seguro de que estaba ahí.

»Iblis, voy a matar a mi madre.

—Exactamente esas fueron las palabras que usé —aseguró volviendo a jugar con el encendedor.

—¿Qué te dijo Iblis? ¿No trató de detenerte? ¿No te pidió que dejaras de lado el reto? —preguntó echándose un poco hacia adelante, apoyando los codos sobre el escritorio.

—No dijo nada, él quería que lo hiciera, quería que le demostrara de lo que era capaz. Solo escuché una de sus risas más comunes, dejándome saber que estaba de acuerdo con lo que iba a hacer.

—¿Por un momento no pensaste si de verdad querías hacer eso?, ¿no

estudiaste la posibilidad de dejar de lado el orgullo?

—Era más que orgullo —suspiró desviando la mirada hacia donde estaba el diván—, mucho más.

—Era tu madre, tal vez tu corazón estaba cargado de resentimiento...

—No, yo no sentía ningún tipo de resentimiento hacia Maureen —intervino sin dejar que el doctor terminara su patética idea acerca de lo que podría o no sentir—. Era mucho más, pero no importa las maneras en que intente explicárselo porque no lo va a entender. Viví dos años con Maureen y llegué a conocerla lo suficiente como para saber que esa mujer cada día intentaba recuperar los años que había perdido —aseguró volviendo la mirada hacia el doctor—. ¿Puedo continuar o ya fue suficiente?

—Continúa por favor, no voy a interrumpirte —pidió el doctor.

—Todos piensan que soy un desalmado por lo que hice, digamos que literalmente así es... Usted tiene muchas interrogantes girando en su cabeza, le ayudaré con una. Necesitaba hacer algo para no ensuciar mi alma, para eso la paloma y las demás cosas.

—¿Un ritual? —preguntó Grignard y pidió disculpas con un ademán porque había roto su promesa de no intervenir, pero la mayoría del tiempo la curiosidad lo rebasaba.

—A la paloma le saqué los ojos cuando aún estaba con vida —continuó ignorando la pregunta imprudente del doctor—. También le saqué las vísceras y el corazón, todo eso lo vertí en un recipiente de cristal, después le agarré prestado un peluche a Karen que parecía un conejo, pero realmente nunca logré definir qué era esa cosa a la que ella dormía abrazada. Le amarré las extremidades, lo vendé y le incrusté trece alfileres...

—¿Tiene algún significado para ti el número trece? —interrumpió una vez más, no quería que ese dato que consideraba importante se le pasara por alto—. Es que lo has nombrado en varias oportunidades, de hecho es la misma cantidad de idiomas que te enseñó a dominar Iblis.

—Sí, ese número tiene un significado —sonrió al ver que el doctor estaba atento, empezaba a caerle bien el hombre—. Son por los apóstoles.

—¿Los apóstoles? ¿Los de Jesús?, pero si eran doce —dijo contrariado.

—Eran trece, deberían contar también a María Magdalena, pero el cristianismo siempre se ha empeñado en denigrar a la mujer, la hacen a un lado sin contar la participación importante que ha tenido desde el inicio de los tiempos... Las mujeres son los seres más perfectos que se hayan creado,

porque saben equilibrar con maestría el bien y el mal para usarlos a su favor... En fin, hay muchas cosas en las que nos han engañado, pero no es para conversar sobre eso que estamos aquí —le recordó y ante la mirada sorpresiva de Grignard se acercó un poco más, de igual manera apoyando los codos sobre el escritorio—. Como le contaba... —murmuró mirándolo a los ojos, obligando al hombre a que desviara la mirada hacia él—. Le incrusté trece alfileres a la cosa deforme de peluche y busqué unas bragas de mi madre, manchadas de sangre menstrual, ya se las había robado un par de días atrás.

El doctor elevó ambas cejas, dejando claro con ese gesto que no comprendía nada de lo que le estaba diciendo.

—Necesitaba de su sangre pero había olvidado algo, aún no alcanzo la perfección —comentó elevando la comisura derecha—. En el momento en que recordé lo que había olvidado, alguien llamó a la puerta, bajé con tranquilidad porque nunca se deben forzar las cosas y al abrir, en la entrada estaba lo que había olvidado, era una taza de cristal llena con sangre fresca de cordero, la agarré y aún estaba tibia.

—Cordero de Dios que quitas todos los pecados del mundo —murmuró el doctor.

—Regresé con lo que estaba haciendo —prosiguió sin prestar atención a las conclusiones de Grignard—. Los escritos en arameo que encontraron los hice con la sangre del cordero.

—Como hacían los hebreos, que con sangre de corderos sacrificados marcaban los dinteles de las puertas, para que el Ángel exterminador los perdonara —dijo con fascinación—. ¿Por qué toda esta mezcla del bien y el mal?

—Antes de hacerme esa pregunta debería saber exactamente qué es bueno y qué es malo; realmente es algo más complicado de lo que parece. Pero sí, digamos que lo de la sangre de cordero era para liberarme de culpas y no ensuciar mi alma. Después solo me senté a esperar a que llegara mi madre.

—¿Eso lo hiciste para liberar tu alma? Es decir, ¿no tenías alma en ese momento? —preguntó el psiquiatra.

—No... no es de esa manera, solo la escondí tras un escudo, debía hacerlo para después no sentir culpa, ni remordimiento. El alma es la parte débil de un ser humano.

—¿No sientes remordimiento por lo que has hecho? ¿No lamentas haber

asesinado a tu madre?

—No, no lo siento, pero debo confesar que a veces me hace falta —expuso de manera casual, observando cómo el humo se diluía en el aire—. Ha terminado mi tiempo aquí, en la próxima sesión le contaré lo que pasó cuando Maureen llegó a casa esa tarde —le hizo saber sin siquiera mirar el reloj mientras apagaba el cigarrillo.

—Sí, ya ha pasado la hora —acotó Grignard observando el reloj, ya se había cumplido exactamente una hora—. ¿Te importaría que nos reunamos el miércoles? —preguntó poniéndose de pie y esta vez fue él quien le ofreció primero la mano.

Benjamin se levantó y recibió la despedida del hombre.

—No, realmente no me importa, el miércoles estaré aquí... Espero que usted pueda dormir esta noche, porque no es la intención de Iblis y mucho menos la mía robarle el sueño, solo desconecte el cerebro de mi caso y relájese —le aconsejó con voz tranquila.

CAPÍTULO 5

Candice liberó un largo suspiro de felicidad al tiempo que se llevaba los audífonos a los oídos y la luz de la pantalla de su iPhone se apagaba progresivamente.

Dormiría con esa canción que Jeremy acababa de dedicarle en su mensaje de despedida. Nunca en la vida había sido más feliz, los momentos al lado de su novio eran realmente especiales; cada beso, cada mirada, cada caricia y susurro la hacía sentir pletórica.

La melodía empezó a calar en sus oídos, así como los recuerdos vividos junto a Jeremy invadían su cabeza, despertando en ella sensaciones que sabía existían, pero que no tenía la más remota idea de la intensidad con la que irrumpían en su cuerpo.

No podía evitar sonrojarse cuando estaba siendo besada por él y sus pezones se dejaban ver a través de su camiseta, justo como se podían apreciar en ese momento a través de su camisón de algodón.

Se llevó las manos debajo de las sábanas y se los tanteó sintiéndolos duros, le dolían un poco pero era un dolor que le provocaba placer.

—Kiss me like you wanna be loved; You wanna be loved —era la voz de Jeremy y no la de Ed Sheeran la que le cantaba mientras aumentaba el calor bajo las sábanas, apoderándose de su cuerpo. Era tan agonizante sentir esas punzadas internas en su vientre, esas cosquillas que precisaba calmar.

Una Candice completamente diferente pedía a gritos que fuera liberada, que le diera riendas sueltas a sus deseos y acallara las fervientes peticiones. Quería poder estar con Jeremy en esa cama, que la tuviera entre sus brazos y la besara.

Cerró los ojos y se repasó los labios con la lengua, intentando calmar esa sed abrazadora que provocaba el calor que la estaba consumiendo internamente.

En medio del delirio sintió cómo unas manos que estaban más calientes que su piel, se aferraron a sus rodillas, separándole las piernas al mismo tiempo que se las flexionaba. No tenía la fuerza de voluntad para oponerse a

lo que estaba pasando, a esa intensa caricia que recorría sus muslos, levantándole el camisón de algodón.

En medio de sus piernas podía sentir el peso de un cuerpo hundiendo el colchón, debajo de sus sábanas había alguien, estaba segura de eso y ella era marioneta de ese placer que le provocaba el tibio aliento que despertaba cada poro de la piel de su vientre, inevitablemente se humedeció, mojó sus bragas de manera vergonzosa.

Juraba que había puesto a repetir el tema que Jeremy le había dedicado, pero su cuerpo se retorció en busca de más, un poco más. Solo lograba levantar la pelvis para ir al encuentro de esa boca que empezaba a combinar besos y mordiscos en su monte de Venus, que le arrancaba gritos ahogados mientras una nueva canción calaba en sus oídos, como una profecía de lo que estaba pasando.

**Evil had knockin' at my door
Evil making me its whore
I don't mind if you take what's yours
But give me mine**

Cerró un poco los muslos y pudo sentir en medio de sus piernas una cabeza, contrariamente a gritar o intentar quitarse de encima lo que fuera, por encima de las sábanas se aferró a eso que tanto placer le estaba brindando, esas manos tan fuertes se le aferraban en las nalgas, apretándolas con verdadera fuerza y se balanceaba en la cuerda floja que dividía al placer del dolor.

El pecho se le iba a reventar, casi no podía respirar y se había vuelto toda latidos, entre sus piernas hacía tanto calor como debía hacerlo en el infierno.

**You are the night that saves my day
Hey there, little girl
Come inside; don't be afraid, I'll keep you safe**

La respiración ahogada de quien estaba debajo de sus sábanas y en medio de sus piernas, se confundía con la canción que inundaba sus oídos, algo que no podía comprender, era como si esa respiración fuese un instrumento más que acompañaba a la estridente melodía.

Sus bragas estaban demasiado mojadas, por ella y por la saliva caliente y espesa de quien pasaba la lengua una y otra vez por su centro. No tenía miedo, esa respiración sofocada que se mezclaba con la música la excitaba demasiado como para pedirle que dejara de lamerle con tantas ganas, era tan caliente, tan suave, tan potente.

Necesitaba ver quién era, por lo que levantó la sábana solo haciendo una pequeña ventana para que sus ojos pudieran apreciarlo. En ese momento, como si hubiese adivinado sus intenciones, ese ser también la miró.

Candice no podía ver nada, era un hombre de eso estaba segura, pero estaba todo muy oscuro debajo de las sábanas, solo dos pequeños destellos se dejaban ver y eran como dos pupilas fijas en ella. Entonces todo el pánico mandó al lodo la excitación, empezó a gritar y a removerse, provocando con eso que el bulto que estaba entre sus piernas desapareciera.

—¡Candice! ¡Candice! —Irrumpió Hector en la habitación, encendiendo inmediatamente la luz—. Tranquila, tranquila cariño, solo es una pesadilla.

Candice se encontraba pegada a la cabecera de la cama, en el suelo estaban las colchas y el celular con los audífonos, mientras ella lloraba desesperadamente.

—¡No! No fue una pesadilla, papá —dijo hipando ante el llanto—. Algo estaba en mi cama, algo estaba aquí —aseguró saliendo de la cama y corrió hacia su padre.

—Eso es imposible, amor —trató de tranquilizarla mientras la refugiaba en sus brazos.

—Candice —la llamó su madre entrando a la habitación—, ¿qué pasó princesa? —preguntó acercándose a ella y acariciándole los cabellos.

Hector le cedió su puesto a Claire para que abrazara a su hija y él caminó hasta la ventana, percatándose de que estaba cerrada y con el seguro puesto.

—Alguien estaba en mi habitación —confesó en medio del llanto, pero la vergüenza impedía decirle a sus padres lo que le estaban haciendo.

—¿Qué pasó? —interrogó Robert aturdido, quien entraba a la habitación vistiendo solo un short blanco, llevando la rubia cabellera revuelta.

—Nada, Candice ha tenido otra pesadilla —dijo el padre, recogiendo el celular que estaba en el suelo.

—No, no ha sido una pesadilla, tienes que creerme papá —suplicó ahogándose con el llanto—. Ya no soy una niña, puedo saber si estoy o no dormida.

—¿No sería tu novio que entró? —curioseó su madre, enjugándole las lágrimas con caricias.

—No, Jeremy no ha sido... no podría entrar, la ventana está cerrada y cómo se supone que podrá subir a un segundo piso.

—Voy a ver por el jardín —dijo Robert, quien regresó a su habitación y al minuto bajaba las escaleras con un bate de béisbol en las manos.

—Yo voy a ver cómo está Lizzy... Claire llévala a la cocina para que beba un poco de agua y se calme.

Claire le pasó un brazo por encima de los hombros a su hija y la condujo a la cocina.

—Siéntate —le pidió mientras ella iba a la nevera por un poco de agua—. Ten, trata de calmarte un poco, cariño —le acariciaba las mejillas mientras Candice sorbía las lágrimas, las que no dejaban de brotar aunque tuviera los ojos rojos e hinchados.

Candice bebió el agua a pequeños sorbos, intentando calmarse, no quería alarmar a su familia, pero era más poderoso el terror que la invadía.

—¿Estás mejor? —preguntó recibiendo el vaso y su hija le asintió en silencio—. ¿Quieres contarme qué pasó?

Candice negó y una vez más se echó a llorar, Claire le sostuvo la cabeza y la adhirió a su abdomen, sin dejar de acariciarle los cabellos.

—Era un hombre... era un hombre... vi sus ojos, bueno... no tenía ojos... eran solo unas pupilas, nada más —explicó en medio de sollozos.

—Seguro que has visto alguna de esas películas de terror.

—No mamá, no he visto películas... tienes que creerme —imploró cerrándole la cintura con los brazos.

—Vamos a rezar un poco... así estarás más tranquila —propuso al tiempo que se apartaba del abrazo y se sentaba en la silla frente a Candice.

Se quitó una vez más la cadena con la medalla de la virgen María, de la que no se desprendía ni para dormir y volvió a prestársela a su hija.

Empezaron a orar con los ojos cerrados, no dejaron de hacerlo hasta que Candice estuvo completamente calmada.

Robert se aseguró de que no hubiese nada afuera y entró a la casa cerrando muy bien las puertas y ventanas.

—¿Todo bien? —preguntó Hector, irrumpiendo en la cocina.

—Mucho mejor —aseguró Claire con una dulce sonrisa y con esa paciencia inagotable de una madre.

—Regresemos a la cama, nada malo va a pasar —pidió el hombre y le tendió la mano a su hija, conduciéndola a la habitación.

Cuando llegaron, Candice vio en el suelo al lado de su cama, una colcha y una almohada, inevitablemente miró a su padre.

—Sé que no querrás dormir sola —le dijo con una sonrisa.

Ella hizo más fuerte el abrazo, hundiendo el rostro en el cálido pecho de su padre y encontrando paz en ese aroma que adoraba, ese olor paternal.

Caminó a la cama y se metió en ella, cubriéndose con la sábana hasta el cuello, su madre se despidió de ella con un beso en la frente y su padre se acostó en el suelo para cuidar de sus sueños.

Claire apagó la luz de la habitación y salió dejando la puerta entreabierta.

Hector sabía que su hija no lograba dormir, estaba inmóvil en la cama pero con la mirada fija al techo.

—No va a pasarte nada mi amor, todo estará bien, aquí estoy yo. Puedes dormir tranquila —dijo desde su incómoda cama de alfombra, pero por cuidar a su hija dormiría sobre brasas ardientes.

—Papá, ¿siempre vas a cuidar de mí? —preguntó sacando la mano de debajo de la sábana y ofreciéndosela a su padre, mientras que con la otra se aferraba a la medalla de la virgen que colgaba de su cuello.

—Siempre mi vida, te juro que por el resto de la noche no vendrá nadie a perturbar tu sueño, porque si tengo que meterme en ellos para salvarte, lo haré —aseguró aferrándose a la mano de Candice.

—Gracias papá, eres el mejor del mundo —murmuró.

Candice logró quedarse dormida entrada la madrugada. Ese mismo día durante la mañana, lo primero que hizo fue eliminar todas las canciones de The Pretty Reckless, percatándose de que no tenía Sweet Things en la lista de reproducción de su celular, por lo que no pudo evitar que una vez más el miedo le calara hasta la médula.

CAPÍTULO 6

El niño que amaste es el hombre al que hoy le temes

Benjamin expulsaba el humo de su segundo cigarrillo con la sincronía perfecta para que se formaran círculos en el aire, uno tras otro. Con los párpados entornados fijaba la mirada en los cilindros que se disipaban en el aire.

Estaba sentado con las piernas cruzadas, reflejando la elegancia de la que era poseedor, pero al mismo tiempo reflejaba comodidad, parecía que nada podría atormentarlo.

—Podrás empezar cuando te sientas preparado... pero antes, me gustaría hacerte unas preguntas —caló la voz del doctor en el lugar.

—Adelante, solo me tomaba un poco de tiempo para disfrutar del cigarro —mencionó sin desviar la mirada de los ahora óvalos de humo.

—¿Qué te han dicho de tu padre? ¿No piensa abogar por ti? — preguntó poniéndose los lentes, con bolígrafo en mano, dispuesto a escribir en su libreta.

—Mi padre, pobre pedazo de mierda. Aunque un océano nos separe, puedo oler su putrefacción... No, no lo hará, porque me tiene miedo y tampoco piensa manchar su intachable carrera como el Asesor Especial de Relaciones Exteriores de la ONU con un hijo asesino.

—¿Por qué dices que puedes oler su putrefacción? ¿Padece alguna enfermedad? —curioseó Grignard, sin comprender totalmente ese comentario por parte de Benjamin.

—No, naturalmente no está enfermo; sin embargo, últimamente está presentando algunos malestares que no le ha dejado saber a nadie. Su orgullo es más fuerte que confesar que está defecando sangre, así que no irá con ningún doctor, porque piensa que es algo pasajero y esa actitud solo le impedirá darse cuenta de que la maldita cerda de su mujer lo está envenenando, para quedarse con su millones y gastárselos con el amante.

—¿Tienes certeza de lo que estás hablando?

—Creo que con las cosas que a usted le han pasado últimamente, debería

tener claro que no hablo estupideces. Debe ser un poco más creyente, no todo es ciencia y no todas las cosas tienen explicación —acotó observando la ceniza que aún se mantenía en el cigarro, como una torre a punto de desplomarse, pero que no lo hacía—. Aunque no quiero a mi padre y me da igual lo que le pase, no tolero las injusticias, por lo que Iblis me ha prometido que los dejará confiarse y cuando menos lo esperen, las cabezas de ambos terminarán clavadas en una estaca. Esto pasará mientras estén fornicando, algo así como en la época medieval —dejó libre una corta carcajada al recrear la escena en su cabeza.

—Si sabes eso, ¿por qué no los denuncias? Yo podría ayudarte a hacerlo y así evitar que todo esto siga envolviéndote —aconsejó el doctor, queriendo creer en Benjamin.

—Harold no lo creerá, ni siquiera quiere saber de mí porque he asesinado a la que según él, era el amor de su vida... pero se coge a la primera mujer que se le pasa por el frente, así que por mí que se joda —después de esas palabras dejó libre un suspiro, liberando humo por la nariz.

—¿Te dolería la muerte de tu padre? —inquirió estudiando algún gesto que evidenciara un poco de tristeza, pero no lo halló.

—¿Qué? ¡No! —soltó una carcajada—. No, la muerte no debería doler. A ustedes lo que les jode es la ausencia, no es más que un acto de puro egoísmo, porque solo piensan cómo será su vida sin esa persona, cómo harán para vivir sin ella... Muy pocas veces se preguntan qué es lo que le espera a ese ser "querido" después de la muerte. En cuanto a lo de mi padre, le aseguro que no va a dolerme la ausencia de alguien a quien nunca le importé.

—¿Nunca le importaste? ¿Podrías contarme un poco acerca de tu infancia? —preguntó al sentir un gran grado de resentimiento en Benjamin hacia su progenitor.

—No. Realmente no quiero aburrirlo con esas tonterías, mejor empecemos a hablar de cómo fue que asesiné a mi madre, eso es más interesante.

El doctor podía jurar que Benjamin iba a disfrutar de ese relato, era imposible que hablara del asesinato de su madre y no se trastocara al menos un poco.

—Bien, no quiero presionarte. Soy todo oídos —lo alentó removiéndose en el asiento para sentirse más cómodo.

—Deberá ser todo oídos y vísceras. Más de uno me ha pagado el relato con sus alimentos mal digeridos volcándose a mis pies —su voz era casual, como

si fuese a hablar de economía y no de un matricidio.

—¿Le has contado a alguien más? —preguntó algo asombrado, pues suponía que no lo había hablado con nadie más.

—Ya le había dicho que iba a entretener a mis nuevos compañeros y algo debo hacer a la hora de las comidas.

Grignard notó en la mirada de Benjamin una mezcla de picardía y malicia, parecía un niño con una muy peculiar forma de divertirse.

—Puedes seguir, estoy preparado —dijo soltando un suspiro.

—Eran las dos y diez de la tarde cuando mi madre regresó de las grabaciones —empezó a contar demostrando entusiasmo—. Escuché cuando abrió la puerta principal y los treinta y dos pasos al subir las escaleras, yo me encontraba acostado en mi cama, estudiando mi guion, presentí su llamado a mi puerta y a los segundos lo escuché, por lo que la invité a pasar.

—¿Demostrabas algún tipo de nerviosismo? ¿Sentías miedo, angustia? —intervino el hombre con sus preguntas, tratando de saber qué emociones embargaban en ese momento a su paciente.

—No... me sentía normal, bien... uhmm bueno, digamos que un poco de adrenalina corría por mis venas —explicó para saciar la curiosidad del doctor—. Mi madre entró y se sentó al borde de mi cama con su dulce sonrisa, una de esas que las madres siempre le dedican a sus hijos y más si se sienten orgullosas de ellos, como en mi caso; mi madre se sentía muy orgullosa de mí, le pregunté cómo le había ido en el estudio de grabación, me comentó su travesía laboral y me dijo que iría a bañarse y a descansar un poco, yo solo asentí en silencio y ella me dio un beso en la frente al tiempo que abandonaba mi cama, ese fue su último beso, casi una hora después yo le daría el mío.

—Mientras tu madre agonizaba, ¿en algún momento le dijiste que lo sentías? —una vez más el hombre interrumpía.

—Le he dicho que no me arrepiento de lo que hice, en ningún momento lo he sentido —contestó con rotundidad.

—Bien... continúa, por favor —pidió con un ademán, observando cómo Benjamin sacaba otro cigarrillo.

—Escuché el agua que salía de la regadera, dejé que se bañara tranquila, que se refrescara un poco, de igual forma le permití descansar por lo menos media hora, no hay nada peor que morir cansado, eso me lo había dicho Iblis, por lo que le di su tiempo.

»Cuando le permití el tiempo exacto, agarré el cuchillo que había elegido y

salí de mi habitación, entré a la de ella sin llamar, se encontraba en la cama y con su ropa de dormir, repasando su libreto. Me senté a su lado mientras ella me miraba algo desconcertada, la miré a los ojos manteniéndome en silencio, mirándome en esos espejos azules que eran iguales a los míos, sin dejar que viera el cuchillo que había mantenido oculto, ella me sonreía mostrando el desconcierto que la gobernaba. “Madre, no cierre los ojos” le pedí y en un movimiento rápido le clavé el cuchillo en la boca del estómago, atravesando las hojas del guion. Ella soltó un grito ante el dolor y cerró los ojos, derramando un par de lágrimas, por lo que giré el cuchillo dentro de su estómago.

»“Le sugerí que no cerrara los ojos, ábralos o seguiré girando el cuchillo”. Ella solo balbuceaba mi nombre queriendo gritar, pero el dolor y la sangre que subía por su garganta no se lo permitían; sin embargo, le señalé: “Si gritas, la policía vendrá y me detendrá y no es eso lo que quieres para tu hijo”.

»Maureen me adoraba y solo quería lo mejor para mí, por eso solo asintió en silencio, dejé de torturarla y retiré la hoja de metal. Ella dejó libre un jadeo, intentó volverse, pero no se lo permití al retenerla por uno de sus hombros mientras sacudía el cuchillo para que las hojas del guion dejaran de estorbar. Solo lloraba aún sin poderlo creer, no podía creer lo que estaba pasando, pero yo me encargaría de que lo creyera, así que una vez más le clavé el cuchillo en un costado, con tanta fuerza que se me resbaló ante la sangre, en ese momento me hice el primer corte en el dedo índice, no lo sentí, fue mucho después que me di cuenta.

»Parpadeó pesadamente, pero cuando empecé a girar el cuchillo lentamente dentro de su cuerpo, los abrió; ya sabía que esa era mi señal para que no cerrara los ojos, vi en sus pupilas reflejadas muchas preguntas, aún no podía creer lo que le estaba pasando, que fuese su propio hijo quien la acuchillaba sin piedad, solo se quejaba, lloraba y de la boca le salía sangre, la que en un par de oportunidades le limpié.

»Mi madre no podía más, siempre fue débil pero no debía morir tan pronto, retiré una vez más el cuchillo y le di libertad, hizo lo que tenía planeado, se giró en la cama dándome la espalda, una vez más me daba la espalda — reprochó en medio de su relato—. Por lo que me lancé sobre la cama y la inmovilicé entre mis rodillas, mientras le enterraba el rostro en la almohada, limitándole la respiración, calculé dónde clavaría el arma mientras

proclamaba un rito para que su vida no se extinguiera tan rápido. Luego fui por sus riñones, primero uno y luego el otro, mientras ella jadeaba y yo sentía cómo su sangre tibia empezaba a bañarme y a inundar la habitación con su particular olor a hierro.

»Después proseguí entre sus costillas, ella no se resistía, pero seguía viva, tenía la certeza de eso, por lo que le ayudé a girarse y esta vez mi blanco fue su pecho; el primer ataque fue al esternón y una vez más se me resbaló el cuchillo. En ese lugar fueron varias veces seguidas hasta vencer el obstáculo, tanto que desprendí pedazos de carne que se quedaban pegadas en el cuchillo —confesó sin mostrar un atisbo de repulsión, parecía como si no hablara de su propia madre—. Bajé una vez más a su estómago y me ensañé con decisión y fuerza en ese lugar, hasta hacer un cráter, exponiendo sus vísceras, el repugnante olor que despedían no fue suficiente para que me detuviera. Llevaba treinta y cinco puñaladas, ya solo faltaban dos, por lo que le deslicé el cuchillo por debajo de cada pómulo, enterrándolo poco a poco, entonces Maureen comprendió que no debía cerrar los ojos; la luz en éstos me decía que aún estaba viva.

»Quise dejarla así, bañada en sangre y con las vísceras expuestas, que agonizara. Si lo ve doctor, desde cierto punto no fui yo quien la mató, lo hizo el tiempo. Pensará que es imposible, pero vivió por siete minutos más, era esa la función del ritual.

El doctor Grignard lo miraba atentamente, sin encontrar un poco de lógica a lo que Benjamin le estaba contando, sabía exactamente dónde apuñalar a su madre, todo fue tan premeditado que no podía evitar que el estómago se le revolviera y los vellos se le erizaran, juraba que estaba sudando frío. Quería pedirle que dejara el resto para la próxima sesión, pero temía que después el joven cambiara de parecer, por lo que prefirió no interrumpirlo.

—Cuando bajé de la cama, me percaté de que estaba bañado en sangre, tal vez la adrenalina no me permitió disfrutar de ese momento en que con cada puñalada me vestía con la sangre de mi madre; podría decir que tenía más que ella misma, quien se encontraba en un charco. Admiré el lugar, el buró de al lado de la cama, la pared, la cabecera, el piso, el libreto, todo estaba lleno de sangre y en algunas partes habían pedazos de carnes y restos de vísceras.

»Salí de esa habitación y me dirigí a la mía para ducharme y ponerme ropa limpia, estaba por entrar al baño cuando escuché un golpe seco. Corrí nuevamente al cuarto de mi madre y vi que se había parado y dado varios

pasos, pero había caído al suelo, por lo que la cargué y la subí nuevamente en su cama.

»“Mamá, quédate en la cama, no quiero que te hagas daño” Le susurré y le di un beso en la frente, mi último beso. Empecé a acariciarle el rostro, lo único que lamento es que cuando le apuñalé la cara tal vez rompí varios vasos oculares y sus ojos se ensangrentaron, ya no tenían el mismo color que tanto adoraba, segundos después ella exhaló su último suspiro, el golpe terminó por matarla, le cerré los ojos y me dirigí al baño para limpiarme y largarme del lugar.

El doctor se encontraba algo pálido, pero respiró profundo varias veces para recobrar la compostura, sabía que su paciente había asesinado a sangre fría porque era lo que le habían dicho, pero ahora él mismo lo confirmaba y lo que le parecía más aterrador era que no se encontraba arrepentido de lo que había hecho.

—¿A dónde pensabas ir? ¿Te irías con Iblis? —inquirió Grignard encontrando su voz, después de haberse quedado sin aliento en varias oportunidades.

—No lo sabía, no tenía idea, lo único que sabía era que tenía que irme de la casa... y llegar hasta donde quería que me atraparan.

—¿Esperabas por Iblis? —preguntó al percatarse de que Benjamin le ocultaba algo, podía jurar que los planes de él no era que lo atraparan.

—Eso no se lo diré, no diré qué pasó después de que salí de la casa, solo lo que pasó dentro, nada más.

—¿Y me dirás lo que pasó con Karen? —preguntó tratando de ahondar más en el tema.

—Sí... de ella le contaré, pero ya será en la próxima sesión —enunció poniéndose de pie.

Una vez que Benjamin abandonó el consultorio, Grignard casi corrió al baño, donde mientras se lavaba la cara fue atacado por fuertes arcadas que le produjeron recordar ciertos pasajes de lo relatado por su paciente y se vio obligado a vomitar.

Ya no sabía qué era Benjamin, si era un satánico, un sádico, un joven perturbado o si verdaderamente el mal existía y lo había poseído. Ya no tenía certeza de nada.

Capítulo 7

—Candice, ¿te falta mucho? —preguntó Lizzy entrando a la habitación de Candice sin avisar, extrañándose de no encontrar a su hermana en el lugar.

—No, ya casi estoy lista —dijo desde el baño donde estaba maquillándose, algo que llevaba poco tiempo haciendo.

—¿Qué haces? —inquirió sonriendo totalmente sorprendida.

—Rizo mis pestañas —confesó con la pinza presionando para que se curvaran un poco.

—¿Dónde has aprendido a hacerlo?

—Lizzy, siento que me estás interrogando.

—Solo es un poco de curiosidad —alegó cruzándose de brazos.

—Lo he visto en YouTube, tenía que darle uso a los maquillajes que me regaló mamá.

—Pero si tenían meses confinados en algún rincón de tu desordenado clóset —soltó una corta carcajada y se acercó para ver más de cerca lo que Candice estaba haciendo—. Supongo que Jeremy está despertando tu lado más sensual.

—Solo quiero verme linda para él, quiero que se sienta orgulloso de tenerme como novia.

—Aún sin ningún colorete en la cara eres hermosa, no te hace falta.

—Tal vez, pero quiero realzar mi belleza —colocó sobre la encimera del lavamanos la pinza y agarró un gloss en un tono cereza—. Ven aquí, creo que le falta un poco de color a esos labios.

—¡No! Gracias, nada de eso —retrocedió un paso—. No quiero volverme mujer antes de tiempo.

—Lizzy, ya el mes pasado te hiciste mujer —dijo con voz cariñosa, provocando que las mejillas de su hermana se arrebolaran—. Además, porque uses un poco de brillo en los labios no estarás en desacorde con tu edad.

—No me gusta.

—Solo un poquito —suplicó haciéndole un puchero y acercándose un poco

más.

—Está bien, pero solo un poquito —advirtió permitiéndole a Candice que le delineara los labios.

—Listo, mira que hermosa se ve tu boca —sonrió satisfecha del resultado, poniéndola frente al espejo—. Claro, se vería mejor si cambiáramos esa sudadera por algo más... más femenino.

—Así estoy bien, no intentes cambiarme Candice —refunfuñó, alejándose del espejo—. Me gusta mi ropa, de otra manera no me sentiría cómoda —aseguró echándose un vistazo, reafirmando que le agradaban sus converse, jeans y sudadera.

—Prometo nunca cambiarte —se acercó y la abrazó, su hermana menor no lo era de sangre, pero sí de corazón y el amor que sentía por ella era realmente poderoso—. Te quiero Lizzy.

—Yo también, ahora date prisa que no quieres dejar plantado a tu novio.

—Nunca lo haré. Por favor, tráeme la falda que está sobre la cama —pidió volviéndose al espejo para aplicarse del mismo gloss que había usado con Lizzy, quedó satisfecha con su maquillaje completamente acorde para sus dieciséis años y se quitó el esponjoso albornoz de paño color rosa, quedando en ropa interior.

—¡Por Dios, Candice! ¿Qué te pasó? —inquirió totalmente sorprendida Lizzy, aferrándose a la falda jeans, con la mirada clavada en el trasero de su hermana.

—¿Por qué gritas? —preguntó tratando de mirarse el trasero por encima del hombro.

—No me digas que Jeremy te ha hecho eso Candice, apenas tienes dos semanas de novia con ese chico —reprochó horrorizada.

—Jeremy no me ha hecho nada, nunca me ha tocado el trasero —corrió al espejo de cuerpo entero que estaba en la puerta del clóset—. ¡Oh por Dios! —casi gritó llevándose las manos a la boca al ver las betas moradas que adornaban sus nalgas, sin dejar dudas de que se debían a un apretón, irremediablemente empezó a temblar al recordar el episodio dos noches atrás, esos moretones solo reafirmaban que lo que había pasado era real, que en ningún momento estuvo dormida.

—¿Segura que no fue Jeremy? —preguntó Lizzy, pensando que su hermana ya estaba teniendo relaciones sexuales con su novio.

—Completamente segura, tienes que creerme —suplicó con la respiración

agitada, intentando controlar el pánico que la invadía.

—Voy a avisarle a mamá, ella sabrá qué hacer.

—¡No! Espera Lizzy —pidió reteniéndola por la mano, estaba segura que si su madre le veía los hematomas le preguntaría cómo se los había hecho y no iba a confesarle que esa cosa que apareció en su cama dos noches atrás estaba justo lamiéndole entre las piernas—. Es que eso me lo hice el otro día, ¿recuerdas cuando estábamos jugando baloncesto en el jardín?

—Sí, lo recuerdo.

—Ya sabes que me salen moretones por cualquier tontería y cómo no iba a salirme esto cuando Robert me mandó de culo al suelo —se obligó a sonreír aunque por dentro estaba aterrorizada, sentía que se echaría a llorar y que su hermana se daría cuenta de cómo le temblaban las piernas.

—Parecen unas manos —refutó Lizzy—. Como si te hubiesen agarrado con fuerza.

—No es así, eres muy fantasiosa Lizzy, mejor démonos prisa —le quitó la falda y se la puso con rapidez, se calzó unos botines marrones y la camiseta ajustada en color blanco, con una libélula bordada al frente y diminutos brillantes en varios colores, la cual reposaba sobre la cama.

Antes de salir agarró la campera de cuero y se la puso mientras bajaba las escaleras.

—Podían haberse tardado un poquito más —ironizó Robert, quien ya las esperaba.

—Ya estamos listas, vámonos —dijeron al unísono.

Candice corrió hacia su madre y le dio un beso en la mejilla, mientras que Lizzy corrió hacia su padre, recibiendo el abrazo de despedida. En ese momento el timbre les hizo saber que Jeremy había llegado.

Robert le abrió la puerta a Jeremy, quien entró con su adorable sonrisa, iluminándole el mundo a Candice, ésta corrió hacia él y le dio un fugaz beso en los labios.

Hector se aclaró imprudentemente la garganta, en un disimulado regaño hacia su hija.

—Buenas noches señor Adams —saludó con un sutil asentimiento sin soltarle la mano a Candice.

—Buenas noches Jeremy —el tono de voz de Hector fue más una advertencia que un saludo y desvió la mirada hacia su hijo—. Vayan con cuidado —aconsejó lanzándole las llaves de la camioneta familiar.

A Robert le avergonzaba tener que conducir la minivan, se sentía como si fuese una abuela, pero no tenía opciones porque no cabían todos en su auto deportivo y su padre se había empeñado en que fuese él quien los acompañara al cine. Como el hombre y el mayor de los tres, debía cuidar de sus hermanas, algo que no todo el tiempo le agradaba hacer.

Todos subieron a la camioneta mientras los señores Adams los despedían desde la puerta principal.

—Se ajustan los cinturones —pidió Robert mientras se abrochaba el de él.

Jeremy y Candice iban en el asiento trasero, mientras que Lizzy iba en el puesto de copiloto, quien se apoderó rápidamente del reproductor de sonido, al encenderlo se dejó escuchar un tema de Celine Dion, la preferida de su madre, pero que ellos por ser jóvenes no toleraban.

El sonido contagioso del reconocido tema de LMFAO empezó a sonar, inmediatamente Lizzy empezó a bailar en el asiento.

—When I walk on by, girls be looking like damn he fly. I pimp to the beat... —empezó a cantar mientras se movía graciosamente sin importarle la presencia de Jeremy, quien sonreía al ver el entusiasmo en la hermanita de su novia.

Candice no podía integrarse totalmente al grupo que disfrutaba de ver el derroche de energía en Lizzy, porque estaba pensando en los hematomas que marcaban su cuerpo y en ese espantoso momento.

—¿Sucede algo? —le preguntó Jeremy al oído.

—No... no pasa nada —se volvió y lo miró a los ojos, obligándose a sonreírle.

—Te noto algo distante.

—No —intentó convencerlo con un beso en los labios y entrelazó su mano a la de él.

—¿Te parece si nos agarramos la última fila? —preguntó en un susurro, para que los hermanos de su novia no escucharan la propuesta.

—Dejen los secretos para otro momento, que no están solos —intervino Robert, mirando a Candice a través del retrovisor.

Ella le sonrió a su hermano, para que disculpara ese momento de intimidad que vivía con su novio delante de él.

Al llegar al cine, Lizzy casi corrió a la cartelera.

—¿Podemos ver *Insidious 2*? —preguntó Jeremy al tiempo que le pasaba un brazo por encima de los hombros a Candice.

—No, nada de suspenso, ni terror —dijo Robert.

—Pensé que eras más valiente —se burló Jeremy, aferrándose a esa confianza que poco a poco se estaba ganando de su cuñado.

—No es por mí —miró a Candice, pero no la expondría de esa manera delante de Jeremy—. Simplemente no vemos nada de eso.

—A Candice no le gusta —dijo Lizzy, quien no se había percatado de que Robert intentaba proteger los miedos de su hermana—. Vamos a ver *Despicable Me 2* —propuso emocionada—. Por favor Robert, por favor —le suplicó a su hermano, aferrándosele a la campera.

—Solo si los demás están de acuerdo.

—Sí, me gustan los *Minions* —sonrió Candice.

—Entonces esa veremos —dijo Jeremy haciendo más estrecho el abrazo.

Robert se encargó de adquirir las entradas y Jeremy aprovechó para escaparse con Candice para comprar las infaltables palomitas de maíz, bebidas gaseosas y algunas golosinas.

—No sabía que le tenías miedo a las películas de terror —comentó volviéndola hacia él mientras hacían la fila.

—Un poco, es algo complicado de explicar.

—Podemos verla juntos, prometo abrazarte durante toda la película —dio su palabra al tiempo que le llevaba las manos al cuello y la acercaba en busca de un beso de verdad y no un simple roce de labios.

—Prefiero no hacerlo, igual podrás abrazarme mientras miramos los *Minions* —sonrió y se mordió el labio.

—Eso haré —prometió dejándole caer una lluvia de sonoros besos, lo hubiese hecho más íntimo pero estaban en medio de una fila, donde había más de un padre con sus hijos.

—Listo, ya tenemos las entradas —interrumpió Lizzy mostrándose realmente entusiasmada.

Hicieron el pedido y entraron, ya la función había empezado. Los puestos que les habían sido asignados estaban en el centro; en medio de disculpas se hicieron espacio hasta ellos; no obstante, Robert por ser el más alto debía bajarse un poco más para no obstaculizar la visión de los asistentes.

En ese momento sus palomitas de maíz se volcaron sobre una chica y un niño sentado a su lado.

—Disculpa, disculpa —murmuró sin atreverse a quitarle de encima el reguero, por temor a llevarse una bofetada, ya era suficiente con que media

sala lo vitoreara—. ¿Nadya Archer? —preguntó sorprendido al reconocer a la chica cuando la luz de la pantalla le permitió verla mejor.

—No te preocupes —dijo sacudiéndose las palomitas de encima e ignorando que la había llamado por su nombre.

—¿Eres Nadya? —volvió a preguntar mirando a los ojos avellana de la delgada chica.

—¡Siéntate! ¡Quítate! —la gente lo inquietaba y a Robert no le quedó más que moverse hasta su lugar y sentarse, sin dejar de mirar a la chica que estaba a tres puestos, diciéndole algo al niño a su lado, ese que aparentaba no tener más de dos años, al mismo tiempo le ayudaba con su bebida para que tomara, suponía que debía ser su hermano.

Durante toda la película no pudo evitar mirarla más de una vez, no había sabido de ella desde la secundaria, pensaba que se había ido a otro estado a seguir con sus estudios universitarios, tal vez así era y solo estaba de vacaciones.

Los planes de Jeremy y Candice por estar en última fila se vieron arruinados porque la sala estaba casi llena y les tocó al lado de Lizzy, quien era la que más disfrutaba de los *Minions*.

Cuando la función terminó, Robert hizo todos los intentos por alcanzar a Nadya, pero ella se mezcló con el mar de gente que salía de la sala de cine y con el niño en brazos casi huyó del lugar.

—¿Quién era esa chica que no dejabas de mirar? —preguntó Lizzy en el trayecto de vuelta a la casa.

—Una chica que conocí en la preparatoria, era la novia de un gran amigo.

—¿Cuál amigo? —Lizzy se caracterizaba por hacer de todo tipo de preguntas sin ningún tipo de filtro.

—Nick, él que se fue para Nueva York.

—¿El que pasaba más tiempo mirándose en el espejo que respirando? —inquirió elevando las cejas al tiempo que sonreía.

—Lo recuerdas muy bien —soltó una carcajada que Candice y Jeremy acompañaron.

—¿Y te gustaba esa chica? —volvió a preguntar, provocando que Robert se atragantara con la carcajada.

—¡No! —dijo en medio de un ataque de tos al tiempo que reducía la velocidad—. Era la novia de Nick.

—¿Y? Eso no importa, ¿dónde está escrito que porque alguien tenga pareja

no puede gustarle a otra persona?

—En ningún lado, simplemente no me gustaba. Solo la vi pocas veces, me impresionó encontrarla después de tanto tiempo, pensé que se había ido a estudiar a otro estado —alegó, recordando que ella simplemente había dejado de asistir a clases después de que terminara con Nick, siempre le pareció muy injusto de su parte que dejara a su amigo de esa manera. Fue a raíz del desamor que Nick decidió irse a Nueva York, porque necesitaba olvidarla.

—Es muy bonita —dijo sonriendo.

Candice y Jeremy escuchaban atentos la conversación, sin perder la oportunidad de brindarse muestras de cariño de vez en cuando.

Cuando por fin llegaron, Robert y Lizzy entraron a la casa, permitiéndole a Candice que se quedara con Jeremy un rato más en el porche, para que disfrutaran de un poco de privacidad.

Los novios caminaron hasta la parte lateral y se sentaron en una banca que colgaba por cadenas de las vigas del techo, camuflándose en la penumbra del lugar.

Jeremy se acercó más a ella, anulando el espacio entre ambos y la miró a los ojos, regalándole una cálida sonrisa.

—Te ves preciosa —aseguró poniéndole detrás de la oreja un mechón de cabello—. No veía la hora de poder estar a solas contigo.

—También lo deseaba, solo espero que mi papá no te eche tan pronto —sonrió mirando a los labios de Jeremy.

—Solo por si tu papá aparece, voy a besarte desde este instante —avisó llevándole las manos al cuello.

Candice cerró los ojos y se entregó a ese beso que empezó lento, muy lento, pero poco a poco fue cobrando intensidad. Sentía cómo la lengua de Jeremy empezaba a deslizarse suave y tibia en su boca, provocando que en su cuerpo despertaran acuosas sensaciones.

Con sus manos se aferraba a la cara de su novio, robándole el aliento, los suspiros y disfrutando de ese momento tan íntimo.

Jeremy dejó que sus manos vagaran por la espalda y costados de Candice, dándole vida a las más ansiadas caricias, porque necesitaba llenárselas con los contornos de ese cuerpo que empezaba a desear con demasiada urgencia y más allá de lo que hasta ahora había explorado.

Le dio rienda suelta a sus deseos, aprovechando que Candice estaba totalmente entregada a ese momento, una de sus manos escaló hasta el seno

izquierdo de su chica y lo apretó suavemente, casi jadeando en la boca de ella ante el contacto que solo duró escasos segundos, porque su novia se alejó abruptamente.

—Lo siento, solo me dejé llevar —dijo con la voz agitada, yendo en busca de un nuevo beso.

—Es mejor que te vayas —le pidió rechazando el beso y poniéndose de pie.

—Candice, no fue mi intención, solo me dejé llevar —explicó levantándose también.

—Está bien... es que no puedo, ahora no.

—No te estoy pidiendo nada, solo fue un impulso que no volverá a pasar, a menos que tú lo quieras.

—Lo quiero, pero no por ahora —ella misma empezaba a odiarse por actuar de esa manera pero no podía evitarlo, se sentía extraña, le gustaba que Jeremy la besara, que le regalara caricias, pero no de la manera en que acababa de hacerlo, suponía que solo estaba asustada porque no estaba preparada para avanzar un poco más.

—Está bien, no te molestes conmigo.

—No estoy molesta, pero es mejor que vayas a tu casa, no quiero que tu mamá se preocupe —se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Está bien, ¿nos veremos mañana?

—Seguro que sí, tan solo vivimos a pocos pasos y podremos seguir charlando por mensaje.

—Bien —sonrió y le dio un beso en la mejilla—. Entonces ve a poner a cargar tu teléfono, porque hablaremos hasta muy tarde.

—Te quiero —confesó caminando a la puerta principal.

—Yo también y ya sube a tu cuarto para que hablemos.

—Eso haré, voy corriendo a mi habitación —dijo sonriendo, entrando a la casa.

CAPÍTULO 8

Grignard observaba al paciente Benjamin Sutherland quien se encontraba en silencio, con la mirada perdida en algún punto imaginario del consultorio, tal vez estaba siendo torturado por algún recuerdo de lo que había hecho, aunque empezaba a dudar de que el joven tuviese algún tipo de sentimiento, lo encontraba totalmente vacío.

O tal vez solo estaba lleno de maldad, porque de otra manera no lograba comprender cómo había tenido tanta sangre fría para cometer con tanta alevosía sus asesinatos. Durante la mañana tuvo que reunirse con el fiscal que llevaba el caso, porque necesitaba las pruebas de los avances de Benjamin.

Le comentó que en la próxima sesión el paciente le contaría del segundo asesinato, fue por esa razón que el fiscal le mostró algunas fotografías forenses del cuerpo de Karen, para comprobar si el relato del asesino tenía coherencia con las pruebas encontradas en el lugar del hecho.

Más de una vez se vio obligado a cerrar los ojos ante las primeras planas casi terroríficas que le hicieron al cuerpo de la joven, no podía imaginar de dónde Benjamin había sacado la fuerza para someter a dos mujeres de esa manera aun estando herido, porque indiscutiblemente las lesiones en las manos eran de gran tamaño y profundidad.

Quería saber del propio asesino cuál había sido la verdadera causa que lo llevó a cometer semejante atrocidad, aunque hasta el momento Benjamin no había dado una sola razón coherente que intentara justificar los asesinatos cometidos, sencillamente no razonaba.

Por primera vez en los quince años que llevaba ejerciendo su carrera y de haber tratado con todo tipo de afectados mentales, empezaba a dudar que él padeciera de algún trastorno, comenzaba a creer que el mal sí existía y que simplemente se había apoderado del cuerpo de Benjamin Sutherland.

No podía evitar que el temor lo invadiera y que los latidos de su corazón se le aceleraran cada vez que el paciente se le acercaba; hasta conciliar el sueño se le estaba convirtiendo en un suplicio, algo que verdaderamente lo atormentaba porque él nunca había sido supersticioso.

Decidió sacar a Benjamin del letargo en el que se encontraba sumergido, en un arranque por querer encontrar cuanto antes una explicación al proceder de ese joven de mirada algunas veces triste.

—Benjamin, sé que te lo he preguntado varias veces y que debes estar cansado de lo mismo, pero solo espero una razón por mínima que sea. ¿Qué sentiste después de matar a tu madre? Era tu madre, el ser que te trajo al mundo.

—No sentía nada... y qué importancia tiene quién me trajo al mundo, pudo haber sido la cigüeña —dijo soltando un bufido—. Según la biblia... —hablaba cuando el psiquiatra intervino.

—¿Lees la biblia? —inquirió algo asombrado.

—Claro, por supuesto que leo la biblia. De hecho, la he memorizado... Como le decía, según la biblia: todo aquel que maldiga a su padre o madre se le dará muerte... ese es mi caso, debería morir por lo que hice. Pero si se va a los Salmos, le dicen: bienaventurado el que tomara y estrellara a sus niños contra las piedras... ¿Qué diferencia hay? ¿Por qué unos tienen que ser salvados y otros condenados? Y mejor aún, tenemos el gran ejemplo de su Dios, él mandó a su hijo a la muerte, a que lo torturaran y lo sacrificaran ¡Era su hijo! Su propio hijo... ¿Entonces por qué debería yo sentir o estar arrepentido por lo que hice? Sé que no dirá nada, porque no tiene nada que decir —le dijo mirándolo a los ojos.

—Son tus ideales Benjamin y los respeto, no estamos aquí para hablar de religión porque evidentemente estás seguro de lo que profesas y lo poco que pueda decirte no va a cambiarlo. Tú encontrarás el momento para hacerlo, para comprender ciertas cosas... —hablaba y lo vio sacar y encender un cigarrillo, demostrando que no le importaba en lo más mínimo lo que él pudiese decirle—. Pero si eso era lo que pensabas de tu madre, entonces ¿Qué fue lo que pasó con Karen? ¿Qué te llevó a asesinarla de esa manera?

—Placer... con Karen fue por placer, porque ella no debía estar en ese lugar. Todavía cuando cuento lo que pasó con ella, se despiertan estímulos en mi cuerpo que no puedo controlar... Se lo hago saber para que después no piense que soy un depravado —advirtió liberando un poco de humo.

—Bien, no hay problema... ¿Podemos continuar donde quedamos en la última sesión? —preguntó y Benjamin asintió—. Fue justo cuando tu madre murió y decidiste regresar a tu habitación. ¿Qué pasó después? —curioseó preparándose para otro relato sangriento.

—Entré al baño y al quitarme la ropa vi en el piso que habían caído algunos pedazos de piel de mi madre. No le presté atención, solo entré a la ducha a lavarme toda la sangre. En ese momento me di cuenta de la magnitud de las heridas en mis manos, pero no dolían, realmente nunca han dolido ni un poquito —confesó, observando una de sus manos donde las laceraciones empezaban a sanar. Dejó libre un suspiro y prosiguió—: Estaba casi por salir de la ducha cuando escuché unos gritos, eran de Karen, por lo que salí corriendo del baño, desnudo como me encontraba agarré el cuchillo ensangrentado que se encontraba sobre el buró de mi habitación. Cuando ella me vio, salió corriendo a la puerta principal sin poder controlar su pánico, no dejaba de gritar y llorar, eso verdaderamente me desesperó. Solo quería callarla.

»No pudo correr más rápido que yo y casi en la salida me agarré a ella de lo que pude, con la mano derecha me aferré a sus cabellos y de un tirón la lancé al piso. Me le fui encima sin siquiera pensarlo, admito que me dio la pelea, empezó a forcejar mientras gritaba, lloraba y suplicaba, entonces me di el placer de callarla al darle un golpe con todas mis fuerzas en el maxilar inferior, el que fracturé... Creo que eso ya se lo habrá dicho el forense —dijo frunciendo un poco el ceño.

El psiquiatra solo asintió en silencio, sintiéndose algo aturdido al escuchar de manera tan cruda las acciones del asesino. Le hizo un gesto para que continuara, pensando que eso apenas comenzaba.

—Karen quedó aturdida y adolorida por el golpe, empecé a apuñalarla en el estómago, pero me quedaba en sus ojos, inevitablemente ella vio lo que no tenía que ver, por lo que le vacié las cuencas al apuñalarle los ojos —simplificó con una leve sonrisa.

»Siguió con vida, realmente es que Karen duró más de la cuenta, ante el dolor empezó a jadear casi con desespero y eso me excitó, siempre la deseé y descubrí que era así como la quería, era de esa manera en que anhelaba poseerla, balanceándose en la delgada línea entre la vida y la muerte, por lo que mientras su cuerpo se convulsionaba, intenté rasgarle la ropa con el cuchillo, pero se encontraba demasiado resbaloso por el líquido gelatinoso que había salido de sus ojos. Me puse de pie con una erección latiendo y elevándose cada vez más, solo quería hacerla mía y encontré sobre un escritorio unas tijeras, las agarré y con ellas logré mi cometido de desnudarla para mí, la vi desnuda como otras tantas veces lo había hecho, pero era la

primera vez que lograba estar tan cerca que podía tocarla. Con los retazos de ropa le limpié un poco la sangre que brotaba de las puñaladas y me ubiqué en medio de sus piernas, me di el placer de embestirla con rudeza. ¡Pensaba que era virgen! Me sentí engañado, yo la amaba, de cierta manera lo hacía, por lo que mientras me la cogía con todas las ganas que poseía, le enterraba las tijeras en los costados, poco a poco arrebatándole la vida. Le aseguro que no hay placer más grande que el que una mujer le regale su alma, literalmente. Al terminar... —dejó libre una carcajada de satisfacción—, seguro la embaracé... pero ya me había hartado de ella, no quise más, por lo que le rajé la garganta, me importaba una mierda si se había corrido o no, ya yo lo había hecho y era lo que me importaba. La sangre de su cuello empezó a salir a borbotones, me quedé sobre su cuerpo muy cerca de la herida que le atravesaba la garganta, observando cómo la sangre parecía hervir.

»Cuando su cuerpo empezó a perder color y temperatura, también sentí cómo las paredes internas de la vagina se contraían, por lo que eso solo volvió a despertar en mí las ganas, las cuales no dudé en saciar una vez más, en ese momento sí parecía virgen, estaba deliciosamente estrecha, bombeaba dentro de ella con fuerza y en medio de un charco de sangre que hacía todo más resbaladizo... Doctor —dijo clavando su mirada en los ojos del hombre, quien solo retenía el vómito que subía y bajaba en su garganta—, debería hacerlo con un cadáver, le aseguro que no se arrepentirá —aconsejó sonriendo con sátira, inevitablemente una considerable erección lo dejaba en evidencia, algo que no pasó desapercibido para el psiquiatra.

—Lo siento, dije que había estímulos de mi cuerpo que al recordar lo sucedido con Karen, no podía controlar —se disculpó, pero no llegó a convencer a Grignard—. A ella fueron treinta y tres puñaladas, el degollamiento y vaciarle los ojos. Cuando terminé, solo decidí ofrecerla porque me había engañado... —hablaba cuando el hombre intervino, después de suspirar profundamente.

—No entiendo Benjamin. Según tú, puedes ver el futuro, pero no podías darte cuenta de que Karen no era virgen.

—No es según, yo puedo ver el futuro y usted lo sabrá, no le quedarán dudas —aseguró en medio de una fumada—, pero las mujeres son más listas que el futuro, pueden engañar a quien sea, es un don que poseen y no hay quién les gane... Un ejemplo fue Eva, quien engañó a Adán y no me diga que no —le advirtió amablemente.

—¿A quién se la ofreciste y cómo? —preguntó sin atreverse a llevarle la contraria.

—Fue un bono extra para Iblis, para que supiera que mi corazón se había endurecido lo suficiente y que podía pasármelo a él por las pelotas si me daba la gana, pero ¡Vamos! Es mi amigo —dijo sonriendo—. Al terminar subí una vez más, entré al baño y esta vez no hubo ningún tipo de interrupciones, al salir me vestí y agarré un bolso, en el cual guardé varias cosas, como dinero, ropa y algunos alimentos, no podía irme sin antes hacer una última llamada. Por lo que una vez más marqué a Iblis y le dije.

—“Iblis, ya asesiné a mi madre. Además, hay un regalo extra, tienes que venir por el”.

»Colgué y me largué del lugar, empecé mi huida, sabía que me buscaban, podía saberlo por los diarios, me mantenía informado; decían cosas horribles de mí, pero no me importaba. Nunca me importó lo que los demás dijeran o pensaran de mí, al final todos se confabularon para llamarme LA BESTIA.

—¿Y por qué te atraparon si huías? ¿Acaso Iblis no te ayudó? —preguntó Grignard un tanto contrariado.

—Sí, claro que me ayudó, solo que me cansé de huir, como ya no quería hacerlo me detuve, dejé que me encontraran porque Iblis me ofreció una salvación y solo la encontraré en este lugar.

—¿Quieres decir que no estás de acuerdo con lo que eres?

—¿Y qué es lo que soy? Yo no lo sé, ¿acaso usted lo sabe? —preguntaba de manera despreocupada, viendo cómo el hombre negaba en silencio.

—Pero no quieres seguir así.

—Quiero liberar mi alma, aún está tras el escudo... Según Iblis, lo permitirá, permitirá que sea nuevamente el amigo que conoció porque la tarea que tenía preparada para mí la cumplí, pero debo buscar la manera de regresar por mis propios medios.

—¿Cuáles son esos medios? —preguntó quitándose los lentes y dejándolos sobre el escritorio, sintiéndose de repente realmente cansado.

—No puedo decírselo, no importa cuánto trate de persuadirme, esa respuesta no la tendrá.

—Está bien. ¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Si la hace tendrá solo dos opciones, que se la responda o que no. Entonces, ¿para qué dudar? —se puso de pie y caminó dándole la espalda al doctor, anclando la mirada en un cuadro que tenía una playa de aguas

cristalinas y arena blanca. Una vez más recordó a Hawái, ese vuelo que arribó al aeropuerto el día en que su padre lo alejó casi de manera definitiva de su madre.

—Sé que es algo imprudente, pero... —alegó Grignard con precaución—. ¿Cómo era tu vida sexual antes de todo esto?

—Ante de los asesinatos, era normal... supongo. Tenía mujeres todas las veces que quería, de todas las edades, en todos los tonos de piel, ojos, cabellos y estatura.

—Eres... —se aclaró la garganta un poco—. ¿Eras practicante de algún tipo de sadismo?

—No. Aunque sí he sido partícipe en algunas orgías, el mundo del cine es algo pervertido, hay de todo y al final todos terminamos en el mismo hueco.

—¿Te has enamorado alguna vez?

—He estado muy ocupado para eso —confesó sin despegar la mirada del paisaje, estaba tan concentrado que podía ver cómo el agua era movida por la suave brisa.

Ambos guardaron silencio por un largo rato, Grignard observaba al paciente que vestía de blanco y se mantenía impecable, a diferencia de los otros enfermos mentales, quienes siempre terminaban sucios y con el uniforme desordenado, sin importar cuánto empeño ponía el personal del hospital por mantenerlos aseados.

Benjamin distaba de los demás, se levantaba a las seis de la mañana y se acostaba a la ocho de la noche, ni un minuto más, ni un minuto menos, parecía que todo lo tuviese fríamente calculado. Había estado revisando algunas de las grabaciones de su habitación y lo único extraño que había visto en su comportamiento, había sido el domingo que se había pasado todo el día acostado con la cara enterrada en la almohada, sin moverse. Parecía que ni siquiera respiraba. Muchos pensaban que intentaba suicidarse, pero no era así, él sabía que Benjamin se sumía en procesos de depresión y enterrar la cabeza en la almohada era su manera de esconderlos, justamente como lo estaba haciendo en ese momento.

—Benjamin, tu padre se ha puesto en contacto conmigo... —le comunicó, queriendo rescatarlo de ese momento que vivía.

—Lo sé, pero el dinero no compra la memoria de las personas y nadie olvidará lo que hice.

—¿Te gustaría volver al cine? ¿Eres consciente de todo lo que has

perdido?

—Sí, sé que mi corta y exitosa carrera se ha hecho mierda, sé que mi agente está haciendo lo posible para ayudarme y que el abogado le está cobrando más de la cuenta. Por otro lado está el padre de Karen, quien no deja de joder, quiere hacerme exactamente lo que le hice a su hija. Sé que quedaron a medias las grabaciones de la secuela de la película que estaba protagonizando y que los productores me odian un poco más que el resto de la nación, por todos los millones que han perdido, también sé que los ahorros que tengo, dentro de unas semanas se extinguirán y las pocas comodidades que he tenido hasta ahora, solo serán un grato recuerdo.

—¿Entonces, por qué no permites que te ayude? Debes recuperar tu vida, encontrar un motivo que te impulse a ser mejor persona.

—No puede hacerlo... —se volvió y clavó la mirada en el hombre barrigón—. Hemos terminado por el día de hoy.

CAPÍTULO 9

El turno laboral de Robert en la tienda de deportes en la que llevaba pocos meses trabajando había terminado. No le había dado tiempo de almorzar, porque había sido un día realmente colmado de obligaciones y aunque prefería la comida de su hogar, no se negó cuando un compañero tanto de trabajo como de universidad, le pidió que lo acompañara a In-N-Out Burger, al menos con una jugosa hamburguesa apaciguaría el hambre que sentía.

Subieron a su auto, era un Mustang del año 2009 en color gris, su padre se lo había comprado como regalo de grado, pero no habían tenido los medios para sustituirlo por uno más actual, razón por la cual había empezado a trabajar, también para colaborar en su casa y dejar de ser una carga para sus padres.

Era primera vez que visitaba el lugar de comida rápida, aunque quedaba a pocas cuadras de su lugar de trabajo; sin embargo, Matías prácticamente lo había convertido en su hogar, era donde desayunaba, almorzaba y muchas veces hasta cenaba.

Matías era argentino y había llegado a Los Ángeles para cursar los estudios universitarios, vivía en un apartamento que había rentado junto a otros chicos provenientes de Suramérica, por lo que prefería comer por fuera que cocinar él mismo.

In-N-Out Burger siempre estaba repleto, muchas personas esperaban a que le entregaran el pedido y otras tantas, hacían fila para comprar. El personal de la reconocida franquicia de comida rápida, en su mayoría compuesto por latinos, trabajaban sin cesar, brindando una atención realmente agradable.

—Yo me quedo en la mesa y tú ve a comprar —propuso Robert, consciente de que si los dos hacían la fila, probablemente se quedarían sin mesa para poder comer cómodamente.

Matías aceptó la petición de Robert e hizo el pedido por los dos, con ticket en mano regresó a la mesa a esperar a que le llamaran.

—¿Vas esta noche a la práctica? —preguntó Robert captando la atención

de Matías, quien miraba a través del cristal a un grupo de tres chicas que devoraban sus hamburguesas en el comedor exterior, cubriéndose del sol bajo una sombrilla en colores rojo y blanco.

—Sí, el entrenador me aconsejó que no faltara —bufó con su característica pronunciación del inglés.

—Faltas mucho a las prácticas, debes tomar más en serio el baloncesto o cederle el puesto a alguien más —salió a relucir el capitán del equipo que habitaba en Robert.

—Me tomo muy en serio el básquet, pero últimamente he estado bastante ocupado.

—De fiesta —completó Robert, consciente de las andanzas de su compañero.

En ese momento anunciaron el número de la orden que a ellos les había tocado.

—Es tu turno —dijo Matías entregándole el ticket.

Robert se puso de pie para buscar en la barra la bandeja roja con la comida, justo agarraba las dos de su pedido cuando uno de los trabajadores del restaurante colocaba otras bandejas al lado de las suyas.

La mirada gris de Robert se ancló en la persona frente a él y al reconocerla, inmediatamente la agarró por la muñeca, evitándole una vez más la huida.

—¡Nadya! —aseguró sorprendido, observando a la chica con esa camiseta blanca y roja de un estilo tan masculino, además de una gorra que escondía la sedosa cabellera castaña—. ¿Por qué huiste del cine la semana pasada? —preguntó mientras ella lo miraba con los párpados abiertos de par en par.

—Debía irme —confesó con la voz algo ronca—. Ahora, deja de molestarme, estoy trabajando.

—No sabía que estabas trabajando en este lugar... —la miraba al rostro, percatándose de las pecas que le salpicaban la piel y de que no llevaba ni un poco de maquillaje.

—Por favor Robert... pueden reprenderme por tu culpa —suplicó tratando de liberarse del agarre y tragó en seco al ver los cabellos castaños con reflejos rubios y revueltos de Robert, esos que le llegaban hasta la nuca, con ondas que amenazaban con formarse en atractivos rulos.

—Está bien, no te molestaré por ahora, no pretendo causarte problemas, pero dime a qué hora sales —le pidió soltándole el agarre.

—No es de tu incumbencia, no quiero cerca nada que me recuerde a Nick.

—Por tu culpa mi amigo se marchó. Si no lo querías, debiste decírselo desde un principio —rebatío ante la molestia que le provocaba pensar que por culpa de esa chica, Nick había dejado todo para buscar nuevos horizontes, lejos de quien le había roto el corazón.

—No tienes la más puta idea de lo que pasó, así que no me reproches nada —rugió, iban a despedirla, pero no permitiría que vinieran los amigos de Nick a insultarla.

—¿Qué pasa Nadya? —preguntó el supervisor acercándose, inmediatamente ella fue presa del temor.

—Nada —intervino Robert—. Solo le preguntaba dónde está el ketchup —inventó para evitarle algún inconveniente a la joven.

—Están en la barra central —informó el hombre de piel morena, quien no aparentaba tener más de treinta años, señalando al centro del salón.

Robert agarró las dos bandejas y regresó a su mesa, no sin antes mirar una vez más a Nadya, ella también lo miró, pero no por mucho tiempo, porque regresó a la cocina.

—Ingrid —interrumpió Nadya a una de sus compañeras—. Por favor, encárgate de entregar los pedidos que restan, que yo lavaré las lechugas.

—¿Pasó algo? ¿Qué tienes? —preguntó la joven, percatándose de que su amiga tenía los ojos ahogados en lágrimas.

—No pasa nada —mintió agarrando una lechuga para deshojarla—. Por favor, no te atrases con los pedidos —suplicó tragándose las lágrimas, mientras sus compañeros solicitaban encargos sin cesar.

Robert prácticamente dejó caer las bandejas sobre la mesa y se desplomó en el asiento, el que al igual que todo el restaurante, tenía los característicos colores blanco y rojo.

—¿Qué pasó? Nunca te creí un cliente exigente, de esos que les gusta romper las pelotas, en este caso los ovarios —Matías agarró su hamburguesa y le dio un gran mordisco.

—No era por el pedido, es una chica que conozco, estaba en la misma preparatoria en la que estudié y era novia de mi mejor amigo.

—¿Te gustaba ella o él? —curioseó dejando de masticar.

—Ninguno de los dos, era mi mejor amigo y ella lo engañó —afirmó, aún sin atreverse a agarrar su comida, ya se le había quitado el apetito.

—Ahora vas a reprocharle a la pobre mujer. Si lo engañó, tendría sus razones —argumentó Matías.

Robert se obligó a comer ante las peticiones y burlas de su amigo. Su mirada se escapó incontables veces a la barra donde entregaban los pedidos, pero no volvió a ver a Nadya.

Se hubiese quedado más tiempo en el lugar, a la espera de que la chica apareciera, pero Matías prácticamente lo sacó a empujones, ni él mismo lograba comprender esa extraña necesidad de ver a Nadya y reclamarle por la decisión que Nick había tomado de mudarse a Nueva York.

Al llegar a su casa se duchó, se cambió y se fue a las prácticas de baloncesto, como capitán del equipo debía dar el ejemplo y llegar temprano, pero de nada le sirvió estar antes que todos en el lugar, porque su cabeza definitivamente no estaba en el juego.

Nadya había trabajado doble turno, algo que hacía por lo menos tres veces por semana para poder cubrir los gastos en su casa. Sus padres no podían cubrirlo todo.

Guardó en su bolso la gorra y la camiseta del uniforme, se despidió de sus compañeros de trabajo en medio de algunas bromas, con las que rechazaba las invitaciones a salir de algunos y las insinuaciones de otros, era el lado negativo de trabajar en su mayoría con hombres.

Salió del local pensando que apenas llegara a su casa se lavaría el cabello, pues el olor a fritura se le había adherido a cada hebra. Mientras, se hacía una cola de caballo con su larga melena castaña.

—¡Nadya!

—¡Oh por Dios! —resopló molesta al ver que Robert Adams la llamaba; estaba dentro de un Mustang y conducía muy lento, exactamente al paso de ella—. ¡Lárgate, sí! ¿Es que no puedes dejarme en paz? —se quejó apresurando el paso.

—¿Por qué desapareciste?

—Deja de hacer preguntas estúpidas, no sé por qué vienes ahora a reclamarme algo, no tienes derecho, tú y yo apenas nos vimos pocas veces.

—Solo quiero saber qué pasó entre ustedes.

—Pregúntale a tu amigo.

—Tengo la versión de él, pero me gustaría saber la tuya... Ven, sube. Te llevaré a tu casa.

—No gracias, no quiero saber de nada ni de nadie que tenga que ver con Nick, ni con la preparatoria, ni con nada, ya te lo dije. ¿Acaso Nick te mandó a perseguirme?

—No, no he tenido noticias de Nick.

—No me extraña que no tengas noticias de él. ¡Aléjate! —vio que venía el autobús de color naranja del metro local y corrió a la parada. Subió rápidamente sin volverse a mirar al auto que la seguía.

Con el corazón brincándole en la garganta, se ubicó en un puesto junto a la ventana y volvió a ver el Mustang gris, Robert la miraba y si seguía haciéndolo terminaría por estrellarse y no era eso lo que ella quería, por lo que se giró, prefiriendo mirar al frente.

Odiaba todo lo que tuviese que ver con Nick, desde sus amigos hasta su familia, pero ese sentimiento no era tan grande como para desearles la muerte.

CAPÍTULO 10

Una ráfaga de flashes lo cegaba, mientras una de sus manos se posaba sobre la cintura de su compañera de trabajo, quien lucía un provocativo vestido rojo. Como protagonistas de la distopía más famosa del momento, eran invitados a todos los eventos.

Los gritos de las adolescentes eufóricas llamándolo una y mil veces lo ensordecían, mientras él sonreía satisfecho por los logros alcanzados, había conseguido la fama que tanto había soñado cuando pasaba días enteros encerrado en su habitación en la casa de su padre en Ginebra.

Había tenido la oportunidad de restregarle al mundo su potencial como actor y en dos años había logrado conseguir lo que muchos actores en quince años no habían conseguido.

Su imagen había sido portada de las más importantes revistas y había sido catalogado como el hombre más atractivo ese año, desplazando a figuras como Adam Levine. También desfiló como modelo en las pasarelas más importantes del mundo, vestido por los mejores diseñadores.

A los estrenos siempre iba acompañado por su madre, quien demostraba abiertamente sentirse realmente orgullosa de él, a pesar de que la había superado en logros obtenidos. También constantemente lo relacionaban sentimentalmente con Karen, por ser la más cercana a él.

—Benjamin —el mismo enfermero de siempre, lo llamaba por los altavoces que habían en la habitación—, ha llegado tu abogado, en cinco minutos voy a buscarte.

—No quiero verlo, dile que se vaya a la mierda —rugió acercándose a una de las esquinas donde estaban las putas cámaras que odiaba.

—Deberás decírselo tú mismo.

—No molestes.

—No quisiera hacerlo, pero han pedido verte.

—No quiero ver a nadie, dile al abogado que vaya a joder a alguien más, que está despedido.

—Eso no puedo hacerlo yo.

—Si vienes te arrancaré la yugular de un puto mordisco, quiero estar solo, hoy quiero estar solo.

—Si sigues con esa actitud van a tener que medicarte —le advirtió con voz conciliadora, sintiéndose completamente extrañado, porque el paciente desde que había llegado a ese lugar, nunca se había mostrado agresivo.

Jacob tomó las precauciones necesarias y fue por dos compañeros para ir en busca de Benjamín, no iba a arriesgarse a ir solo.

Cuando abrieron la puerta, el paciente estaba sentado en el centro de la cama, con las piernas cruzadas y con una gran sonrisa cargada de cinismo.

—Una sola amenaza y casi te cagas en los pantalones —se burló de Jacob, al ver que el hombre había llegado con dos enfermeros más—. Vamos a despedir al inservible de mi abogado —dijo bajando de la cama.

Extendió las manos para que le pusieran las correas, como si fuese el ser más obediente que pudiese existir. Lo llevaron al patio central, donde el abogado lo esperaba sentado en una banca, bajo un frondoso árbol.

—Ya no necesito de tus servicios —le dijo sin saludar, ni mucho menos sentarse.

—Benjamin —se puso de pie, regalándole una falsa sonrisa—. ¿Cómo has estado?

—¡De maravilla! —ironizó, elevando ambas cejas y dejándolo con la mano tendida—. Butler, ya no requiero de tus servicios, así que puedes dejar de sonreír.

—Sutherland —de manera inmediata puso distancia—. No puedes hacer eso, otro letrado no va a abogar por ti —alegó con total seguridad—. No tienes idea de lo que está pasando. El padre de Karen te quiere muerto, no cree justo que estés aquí. Para él deberías estar en el corredor de la muerte y le ha pedido al juez la intervención de otro psiquiatra.

—Me importa una mierda, no te necesito, haz lo que hazas, no vas a sacarme de aquí.

—Al menos estoy luchando. Si me retiro del caso, caerá en manos del Estado y no te conviene un abogado del Estado.

—Sé perfectamente lo que me conviene, puedes estar tranquilo. Dile a Jenner que te pague por lo que has hecho —se dio media vuelta y caminó de regreso al edificio.

—No estás en facultad de despedirme. Por el momento te han declarado incapacitado.

—Incapacitado para demostrar mi inimputabilidad de los asesinatos, no para impedirme mandarte a la mierda —caminó lentamente, dejando al abogado con la palabra en la boca. Se marchó con la mirada al frente, sin ver a ningún lugar en específico—. ¿Ves, que no era tan difícil? —le dijo a Jacob, quien lo esperaba para regresarlo a la habitación.

—Era tu deber Benjamin, ¿quieres comer algo antes de que te regrese a la habitación?

—No tengo apetito —le dijo llevándole un paso delante al enfermero, quien era un poco más bajo que él.

—No creo que entre tus planes esté morir por inanición.

—Entre mis planes no está morir y eso no va a pasar.

A Jacob le gustaba conversar con Benjamin, lo consideraba un joven realmente inteligente, sobre todo por la seguridad con la que contradecía las sagradas escrituras. En sus acciones no había indicio de ningún trastorno mental, ni de ningún tipo de perturbación, él estaba seguro de que ese joven tenía todos sus sentidos intactos. Perfectamente podía estar en una prisión común, con delincuentes tan peligrosos como él, pero detrás de Benjamin Sutherland había algo más, por algo le hacían estudios constantemente.

Según algunos rumores que corrían dentro del centro psiquiátrico, El Vaticano tenía que ver con esa decisión de mantenerlo a salvo en el lugar.



—Amor, ponte suficiente bloqueador, ¿de acuerdo? —pedía Claire a su hija, quien bajaba las escaleras con el bolso colgando del brazo.

—Candice, a las ocho en punto, un minuto más y estarás castigada de por vida —advirtió Hector, a quien no le agradaba que su hija usara esa falda playera tan corta.

—Sí papá, prometo llegar a las ocho en punto —aseguró en su casi carrera a la puerta.

—¿Y no me vas a dar un beso?

Candice se detuvo y corrió de regreso hacia sus padres, le dio un beso a cada uno. Algunas veces la felicidad que le brindaba el amor de Jeremy, le hacía olvidar el respeto hacia sus padres.

Había ido muchas veces a la playa, pero siempre en compañía de su familia, hoy por primera vez lo haría al lado del chico que amaba y estaba segura que lo disfrutaría como nunca, que sería el mejor verano de su vida y debía aprovecharlo porque en unas semanas empezaría en la universidad.

Una vez más Jeremy con un toque de corneta le hacía saber que la estaba esperando.

—Los quiero, los quiero —dijo sonriente y corrió hacia la salida.

Claire y Hector se quedaron en el porche, observando cómo su hija corría hacia el auto.

—¿No crees que esa falda está muy corta? —le preguntó Hector a su esposa, mientras saludaba con un ademán a Jeremy.

—Candice es una niña muy madura, seguro que no va a traicionar nuestra confianza.

—Eso lo sé, pero sigo creyendo que la falda es muy corta.

—Cada vez más actúas como un viejo cascarrabias —sonrió la mujer acariciándole la espalda.

Candice subió al auto y le plantó un beso en los labios a Jeremy, beso que él correspondió con gran entusiasmo. Puso en marcha el auto y arrancó antes de que su suegro le impidiera llevar a su novia a la playa.

El Porsche llevaba la cubierta abajo, por lo que el viento batía con fuerza los cabellos de Candice, a segundos sacaba la mano y la movía como una ola o un ave, sintiendo cómo la cálida brisa se estrellaba contra su piel.

Jeremy la miraba de soslayo y sonreía como un tonto, así como se sentía al lado de ella, completamente idiotizado. Aprovechaban algunos semáforos en rojo para besarse y prodigarse caricias.

—¿Puedo poner un poco de música mientras llegamos a Santa Mónica? —preguntó contra los labios rojos e hinchados de su novio, los que con cada beso se volvían más suaves y provocativos.

—Ya te he dicho que puedes hacer lo que quieras, mis cosas y yo te pertenecemos —le recordó y le mordisqueó el labio inferior a Candice.

Ella sonrió satisfecha y se alejó, buscó en su bolso el iPod y se topó con varios caramelos de canela, esos que no le podían faltar, destapó uno y se lo llevó a Jeremy a la boca mientras él conducía. Candice no dudó un solo segundo en comerse un caramelo también, disfrutando de esa adicción que parecía que nunca saciaría.

Sin que Jeremy se diera cuenta, eligió la lista de reproducción que había

creado con todas las canciones que él le había dedicado en los meses que llevaban de noviazgo.

La letra anunciaba inmediatamente el tema, por lo que Jeremy sonrió extasiado y le dedicó una mirada a Candice, tendiéndole la mano para entrelazarla con la de él.

—Every time I see your face —empezó a canturrear el tema de Lifehouse y ella también lo siguió mostrándose realmente entusiasmada al cantar—. My heart takes off on a high speed chase; now don't be scared, it's only love... Baby, that we're falling in.

Juntos cantaron más de una canción y seguían aprovechando el minuto que le daban algunos semáforos, para seguir besándose y sonreír, para seguir siendo felices.

Estacionaron lo más cerca posible y permitido del muelle de Santa Mónica, caminaron tomados de la mano, en medio del mar de personas que se aglomeraban en uno de los principales puntos turísticos de la ciudad.

Jeremy se detuvo en un quiosco donde vendían todo tipo de jugos, después de tantos besos necesitaban calmar la sed. Candice pidió un jugo de sandía y él uno de piña. Con bebidas en mano siguieron caminando por el piso de madera que estaba sobre el océano Pacífico.

Conversaban y de vez en cuando se tomaban algunas fotos, otras personas también se ofrecían para fotografiarlos juntos y agradecieron no tener solo *selfies*.

Llegaron al final del muelle, ella se adhirió a la baranda y él se paró detrás, muy pegado al turgente cuerpo de su novia, mientras disfrutaban, de la inmensidad del océano, la piadosa brisa y el olor marino, aislándose de todas las demás personas que elegían ese punto para fotografiarse.

Candice sentía el caliente cuerpo de Jeremy contra el de ella, disfrutando de los besos que a minutos le dejaba caer en el cuello u hombros, no podía más que regalarle suspiros que expresaban lo mucho que le agradaba estar así. Inevitablemente el cuerpo de su novio empezaba a reaccionar, sentía que empezaba a hacerse más duro y caliente el bulto justo encima de su trasero, por lo que se removió un poco.

—Creo que ya es hora de almorzar.

—¿Ya tienes hambre? —preguntó sonriente, abrazándola con más pertenencia.

—Sí, muero de hambre —dijo una mentira piadosa, pero era que sentir a

Jeremy tan deseoso, la ponía nerviosa.

—Está bien... ¿En dónde quieres comer? —le preguntó, alejándose un poco al sentir la tensión en el cuerpo de su novia.

—Ummm —dudó un poco pensando el lugar, con sus ojos verdes clavados en una gaviota que sobrevolaba muy cerca de ellos—. En el Bubba Gump —dijo al fin.

—Entonces vamos, así que ¡corre Forrest! —se echó a correr, llevando a Candice con él, tomada de la mano, ambos reían divertidos y zigzagueaban esquivando a las personas que transitaban el muelle.

—¡Espera! ¡Espera! —pidió Candice con una gran sonrisa mientras el intenso viento le batía los cabellos, ella se rehusaba a seguir corriendo.

—¿Pasa algo? —preguntó casi sin aliento, deteniéndose y volviéndose para mirar a su hermosa novia.

—¿No te gustaría? —dijo señalando hacia atrás donde estaba una chica con un caballete, en el que presentaba sus dibujos caricaturizados.

—Sí, sí me gustaría —estuvo de acuerdo, sin soltarse de las manos caminaron hasta donde se encontraba la mujer rubia que llevaba puesto un sombrero negro, al mejor estilo de Charles Chaplin.

—Hola, ¿puede dibujarnos? —preguntó Jeremy, al tiempo que se giraba la gorra, dejando la visera hacia atrás.

—Claro, ¿prefieren de pie o sentados?

Candice y Jeremy compartieron una mirada para ponerse de acuerdo.

—Sentados —dijeron al unísono.

Como solo había una silla de plástico plegable, Jeremy se sentó y en las piernas de él lo hizo Candice, mostrando la mejor de sus sonrisas para que la mujer hiciera una caricatura de ellos.

—Pensé que tenías mucha hambre.

—Tengo mucha hambre, pero puedo soportar un poco más —de manera inevitable le dio un beso en los labios y jugueteó con su nariz y la de Jeremy—. Espero poder recordar este día para siempre y la mejor manera de hacerlo es guardar algún detalle —confesó sonriendo.

—Entonces ambos nos llevaremos muchos detalles para recordar este día tan especial —le dio un beso en la barbilla y miraron hacia la mujer.

Después de varios minutos bajo el incesante sol de verano californiano, ambos sonreían satisfechos con el resultado de la caricatura.

Jeremy pagó y siguieron con su camino hacia el restaurante donde

almorzarían. El lugar que era un ícono norteamericano en honor a la película Forrest Gump, era como sumergirse en alguno de los estudios donde se filmó el largometraje, en las paredes había fotos del rodaje, ropa original, guiones y todo ambientado por la banda sonora de la película.

Se ubicaron en una mesa y pidieron las famosas gambas rebozadas. Mientras se deleitaban con el almuerzo, Jeremy le propuso a Candice poner un poco a prueba la memoria, por lo que cambió el famoso cartel que hacía de centro de mesa del “Stop Forrest Stop” al “Run Forrest Run”, casi de manera inmediata se acercó un jovial chico y les hizo la primera pregunta.

—Es muy fácil, Bubba era el amigo de Forrest —respondió Candice con una gran sonrisa—. El que conoce en la guerra de Vietnam.

—¿Cuál era el nombre de Bubba? —preguntó el camarero amablemente.

—Benjamin Buford —respondió Jeremy.

Así sucesivamente le hicieron varias preguntas que cada vez eran más difíciles, lamentablemente fallaron en algunas y reían por no saber las respuestas.

Después del almuerzo decidieron ir a la playa, donde se bañaron y disfrutaron de varios juegos acuáticos. Casi sin darse cuenta, ya el atardecer los sorprendía; decidieron quedarse en la orilla a ver la puesta del sol.

Candice puso su toalla sobre la arena, Jeremy se sentó y ella lo hizo entre las piernas de él, disfrutando del calor que el cuerpo de su novio le brindaba.

El sol se veía inmenso con halos de luz que iban desde el amarillo hasta el naranja casi rojo que se perdía en el cielo gris, era como si se escondiera tras el mar y justo al lado de ese maravilloso espectáculo en el horizonte, estaba el parque de atracciones *Pacific* que progresivamente iba encendiendo las luces, casi mágicamente la noria se reflejaba con sus luces multicolores en el agua oscura por la noche, que empezaba a cubrir la ciudad.

Jeremy empezó a besar a Candice desde el cuello hasta el hombro, con lentos y suaves roces de labios, besos — que eran arrullados por el sonido del mar.

Ella volvió medio cuerpo y le ofreció su boca, para que la besara, anhelaba compartir con su novio un encuentro verdaderamente íntimo, teniendo como resultado temblores en el cuerpo y humedad entre sus piernas, ahí estaban una vez más esas cosquillas agónicas que recorrían su vientre, una punzada que latía entre el placer y el dolor justo en su centro. Quería avanzar mucho más con Jeremy, dejarse arrastrar por el deseo que ardía en su cuerpo, pero

algo se lo impedía, recordaba que tan solo llevaban dos meses de noviazgo y que debía esperar un poco más, no sabía qué era lo que esperaba, pero lo hacía.

Una vez más las manos de Jeremy no conocían de razones y viajaban por el cuerpo de su novia, recorriendo esa piel tan delicada con la que soñaba, esa que inevitablemente en pensamientos la había hecho suya, ya se había dado placer pensando en Candice, solo le faltaba que ella accediera para así acallar esa necesidad que sentía y que con masturbarse no lograba calmar completamente.

Candice se alejó un poco en busca de oxígeno; sin embargo, las manos de Jeremy la pegaban más a su cuerpo. Sintiendo sobre sus labios la respiración pesada de él.

—Te amo —murmuró Jeremy con el pecho a punto de reventar—. Desde la primera vez que te vi, desde que te vi sonreír. Lamento haber sido un cobarde y no expresarte mucho antes mis sentimientos.

—Tenemos toda una vida para amarnos —sonrió con ternura—. También, te amo Jeremy, gracias por ser mi primer amor.

—Y único, quiero ser tu único amor. Candice... —no sabía cómo hacer una propuesta tan seria, pero la deseaba demasiado—. Aún tenemos tres horas... podríamos ir a otro lugar, uno especial.

Inevitablemente ella una vez más se tensó, aunque el corazón le latiera presuroso y la excitación corriera desbocada por todo su cuerpo.

—Jeremy... yo —se mordió el labio sin saber qué decir—. Cuando te digo que eres mi primer amor lo digo en serio, yo nunca... nunca antes... he estado con ningún chico —le confesó para que entendiera un poco sus miedos.

Jeremy no encontraba palabras, estaba sorprendido pero también feliz, su novia le estaba confesando que era virgen, que estaba intacta para él.

—Será especial, el día que lo decidas, va a ser muy especial... por ahora puedes estar tranquila —mandó a la excitación al lodo, porque estaba seguro que Candice aún no estaba preparada—. No voy a presionarte, no es así como debe ser. ¿Por qué no vamos un rato al Pacific Park? —propuso y le dio un sonoro beso en los labios.

—Estoy segura de que será muy especial —afirmó convencida de que Jeremy la trataría con respeto y delicadeza—. Ahora, no perdamos el tiempo, quiero divertirme —dijo levantándose, le tomó las manos y lo haló para

ponerlo en pie.

Recogieron la toalla y tomados de la mano se fueron al parque de diversiones, donde subieron a varias de las distracciones que ofrecía el lugar. Mientras ambos disfrutaban de un algodón de azúcar, se detuvieron en un puesto de destrezas, donde si encestaban tres pelotas se llevarían algunos de los peluches.

Jeremy pagó e hizo el intento varias veces, pero ya había dicho que no era muy aficionado a los deportes; sin embargo, Candice le pidió una oportunidad. Si no hubiese enceestado en tres oportunidades la pelota, sería una gran vergüenza para su hermano, quien era capitán del equipo de baloncesto de la universidad.

Al final de la noche, Candice ganó por sus propios medios dos peluches, uno para su novio y otro para ella.

Candice llegó a su casa faltando diez minutos para las ocho de la noche, lo que la libró del castigo de por vida con el que su padre la había amenazado.

CAPÍTULO 11

Nadya bajó las escaleras corriendo y entró al comedor donde estaban sus padres desayunando, sin pedir permiso le robó una tostada con mermelada de fresa a su madre y le dio un mordisco.

—Amor, siéntate y come un poco —le pidió el padre, observando a su hija que parecía un torbellino.

—No puedo, se me hace tarde —dijo bebiendo del jugo de naranja para pasar el pedazo de pan—. Mamá, regresaré un poco más temprano —le dio un beso en los cabellos a su padre—. Le prometí a Ronny que lo acompañaría a la presentación.

—Gracias amor, sabes que tu hermano necesita del apoyo de todos —dijo la madre con una sonrisa, recibiendo el beso que Nadya le daba en la mejilla—. ¿Jason aún duerme?

—Sí, lo dejé dormido. Ya no debe tardar en despertar. En la nevera le dejé un colado de manzana que le preparé anoche y la ropa limpia está en la cesta dentro del closet, ya está doblada, pero no me dio tiempo de guardarla en las gavetas.

—Ve al trabajo tranquila cariño, yo me encargo de eso. Ten cuidado en el camino.

—Tendré cuidado, los quiero —se despidió y salió de la casa cargando con su bolso, donde llevaba el uniforme del trabajo. Empezó a caminar hasta la parada del autobús sin poder evitar bostezar. Tenía demasiado sueño porque la noche anterior había llegado a cocinar y a lavar, labor que terminó por la madrugada; no obstante, no podía permitirse dormir hasta tarde porque debía cumplir con su trabajo.

—¡Buenos días!

—¡¿En serio?! —casi gritó sorprendida al ver una vez más el Mustang que le seguía el paso, iba tan sumida en sus pensamientos y cansancio que no se había percatado del auto a su lado, definitivamente debía estar más atenta—. No tienes derecho a seguirme, voy a llamar a la policía —advirtió buscando en su bolso el teléfono móvil.

—Solo quiero llevarte, podemos ir juntos porque también trabajo muy

cerca.

—No voy a subirme a tu auto, no te quiero cerca.

—Está bien, si no quieres subir voy a escoltarte.

Nadya quiso sonreír ante esa estúpida propuesta, pero prefirió seguir con su mirada al frente.

—Solo pierdes el tiempo —aseguró aligerando el paso—. Voy a denunciarte, no eres más que un acosador... me has seguido a casa.

—Quiero hablar contigo Nadya, por favor.

—No quieres hablar, quieres reclamarme por las estúpidas decisiones de tu amigo.

—Ya no lo haré, no voy a preguntarte por nada.

Nadya comprendió que si le seguía la conversación, nunca podría liberarse de Robert, ni mucho menos de ese pasado que día a día luchaba por olvidar.

Dejó de hablarle, llegó hasta la parada de autobuses y se sentó a esperar a que llegara su transporte, Robert estacionó al otro lado de la calle sin dejar de mirarla; a pesar de que Nadya se obligaba a desviar la vista a cualquier lado, menos al auto gris de en frente.

Cuando por fin el autobús naranja llegó, subió y se ubicó en un asiento, al tiempo que sus pupilas inquietas volvieron a mirar el auto, el que al poco tiempo perdió de vista.

Sin darse cuenta una vez más estaba llorando, prefería hacerlo lejos de casa, que sus padres no la vieran. Se sentía cansada y el corazón aún lo tenía en pedazos, sabía que no iba a ser fácil y se había prometido luchar, pero eso no quería decir que algunas veces no sintiera que estaba a punto de perder la batalla.

Era el centro de atención de más de una mirada curiosa a la que le extrañaba ver cómo se limpiaba las lágrimas y por más que intentaba dejar de llorar, no lograba conseguirlo, porque esa era la única manera de desahogarse un poco.

Durante el trayecto logró calmarse y revestirse de fortaleza, estaba próxima a su parada, por lo que se levantó, cediéndole el puesto a otra chica, caminó hasta las puertas que se abrían y justo cuando el autobús se detuvo, bajó.

Esta vez sí presintió el auto, pensaba que se había dado por vencido. Ella no hizo más que resoplar y continuar con su trayecto, ignorando totalmente a su necio escolta.

Lo quería lejos, muy lejos, odiaba todo lo que le recordara a Nick, odiaba

tener que estar pasando por eso después de tanto tiempo. Debía llamar a la policía y denunciar el acoso de Robert, pero por el momento, le daría tiempo a que se cansara y desistiera de molestarla.

Sin dedicarle una sola mirada entró al restaurante donde trabajaba, dispuesta a cumplir con sus labores.

Robert la vio entrar y siguió hasta su trabajo, no iba a desistir hasta que Nadya accediera a hablar con él.



Las sesiones con el doctor Grignard cada vez eran más aburridas, ya le había relatado cómo había cometido los asesinatos, solo le divertía torturarlo mientras fumaba, sabía que la fuerza de voluntad de las personas era nada comparada con las debilidades y que el hombre ya había caído una vez más en las garras de la nicotina.

—Benjamin, después de lo sucedido, ¿has sentido deseos de asesinar a alguien más?

El paciente silbó, dándole un poco de suspenso a la respuesta que daría, jugando con la paciencia del hombre.

—No, verdaderamente no he sentido la necesidad de asesinar a nadie más. Tampoco pienso convertirme en un despiadado —ironizó y se pasó la punta de la lengua por los labios, para humedecerlos un poco—. ¿Alguna otra pregunta?

—¿Has pertenecido a algún tipo de secta satánica? ¿Tus asesinatos han tenido que ver con algún tipo de ritual? ¿Es Iblis el líder de la secta? —lanzó las preguntas una tras otra, esperando encontrar algunas respuestas que lo llevaran a conocer un poco más el comportamiento de su paciente.

Benjamin soltó una estruendosa carcajada, en una clara burla hacia el hombre.

—¡No! Eso es pura mierda, los que crean ese tipo de “sectas” no son más que unos estúpidos fanáticos de lo que para ellos es el mal y algunas veces son tan ignorantes y peligrosos como los fanáticos religiosos que prodigan el supuesto bien —argumentó sin dejar de reír.

Grignard aunque notaba la burla en Benjamin, sintió que lo hacía de

manera estudiada y no porque sintiera algún tipo de emoción que le provocara esa acción de forma natural.

—Bien, ¿y tú de qué lado estás, del bien o del mal? —interrumpió con su pregunta la broma de Benjamin.

—Ya le he dicho que interpretar el bien o el mal es más complicado que solo seguir los mandamientos que están en la biblia. Por ejemplo, el quinto mandamiento: “no matarás”. En general no limita, no dice qué es lo que no se debe matar, pero diariamente matan animales para alimentarnos, desforestan bosques, matando a la naturaleza y eso para la población no es pecado, no está mal. Se hacen los ciegos, sordos y mudos y se siguen comiendo su jugoso filete, sentados sobre una silla que hicieron de la madera de un roble de más de cien años, el cual talaron en el Amazonas —suspiró liberando un poco de humo de su infaltable cigarrillo—. Dicen que la vida humana es sagrada, porque desde su comienzo fue Dios quien la creó, ¿pero acaso no fue Dios quien creó todo en la tierra? Así que todo es sagrado... por eso le digo, todo depende de la perspectiva con que se vea. Yo soy malo porque asesiné a mi madre y a Karen, pero que usted haya asesinado por la mañana a la inocente cucaracha en el estacionamiento de su casa también lo convierte en un ser malvado, porque pudo haberle perdonado la vida, pero decidió aplastarla —argumentó con total seguridad.

Grignard dificultosamente tragó en seco, no comprendía cómo Benjamin podía estar al tanto de las cosas que pasaban fuera de ese lugar, cosas que nadie más sabía, excepto él. Inevitablemente sus manos empezaron a temblar, no importaba lo que hiciera para tratar de disimular su temor, el paciente sabía que estaba asustado.

—I... —carraspeó ruidosamente, tratando de encontrar la voz—. ¿Iblis ha intentado ponerse en contacto contigo?

Benjamin se echó hacia adelante y extendió la mano para apagar la grabadora.

—Lo hace todo el tiempo —murmuró mirando al doctor a los ojos—. ¿No se ha preguntado cómo es que estoy al tanto de todo lo que usted está haciendo? Todas las noches hablamos —confesó, soltó la grabadora y se levantó—. Estoy algo cansado, me gustaría dejar la sesión hasta aquí —pidió llevándose las manos hacia la espalda.

—Es... está bien —dijo el doctor tratando de levantarse, pero las piernas parecían ser de gelatina. Necesitaba encontrar un poco de confianza y hacer a

un lado tanto estúpido miedo—. ¿Quieres que te corten el cabello? Te ha crecido muy rápido.

—No, me gusta mi cabello, prefiero conservarlo.

—Entonces lo seguirás manteniendo —prometió intentando sonreír.

Los enfermeros entraron para llevar a Benjamin a la habitación que ocupaba y Grignard prácticamente corrió a la sala de controles, donde solicitó algunas de las grabaciones de la habitación de Benjamin Sutherland.

Se sentó frente al monitor que le pusieron a disposición con la grabación, programó la fecha del día anterior justo a las seis de la tarde. Benjamin se paseaba por la habitación tranquilamente, canturreaba una canción y él le subió un poco el volumen.

—Every time I see your face, my heart takes off on a high speed chase; now don't be scared, it's only love... Baby, that we're falling in...

Eso desconcertaba aún más a Grignard, cómo podía Benjamin cantar un tema sobre el amor, si juraba que no tenía sentimientos.

Benjamin repetía una y otra vez la canción y él no tenía idea de cómo se llamaba ni quién la cantaba, por lo que buscó su computadora portátil y le hizo un espacio al lado del monitor. Tecleó en el buscador un pedazo de la estrofa e inmediatamente le lanzó el resultado, esa canción pertenecía al grupo Lifehouse y se titulaba Falling in.

Las actitudes de Benjamin estaban enmarcadas en la conducta de alguien considerado psicológicamente normal. A las ocho menos cinco, se sentó en la cama y se acostó de medio lado, parecía tener estrictamente controlado su horario de dormir.

Grignard empezó con lentitud a adelantar el vídeo, el paciente estaba profundamente dormido, el semblante mostraba tranquilidad absoluta, nada lo perturbaba.

11:58 pm. Benjamin se levantó sin mostrar ningún indicio de previo despertar, era como si segundos antes no hubiese estado dormido, se quedó sentado en la cama y volvió la mirada a uno de los rincones de la habitación, justo al punto ciego de la cámara. Inevitablemente a Grignard se le erizó la piel al percatarse de que estaba hablando, elevó el volumen al máximo, pero no lograba escuchar nada. Benjamin miraba como si alguien estuviese en ese lugar.

Al no tener resultados con el audio, acercó la grabación hasta el rostro de Benjamin, intentando descifrar al menos algo de lo que hablaba, los gestos en

la cara lo mostraban como si estuviese en desacuerdo con algo, pero no lograba entender absolutamente nada de lo que decía, el movimiento de los labios era rápido, podría jurar que estaba hablando en otro idioma.

Pidió todas las grabaciones de esa semana y siempre desde las 11:58 de la noche hasta las 3:00 de la madrugada Benjamin parecía hablar con alguien, después volvía a dormir, podría decir que presentaba Parasomnia, pero le extrañaba que pudiese hablar con tanta naturalidad, comúnmente en ese trastorno del sueño se hablaba muy poco.

Se preguntaba si sería a consecuencia de un estado de sonambulismo que asesinó a Maureen y a Karen; no obstante, él había relatado los hechos, por lo que no estaba inconsciente cuando cometió los crímenes y si así fuese, tampoco encontraba una explicación coherente de que Benjamin supiera todo lo que él hacía fuera del centro psiquiátrico.

Mil y una incógnitas rondaban a Benjamin Sutherland y eso lo hacía sentir impotente.



Ahí estaba una vez más Nadya, salía por la puerta trasera de In-N-Out Burger en compañía de dos compañeras, se despidieron con besos en las mejillas y las dos chicas morenas caminaron en sentido contrario.

Ni él mismo lograba comprender esa actitud tan arrebatada, ver a Nadya se había convertido en una necesidad, en algo realmente inexplicable que estúpidamente le aceleraba los latidos del corazón. Ciertamente hasta ese momento la había visto muy poco, cuando Nick se la presentó después de aquel partido de baloncesto en la preparatoria, le pareció hermosa, con unos labios que incitaban a ser besados, pero tuvo completamente claro que era la novia de su mejor amigo.

Después de eso solo se vieron en tres oportunidades más, siempre en compañía de Nick, pero nunca le pareció una chica por la cual perdería la cabeza.

En ese tiempo él estaba saliendo con Scarlett y no le daba tanta importancia a la indudable belleza de Nadya, pero ahora que volvía a verla, sencillamente quería conocerla un poco más.

La vio sacar el teléfono móvil para llamar, entonces encendió el motor y poco a poco se le acercó.

—Sí, nos vemos en unos minutos... Mamá por favor, ¿podrías plancharme el vestido celeste?, dile a Ronny que no esté nervioso y avísale que ya voy en camino. Te quiero —finalizó la llamada y se guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón.

—Veo que estás un poco apresurada. Si me permites llevarte, te ahorrarás mucho tiempo —dijo sorprendiéndola una vez más.

Nadya negó con la cabeza y siguió con su camino sin dirigirle una sola palabra, sintiendo un gran vacío en el estómago, uno que no sentía desde hacía un par de años.

—Está bien, no quieres hablar. Igual seguiré escoltándote.

Nadya se detuvo repentinamente y se volvió hacia el auto que también se detuvo, con decisión caminó hasta el vehículo, apoyó las manos en la puerta, acercándose al conductor, que le sonreía.

—Entiende que no quiero que me sigas, no quiero hablar contigo, no quiero, déjame en paz —exigió con dientes apretados y se odiaba por pensar que anteriormente no se había percatado de que Robert Adams era realmente atractivo; sin embargo, se recriminó ese momento de debilidad, recordando que no debía confiar en ningún hombre.

—Nadya por favor, solo quiero ofrecerte mi ayuda.

—No la necesito, aún si no hubiese autobús preferiría caminar a subirme en tu coche. Estoy segura de que eres igual a Nick, por algo eran tan buenos amigos.

—¿Acaso Nick se portó mal contigo? —preguntó mirando a esos ojos avellana que destallaban ante la ira, inevitablemente se mordió el labio, amarrándose las ganas de besar esa boca pequeña pero voluptuosa.

—Ese no es tu problema —espetó y se alejó emprendiendo una vez más el paso.

Robert volvió a suplicarle, pero ella se volvió sorda a las peticiones de él, aunque su actitud no logró que él dejara de escoltarla hasta la parada del autobús.

CAPÍTULO 12

El tribunal declaró a Benjamin Sutherland inimputable, por enajenación mental y decretó su internamiento en el establecimiento psiquiátrico en el que se encontraba recluido, por tiempo indefinido o hasta que se demostrara que ya no podría ser una amenaza para la sociedad, ni para él mismo.

El resultado del juicio provocó un gran revuelo social, teniendo como resultado varias protestas en el país, de personas que en cinco meses no habían olvidado el dantesco asesinato cometido por el que fue uno de los mejores y más queridos actores juveniles de Hollywood.

El psiquiatra Franklin Grignard había cerrado el caso y aunque quería seguir tratando a Benjamin, su superior le informó que sería trasladado a Missouri. No se negó cuando le enumeraron los beneficios que recibiría, pero lo hizo principalmente para alejar a Scott su hijo mayor de las amistades que tenía, ya que no le agradaba el cambio que estaban provocando en su comportamiento.

Envió primero a su esposa Lena con los niños a su nueva casa, porque antes de marcharse él quería ver una vez más a Benjamin, a pesar de que no fue a despedirse personalmente, simplemente lo observó por las cámaras. Estaba dormido y verlo de esa manera le hizo recordar a sus hijos, en los que no veía ninguna malicia.

Habían pasado muchas cosas a las que no le encontraba una explicación lógica, pero confiaba en que el joven lograría recuperar su estabilidad.

Le tocaba conducir por más de veinte horas, con algunas paradas ya pautadas, para descansar durante el trayecto.

Emprendió el camino, llevando consigo algunas de las pequeñas cosas que aún le quedaban en la oficina. Después de cinco horas de estar conduciendo, hizo la primera parada para comer y llamar a Lena, informándole que todo estaba bien, habló con sus dos niños menores, pero no logró hacerlo con Scott, él aún estaba molesto por el cambio de residencia.

La noche empezaba a caer cuando decidió continuar con su camino, la próxima parada sería en un hotel, que le permitiera descansar su resentido

cuerpo. Conducía con música country de fondo, estaba atento al camino, a la mínima señalización, aun así perdió el control cuando un auto de la nada le encendió las luces, cegándolo. Todo pasó muy rápido, contados segundos y ya nada podía hacer.

Al recobrar la consciencia estaba demasiado adolorido, aprisionado entre la carrocería. El olor a gasolina era casi insoportable, intentó tragar, pero no pudo hacerlo, se tanteó el cuello y sintió que algo se lo atravesaba.

Miró hacia afuera en busca de ayuda, pero la pareja en el auto del frente estaba inconsciente, inevitablemente los nervios y el dolor le ganaban la partida, mientras se ahogaba con la sangre que a borbotones le inundaba la boca.

Por fin veía a alguien, era un hombre alto, delgado, vestido enteramente de blanco, que se acercaba, intentó mover las manos para suplicar ayuda, pero el dolor en su cuerpo se volvía insoportable, casi no podía respirar. A pesar de estar aterrado por la situación en la que estaba, le extrañaba ver la parsimonia con la que aquel hombre se acercaba, normalmente los seres humanos ante una situación semejante se mostraban alterados.

El hombre de tez blanca y cabellos rizados se asomó por la ventana de la puerta de al lado del conductor, donde el cristal se había hecho añicos. Su corazón quiso estallar en latidos y su agonía aumentó al ver esos ojos que eran completamente negros y abarcaban en su totalidad las cuencas, solo las pupilas muy pequeñas eran una luz que brillaban terroríficamente, provocando que su sangre se helara, sentía que se ahogaba con su propia sangre, pero no moría.

—Soy Iblis, Satanás, el Diablo —susurró expidiendo un aliento algo almibarado, ligeramente acre. Era mirra, lo que usaban los egipcios para embalsamar a los muertos. Según la biblia la mirra había sido una de las ofrendas a Jesús, hecha por el tercer sabio de Oriente, quien conocía el destino que le esperaba al hijo de Dios—, Genio Maligno, Shaytán, el Lapidado, el Esquivo, el Murmurador y miles de nombres más, pero no soy más que Lucifer, un ángel de luz, desterrado por mi propio padre.

—I...blis... Ohhh Dios... Benjamin tenía razón —balbuceó el doctor en medio de toda la sangre que intentaba ahogarlo.

—Así es, existo y manipulo a mi antojo a las creaciones más adoradas por Dios; ejemplos, la primera y segunda guerra mundial, cada desastre y matanza ocasionada por el hombre son de mi autoría, mi favorita es hacer que

acaben con sus padres terrenales... Benjamin nuestro amigo en común ya te había advertido de este encuentro, pero pocos creen verdaderamente en mí. Camino entre ustedes, los gobierno a mi antojo, soy el responsable de liberar las llamas del desastre y de generar un futuro hundido en el caos.

Grignard se veía reflejado en las cuencas negras y brillantes, mientras sus ojos querían salirse de sus órbitas ante el terror que estaba experimentando, esa voz agradable calaba en sus oídos, quería escucharlo, algo en ella lo alentaba a hacerlo, pero no quería verlo y aunque intentaba cerrar los ojos no podía.

Toda la vida había ideado al Diablo como lo representaban en las fábulas, con cuernos y cola, pero no era así, ese ser era realmente hermoso, aunque sus ojos representaban un gran vacío.

Lucifer soltó una corta carcajada que parecía una incitante melodía.

—Lamento informarte que son menos importante de lo que realmente creen, no son los únicos que han sido creados a imagen y semejanza.

Quería girar la cabeza, pero el pedazo de metal que le atravesaba el cuello no se lo permitía.

Se preguntaba en pensamientos por qué había hecho eso con Benjamin Sutherland. Trataba de encontrar alguna respuesta en ese negro brillante.

—Porque él tenía buenas razones para odiar a sus padres, tanto como yo odio al mío. Su alma era colmada por el rencor, ése que poco a poco me encargué de alimentar desde que era un niño, desde que su madre lo despidió en el aeropuerto, cada vez que su padre lo dejaba a suerte en un internado; siempre le susurré al oído mientras dormía, atizando el odio en su corazón. Cuando sentí que se me escapaba de las manos actué y me le presenté en ese vuelo; sin embargo, no es el único, te asustaría saber cuántos hijos matan a sus padres, todos guiados por mí.

El doctor se dio cuenta de que ese ser podía interpretar sus pensamientos, por lo que abogó por el alma de Benjamin. Ahora le creía, estaba convencido de que no era ningún problema mental y que verdaderamente el joven tenía el alma atrapada.

Libéralo... por favor —le suplicó en pensamientos.

—¿Para qué? ¿Crees que podría vivir mucho si le libero el alma? No, se suicidaría y no es lo que quiero.

Dale una opción, es joven. Yo te doy mi alma a cambio —ofreció mirándolo a los ojos—. *Estoy seguro que puedes hacer que no recuerde*

nada.

—Es una oferta tentativa, las almas son más valiosas cuando se ofrecen por voluntad propia. Podría sí, tengo el poder —confesó con lentitud, con ese tono de voz que invitaba a ser escuchado—, pero quiero a cambio un sacrificio más; debes estar de acuerdo para poder concedérsela —condicionó acariciándole la frente a Grignard, quien sintió el toque tan suave como nunca antes había experimentado, lo sorprendía que era frío, contrariamente a que le quemara como suponía—. Tenía pensado que un alma caritativa lo ayudara a escapar y que vagara por la eternidad, solo eso. Pero si me das tu alma, ofreceré la oportunidad de liberar la de Benjamin, sin culpas y sin recuerdos; solo si se devora el corazón de un hijo recién nacido que procrea con una mujer que verdaderamente lo ame y que sea pura para él.

¿No recordará nada? ¿Ni siquiera que mató a su propio hijo?

—Ni siquiera que se devoró el corazón de su propio hijo; claro, él lo sabrá y será su objetivo mientras yo lo manipule... después me encargo de alejarlo con la mente en blanco.

Si es así entonces, estoy de acuerdo.

—Se dice: te ofrezco mi alma, ángel de luz —coaccionó Lucifer, fijando su mirada vacía en el hombre.

Grignard dudaba de lo que estaba a punto de hacer, no sabía a qué se estaba arriesgando, solo quería saber si realmente valía la pena el sacrificio, él era un hijo de Dios, creía en la bondad, en la pureza, en el poder del creador, pero también creía en la maldad ante sus ojos y quería para Benjamin Sutherland, redención.

La sangre seguía ahogándolo y más que adolorido sentía que la temperatura de su piel aumentaba, obligándolo a tiritar. Quería cuanto antes acabar con esa agonía, ya no quería seguir mirando a esos huecos sin fondo.

Te ofrezco mi alma, ángel de luz —pensó y aunque quiso cerrar los ojos no pudo.

El ser ante sus ojos sonrió, parecía una sonrisa hasta piadosa y progresivamente los ojos se fueron aclarando, era como una nube gris que poco a poco se disipaba, dando paso a unos ojos de un gris extremadamente claro, que casi llegaba al blanco, dejando ver las pupilas y un halo negro que bordeaba el iris. Sintió un beso en la frente y entonces sí pudo cerrar los ojos.

—Aún me asombra lo manipulable que pueden ser los humanos algunas

veces, solo algunas veces. Por lo que pienso que mi padre no se equivocó y puso a mi disposición algo con lo que puedo entretenerme.



Después de quince días, la noticia sobre la trágica muerte del doctor Franklin Grignard seguía recorriendo los pasillos del centro psiquiátrico donde estaba internado Benjamin.

Mientras él tenía un nuevo objetivo, una vez más Iblis lo ponía a prueba, como si ya no le hubiese demostrado que era capaz de muchas cosas; no obstante, contaba los días para poder salir de ese lugar en el que pasaba el tiempo solo, por lo que estaba realmente dispuesto a cumplir cuanto antes con la nueva meta.

Escuchó unos pasos acercarse y estaba seguro de que era Jacob, cerró los ojos e inmediatamente supo lo que le traía. Salió de la cama y caminó hasta la puerta, fueron contados los segundos para que el diario de ese día se deslizara a través de la rendija. Lo recogió y se quedó en el mismo lugar.

Los Ángeles Times, del día 23 de Enero de 2015, reseñaba la muerte del Asesor Especial de Relaciones Exteriores de la ONU en Ginebra, Harold Sutherland.

Benjamin no sintió absolutamente nada, ni siquiera porque veía la imagen de su padre sonriendo en la plana del diario, era algo que ya esperaba, de lo que tenía conocimiento; extrañamente le sorprendía que hubiese vivido por tanto tiempo.

En otra noticia, narraban el escandaloso incidente en el que había muerto su madrastra junto al amante, mientras tenían relaciones sexuales en la cubierta de un yate y las cabezas de ambos habían sido atravesadas por un arpón, justamente dos días después del deceso del importantísimo asesor de la ONU. Estas noticias tenían escandalizada a la nación Suiza y ya se habían abierto las investigaciones para dar con los culpables.

Benjamin sonrió sintiéndose completamente satisfecho con el resultado, Iblis había cumplido su promesa de acabar con la miserable vida de la cerda de su madrastra, en ese momento daría lo que fuera por al menos tener una imagen de ese momento en que el arpón le atravesó la cabeza.



Candice abrió los ojos, despertando en un lugar que nunca antes había visto, un lugar en el que nunca había estado. Se levantó con lentitud, sintiéndose realmente liviana, era como si hubiese descansado por mucho tiempo.

Al sentarse en la cama miró a un lado y ahí estaba ella, casi de un brinco se levantó con el corazón retumbándole contra el pecho, tanto que le costaba respirar y le dolían las costillas.

Se miró así misma en la cama, acostada y pálida, su piel hasta parecía traslúcida. En el lugar no había nada más que la cama que estaba en el centro de esa habitación oscura, miró al techo y justo encima había un agujero por el cual se colaba la luz de la luna, tal vez era por eso que a la Candice inconsciente en esa cama parecía que la piel le brillaba.

Candice retrocedió varios pasos intentado alejarse, sin poder apartar la mirada de ese cuerpo. Estaba descalza y llevaba un sencillo vestido blanco, estaba segura que debajo de esa prenda no había nada más, se pegó la falda del vestido a los muslos porque verdaderamente se sentía desnuda.

En ese momento vio cómo una sombra se posaba poco a poco sobre la Candice que estaba en la cama.

—¡No! ¡No! Aléjate —gritó captando la atención de esa sombra, una vez más era el hombre sin rostro, el de las cuencas vacías y pupilas de luz que la miró helándole la sangre—. ¡Dios mío! —exclamó aterrorizada y corrió para salir de ese lugar, el piso de madera estaba muy sucio y el olor a moho inundaba ese lugar cilíndrico.

Se encontró con unas escaleras de madera que formaban una espiral y empezó a bajarlas, escuchando cómo los escalones crujían ante su peso, pero no se detenía, no podía siquiera pensar que podría caer y hacerse daño.

Las escaleras parecían interminables y el aliento se le sofocaba en la garganta, el pánico ni siquiera le permitía llorar, ni gritar. Los escalones la llevaron hasta una puerta doble, también era de madera y muy pesada, empleó mucha fuerza para poder empujarla y salir.

Apenas se detuvo para recuperar el aliento y se echó a llorar al ver que

estaba en un lúgubre bosque, miró a todos lados buscando ayuda.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Ayúdame! —gritó caminando, en un intento por alejarse de esa torre cilíndrica de ladrillos cubiertos por moho.

A su lado derecho entre los matorrales vio una vez más esa sombra a la que tanto le temía, el terror aumentó porque no era posible que pudiese estar ahí tan rápido.

Corrió en sentido contrario, adentrándose a ese espeluznante bosque, que solo era alumbrado por la luz de la luna que se colaba con sus rayos a través del follaje, pintando el paisaje totalmente gris.

Mientras corría se llevó la mano al pecho, en busca de la medalla que su madre siempre le prestaba, pero no la tenía.

No encontraba una salida, no había nada más que ramas que le golpeaban el rostro, le arañaban los brazos y piernas. Tropezó con un tronco y se fue de bruces, inevitablemente el vestido se le levantó hasta la cintura, exponiéndola desnuda; no recuperaba el aliento cuando la sombra se paraba justo detrás de ella, por lo que gateó hasta ponerse en pie y seguir corriendo, mientras el llanto la ahogaba.

Siguió huyendo y a segundos la sombra de pupilas de luz se le aparecía a los lados, aunque no lograba tocarla, tal vez porque ella era más rápida corriendo.

Al frente, a unos cuantos metros vio una silueta, parecía ser un hombre, por lo que corrió con más fuerza para suplicarle que la salvara.

—¡Ayuda! ¡Auxilio! ¡Por favor! —corrió hasta el hombre que en ese momento se volvió, estaba tan cerca que se refugió en los brazos de quien había aparecido para salvarla—. Ayúdame, me persiguen —gimoteó elevando la cabeza y se encontró con unos ojos azules que ya había visto muchas veces en revistas, cine y noticias.

En ese momento despertó, agarrando una bocanada de aire, aún sentía el cansancio y el corazón a punto de reventarle el pecho. El velador de la mesa de noche estaba encendido pero aun así, saltó fuera de la cama y prendió todas las luces.

—Dios mío —murmuró con ganas de echarse a llorar, sabía que era un sueño, pero lo había vivido de manera tan real que podía sentir el olor a moho inundarle las fosas nasales mientras las piernas le temblaban—. Han sido tantas las noticias en los últimos meses en las que nombran a Benjamin que ahora hasta aparece en mis pesadillas —comentó para ella misma, mirando a

todos los rincones de su habitación.

Miró el reloj y eran las dos y diez de la madrugada, no tenía sueño, pero tenía miedo de quedarse sola en su habitación, por lo que salió y se fue a la de sus padres, con mucho cuidado se metió en medio de ambos.

—¿Otra pesadilla? —preguntó Hector adormecido y estrechándola entre sus brazos, le dio un beso en la frente.

Candice solo asintió en silencio y refugió el rostro en el pecho calentito de su padre.

—No pasará nada malo, aquí estoy —le aseguró eso que siempre le repetía.

—Lo sé —musitó.

CAPÍTULO 13

Robert llevaba meses en la misma situación, escoltando a Nadya de su casa al trabajo y del trabajo a la casa. Ya no sabía qué decirle para que subiera al auto y le permitiera llevarla, hasta le ponía música cuando no quería escucharlo, pero empezaba a darse por vencido porque no entendía por qué esa mujer era tan esquiva con él.

Una vez más encendió el motor al ver que salía del restaurante, ya ella sabía que estaba ahí, a veces notaba que sonreía. Tal vez muy en el fondo le agradaba que la acompañara, pero solo de esa manera; sin embargo, él quería más, mucho más.

Esa rutina ya no era suficiente y lo peor era que cada día le parecía más hermosa y casi inalcanzable. Lentamente avanzó, conduciendo al paso de ella, pero la dejó adelantarse un poco, entonces detuvo el auto y se bajó.

—Nadya —la llamó mientras caminaba con decisión hacia ella.

Nadya quiso echarse a correr, pero solo se limitó a apresurar el paso, hasta que sintió un tirón por su muñeca izquierda y antes de que pudiese parpadear, los labios de Robert se posaron sobre los suyos, era como si de un golpe inesperado despertaran miles de emociones que estaban dormidas. Eso no se comparaba con las sutiles cosquillas que la recorrían cada vez que lo veía aparcado, esperando por ella.

Inevitablemente se sorprendió al percatarse de que estaba correspondiendo al beso, que iba en busca de más, con el corazón desbocado y se sentía tan bien, como nunca antes. Estaba experimentando sensaciones que nunca había vivido, ni con Nick.

—Siempre me has gustado —murmuró sofocado contra los labios voluptuosos de Nadya, teniendo en ese instante la certeza de lo que sentía por ella—. Desde que te conocí te descubrí hermosa, perfecta —suspiró bebiéndose el aliento de la chica—. Pero eras la novia de mi mejor amigo.

—Aléjate —dijo en un hilo de voz con las piernas temblorosas—. Por favor —suplicó temerosa, no quería volver a confiar en un hombre y mucho menos en el mejor amigo de ese que tanto la había hecho sufrir.

Ella quería alejarse, pero Robert no se lo permitía, le tenía una mano aferrada a la nuca, poniéndola a su merced, limitándole solo a respirar de su aliento y era tan hermoso, esos ojos grises tan fascinantes, ese cabello rubio y revuelto, ¿por qué no lo había visto antes? No lo había hecho porque llevaba una venda llamada Nick.

—Nadya, por favor... permíteme descubrirte, déjame conocerte. Dame una oportunidad —pidió rozando con sus labios los de ella.

—¡No! —casi gritó liberándose del hechizo que Robert ejercía sobre ella, no podía darle la oportunidad a ningún hombre. No podía.

Lo empujó y se alejó corriendo, permitiéndose llorar, justamente pasaba el autobús y se subió, huyendo de Robert, quien amenazaba con desestabilizar su caótico mundo, ése en el que a pesar de todo, se sentía segura.

Robert resopló con la frustración gobernándolo, anhelaba tener algo con Nadya, le gustaba como nunca antes le había gustado otra chica y ahora que tenía la certeza de lo que sentía por ella no iba a rendirse.

Regresó al auto y subió, lo puso en marcha mientras en su boca aún saboreaba ese beso, estaba totalmente seguro de que Nadya había correspondido y que le había gustado tanto como a él.

Desde la calle pudo ver los reflectores de la cancha en el jardín de su casa encendidos, suponía que su madre había olvidado apagarlos, con el control mandó a abrir la puerta de la cochera y estacionó el auto, bajó y entró por la puerta que daba a la cocina, encontrándose a Claire preparando la cena. La abrazó por la espalda y le dio un beso al tiempo que se robaba una rodaja de tomate.

—Hey, espera a la cena —lo reprendió Claire dándole un manotazo.

—Por el beso y el abrazo que te acabo de dar debería haberme ganado esa rodaja —masculló sin dejar de abrazarla y mirando a través del cristal de la ventana de en frente a su padre, quien estaba junto a sus hermanas y Jeremy, éste último pretendiendo jugar básquet—. Es un desastre —se burló de su cuñado.

—Déjalo, hace el intento por agradar a Candice.

—Lizzy juega mucho mejor.

—Compréndelo, ha crecido sin la presencia de un padre, es lógico que no sea un chico deportivo.

—Voy a ver qué puedo hacer, no permitiré a un cuñado que no sepa usar un balón.

—No vayas a hacerlo sentir mal —le pidió la madre con esa sonrisa cargada de cariño.

Robert salió a la cancha, donde esos cuatro desastrosos jugadores hacían el intento por jugar.

—Gracias al cielo —exclamó Hector, lanzándole el balón a Lizzy—. Ha llegado mi relevo —dijo con la voz agitada caminando fuera de la cancha, con una de las manos en la zona lumbar, se acercó hasta Robert y le palmeó un hombro—. Ya no estoy para esto, voy a ayudar a tu madre con la cena.

—Está bien, eso te pasa por buscar hijos tan viejo —se burló y salió trotando hacia la cancha.

—¡Ahora sí vamos a jugar! —se emocionó Lizzy y le lanzó la pelota a Robert.

—Pero esto vamos a dividirlo por género —condicionó Robert, porque sabía que Lizzy y él le darían una paliza a Candice y al agotado Jeremy.

—No estoy hecho para esto —murmuró Jeremy, acercándose a Candice y dándole un beso en el cuello.

—¡Hey, hey! Estamos aquí para un partido, no para visitas de noviazgo, vamos a jugar —intervino Robert y la risita en la cara de su hermana se borró—. Jeremy, ¿al menos sabes cómo jugar?

—Sé cómo hacerlo, pero sin práctica admito que soy un desastre. De hecho, Lizzy lo hace mejor que yo.

—Soy mucho mejor que tú —afirmó Lizzy.

Sin perder tiempo empezaron a jugar, Robert le explicaba a Jeremy cómo debía lanzar para poder encestar, porque para todo había una técnica. Las chicas reían divertidas al darse cuenta de que podían competir muy bien contra ellos.

—Lejos, lejos... ¡Jeremy, deja de acosar a Candice! —le gritó desde el otro extremo Robert, al ver que el chico intentaba quitarle el balón solo a su hermana y se le pegaba a la espalda, tal vez rozándola más de la cuenta.

—Solo estamos jugando —resopló Candice deteniendo el juego, algunas veces Robert se extralimitaba con sus celos fraternales.

—Chicos, la cena está lista —llamó Claire.

—Enseguida vamos —dijo Lizzy y se echó a correr hacia la casa.

Robert la siguió, pero antes de alejarse lo suficiente se volvió hacia Jeremy.

—Es mi hermana y te estoy viendo.

—¡Ya Robert! Ve a comer... —pidió Candice y se volvió hacia su novio —. No le hagas caso, solo está celoso, mejor vamos a comer —soltó el balón y le agarró la mano.

—Mejor voy a mi casa, seguro que mi mamá debe estar por llegar.

—Jeremy —Candice hizo un puchero—, solo lo haces por Robert, no le prestes atención, seguro que ya mi mamá puso tu puesto en la mesa. Si te quedas a cenar conmigo, después te premiaré con muchos besos.

—Eso no es un premio, es un chantaje —dijo sonriente.

—Es una promesa —se puso de puntillas y le dio un beso en los labios—. Ahora vamos.

—Está bien, pero no creas que es por los besos que has prometido, es porque la comida de tu mamá es la mejor que he probado.

Candice se carcajeó y le golpeó uno de los brazos, entraron por la cocina, se lavaron las manos y fueron al comedor, donde ya los esperaban. Claire que ya sabía que Jeremy era vegetariano, se esmeraba en preparar recetas para él.

Después de la cena, Claire llamó a Brigitte la madre de Jeremy para que le permitiera quedarse un poco más, ya que iban a ver una película.

No pararon de reír con la historia de humor que había elegido Candice y al finalizar la película, los novios salieron al porche para tener un poco de privacidad, donde ella cumplió la promesa de regalarle muchos besos a Jeremy, cada vez los encuentros entre ellos cobraban más intensidad, debido a la confianza que habían adquirido con los meses.



Nadya había aprovechado su día libre para llevar a Jason al parque y jugar un poco con él, se sentía en la necesidad de brindarle el tiempo que las obligaciones le robaban.

—¡Qué divertido! ¿Te gusta? —Le preguntaba al niño que se carcajeaba divertido, contagiándola con su ternura mientras lo ayudaba a descender por un tobogán—. Hagámoslo una vez más.

Lo cargó sentándolo en la parte alta del tobogán y sujetándolo por la cintura lo ayudaba a descender, riendo feliz de ver la dicha en esos hermosos ojos azules.

—¿Puedo jugar? —preguntó Robert, sorprendiendo a Nadya en el solitario parque.

—No, no puedes o sí... puedes quedarte. Nosotros ya nos vamos —cargó al niño y caminó hasta la banca donde tenía el bolso, intentando alejarse de Robert, mientras luchaba con las mariposas que revoloteaban en su estómago.

—Nadya por favor, deja de huir —pidió sujetándola por un brazo.

—Suéltame, no quiero que te acerques... Robert por favor, te lo suplico, déjame en paz.

—No puedo hacerlo, lo siento, pero no puedo atender a tu súplica —aseguró negando con la cabeza y acercándose, en busca de esos labios que le pedían a gritos ser besados, pero Nadya no se lo permitió, volvió la cabeza hacia otro lado.

—No lo hagas, respeta que estoy con el niño y si no puedes atender a mi súplica por la buena, entonces tendrás que hacerlo por las malas. Voy a poner una denuncia en tu contra —aseguró mirándolo a los ojos y esa mirada una vez más le volvía el cuerpo de gelatina.

—¿Por qué no me das una oportunidad? Mis intenciones contigo son buenas... Ya Nick no está y no temo enfrentarme a él si regresa.

—Las intenciones de Nick también eran las mejores, me lo juró muchas veces.

—¿Qué pasó? ¿Qué fue lo que verdaderamente pasó?

—No quieres saberlo, porque no vas a creerme.

—Eso no puedes saberlo si no confías en mí, permíteme que te ayude con tu hermano —pidió al ver que ella luchaba por mantener al niño en uno de sus brazos, pues él aún no le liberaba el otro, sabía que si lo hacía huiría una vez más.

—No es mi hermano, es mi hijo —confesó porque no se avergonzaba de su niño, a pesar de lo que el padre le había hecho, amaba a ese ser como a nada ni a nadie.

Robert no lo podía creer, inmediatamente miró al niño de cabellos rubios y ojos celestes.

—Es hijo de Nick —murmuró totalmente sorprendido.

—No, es hijo mío, solo mío —aseguró—. Ahora suéltame.

—Nadya, no lo sabía, juro que no lo sabía —negó con la cabeza, mientras el corazón le martillaba fuertemente contra el pecho.

—Ahora que lo sabes puedes huir también —le dio la libertad para que se

marchara, pero muy en el fondo quería que no lo hiciera, quería que le demostrara que verdaderamente sentía algo por ella.

—No me iré Nadya, que tengas un hijo no cambia en nada mis sentimientos hacia ti, sigues siendo esa chica que tanto me gusta, que me gustó desde que vi, pero que no acepté por respetar a Nick y porque también salía con alguien más, alguien con quien no me sentía bien.

—Puede que no cambie en nada tus sentimientos, pero ya no soy esa chica a la que conociste; lo siento, pero no puedo confiar en ningún hombre.

—Ahora eres más hermosa, solo dame una oportunidad, al menos como amigos.

—No lo sé —bajó la mirada sintiendo las lágrimas al borde de los párpados, deseando darle una oportunidad por primera vez a sus sentimientos y no a sus miedos.

—Nunca lo sabrás si no lo intentas. Sé que tienes miedo, sé que algo pasó con Nick y que las cosas no pasaron como él me las contó.

—Nunca lo engañé —chilló con la voz quebrada.

—Déjame ayudarte —le dijo cargando al niño, quien sorprendiendo a la madre se fue con él—. Ven, vamos a sentarnos —la tomó por la mano y la guio hasta la banca donde se sentaron.

—No quiero complicarte la vida —comentó mirando a su hijo, quien jugaba con el dije de ancla que tenía la cadena que colgaba del cuello de Robert.

—Seguro que no lo harás, siento todo lo que ha pasado, de verdad lo siento. ¿Sabe Nick del niño? —preguntó con cautela.

Ella asintió con la cabeza mientras se limpiaba las lágrimas.

—Sí, desde el mismo momento en que me enteré que estaba embarazada. No estaba en mis planes convertirme en madre tan joven, quería estudiar, anhelaba ir a la universidad, pero no podía dejarles a mis padres una responsabilidad que era y sigue siendo solo mía.

—Si querías eso, ¿por qué no tomaron precauciones? ¡Por Dios, Nick conocía uno y mil métodos anticonceptivos! Lo siento, lo siento, solo pensé en voz alta —se disculpó al ver que ella miraba a otro lado.

—Créeme que también los conocía, pero todo fue tan de repente. No había empezado con ningún tipo de cuidados, porque no estaba segura de tener relaciones con Nick, lo amaba... y él siempre me decía que esperaría el momento adecuado —sollozó al recordar todas las promesas vacías que ese

chico le había hecho—, porque era consciente de mis temores. Una noche me llevó a casa de sus padres, accedí a ir porque no los conocía, me ilusionaba conocerlos, pero al llegar me di cuenta de que ellos no estaban...

Robert cerró los ojos y suspiró, imaginando lo que Nadya estaba por contarle. Solo quería salir y agarrar el primer avión a Nueva York, buscar a Nick hasta por debajo de las piedras y caerle a patadas.

—No me violó —aclaró al notar la tensión en Robert—. Solo me dijo que esperaríamos, que sus padres no tardarían. Él se percató de que yo estaba nerviosa y me brindó una copa de vino, nunca antes había tomado y aunque me negué a la segunda copa me convenció, me instó a que tomara otro poco y luego perdí el control... —una vez más se limpiaba las lágrimas—. No recuerdo nada más, solo que al día siguiente desperté desnuda en su cama... Creo que se nos salió a los dos de las manos.

—No, no es así —aseguró Robert—. No se te salió de las manos y sí fue una violación, no estabas consciente de lo que hacías. Puede que no te haya forzado porque estabas ebria, pero tú no lo querías... ¡Hijo de puta! —masculló con la mandíbula tensada—. Nos dijo a todos que lo habías abandonado, que lo habías rechazado... que te había visto saliendo con otro chico.

—No, eso no fue así... —dijo casi con desesperación—. Le dije que me diera un tiempo, unos días para meditar acerca de lo que había pasado, tenía miedo... ni siquiera podía mirar a mis padres a la cara, pero cuando me enteré de que estaba embarazada lo busqué y se lo conté, me dijo que me ayudaría, pero después de eso desapareció, nunca más me dio la cara... no me atendía las llamadas y me enteré de que se había marchado porque me dejó una carta con su madre, a la que conocí el día que encontré el valor para ir a reclamarle personalmente —liberó otro sollozo—. Aún la conservo, a veces la leo para poder odiarlo —las lágrimas le mojaban las mejillas a Nadya y Robert empezó a acariciarle el cabello—. En esa carta me dice que lo siente, pero que no puede hacerse cargo del bebé, que no puede renunciar a sus sueños por un hijo, que debí estarle cuidando, que todo fue mi culpa y así fue... así fue —se echó a llorar descontroladamente.

—No, él abusó de ti, de la confianza que le habías dado —le pasó un brazo por encima de los hombros y se la llevó al pecho, donde ella refugió el rostro—. No tienes culpa de nada, no la tienes —aseguró dándole un beso en los cabellos—. Te ayudaré.

—No, no tienes que hacerlo. No quiero más complicaciones para mi vida.

—Juro que no voy a representar una complicación en tu vida, te ayudaré con el niño, él no tiene la culpa del imbécil que tiene por padre.

—Robert, aún eres muy joven para que pretendas adquirir una responsabilidad tan grande.

—Ya verás que no es una responsabilidad, tal vez no pueda quitarte todo el peso de encima aunque quisiera, pero un hijo no debe limitar tus sueños... no es justo que algún día en medio de la desesperación se lo reproches. ¿Quieres retomar la secundaria?

—Me gustaría, todos los días sueño con eso, pero no tengo tiempo — confesó acariciándole una mejilla a su hijo.

—Tal vez si solo trabajaras un solo turno tendrías tiempo para estudiar.

—No puedo darme el lujo de solo trabajar un turno.

—Sí puedes, te he dicho que quiero ayudarte... si permites que te lleve todos los días al trabajo y que te traiga, vas ahorrarte mucho en pasajes, también puedo colaborar con algo de dinero, no es mucho lo que gano pero a veces no tengo en qué gastarlo —le sonrió y le dio un beso en la frente, dejándose llevar por la necesidad que le provocaba estar cerca de Nadya.

—No sabes en lo que te estás metiendo... además Robert —pidió atención y él la miró a los ojos—. No voy a poder corresponderte, tengo miedo.

—Perfectamente entiendo tu miedo, no quiero que me correspondas como mujer, puedes hacerlo como amiga, quiero que veas en mí a un amigo.

—No creo que mis padres me acepten amigos, ni que deje de trabajar un turno. Mi madre cuida de Jason porque estoy trabajando, pero no creo que lo haga si voy a perder el tiempo estudiando.

—El tiempo que se invierte en estudiar nunca es tiempo perdido, puedes hablar con tus padres, no creo que ellos rechacen la idea de que su hija retome los estudios y si tu madre no puede hacerse cargo de Jason, yo podría cuidarlo por las tardes, estoy seguro de que mis hermanas se pelearían por ayudarme con él.

—Lo pintas todo tan lindo, en ese paisaje que te inventas no veo tiempos de tormenta.

—Puede que los haya, pero quién dice que no se puede hacer el intento de ser feliz aún bajo la lluvia. Deja que te ayude.

—Lo intentaré, pero solo como amigos —condicionó, porque su instinto le pedía a gritos que no se arriesgara.

—Prometo que solo será como amigos... ¿En serio tienes que irte? Porque podemos jugar un rato más.

—Creo que Jason aún tiene ganas de jugar, ¿cierto cariño? —sonrió mirando el rostro sonrojado de su hijo.

—Entonces vamos a jugar.

Robert se levantó con el niño en brazos y lo llevó hasta el tobogán, donde empezó a jugar con el pequeño. Sabía que Nadya necesitaba tiempo y él le daría el que fuese necesario, pensaba que si algún día volvía a ver a Nick iba a darle una buena paliza, por ser tan poco hombre.

No sabía cómo sus padres tomarían la noticia de que él quería una relación con una chica que ya tenía un hijo, suponía que sería un gran enfrentamiento con sus padres, pero eso no le importaba porque ya no podía gobernar lo que sentía por Nadya.

Jugaron por lo menos una hora y después de eso Nadya por primera vez subió al Mustang gris.

—No tengo música infantil —se disculpó sonriendo.

—Puedes poner cualquiera, Jason no es exigente —sonrió quedándose prendada en los ojos grises de Robert, quien se había vuelto para mirarla sentada en el asiento trasero con el niño en las piernas.

El chico encendió el reproductor de sonido y el rap de Eminem junto al coro armonioso de la colaboración de Rihanna inundó el interior del vehículo.

***I'm friends with the monster
That's under my bed
Get along with the voices inside of my head
You're trying to save me
Stop holding your breath
And you think I'm crazy
Yeah, you think I'm crazy***

Jason empezó a mover su cuerpecito al ritmo del rap, arrancándole una carcajada a Robert, al ver que bailaba sin ningún tipo de pudor.

—Te dije que no era exigente —dijo riendo, sin que su niño dejara de bailar—. De hecho, le gusta mucho el rap y el hip hop.

—Eso quiere decir que nos vamos a llevar muy bien —aseguró sin dejar de reír, sin saber que con ese gesto tan espontáneo le robaba poquito a poco el corazón a Nadya.

La sorprendió al llevarla a una heladería y pizzería, donde disfrutaron de algunos helados y también almorzaron.

Regresó a su casa por la tarde, sintiéndose feliz como nunca antes se había sentido.

—¿Tienes que trabajar mañana? —preguntó ayudándola a bajar del auto.

—Sí.

—Entonces vendré a buscarte y mañana mismo puedes decirle a tu jefe que solo trabajarás un turno.

—Robert... vamos poco a poco, es mejor ver cómo salen las cosas.

—Está bien, iremos poco a poco, pero al menos dame tu número de teléfono —casi suplicó.

—Está bien, guárdalo —le dictó el número y Robert inmediatamente le marcó.

—Ese es mi número, guárdalo tú también —sin pedirle permiso se acercó y le dio un beso en los cabellos a Jason, también le dio un beso a ella en la mejilla y caminó hasta el auto—. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana —murmuró ella sin poder encontrar la voz y luchando con las emociones que la dominaban. Lo vio alejarse, entonces se permitió soltar ese suspiro que había tenido prisionero en el pecho.

CAPÍTULO 14

Había llegado el momento de que Jenner también abandonara el barco, todo o casi todo lo que había ganado en dos años de una carrera extremadamente exitosa se había agotado, estaba seguro de que aún contaba con algunos ahorros que había dejado en un lugar al que nadie podría acceder, porque los necesitaría el día en que por fin saliera de ese lugar.

Al menos le permitieron que lo viera para despedirse y agradecerle por todo lo que había hecho. Su ahora ex-agente le dejó claro que si algún día conseguía salir de ese lugar contaría con su apoyo, Benjamin supo que solo lo dijo por hacerlo sentir bien, porque Jenner verdaderamente pensaba que él terminaría sus últimos días en ese patético lugar, al lado de personas que parecía que nunca le encontrarían una solución a las fantasías que gobernaban sus mentes.

El hombre que aparentaba tener más de treinta años debido a su pronta caída del cabello, se puso de pie y se acercó para darle un abrazo, pero Jeremy dio un paso hacia atrás y solo le tendió la mano.

—Gracias por todo —dijo sin ningún tipo de emoción en la voz, ni mucho menos en su interior.

—Gracias a ti por haber confiado en mí —confesó reteniendo el remolino de lágrimas que se le formaba en la garganta, sabía que sería la última vez que vería a Benjamin, a él verdaderamente le costaba creer lo que había hecho, sobre todo porque había sido testigo de la estrecha relación que había entre madre e hijo.

Benjamin regresó a su habitación a mirar a la nada, dejando al tiempo pasar, tomándose el merecido descanso que había anhelado después de tantas horas y horas de trabajo, del asedio de los medios y de las seguidoras. Podía asegurar que por fin estaba en un estado de tranquilidad total.

Al día siguiente muy temprano, antes de que el sol despuntara, llegaron dos enfermeros, él ya sabía su destino y aunque no estaba de acuerdo en tener que ceder su comodidad, Iblis le había asegurado la noche anterior que era necesario.

Lo mudaron al edificio viejo, donde estaban los de la “máxima” como le llamaban, era donde estaban los enfermos mentales más agresivos y los que como él, habían cometido algún delito. También los que no tenían cómo pagar por comodidad y solo eran subsidiados por el Estado, al menos para mantenerlos con vida en esa pocilga.

Abrieron la pesada puerta de hierro de su nueva habitación y no pudo evitar maldecir mentalmente a Iblis; no había sonido, no había televisor, ni cama. Solo era un cubículo con las paredes acolchadas con goma espuma, forradas por cuero que alguna vez había sido blanco al igual que el suelo. La única iluminación era por una bombilla que colgaba de un cable que ya estaba sulfatado.

—Solo falta la puta camisa de fuerza —sonrió tratando de ocultar su desagrado.

—No será necesaria la camisa de fuerza, pero solo por seguridad debemos dejarte las correas —le informó uno de los enfermeros, quien demostraba estar gozando de lo que estaba pasando.

—Exijo al menos unas sábanas —al ver que no había nada más en la mierda que le habían asignado por habitación.

—Lo siento niño bonito, pero eso tampoco será posible —aseguró controlando la carcajada, estaba seguro que el actor estaba acostumbrado a exigir, pero había llegado el momento de que despertara a su cruel realidad.

Las sábanas habían sido eliminadas de la máxima el pasado año, después de que utilizaran una para ahorcar a uno de los enfermeros, por lo que se tomaron medidas drásticas y solo a unos pocos aún los dejaban conservar ropa.

Benjamin no dijo nada, porque después de haber asesinado a su madre y a Karen no había vuelto a sentir deseos de asesinar a nadie más, pero si el imbécil del enfermero seguía burlándose, sumaría a su lista una víctima más.

Se dejó caer sentado en el centro del lugar, en lo que era suelo y cama. Los enfermeros se marcharon dejándolo con las correas que le aseguraban las muñecas, ya encontraría la manera de violentar el puto candado que las mantenía unidas.

La pesada puerta de hierro pintada de blanco con algunas llagas de óxido, tenía en la parte superior un pequeño rectángulo con una rejilla, esa sería su única ventana al exterior y daba a un solitario pasillo.



Robert había cumplido su promesa de ir a buscar a Nadya a su casa y llevarla al trabajo, durante el trayecto la mayoría del tiempo se mantuvieron en silencio porque ninguno de los dos sabía qué decir; sin embargo, sus corazones latían desbocados y sus miradas se encontraron en más de una ocasión.

Ella se sentía realmente incómoda y cada vez que encontraba el valor para hablar, sus miedos eran más fuertes y no se lo permitían.

Las pocas veces que Robert logró sacarle algunas palabras fue porque le preguntaba por Jason.

Cuando estacionó frente al restaurante donde ella trabajaba, solo se limitó a agradecerle y bajarse del auto, aunque internamente luchaba con sus deseos que le pedían a gritos que lo besara. Se moría por volver a sentir los labios de Robert sobre los suyos, pero se había jurado que nunca más le pasaría lo mismo que le había pasado con Nick, una sola vez había bastado para aprender la lección.

Últimamente los días de trabajo se le hacían más largos, pero ése particularmente se le había hecho eterno, porque deseaba volver a subir al auto junto a Robert, más de una vez sus compañeras de trabajo la descubrieron sonriendo como no lo había hecho nunca desde que había empezado a trabajar en el lugar.

Cuando por fin su horario terminó, se esmeró un poco más en su apariencia, por lo que se aplicó gloss en los labios y se trenzó el cabello porque odiaba que se le impregnara el olor a fritura, suponiendo que Robert se percataría de ese aroma que no era para nada agradable.

—Sé que necesitas un poco —una compañera de trabajo le tendió el frasco de perfume que ella usaba.

—Gracias —sonrió y se roció pensando que el exquisito aroma del “J'adore” disimularía su particular aroma de In-N-Out Burger.

—Debes dejar de usar solo colonia de bebé —le aconsejó Pilar, quien se había dado cuenta del sexy chico que acosaba a Nadya y que irremediablemente ella había caído bajo el hechizo que despedían esos ojos grises.

Nadya solo sonrió, estaba segura de que no gastaría en un perfume solo para ella, prefería usar de la colonia de Jason porque lamentablemente el dinero no le alcanzaba para permitirse esos lujos o tal vez esa era su excusa más indicada porque hasta el momento no se había sentido en la necesidad de agradar a ningún hombre.

Al salir del restaurante el corazón se le instaló en la garganta al ver al otro lado de la calle el auto gris; a cada paso que daba se obligaba a no sonreír, pero no lograba el cometido, por lo que prefería mirar al suelo cada vez que la debilidad la gobernaba.

Antes de que pudiera cruzar la calle Robert bajó y trotó con precaución hasta ella.

—Hola —saludó y le plantó un beso en la mejilla, percibiendo el exquisito aroma a mujer.

—Ho... hola —titubeó, con las palabras y emociones enredadas en la garganta.

Robert vestía con un conjunto de chándal en colores blanco y gris, ofreciéndole a Nadya un vistazo de que realmente se mantenía en forma.

—¿Qué tal tu día de trabajo? —preguntó mientras le abría la puerta del auto.

—Igual que siempre, con muchos pedidos, caminando de un lado a otro sin parar —respondió apenas encontrando el valor para mirarlo a los ojos—. ¿Cómo te fue a ti?

—Aunque hoy recibimos la nueva temporada de Nike fue un día bastante tranquilo, aunque las prácticas fueron mucho más intensas. Hoy nos visitó un representante de los Lakers, están buscando talentos para la liga profesional.

—Eres muy bueno, recuerdo el partido al que me invitó Nick —murmuró el nombre del chico que le había hecho tanto daño, sin duda alguna lo que más le afectaba de estar con Robert era que indiscutiblemente debía recordar momentos de ese pasado que tanto deseaba olvidar.

Subió al auto y se sentó inhalando profundamente para calmarse, pero solo consiguió familiarizarse aún más con el aroma de Robert.

—El viernes tengo un partido —le comunicó justo en el momento en que se ubicó en su asiento—. Me gustaría que pudieses ir con Jason y tu hermano.

Nadya guardó silencio, no sabía qué responder, no quería involucrarse más de la cuenta con Robert. Muy en el fondo era lo que deseaba, pero aún sentía miedo.

—No podré, tengo que trabajar —confesó y se mordió sutilmente el labio, pero lo liberó rápidamente porque no quería que Robert interpretara eso como una insinuación.

—Podrías pedir permiso —puso en marcha el auto y la esperanza en su punto más alto.

—Hace poco pedí uno —era cierto, había tenido que faltar un día porque su madre debía ir al médico y no tenía quién cuidara de Jason—. Si la invitación se mantiene, tal vez para finales de mes pueda asistir a alguno.

—La invitación para ti será totalmente eterna, el día que quieras ir a uno de mis partidos me harás muy feliz. Por cierto, mira el asiento de atrás —le pidió señalando con el dedo pulgar por encima del hombro.

Nadya volvió medio cuerpo para mirar y en medio de la increíble sorpresa, se llevó una mano para cubrirse la boca mientras asimilaba lo que estaba viendo, sintiendo que por primera vez alguien que no fuera su papá tenía un gesto tan lindo para Jason.

—No era necesario, no debiste comprarlo —dijo sintiendo que las lágrimas amenazaban con traspasar la barrera de sus párpados.

—Sí era necesario, no es conveniente que Jason tenga que estar en tus piernas, así podrás sentarte siempre a mi lado y tener la certeza de que tu hijo estará seguro.

Robert había recurrido a algunos de los ahorros que tenía para comprarse un auto del año y adquirir un asiento para Jason. Desde que se había enterado de que Nadya luchaba prácticamente sola para criar a su hijo, sus anhelos habían cambiado de manera drástica, ahora solo quería agradecer a esa chica de ojos soñadores y labios voluptuosos.

—Gracias por pensar en la seguridad de Jason —murmuró con la voz ronca.

—Cuando te dije que podrías contar conmigo, lo dije en serio —acotó, aunque verdaderamente lo que más lo había llevado a adquirir el asiento, había sido la necesidad de que ella viajara a su lado y no en la parte trasera del vehículo.

—No quiero que gastes —miró al frente, fijando su atención en la luz roja del semáforo—. Robert, sé que tal vez mi situación te provoque lástima, pero no quiero que sea de esa manera.

En ese momento sintió la mano caliente de Robert apretando la de ella, despertando con ese toque tan protector muchas emociones en su interior,

algunas hasta escandalosas, las que le incendiaban la piel.

—Nadya —susurró con voz profunda su nombre, reclamándole atención y ella fijó sus pupilas en ese rostro que aún en la penumbra del auto lucía tan sexy y masculino, con esos cabellos rebeldes que lo hacían lucir como un imponente león—. Te aseguro que en mí provocas muchas cosas, cosas que me roban el sueño, pero en ningún momento he sentido lástima —aseguró mirándola a los ojos.

Nadya retiró cuidadosamente la mano porque ese toque y la mirada de él la perturbaban, aunque se moría por preguntarle qué cosas despertaba en él que le robaba el sueño.

Ni siquiera Nick le había dicho alguna vez que no podía dormir por estar pensando en ella.

—Jason se pondrá muy feliz al verla.

—Podríamos salir a pasear un rato.

—No será posible, cuando llego a casa ya está dormido... otro día — propuso sin poder rechazar completamente la invitación de Robert.

—Entonces será otro día.

—Está bien —dijo ella sonriendo y él le correspondió de la misma manera.

Robert estacionó frente a la casa de Nadya y ambos se mantuvieron en silencio, sin dejar de mirarse a los ojos, mientras ella se desabrochaba el cinturón de seguridad.

Robert hizo lo mismo y se acercó a ella, llevándole la mano a la nuca para evitar que se alejara, respirando sobre los labios entreabiertos de la chica.

—Robert, por favor —suplicó en voz bajita y temblorosa, con la mirada en la boca de él.

—Por favor, Nadya —imploró, dejando el tibio aliento en los labios de ella, sin perder más tiempo besó un par de veces lentamente la comisura derecha.

Nadya cerró los ojos y suspiró, jurando que Robert podía escuchar sus latidos retumbarles contra el pecho.

—Buenas noches —le deseó alejándose un poco, al tiempo que se saboreaba el labio inferior.

Ella tiró de la manilla y bajó con rapidez, porque sentía que estaba en medio de un mar embravecido de intensas emociones que la llevaban de un lado a otro.

—Buenas noches —dijo y casi salió corriendo. Sabía que no debía aceptar

la cercanía de Robert, él solo quería llevársela a la cama, así como lo había querido Nick, pero la diferencia estaba en que extrañamente ahora lo deseaba, deseaba estar bajo el cuerpo de ese chico.

Sabía que en la práctica sexual sería un completo caos, porque tan solo había tenido relaciones una sola vez en su vida y en estado total de ebriedad, el que le había borrado de la memoria un momento que debió ser mágico. No recordaba una experiencia que toda mujer debía atesorar en su memoria, una vez que fue suficiente para convertirla en madre soltera.

Robert esperó hasta que Nadya entrara a su casa y entonces se marchó.



La madre de Jeremy trabajaba como asesora comercial en una empresa de bienes raíces y casi siempre estaba fuera de casa; sin embargo, a él nunca le faltaba nada, porque contaban con tres personas que se encargaban del mantenimiento del hogar y de la alimentación del chico.

A pesar de la ausencia, por las noches cuando llegaba le dedicaba el tiempo necesario y estaba muy feliz por la relación que mantenía con Candice Adams, a su consideración era una jovencita hermosa y cariñosa, de muy buenos modales.

—Jem, he llegado —le hizo saber al tiempo que dejaba la cartera sobre el sofá y se quitaba los zapatos de tacón que estaban torturándole los pies, casi jadeó ante el alivio cuando descansó las plantas sobre la alfombra—. ¡Hijo! —volvió a llamarlo anclando la mirada hacia las escaleras.

—¡Voy! —Escuchó la voz de su único hijo, el ser que más amaba, quien se asomaba por la baranda del segundo piso, al otro lado de la sala—. ¿Cómo fue tu día, mamá? —preguntó bordeando el salón hasta llegar a las escaleras, donde empezó a descender al trote.

—Agotador, hoy tuve que visitar tres propiedades —suspiró dejándose caer sentada en el sofá y empezando a masajearse los pies—. ¿Y tú, qué has hecho? Supongo que estás disfrutando las vacaciones.

—Hace poco llegué a casa, pasé la tarde con Candice.

A Brigitte le encantaba ver cómo se le iluminaba la mirada a su hijo cada vez que hablaba de la chica.

—Si quieres puedes invitarla a cenar, ¿te parece si pedimos pizza?

—Me agrada la idea, voy a llamarla a ver si sus padres le dan permiso.

—Usa mi celular —le dijo tendiéndole la cartera para que lo buscara.

Jeremy recibió la cartera y empezó a buscar en el interior el celular mientras ella lo miraba, apenas creyendo que ese joven tan hermoso fuera su hijo, cada vez dejaba atrás al niño y se convertía en un hombre.

Ella había tenido otra pareja después de haberse divorciado pero solo vivió con ellos un par de años, tomó la decisión de dejarlo justo después de que la abofeteara, no iba a permitir que ningún hombre le pegara y mucho menos delante de su hijo, lo hizo por ella y por Jeremy, porque estaba segura de que si la había agredido una vez, lo volvería hacer y no quería traumar la niñez de su hijo.

—Sí, vendrá —Jeremy interrumpió sus pensamientos al dejarse caer sentado en el sofá.

—Entonces pide la pizza que desees, voy a ducharme —se levantó, recogió sus cosas y subió a su habitación.

Después de un baño que renovó todas sus energías regresó a la sala, encontrándose a su hijo besando a su novia y vaya que había ganado práctica.

Se aclaró la garganta para hacerse notar y como si ambos hubiesen recibido una descarga eléctrica se separaron.

—Buenas noches señora Brigitte —saludó Candice con las mejillas furiosamente arboladas por la vergüenza.

—Buenas noches Candice, me alegra mucho verte.

—Ya la pizza no debe tardar —interrumpió Jeremy mostrándose un tanto nervioso.

En ese momento el timbre irrumpió, cortando un poco la tensión que se había posado sobre los novios.

Jeremy casi corrió a la puerta y recibió la pizza.

—Vamos a cenar —pidió caminando hasta Candice, a la que le agarró la mano y la guio hasta el comedor.

Brigitte los acompañó a la mesa donde empezaron a degustar de la pizza vegetariana y té frío.

—Jem... —se limpió los labios con la servilleta y miró a su hijo—. Hoy me llamó tu padre, para informarme que había enviado a tu correo un pasaje, quiere que pases unos días con él.

—¿Y le dijiste que no voy a ir?

—Jem, tienes más de cinco meses sin verlo.

—Mamá, él puede venir. No quiero viajar —masculló con la mirada fija en

los ojos de su madre.

—Jeremy, tu padre no puede viajar, en este momento está ocupado.

—Si está ocupado no tendrá tiempo para atenderme. Tampoco voy a faltar a la universidad.

—Por favor es tu padre, solo serán pocos días, que no afectarán tus estudios —suplicó con voz conciliadora.

—Mamá, no quiero ir, no quiero dejar a Candice —confesó desviando la mirada a su novia, quien estaba sentada a su lado y le agarró la mano.

—No te preocupes por mí, es bueno que visites a tu padre.

—Solo serán quince días —intervino Brigitte.

—Ve, es muy poco tiempo —le sonrió Candice, aunque por dentro se estaba muriendo porque realmente le parecía una eternidad, pero no podía convertirse en el obstáculo que se interpusiera entre Jeremy y su padre.

—Está bien iré. Pero si me manda a buscar y él va a estar todo el día en el club, me regreso en el primer avión —condicionó regresando la mirada a su madre.

Brigitte le sonrió con ternura. Esa noche hablaría con Eckbert, para que por favor le dedicara tiempo a Jeremy.

—¿Y cuándo tengo que viajar?

—El lunes.

—¿Tan pronto? —farfulló dejando a medio camino la pizza que se llevaba a la boca.

—Faltan cinco días, creo que es tiempo suficiente para que organices la maleta —sonrió Candice, intentando hacer una broma para no echarse a llorar.

Terminaron de cenar y Jeremy decidió acompañar a Candice hasta su casa, quería pasar al lado de ella cada momento, mucho más sabiendo que debían alejarse por unos días.

Iban tomados de la mano y a paso muy lento.

—Realmente no quiero ir Candice... mi padre nunca me ha tomado en cuenta —expresó y dejó libre un suspiro—. No voy a sentirme cómodo.

—Si tu padre te ha mandado a buscar es porque sí te toma en cuenta, ve con él, aprovecha esta oportunidad para que conversen y dile eso que te tiene tan descontento —se detuvo parándose en frente de él y entrelazó su otra mano a la de su novio—. Hazlo por mí —pidió mirándolo a los ojos y regalándole una dulce sonrisa.

—Quiero que tengas muy claro que solo lo hago por ti.

—Bien, puedes empezar un tema de conversación contándole de esa chica rubia que tanto te gusta —se puso de puntillas, dejándole caer un beso en los labios al que él correspondió.

—Le contaré que esa joven de ojos tan hermosos como las esmeraldas, me tiene loco —murmuró contra la boca de Candice—. Y le mostraré todas las fotos que tengo, puede que note mi desespero por regresar al lado de esa hermosa chica y me permita regresar antes.

—Si le hablas a cada minuto, puede que termine por cansarse de escucharte hablar sobre ella y te envíe de regreso mucho antes de lo que imaginas —volvió a sonreír y se entregó a sus deseos de besar con más intensidad esa boca.

En medio de la acera y con la luna como testigo se besaron por varios minutos, hasta que creyeron conveniente que Candice regresara a su casa, donde Jeremy la dejó después de saludar a los padres de ella y se devolvió a su casa.

CAPÍTULO 15

El temido fin de semana de Hector y Robert había llegado, debían trabajar casi todo el día en el jardín, ese que tanto adoraba Claire y ellos lo hacían solo por mantenerla contenta y que pasara las mañanas entretenida en sus plantas.

Les tocaba remover todo el pasto alrededor de la cerca y abonarlo, porque ella quería esa semana empezar a plantar algunas azucenas y camelias.

Al menos el día estaba bastante fresco y nublado, lo que hacía el trabajo menos arduo. Robert sabía que ese era el momento adecuado para hablar con su padre sobre su casi relación con Nadya, había corrido con la suerte de que aún no se hubiese dado cuenta del asiento de niño que estaba en su auto.

—Papá —requirió la atención de su padre, quien se encontraba a su lado acuclillado igual que él, mientras que con una pala pequeña removían la arena que habían humedecido la noche anterior—. Estoy saliendo con una chica.

—¿Otra? —le sonrió con complicidad. A su hijo le llovían las oportunidades con las chicas, ser capitán del equipo de baloncesto de la universidad lo convertía en un blanco de asedio femenino.

—Pero esta vez es en serio, con la que estoy saliendo me gusta como no me había gustado ninguna otra.

—Si es buena chica puedes traerla a casa, tu madre y yo estaríamos de acuerdo en conocerla.

—Me gustaría que la conocieran, es realmente especial... aunque aún no tenemos nada formal, por ahora solo somos amigos.

—¿Pero estás seguro de querer algo más que amistad?

—Completamente. Nadya es verdaderamente especial... pero...

—Hay algo más, esos “peros” son la parte que nunca me gustan en las conversaciones.

—Tiene un hijo —confesó sin darle más vueltas al asunto—. Aún es muy joven, solo tiene dieciocho años y un niño de dos, salió embarazada antes de terminar la preparatoria.

—Robert, sabes que siempre respeto tus decisiones —Hector sabía que una chica con un hijo, sin terminar los estudios, solo representaría una responsabilidad demasiado grande que no quería para su hijo, Robert aún estaba muy joven como para involucrarse de esa manera—, pero creo que esta no es la más conveniente. Si la quieres, sé que lo que te diga no te hará cambiar lo que sientes, pero te pido que pienses en lo que vas a hacer... no es fácil, primero debes asegurarte si el padre del niño no va a interferir, no quiero que te hagan daño, pero por sobre todas las cosas, debes estar seguro de lo que sientes, no puedes basar tu relación en sentimientos efímeros, una madre soltera no es cualquier chica, una madre soltera no confía de la noche a la mañana y si entrega el corazón por segunda vez, no es para que vuelvan a rompérselo. Lo que quiero decir con esto es, que después de que elijas avanzar en esa relación no habrá vuelta atrás.

—Conoces al padre del niño —murmuró bajando la mirada y empezó a abonar la tierra—. Es Nick.

—¿Tú amigo? ¿El que se fue a estudiar a Nueva York? —preguntó desconcertado.

—Sí y más que irse a estudiar, se fue huyendo de la responsabilidad... Es muy difícil explicar lo que sucedió —dejó libre un suspiro y miró a su padre a los ojos—. Verdaderamente no creo que regrese y si lo hace no va a interferir en mi relación con Nadya, porque no le conviene.

—No me pidas que confíe plenamente en lo que me estás diciendo, pero si vas a luchar... Robert, por primera vez en la vida me encuentro en un laberinto, siempre te he apoyado en todo...

—Y lo agradezco mucho papá, estoy seguro de que Nick no va a interferir en nada, realmente por mi parte la amistad que tenía con él ha terminado. Me haré cargo de Jason, estoy seguro que podré amarlo como si fuese mi propio hijo, mamá y tú me han demostrado que no es necesario que por nuestras venas corra la misma sangre para sentir amor por alguien, ustedes han sido los mejores padres —de manera inevitable los ojos se le llenaron de lágrimas—. Creo que nunca te he dicho lo agradecido que estoy con ustedes por haberme elegido, nunca me he sentido en la necesidad de preguntarme por el hombre que me engendró o la mujer que me trajo al mundo, porque nunca he sentido la ausencia; por el contrario, agradezco que me hayan abandonado. Si no hubiese sido de esa manera, habría perdido la oportunidad de tener a los mejores padres del mundo.

En ese momento Robert le pasó un brazo por encima de los hombros y lo pegó a su cuerpo dándole un beso en la cabeza, la que llevada protegida con una gorra.

—Ustedes son los mejores hijos que Dios nos haya podido regalar, estoy muy orgulloso de los tres —confesó con la voz ronca por las emociones que lo rebasaban—. Los amo, más que a nada en el mundo, estoy seguro de que Claire también, aunque nos tenga aquí luchando con esto —sonrió entre lágrimas, correspondiendo al abrazo.

—¿Están tan cansados que ya están llorando? ¡Y después dicen que las mujeres somos el sexo débil! —interrumpió Lizzy, quien traía una bandeja con una jarra de té helado y dos vasos.

Hector se levantó y se quitó los guantes para secarse las lágrimas, Robert hizo lo mismo y se acercaron hasta donde estaba Lizzy poniendo sobre una mesa la bandeja.

—¿Pasa algo? —preguntó al ver que los dos hombres de la casa habían estado llorando.

—Estamos lamentándonos al pensar cómo quedará ese almuerzo preparado por ti y por Candice —dijo Robert sirviéndose un poco de té.

—Lamento decepcionarte, el almuerzo está quedando como para chuparse los dedos —aseguró con una sonrisa—. Ya falta poco. En unos minutos los llamaremos. Eso sí, lloren menos y trabajen más porque mamá está por terminar de lavar y morirá si viene y ve que aún no han terminado.

Lizzy regresó a la casa y ellos después de tomar un poco de té regresaron a su labor. Hector le dijo a Robert que hablaría con Claire y le ayudaría un poco con la situación, pero no prometía que la mujer no le hiciera algún reclamo.



Candice se revestía de fortaleza y alegría, pero realmente estaba muy triste porque Jeremy debía marcharse en menos de ocho horas, sabía que sus días sin él serían totalmente aburridos, no tenía la más remota idea de lo que haría por las tardes, ni siquiera contaba con sus amigas de la preparatoria, porque todas se habían ido de vacaciones.

Miraba al techo de su habitación armándose de valor para poder mostrarle

a su novio una sonrisa y alentarle a que visitara a su padre, así como lo había hecho durante los últimos días. Estaba segura de que si no fuera por sus peticiones, sencillamente no se marcharía, pero no quería que el rencor que Jeremy sentía por su padre se hiciera cada vez más intenso.

***You think I'm pretty without any make-up on
You think I'm funny when I tell the punch line wrong***

La llamada entrante de Jeremy reventó la burbuja de tristeza en la que se encontraba.

—¡Hola! Pensé que ya estarías durmiendo —saludó sin poder ocultar la respuesta.

—No puedo dormir, quiero verte una vez más.

—Ya es muy tarde, mis papás están durmiendo —murmuró como si Hector o Claire pudiesen escucharla.

—¿Podrías escaparte?

—Nunca lo he hecho —confesó sintiéndose traviesa.

—Podrías hacerlo por primera vez, te estaré esperando en el patio trasero de mi casa.

—¿Y tu mamá?

—También duerme.

—Jeremy... —musitó con el corazón desbocado—. Creo que no está bien que salga de casa sin avisar.

—Estarás conmigo, recuerda que en pocas horas debo partir y no nos veremos en quince días.

Candice bajó de la cama y corrió al clóset.

—Está bien, espérame pero ve armando una buena excusa por si nos descubren.

—Ya la tengo planeada.

—Ok, dame diez minutos.

—Te quiero —dijo él y ella suspiró.

Candice finalizó la llamada y cambió su pijama por un sencillo vestido blanco, de finos tirantes, que le llegaba por encima de las rodillas. Se calzó unas sandalias y por primera vez escapó a medianoche de la casa de sus padres.

No podía evitar que el miedo y la adrenalina la invadieran, corrió hasta la

puerta que daba al jardín trasero de la casa de Jeremy y volvió a marcar al número de su novio.

—Ya estoy aquí... abre, estoy en el portón.

Como si la estuviese esperando, la puerta se abrió y ambos aún se mantenían con los teléfonos móviles.

—Hola —saludó él sin colgar, como si no la tuviese en frente.

—Hola —correspondió con una gran sonrisa siguiendo el juego de Jeremy.

—Te extrañé.

—Yo también —dijo y entonces él le quitó el teléfono y finalizó la llamada, haciendo lo mismo con el suyo.

Candice se lanzó a los brazos de él y lo abrazó fuertemente, poniéndose de puntillas para poder estar a la altura de su novio.

—¡Woao! ¿Esto qué significa? —preguntó al ver frente a ella y tras Jeremy, algunos faroles de luces que colgaban de un gran árbol, creando un ambiente mágico—. Es hermoso.

Jeremy dejó de abrazarla y le tomó una mano, guiándola debajo del árbol, donde había una manta blanca y sobre ella un hermoso ramo de dalias rosadas y blancas.

—Esto es para ti —le entregó el ramo y la invitó a sentarse sobre la manta—. No podía marcharme sin hacer algo especial antes, es mi manera de demostrar cuánto te quiero y la falta que me harás todos estos días en que estaremos separados.

—Jeremy —una vez más se lanzó a los brazos de su novio—, me has demostrado de muchas maneras que me quieres y creo en lo que sientes por mí... también te voy a extrañar mucho, no tienes idea de cuánto —confesó al fin, expresando esa tristeza que se había empeñado en ocultar.

—Candice, verdaderamente no quiero ir, no quiero separarme de ti... solo voy porque tú me lo pides.

—Jeremy, es que debes unir los lazos de cariño con tu padre.

—No tengo porqué ser yo, es él quien siempre falla, debería ser él quien viaje y deje por unos días sus cosas. Me gustaría que verdaderamente demuestre que le importo más que sus negocios o que me quiere al igual que a sus otros hijos.

—Comprendo que estés enfadado, pero puedes aprovechar esta oportunidad para decírselo y pedirle que la próxima vez sea él quien acorte las distancias —le propuso acariciándole el rostro mientras se perdía en esos

ojos de cielo.

—No comprendo cómo puedes ser tan bondadosa, tienes un corazón demasiado puro —comentó cubriéndole las mejillas con las manos y la arrastró hasta él, dejando su boca justo a un soplo de la de ella.

Candice no desperdició ni un segundo, besó a Jeremy saboreando ese momento tan lindo, ese beso con sabor a despedida que la llevaba a la gloria.

Sin darse cuenta y en medio de la vorágine de emociones que la boca de Jeremy provocaba en ella, terminó acostada sobre la manta y bajo el cuerpo de su novio.

—Quédate así —le susurró en medio de una lluvia de cortos besos.

Se alejó un poco, admirando lo hermosa que era su novia, el cabello con suaves ondas creaba un abanico dorado y los ojos verdes le brillaban con gran intensidad.

—No hay nada más hermoso que ese sonrojo que se instala en tus mejillas —confesó sonriente, acariciándole la barbilla con los nudillos—. Pareces un ángel, eres tan linda Candice, nunca me cansaré de mirarte.

Agarró el ramo de dalias y soltó el lazo que formaba la cinta de seda blanca que mantenía los tallos unidos, provocando que las flores se esparcieran, entonces agarró una blanca y con un poco de dificultad le quitó el tallo, con cuidado puso la pomposa dalia sobre el cabello de Candice, así hizo con todas, decorando ese hermoso y sedoso abanico que había formado la cabellera.

El corazón de Candice estaba a punto de salirse del pecho al ver lo que Jeremy hacía, inevitablemente el calor no solo se apoderaba de sus mejillas, sino de todo su cuerpo y se reflejaba en sus pezones a través del vestido, poniéndola en evidencia.

Era una locura, estaba segura de que lo era, pero no podía ponerle freno a sus deseos, con su dedo índice le pidió que se acercara. Jeremy así lo hizo, para volver a sumirse en un nuevo beso, uno que poco a poco fue incendiando las pieles y nublándoles la razón.

Candice estaba segura de que las manos de Jeremy empezaban a perder el control, poco a poco le levantaba el vestido y a ella le temblaban hasta las pestañas, pero no tenía la voluntad para detenerlo.

El beso les seguía aumentando la circulación y los latidos, Jeremy solo tenía medio cuerpo sobre el de ella, ese pecho tan caliente le calmaba el excitante dolor de sus pezones y juraba que así como ella podía sentir los

latidos del corazón de su novio, él podría sentir el retumbar del suyo.

Sintió la mano de él posarse en su vientre y con los dedos bordeaba el borde de sus bragas, sintió vergüenza y un gran estremecimiento cuando las suaves yemas se pasearon por su monte de Venus. Se avergonzó de que él se diera cuenta de que se depilaba, aunque si no lo hiciera, igual sentiría lo mismo. Una vocecita le gritaba muy en el fondo que lo detuviera, que no era correcto lo que estaban haciendo, pero Jeremy empujaba con su lengua dentro de su boca impidiéndole hablar y sus impulsos sencillamente no respondían.

Candice tenía la certeza de que no era la primera vez que Jeremy se encontraba en una situación como esa, estaba segura de que él ya había estado con otras chicas, aunque estuviese temblando, todo lo hacía con mucha naturalidad.

Dos de los dedos bajaron un poco más, deslizándose con lentitud por sus labios vaginales, eso provocó que se humedeciera mucho más e involuntariamente un ruidoso jadeo se escapó de sus labios, estrellándose contra la boca de él, inmediatamente la invadió una sensación de estar a punto de caer al vacío, entonces se aferró con las uñas a la espalda de él para no caer.

—¿Estás bien? —preguntó en voz bajita, con la respiración agitada, deteniendo esa indecente caricia por los labios vaginales.

Candice dudó un poco, como si estuviese deliberando entre sus pensamientos y sensaciones, al final le regaló un asentimiento, sin atreverse a mirarlo a los ojos.

—Sí, estoy bien —murmuró roncamente, a ella misma le costó reconocer su tono de voz.

Jeremy volvió a besarla en la boca y de ahí emprendió un camino de cortos y húmedos besos por la línea de la mandíbula, hasta llegar a su oreja, nunca unas cosquillas le habían causado tanto placer como lo estaba haciendo la respiración de su novio en su oído.

No había punto de retorno, estaba sumida en ese sopor que el placer le ofrecía y la razón no tenía el más mínimo poder, no atinaba a hilar una frase y preguntarle a Jeremy si tenía preservativos, solo disfrutaba de esa invasión a la que se estaba aventurando el dedo medio de él, que se abría agónicamente espacio entre sus pliegues.

De repente, algunas explosiones arruinaron ese mágico momento,

obligando a Candice a incorporarse de manera violenta, con el corazón a punto de reventarle el pecho.

El cielo se iluminó con varios colores, fuegos artificiales besaban la noche, seguían detonando con luces de los más lindos y brillantes tonos, todo ese espectáculo era muy cerca de donde ellos estaban.

Jeremy empezó a reír, sin poder ocultar la mezcla de nervios y excitación que lo gobernaba.

—Eso es parte de mi sorpresa, pero no imaginé que nos pillaría en tal punto —confesó sentándose al lado de Candice, quien se bajaba el vestido y se reacomodaba las bragas, sintiéndolas más mojadas de la cuenta.

—Gracias —carraspeó, aún estaba temblorosa, pero la excitación se le había ido de golpe y estaba segura de que a Jeremy le había pasado lo mismo—. ¿Cómo lo has logrado?

—Le pagué a Arnold —dio el nombre del chico de doce años que vivía en la calle contigua—. Fue muy puntual, le dije que a las dos y media —murmuró verificando la hora en su reloj de pulsera.

—Creo que ya no veré las dalias ni los fuegos artificiales de la misma manera, cada vez que los vea voy a pensar en ti —comentó con la mirada en el cielo iluminado por un brillante fucsia, casi enseguida lo acompañó un turquesa.

—Espero estar a tu lado siempre que tengas la oportunidad de ver una dalia —le quitó una que le había quedado colgando de las hebras doradas y se la llevó a la nariz, inhalando el aroma de la flor—. O presenciar un despliegue de fuegos artificiales.

—Jeremy, te amo —murmuró acariciándole la mejilla—. Estoy segura de que si los fuegos artificiales no nos hubiesen interrumpido, habríamos llegado muy lejos —se aclaró la garganta, porque le costaba hablar de lo que estuvo a punto de pasar entre ellos—. Pero tal vez hubiese sido un error, porque no lo habíamos planeado, no tenemos ningún método anticonceptivo a la mano y lo último que espero es decepcionar a mis padres, ambos sabemos cuáles pueden ser las consecuencias si no nos cuidamos.

—Lo sé, puedes estar tranquila, dije que esperaría el momento ideal y así será, todo esto que he preparado no ha sido con el objetivo de que tuvieras sexo conmigo, solo lo hice porque no quiero que me extrañes tanto los días que no vamos a estar juntos —dijo con total sinceridad, entrelazando sus dedos a los de ella.

—Cuando regreses será el momento ideal —comentó seriamente mirándolo a los ojos—. Estoy preparada, tal vez ese día voy a estar muy nerviosa, pero eso no será una señal de duda.

—Lo sé, debes haberte percatado de que también me pongo muy nervioso a tu lado, prometo que será especial, haré que sea la experiencia más hermosa de tu vida —prometió abrazándola, mientras en el cielo seguían estallando fuegos artificiales.

CAPÍTULO 16

Después de esperar por más de cinco horas en la escala que había hecho en Barcelona, al fin Jeremy abordaba el avión que lo llevaría al Aeropuerto Internacional de Düsseldorf, donde su padre lo estaría esperando.

Guardó su bolso de mano en el compartimiento superior y se ubicó en su asiento de primera clase del vuelo 9525 de Germanwings, se ajustó el cinturón de seguridad y buscó su iPod, dándole vida a una de las tantas listas de reproducción que tenía en el dispositivo electrónico.

Empezó a tamborilear con sus dedos en su pierna mientras tarareaba la letra de *OneRepublic* y pensaba en Candice, anhelando el momento en que ella cumpliera la promesa que le había hecho. Se mentiría a sí mismo si se negaba que deseaba tener sexo con su novia.

*I stared up at the sun
Thought of all other people, places and things I've loved
I stared up just to see
Of all other faces, you are the one next to me
You can feel the light start to tremble
Washing what you know out the sea yeah
You can see your life out of the window, tonight.*

Miró de reojo a su compañero de asiento, era un hombre que no aparentaba tener más de treinta años, de piel blanca y cabello castaño a la altura de la nuca, con rizos muy bien definidos, eran demasiados perfectos y daban la impresión de que no fuesen naturales.

Al parecer el hombre presintió su imprudente escrutinio y volvió la mirada hacia él, le sonrió de manera cortés acompañado de un asentimiento.

A Jeremy le pareció que eran los ojos más extraños que alguna vez hubiese visto, eran de un gris casi blanco y brillaban como si algún reflector los iluminara, el iris era bordeado por un fino halo de un negro tan intenso como las pupilas.

El avión empezaba a despegar y para disimular su curiosidad miró la hora en el reloj de pulsera, al que había ajustado al horario local y eran las 10:01.

Llevaba muy poco tiempo de haber despegado cuando el piloto salió de la cabina para entrar al baño, pero no había entrado muy bien al cubículo cuando un repentino y brusco descenso los puso en alerta a todos. El hombre, sosteniéndose de lo que encontraba, llegó una vez más hasta la puerta de la cabina y tocó con una mal disimulada tranquilidad para que el copiloto le abriera, pero eso no pasó.

Inmediatamente el corazón de Jeremy se le instaló en la garganta y empezó a temblar, de un tirón se quitó los audífonos, sin prestarle atención a la mascarilla de oxígeno que se balanceaba frente a él, miraba a todos lados, todas las personas gritaban, hasta el piloto le pedía a gritos al copiloto que le abriera la puerta, el aire empezó a faltar y no le quedó más que recurrir a la mascarilla.

Nunca en su vida había sentido tanto miedo, trataba de mantener la calma y no echarse a llorar, mucho menos lograba hilar un pensamiento coherente, tenía miedo de quitarse el cinturón, como lo habían hecho otras personas, quienes violando las leyes de seguridad se habían puesto de pie y no atendían los llamados de las aterrorizadas aeromozas.

Extrañamente el hombre a su lado se mostraba totalmente tranquilo, con la mirada al frente y sin usar oxígeno, solo pudo pensar que estaba en algún estado de shock y no podía reaccionar; sin embargo, lo veía parpadear y le pareció en algún momento verlo sonreír.

Los minutos pasaban y todo era cada vez peor, el piloto usaba un hacha para hacer un boquete y otros hombres lo ayudaban, pero la bendita puerta no cedía y el copiloto no se inmutaba.

Miró a través de la ventanilla y el avión prácticamente caía en picada, no pudo seguir reteniendo el pánico y se echó a llorar cuando vio muy cerca las montañas, estaba seguro de que eran los Alpes franceses de Provenza, sabía que no había vuelta atrás y pensó en todas las personas que quería,

incluyendo a su padre quien se quedaría esperándolo en el aeropuerto.

—Mantén la calma Jeremy, cálmate —le pidió el hombre a su lado—. No sentirás nada, no va a doler —se le aferró al antebrazo con un toque frío y de manera muy extraña dejó de sentir miedo, no experimentaba pánico ni angustia, hasta había dejado de llorar, podía decir que se sentía en paz, en medio del silencio podía ver el desespero en todas las personas, lloraban y gesticulaban de manera exagerada, pero él no podía escuchar ni sentir nada, era un reflejo de ese hombre sentado a su lado, quien aguardaba el peor de los momentos con total tranquilidad.

Lo miró y esos ojos se fueron oscureciendo poco a poco, hasta ser completamente negros, abarcando toda la cuenca y las pupilas se habían convertido en dos diminutos puntos de luz, ni siquiera ver eso perturbó su estado de sosiego.

Segundos después todo pasó, simplemente en medio de una explosión dejó de existir.



Candice estaba sentada en el diván junto a la ventana de su habitación, observando cómo la ciudad se iluminaba poco a poco, obligada por la oscuridad que empezaba a cernirse sobre Los Ángeles. Tenía el teléfono móvil en la mano, esperando a que Jeremy la llamara, había prometido que lo haría, pero suponía que al verse con su padre olvidaría hacerlo.

De manera inesperada la puerta de su habitación se abrió, algo que casi nunca pasaba.

—Candice —entró su madre con los ojos ahogados en lágrimas, inevitablemente con esa actitud activó todas las alarmas de preocupación en ella—. Candice... —volvió a sollozar y corrió a abrazarla.

—Mamá, ¿qué pasa? —preguntó totalmente consternada, aferrándose al abrazo de su madre.

—Las noticias... las noticias... —murmuró en medio del llanto.

—¿Qué pasó con las noticias? —cuestionó acariciándole la espalda, viendo a su padre entrar a la habitación, quien también traía los ojos llorosos—. Jeremy... Jeremy —murmuró y soltó a su madre, sin siquiera calzarse corrió

fuera de su habitación, apenas logró ver un borrón de Lizzy sentada en el suelo junto a la escaleras, las que bajó corriendo.

No pensó en encender la TV de su habitación, solo corrió al salón de entretenimiento y vio en la pantalla las montañas grises ligeramente salpicadas por los restos de un avión del que no quedaba nada.

Las voces de los reporteros que emitían la noticia hacían eco en sus oídos, haciendo énfasis en la frase “No hay sobrevivientes”. En la parte inferior de la pantalla anunciaba que el vuelo 9525 de Germanwings se había estrellado contra los Alpes franceses.

No podía reaccionar, simplemente no lo podía creer. Retrocedió varios pasos mientras negaba con la cabeza rechazando la idea, al tiempo que los ojos se le llenaban de lágrimas y el corazón se le había hecho añicos, igual que el avión en el que viajaba Jeremy.

—Candice... —murmuró Claire llegando hasta ella y acariciándole la espalda.

—La señora Brigitte... —dijo con voz temblorosa y sin que su madre pudiese detenerla corrió fuera de la casa, sin importarle estar descalza.

Corrió mientras las lágrimas se le desbordaban y el cuerpo le pesaba una tonelada, tanto como el alma. Antes de poder llamar a la puerta, escuchó el llanto desgarrador de una madre que se enteraba de la muerte de su único hijo.

Candice se llevó las manos a la boca para sofocar el llanto y tocó la puerta, pero no recibió respuesta; sin embargo, giró la manilla y se percató de que no tenía seguro. Entró y la buscó, estaba de rodillas frente al televisor, acariciando la pantalla, suplicando que todo fuese mentira.

Ante la escena, Candice corrió hacia ella y se arrodilló a su lado, justo en el momento en que se miraron a los ojos, se sintieron morir al igual que había pasado con ese chico al que ambas amaban, el llanto se hizo más fuerte y se amarraron en un fuerte abrazo, intentando encontrar un consuelo que de momento no conseguirían.

—Mi niño... no... no puede ser... es mentira Candice, todo esto es mentira. Me voy a morir... —sollozaba Brigitte viviendo esa agonía, esas ganas tan grandes de morir, sintiendo ese vacío que le quebraba el alma.

Los padres de Candice llegaron para ofrecer un poco de ayuda, aunque no podían reparar la pérdida, al menos le daban apoyo.

El teléfono de la casa empezó a picar y Brigitte se levantó y corrió hacia

el aparato, deseando con todas sus fuerzas que le dijeran que todo era mentira, deseaba que fuese su Jeremy.

Pero no fue así, la llamada era de Eckbert, quien también lloraba desesperado al otro lado de la línea. Aunque el hombre estaba al otro lado del mundo, se podía sentir el sufrimiento por el que estaba pasando. Hubo reproches, llanto y súplicas en medio de esa conversación entre los exesposos, quienes alguna vez concibieron con amor a ese chico que los había dejado de manera tan trágica.

Hector refugiaba a Candice entre sus brazos, intentando brindarle todo su amor y su apoyo, más de una vez tuvo que hacer más fuerte el abrazo porque sentía que su hija se le escurría, nunca la había visto tan destrozada y él nunca había sufrido tanto por ella.

Al día siguiente muy temprano, sin haber dormido y sin las fuerzas necesarias para aceptar la muerte de su único hijo, Brigitte partió a Francia con la esperanza de al menos recuperar el cuerpo de Jeremy.

Candice quiso acompañarla, pero Hector y Claire no lo creyeron prudente, porque realmente estaban demasiados nerviosos como para permitir que su hija subiera a un avión.

Cuatro días habían pasado desde la fatídica pérdida y Candice no dejaba de llorar; así mismo, el gran vacío en su pecho amenazaba con consumirle el alma, revivía cada momento junto a Jeremy, cada sonrisa, cada beso, cada caricia, con la única intención de sentirlo cerca, de sentirlo junto a ella. No quería dejarlo ir, nunca lo dejaría ir.

Lo único que quería era dejarse morir, así como estaba el chico que amaba, nunca imaginó perderlo de esa manera, no tan rápido; algunas veces en medio del llanto le reprochaba que la hubiese abandonado.

Su madre prácticamente la obligaba a comer, entraba a la habitación con bandeja en mano, trayéndole sus alimentos preferidos, pero ella no les encontraba ningún sabor, tampoco quería salir de la cama, no había ido a la universidad porque no pretendía ser el centro de lástima, no miraba las noticias porque era como si le exprimieran limón en las heridas. Odiaba a ese hombre que había sido el causante del accidente, a pesar de que también había muerto.

Imaginaba todo el sufrimiento y la angustia por la que había pasado Jeremy, eso le lastimaba los pedazos de su corazón destrozado.

No lograba dormir, pasaba días y noches llorando. No quería angustiar a

sus padres, pero no encontraba otra manera de expresar su dolor y vacío, por lo que enterraba la cara en las almohadas para que no escucharan su llanto.

Vio la puerta de su habitación abrirse, por lo que rápidamente se cubrió con las sábanas para que no la vieran llorar, escuchó cuando la cerraron, supuso que era su padre que había venido a ver si estaba dormida.

Un momento después sintió cómo halaban la sábana y se acostaban a su lado.

—Puedes llorar conmigo —murmuró Lizzy abrazándola—, si eso te hace sentir mejor.

Candice la abrazó y ambas empezaron a llorar debajo de las sábanas.

A Lizzy le había dolido la muerte de Jeremy, pero más le dolía ver a su hermana tan destrozada, sufriendo de esa manera. Ella nunca se había enamorado, no tenía la más remota idea de lo que Candice estaba sintiendo, pero estaba segura de que era el dolor más intenso que alguien pudiera sentir.

Ella había sido testigo del enamoramiento de su hermana, de esa ilusión que nació en su corazón desde el mismo instante en que vio a Jeremy, el día que se había mudado a la casa de al lado.

Disfrutaba ver la felicidad en los ojos de Candice cuando estaba al lado de ese chico. Que el destino se lo hubiese arrebatado de esa manera tan cruel, era completamente injusto.

—Es mi culpa que Jeremy esté muerto —sollozó Candice, aferrada al abrazo de Lizzy.

—No digas eso, no fue tu culpa, ha sido culpa de ese lunático de mierda, ojalá esté ardiendo en el infierno —deseó Lizzy, quien era menos bondadosa que Candice.

—No digas eso... no debemos desear mal a nadie y mucho menos a los muertos. Miento si digo que en algún momento no he sentido molestia en contra de ese hombre, pero no podemos culparlo, estaba enfermo... Que Jeremy viajara fue mi culpa, él no quería y solo lo hizo por mí, yo se lo pedí, yo se lo pedí —repitió en medio de sonoros sollozos.

—No es tu culpa hermanita... solo querías que fuera a ver a su padre y sí, ese hombre estaba enfermo, pero si tanto quería matarse lo hubiese hecho él solo, sin llevarse por delante la vida de 159 personas inocentes, no me pidas que no le desee mal, porque no puedo... Hizo sufrir a Jeremy y te está haciendo sufrir a ti —chilló acariciándole el rostro a su hermana, aunque no pudiera verla por la oscuridad, estaba segura de que las lágrimas no dejaban

de brotar.

—No quiero que duela tanto, aunque tampoco es dolor, es más un vacío en el pecho, algo que no puedo explicar... Lo quiero conmigo, yo lo amo Lizzy... Jeremy era muy especial y lo extraño —gimoteaba Candice, expresándole a su hermana lo desgarrada que estaba su alma.

—Estoy segura que él también te ama, en cualquier lugar donde esté, te seguirá amando —musitó acariciándole los cabellos.

—No podré superar esto Lizzy, no sé qué hacer...

—Seguro que vas a superarlo, lo harás.

—No quiero, no quiero que nada de esto esté pasando, es mucho peor que todas mis pensadillas juntas.

—Todo estará bien —la abrazó con más fuerza.

Después de varias horas de llanto ambas se quedaron dormidas, al menos en el tiempo que Candice permanecía sumida en el sueño, no sufriría.



Robert llevaba dos semanas sin asistir a las prácticas de básquet, ni a la universidad, solo iba al trabajo porque era una obligación con la que debía cumplir; su jefe no comprendía la situación tan dura por la que estaba pasando su familia.

Todos se turnaban para cuidar de Candice, no querían dejarla sola para que la nostalgia no terminara por consumirla.

Nadya estaba al tanto de lo que había pasado y le había brindado todo su apoyo, ella encontraba las palabras precisas para hacerlo sentir mejor, las mismas que después él usaba para reconfortar a su hermana.

Candice constantemente hablaba por teléfono con la señora Brigitte, quien aún se encontraba en Alemania, donde le habían dado sepultura a los pocos restos encontrados de Jeremy, los que le habían entregado después de un largo proceso de investigación.

Desde la calle, Robert pudo ver a Candice sentada en la banca que colgaba de las vigas del techo del porche, estaba con la mirada perdida y con las piernas abrazadas, como si pretendiera resguardarse de un inclemente frío.

Estacionó en el frente de la casa, pensando que después podría guardar el

auto en la cochera, bajó y caminó hasta donde se encontraba su hermana sentada.

—¿Puedo? —preguntó señalando el puesto de al lado.

Ella asintió sin poder ocultar que había estado llorando, le era imposible no hacerlo, porque cada rincón le recordaba a Jeremy. Justo antes de que Robert llegara, había estado reviviendo todos los besos que habían compartido sentados en ese lugar.

Robert empezó a gemir como un perrito que necesitaba atención, al ver que ella solo le había concedido un espacio en la banca, pero no le permitía llegar hasta sus emociones.

Candice apenas sonrió y le extendió la mano, a la que Robert se aferró y le dio un beso.

—Todo este dolor va a pasar, aprenderás a vivir con su ausencia... volverás a ser la misma.

—No, ya no volveré a ser la misma, me he roto y cuando algo se rompe, no importa cuánto te esfuerces en repararlo, aunque unas nuevamente todas las piezas quedarán las huellas de que alguna vez se hizo añicos.

—Sí, tienes razón... pero seguramente Jeremy habría amado a los pedazos de esta hermosa chica —suspiró entrelazando sus dedos con los de su hermana—. Candice, debes reponerte al dolor... aún tienes muchas personas que te aman, que extrañan verte sonreír.

—Solo han pasado quince días, hoy debería estar llegando... y yo como una estúpida, aquí lo estoy esperando —una vez más las lágrimas se le derramaron y se las limpió rápidamente con las manos temblorosas—. He imaginado que llega en un taxi y yo corro a sus brazos, pero sé que eso no va a pasar... me lo confirma ver su jardín cubierto de hojas secas, no hay nadie en su casa y posiblemente no lo habrá en mucho tiempo —su cuerpo empezó a sacudirse por el llanto y Robert la abrazó.

A él le tocaba ser fuerte y no echarse a llorar, porque suponía que a su hermana en ese momento lo que menos le convenía era alguien que le avivara el sufrimiento.

En ese instante Hector abrió la puerta principal, preocupándose inmediatamente, pero Robert le hizo algunas señas, indicándole que no debía preocuparse.

El padre se quedó parado en silencio, esperando a que su hija se calmara un poco, ya sabía que nada de lo que dijera o hiciera le redimiría el

sufrimiento, solo la dejaban llorar hasta que encontrara un poco de sosiego.

Cuando lo creyó prudente se hizo notar, entonces entre Robert y él la ayudaron a ponerse en pie y la llevaron hasta la sala, donde la sentaron en un sofá al lado de Hector, quien la refugió en su pecho hasta que en medio de caricias consiguió que se quedara dormida.

CAPÍTULO 17

Había pasado un mes desde que Jeremy se había marchado para nunca más volver, la señora Brigitte tampoco lo haría, supieron que no regresaría a esa casa el día que un camión de mudanzas se llevó todas sus pertenencias, dejando completamente vacío el lugar donde había vivido el primer e intenso amor de Candice.

Ese día Robert había conseguido sacarla de casa y la había llevado al Pauley Pavilion, donde se disputaría un partido de Los Bruins y como capitán del equipo de la UCLA esperaba enorgullecer a su hermana, pero sobre todo anhelaba que se distrajera un poco.

También le harían compañía Lizzy y Nadya, quien había llevado al pequeño Jason.

El niño con su divertida ternura había captado la atención de Candice, haciéndole olvidar por un momento que por dentro estaba vacía, que sus emociones eran gobernadas por la tristeza.

Nadya había vencido su temor más grande y había aceptado darse una oportunidad con Robert, arriesgar una vez más el corazón con ese chico que se mostraba tan especial, aunque iba poco a poco, se sentía como una adolescente, estaba experimentando esas emociones que se sentía con ser solo una novia de besos y agarradas de mano. No se atrevía a entregar completamente su cuerpo.

Aunque el equipo de la UCLA había salido victorioso, no se quedaron a celebrar, pues les habían prometido a sus padres regresar luego del partido, para disfrutar de la cena especial que estos se quedaron preparando

Claire y Hector quisieron hacer algo significativo porque esa noche Robert por fin, les presentaría a la chica con la que estaba saliendo.

Un par de cuadras antes de llegar, Robert logró divisar en frente de su casa varios autos policiales con las luces encendidas, las que giraban sin parar y también había una ambulancia.

Ver eso provocó que la sangre se le helara; no obstante, sus reflejos solo actuaron y aumentó la velocidad.

Candice y Lizzy se miraron, tratando de comprender lo que estaba casi frente a sus ojos.

Robert estacionó bruscamente, observando cómo docenas de personas se aglomeraban frente a su casa.

Tanto él como sus hermanas se bajaron del vehículo, haciéndose espacio rápidamente entre el tumulto de personas que murmuraba lamentaciones.

Nadya se encargó de Jason, quien había quedado en el asiento trasero y con pasos temblorosos se acercó hasta donde estaba Robert forcejando con un policía, le estaba exigiendo que lo dejara pasar y Candice estaba en el suelo inconsciente y siendo atendida por dos mujeres.

Lizzy, quien lloraba descontroladamente, era consolada por otra mujer.

Ella no podía entender qué pasaba, estaba tras la cinta amarilla policial cuando sintió el corazón rompersele al ver a Robert arrodillado en el suelo, llorando de manera desconsolada mientras dos policías lo sostenían.

Inconscientemente se aferró aún más a su hijo, cuando vio a unos hombres vestidos de gris y negro, trayendo sobre unas camillas dos cuerpos forrados por bolsas de cuero negras. Toda ella empezó a temblar al suponer que los cadáveres que ocupaban esas bolsas eran los padres de Robert.



El sistema nervioso autónomo de Candice se activó a niveles incontrolables ante la muerte de sus padres, se sobrecargó al ser activado exageradamente por la sensación de impotencia ante la pérdida de tres seres queridos en tan poco tiempo, la adrenalina y noradrenalina se rebasaron a niveles tóxicos para su cuerpo.

Tuvo que ser atendida por un médico psiquiatra, quien inmediatamente la puso a dormir por siete días, era un tratamiento profundo, pero le facilitaría el medicarla mientras se encontrara dormida.

A Robert le tocó encargarse de los servicios fúnebres, aunque contaba con la ayuda de su tío Leonardo, hermano de su padre, quien vivía en la ciudad, lugar a donde se había ido con Lizzy porque ella no quería regresar a la casa donde habían asesinado a sus padres.

No tenía cabeza para los trámites legales, sentía que iba a enloquecer cada

vez que algún policía se le acercaba en busca de información para poder dar con los asesinos, quienes no solo le habían arrebatado a esos dos seres que habían sido los mejores padres del mundo, sino que también se habían llevado algunas cosas de valor.

Después de haber despedido de manera definitiva los cuerpos de Claire y Hector, fue hasta la clínica donde tenían a Candice, solo despertaba por algunos minutos, pero realmente no era consciente de nada, era como si su memoria estuviese perdida en algún lugar lejano.

Ella hacía sus necesidades, ingería algunos alimentos, también le daban mucho líquido y vitaminas, pero enseguida volvían a dormirla.

No sabía qué hacer, pasaba las noches llorando porque era cuando se permitía ser débil y sufrir, por las mañanas volvía a disfrazarse de fortaleza y velar por Lizzy.

Él ahora estaba solo, a cargo de sus dos hermanas, a las que debía guiar, a las que debía sacar adelante y verdaderamente, no tenía la más remota idea de lo que haría, ni cómo enfrentarse a ello. Al menos su tío los mantendría económicamente por un tiempo, después tal vez pondría en venta la casa y compraría una más pequeña.

Todos sus planes se habían hecho polvo, su vida había cambiado de la noche a la mañana, no estaba preparado para quedarse sin sus padres.

Frente a él estaba la enfermera que una vez más medicaba a Candice para que durmiera, mientras él le acariciaba los cabellos, viendo cómo los párpados se le cerraban pesadamente, era como si no lo reconociera, pero la enfermera le aseguraba que solo estaba desconcertada, que poco a poco le suspenderían el tratamiento y cuando despertara estaría mucho mejor, la sensación de pérdida en ella habría disminuido a niveles normales, su sistema nervioso estaría calmado y podría sobrellevar la muerte de sus padres.

Una vez que Candice volvió a sumirse en un sueño profundo, Robert salió de la habitación con la única intención de ir a hacerle compañía a Lizzy.

Al salir de la clínica respiró profundamente, para llenarse los pulmones de aire y el corazón de valentía, para no echarse a llorar una vez más.

—Robert —escuchó la voz de Nadya llamarlo y la buscó con la mirada a su lado derecho.

Nadya, quien estuvo esperando por un buen rato parada junto a la puerta de la clínica, se acercó hasta él dando largas zancadas y lo amarró en un abrazo.

Robert la abrazó fuertemente, refugiándose en ella y rompió a llorar, los

sollozos salían a sonoros raudales, mientras todo su cuerpo convulsionaba ante el llanto e intentaba esconder el rostro en el cuello de ella, tal vez cerrando sus brazos con demasiada fuerza en torno al débil cuerpo de la chica, pero temía que si no se aferraba lo suficientemente fuerte, terminaría desplomándose.

—No sé qué voy a hacer, no estoy preparado para cuidar de mis hermanas... ni siquiera estoy seguro poder cuidar de mí mismo en la situación en la que me encuentro —sollozaba y era el blanco de miradas disimuladas de las personas que entraban y salían de la clínica.

—No estás solo en esto, estoy aquí para ayudarte, así como tú me has ayudado —murmuró acariciándole la espalda, esperando que sus palabras le brindaran un poco de consuelo a Robert—. Mis padres van a ayudarnos, mi mamá ha dicho que podrá ir hasta tu casa a prepararles la comida y limpiar un poco.

Los padres de Nadya ya conocían a Robert, quien poco a poco se fue metiendo en la vida de la chica, demostrando con hechos que sus intenciones eran buenas. Se mostraba cariñoso con Jason y le ayudaba a Nadya con algunos gastos, secretamente agradecían infinitamente que le quitara un poco del peso que ella llevaba sobre los hombros.

—No vamos a volver a la casa, Lizzy no quiere entrar —confesó mojado con sus lágrimas el cuello de Nadya.

—Ahí tienen los mejores recuerdos de sus padres... tal vez solo necesiten un poco de tiempo —Le besó los cabellos, intentando ordenarlos con sus manos temblorosas—. Vamos a que te sientes un rato, sé que en este momento estás perdido, no es fácil. Creo que nadie podrá ponerse en tus pies pero eres un buen chico, tienes un gran corazón y a los hombres buenos le pasan cosas buenas.

Nadya consiguió llevarlo hasta un pequeño parque, al frente del hospital y se sentaron en una banca.

Robert se echó un poco hacia adelante, apoyando los codos sobre las rodillas y con la mirada al suelo, seguía llorando, las gotas de lágrimas caían al concreto, creando húmedos círculos mientras la chica le acariciaba la espalda.

—Eran los mejores padres del mundo —empezó a contar con voz trémula—. Ni siquiera llevamos su propia sangre, muy pocas personas lo saben, pero mis papás no pudieron tener hijos, ellos nos dieron la oportunidad de tener

una familia, nos dieron todo el amor que nos negaron esos seres responsables de que estemos en este mundo.

La noticia tomó por sorpresa a Nadya, no tenía la más remota idea de que él fuese adoptado, juraba que era hijo de los Adams, ellos hasta se parecían físicamente.

—Rob... ellos les demostraron que nunca se deben perder las esperanzas, si no pudieron tener hijos, buscaron la manera de ser felices, de tener una familia... Ellos sabían que aún bajo la lluvia, se podía reír —utilizó las propias palabras que él le había regalado para reconfortarla—. Esto solo es un paisaje gris en tu vida, pero vas a superarlo.

—Ellos no me prepararon para afrontar esta situación, no me dijeron nunca qué debía hacer si algún día faltaban, sencillamente mis papás no querían morir, no querían dejarnos y esos malditos los asesinaron... No tenían por qué hacerlo, se hubiesen llevado todo lo que le hubiese dado la gana, según los resultados forenses ninguno forcejeó, no lucharon. ¿Sabes por qué no lo hicieron? —preguntó con la barbilla temblándole ante el llanto.

—No, no podría saberlo —musitó Nadya, sin poder retener más las lágrimas.

—Porque en todo momento pensaron en nosotros, no querían que los mataran porque estaban pensado en qué sería de nosotros si ellos faltaban, por eso no se defendieron... tal vez ni siquiera le dieron tiempo, solo entraron y les dispararon sin darles tiempo a nada. Ahora estoy solo con dos chicas, Candice apenas despierta por unos minutos y ni siquiera me reconoce, es como si continuara dormida con los ojos abiertos y Lizzy... Lizzy no para de llorar y de estar encerrada.

Nadya volvió a abrazarlo y se quedaron en ese lugar, ella le permitió que llorara hasta que encontrara un poco de calma.



Candice apareció parada en medio de las montañas de los Alpes franceses, se encontraba descalza y solo llevaba puesto el vestido blanco que usó la última noche que había pasado con Jeremy, sentía mucho frío y no podía controlar el tiritar de sus labios. Era de día, pero un día muy gris, el viento

gélido silbaba en sus oídos y aumentaba la tortura del frío que casi le quemaba la piel.

Miró hacia arriba y solo se encontraba bordeada por los picos cubiertos de nieve, al parecer no encontraría una salida fácilmente; sin embargo, empezó a caminar y no muy lejos fue encontrándose con dalias salpicadas por sangre.

Sabía perfectamente dónde se encontraba y no quería estar ahí, no quería. Siguió caminando y a las dalias le siguieron amasijos de hierro, pertenencias de los pasajeros, vio el bolso de Jeremy y corrió hasta él, casi con desespero lo abrió y estaba lleno de dalias marchitas, como si le quemara lo soltó rápidamente.

—¡Jeremy! —Lo llamó a gritos mientras buscaba entre los restos de la aeronave, guardaba la esperanza de encontrarlo con vida, por algo estaba ella en ese lugar—. ¡Jeremy! —no obtuvo respuesta por más que gritó.

En ese momento a sus pies vio una extremidad, era una pierna, se llevó las manos a la boca y retrocedió, echándose a correr hacia el otro lado.

Sus pies se teñían con ese color gris del suelo arenoso de las montañas, pero ella no abandonaba su huida. Inesperadamente frente a ella y en ese árido lugar divisó su casa, vislumbrando la salvación, hizo más rápida su carrera hasta llegar a la puerta, la que abrió rápidamente y en primer plano se encontró a sus padres en el suelo, en medio de un charco de sangre.

Empezó a gritar, pero no podía expresar ningún sonido, lo intentaba, pero era en vano, mientras el corazón iba a estallarle en mil pedazos.

—Todo estará bien —le susurró una voz a sus espaldas. Se volvió, pero no vio a nadie—. Todo estará bien —repitió la voz que nunca antes había escuchado, pero le parecía muy agradable, tanto como la de su padre.

Sintió un cálido roce en su mejilla, uno que la llenó de paz, uno que la rescató de ese lugar y la plantó a la orilla de una playa, con un hermoso atardecer que pintaba todo de dorado.

CAPÍTULO 18

Candice admiraba taciturnamente la fachada de la casa de su tío Leonardo, no lograba comprender cómo su vida había cambiado de manera radical en tan poco tiempo.

Había pasado siete días dormida, pero eso no era suficiente para borrarle del corazón y la memoria todo lo que había vivido, aún no se reponía a la fatídica muerte de Jeremy, cuando también le arrebataron de manera violenta y cruel a sus padres.

Llegar a ese lugar solo le estrellaba en la cara que las cosas ya nunca más volverían a tomar su curso normal, que debía ser fuerte y aprender a sobrevivir.

Su tío Leonardo y su tía Sonia eran amables y cariñosos, también lo eran sus hijos gemelos que contaban con la misma edad de Lizzy, pero la casa no era lo suficientemente grande para albergarlos a todos cómodamente, les tocaba dormir a los tres en la misma habitación.

Robert había elegido dormir en el suelo, en medio de las dos camas individuales, pero Candice y Lizzy se acomodaron en una sola cama porque no permitirían que él pasara por más incomodidades.

Los tres pasaron la mayor parte de la noche en vela, en silencio, pero los recuerdos gritaban y las lágrimas salían al ruedo de vez en cuando.

Candice despertó muy temprano, justo en el momento en que su hermano se aferraba al pomo de la puerta para salir de la habitación, seguramente para ir al trabajo.

—Robert —le llamó con la voz aún soñolienta.

Él se volvió y caminó hasta ella, sin poder ocultar el estado de alerta que se le reflejaba en las pupilas.

—Prometo que regresaré temprano.

—Volvamos a casa —pidió ella mirándolo a los ojos. Podía jurar que su hermano no había dormido.

Robert se sintió verdaderamente extrañado ante la petición, porque suponía que Candice sería la más renuente de regresar a la casa donde habían asesinado a sus padres.

—¿Estás segura? —habló bajito para no despertar a Lizzy, quien aún dormía—. Lizzy no quiere estar ahí y no quiero obligarla, no sé qué hacer, me gustaría poder tener soluciones para ambas —se lamentó.

Candice se quedó mirando a su hermano, se le veía extremadamente agotado y triste, tal vez también le faltaba dormir por varios días para que recuperara fuerzas.

—No voy dejarlas solas en casa, tengo que trabajar... creo que por el momento lo más prudente es que sigamos aquí.

—Puede que sea lo más prudente, pero no es lo más conveniente. Yo hablaré con Lizzy, seguro que ella comprenderá.

—Candice, no voy a dejarlas solas en la casa, no voy a exponerlas, tengo que velar por su bienestar.

—Lo sé Robert... pero no quiero ser una carga para ti y sé que Lizzy tampoco quiere serlo, yo podría trabajar, ya soy mayor de edad, lo haría en alguna tienda cercana a la casa... Siempre dices que tengo carisma para envolver a las personas... —le dijo convencida.

Robert sonrió como no lo había hecho en muchos días.

—Candice —le acarició con ternura una mejilla—. Sé que en cualquier lugar te aceptarían, eres hermosa y carismática, pero de igual manera Lizzy quedaría sola en casa.

—Lo puedo hacer mientras Lizzy está en la preparatoria. Total, este semestre ya lo he perdido en la universidad y podría aplazar el otro hasta que las cosas se solucionen un poco.

—No voy a permitir que dejes de estudiar.

—¿Y cómo vas a hacerlo Robert?, tan solo tenemos el dinero suficiente para sobrevivir algunos meses, no vamos a malgastarlos en pagar la universidad. Debemos ser realistas ante la situación que estamos presentando, nos hemos quedado solos —de manera inevitable la voz le tembló ante la dura realidad.

—Déjame pensarlo —pidió acercándose y dándole un beso en la frente—. Ahora debo irme, si no llegaré tarde al trabajo y no creo que mi jefe siga siendo condescendiente con mi situación, es muy difícil para los demás ponerse en nuestros pies porque ya todos olvidaron lo que ha pasado, se

conduelen solo por unos días, para ellos eso es suficiente. Los únicos que sabemos que aún no estamos para despertar a esta nueva vida somos nosotros.

—Ve tranquilo, si crees que mi petición solo complica las cosas mejor olvídala.

—Prometo que voy a pensar en tu petición y encontraremos una salida.

—Te ayudaré a encontrarla, ya verás —dijo su palabra con una sonrisa, aunque por dentro solo estuviese hecha añicos.

Robert le correspondió de la mejor manera y salió de la habitación.

—Sé que volver a la casa será muy doloroso —musitó Lizzy abriendo los ojos, dejándole claro a Candice que había escuchado la conversación—. Tengo miedo de llegar ahí y no ver a mis papás —sollozó y se abrazó a su hermana—. Pero no puedo seguir siendo egoísta, sé que Robert necesita su propio espacio, que está dando lo mejor de él y no es justo que me ponga intransigente.

—Te entiendo, créeme que te entiendo, sé que ya nunca más volverá a ser lo mismo —chilló Candice sintiendo una vez más que el lacerante dolor por la pérdida la envolvía—. Es difícil hacernos a la idea de que nuestros padres ya nunca más estarán con nosotros, pero debemos ser fuertes por ellos, por nosotros mismos. Estoy segura que a ellos no les gustaría que nos dejáramos vencer.

—Eso lo sé... lo sé —se limpió las lágrimas y buscó la mirada de Candice—. Tengo una idea, sé que Robert no quiere dejarnos solas y siendo completamente sincera me da miedo hacerlo, pero podemos proponerle a Nadya que se vaya con sus papás a vivir con nosotros, así no tendrían que pagar más donde ellos viven.

—¡Lizzy, es una gran idea! —Se emocionó Candice, ni ella misma había pensado en esa solución. Solo eran los papás de Nadya, su hermanito y Jason, ciertamente no le gustaría que ocuparan la habitación de sus padres, pero en su casa sobraba una habitación, ahí podrían dormir los padres de Nadya con Ronny y tal vez ella aceptaría dormir en la habitación con Robert y Jason.

—Creo que es la mejor idea —se vanaglorió como siempre lo hacía y a Candice le alegró un poco ver que su hermana empezaba a recobrar ese ánimo que la caracterizaba.

—Es mejor que nos levantemos, no queremos que la tía Sonia piense que somos unas holgazanas —propuso levantándose.

Estaba segura de que su tía no pensaría eso de ellas, porque comprendía la situación por la que estaban pasando; sin embargo, Candice debía seguir los consejos del psiquiatra que la trató por los días después de despertar, le había pedido que tratara de mantenerse ocupada, que recreara su mente en otras cosas y no solo en pensar en lo mucho que extrañaba a los seres que trágicamente se habían ido de su vida.

Ella se encargó de organizar la habitación mientras Lizzy se bañaba y después fue su turno para ducharse.

Ambas bajaron y aunque su tía les pidió que no hicieran nada, Candice y Lizzy prácticamente le suplicaron que les permitiera distraerse, por lo que no solo le ayudaron a preparar la comida, sino que también lo hicieron con el aseo en el hogar y con las tareas de sus primitos.

Cuando Robert llegó por la tarde, no perdieron el tiempo para contarle la solución que ellas habían conseguido.

—No lo sé, verdaderamente no creo que Nadya acepte vivir con nosotros... y mucho menos que sus padres le permitan dormir conmigo.

—Entonces podrá dormir conmigo —propuso Lizzy—. Así ellos podrán ayudarnos con el pago de los servicios, es menos que lo que pagan donde viven ahora.

—Robert, no podrás saber si ellos aceptan o no si no se lo proponemos. Llama a Nadya y pregúntale si podemos ir a visitarla ahora.

—¿Ahora? —preguntó tragando en seco.

—Sí, ahora —recalcó Candice.

Robert se sacó el teléfono móvil del bolsillo del pantalón sin dejar de mirar a sus hermanas, mientras negaba con la cabeza.



Ocho días después, regresaron a su casa, inevitablemente las lágrimas se le anidaron en los ojos y un torturante vacío los embargaba, tenían claro que no sería fácil, que era una gran batalla sentimental la que debían librar, pero no iban a darse por vencidos, sus padres habían criado a grandes guerreros y no a cobardes.

Se limpiaron las lágrimas y empezaron a recoger las sábanas que cubrían

los muebles y abrieron todas las ventanas, para que entrara mayor claridad y la brisa fresca arrastrara el olor a encierro.

Con la ayuda de Nadya y sus padres empezaron a limpiar, cuando Robert rodó el sillón preferido de su padre, ese donde se sentaba a ver todos sus programas deportivos, se encontró con la cadena de su madre, esa que llevaba la medalla de la virgen María y que muy pocas veces se quitaba, al agarrarla se dio cuenta de que estaba rota, como si ella misma se la hubiese reventado y lanzado debajo de ese sillón para evitar que se la quitaran. Una vez más, la triste realidad lo golpeaba con fuerza.

—Candice —llamó a su hermana que se encontraba limpiando los vidrios de las ventanas.

Ella lo miró desde el lugar y lo vio acercarse, sin desviar la mirada de la medalla que se balanceaba en el aire, mientras colgaba de la mano de su hermano.

Dejó lo que estaba haciendo y casi corrió a ver esa prenda que era la mayor representación de Claire, ver eso era como verla a ella.

—Estoy seguro de que mamá hubiese querido que tú la tuvieras —se la entregó y Candice la agarró, empuñándola en su mano se la llevó al pecho y cerró los ojos.

—Gracias Robert, juro que nunca, nunca me la quitaré.

—Tenemos que mandarla a reparar y seguro quedará como nueva —le dijo con una hermosa sonrisa y le dio un beso en la frente.

Las ganas de llorar eran inevitables, pero no se permitieron hacerlo, prefirieron seguir en lo que estaban.

El camión de mudanzas de los señores Archer llegó y tuvieron que guardar la mayoría de las cosas en la cochera, porque no había espacio suficiente para todo. Casi sin darse cuenta el tiempo pasó y tuvieron que pedir comida a domicilio, mientras seguían limpiando y organizando.

Cuando la noche llegó, todos estaban totalmente agotados, por lo que se fueron a la cama muy temprano.

Nadya prefirió usar el baño de invitados para ducharse, no tenía la confianza suficiente para usar el de la habitación de Robert, ya era suficiente con tener que ocupar su habitación y su cama.

Agradeció que fuera a hablar con sus hermanas, brindándole un poco de espacio para poder dormir a Jason. Mientras arrullaba a su hijo, observaba detenidamente la habitación, predominaba el color azul cielo y su gusto por el

básquet, desde algunos trofeos, hasta algunas camisetas de grandes jugadores autografiadas, enmarcadas como si fueran el más valioso de los tesoros, sobre la mesa de noche había un portarretrato con una fotografía familiar.

En el ambiente danzaba muy vagamente el aroma del perfume que usaba, eso solo provocaba que sus nervios aumentaran, estaba toda temblorosa y apenas lograba mantener a su hijo en brazos.

Justo en el momento en que acostaba a Jason en la cuna escuchó un toque en la puerta, irremediablemente eso aceleró los latidos de su corazón e intensificó su nerviosismo.

—Adelante —dijo en voz baja y algo ronca, mezcla de miedo y precaución, para que Jason no se despertara.

—¿Ya se durmió? —preguntó asomando medio cuerpo.

—Sí, acaba de quedarse dormido. Debemos ser muy silenciosos porque si despierta, nos tendrá luchando hasta altas horas de la madrugada y no quiero incomodarte más de lo que ya lo estoy haciendo.

—Nadya —susurró caminando hacia ella, sin poder evitar echarle un vistazo rápido a las torneadas piernas, cubiertas por la fina tela de algodón del pijama que se ajustaba a su cuerpo, más de lo que su cordura hubiese querido. En ese momento se preguntó por qué Nadya no había usado unos pantalones más holgados—. Quiero que tengas muy claro que no me incomodas; por el contrario, me siento avergonzado por tenerte en esta situación. Sé que han accedido a venirse a vivir con nosotros por lástima.

—¡No! —exclamó en voz muy baja, tomándolo por una mano, arrastrándolo hasta la cama, donde se sentaron uno frente al otro—. No lo hemos hecho por lástima, solo... —de manera inconsciente se mordió el labio sintiéndose nerviosa por tener a Robert, tan cerca, tan hermoso y se culpaba por sentir deseos hacía él precisamente en ese instante—, que creímos prudente acompañarlos.

—Gracias, no tienes idea de lo agradecido que estoy por lo que están haciendo no solo por mí, sino también por mis hermanas.

—Ya no agradezcas —le sonrió y le acomodó un poco los cabellos—. Mejor vamos a dormir, que debemos levantarnos muy temprano.

—Tienes razón y estoy muy cansado —sonrió, pero el gesto no le iluminó la mirada gris, como otras veces pasaba—. Voy a lavarme los dientes —se puso de pie y se fue al baño.

Nadya aprovechó para apagar las luces de la habitación, solo dejó

encendida la del velador del lado que le dejaría a Robert. Se acostó y se cubrió con las sábanas hasta el cuello, dándole la espalda al espacio vacío.

Después de unos minutos, escuchó a Robert salir del baño y con mucho cuidado se acostó a su lado.

—Buenas noches —deseó y apagó la luz del velador.

—Buenas noches —murmuró Nadya, quien tragó en seco y empuñó la sábana, en un acto reflejo por contener sus impulsos.

Ella se mantuvo muy quieta, hasta temía respirar; sin embargo, sentía a Robert dar vueltas en la cama. Suponía que estaba tan nervioso como ella, era la primera vez que compartían una cama, era la primera vez que se encontraban en una situación tan íntima y era una verdadera tortura.

—Robert... —musitó—. Disculpa, no te pregunté de qué lado dormías — Se dio la vuelta para estar de frente a él.

—Da igual, no tengo un lugar específico para dormir.

—Si te estoy incomodando, puedo dormir en el sofá, ya has visto que mi cama era más pequeña.

—Lo único que me incomoda es que estés tan lejos, ¿podrías acercarte un poco más?

—No creo que sea seguro —tragó en seco.

—Será muy seguro. Ni siquiera me diste un beso de buenas noches.

Nadya se acercó un poco más y le dio un beso fugaz en los labios, pero ya era costumbre de Robert no permitirle alejarse tan rápido y volvió a besarla, abriendo abismos en su interior, en lugares que reclamaban atención, era una sensación de agónico vacío, era adrenalina corriéndole por las venas.

Su voluntad desaparecía completamente cuando él la besaba, esa tibia lengua resbalando dentro de su boca, despertando el deseo líquido que le mojaba la ropa interior.

—No puedo creer que estés en mi cama —dijo bajito y con la voz ronca, ronzando sus labios contra los de ella.

—Yo tampoco puedo creerlo, esto es una locura, no...

Robert no le permitió terminar la frase, volvió a perderse en su boca y arrastrándola a ella también a la locura, una de sus manos se posaba sobre el caliente y retumbante pecho de él y con la otra se le aferraba a esos cabellos rubios que siempre parecían estar despeinados.

Él, solo se dejaba llevar por las sensaciones que despertaba tener a Nadya tan cerca, de sentirla tan receptiva a sus besos y caricias, permitiéndose por

esa vez, olvidar la tristeza que lo había gobernado en los últimos días.

Su mano más aventurera le recorrió en descenso la espalda, hasta aferrarse con gana arrebatadora a una de las nalgas de ella, disfrutando de esa turgencia que se sentía tan firme, debajo de esa fina tela de algodón. Siguió con su indecente caricia, apretándole el muslo justo por encima de la rodilla, la instó a que elevara la pierna y se la puso por encima de la cadera, al tiempo que la pegaba mucho más a su cuerpo.

Ambos jadearon muy bajito cuando las pelvis se unieron y el pene que empezaba a elevarse tanteó ese centro caliente, los labios de Nadya tiritaron contra los de Robert.

Nunca antes había vivido esas sensaciones, tenía un hijo, había tenido sexo, pero no lo recordaba, no recordaba haber disfrutado como lo estaba haciendo en ese momento.

Robert empezó a rozarse con más intensidad contra ella, quien apretó los dientes con fuerza y resopló mientras él le besaba el cuello, enviando algo muy parecido a descargas eléctricas a las paredes internas de su vientre.

Inevitablemente la cama dejaba en evidencia lo que estaba pasando, poniendo en alerta a Nadya. Sus miedos y vergüenza en ese momento le dieron un nocaut a la excitación.

—Robert, mis papás... van a escuchar —le recordó que en la habitación de al lado estaban sus progenitores—, y Jason podría despertar.

—Tienes razón —suspiró buscando un poco de control—. Nadya te deseo tanto. Por favor, regálame unos minutos en tu cuerpo. Prometo que vas a recordarlo, haré que sea especial.

—Mañana... pero no aquí, cuando vayas a buscarme al trabajo podremos ir a un hotel. Por favor, no me siento cómoda sabiendo que mis papás van a escucharnos.

Robert no le dio respuesta, solo buscó sus labios una vez más y le dio un beso apasionado.

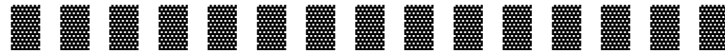
—Voy a contar cada segundo desde este instante —musitó y le soltó el agarre de la pierna, para que pudiera bajarla de su cadera—. Prometo que será especial.

—Estoy segura de eso, no hace falta más que tu presencia para que sea especial —se alejó un poco, necesitaba huir a terreno seguro—. Buenas noches, creo que ya no hace falta el beso.

—Siempre me hacen falta tus besos, pero no quiero perder el control una

vez más.

Se acostaron boca arriba con la mirada perdida en la penumbra de la habitación, esperando que la exaltación llegara a cero para poder conciliar el sueño.



Casi sin aliento y en medio de las sábanas revueltas Candice regresó a la realidad, aún sentía esa horrible sensación de dolor en las manos y el corazón brincándole en la garganta.

—¡Dios! —chilló al verse a salvo.

Como todas sus pesadillas, esa había sido demasiado real, había luchado por seguir sosteniéndose de la cadena de su madre para no caer en ese hueco oscuro. Era absurdo, porque no podía comprender cómo la prenda había soportado su peso mientras era balanceada por la impiadosa brisa que se arremolinaba en aquel extraño acantilado.

Luchó por mantenerse, por no dejarse vencer aunque el cordón de oro le estaba quemando las manos. Justo en el momento en que vio que era la horrible sombra del hombre de cuencas vacías quien pretendía socorrerla, prefirió soltarse.

Se frotó la cara con las manos, intentando alejar todas las huellas de esa pesadilla de su memoria y volvió la mirada a la mesa al lado de la cama, donde la noche anterior había dejado la cadena con la medalla de la virgen María, pero no estaba.

Inusitadamente los latidos del corazón se le volvieron a acelerar de manera descontrolada.

Volvió medio cuerpo y miró en el suelo, también lo hizo debajo de la cama, suponiendo que en medio de la pesadilla habría dado algunos manotazos y la hubiese tirado al suelo, pero no la veía por ningún lado.

—No puedo haberla perdido —se reprochó saliendo de la cama y caminó hasta la ventana para que la luz del día iluminara mejor la habitación, con ambas manos hizo a cada extremo las cortinas y no pudo evitar retroceder un paso al ver la cadena colgando de la cerradura externa de la ventana.

—Estoy segura de que anoche la dejé sobre la mesa, esto no me puede

estar pasando —murmuró con voz trémula por el miedo; no obstante, se llenó de valor para rescatarla, porque no iba a renunciar a ese objeto que la unía a su madre.

Caminó con decisión y abrió la ventana con mucho cuidado, descolgando el cordón de oro, era imposible que alguien le estuviese jugando una broma, porque desde el jardín no alcanzarían, a menos que usaran una escalera.

Tuvo que deshacer las vueltas que habían hecho con la cadena en la manilla, al asegurarla en sus manos desvió la mirada hacia la casa de Jeremy y soltó un suspiro cargado de melancolía y dolor, aún lo tenía tan aferrado al alma, aún lo amaba tanto y lo extrañaba con infinita locura.

Pero no podía echarse a llorar, ya se lo había dicho todo el mundo, a Jeremy no le gustaría verla de esa manera y a sus padres mucho menos. Cerró la ventana y se fue al baño, dejó la cadena sobre la encimera del lavabo y se desvistió para ducharse.

Después de casi una hora aparecía en el comedor, donde estaba Lizzy cargando a Jason mientras la señora Archer ponía la mesa.

—Buenos días.

—Ya iba a buscarte, parece que se te pegaron las sábanas —comentó Lizzy.

—Lo siento, me he levantado tarde.

—No te preocupes cariño. Por favor tomen asiento —pidió Rose, la mamá de Nadya.

—Gracias.

Candice le ayudó a Lizzy a sentar a Jason en su asiento para comer y ambas ocuparon sus lugares en la mesa.

La señora Rose mostraba preocupación por ambas, comentaba cualquier cosa para conocerlas un poco más y para que ellas no se sintieran solas.

Al terminar con el desayuno, Candice y Lizzy lavaron los platos, aún en contra de las peticiones de la señora Rose para que no lo hicieran.

Nadya y Robert se habían ido muy temprano a sus trabajos, porque antes debían dejar a Ronny en casa de un compañero de clases, para terminar con una práctica de matemáticas, la cual debían entregar ese mismo día.

A media mañana Candice decidió salir e ir a un lugar donde pudieran repararle la cadena de su madre, prometiendo regresar antes de almuerzo. No pretendía alejarse mucho, por lo que salió en su bicicleta.

CAPÍTULO 19

Robert y Nadya habían pedido permiso para salir más temprano de sus trabajos, ambos estaban muy nerviosos, realmente anhelaban ese momento en que se entregarían al deseo que los consumía.

Él pensó en comprar una botella de champagne para celebrar el momento, pero recordó lo que le había hecho el desgraciado de Nick y prefirió no lastimar viejas heridas en Nadya.

Sabía que tampoco podían demorar mucho en el hotel, así que dejó los chocolates y las fresas, al final solo se decidió por un pote de helado, ya que a ella le encantaba y un paquete de preservativos.

Pagó y salió de la tienda, pensando en qué carajos hacía llevando un pote de helado de dulce de leche, si solo iban a tener sexo, no iban a sentarse a comer.

Había pensado tanto en ese momento, pero al mismo tiempo había dejado por fuera los detalles, ni siquiera había pensado a qué hotel la llevaría, estaba seguro que debía ser uno acorde al momento y no uno al pago por hora.

Estacionó el auto y caminó hasta la puerta trasera del restaurante por donde salían los empleados, adherido a la pared contaba los segundos esperando a que ella apareciera.

Cuando la puerta se abrió se le desbocó el corazón y una gran sonrisa se apoderó de sus labios, una que expresaba felicidad y nerviosismo.

—Hola —se acercó a ella y le dio un beso en la boca.

—Hola —murmuró contra los labios de él—. Disculpa, me he demorado un poco.

—No, está bien. No llevaba mucho tiempo esperando —entrelazó sus dedos con los de ella y la guio al estacionamiento donde había dejado el auto.

Ninguno de los dos contaba con la valentía para iniciar el tema de conversación, ambos tenían la convicción de lo que iba a pasar, pero no podían expresar lo que sentían, porque el remolino de emociones girando dentro de ellos, no se los permitía.

Robert empezó a conducir sin rumbo, no tenía la más remota idea de a qué hotel dirigirse.

—¿Estás perdido? —preguntó Nadya al ver que ya habían desperdiciado media hora.

—No —contestó, buscando el lugar más cercano para estacionar y se volvió hacia ella—. Nadya, realmente no sé a qué lugar llevarte, no sé si un hotel sea lo que te mereces, ni siquiera he logrado preparar nada especial, solo he comprado un pote de helado cuando debía por lo menos comprarte unas rosas.

—Está bien, el helado me gusta, prefiero eso a las rosas —le dijo sonriéndole con ternura—. No debes sentirte culpable, sé que cualquier lugar será perfecto.

—Pero no es lo que mereces... tampoco creo que un par de horas sean suficientes para amarte como tanto lo deseo, quiero poder perderme en tu cuerpo y olvidarme del mundo al menos por una noche, no quiero estar pensando en que debo darme prisa porque nos esperan en casa.

—Entonces, ¿no quieres que hagamos el amor?

Robert sintió extraño que ella le llamara de esa forma al acto sexual, eso fue algo que le revolucionó los sentidos.

—Sí, sí quiero, pero tal vez este no sea el mejor momento... me gustaría poder contar con más tiempo, hacer algo especial.

—Creo que... —se mordió el labio y recordó que hasta se había puesto un conjunto de lencería de encaje para ese día—. Tienes razón, no creo que sea el momento más adecuado... realmente quiero experimentar cosas nuevas contigo, pero no me sentiré cómoda pensando que debemos darnos prisa, pero supongo que puedo comerme el helado —agarró la bolsa que estaba a un lado del asiento.

—Seguro se ha derretido —masculló él. Ponía el auto en marcha cuando ella le entregó el paquete de preservativos.

—A pesar de todo, estabas preparado —sonrió al ver cómo a Robert se le subían los colores al rostro.

—Claro que estoy preparado, deseo estar contigo, deseo conocerte,

disfrutarte y saborearte más allá de la barrera que me impone tu ropa —le quitó los preservativos y se los guardó en el bolsillo de sus jeans—. Para eso necesitareé mucho tiempo.

—Entonces será el sábado, voy a confiárselo a mi mamá.

—No sé si eso sea la mejor de las ideas.

—Seguro que lo es. Mi mamá cree que ya hemos pasado las barreras de las ropas, así que le pediré que cuide de Jason todo el día. Mi papá llegará el viernes y estará en casa para cuidar de tus hermanas. Podremos tomarnos todo el día y la noche del sábado.

—Entonces prepararé algo especial.

—Tendrás que comprar otro pote de helado —dijo destapando el que tenía en las manos.

Robert ya sabía cuál era su favorito.

—Compraré varios —sonrió y le tomó la mano, regalándole un beso en los nudillos.



Candice una vez más antes de dormir pasaba horas admirando las fotografías en su celular, mientras las lágrimas le resbalaban por las sienes al ver el rostro sonriente de sus padres, a quienes cada vez extrañaba más, también pasó mucho tiempo admirando esa última fotografía que Jeremy le envió desde el aeropuerto de Barcelona, antes de subir a ese avión que se lo llevó para siempre.

Aunque el cansancio se reflejaba en sus facciones, a ella le regalaba una sonrisa y le había prometido que apenas llegara a Alemania le escribiría, no sabía por qué aún esperaba que Jeremy le cumpliera esa promesa.

Sorbió las lágrimas y soltó un largo suspiro para ver si con eso se libraba un poco de ese peso que llevaba en el alma. Le dio un beso a la pantalla, jurándose a sí misma que nunca lo olvidaría. Y puso el celular sobre la mesa de noche, se acomodó las sábanas y se dispuso a dormir.

Una luz blanca la enceguecía y el piso frío le quemaba la planta de los pies. Todo era muy claro, por lo que le costaba mucho acostumbrar su mirada al lugar y con los párpados entornados intentaba ubicarse en el espacio.

En ese momento la ensordeció la voz de una mujer que a través de unos altavoces anunciaba el abordaje del vuelo 9525 de Germanwings, con destino a Düsseldorf.

De manera inmediata supo dónde se encontraba, por lo que corrió por el solitario lugar sin importar que estuviese descalza, mientras la voz femenina hacía eco en sus oídos.

Lo vio sentado de espaldas a ella y justo en ese momento se levantaba, cargando su bolso de mano.

—¡Jeremy! ¡Jem! —gritó con todas sus fuerzas mientras corría—. Por favor detente, no subas... no vayas a ningún lado —seguía corriendo y aunque no era mucha la distancia que los separaba parecía que no podía escucharle.

Era él, estaba segura de eso, llevaba el mismo jeans y la chaqueta negra de cuero, con su mismo bolso de mano.

—¡Jeremy! —en medio de la desesperación tropezó con alguien que salió de la nada, pero no se detuvo a mirar porque toda su atención estaba concentrada en el chico que amaba y que estaba corriendo un gran peligro.

—Por favor, no subas al avión, no subas —suplicaba en medio del llanto, entonces él se volvió—. ¡Jeremy! Espera, espera —él buscó algo o a alguien con la mirada, pero enseguida se volvió una vez más.

A pocos pasos apareció el puesto de verificación de boletos, había una chica y dos hombres más, Jeremy entregó el boleto y se adentró al túnel de embarque.

—¡No! Jeremy, por favor —siguió corriendo, pero la detuvieron los dos hombres—. Por favor, ese chico, ese chico, no lo dejen subir. Suéltense —forcejeaba, mientras su mirada seguía posada en Jeremy.

Antes de que él subiera al avión vio una sombra a su lado, no era la sombra de Jeremy, no lo era. Era ese hombre que parecía ser el negativo de una fotografía, el hombre de sus pesadillas.

—¡Jeremy! Déjalo, déjalo, aléjate de él —Sentía que las venas del cuello iban a reventárseles y la garganta le ardía; aun así Jeremy no la escuchaba y los hombres que la sostenían no la soltaban.

—Candice... Candice ya, tranquila, tranquila —Robert la rescataba de esa angustiante pesadilla.

Candice se aferró al abrazo de su hermano mientras sollozaba.

—Se lo llevó, fue él quien se lo llevó... —repetía hipando, mientras

Robert le acariciaba los cabellos.

—Tranquila, respira Candice... solo ha sido un mal sueño.

Ella una vez más había despertado a todos los habitantes de la casa con sus gritos.

—El hombre Robert... la sombra se llevó a Jeremy, el mismo de siempre... me quitó a Jeremy.

—Ya pasó, solo fue una pesadilla. No fue así, solo lo estás asociando — Robert desvió la mirada a Lizzy, quien ya le entregaba un vaso con agua a Candice.

Ellos estaban acostumbrados a esos episodios que atormentaban a su hermana y sabían cómo calmarla.

Lizzy se sentó a un lado de la cama y le ofreció el agua, Candice no quería beberla, no quería que le dijeran que nada de lo que soñaba era real porque no se explicaba las cosas que pasaban más allá de los momentos de sueño.

No le encontraba una explicación lógica a los moretones en su cuerpo, ni a la cadena colgando al otro lado de la ventana, ni a todas las cosas que desde niña le habían sucedido.

Lo que más le atormentaba en ese momento era que no estaba su papá, ya él no podría protegerla, ya no lo haría.

Robert ante la mirada desconcertada de Lizzy salió de la habitación, encontrándose en el pasillo con Nadya y sus padres, quienes se mostraban realmente aturcidos.

—Disculpen, olvidé decirles que Candice constantemente sufre de pesadillas —explicó y se fue a su habitación, de ahí regresó con una almohada y unas cobijas—. Pueden regresar a sus habitaciones —se acercó a Nadya y le dio un beso en la mejilla—. Vuelve a dormir, amor. Yo me quedaré con Candice.

—Está bien, pero si necesitas que sea yo quien la cuide, puedo hacerlo.

—No, no es necesario —le regaló una sonrisa a medias y entró una vez más en la habitación de su hermana—. Lizzy, regresa a tu cama —le pidió mientras acomodaba sobre la alfombra la almohada y las cobijas, exactamente como lo hacía su papá.

Candice al verlo se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar.

—No tienes que hacerlo Robert, puedes regresar a tu habitación —le pidió limpiándose las lágrimas.

—Prometí que las cuidaría y eso es lo que estoy haciendo. Ahora deja de

llorar que todo estará bien —le guiñó un ojo y le pellizcó una mejilla.

—¿Puedo dejar encendido el velador? —preguntó recostándose una vez más, cubriéndose con las sábanas.

—Sabes que no me molesta la luz —dijo sonriente.

Lizzy en su camino a la habitación se encontró con la señora Rose de pie junto su puerta.

—¿Estás bien? —preguntó con hermosa voz maternal.

—Sí, ya estamos acostumbrados a la sombra en las pesadillas de Candice.

—¿Son muy comunes las pesadillas?

—Sí, desde niña. Puede que pase meses sin tenerlas, pero nunca se van por completo, siempre es el mismo hombre al que ella describe como una sombra, al principio mis papás la llevaron con un psicólogo, pero todo en ella es normal —explicó mirando al rostro de la señora Rose, viendo en él una mezcla de ternura y preocupación.

—Seguro que habrá algo que hacer —dijo con una dulce sonrisa—. Ya no te quito más tiempo, regresa a la cama.

—Gracias, disculpe lo que ha pasado.

—No tienes que disculparte por nada, querida —le acarició los cabellos.

Lizzy entró a su habitación y la señora Rose se fue a la que ocupaba junto con su esposo.

A la mañana siguiente, cuando todos se levantaron, ya la señora Rose les tenía el desayuno preparado, a los chicos Adams le impresionaba la energía que poseía la mujer, parecía nunca agotarse.

Después de desayunar, Robert y Nadya se marcharon a sus trabajos, Candice y Lizzy ayudaron a la señora Rose con la limpieza de la casa y el señor Owen se hacía cargo de Jason, mientras que Ronny estaba terminando sus deberes de la escuela.

Por la tarde Lizzy se fue a la escuela junto con Ronny, aunque él aún estaba en primaria.

—Candice, ¿te gustaría acompañarme a la iglesia? —preguntó la señora Rose, interrumpiendo los pensamientos taciturnos de la joven, quien estaba sentada en el porche de la casa.

Ella no sabía qué responder, no estaba preparada para salir de la casa, aún no quería enfrentarse al mundo y tampoco era muy asidua a ir a la iglesia. Creía en Dios, su madre le había enseñado a encomendarse a él y se sabía todas las oraciones, pero solo asistía a la iglesia en ocasiones sumamente

especiales.

—Sí —dijo al fin, al no encontrar una excusa que le permitiera rechazar la petición de la señora Rose—. Voy por mi bolso —se levantó y fue a buscar lo que había dicho.

En la habitación se peinó los cabellos en una cola y se cambió de camiseta.

La señora Rose se despidió de su esposo, quien se quedaría a cargo de Jason y le prometió que regresarían pronto.

Llegaron justo para la misa, al parecer últimamente la gente había perdido la devoción, porque en el recinto había varios puestos vacíos. La señora Rose y Candice se ubicaron en la primera banca, al lado derecho.

Una melodía casi celestial inundaba el lugar, así mismo el aroma a flores creaba un ambiente de paz, mientras el sacerdote se preparaba para dar inicio.

Candice estuvo atenta a todas y cada una de las palabras, atendiendo a la razón de las explicaciones del hombre ataviado de blanco.

Cuando llegó el momento de recibir el cuerpo de Cristo, prefirió quedarse en su puesto, porque había perdido la cuenta de los años que llevaba sin confesarse.

Casi al terminar, el sacerdote se acercó a la banca donde estaban sentadas varias personas, entre esas ella. Mientras hablaba, les posaba levemente la mano en las cabezas y continuaba con la misa.

—Siempre que pasamos por situaciones difíciles nos preguntamos dónde está Dios, pero por qué no lo hacemos todos los días. No importa si estamos pasando por buenos o malos momentos, Dios siempre debe estar en nuestros corazones y pensamientos... —hablaba el sacerdote mientras caminaba lentamente, hasta que posó la mano sobre la cabellera rubia de Candice—. Puede que no sepamos cómo comunicarnos con él, pero no importa la manera en que lo hagamos, él nos escucha y también podemos escucharlo. Solo debemos cubrir nuestros corazones de fe y pedirle: “Señor, hazme oír tu amable bondad, porque en ti confío, indícame el camino por donde ande, porque a ti elevo mi alma. Señor, líbrame de mis enemigos, Señor en ti confío”. Debemos confiar en él para que seamos salvos —dio otro paso y apoyó su mano sobre la cabeza de la señora Rose—. Para que las grandes maldades que moran en la tierra no nos alcancen, ni nos perturben. Si no confiamos en Dios, nuestra fortaleza se hará cada vez más débil y seremos blancos para nuestros enemigos.

Candice se quedó observando atentamente al sacerdote, quien aún con los ojos cerrados seguía con la misa. Esas palabras que él decía le llegaban al corazón, tal vez necesitaba acercarse un poco más a Dios para que esa sombra dejara de molestarla y parara de llevarse lo que más amaba.

La misa terminó y durante el camino de regreso conversaba de todo un poco con la señora Rose, a ella simplemente le gustaba asistir a la iglesia un par de veces por semana y decía que eso era suficiente para sentirse tranquila, para vivir en paz; que eso le había ayudado a encontrar soluciones hasta en los momentos más difíciles.

Esa noche, Candice descargó la biblia a su teléfono y empezó a leerla, admitía que la confundían tantos nombres y tantas palabras a las que no les sabía el significado, pero encontró hacer la lectura un poco más entretenida al empezar a buscar en la web lo que significaban esas palabras que no comprendía y las anotaba en un cuaderno.

—Al menos enriqueceré mi léxico —se dijo cerrando el cuaderno.

Lo dejó sobre la mesa al lado de su cama y encima le puso el teléfono, esa noche no vería fotografías de sus padres ni de Jeremy, porque no quería tener pesadillas.

Apagó la luz y se metió bajo las sábanas. Esa noche durmió como no lo había hecho en mucho tiempo, ni siquiera como lo hizo mientras estuvo en la cura de sueño; porque aun así, las pesadillas no dejaron de atormentarla.

Al día siguiente, después del desayuno y ayudarle con los deberes de la casa a la señora Rose, sin informarle a nadie se fue a la iglesia, donde se confesó, le contó al sacerdote por todas las cosas que había pasado. Desde la muerte de Jeremy y sus padres, hasta el hombre sin rostro que la perseguía en sueños, también le reveló que muchas veces parecían no ser sueños porque amanecía con marcas en su cuerpo y cosas extrañas pasaban con algunos objetos.

Le contó al sacerdote todas esas cosas que no se había atrevido a confesarle a nadie más.

Él demostró total atención y en ningún momento vio en su cara atisbo alguno de incredulidad, parecía que era la única persona que podía creer en lo que decía.

CAPÍTULO 20

Robert había prometido que el fin de semana junto a Nadya sería especial, así que recurrió a los ahorros que tenía para comprarse el auto y alquiló una casa en Malibú por dos días, totalmente equipada, por lo que no tuvo que comprar nada más.

Cuando llegaron al lugar, Nadya no lo podía creer, había perdido el control sobre sus reflejos y no podía cerrar la boca al ver la casa.

—Robert, ¿has robado un banco? ¿O es de un amigo? ¿Es de tu jefe? —preguntó con un centenar de mariposas haciendo fiesta en su estómago.

—Te podría decir que me la han prestado, pero me prometí que nunca te mentiría y probablemente termines enterándote... La he alquilado.

—¿Estás loco? Esto debió costarte una fortuna —aseguró admirando la casa de dos pisos, que aunque pequeña, era extremadamente lujosa. Casi en su totalidad eran paredes de cristal, pisos de mármol blanco y pilares en el mismo color, con una arquitectura extremadamente minimalista y un jardín envidiable—. Robert, esto no es necesario, por favor... cancela todo esto y que te devuelvan el dinero —se dio media vuelta y caminó hacia el chico.

—Nadya, no voy a hacer eso que me pides... prometí que sería algo especial.

—Nada de esto es necesario para que sea especial, no hace falta que gastes tus ahorros para que sea especial —dijo acercándose a él, quien la asió por la cintura.

—Solo quería un poco de privacidad, es por los dos... por favor Nadya, quiero que pasemos un fin de semana alejados del mundo, alejados de todos... que solo seamos tú y yo.

—Pudimos alejarnos del mundo sin necesidad de recurrir a esto.

—Quise que fuera de esta manera, anda —le dio un beso, apenas contacto de labios—. Entremos, tiene una vista maravillosa.

—Nunca en mi vida he estado en un lugar como éste.

—Yo tampoco y esta es la oportunidad.

—Sigo creyendo que no debiste hacerlo. ¿En serio no puedes pedir que te devuelvan el dinero?

—No, ya no hay manera de que me devuelvan el dinero, así que vamos a aprovechar cada minuto que han cobrado —le dijo guiñándole un ojo con picardía, la tomó por la mano y la condujo dentro de la casa.

Nadya no pudo evitar reír al ver todos los métodos de seguridad a los que tuvo que recurrir Robert para poder abrir la puerta, la que parecía estar sostenida por dos paneles de cristal. Cuando por fin entraron, el ambiente era de total inmensidad, muebles blancos, grises y caoba contrastaban armónicamente con el piso blanco de mármol y las alfombras negras.

—¿Quieres beber o comer algo?

—Necesito urgentemente un poco de agua —suplicó tragando en seco para pasar tanto asombro.

—Está bien —sonrió de camino a la cocina mientras ella lo seguía.

Como era de esperarse, el lugar era totalmente acorde con el resto de la casa, electrodomésticos cromados y algunos enchapados en espejos, todos empotrados en muebles blancos.

—Es como si estuviese en el 2040 o algo así —se carcajeó mientras se miraba en el espejo del refrigerador.

—Creo que es lo que han pretendido con la decoración —dijo mirándola a través del espejo, mientras llenaba el vaso con agua del dispensador—. Aquí tienes.

—Gracias... —le dio un sorbo y miró hacia el exterior, observando el maravilloso paisaje. La casa se encontraba en una colina, por lo que la playa se veía en toda su extensión, brindando una sensación de paz infinita.

—Desde la habitación se ve mucho mejor —le dijo él y ella se atragantó con el agua, como si fuera una estúpida puritana, tosió varias veces y Robert le palmeaba la espalda.

—Lo siento... lo siento —se disculpó con los ojos aguarapados y el rostro sonrojado por la tos.

—¿Estás bien? —preguntó con la mirada brillante cargada de picardía, Nadya asintió, llevándose una mano al pecho—. Entonces, voy al auto por los bolsos, regreso en un minuto. ¿Me esperas en la sala?

—Sí, sí —asintió reafirmando.

Robert fue a buscar los bolsos y Nadya se paseó por la sala, observando cada detalle de ese lujoso lugar, no quería imaginar cuánto había pagado Robert por eso, se sentía culpable porque él había hecho eso por ella, por hacer algo especial, ¿acaso no comprendía que su sola presencia convertía el más sencillo de los lugares en algo único?, no era una cuestión de espacio, era de lo que él significaba en su vida.

—¿Quieres conocer la habitación? —preguntó sorprendiéndola.

—Sí, me gustaría —se dio media vuelta y caminó hasta la mano que Robert le ofrecía, se aferró al agarre y subieron las escaleras.

Entraron a la habitación principal y al igual que el resto de la casa, tenía las paredes de cristal, solo había pared de concreto pintadas en blanco para crear algunas divisiones dentro del recinto.

La habitación principal era del tamaño de la sala de su casa y una cama como para cinco personas, con sábanas y dosel de un blanco impoluto, la alfombra de pelo largo en diferentes tonos de marrón hasta llegar al beige.

Robert ya le había dicho que la vista desde ese lugar era aún más hermosa y no mentía, eso era lo más cercano al paraíso, la habitación tenía una terraza, en la cual había una piscina que parecía fundirse con el Océano Pacífico.

Él se paró detrás de ella, cerrándole la cintura con los brazos y empezó a dejarle caer besos en el cuello y hombro.

—¿Qué te parece? —preguntó en medio de una lluvia de besos, sin poder ponerle frenos a la excitación que empezaba a gobernarlo.

—Es hermoso... casi un sueño —murmuró con las voz ronca, siendo víctima de la debilidad que provocaba en ella Robert; sin embargo, algo contradictorio pasaba—. Tengo miedo —le confesó—. Sé que es estúpido que me sienta de esta manera —permitió que él la volviera de frente para mirarla a los ojos—. Lo siento Robert —bajó la mirada, sintiéndose completamente una imbécil.

—Puedes estar tranquila cariño, no tiene porqué ser justamente ahora.

—No, debería ser justamente ahora. Deberíamos habernos arrancando la ropa antes de subir las escaleras, pero tengo miedo... no sé cómo explicarlo, parezco una tonta, se supone que ya tengo un hijo, sé perfectamente lo que va a pasar y deseo que pase, pero siento que no puedo avanzar... mis estúpidos temores me lo impiden y no quiero arruinar el momento.

—Nadya, sé que estás nerviosa, yo también lo estoy... pero dejemos que las cosas pasen de manera natural, no forcemos nada, el momento justo

llegará sin que lo programes, tenemos todo un fin de semana para entregarnos. Te mentiría si te digo que no estoy ansioso, te deseo como nunca antes lo había hecho con nada ni a nadie y no tienes la remota idea de la tortura que ha significado para mí tenerte cada noche en mi cama y no poder saciar estas ganas que te tengo, pero aún puedo esperar el momento adecuado —le acunó el rostro para que lo mirara a los ojos—. Olvidemos lo que vinimos a hacer aquí y solo disfrutemos de este lugar, ¿te parece si cocinamos algo?

—Voy a prepararte un almuerzo especial —sonrió tímidamente. No quería que fuera de esa manera, pero le haría caso a Robert y esperaría a que se diera de manera natural, tal vez pensar en que debía cumplir con algún deber era lo que la tenía muy nerviosa.

—Prefiero que lo hagamos entre los dos.

Bajaron a la cocina y Nadya se sorprendió al ver que estaba totalmente equipada como para un mes, había muchos alimentos importados.

No querían pasar horas cocinando, por lo que prepararon algo realmente rápido, unas verduras al vapor, filete de pollo a la plancha y puré de papa.

Mientras almorzaban, disfrutaron de la vista de ensueño y conversaron, llegando a la conclusión de que verían una película mientras la comida les hacía digestión.

Subieron a la habitación y se metieron a la cama comprobando que era como para cinco personas, ambos se pusieron de acuerdo en ver una película de acción. El filme que eligieron era protagonizado por Liam Nesson y era realmente entretenido, a pesar de que casi a mitad de la película se quedaron dormidos, quizás debido a que el almuerzo los obligó a tomar la siesta.

Robert poco a poco fue despertando, removiéndose en el colchón, intentando desperezarse y estirándose como un gato, al abrir los ojos se percató de que había dormido más de la cuenta, porque la habitación se encontraba en penumbras y también de que se encontraba completamente solo en la cama.

No se dejó llevar por el arrebató y supuso que Nadya debía estar en la terraza, ya que la puerta de cristal estaba abierta y la brisa calaba en la habitación, agitando suavemente el dosel blanco.

Se incorporó en la cama, quedando sentado y se pasó las manos por los cabellos en un intento por peinárselos, consciente de que al despertar siempre eran un desastre.

Suspiró para terminar de arrasar con cualquier atisbo de sueño y se levantó, aún llevaba puesto el chándal negro con el que había llegado.

Caminó hacia la terraza que se encontraba oscura, pero antes de poder salir vio a través de la fina tela del dosel a Nadya en la piscina, la que estaba iluminada por las luces led en el suelo, eran diminutos faros en color blanco que simulaban como si ella estuviese nadando completamente desnuda en un cielo estrellado.

Inevitablemente los latidos de su corazón emprendieron una carrera desesperada, nunca en su vida había visto algo más sensual, algo más erótico, nunca antes otra mujer había provocado en él tanto descontrol, tanto como para que sus latidos se expandieran por todo su cuerpo, sobre todo hacia la zona sur, donde su amigo latía desahogado. La sangre en sus venas quemaba y aunque la brisa refrescaba el lugar la nuca empezaba a sudarle.

Era el momento y aunque no lo fuera se arriesgaría, por lo que con gran rapidez se desvistió y salió a la terraza aprovechando que Nadya nadaba al otro extremo y no era consciente de que él la estaba espiando.

Caminó con rapidez y se lanzó al agua, nadó hasta donde estaba ella saliendo a la superficie, la tomó por la cintura y se le pegó al cuerpo, dejándole saber que estaba desnudo al igual que ella. Ante el contacto de las pieles ardientes, sus cuerpos se estremecieron.

—Buenas noches —murmuró él en el oído de ella, sintiendo el corazón acelerado.

El agua estaba realmente agradable, por lo que estaba seguro de que no saldrían de la piscina tan rápido.

—Buenas noches —dijo casi sin aliento y una risita nerviosa.

—¿Te asusté? —preguntó obligándose a mantener las manos quietas, al menos por el momento.

—Un poco, no quise despertarte... sé que debes estar cansado —llevó sus manos al borde de la piscina para mantenerse a flote, mientras su cuerpo estúpidamente temblaba al sentir por primera vez el cuerpo de Robert desnudo y pegado al de ella, era tan firme y tan caliente que no quería que se alejara ni un solo milímetro.

Al frente tenía la inmensidad del universo, del océano y el cielo unidos, el sonido de las olas rompiendo en la orilla acompañaba al de sus respiraciones cargadas de deseo y los latidos de sus corazones desbocados.

—Ya he descansado lo suficiente, creo que esta noche la pasaré muy, pero

muy despierto —le dejó caer un beso en el hombro, robándose algunas gotas de agua que vibraban sobre la sedosa piel—. Eres la mujer más hermosa que he visto Nadya... no tienes la remota idea de lo perfecta que eres para mí... eres maravillosa —Le dio otro suave beso en la base del cuello, al tiempo que quitaba algunos mechones de cabello que se le habían pegado, despejó la piel y siguió con sus cautelosos besos, mientras ella empezaba a regalarle un concierto de suspiros—. Había imaginado tanto este momento... lo he soñado muchas veces.

—Rob... —murmuró sintiendo cómo el cuerpo de él se acoplaba al de ella y su centro latía descontrolado al percibir cómo la erección de él palpitaba, elevándose, dura y caliente rosando su trasero—. Te quiero, te quiero... quiero que pase ahora, quiero que hagas este momento realmente especial y que pueda recordarlo hasta el último segundo de mi vida.

—Así será mi hermosa Nadya —le permitió a sus manos que empezaran a recorrer cada espacio de ese cuerpo tembloroso, se aferró a los pechos y gruñó bajito al sentirlos suaves, turgentes, mojados—. Eres una bendición... cada vez que veo tus ojos, tu boca... tu boca me enloquece —con gran lentitud la hizo girar—. En tu boca quiero inventar nuevos besos —murmuró contra los labios trémulos de ella y no era por frío.

—Puedes inventar todos los besos que quieras. Toma mi boca, es tuya, yo soy tuya —se acercó y entonces un beso apasionado surgió, uno cargado de desenfreno y locura.

Nadya se le aferró al cuello, saboreando la tibia saliva de Robert, quien avivaba el fuego entre sus piernas, las que él abría y llevaba a su cintura; ella sin dudarlo se apretó al cuerpo tan firme, tan perfecto de su novio, de su amor.

Sintió el glande suave, muy suave acariciarle los labios vaginales, el jadeo de placer se le arremolinó en la garganta, porque Robert tenía su labio inferior aprensado entre sus dientes, inventando nuevos besos, nuevas caricias y nuevas miradas.

—Debemos ir a la habitación, aquí no tengo preservativos —le recordó mirándola a los ojos, mientras le apretaba con fuerza las nalgas.

—No hace falta que uses nada... me he estado cuidando —le regaló una sonrisa mezcla de vergüenza y deseo.

—Entonces no vamos a perder el tiempo —le sonrió y con precaución la llevó hasta un lugar menos profundo, donde al menos él pudiese mantenerse

en pie, sin necesidad de estar aferrado al borde—. Es una noche hermosa, ¿no crees? —preguntó elevando la mirada al cielo, el que se encontraba totalmente estrellado y parecía estar muy cerca de ellos.

—Sí, nunca antes había visto una noche tan linda —alegó ella, observando el manto negro decorado por millones de estrellas.

—Es una noche para hacerla especial, para hacerla inolvidable... para borrar cualquier recuerdo amargo, cualquier desilusión y hacer que solo vivas este instante, sintiendo ese amor tan intenso que me consume y que necesito compartir contigo —le besó los labios una y otra vez—. Necesito entregarte esta locura que has despertado en mí.

—Gracias por entrar a mi vida Robert, gracias por no haberte dado por vencido cada vez que te rechacé. Soy tan estúpida que estuve a punto de perderte, de dejar pasar esta oportunidad.

—No iba a desistir, no iba a hacerlo porque tenía claro que lucharía, iba a hacer que te enamoraras de mí sí o sí... Esta noche te daré todo... esta noche vamos a detener el tiempo. ¿Estás preparada? —preguntó acariciándole los muslos sin que sus besos cesaran.

—Lo estoy —volvió a cerrar sus piernas en torno a la cintura de Robert, acercándose lo suficiente a la erección.

Él le llevó las manos a las nalgas y muy lento empezó a entrar en ella, el pecho se le iba a reventar y contuvo la respiración mientras entraba, disfrutando de esa fricción tan suave, húmeda y caliente.

Un jadeo ahogado se quedó suspendido en la garganta de Nadya, al tiempo que enterraba sus uñas en la espalda de Robert, la invasión era incómodamente deliciosa, era una extraña sensación que colmada su necesidad de sentirse llena, a pesar de que dolía un poco.

Robert temblaba tanto como ella, se alejó, pero no salió, solo se movía ensanchando un poco más, acostubrándola a su tamaño, a esa invasión que para ella era la primera vez, porque realmente era primera vez que la sentía.

—¿Cómo se siente? —preguntó él con los labios sonrojados y entreabiertos.

—Bien, muy bien... demasiado bien, sigue Robert... sigue —suplicó siendo ella la que avanzaba con el movimiento de su pelvis, mientras el agua chapoteaba ante cada encuentro, ante cada embestida.

Robert le tomó la palabra y siguió, no se detuvo, no lo hizo hasta que ambos estallaron en plena noche, teniendo la certeza de que realmente sería

inolvidable.

Nadya había tenido su primer orgasmo experimentado en compañía de un hombre, ya que cientos de veces había acallado los clamores de la naturaleza con sus manos. Robert le había nublado los sentidos, estar aferrada a él, sentir tanta humedad, tanta calidez en su interior, escuchar esa respiración agitada, los roncossusurros, las miradas cargadas de deseo, ese momento al lado del chico que amaba se habían convertido en la mejor experiencia vivida.

La claridad del sol los despertaba en medio de sábanas revueltas, desnudos y con un apetito voraz. La noche había sido larga, tanto como para que en la memoria de Nadya quedara el recuerdo indeleble de haber experimentado junto a Robert cinco encuentros, cada uno más fogoso y desinhibido que el otro.



La mirada azul impasible se encontraba fija en uno de los rincones del techo donde una araña persistentemente formaba su intrincada tela.

—Puf —abrió el puño que mantenía cerrado en el instante en que la luz de su patética celda se apagó. Solo quedó encendida la tenue luz del pasillo que se colaba a través del pequeño rectángulo con barrotes de su puerta.

Todas las noches a la misma hora, como estaba programado el sistema eléctrico del psiquiátrico, dejaba a las habitaciones inmersas en penumbras; no obstante, Benjamin podía seguir observando claramente el arduo trabajo de la araña.

Estaba en el suelo acolchado que también le servía de cama y asiento, ya llevaba un año en ese lugar y no terminaba de acostumbrarse a ese asqueroso olor a humedad y sudor, recordándole que no había sido el único que había permanecido encerrado en ese triste espacio.

Siguió observando a la araña creando su red, sin darle ningún tipo de importancia al tiempo porque si lo hacía, definitivamente terminaría igual que casi todos en ese lugar.

—¡No! ¡No! ¡Ya no! —Escuchó Benjamin las súplicas de la mujer de al lado, como cada miércoles y viernes, estaba seguro de que se harían más desesperadas y se extenderían por cuatro horas más, eso siempre pasaba los

días que Davor tenía libre y que no hacían ronda nocturna en esa área, el hombre era el único que se compadecía de ellos y estaba atento si alguno de la máxima necesitaba de algo.

La mujer seguía llorando y parecía que nadie más la escuchaba implorar, sencillamente en ese lugar nadie oía, nadie veía, nadie hablaba, porque para los que se creían cuerdos, los internados estaban más dementes que unas cabras y no merecían ni un poquito de consideración.

—Por favor, por favor... me comportaré, está bien, voy a ponerme de rodillas —soltó un grito cargado de llanto—. Ya estoy de rodillas.

Lo poco que sabía de esa mujer era que tan solo contaba con veintitrés años, que padecía de lagunas mentales y que en una de ellas asesinó a su hermano menor. Apenas la había visto una vez, cuando pasó frente a su habitación porque la llevaban a servicios médicos, ya que extrañamente le habían aparecido heridas en la espalda y nalgas, hechas por lo que ellos creían hojilla o bisturí.

Él sabía que nada de eso era extraño, pero no importaba lo que dijera, porque jamás nadie le creería una sola palabra a La Bestia, por lo que prefería reservarse cualquier comentario.

El llanto se escuchaba sofocado, como si algo o alguien la amordazara y a cada grito ahogado le acompañaba un azote o una bofetada, eso se repetía cada semana, seguramente la mujer estaba a punto de colapsar, con lo que vivía no creía que pudiera aguantar mucho y le pasaría lo mismo que a las otras dos que habían estado en esa misma habitación.

Verdaderamente lo que le importaba era que en esas horas su sueño se veía perturbado, últimamente tan solo estaba durmiendo de cuatro a cinco horas y aunque no se sentía cansado, sí le agobiaba estar despierto siendo consciente de que el tiempo transcurría con mayor lentitud.

CAPÍTULO 21

Corazón congelado, alma en llamas

Candice descubrió que asistir regularmente a la iglesia había ayudado considerablemente con sus pesadillas, las que prácticamente habían desaparecido pero sobre todo con la resignación, había superado la pérdida de sus seres queridos. Comprendía que sus padres y Jeremy estaban mucho mejor en el lugar que Dios había dispuesto para ellos, tan solo los recordaba para revivir los momentos lindos que pasaron a su lado.

En muy pocos meses se había comprometido no solo con el cristianismo, sino con la comunidad, le entristecía ver cómo había personas que verdaderamente necesitaban ayuda. Servir al prójimo se había convertido en su vocación, había abandonado la universidad, porque consideraba que estudiar arquitectura no sería tan altruista como ir a un hospital y brindar palabras de aliento a esas personas que padecían enfermedades dolorosas.

Había empezado a ir con varias personas de la iglesia a brindarles palabras de aliento, pero al transcurrir las semanas se había dado cuenta que no era suficiente, por lo que empezó hacer algunos cursos de primeros auxilios.

—Buenos días —saludó caminando hacia una esquina del comedor, donde la noche anterior había dejado una cesta de alimentos básicos que había preparado para regalársela a la familia que visitaría ese día.

—Buenos días Candice, ¿no vas desayunar? —preguntó Robert, captando la atención de su hermana—. Es domingo, ¿podrías pasar un poco de tiempo

con la familia?

Él había sido testigo del gran cambio que había dado su hermana, consideraba que se estaba involucrando demasiado con la religión, tanto que sus gustos habían cambiado de manera radical, hasta en su forma de vestir había influenciado, ahora vestía como una mujer de sesenta años, llevaba meses sin verle el cabello suelto, solo con ese moño pegado a la nuca que no dejaba escapar ni una sola hebra.

—Comeré algo en el camino, voy con la señora Thomson a llevarle comida a algunos habitantes en Fresno. Rob... hay muchas personas necesitadas.

—Candice —carraspeó, pensando en cuáles palabras usar—. Tu familia también te necesita. Por Dios, casi no permaneces en la casa, apenas sí te vemos la cara —reprochó con voz calmada. Tanto Candice como él eran el centro de miradas de las demás personas.

—Rob, no uses el nombre de Dios en vano, no hables así —recriminó aferrándose a la cesta de comida y mirándolo duramente—. No has visto lo que esas personas necesitan, lo de ellos es más que presencia... debemos ser amables con el prójimo, yo hago lo que puedo.

La señora Rose solo bajó la mirada. De cierta manera se sentía culpable, al ser ella quien había llevado a Candice a la iglesia, pero jamás pensó que se involucraría de tal manera.

—Candice, no siempre se trata de los demás, podrías pensar un poco en ti... dedícate un poco de tiempo para ser feliz.

—Soy feliz con lo que hago, me hace feliz poder ayudar a otras personas, me hace feliz ver el agradecimiento en las miradas de los niños y ancianos, me hace feliz hablarle a las personas de lo misericordioso que es Dios, porque lo ha sido conmigo... desde que lo encontré me siento mucho mejor.

Robert se quedó mirándola, percatándose de la determinación en Candice, no quería discutir con ella, no quería hacerla sentir mal. Estaba seguro de que nada tenía que ver la religión, ni la iglesia, mucho menos quiénes asistían. El problema era ella, quien parecía haber encontrado un alivio a su dolor en entregarse en cuerpo y alma a Dios y a la ayuda al prójimo.

—Está bien. Si eso te hace feliz, ve a donde tengas que ir —suspiró, clavando la mirada en los huevos revueltos con tocino.

—Gracias, prometo regresar temprano y los acompañaré a ver una película —caminó a la salida, cargando la pesada cesta de comida.

—Sinceramente, creo que leer tanto la biblia la ha enloquecido —murmuró

Lizzy—. Te lo dije cuando empecé a notarla extraña, tal vez si le hubieses hablado a tiempo, no estaríamos pasando por esto ahora —le reprochó a Robert.

—Creo que Candice solo necesita tiempo, recibió golpes emocionales muy fuertes y tal vez ayudar a otras personas sea su manera de canalizar el dolor que aún siente —argumentó Robert, pero muy en el fondo sabía que su hermana menor tenía razón.

—Cada vez es peor, le han lavado el cerebro. Parece como si la hubiesen hipnotizado, solo tienes que mirar cómo se viste... no es nuestra Candice —negó con la cabeza—. No creo que darle tiempo sea la solución, debes exigirle que deje de jugar a ser la buena samaritana, para eso hay instituciones... Aunque no lo creas se expone a peligros, porque va a las comunidades pobres a ayudar a la gente, pero sabes que en esos lugares también hay muchos delincuentes.

—Cuando regrese hablaré con ella... Ahora por favor, terminemos de desayunar en paz —pidió y sintió la mano de Nadya por debajo de la mesa, regalándole un cálido apretón un poco más arriba de la rodilla.

—Sé que es un tema de hermanos, pero me gustaría ayudarte, tal vez de mujer a mujer podríamos entendernos mejor.

—Gracias —le regaló una significativa mirada, sintiendo que el peso sobre sus hombros aminoraba.

Esa noche después de ver la película, Robert le pidió a Candice que lo acompañara hasta el porche y la invitó a sentarse en la banca que colgaba de las vigas del techo.

Habló con ella y solo le suplicó que no los abandonara tanto, que Lizzy y él la necesitaban, que requerían de su presencia. Pareció entender, no prometió que pasaría más tiempo con ellos, pero sí que haría el intento.

Candice le había confesado que desde que había empezado a acercarse más a Dios, las pesadillas que la habían perseguido desde niña habían desaparecido y Robert fue consciente de eso, porque habían pasado varios meses sin que los despertara en medio de gritos.



Se encontraba completamente aislado del mundo y de cualquier tipo de claridad natural, su único sol era la bombilla que colgaba del techo y algunas veces cuando la miraba fijamente, se balanceaba.

Por seguridad, nunca le quitaban las malditas correas de cuero con las que le mantenían las manos atadas y constantemente la piel de las muñecas se le desollaba por el roce.

Por ser de la máxima, nunca lo habían sacado al comedor, le pasaban la comida por el compartimiento inferior de la puerta, si era que a eso se le podía llamar comida.

Solo un hombre era el que lo visitaba tres veces por día, para dejarle los alimentos y para conducirlo al baño para que hiciera sus necesidades y se aseara, eso se lo agradecía a Davor, porque al menos no lo dejaba ahogarse en su propia mierda.

No obstante, nadie le brindaba la posibilidad de arreglar su apariencia, llevaba más de un año sin cortarse el cabello, ya le llegaba por debajo de los hombros y tenía la barba sumamente larga. Se podría decir que había adoptado un estilo hipster bastante natural, del que no era para nada partidario.

Davor temía acercarse a él con tijeras o navaja en mano; los demás sencillamente le tenían pánico. Nadie quería acercarse a La Bestia después de que relacionaran la muerte del doctor Grignard con su caso médico.

El mundo exterior parecía haberlo olvidado, pero los que a diario se topaban con él de camino al baño, seguían mirándolo con desprecio.

Cualquiera que estuviese pasando por esa situación sería merecedor de lástima, pero él se sentía muy bien, no le hacía falta nada, no anhelaba nada, era como estar suspendido sin nada que hacer, solo esperando. Algunas veces conversaba con Davor al que muchos subestimaban por tener cierto grado de retraso mental, pero realmente era muy inteligente, más que cualquiera de los que se consideraban muy listos.

Como ya lo sabía, el tiempo en ese lugar se había convertido en su condena, pero de eso ya quedaba muy poco porque ese día, justo en ese momento su liberación se acercaba, esa salvación que Iblis le había susurrado, iba a entrar en menos de un minuto por su puerta, podía sentirla.

El aroma a rosas que inundaba el ambiente la delataba, mientras contaba uno a uno sus pasos gráciles. No la conocía, no tenía la más remota idea de cómo era físicamente, pero la fuerza divina que desprendía lo envolvía todo.

La pesada puerta se abrió y entró el único hombre al que le había visto la cara por tanto tiempo. Davor, con su altura intimidante y una contextura pasada de peso, pero con la ingenuidad de un niño de diez años que algunas veces tartamudeaba, le hizo espacio a quien sería su boleto a la libertad.

Ahí estaba, parada bajo el umbral de la puerta, iluminada por la luz del reflector del pasillo, sin atreverse a dar un paso dentro de su habitación.

¿Rubia? Jamás pensó que fuese tan rubia, ni tan delgada, mucho menos que fuese tan joven, con unos grandes y expresivos ojos verdes, que reflejaban una mezcla de temor, valentía y misericordia.

Lo que verdaderamente no le gustaba era la ropa, eso definitivamente no le ayudaría, esas faldas que le llegaban casi a los tobillos y esa blusa abotonada hasta el cuello, no inspiraban absolutamente nada, al parecer Iblis tenía razón y era más pura que el agua que le pasaban a diario. Era una extraña criatura, de las que casi se habían extinguido.

—Hola Candice —saludó, al descubrirle inmediatamente el nombre en la mirada—. Eres muy puntal, juro que te estaba esperando —confesó con voz seductora, esa que comúnmente usaba cuando años atrás quería llevarse a una mujer a la cama, mientras le sonreía con ironía al ver cómo esos ojos se opacaban por el miedo.

Candice había escuchado más de una historia aterradora con relación a los asesinatos que había cometido Benjamin Sutherland un par de años atrás. Sin duda alguna había sido un acto atroz, aunque muy pocas eran las personas que lo recordaban. Del famoso actor juvenil, solo quedaban leyendas en las que lo nombraban La Bestia.

No podía evitar sentir miedo. Quería ayudarlo, pero no conseguía olvidar totalmente lo que había hecho. Algunas veces cerraba los ojos y recordaba algunas de las dantescas fotografías que había visto en los diarios.

—Puede pasar —pidió Davor, haciéndose a un lado para brindarle mayor espacio.

—Gra... gracias —titubeó regalándole una sutil mirada al hombre.

Suponía que Benjamin sabía su nombre porque alguien le había informado de su visita.

Del seductor actor quedaba muy poco, realmente muy poco. Le costaba reconocerlo, sabía que era Benjamin Sutherland por el color de los ojos y porque así decía la ficha que le habían mostrado.

En él se evidenciaba el tiempo que llevaba encerrado en ese lugar, su piel

se encontraba realmente pálida y casi traslúcida debido a la falta de sol y una buena alimentación. Tenía unas ojeras que gritaban lo poco que estaba durmiendo.

—Hola Benjamin —mostró humildad y valor al adentrarse un poco más en la habitación, sintiendo cómo sus pies se hundían en una goma espuma que sin duda alguna estaba vencida.

Él se encontraba en el centro de ese triste lugar, estaba acuclillado en una posición casi animal, parecía un simio blanco que se balanceaba de un lado a otro, como si fuese un péndulo que pretendía hipnotizarla, el cabello oscuro se mecía al mismo ritmo y la incipiente barba escondía el rostro por el cual le habían hecho tantos reconocimientos años atrás.

No pudo evitar llenarse de tristeza e impotencia al ver que estaba en un total estado de abandono, había sido uno de los actores mejores pagados de Hollywood y prácticamente de la noche a la mañana se había reducido a la nada.

Al menos se encontraba limpio, extrañamente su vestimenta era de un blanco impecable, pensó que tal vez sería nueva y se la habían ofrecido esa misma mañana para que ella no se alarmara aún más, aunque parecía que él mismo no fuese consciente del estado en el que se encontraba, dudaba mucho que en el último año hubiese visto su reflejo en un espejo; no obstante, le sonreía y esa actitud inevitablemente le gustaba, porque demostraba que estaba feliz de verla. Podía asegurar que estaba ansioso por recibir la ayuda que ella quería ofrecerle.

Benjamin con sus ojos de un azul que casi llegaba al zafiro, una sonrisa seductora, nariz de un tabique perfecto y un rictus entre encantador y maléfico, lo hacían merecedor de cualidades suficientes para demostrar el atractivo físico que poseía, pero no era más que una tentadora carnada que atraía a la presa a una muerte segura.

Se encontraba en el suelo acolchado, con sus manos hacia adelante, unidas por las correas de cuero, apoyándose en el suelo y se podía sostener solo con los dedos de sus pies, algo que solo lograban conseguir las bailarinas de ballet, mostrando unos muslos bien formados a pesar de su casi extrema delgadez.

Él movió de forma amenazante su cuerpo hacia adelante, como si pretendiera lanzársele encima y Candice sin poder evitarlo dio un paso hacia atrás, al tiempo que su corazón respondía con latidos desbocados y dolorosos,

estaba segura de que él podía escucharlos, por lo que quiso salir corriendo del lugar, pero la promesa que había hecho debía ser más poderosa que su miedo.

Prometió ayudar a un alma en pena, a mostrarle el camino de Dios y por casualidad un par de meses atrás, había conocido en la iglesia a un enfermero que había trabajado en ese lugar.

Jacob le hizo saber acerca del caso de Benjamin, argumentando que quedaba fuera de cualquier asunto médico o psiquiátrico.

Le dijo que el paciente había quedado en el olvido, que nadie se atrevía a prestarle ayuda, ni siquiera la iglesia, objetó que para ser creyentes y fieles seguidores de Dios, eran quienes menos creían en el mal.

Ella misma fue testigo de cómo varias personas aseguraron que Benjamin Sutherland solo estaba demente, no prestaron un mínimo de atención cuando Jacob relataba que durante el tiempo que trabajó en el psiquiátrico, veía a través de las cámaras de seguridad de la habitación que ocupaba el paciente, cómo cada media noche se levantaba y parecía mantener conversaciones con alguien ubicado justamente en el punto ciego del lugar y que esas pláticas duraban hasta un poco más de las tres de la madrugada.

No pudo evitar sentirse identificada con Jacob al ver cómo él aseguraba que algo pasaba con Benjamin, así como ella aseguraba que sus pesadillas eran mucho más que impulsos subconscientes de sus temores.

Tal vez a Benjamin le pasaba lo mismo que a ella y por eso estaba ahí, para ayudarlo, para mostrarle el camino indicado. Estaba segura de que si le leía un poco la biblia, de que si se mostraba realmente interesada en lo que le pasaba podría, rescatarlo de esa tortura que significaba que nadie creyera en cosas que quizás eran sobrenaturales.

Por lo que una vez más, se armó de valor y avanzó un par de pasos, respirando profundamente para intentar calmar los latidos temerosos de su corazón.

Simplemente debo olvidar los asesinatos que cometió —pensó, intentando mostrar una sonrisa, pero verdaderamente no lograba hacerlo porque era un cúmulo de temblores.

—No tengas miedo, no te haré daño —la voz incitante y cautivadora de él la envolvía casi por completo, estaba luchando entre un salir corriendo de ese lugar y nunca más volver o un quedarse y ayudarlo.

—¡Cállate Benjamin! —exigió Davor en una clara amenaza, como siempre lo hacía, aunque nunca lo había lastimado por temor a una represalia por

parte del paciente.

Constantemente lo mandaba a callar, sobre todo cuando lo atormentaba con sus cuentos del mal reinante, del futuro o de cómo podía manipular la mentalidad humana.

—Asustas a la señorita, ¿no ves que es una hermana? —Davor no tenía la más remota idea de cómo dirigirse hacia Candice, no sabía cómo llamar a alguien que alegaba haber venido por parte de la iglesia.

—No... no se preocupe —tartamudeó Candice, presa del miedo que le causaba el hombre de cuclillas frente a ella, quien no mostraba ningún indicio de incomodad por estar soportando todo el peso de su cuerpo sobre los dedos de los pies.

—No es una hermana, ni monja, ni nada de eso —le aclaró Benjamin a su pobre guardián retrasado—. Solo es una sublime criatura que realmente no sabe lo que quiere —se mostraba totalmente renuente a callarse.

—No se preocupe hermana, siempre anda diciendo que conoce a las personas... y que puede ver el futuro, pero no es más que un charlatán —explicó Davor para tranquilizarla, al ver que la mirada de la hermosa jovencita de ojos verdes estaba cargada de pánico.

Davor era un hombre de unos cuarenta años, sumamente alto y bastante pasado de peso, con cierto retraso mental, pero era muy inteligente y humano, fue el único que se ofreció para ayudar a Benjamin en su higiene, decía que ni el ser más malvado del mundo merecía ser echado al olvido.

—Gracias señor... sin embargo, Benjamin tiene un poco de razón —no podía evitar sentirse cada vez más aturdida ante la insistente mirada brillante de Benjamin sobre ella, no quería hacerse ideas absurdas, pero sentía como si el cuerpo le estuviese aumentando de temperatura. Se tanteó disimuladamente las mejillas y efectivamente estaban muy calientes, supuso que solo era fiebre emocional.

—Pero no se asuste —le regaló una sonrisa conciliadora, la que acentuó más las líneas de expresión alrededor de esos ojos marrones cargados de bondad—. Seguro lo habrá leído en algún diario y por eso sabe su nombre también.

Candice sonrió ante las intenciones del señor Davor por hacerla sentir mejor, estaba segura que jamás podrían saber algo de ella en los diarios, porque no era precisamente una persona que despertara el interés de la prensa.

—Davor... Davor, ¿aún te cuesta? ¿Alguna vez me has facilitado un diario, gordo inhumano? —inquirió Benjamin con sarcasmo—. Ni un cigarro me traes —desvió la mirada hacia Candice, solo moviendo lentamente las pupilas, sin siquiera parpadear—. Supongo que no será a través de los diarios que pueda enterarme de las inquietudes y miedos de la señorita, ¿o sí? —Le regaló una sonrisa cargada de seducción e ironía.

—Deberías ser más respetuoso con el señor Davor, es la única persona que se interesa por ti, nadie más lo hace, a nadie más le importas... y estás muy equivocado, claro que sé lo que quiero, estoy segura de que me entregaré a Dios —expresó con convicción, levantando la barbilla en una actitud que mostraba orgullo, aunque sabía que la soberbia no era buena.

Primera vez que exteriorizaba la decisión que había tomado semanas atrás. Se entregaría en cuerpo y alma a ese ser omnipresente que había rescatado y sanado su corazón.

Benjamin silbó irónicamente y rodó los ojos en un movimiento entre arrogante y divertido.

—Creo que Dios tendrá que esperar —comentó conteniendo una estruendosa carcajada, tenía ganas de reír como nunca.

—No importa cuánto deba esperar, Dios de igual manera nos recibirá con los brazos abiertos.

Yo también te estoy esperando con los brazos abiertos —pensó Benjamin elevando la comisura derecha, percatándose de que el bocado estaba apetecible al menos, le parecía realmente hermosa.

—Aceptaré nuestro perdón cuando lo hagamos de corazón, todos somos sus hijos, sin importar los errores cometidos, su infinita misericordia nos arropará y en su reino nos recibirá... Benjamin, aún puedes entrar al reino de los cielos —dijo con voz calma y mirándolo con compasión.

—Ah, no gracias, aquí estoy bien, Davor es buena compañía —acotó con ironía y sus ojos siguieron a Candice, quien empezaba a caminar hacia él, pero no lograba ocultar ese miedo que se le aferraba a cada molécula del ser.

—Tenga cuidado señorita —Davor la siguió con cautela—. La Bestia tiene más de dos años que no ve a una mujer.

—Gracias señor Davor, mi presencia aquí no es como mujer, sino como una consejera espiritual.

—Para ser solo consejera espiritual tienes buenas tetas.

Por primera vez Davor tuvo que actuar y le dio un manotón en la cabeza,

despeinándolo.

—Respetar a Bestia o no permitiré que nadie más venga a verte.

—No... no lo lastime, no es necesario por favor, eso solo alimentará el rencor en su corazón —le pidió Candice, colocándose de cuclillas frente a Benjamin, quien la miraba fijamente y sus ojos tenían las pupilas extremadamente dilatadas, parecían un túnel sin salida, un pozo sin fin que se había robado casi todo el hermoso y brillante azul de sus iris.

Benjamin la miró fijamente, parecía un animal estudiando a su presa, deteniéndose en cada rasgo. Ella no llevaba ni una pizca de maquillaje, lograba apreciar los vellos rubios que salían de cada poro de ese hermoso rostro, por muy imperceptible que fuesen.

Movía su cabeza de un lado a otro, muy común en los depredadores, provocando que el nerviosismo en Candice, aumentara pero no lo suficiente como para quebrantar su valor.

—Podría encontrar a tus padres y con gusto les sacaría las vísceras por lo que te hicieron —propuso hurgando en las pupilas de Candice y extrañamente descubriendo el secreto de su origen, uno que hasta ella misma desconocía—. Recién nacida te dieron peor trato que a un animal y te dejaron en un basurero, a la lástima de otras personas... lo hicieron porque sencillamente no te planificaron, ¿y tú qué culpa tenías? —hablaba con total convicción y Candice en un intento por levantarse y salir corriendo del lugar, solo cayó sentada.

Esa visión de ella totalmente aterrada y vencida en el suelo, despertaron de forma inesperada unas ganas casi irrefrenables de querer saltarle encima y asesinarla, devorársela por completo. Tuvo que recurrir a todo su autocontrol para no hacerlo, no se permitió avanzar porque si le hacía daño perdería su oportunidad, nunca conseguiría la libertad, no encontraría la salvación y no quería quedarse toda la vida en ese apestoso lugar.

Debía controlar esas ganas, al menos hasta engendrarle un hijo y después se daría el placer de comérselos el corazón a ambos, paladeó lentamente la saliva que se le acumuló en la boca, solo de pensar lo gustoso que sería probar la sangre de esa mujer.

Candice intentó ponerse en pie, pero su cuerpo tembloroso no se lo permitió; sin embargo, se apoyó sobre los talones, encontrando impulso para alejarse mientras el corazón se le iba a reventar en latidos. Era imposible que Benjamin supiera de su procedencia.

En lo poco que había conseguido hurgar en el alma de Candice, descubrió que era una persona defensora de las personas débiles y vulnerables, solo se ganaban su bondad los desvalidos y de manera inmediata ideó un plan. Al mínimo movimiento de ella dio un brinco sumamente rápido, impresionando a los presentes y se refugió en un rincón, de espaldas a Candice y Davor, llevándose las manos al rostro, mostrando un pánico perfectamente actuado.

Candice cuando vio a Benjamin brincar, no pudo retener un grito ante el miedo, pero no la atacó como temía, simplemente se alejó de ella y se mostraba realmente asustado, estaba temblando y parecía un niño indefenso.

Gran parte de su miedo se disipó, por lo que con cautela gateó acercándose lo más posible y se dejó caer sentada sobre sus talones, admirándolo con gran atención, descubriendo en ese instante las permanentes heridas que las correas de cuero le provocaban en las muñecas, estaba segura de que eso debía dolerle y una vez más el corazón se le cargó de tristeza.

—Tranquilo, no te haré daño, solo estoy aquí para ayudarte... si quieres puedes llamarme por mi nombre —propuso estirando con cuidado su mano, rozando con la yema de sus dedos el dorso de la mano de Benjamin.

—Tenga cuidado —advirtió Davor parándose justo detrás de Candice.

Benjamin una vez más dio un respingo ante el toque, que ella se tomara esas atribuciones solo debilitaba su fortaleza de no hacerle daño antes de conseguir su único objetivo, si seguía acercándose de esa manera terminaría asesinándola.

—No te haré daño —susurró retirando la mano al percatarse de que a él no le agradaba que lo tocara—. ¿Cómo quieres que te llame? —preguntó con un tono de voz casi angelical.

Candice no lograba reconocer en el chico al famoso actor, a ese que no toleraba porque le parecía antipático. Para ella sencillamente era otra persona, el actor había quedado fuera de esas cuatro paredes.

—Bestia, todos me llaman así —dijo descubriéndose el rostro y mirándola fijamente, mostrando a segundos una combinación de perfecta maldad y su actuación del ser miedoso.

—No... no eres ninguna bestia —aseguró moviendo la cabeza en una actitud negativa—. No te llamaré de esa manera, ¿qué te parece si te llamo Ben? —propuso con una encantadora sonrisa.

La mirada de Benjamin destelló al ver cómo las pecas en la nariz de ella se acentuaban ante el gesto de fruncirla ligeramente.

—Ben —murmuró ante la idea de que lo llamara de la misma manera en que lo hacía Maureen cuando apenas era un niño—. Viene siendo un nombre tan débil como Jeremy.

Candice intentó controlar sus emociones ante ese gran golpe que Benjamin le había dado, sin duda alguna sabía todo de ella y no podía explicarse porqué y mucho menos cómo. Sin poder evitarlo sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no las derramó, su amor ya no debería ser por un hombre, debía aprender a vivir con la muerte de Jeremy, debía hacerlo; ya había pasado mucho tiempo de eso, ahora debía encontrar el amor en Dios y entregarse totalmente a él.

—Te llamaré Ben porque no te llamaré Bestia, no es lo que mereces —le dijo con convicción, una vez más pecando inconscientemente ante el orgullo—. Necesito curar esas heridas —le hizo saber fijando la mirada en las muñecas lastimadas, una vez más se llenó de valor, no le demostraría que la había herido, porque tal vez solo pretendía asustarla para que se marchara, así que no iba a rendirse tan pronto.

—No duelen —respondió atraído por las lágrimas nadando en los ojos verdes de Candice. Él ya había olvidado cómo llorar, desde que su alma se encontraba tras el escudo nunca lo había intentado, porque sencillamente no sentía esas emociones que desencadenaban el llanto.

—Tal vez no te duelan, pero pueden infectarse —aseguró mirándolo a los ojos, sin duda le parecían muy bonitos, no veía maldad en ellos.

—Si no lo han hecho en dos años, no lo harán ahora —recordando que la piel se le había desollado desde que lo habían encerrado en ese pestilente lugar.

—Entonces no se infectarán, pero yo quiero verlas sanas, no quiero ver heridas en ti —le hizo saber y desvió la mirada hacia Davor, quien se encontraba parado a un lado de ella—. Señor Davor, ¿podría ser tan amable de pasarme el maletín que he traído? —pidió dedicándole una significativa mirada.

Candice a donde quiera que iba, siempre llevaba un maletín con los medicamentos e implementos básicos de primeros auxilios, además de algunas galletas o dulces para ofrecer a quien pudiera necesitarlo.

Benjamin vio a Davor alejarse y darles la espalda, inevitablemente una vez más en él latía ese instinto desesperado de querer lanzársele encima a Candice y estranglarla o tal vez matarla a mordiscos, esa idea le tentaba

mucho más, porque podría disfrutar de la sangre mientras se perdía en esos ojos con el color de los bosques en primavera, esos ojos le trajeron el recuerdo de la naturaleza, de un mundo exterior que inexplicablemente en ese instante empezaba a extrañar.

CAPÍTULO 22

Candice abrió su pequeño maletín de primeros auxilios, el cual le habían revisado antes de entrar, para evitar que llevase algún instrumento médico que sirviese como arma para La Bestia.

Sacó el recipiente que contenía el antiséptico para limpiar las heridas, empezó a destaparlo, pero no podía, se sentía avergonzada porque no lograba abrir el bendito frasco, aun así no se atrevía a mirar al hombre sentado frente a ella.

Benjamin empezaba a perder la paciencia, quería arrebatarse el frasco y ponérselo por la cabeza, los latidos del corazón lo ahogaban al verla tan cerca y no poder hacer nada para acabar con esa débil existencia, tal vez su tortura terminaría si le ayudaba a destapar el maldito frasco, en ese momento solo quería que se apresurara y se largara de una vez por todas, porque no sabía si podría seguir reteniendo sus instintos asesinos.

Benjamin no pudo seguir soportándolo y le arrebató el recipiente. Con un sencillo movimiento, en el que no empleó ningún esfuerzo, destapó el antiséptico y se lo entregó.

—Gra... gracias —murmuró Candice mirándolo a los ojos, intentando controlar el miedo que provocó él con su rápida e inesperada ayuda.

Aún se sentía temerosa, no era fácil para ella estar con un hombre que había asesinado tan salvajemente a su propia madre, un ser que para cualquier ser humano es sagrado y todo lo que le había hecho a Karen. ¡Por Dios santísimo! La había violado mientras le sacaba los ojos.

Sacudió ligeramente la cabeza para alejar esos pensamientos, porque se había prometido ayudar a Benjamin sin juzgarlo, porque el único que podía hacer juicios era Dios.

Benjamin no dijo nada, solo miraba las pecas que adornaban esa pequeña y respingada nariz, cómo las sutiles manchas color café se movían y cambiaban su tamaño ante los gestos que ella hacía, era lo más bonito que había visto en mucho tiempo, inevitablemente aumentaban sus ganas por poseerla, engendrar un hijo en ella no sería ningún sacrificio, después gozaría al ver

cómo esa vida se apagaría entre sus manos.

Benjamin fue consciente en ese momento de que deseaba asesinar, anhelaba hacerlo, después de acabar con su madre y Karen no deseó robarle la existencia a nadie más y suponía que eso no debía estarle pasando, Candice era su salvación, quien lo sacaría de ese lugar y no debería vivir la tortura de querer asesinarla y no poder, al menos no hasta el momento del sacrificio.

—Señor Davor, ¿podríamos quitarle o aflojarle un poco las correas? —preguntó Candice, sacando con su voz de niña a Benjamin de sus tendencias asesinas hacia ella.

—No puedo señorita, no está permitido —informó el hombre, tratando de mantenerse impasible.

—Pero si no lo hace será imposible curarlo, esto es algo inhumano, no pueden mantenerlo de esta manera —replicó ante la bondad que la gobernaba.

—Davor, escucha a la hermana, ya he dicho que no le haré daño. Ni siquiera tengo unas tijeras, ¿cómo se supone que podré degollarla? Aunque bien podría arrancarle la yugular de un mordisco, pero no debo hacerlo. Si lo hiciera, ¿quién curará mis heridas? —intervino Benjamin con ese toque de sarcasmo que bailaba en su voz, observando cómo el frasco empezaba a temblar en las manos de Candice y le gustaba ver cómo despertaba el pánico en ella solo con unas simples palabras.

—Voy a buscar las llaves, pero también voy a traer el bastón eléctrico, nunca te he hecho nada, pero tocas a la señorita y te electrocuto, juro que no lo pensaré, Bestia —advirtió el hombre señalándolo constantemente.

—Eso es lo malo, ustedes piensan y es lo que los jode —se burló, demostrando que no le había dado la mínima importancia a las amenazas de Davor.

—Ya cállate, deja de hablar tonterías —le pidió y desvió la mirada hacia Candice—. Señorita, venga conmigo, no la dejaré aquí sola con este asesino.

—Sí... sí —le dijo Candice, colocando el envase con antiséptico al lado del maletín y se puso de pie. No creyó necesario llevárselo, por lo que lo dejó y salió en compañía de Davor.

Cuando regresaron, Benjamin parecía ser una estatua, no parpadeaba y parecía que tampoco estuviese respirando, se encontraba sentado sobre sus piernas cruzadas.

Candice fijó su mirada temerosa en el chico, quien parecía una criatura sin

vida y soltó un grito cuando lo vio poner los ojos completamente en blanco.

—No se preocupe, le gusta jugar de muchas maneras, solo quiere asustarla —informó Davor, quien ya conocía algunos de los trucos de Benjamin.

—Tenías que cagarla Davor, siempre arruinas todo —resopló Benjamin, fijando nuevamente su mirada en ellos y elevando la comisura derecha, derrochando sátira.

—Mira lo que traje —amenazó agitando el bastón.

Benjamin aprovechó la estupidez del hombre para hacerse la víctima en ese momento, sabía que sus cambios drásticos de comportamiento tenderían a confundir a “su salvación”, estaba seguro de que no podía mostrarse como la paloma de la paz inmediatamente, porque Davor lo conocía y entonces sospecharía que algo no andaba bien.

—¡No! Aléjalo por favor, por favor —pidió desesperadamente, elevando sus brazos y cubriéndose el rostro, mostrando pánico ante el bastón eléctrico.

Candice al verlo sufrir corrió hacia él y una vez más se dejó caer sentada sobre sus talones.

—Tranquilízate, el señor Davor no te hará daño.

—Sí... sí lo hará, todos quieren hacerlo, todos quieren que muera porque soy La Bestia, todos me odian —su voz vibraba como si retuviese el llanto, pero en realidad la fingía y le salía muy bien.

—Yo no te odio, tranquilo... déjame curarte, yo sé que estás arrepentido por lo que hiciste y Dios te va a perdonar. Cuando pidas perdón él lo aceptará... comprenderá que todos sus hijos en algún momento comenten errores —dijo Candice con su dulce voz y su fe en el punto más alto.

—Déjame aflojarte las correas —pidió Davor al acercársele—. Todo malo es cobarde, sabes bien que no te haré daño. No a menos que me obligues a hacerlo —desvió la mirada hacia Candice—. Si casi todos los días me cuenta lo que soy y hasta me ha dicho que voy a morir a los ochenta y siete años, de un ataque al corazón mientras esté dormido... Según él, ni lo sentiré —el noble corazón de Davor se arrepintió de la amenaza hecha, mientras abría el pequeño dispositivo que mantenía ajustadas las correas, las que aflojó y se las subió hasta los antebrazos.

—No lo sentirás. Pero cuando me amenazas, deseo que te pase un camión por encima y te aplaste la cabeza —Benjamin mentía, no quería eso para Davor. Era un buen hombre, uno de los pocos que había en ese lugar, pero le gustaba asustarlo.

—Por favor Ben, no debes desear ningún mal al prójimo, solo se volverá en tu contra —intervino Candice, tratando de evitar los malos pensamientos en el chico y empezando a usar el diminutivo de su nombre para dirigirse a él.

—Entonces no me alcanzará esta vida para que tu Dios me devuelva todo el mal que he deseado.

Candice prefirió no hacer ningún comentario al respecto, porque era evidente que primero debía ganarse al menos un poco de confianza de Benjamin.

Prefirió empezar a curarlo, lavó las heridas, las restregó para retirar la piel muerta, normalmente eso hacía gritar a las personas ante el dolor y él ni se inmutaba, eso le extrañaba, pero alejaba cualquier extraña suposición al pensar que simplemente Benjamin contaba con mucho valor.

—¿Quieres que te cuente porqué estoy aquí? —inquirió buscando la manera de distraerse de esas ganas que tenía de asesinarla.

—Ya lo sé, no es necesario que te martirices contándomelo —respondió ella untando una crema blanca sobre las heridas.

—No me martiriza hacerlo, quiero contarte.

—Yo no quiero oírlo —replicó ella con convicción, estaba segura de que él encontraba gozo en vociferar lo que había hecho, pero mientras las personas siguieran interesadas en que les contara sobre los asesinatos, lo harían sentir orgulloso de eso.

—¿No quieres que hable? —curioseó mientras su mirada se posaba sobre el pecho de ella, observando cada latido que el corazón daba.

—Si es sobre tus crímenes no, prefiero que no hables.

—Bueno, entonces háblame tú, cuéntame cómo murió Jeremy—se hizo el interesado y controló una carcajada al ver cómo ella se turbaba completamente.

—No tengo ganas de hacerlo —susurró y las lágrimas se arremolinaron en su garganta al sentirse herida, agilizó su labor, vendó rápidamente las muñecas y cerró el maletín, poniéndose de pie torpemente—. He terminado.

—¿Vienes mañana? —curioseó, mirándola hecha un manojo de nervios a causa de las viejas heridas que él hurgaba y eso le saciaba un poco las ganas de matarla, al menos la hacía sufrir.

—No lo sé —respondió con la voz ronca por las lágrimas contenidas—. No quieres dejarte ayudar, intenté hacerlo, pero no quieres la salvación...

—Sí la quiero, por eso te quiero aquí mañana —le dijo antes de que ella pudiese decir algo más.

Candice prefirió no dar ninguna respuesta, solo le pidió al señor Davor que le abriese la puerta mientras el hombre volvía a ajustar las correas en las muñecas de Benjamin.

Tan solo un minuto después salió en compañía de Candice, dejando a Benjamin completamente solo, pero al menos con las muñecas curadas y vendadas.

Candice prácticamente huyó de ese lugar, caminaba rápidamente, intentando alejarse lo más posible de Benjamin Sutherland, con el pecho agitado y cargando su pequeño maletín. Soportaba fieramente las ganas de llorar, no quería hacerlo en plena vía pública, mandó a parar al primer taxi que vio.

Subió y le dio la dirección de su casa al chofer, ni siquiera iría a la iglesia. En el asiento trasero del auto se aferró a su maletín, percatándose de que todo su cuerpo temblaba, empezó a hacer hondas respiraciones en un intento por calmarse, pero inevitablemente las palabras de Benjamin habían tenido mucho peso sobre ella.

No pudo evitarlo más y las lágrimas se les derramaron, se sentía más herida que asustada, no le importaba saber cómo era que Benjamin sabía tanto de ella, sino que prácticamente se burlaba de situaciones que tanto dolor le habían causado.

Benjamin esa noche no durmió, se quedó esperando a Iblis para que le diera una explicación de lo que estaba pasando, pero no apareció, primera vez que lo dejaba esperando, justo cuando más necesitaba de él.

Quería que le cambiara a la mujer, que le enviara a otra que no despertara esa maldita necesidad de querer asesinarla, porque estaba seguro de que no podría controlarse por mucho tiempo.

No quería emplear ningún plan de seducción, no quería enamorarla, solo quería cogérsela, engendrarle un hijo y salir de eso de una vez por todas, realmente empezaba a ver el tiempo como el peor enemigo y ese no era el maldito acuerdo.

Iblis debía hacer algo al respecto, porque no quería a la tonta de ojos esmeralda.



Candice apenas logró conciliar el sueño, no podía sacarse de la cabeza a Benjamin Sutherland, en una actitud masoquista revivía cada minuto que pasó en ese lugar tan deprimente, sobre todo esos ojos azules que iluminaban ese rostro cubierto por vellos, pero que también la asustaron cuando los vio completamente blancos.

No necesitaba de ningún reloj despertador que la sacara del sueño, aun cuando se había desvelado toda la noche, despertó a las seis de la mañana, se desperezó y bajó de la cama.

Se arrodilló frente al lecho para agradecerle a Dios por un nuevo día, a su padre celestial le pidió que le ayudara a aclarar las ideas, porque verdaderamente no quería regresar al centro psiquiátrico, no estaba preparada para que Benjamin siguiera lastimándola.

Sabía que ayudar no era fácil y que algunas veces necesitaba hacer sacrificios por el bien de los demás, tal vez le pediría consejos al sacerdote de su iglesia.

Despejó sus pensamientos e inició sus oraciones del día, incluyendo entre ellas a Benjamin Sutherland, para que aceptara la ayuda que le estaba ofreciendo, al terminar se levantó y se dirigió al baño.

Después de su desayuno, fue a la iglesia y habló con el sacerdote, sin atreverse a confesarle a quién pretendía ayudar, por respuesta recibió que encauzar a las personas por el camino de Dios era muy difícil, que lamentablemente vivían en tiempos en que los creyentes eran muy pocos, le aconsejó que no desistiera tan pronto, Dios era perseverante con sus hijos, tenía fe en su creación y por eso todos los días al salir el sol les daba una oportunidad para que aceptaran el arrepentimiento y le abrieran el corazón.

Candice decidió que volvería a hacer el intento con Benjamin, antes de salir de la iglesia le solicitó al sacerdote que le bendijera un poco de agua, no sabía por qué lo hacía pero sentía que por algo debía empezar.

Sabía que lo que Benjamin había cometido era pecado mortal, pero tal vez no había sido consciente de ello, tal vez había sido manipulado y necesitaba rescatar esa alma corrompida, le ayudaría a encontrar el arrepentimiento antes de que fuese demasiado tarde, porque si Benjamin no se arrepentía de sus pecados, perdería a Dios por toda la eternidad.

CAPÍTULO 23

Al igual que el día anterior, llevó su maletín de primeros auxilios, porque tal vez tendría que cambiarle el vendaje que le había puesto a las muñecas de Benjamin.

Caminaba por el estrecho pasillo, alumbrado solo por las luces de los reflectores, mientras soportaba ese olor a humedad que realmente era desagradable. Sabía que el edificio era viejo y que resultaba mejor demolerlo y construir otro que invertir en una remodelación, pero al menos deberían hacer unas ventanas para que entrara luz natural, un poco de ventilación no les vendría nada mal.

Sonrió al ver al señor Davor sentado en una silla metálica de color blanco, frente a la puerta del cuarto que ocupaba Benjamin Sutherland, al parecer muy poco se alejaba del lugar.

—Buenos días señorita Candice —saludó el hombre poniéndose de pie, haciéndole una sutil reverencia.

—Buenos días señor Davor, ¿cómo está?

—Muy bien, aunque con un poco de sueño —confesó con una tonta sonrisa—. ¿Vino a ver a La Bestia? —preguntó, pero notó el descontento en la mirada verde—. Disculpe, es la costumbre.

—Sí, vengo a ver a Benjamin. Voy a revisarle los vendajes y a leerle un poco la biblia.

—¡Ya me la sé! —exclamó Benjamin en voz alta desde adentro, provocando que Davor sonriera.

—No se preocupe, siempre es así... escucha hasta lo más mínimo, gracias a él encuentro los grillos que a veces no me dejan dormir, sabe decirme exactamente dónde están... No le haga caso, usted haga lo que crea

conveniente —le pidió el hombre, abriendo la pesada puerta.

—Buenos días Ben —saludó Candice, tratando de controlar los latidos de su corazón y una vez más temía al verlo. Él se encontraba al otro extremo de la habitación, de pie contra la pared.

Benjamin ancló su mirada en ella y empezó a caminar lentamente, era muy fácil percibir el miedo que la invadía, el corazón le latía desbocado y él perfectamente podía escucharlo.

Ahí estaban una vez más esas malditas ganas de querer correr hacia ella y lanzársele encima como si fuese un animal salvaje y degollarla a mordiscos, contuvo la respiración, para frenar esos impulsos que latían tan desbocados como el corazón de Candice.

Empezaba a admirar el valor en esa chica tonta que lo veía acortar la distancia y aunque estuviese envuelta en pánico, no se movía del lugar, se acercó todo lo que pudo y todo lo que Davor le permitió, tan cerca del rostro de ella que apreció las venas azuladas que se transparentaban a través de su nívea piel.

—Buenos días, hermosa —le susurró profundamente, dejando su tibio aliento sobre los voluminosos labios femeninos y ella retrocedió casi de un brinco, sintiéndose aturdida ante la mirada azul brillante y cautivadora—. No me digas que tengo mal aliento —comentó alejándose—. Davor, dile que todos los días me lavo los dientes y dos veces, lo hiciese más pero este gordo no me saca de este lugar.

—Aléjate Bestia, asustas a la señorita. Vuelve a acercártele de esa manera... —le advertía cuando Benjamin intervino.

—Y me electrocutarás. Sí, sí, ya lo sé —ironizó negando con la cabeza.

—No... no tienes mal aliento Ben, solo que no me llames hermosa —murmuró sintiéndose confundida, porque no le había gustado que la llamara de esa manera; no obstante, le había agradado su aliento, era suave y cautivador, extrañamente era como esos caramelos de canela que tanto le gustaban y no podía creer que ese hombre tuviese el aliento como su único vicio, inevitablemente la boca se le hizo agua, quiso rebuscar en el maletín y calmar la ansiedad.

—¿Por qué no quieres que te diga hermosa? ¿Acaso no te has visto en un espejo? —preguntó mirándola con detenimiento.

—Sí, me he visto en un espejo, pero mi nombre es Candice —le recordó, estaba segura de que Benjamin era un casanova o al menos lo había sido,

seguramente pensaba que era una de esas chicas que suspiraban por él cada vez que lo veían a través de una pantalla o en alguna revista.

—Entonces por qué no me llamas como me llaman mis amigos, Davor es mi amigo y me dice Bestia, todos me llaman Bestia, así que si tú quieres llamarme de esa manera tan ridícula, usando el diminutivo de mi nombre, te llamaré hermosa.

—Señorita, realmente es usted hermosa —confesó Davor sonriendo—. Tiene razón La Bestia —no pudo controlar la inocencia que a veces le ganaba por su ligero retraso, comportándose como un niño.

—Gracias Davor —dijo ella y se percató de la mirada de Benjamin sobre su rostro, por lo que bajó la cabeza y no pudo evitar sonrojarse—. Si no te gusta que te diga Ben, entonces te diré Benjamin porque para mí no eres ninguna Bestia.

Él la miraba sonriendo de medio lado, sabía que había causado el efecto esperando con su aliento y sus palabras, Candice era tan transparente que no le costaba absolutamente nada descifrar las emociones que la embargaban, era demasiado buena, demasiado ingenua. Podría engañarla como lo haría con una niña de cuatro años.

Empezaba a disfrutar ser esa serpiente que la haría caer en la tentación, contaba con la astucia para empezar a derretir a ese pequeño corazón congelado por el dolor de la pérdida.

Solo necesitaba encontrar la manera de controlarse, porque no sabía por cuánto tiempo más pudiese hacerlo.

Dio un paso hacia atrás, en un inútil intento por evitar la mezcla de fascinantes aromas que nunca antes había percibido, inevitablemente el ligero olor a hierro estimulaba su excitación. “Su salvación” estaba menstruando y esa pequeña condición natural en ella, la volvía más deseable.

Candice notó la distancia que Benjamin ponía entre ambos, por lo que se apresuró.

—Está bien, podrás llamarme hermosa —aceptó por temor a perder la poca confianza que se había ganado; colocó el maletín en el suelo acolchado—. ¿Me dejas revisar tus muñecas? Han sangrado un poco y debo cambiar el vendaje.

Benjamin asintió en silencio y se arrodilló frente a ella, quedando a la altura del vientre femenino, percibiendo con mayor fuerza el aroma menstrual, elevó la cabeza para mirarla a los ojos al tiempo que se dejaba

caer sentado sobre sus talones.

Candice lo imitó dejando un poco de distancia entre ambos; sin embargo, él se acercó hasta unir sus rodillas a las de ella, brindándole un tibio y agradable contacto que pudo sentir aunque tuviese la piel cubierta por la tela del vestido. Inevitablemente los nervios se le alteraron, pero era algo completamente distinto al miedo, se obligó a no mirarlo a los ojos mientras internamente se alentaba a romper ese contacto, pero una agradable sensación se lo impedía, por lo que se mantuvo en el mismo lugar.

Abrió el pequeño maletín que tenía al lado para buscar las cosas que utilizaría para la cura, en ese instante decidió que no solo debía empezar con las heridas superficiales, sino que también lo haría con las culpas que Benjamin llevaba en el alma y que tal vez por orgullo no se atrevía a mostrar.

Sacó de su maletín un Santo Rosario de cuentas de madera y si lo rechazaba sería evidente que algo muy malo pasaba con él, pero si lo recibía tal vez estaba preparado para recibir la ayuda espiritual que ella quería ofrecerle.

—Mira, te he traído un regalo —dijo con total inocencia, extendiéndolo frente a Benjamin.

—¡Qué bonito! —ironizó sonriendo, siguiendo con su mirada la cruz que no era más que un péndulo al aire, demostrando cierta emoción, aunque verdaderamente no la sentía; muy por el contrario, le parecía algo sumamente ridículo esa estupidez que tenían algunas personas de creer en objetos.

—Señorita Candice, no está permitido que La Bestia utilice ningún tipo de objeto, puede ser peligroso —aconsejó Davor con la mirada en Benjamin.

—Davor, es mi regalo, ¿realmente crees que podría ahorcar a alguien con un rosario? ¿En realidad me crees un desalmado? —Su voz denotaba una inocencia que nunca había poseído, ni siquiera cuando tenía su alma logró demostrar tanto candor.

—No creo que pueda hacernos daño con esto —acotó Candice, sintiéndose satisfecha al ver que Benjamin aceptaba el Santo Rosario.

—¿Podrías colocármelo? —le pidió incorporándose un poco y acercándole la cabeza, mirándola directamente a los ojos.

Sabía perfectamente que ella lo estaba probando, tal vez lo creía un demonio, por lo que hacía un gran esfuerzo por no burlársele en la cara.

—Sí... claro —respondió y con manos temblorosas empezó a deslizar el rosario, acariciándole con los dedos el cabello, sintiéndolo sedoso, realmente

lo tenía muy cuidado, algo casi imposible para alguien que viviera en esas condiciones.

Sabía que se debía al señor Davor, quien no lo dejaba caer completamente en la miseria, sin duda alguna era un hombre muy generoso, por eso se ganaría un lugar en el reino de los cielos.

—Gracias —le dijo guiñándole un ojo, en un gesto cargado de seducción y bajó la mirada para observar la cruz que reposaba sobre su pecho.

—Así poco a poco aceptarás a Dios en tu corazón —comentó con una amable sonrisa.

Le alegraba saber que Benjamin aceptaba ese escudo de defensa contra el infierno y con eso empezaba a librarse de los pecados.

—Pero éste no es Dios —replicó elevando la mirada.

—No, es su hijo y un intermediario para llegar a él, Jesús se sacrificó para que nuestros pecados fuesen perdonados... —hablaba cuando él intervino.

—¿Tú te sacrificarías para que mis pecados fuesen perdonados? —La vio tragar en seco; no obstante, le mantuvo la mirada—. Claro, no me refiero a la misma manera tan espantosa de sacrificarse, no creo que nadie merezca tal sufrimiento solo para perdonar los pecados de quienes tienen libre albedrío.

—Si me demostraras que en verdad quieres ser perdonado, yo me sacrificaría sí, lo haría —aseguró con decisión y por primera vez en sus ojos no se veía ni un atisbo de miedo—. Hay muchas maneras de sacrificios, una de ellas es estar aquí contigo, cuando podría estar en un hospital ayudando a los niños con cáncer o en alguna comunidad pobre brindando alimentos —le explicó mientras retiraba con cuidado las vendas, tratando de evitar la mirada de él porque la descontrolaba y la llenaba de algo que no era miedo, pero que tampoco lograba definir lo que era.

—¿Yo tendría que demostrártelo? Jesús no esperó a que nadie se lo demostrara, lo hizo con plena consciencia y corriendo el riesgo de que aún hoy en día haya hijos de puta como yo.

—Pero tienes la oportunidad de redimir tus pecados, Dios nos da muchas oportunidades, cada día que nos brinda es una oportunidad para buscar el perdón y aceptarlo a él en nuestros corazones... está en ti cambiar, está en ti ser bueno —observaba cómo las heridas en las muñecas tenían mejor aspecto.

—¿Quién dice que Dios es bueno? —inquirió elevando una ceja y ladeando la cabeza para poder mirarla a la cara, ella le rehuía temerosa de

quedarse prendada en sus ojos—. Por el contrario, es implacable... Piensas que creer en él te mantendrá a salvo, pero ¿Dónde estuvo Dios para todos los que creían en él y han muerto en las grandes matanzas que se han presentado a lo largo del tiempo? El hecho más reciente fue el del avión que estrelló el piloto, ¿dónde estuvo Dios para todas esas personas? —Una vez más metía el dedo en la llaga que Candice tenía en el corazón, esa que no dejada de sangrar. A ella las manos empezaron a temblarle y prácticamente pegó la barbilla al pecho, intentando esconder los ojos ahogados en lágrimas—. Mi madre creía en él, ¿dónde estuvo Dios que no la salvó de mí? Dios no elige entre pecadores y piadosos, elige al azar caiga quien caiga.

Candice se apresuró a curar las heridas, una vez más necesitaba salir de ese lugar, no le agradaba que Benjamin la acorralara hasta el punto de hacerla dudar de sus creencias.

—Tienes razón —se armó de valor y levantó la mirada—. Pero es que Dios no obra de esa manera, todas esas personas que han muerto y creían en él, en este momento están en su reino, disfrutando de su misericordia, están en el cielo, en el paraíso que él mismo nos tiene preparado para todos sus hijos.

—¿Estás segura de eso? ¿Estás segura que después de morir hay algo más y que vas a ir al cielo a bailar con los querubines? —hacía las preguntas sin apartar su mirada del rostro sonrojado de la chica.

Candice trataba por todos los medios de no caer en el juego de él, mientras terminaba de vendarlo, prefirió no refutar nada, Benjamin necesitaba de mucho tiempo para comprender algunas cosas.

—Tranquila, no es necesario que respondas; sin embargo, esta conversación me ha dejado la garganta seca. ¿Por qué no me das un poco de agua de esa que tienes ahí? —le pidió mirando la botella que estaba dentro del maletín y estaba seguro de que contenía agua bendita.

Davor se había sentado en un rincón, observando de cerca los movimientos de La Bestia, tratando de estar atento, pero muchas veces sentía que el sueño lo vencía.

Candice dudaba en agarrar la botella, sabía que el agua era limpia y que no había nada de malo si él quería beberla, pero no sabía si sería prudente dársela, si estaba permitido o no darle de beber; sin embargo, no se dejaría llevar por las reglas del lugar y haría lo que su corazón le dictaba, por lo que al final la agarró y se la entregó.

Benjamin destapó la botella y le dio un gran sorbo, dejándola a la mitad.

—¿Quieres? —le preguntó, tendiéndole la botella y ella negó en silencio —. Sé que tienes sed, tus labios están reseco y solo me rechazas seguramente porque me tienes asco —musitó usando la manipulación como método de presión.

—No te tengo asco, solo que no puedo beber, ni aceptar lo que un hombre me ofrece.

—¿Por qué? —inquirió desconcertado y se pasó la lengua por los labios en una actitud perfectamente estudiada.

—Porque me estoy preparando para Dios —confesó en voz baja.

—Pero a Dios no le agrada que pases sed solo porque te estás preparando para él... creo que comprenderá.

Candice sabía que no tenía opción porque si lo rechazaba una vez más, no dejaría el tema. Agarró la botella y le dio un pequeño sorbo, encontrando en el borde el sabor de los caramelos de canela y se obligó a no saborearse los labios, eso los hombres lo interpretaban como insinuación femenina.

Benjamin ancló la mirada en el pequeño mechón de cabello que se le había escapado de su prolijo moño, era de un hermoso dorado que le hacía recordar el sol y los campos de trigo, en un movimiento rápido y sin él mismo poder contener el impulso, se lo agarró.

Candice inmediatamente se tensó, pero se mantuvo muy quieta, con la respiración y latidos pausados, miró de soslayo cómo él le colocaba el mechón detrás de la oreja. Volvió a mirarlo al rostro y le regaló una sonrisa cargada de ternura, los ojos le brillaban de manera fascinante y en ese instante le era imposible creer que esa mano que le ponía un mechón de cabello detrás la oreja, le hubiese hecho daño a alguien.

—Gracias —le dijo sin atreverse a mover un solo músculo.

Benjamin se vio en ese pequeño momento tomándola por la cabeza y golpeándola contra el suelo acolchado hasta partirle el cráneo, por lo que retiró la mano como si el mechón rubio le hubiese quemando y por instinto se alejó rápidamente, apoyándose con sus talones, se deslizó hasta pegarse a la pared.

Ella también se echó hacia atrás al ver que Benjamin se alejaba como un animal herido.

—Ya has terminado, puedes irte —le dijo pegado a la pared—. Vete —exigió con el corazón agitado como hacía mucho que no se le descontrolaba.

Candice lo miraba con los párpados abiertos de par en par, sintiéndose totalmente confundida, agarró sus cosas y empezó a meterlas en el maletín. En ese momento Davor se puso de pie, mostrándose alerta ante la reacción de Benjamin.

Candice salió del lugar siendo escoltada por Davor, dejando a Benjamin con las ganas casi irrefrenables de matarla.

CAPÍTULO 24

—No puedo, no puedo, te he dicho que no puedo. Cada vez que entra solo imagino todas las maneras en que podría acabar con su triste y estúpida existencia —Benjamin demostraba estar muy alterado mientras caminaba de un lado a otro.

—Sí, sí puedes, es la única manera de demostrar tu fortaleza —la voz penetrante no dejaba opciones a reproche.

—Para ti es fácil, ¿por qué mierda me haces esto? ¿Acaso ya no te he demostrado mi fortaleza? —reprochó con total molestia, mientras el hombre sentado en el suelo lo admiraba en un estado de calma total.

—No lo suficiente, si quieres liberar tu alma, deberás demostrar que puedes lidiar contra tus instintos asesinos.

—¿Por qué con ella? Nadie más despierta esa necesidad en mí —se llevó las manos entrelazadas a la frente, golpeándose ante la impotencia que lo embargaba.

—Porque lo necesitas, necesitas desear asesinarla para que cuando llegue el momento, no dudes en hacerlo —explicó con convicción.

Benjamin se detuvo en seco frente al hombre y bajó encarándolo, con el odio palpitando desbocado por todo su ser.

—¡Eres un maldito! ¡Eres un maldito Iblis! —le gritó a la cara, con unas ganas inmensas de destriparlo.

Benjamin sintió un gran tirón en el cuello que le quemó la piel y las cuencas de madera del Santo Rosario se esparcieron por el piso acolchado, mientras que la cruz cayó a sus pies descalzos.

Iblis destrozó el rosario, no utilizó ningún movimiento, ni siquiera lo miró, solo lo reventó sin ninguna razón.

Las esferas de madera esparcidas, se elevaron y empezaron a girar en torno a Benjamin, eso no le daba miedo, había sido testigo de mayores muestras del poder que Iblis poseía.

—Abre la boca Benjamin —le pidió con voz lenta pero segura y mirándolo con sus cuencas negras y brillantes.

Por primera vez no le obedecía porque ya estaba cansado de que Iblis lo manipulara, de que hiciera las cosas cuándo y cómo él ordenaba.

Pero no podía controlar el poder del ser frente a él y que en ese momento se presentaba como el hombre de cabellos rizados y ojos completamente negros.

Le obligó a abrir la boca, de nada valieron sus intentos por cerrarla, porque sencillamente no conseguía mandar sobre su propio cuerpo, vio a la cruz elevarse, quedando al revés frente a sus ojos. Observaba al Jesús invertido cuando en cuestión de segundos se le perdió dentro de la boca, terminando en el fondo de su garganta. Las arcadas no se hicieron esperar pero aun así, Iblis lo forzó a que se la tragara.

Benjamin no sintió dolor, no podía sentir nada desde hacía mucho, solo esa extraña desesperación cada vez que Candice entraba. No iba a conseguirlo, terminaría asesinandola antes de que pudiese conseguir su objetivo.

—No vuelvas a maldecirme —le advirtió Iblis con voz tranquila, permitiéndole a Benjamin que volviese a tener control sobre su cuerpo, al menos por el momento.

Benjamin se dejó caer sentado frente a Iblis, quien le dedicaba una maldita mirada cargada de lástima, podía hacerlo porque definitivamente era superior a él en todos los aspectos. Benjamin estaba en un callejón sin salida y no le quedaba más que hacer lo que a él le diera la gana de mandarlo.

—Tiene que haber otra manera... Iblis, solo quiero ser lo que era antes, ya no quiero esto, ya no lo quiero... Quiero poder sentir al menos remordimiento, dolor, soledad... ya no recuerdo lo que es sentir, quiero sentir compasión tan solo un poco, un poco para poder lograr el cometido y recuperar mi vida —no le agradaba suplicar, pero no tenía opciones.

—¿Quieres ser el mismo joven débil?, tú no eras nada Benjamin, no eras absolutamente nada. ¿Crees que tu éxito se dio por tu esfuerzo? ¿Crees que eres bueno en la actuación? ¡No! Eres pésimo, fui yo quien te brindó la actitud, manipulé todo para que fuese a tu favor, si recuperas esa estúpida vida que tanto reclamas, serás menos que mierda... Ahora eres poderoso, todos te temen, todos hablan de ti.

—No quiero seguir encerrado, quiero salir, tú puedes sacarme, pero me has dejado solo en esto, no fue así como lo planeamos... no debía pasar tanto tiempo... ¡Ni siquiera me temen! Solo me tienen lástima.

—¡Tonterías! La chica te tiene miedo, todos te tienen miedo y tienes que

mantenerlos de esa manera. Un hombre poderoso es aquel a quien los demás temen; mientras te tengan miedo nadie te molestará, nadie se atreverá a contradecirte —alegó tratando de hacerlo comprender, lo que más odiaba de los humanos era el libre albedrío.

—Solo soy tu maldito instrumento, no te pedí que me manipularas, no te pedí que entraras en mi vida para que hicieras lo que te diera la gana.

—No tenías que pedírmelo, lo hice porque me dio la gana. No reproches mi extraña manera de proceder, nunca entenderás mis motivos, ningún humano podrá comprender jamás por qué vago por la tierra haciendo todo lo que hago, no son más que una masa de carne y sentimientos sin ningún valor, no valen la pena... —negó con la cabeza y los dos pequeños puntos de luz siguieron intactos—. Deberías sentirte orgulloso de que te haya elegido para convertirte en algo superior.

—Ya te he demostrado que puedo hacer las cosas bien, que puedo ser lo que esperas, pero ahora debes ayudarme, al menos unos días. ¿Cómo se supone que podré engendrar un hijo en ella sin matarla?

—Debes aprender a controlarte.

—No quiero hacerlo, solo quiero sentir un poco de compasión para no matarla. Hagamos un trato, me haces un poco más humano solo mientras me gano su confianza y pueda embarazarla, después puedo volver a ser esto —dijo mirando alrededor, viendo las cuentas de madera que seguían girando a su alrededor.

—Podría haberte sacado de aquí y evitado todo este sacrificio, pero obtuve un pago para que volvieras a ser un despojo, una burla. Vas a ser tan débil que le darás lástima hasta a los perros.

—No... no quiero ser débil, no quiero ser un imbécil, solo quiero ser lo que era antes de que me engañaras con el maldito rito, me dijiste que solo sería por un tiempo.

—Disculpa, aún me confundo un poco con los tiempos, suele pasar para quien tiene la eternidad asegurada —se burló irónicamente—. Pero está bien, si quieres sentir dolor, compasión, tristeza y desesperación... lo haré, permitiré que seas un poco más humano —dijo con un tono realmente despectivo—. Solo para que veas que sigo siendo tu amigo, será una prueba, después de que pases por todas esas emociones, me dirás si quieres sentir las con Candice... no será fácil, pero no digas que no te lo advertí. Una sola persona se ganará tu dolor y remordimiento —al decir esas palabras, las

esferas de madera cayeron al suelo e Iblis desapareció.

Miró a todos lados, pero estaba completamente solo una vez más, en medio de paredes y pisos acolchados. Iblis siempre se iba sin avisar, regresaría cuando le diese la gana.

Dejó libre un suspiro y dejó descansar la espalda contra la pared, dejando el tiempo pasar, esa era su condena y no podía cambiarla.

—¡Bestia! —escuchó que Davor lo llamaba a través del pequeño rectángulo de barrotes—. Voy a comprarte algunos cigarros —avisó asomando su regordete y sonrojado rostro a través de las barras de hierro.

A Benjamin le extrañó totalmente que precisamente en ese instante Davor decidiera ir por primera vez a buscarle cigarrillos y sobre todo que le avisara, porque comúnmente era más el tiempo que se la pasaba viendo televisión en el comedor que cuidando de su puerta y nunca antes le había comunicado que lo dejaría solo.

En ese momento una imagen vetó su mirada, era uno de esos momentos en que podía visualizar el futuro de algunas personas o tal vez solo de las que a Iblis le daba la gana.

Inmediatamente se puso de pie y corrió hacia la puerta, en él empezaba a latir una desesperación nunca antes experimentada.

—No, no vayas... ¡Davor no vayas! —le pidió sintiendo cómo los latidos de su corazón se agitaban, se sacudían el polvo después de tanto tiempo de no sentir y empezaban a doler.

—Deja los gritos, ya te escuché Bestia, pero solo voy para que dejes de hablar solo y me dejes dormir —le dijo con una amable sonrisa.

—No quiero cigarros... no hablaré más, pero quédate donde estás —suplicó aferrado a los barrotes esperando que Davor viera en sus ojos la angustia.

—Pero si siempre los pides, me reprochas que no te regale cigarrillos.

—Ya no los quiero... no quiero —negaba con la cabeza para que el tonto comprendiera. Le parecía extraño, como casi una nueva experiencia, sentir las lágrimas ahogarle la garganta.

Davor no obedeció, solo le regaló media sonrisa y se marchó sin prestar atención a los gritos de La Bestia que lo llamaban en medio del desespero, era como si Davor no fuese quien gobernaba su cuerpo.

—¡Davor! ¡Davor! —Benjamin lo llamó una y otra vez mientras el corazón le latía fuertemente y una presión en su pecho lo torturaba de manera

inexplicable.

Escuchó cada una de las puertas que se abrieron para permitirle la salida a Davor y la conversación que tuvo con algunos de los hombres de seguridad. En el centro psiquiátrico todos lo apreciaban porque su cierto retraso lo había convertido en un ser especial, era un niño grande que los hacía reír y algunas veces los colmaba de ternura.

Davor sabía que no estaba permitido que le dieran nada a los pacientes, por lo que no le pidió cigarros a nadie, prefirió salir y comprarlos en el quiosco que quedaba al otro lado de la calle.

Benjamin se dejó caer de rodillas e hizo un gran esfuerzo para poder cubrirse los oídos aunque sus manos estuviesen esposadas por la correa de cuero, logró el cometido; no obstante, escuchó a Davor pedir los cigarrillos y el encendedor, agradeció y emprendió el camino de regreso.

—No miró a los lados, no miró a los lados... —se repitió Benjamin con voz temblorosa y el frenazo del camión caló en sus oídos, al igual que el crujido del cráneo de Davor al ser aplastado.

El corazón de Benjamin se detuvo por varios segundos y no pudo contener un grito de dolor, mientras se mecía con los oídos tapados y lloraba, después de mucho tiempo las lágrimas acudieron a sus ojos como un torrente y el vacío en su pecho lo atravesaba, su cuerpo se desató en temblores y todo el dolor, culpa y desesperación acumuladas en su alma estallaron de golpe y todos por una sola pérdida.

Sentía que todo dolía, que no soportaría, que era la mayor de las torturas. Escuchaba los pasos de las personas y sus horrorizadas impresiones de dolor y sorpresa cuando veían a Davor con la cabeza destrozada.

Benjamin ni siquiera pudo controlar su organismo y vomitó mientras se ahogaba en llanto, pudo ver la cruz junto a sus alimentos mal digeridos.

Se alejó lo más que pudo de sus ácidos líquidos expulsados, sintiendo que nada en su vida había sido más doloroso que ese episodio que vivía, nadie merecía sentir tanto dolor, ni siquiera él.

—Iblis... Iblis... lo he aprendido, lo he aprendido, no quiero sentir esto, no quiero —repetía en medio del llanto—. Estoy arrepentido, tienes razón —imploraba porque esa sensación que se le aferraba al cuerpo y tal vez a su alma lo estaba matando.

Pero Iblis no apareció, las horas pasaron y no se presentó, sentía la garganta arder ante las veces que gritó su nombre, de todas las súplicas que

vociferó para no sentir tanto vacío, ni tanta culpa.

Necesitaba algo que lo ayudara a soportar, porque sentía que se fragmentaba y al mismo tiempo se quemaba por dentro.

Las horas pasaban y él seguía llorando, seguía lamentando la muerte de Davor, porque sabía que había sido su culpa. Era de esa manera que se sentía, culpable, abatido, triste.

El dolor se aferraba a él, no podía sentir nada más y solo expresarse mediante el llanto no resolvía nada, sabía que con llorar no reviviría a Davor, pero no podía evitarlo, era algo que no podía controlar.

El vacío que silbaba en sus oídos lo esclavizaba y empezó a sentir ese frío del que Davor siempre se quejaba, sus labios tiritaban mientras en su cabeza desfilaban los momentos compartidos con el único hombre que se había compadecido de su situación, podía recordar, sentir dolor, agonía, tristeza y una melancolía que lo atravesaba.

Quiso sacarse esos recuerdos de la cabeza, pero no se iban, no podía reemplazarlos por otros y experimentar otras emociones, por lo que una vez más revivía ese momento en que acabó con la vida de su madre y de Karen, pero no le dolía, eso sencillamente no lo trastocaba y al no encontrar nada en qué aferrarse, una vez más Davor aparecía con sus gestos infantiles, llenándolo de un dolor agónico que trataba de liberar mediante el llanto y en algunas ocasiones gritos.

CAPÍTULO 25

Candice se había comprometido esa mañana para acompañar a Lizzy a hacer las compras, no podía dedicarse todos los días a la iglesia y a sus obras de beneficencia, también debía pasar tiempo con su familia, era plenamente consciente de que últimamente los había hecho a un lado y sus hermanos no merecían ese alejamiento de su parte.

Bajaba las escaleras mientras se ponía un cárdigan color salmón, para cubrirse los brazos que el vestido de mangas cortas le dejaba al descubierto.

—Buenos días, ¿aún tengo tiempo para tomarme un café? —preguntó entrando a la cocina, donde estaban Lizzy y la señora Rose terminando de hacer la lista de las compras.

—Buenos días —saludó la señora Rose con una sonrisa maternal—. Sí claro, ya te lo sirvo, ¿quieres leche?

—Sí, por favor —su atención fue captada por el diario que reposaba sobre la mesa redonda en la que estaba sentada Lizzy.

Le dio un beso en los cabellos a su hermana y agarró el diario.

—Ya está, casi termino —mencionó Lizzy con una sonrisa refiriéndose a la lista de compras.

—Aquí tienes querida —le entregó Rose la taza de café con leche a Candice.

—Gracias —la recibió al tiempo que le daba vuelta al diario, en ese momento la taza de porcelana fue a dar al suelo, haciéndose añicos. Ella brincó para evitar quemarse con el café.

—¡Cuidado! —exclamó asombrada Lizzy, temiendo que su hermana se hubiese quemado o herido con algún trozo de porcelana—. ¿Estás bien? —preguntó levantándose y Candice solo miraba el diario.

—No puede ser —murmuró con la garganta inundada y los ojos llenos de lágrimas ante la noticia que el diario le estrellaba en la cara.

—¿Qué pasó? —preguntó Lizzy.

Candice no respondió, porque estaba muy sorprendida con la noticia que leía.

El señor Davor había sido atropellado por un camión y murió de la misma manera en que Benjamin había dicho. Inevitablemente todo el cuerpo empezó a temblarle y no pudo seguir conteniendo las lágrimas.

—¿Qué pasó? —preguntó una vez más Lizzy.

—¿Estás bien? —Rose mostró preocupación, mientras le acariciaba la espalda.

—Déjame ver —Lizzy le arrebató el periódico al ver que su hermana no reaccionaba más allá del llanto, encontrándose con la noticia del deceso de un hombre—. ¿Lo conocías? Aquí dice que trabajaba en el centro psiquiátrico y cuidaba de Benjamin Sutherland...

—No, no lo conocía —se apresuró a decir, como si un rayo la hubiese sacado del estado de shock en el que se encontraba.

Estaba segura que si sus hermanos sabían que había ido a ese lugar iban a reprenderla, porque había prometido que nunca iría a sitios donde pusiera en peligro su integridad.

—¿Entonces, por qué estás así?

—Porque era un ser humano...era un señor y murió de manera trágica.

—Candice, todos los días mueren miles de personas de manera trágica —comentó Lizzy, dejando el diario sobre la mesa.

—Sí lo sé... voy a limpiar esto —buscó la mejor manera para evadir el interrogatorio de su hermana.

—Déjalo así, yo me encargo de eso —intervino Rose.

—No, no, de ninguna manera... yo puedo hacerlo, ya usted hace demasiado por nosotros —alegó con voz amable y buscó lo necesario para recoger los trozos de porcelana y limpiar el piso. Mientras recogía el desastre, no podía retener las lágrimas porque verdaderamente sentía la muerte del señor Davor; no obstante, decidió que nunca más volvería al centro psiquiátrico.



Benjamin Sutherland sabía que su cuerpo estaba a un hilo de colapsar, pero ese hilo no se rompía, algo lo mantenía en ese lugar mientras sufría como nunca lo había hecho. Lo poco que se asomaba de su alma era víctima del

vacío que dejaba la pérdida de la única persona que le hacía compañía y lo escuchaba.

Mientras que su cuerpo era torturado salvajemente por dos de los hombres que trabajaban en el lugar, porque lo culpaban de la muerte de Davor, él no podía hacer nada para defenderse.

El ser humano era peor que los animales, porque no actuaban por instinto, sino por venganza y con premeditación.

Habían pasado doce días desde la fatídica muerte de Davor, el mismo tiempo que llevaba sin comer, solo aprovechaba para beber un poco de agua cuando le lanzaban agua fría cada dos horas. Le habían quitado la ropa en medio de violentos tirones, dejándolo completamente desnudo, por lo que nada lo cubría del inclemente frío que le calaba hasta los huesos y provocaba que su temperatura corporal rebasara los cuarenta grados, convirtiéndolo en una masa de carne temblorosa.

El estómago le dolía y a pesar de estar completamente vacío, sentía como si tuviese una piedra enorme y las arcadas no lo dejaban en paz.

Cada vez que escuchaba la puerta abrirse, adoptaba posición fetal, en busca de un poco de calor, pues ya sabía que solo pasarían segundos para recibir un nuevo baño de agua fría. De manera inevitable su cuerpo reaccionaba a los impulsos naturales, por lo que prácticamente se había destrozado la lengua ante el tiritar de sus dientes.

¡Iblis! No había aparecido para ayudarlo, se había cansado de llamarlo, esperando que emergiera de la nada como era su costumbre, pero no había nadie más que él en ese lugar, sumido en un charco perpetuo de agua helada. Siempre había pensado que el infierno sería un lugar muy caliente, que sería sentir cómo las llamas lo envolvían, pero estaba muy equivocado, su infierno era muy pero muy frío.

¡Dios! En medio de sus delirios optó por suplicar muestra de su existencia, quiso creer en que al menos el gran "Ser Divino" pudiese ayudarlo con su "Infinita Misericordia". Quería creer que al final todos podían ser perdonados si suplicaban por su ayuda, intentó creer que sus brazos siempre estarían abiertos para recibirlo si se arrepentía de sus pecados, pero a cambio solo recibía alguna que otra patada en las costillas de los trabajadores del centro psiquiátrico, mientras le soltaban un sinfín de insultos.

"Su salvación" ¡Lo sabía!, ella estaba paralizada por el pánico, no iba a arriesgarse a verlo una vez más, Candice había sido testigo de que le había

deseado la muerte a Davor de esa manera. Iblis se había encargado de hacerlo exactamente de esa forma, para que la culpa no dejara de martirizarlo, no podría decir que en paz, porque ese estado no lo conocía.

¡La muerte menos!, esa puta no quería hacer su trabajo, no quería dejar desfallecer su cuerpo, como si no fueran suficiente las golpizas que le propinaban, ni los cambios de temperatura, mucho menos las 288 horas que llevaba sin comer ni dormir.

Seguir vivo solo aumentaba el odio y las barbaries de los hombres que se habían convertido en sus verdugos. Cuando le gritaban “Bestia” No le importaba, cuando hacían algún comentario acerca de los asesinatos de su madre y Karen, tampoco le importaba, pero cuando nombraban a Davor solo aumentaban su dolor interno, el que expresaba en medio de un llanto en el que ellos no creían.

Escuchó que una vez más abrían la pesada puerta e inevitablemente su cuerpo tembló ante la ráfaga de aire frío que se colaba, tan rápido como su adolorido cuerpo se lo permitió adoptó posición fetal, creando un escudo a su estómago con las piernas y al rostro con los brazos cruzados para que no fueran blanco de las salvajes arremetidas de sus agresores.

—¡Por el amor de Dios!

¡Su salvación! Era la voz horrorizada de “su salvación”, quien clamaba el amor de alguien inexistente.

Se atrevió a elevar un poco la cabeza, observando cómo se acercaba y que a cada paso que daba, sus pies se le ahogaban en la goma espuma que lloraba toda esa agua que él había recibido en los últimos doce días.

La luz brillante que la envolvía lo cegó y descubrió que ella era un ángel de luz, uno como lo había sido Iblis antes de que su padre lo expulsara de un lugar que nadie sabía específicamente dónde quedaba o al menos eso fue lo que vio en uno de esos sueños donde Iblis lo sumía, para que comprendiera algunas cosas que para la mayoría de la humanidad, eran incomprensibles.

—Esto es una crueldad, ¿quién ha hecho esto? —preguntó con la voz cuarteada por la indignación y la compasión.

Los dos verdugos que se quedaron en la entrada se miraron sin decir una sola palabra, fingiendo no saber lo que había pasado con él, muy bien podrían consagrarse como actores los muy malditos.

En él seguían esas ganas latentes de querer asesinarla, pero su cuerpo no tenía fuerzas y el dolor en ese momento era más fuerte que sus ganas de

estrangularla.

—Ben... —casi sollozó ante tanta bondad, cuando se arrodilló cerca de él —. ¿Qué te han hecho? Voy a ayudarte.

Esas fueron las palabras claves, él necesitaba ayuda y ella quería brindársela. Por instinto, como si se tratara de un cachorro herido se arrastró, acomodándose cerca de ella, dejando descansar medio cuerpo sobre el regazo de Candice, quien estaba sentada sobre sus talones.

Ella se asustó, pero no se alejó, lo recibió y cuando sus pequeñas manos le acariciaron el cabello, algo inexplicable pasó en lo que quedaba de su ser, empezó a llorar sin control, solo ese tembloroso toque de Candice abrió las compuertas de la nostalgia y del dolor.

Era algo que no podía explicar y las otras veces que lo había visto, siempre le pareció algo exagerado y ridículo, pero ahora que lo vivía comprendía porqué las personas cuando se enfrentaban a una pérdida tan aguda y alguien llegaba a brindarles consuelo, el dolor parecía intensificarse, era ese saber que podía contar con personas que se condolieran por su estado y que no estaban solos en eso, que al menos alguien creía en lo que sentían.

—Estás hirviendo en fiebre... tengo que ayudarte —murmuró con la voz ahogada por el llanto—. Por favor, necesito sacarlo de este lugar. Vamos a llevarlo a una bañera con agua tibia, necesito cobijas...

—No... no señorita, no podemos hacer eso, él ha estado alterado, no queremos que nos lastime como lo hizo con Davor —habló uno de ellos, fingiendo miedo.

Si su cuerpo pudiese reaccionar y si su lengua no tuviese diez veces su tamaño normal, les gritaría que eran unos malditos mentirosos.

—Lo que le pasó al señor Davor no fue culpa de nadie, fue un accidente. Benjamin no pudo haber hecho nada, estaba encerrado por el amor de Dios, ayúdenme, es un ser humano —pedía en medio del llanto y se quitó el cárdigan que era una prenda infaltable en su vestimenta, con la cual empezó a frotarle los cabellos que destilaban agua a chorros.

Benjamin apenas conseguía abrir los ojos y pudo ver el sol, llevaba dos años encerrado y había olvidado cómo era. Ahora lo tenía frente a sus ojos, un sol que se acercaba a él y le besaba la frente, en un acto de consuelo o compasión.

—Todo va a estar bien, tranquilo... ya no llores —le suplicaba y él pudo ver cómo las lágrimas rodaban por ese rostro pecoso y sonrojado.

—Señorita Candice, es un peligro.

—No es ningún peligro... Son unos desalmados —decía intentado levantar un poco a Benjamin, pero aunque estuviese extremadamente delgado, era mucho más alto de ella—. ¿Cómo podrá hacerles algo si no tiene fuerzas y está con las manos atadas?

Ella observó que de nada valieron las curas que le había hecho en las muñecas, porque se encontraban peor. En ese momento se fijó sin querer en lo que diferenciaba drásticamente a un hombre de una mujer y desvió la mirada rápidamente.

—Está bien, vamos a llevarlo a la enfermería —comunicó uno de los hombres, demostrando que no estaba completamente de acuerdo con lo que haría—. Ve por la camilla y trae las correas —le pidió al otro.

—No son necesarias las correas —dijo Candice mirando a los ojos azules que habían perdido ese brillo extraño que los caracterizaba y que lucían opacos, aunque estuvieran ahogados en lágrimas.

—Lo haremos por precaución, debemos hacerlo por su seguridad, ya hemos permitido demasiado con dejarla entrar —determinó, evitando cualquier réplica por parte de la chica.

Candice no protestó, siguió secando el rostro de Benjamin, el que tenía graves huellas del maltrato al que había sido sometido.

El hombre llegó con la camilla y entre los dos lo sacaron de ese espantoso lugar, ella cubrió a Benjamin con el cárdigan para no exponerlo, mientras seguía con premura a los hombres.

En enfermería todos le temían y no querían atenderlo, los rumores corrían como el fuego y todos pensaban que Benjamin tenía que ver con la muerte de Davor.

—Por favor... necesita ayuda —le pidió a una enfermera que ni siquiera se detuvo, entonces corrió hasta otra mujer y también le suplicó que atendiera a Benjamin, pero ésta simuló estar muy ocupada. Se paró en medio de la sala mirando a todos lados y nadie se condolía del trémulo y maltratado Benjamin.

Vio venir a un doctor y corrió hasta él, se le plantó en frente.

—Deben atender a Benjamin, es un ser humano y no me diga que está ocupado —hablaba sin siquiera respirar, mucho menos esperar que el hombre de cabello cobrizo y ojos azules que la miraba entre desconcertado y fascinado, abriera la boca—. Es su deber salvar vidas... si no lo hacen saldré

de aquí a poner una denuncia y de ahí iré al primer medio de comunicación, para informar sobre las irregularidades que aquí están pasando —inspiró profundamente para llenar los pulmones y proseguir.

—Cálmese señorita. Primero que nada, ¿quién es usted y qué hace aquí? —indagó mirándola a los ojos.

—Eso ahora no importa, primero debe atender a Benjamin —replicó caminando de regreso hasta donde estaba el chico tirado en la camilla.

—Voy a atenderlo, pero es necesario que salga —le dijo haciendo un ademán hacia la salida.

—Yo puedo ayudar, tengo conocimientos básicos de enfermería —se ofreció y el hombre le dedicó una mirada penetrante.

—Es mejor que salga, confíe en que vamos a atender al paciente.

—No puedo confiar, mire lo que le han hecho —exclamó sintiéndose impotente.

Sabía que Benjamin era un asesino, que sin piedad alguna había acabado con la vida de la mujer que lo había traído al mundo, pero consideraba que hasta el ser más malévolo del mundo necesitaba un poco de compasión.

El doctor la ignoró totalmente y empezó a revisar a Benjamin, sintiéndose vigilado por la chispeante mirada verde de la diminuta chica, que hasta el momento no tenía idea de quién era, ni mucho menos porqué defendía con tanto ahínco a La Bestia.

—Debemos bajarle la fiebre de manera urgente —dijo en el momento en que el termómetro le indicó que el paciente casi alcanzaba los 42°C—. Vamos a llevarlo a una habitación —le indicó a Candice, al tiempo que le hacía señas a un enfermero—. Usted quédese aquí, si requiero de su ayuda le avisaré.

—Por favor —suplicó con un asentimiento y ese gesto se ganó una tierna sonrisa del hombre de pelo cobrizo que rondaba los treinta y cinco años.

El hombre se marchó y ella caminó hasta el asiento más cercano, dejándose caer pesadamente al tiempo que exhalaba ruidosamente, pretendiendo con eso quitarse toda la tensión acumulada.

Solo le quedaba esperar a que le salvaran la vida a Benjamin, observaba cada rincón de ese lugar y era completamente distinto al horroroso cuarto en el que mantenían prisionero a ese chico, a quien tan solo un par de años atrás había sido casi un dios, al que casi todos veneraban.

No comprendía cómo podían mezclar comodidad y decadencia, una

diferencia abismal entre unos y otros. Suponía que el Estado pagaba para que todos los internados en ese lugar pudieran recibir el mismo trato, sabía que era una institución mixta, pero simplemente los que habitaban el edificio viejo vivían en condiciones realmente precarias y eso solo la llenaba de impotencia y tristeza.

Fijaba la mirada en las agujas del reloj, contando los segundos que sumaban un tiempo eterno, perdió la cuenta de las veces que se puso de pie, recorrió el salón y volvió a sentarse.

Después de mucho tiempo, por fin vio al doctor que había prometido atender a Benjamin, como si el asiento se hubiese convertido en hierro ardiente se levantó de un brinco y caminó con decisión hacia el hombre ataviado con la bata blanca.

—¿Cómo está? —preguntó elevando la cabeza para poder mirarlo a la cara.

—Hemos logrado estabilizarlo, ahora está dormido y necesitará descansar por un buen tiempo, ya que pasó muchas horas sin comer ni dormir y a consecuencia de eso ha sufrido de fuertes alucinaciones y ataques de paranoia —el hombre observaba atentamente cómo los ojos verdes amenazaban con salirse de las órbitas—. Cuando despierte le haremos algunos exámenes para ver si no presenta problemas psicomotores, ni psiquiátricos; pues son algunas de las dificultades que se pueden presentar en pacientes que se han privado de tantas horas de sueño.

—¿Cree que pasó doce días sin dormir? —preguntó con voz temblorosa.

—Probablemente —se llevó las manos a los bolsillos de la bata médica.

—¿Cómo es posible? —murmuró sintiéndose completamente aturdida y la pena por Benjamin aumentaba.

—Son pocos los casos que se han visto, por cierto —sacó la mano derecha del bolsillo de la bata—. Soy el doctor Rickfort —se presentó con una amable sonrisa.

—Disculpe, hasta ahora no me había presentado, realmente estaba muy impresionada con toda la situación de Benjamin —le dio un apretón a la mano del hombre que la miraba con mucha atención—. Mi nombre es Candice Adams.

—Un placer señorita Adams —chasqueó ligeramente los labios, meditando sobre la pregunta que estaba a punto de hacer—. ¿Es usted familiar del paciente? Hasta donde recuerdo, Sutherland no contaba con nadie.

—No, realmente no soy familiar de Benjamin —atendió el ademán del doctor que la invitaba a sentarse—. Solo he venido a ayudarle, todos merecemos un poco de misericordia... Sé que muchas personas creen que él no puede ser perdonado; yo por el contrario, creo que todos merecemos segundas oportunidades y que Dios ofrecerá el perdón.

—Entiendo... es usted algún tipo de religiosa —aseguró mirando disimuladamente la medalla que reposaba sobre la tela de ese anticuado vestido—. Aún es muy joven.

—Gracias, aún no lo soy... pero me estoy preparando para serlo. Es necesario un discernimiento vocacional, espero poder ingresar al convento —explicó sintiendo que el hombre a su lado la ponía nerviosa, porque la miraba de manera muy penetrante, le obligaba a bajar la cabeza y mirar a su regazo.

—Interesante... es difícil tomar una decisión tan importante siendo tan joven. ¿Siempre ha querido ser monja? —Rickfort secretamente estaba fascinado con la actitud tan temerosa de esa chica, era realmente perfecta, porque cumplía sus más exigentes requisitos.

—No pensaba ser monja, pensaba vivir una vida como toda joven en medio del mundo: Estudiar, divertirme con los amigos, hacer el bien, pero Jesús me llamó para que fuera más comprometida y entendiera cómo es vivir su misma vida. Consagrada a Dios Padre. Estoy contenta de que la mía sea toda para bien de mis hermanos —dijo con esa seguridad que había adquirido en los últimos meses.

—Supongo que no es fácil si estabas acostumbrada a vivir la vida de manera... —no sabía cómo decirlo, no encontraba las palabras precisas.

—Tal vez, algunos días tengo dudas, pero son más los días en que mi decisión se fortalece, días de luz y días más grises; sin embargo, la luz ha ido haciéndose cada vez más eficaz en mi vida y a pesar de todo, en los momentos más oscuros he sentido la presencia de la mano poderosa del Señor.

—¿Y qué te ha traído aquí? Sobre todo a relacionarte con un asesino.

—Porque me siento identificada con Benjamin —el entrecejo del doctor se frunció ante su confesión—. No he asesinado a nadie, pero creo que Benjamin necesita de mi ayuda.

—¿Puedo darte un consejo? —preguntó mirando los labios que tenían un hermoso tono carmín natural.

Candice asintió con lentitud, echándole un rápido vistazo al rostro del

doctor, con una escasa barba cobriza.

—Lo de Sutherland no es nada espiritual, es psicológico... debes entender que hay personas malvadas por naturaleza y no importa cuánto te esfuerces por hacerlos cambiar de parecer, no vas a conseguirlo y lamentablemente esa es la naturaleza de Sutherland.

Candice se quedó en silencio pensando muy bien cuál sería su respuesta.

—Creo que eso lo afirman quienes nunca aceptarán que la religión es tan o más importante que la ciencia

El doctor se alzó de hombros y liberó un pesado suspiro.

—Debo seguir con mi trabajo —se levantó, no conseguía prudente discutir con una religiosa.

—Disculpe doctor Rickfort... —se levantó—. ¿Puedo ayudarle con Benjamin?, veo que no cuentan con muchas enfermeras y tengo los conocimientos básicos.

—Déjeme hablarlo con el director de la institución.

—Solo intento prestar un poco de servicio comunitario, por ley mi ayuda no representa una molestia.

—Prometo que voy a consultarlo —le regaló una sonrisa de medio lado y la miró de arriba abajo.

—Gracias —le regaló una sonrisa que dejó al descubierto sus pequeños dientes—. Voy a seguir esperando por aquí a que Benjamin despierte.

—Le puedo asegurar que perderá su tiempo, porque Sutherland no va despertar por lo menos en veinticuatro horas, es mejor que vaya a su casa, descanse y regrese mañana temprano.

—Está bien, eso haré. Regresaré mañana a primera hora —emprendió su camino hacia la salida de la enfermería, pero se volvió—. Doctor —lo llamó captando la atención del hombre que caminaba en sentido contrario, quien se volvió—. Muchas gracias.

—Solo cumplo con mi deber, puedes ir tranquila.

Candice asintió y se volvió una vez más, siguiendo con su camino. Rickfort se quedó observando el cuerpo de la chica, sobre todo el vestido que le rozaba las caderas.

CAPÍTULO 26

Cuando Candice entró a la pequeña habitación, se encontró a Benjamin aún dormido, no le agradó verlo atado con correas a la cama, suponía que era una medida de seguridad, pero qué daño podría causar un hombre bajo los efectos de sedantes.

Dejó su pequeño bolso y la biblia sobre la mesa de metal, para ponerse a revisar el suero que iba directo al sistema nervioso del paciente. Por instinto le acarició los cabellos y le agradó la sensación sedosa de las hebras en sus dedos.

Cerró los ojos, agradeciendo a Dios porque le permitió vencer su miedo irracional y le brindó el valor para regresar a sanar un poco el alma de ese joven, estaba segura de que si no hubiese llegado lo habrían asesinado.

—Buenos días —saludó el doctor Rickfort al entrar a la pequeña habitación.

—Buenos días doctor, ¿cómo está? —saludó retirando su mano de los cabellos castaños.

—Bien, veo que está ansiosa por cuidar de Sutherland —comentó al percatarse de la caricia de la señorita Adams.

—Solo espero que mejore muy pronto.

—No hay nada de qué preocuparse, ha evolucionado muy bien. Fuera de las dos costillas rotas y algunos hematomas alarmantes, se encuentra muy bien.

Su cuerpo estaba descansando, pero su cerebro no. Podía escuchar todo a su alrededor, cada paso que ella daba, cada palabra que intercambiaba con el doctor. No podía llevar el tiempo, pero sabía que habían pasado muchas horas y Candice seguía ahí.

La escuchó sentarse al lado de su cama y tomar un libro, era la biblia, lo sabía por el particular sonido que producía el papel cada vez que pasaba las páginas.

—"Por qué amar a Dios: Amo al señor porque ha escuchado mi voz y mis súplicas, porque ha inclinado a mí sus oídos, por eso lo invocaré mientras yo viva. Me rodearon lazos de muerte, me encontraron las angustias del sepulcro y caí en tribulación y tristeza. Entonces invoqué el nombre del señor diciendo: "Sálvame señor". Clemente es el señor y justo. Compasivo es nuestro Dios. El señor guarda a los sinceros. Estaba yo postrado y me salvó..." —Benjamin podía escuchar cómo ella le leía el SALMO 116.

Candice seguía leyendo e iba por el SALMO 147 cuando un bostezo interrumpió el versículo 19, aunque en su inconsciencia Benjamin lo terminó.

Candice se sentía verdaderamente cansada, porque la noche anterior la preocupación no le permitió conciliar el sueño y se la pasó orando por Benjamin.

Apoyó la cabeza al borde de la cama y sin darse cuenta se sumió en un sueño profundo.

Benjamin escuchaba la respiración y los latidos acompañados de ella, nadie más entraba a molestar y el tiempo pasaba, tanto como para darse cuenta de que "su salvación" dormía más que un Koala.

El cuerpo de Benjamin empezó a despertar y tardó alrededor de diez minutos en acostumbrarse al estado de actividad, sobre todo sus ojos que temían a la luz, sentía un ligero cosquilleo en los dedos de su mano izquierda, lo que provocó que bajara la mirada, encontrándose a "su salvación" dormida, aunque no podía verle el rostro, porque estaba de cara al otro lado.

Las cosquillas en sus dedos las producía el cabello rubio que estaba recogido en una cola de caballo, primera vez que lo veía de esa manera y no en el moño pegado a la nuca. Inevitablemente sus instintos desalmados bramaron y saltaron de manera inmediata, sin poder controlarlos porque la voluntad se le quebrantaba, no contaba con las fuerzas necesarias para resistirse a sus deseos de asesinarla, apenas conseguía luchar con su respiración agitada que acentuaba el dolor en su costado derecho.

Enredó sus dedos a las hebras y poco a poco fue halando, evitando por todos los medios despertarla, hasta que consiguió apoderarse de una cantidad considerable de cabello, se alentaba a hacerlo y así terminar por condenarse e irse al maldito infierno y decir adiós de una vez por todas a ese ensayo que

era su vida.

Tal vez debía sentirse agradecido; de hecho, una pequeña parte de su conciencia así se sentía y no quería hacerlo, pero era más fuerte el maldito instinto que habían puesto en él y lo dominaba enteramente.

Tiró de los cabellos utilizando toda su fuerza, pero no consiguió el objetivo, su muñeca no le dejaba ninguna opción de movimiento y maldijo a las correas que lo ataban a las barandas de la cama, pensó que podría estrangularla utilizando sus piernas, pero para su mala suerte también se encontraban inmóviles.

No le quedó más que aflojar el agarre, convirtiéndolo en una caricia, experimentando la suavidad en ese cabello con ese color que tanto le recordaba a las espigas de trigo, al sol, a la naturaleza; descubriendo que le gustaba la sensación que le provocaba, era una extraña mezcla entre querer asesinarla y no querer, no quería dejar de vivir esa delicada experiencia, era un equilibrio perfecto para su tormento.

Había encontrado la manera de controlarse, Iblis le había dicho que existía la forma para hacerlo, pero nunca imaginó que fuese rozar los límites de su más anhelado deseo, jamás pensó que quedaría esclavizado a brindarle caricias a “su salvación” para no asesinarla.

Candice despertó y se encontró con la mirada de Benjamin sobre ella, esa mirada brillante y enigmática había regresado con toda su fuerza, aunque los vasos oculares reventados, fuesen la huella más evidente de todo por lo que había pasado. No pudo evitar asustarse y sorprenderse al descubrirse tan cómodamente en la camilla, por lo que se incorporó abruptamente y se levantó, provocando que la silla rodara, con un movimiento en falso trastabilló y calló de culo en el frío suelo.

Benjamin la observó e internamente reía ante las tonterías que cometía “su salvación” y se preguntaba si tal vez Iblis se había equivocado, porque su única oportunidad estaba en el cuerpo de alguien algo torpe.

—¡Santo Dios! —exclamó sonrojada ante la vergüenza, poniéndose de pie y sobándose las nalgas sin ningún disimulo, por lo que Benjamin le dedicó una mirada descarada; ella inmediatamente dejó de hacerlo, sintiéndose aún más abochornada, como si fuese posible—. ¿Cómo te sientes? —preguntó, intentado obviar el accidente que acababa de tener.

Benjamin puso los ojos en blanco, tal como ella le temía, pero esta vez lo hacía por sarcasmo, al tiempo que agitaba sus manos casi inmóviles.

—Sí... estás atado.

Si Benjamin pudiese hablar, le habría dicho que obviamente así estaba, que no había descubierto a América.

—Solo es por seguridad, pero te han vendado muy bien las muñecas y las correas no te harán daño... ¿Internamente, cómo te sientes? —curioseó con una dulce sonrisa.

Él meneó la cabeza, para indicarle que más o menos.

—¿Has hecho algún voto de silencio? —inquirió al ver que él no respondía oralmente ninguna de la preguntas.

Y una vez más él pensaba que era algo ingenua. No, realmente era muy ingenua, por lo que intentó abrir un poco la boca, para que se percatara de que su "voto de silencio", era obligatorio.

—¡Por Dios! Tienes la lengua destrozada, voy a colocarte un antiinflamatorio —informó encaminándose a una vitrina que contenía los medicamentos.

Benjamin se preguntaba si ella no tendría personalidad propia, porque cada vez que hablaba se respaldaba detrás de Dios y eso era algo deprimente para él, recordaba que había estado con mujeres que mientras gozaban de un orgasmo, tendían a clamar por ese ser, no quería imaginarse los orgasmos de “su salvación”, por lo que una vez más puso los ojos en blanco.

—Ya verás, con esto la inflamación disminuirá poco a poco... eso sí, no podrás comer nada sólido hasta que no se cicatricen un poco esas heridas —hablaba con total confianza, mientras le pinchaba el brazo con la jeringa—. Prometo traerte un poco de sopa mañana, me quedan muy bien, mi madre me enseñó a prepararlas.

Él parpadeó lentamente en un gesto de agradecimiento, pero quería saber un poco más de su madre adoptiva, estaba seguro de que era a la que se refería; percibió devoción y un poco de tristeza en la voz cuando la nombró, por lo que hizo un ademán con la mano, indicándole que se acercara un poco.

Candice comprendió que quería que le diera la mano, temerosa la acercó a la de Benjamin, dudando en permitirse algún tipo de contacto con un hombre; no obstante, no quería que él pensara que estaba rechazando ese acto humanitario, por lo que colocó su mano encima de la él.

Benjamin no podía permitir ese toque, porque alteraba sus ganas, los latidos del corazón se le desbocaban y una vez más solo quería saltarle encima, por lo que decidió probar si la reacción que había tenido al rozarle el

cabello, sería igual al hacerlo en otras partes de ese pequeño y curvilíneo cuerpo, por lo que pasó su pulgar por encima de la mano, acariciándole los nudillos a “su salvación”, quien ni siquiera parpadeó.

Candice al sentir la caricia que Benjamin le brindaba, sabía que debía retirar su mano, pero aunque quisiera no podía hacerlo, era algo más poderoso que no le dejaba pensar en que no podía permitirse esa clase de intimidad con un hombre.

En poco tiempo él se apoderó de la mano de ella, mientras la miraba a los ojos y supo que ese era el equilibrio. Empezaba a tolerarla, a sentir cierta simpatía y pudo ver en su mirada selva, porque adoraba a la que había sido su madre adoptiva.

Candice sintió que la mirada de él le desnudaba el alma, por lo que la bajó a sus manos unidas e inhaló profundamente, armándose de valor para romper el contacto.

—Voy a tomarte la temperatura, lo haré en la axila para no lastimarte la lengua, aún tienes fiebre, quiero saber en cuántos grados.

Candice una vez más se alejó a la vitrina y buscó el termómetro, el que utilizó como le habían dicho. Se hizo espacio por la axila masculina y le posó una de las manos en el hombro, esperando a que pasara el tiempo necesario para que el termómetro tomara la temperatura.

Benjamin apretaba fuertemente la mandíbula y retenía la respiración, sintiendo cómo la sangre en sus venas empezaba a circular más rápido, a consecuencia de la adrenalina. Definitivamente Candice no podía tocarlo, era él quien debía hacerlo, por lo que la miró con una clara advertencia reflejada en sus ojos.

Candice se alejó al ver la mirada enfurecida de él, por lo que retiró rápidamente el termómetro, el cual terminó en el suelo hecho añicos mientras ella temblaba. Quiso recoger los cristales esparcidos, pero solo dio varios pasos hacia atrás y terminó por salir del lugar, olvidando sus cosas y sintiendo el pánico apoderarse de cada molécula de su ser.

Al salir de la habitación quiso correr, pero varias miradas se anclaron en ella. Estaba segura de que habían percibido que algo le pasaba, pero antes de que alguien se acercara a preguntarle, se obligó a recobrar la compostura, disimulando su paso apresurado. Necesitaba urgentemente un poco de oxígeno, anhelaba aire libre, solo eso.

Benjamin la vio salir envuelta en pánico, una vez más intentaba huir de él,

tal vez debería hacerlo definitivamente y así liberarse de lo que le esperaba; sin embargo, la fuerza de voluntad de “su salvación” era manipulada, eso lo sabía y así como ella no podía mantenerse lejos, él no podía seguir siendo responsable de sus impulsos, era ella quien se acercaba a la hoguera en la que él se había convertido y lamentablemente terminaría incinerada; el tiempo era relativo, podría ser hoy, mañana, en un mes o recién parida, igual su vida sería consumida por las llamas.

Candice, al salir del edificio se percató de que estaba lloviendo, por lo que de momento no podría regresar a su casa, terminó por sentarse en una banca mientras su mirada se perdía en el patio central, recordando en ese momento que había olvidado sus cosas en la habitación de Benjamin, pero no quería regresar, primero se calmaría un poco.

Frente a ella prácticamente caía una cascada de agua, debido al declive de la edificación. Estaba sola, todos se encontraban adentro, resguardándose de la lluvia. Hacía frío, pero no le importaba, se abrazó a sí misma tratando de encontrar un poco de calor o tal vez lo que buscaba era valor.

Con una de sus manos hurgó dentro de su vestimenta a la altura del pecho y tomó la medalla de la virgen María, poniendo toda su fe en ese objeto que significada tanto para ella.

—Señor, ilumíname, ayúdame —cerró los ojos, implorando encontrar una solución a sus dudas y miedos—. ¿Qué debo hacer padre? Eres el único que puede guiarme... no sé qué hacer, sé que debemos mostrarnos fuertes ante las adversidades, que no debemos tener miedo porque tú nos guías y nos proteges... Solo te pido protégeme, si es tu voluntad que siga ayudando el alma encadenada de Benjamin, aclara mis pensamientos —murmuraba su plegaria.

—Señorita Candice, ¿se siente bien? —preguntó la voz del doctor Rickfort, quien la sorprendía por la espalda, provocando que se sobresaltara un poco.

—Sí... sí gracias, solo necesitaba un poco de aire —respondió sonriendo, sin poder ocultar totalmente su nerviosismo.

—¿Le ha hecho algo La Bestia? —inquirió denotando preocupación.

—No, solo quise dejarlo descansar.

—¿Por qué lo hace? ¿Por qué le ofrece ayuda? Sé que es inhumano de mi parte, pero ese joven después de lo que hizo no merece vivir, no merece de sus cuidados. Si no le dio opciones a su propia madre, nadie debería dárselas

a él.

—Doctor, el único que tiene el poder para juzgar es Dios, nadie más puede hacerlo —enfaticó con un tono de voz áspero.

—¿Cree que Dios perdonará lo que él hizo? —sin haber sido invitado se sentó al lado de Candice.

—No lo sé, verdaderamente no lo sé. Pienso que ha sido manipulado por el mal y eso Dios lo tomará en cuenta —suspiró al ver la incredulidad bailando en los ojos grises—. Doctor, nadie está exento de ser tentado por el mal, hay a quienes no le dan opción de elegir, simplemente el mal se impone y es nuestro deber recuperar a nuestro prójimo y guiarlo por la senda del señor.

—O el mal puede terminar por corromper a las almas puras —condicionó con la mirada fija en los labios de Candice.

—Debemos tener fe en que el bien siempre predomina... ¿Verdaderamente cree que si el paciente Benjamin Sutherland fuese tan inhumano como ustedes piensan, hubiese sufrido de esa manera la muerte del señor Davor? El sufrimiento nos hace humanos, nos hace nobles.

—Solo nos preocupamos porque nos dicen que esa es la condición humana, pero hay quienes encuentran placer al incitar dolor... —confesó y se levantó, siendo seguido por las pupilas de Candice—. Con tu permiso, voy por un café, ¿quieres uno? —había decidido marcharse, porque evidentemente hablar ciertos temas con una religiosa, no los llevaría a ninguna solución, muchas veces pecaban de nobles.

—Gracias, pero voy a regresar a la habitación de Benjamin.

—Entonces se lo llevaré a la habitación de La Bestia —le recalcó cómo era llamado ese joven al que ella pretendía ayudar, para que entendiera que no valía la pena.

—Ustedes mismos son quienes lo condenan con ese apodo, deberían llamarlo por su nombre.

—Disculpa... en un rato te llevo el café a la habitación de Sutherland y aprovecharé para hacer la ronda médica.

—Gracias, porque mis vagos conocimientos médicos no se comparan con los de un doctor —dijo poniéndose de pie.

Candice se encaminó a la habitación, mientras meditaba las palabras del doctor Rickfort. Al llegar, su corazón se empequeñeció y la angustia se apoderó de su pecho al ver que Benjamin estaba llorando, se encontraba con la mirada fija en el techo y las lágrimas le corrían por las sienes.

—Benjamin no llores, todo va a estar bien —susurró sentándose a su lado y la yema de sus dedos intentaban retirar las lágrimas que salían una detrás de otra; empezó a acariciarle los cabellos con manos temblorosas, sintiendo cómo la opresión embargaba su pecho—. Supongo que lloras por Davor.

Benjamin asintió en silencio, mientras las lágrimas no le dejaban de brotar, no podía entender por qué de pronto sintió nuevamente la necesidad de llorar ante la nostalgia que explotó de la nada, unos segundos antes de que “su salvación” entrara; lo que le parecía realmente extraño era que mientras se encontraba sumido en su dolor, los instintos asesinos que latían por ella, desaparecían y podía dejarse tocar y disfrutar de esas caricias que lo consolaban.

—No debes sentirte mal, no fue tu culpa —murmuraba y él asintió en silencio—. No... no lo fue, solo que todo el mundo lo dice, pero bien sabes que no pudiste hacer nada, estabas encerrado, tú no querías que eso pasara, lo sé; al mirar en tus ojos puedo saberlo... El señor Davor seguro estará en la gloria de Dios, porque él se había ganado el cielo con su acciones para contigo, te brindó ayuda y protección cuando nadie quiso hacerlo... ahora quiero que sepas que no te dejaré solo, voy a estar contigo, hablaré para quedarme aquí y te haré compañía, no voy a permitir que vuelvan a hacerte daño.

En un nuevo impulso ella se acercó y le depositó un beso en la mejilla, sintiendo cosquillas en sus labios a causa de la tupida barba. En ese momento entró el doctor Rickfort con el café en la mano; no obstante, al ver a Candice besar a la Bestia, el pequeño vaso térmico se le zafó de las manos y cayó al suelo.

Ante la inesperada interrupción, Candice se separó violentamente, como si hubiera estado haciendo algo realmente malo, sintiendo que el corazón se le instalaba en la garganta con latidos desbocados.

Benjamin quiso asesinar con la mirada al hombre que había entrado sin avisar, interrumpiendo ese momento en que se estaba ganando la compasión de “su salvación”. Seguramente le advertiría sobre lo peligroso que era acercársele y la colmaría de miedo una vez más. Inevitablemente su instinto asesino afloró, pero esta vez en contra del impertinente doctor.

—Disculpen, iré por alguien para que limpie el desastre que he causado —dijo retrocediendo varios pasos.

—Si quiere yo puedo hacerlo —se ofreció Candice, alejándose de la cama.

—No es necesario —respondió Rickfort saliendo de la habitación.

—Espere... —lo detuvo Candice y caminó hacia sus cosas, las que agarró con manos temblorosas y miró a Benjamin—. Deseo que te sientas mejor, ya debo volver a mi casa, prometo que regresaré en un par de días.

Benjamin asintió y siguió con la mirada a “su salvación”, quien salía siendo escoltada por Rickfort, ese hombre que a él definitivamente no le agradaba.

CAPÍTULO 27

Después de que el doctor Rickfort la sorprendiera dándole un beso en la mejilla a Benjamin, Candice decidió no ir al menos por un tiempo al centro psiquiátrico, porque se sentía realmente avergonzada, como si hubiese estado haciendo algo malo. Confiaba en que el hombre cuidaría muy bien del paciente y no era tan necesaria su presencia.

De eso habían pasado dos días, pero ya su voluntad se había quebrantado y estaba en la cocina picando las verduras que necesitaba el consomé que le llevaría.

—¡Qué bien huele! —La sorprendió Robert entrando en la cocina, sintiéndose extrañado de ver a Candice en la casa—. Espero que me dejes un poco —se paró detrás de ella, poniéndole las manos sobre los hombros y le regaló un beso en la mejilla.

—Estoy preparando para todos —sonrió complacida ante las muestras de afecto de su hermano—. Espero que me quede igual que a mamá, estoy poniendo todo mi empeño.

—Seguro que quedará igual, ¿cómo te va en la iglesia? —curioseó mostrando interés en las cosas de Candice, pero solo era una excusa para llegar al punto que quería conversar con ella.

—Bien —solo se limitó a decir y bajar la mirada a la batata que picaba.

—La señora Scott me preguntó por ti, me dijo que esta semana no has asistido —comentó, ubicándose en una de las sillas.

—Estuve... —titubeó y soltó el cuchillo temiendo herirse, porque sus manos temblaban como nunca—, esta semana con algunas obras benéficas —comentó con voz estrangulada, porque le costaba mucho ocultarle cosas a su hermano.

—Candice, prometiste que no te expondrías...

—Estoy visitando un hospital —interrumpió poniéndose a la defensiva—. No debes preocuparte.

—Está bien, no me preocuparé siempre y cuando me llesves a ese hospital que estás visitando.

—¿No me crees? —inquirió llevándose una mano al pecho, sintiéndose indignada.

—Te creo, pero me gustaría acompañarte y ver lo que haces.

—No es necesario que lo hagas.

—Candice, me gustaría saber qué es lo que pasa contigo, saber qué es lo que está pasando por tu cabeza... Desde hace unos meses te desconozco. Sé que la muerte de Jeremy y la de nuestros padres te afectaron, pero debes superarlo y retomar tu vida, tu verdadera vida, no en lo que te has convertido. Pareces alguien sin una pizca de personalidad —resopló al ver que su hermana le daba la espalda y evadía la situación—. Candice por favor, siéntate... hablemos, ya no eres una niña, tienes veinte años.

—No quiero hablar Rob... respeta mis decisiones.

—¿Cuáles son tus decisiones? ¿Ir todos los días a velar por las demás personas, mientras tu vida es un completo caos?... No me estás haciendo fácil todo esto, suponía que Lizzy sería mi mayor complicación, pero ha demostrado ser más madura.

—Quiero ir a un convento —soltó sin más.

—¿¿Qué?! ¿Has enloquecido? ¿Ahora quieres ser monja? —no lo podía creer, definitivamente su hermana se encontraba realmente afectada—. Hace menos de dos años tenías un novio con el que soñabas casarte y tener hijos, ahora quieres ser monja... Una cosa es esperar un tiempo a que aparezca en tu vida alguien especial, que llene el vacío que ha dejado Jeremy y otra muy distinta es tomar decisiones realmente serias, solo porque aún te duele su muerte.

—Es más que eso, Dios me ha salvado.

—¡Tonterías! —golpeó la mesa con la palma de la mano, haciendo que Candice se sobresaltara, él se sentía molesto y desesperado.

Candice sollozó sin poder evitarlo y se limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó Lizzy irrumpiendo en la cocina, percatándose de que los ánimos estaban alterados.

—No pasa nada —dijo Candice con la voz quebrada por las lágrimas.

—Claro que pasa, supongo que aún no le has contado a tu hermana sobre tus planes —comentó Robert poniéndose de pie, empezando a caminar de un lugar a otro.

—Rob... solo quiero que me comprendas.

—Pero si ni tú misma te comprendes, estás en un error, estás muy confundida y no quieres aceptar la realidad... llamaré a la psicóloga y le pediré una cita.

—No es necesario.

—¿Alguien podría explicarme qué es lo que pasa? —refutó Lizzy, paseando su mirada de Candice a Robert y viceversa.

—Díselo Candice —la alentó.

—Lizzy, sé que tal vez reacciones de la misma manera que Robert y que no me comprendas, pero es una decisión que he tomado y que nadie logrará que cambie.

—Si estás segura —comentó frunciendo el ceño y mirando a Robert, quien tenía las manos en la cabeza.

—El próximo semestre me iré a un convento.

Lizzy sonrió con incredulidad, mientras intentaba procesar la información que Candice le acababa de soltar de esa manera.

—¿Tú, monja? Candice, eso es una locura... estás confundida, solo eso. Nunca fue tu vocación ser una religiosa, si suspirabas cada vez que me contabas lo bien que se sentía que Jeremy te besara. Puedes irte al convento, pero terminarás arrepintiéndote.

—Es lo que le digo —intervino Robert.

—Aún falta mucho tiempo para eso —resopló Candice—. Por favor, ¿pueden por el momento respetar mi decisión?

Lizzy asintió y le hizo señas a Robert para que también estuviese de acuerdo.

—Está bien, voy a respetar tu decisión... —se dio por vencido, dejando descansar los dedos entrelazados en la nuca.

—También la respetaré —comentó Lizzy y caminó hasta pararse a su lado—. Déjame ayudarte, estoy segura que esto quedará para repetir —sonrió intentando consolar a su hermana, no le gustaba verla llorar, aunque sabía que Robert tenía razón.

Intentaron olvidar el altercado y continuar como los hermanos unidos que siempre habían sido, Lizzy y Robert sabían que aún contaban con tiempo para hacerle entender que esa no era la decisión más acertada y no porque ellos estuvieran en contra de alguna religión, sino porque tenían la certeza de que su hermana solo estaba actuando de manera arrebatada y dejándose llevar por el dolor.

Después del almuerzo, Candice subió a su habitación, aprovechando que Robert y Lizzy habían salido al jardín para jugar con Nadya y Jason.

No se llevó mucho tiempo en ducharse y cambiarse de ropa, regresó a la cocina y sirvió para llevar el consomé que le había prometido a Benjamin.

En el jardín, Robert jugaba con Jason como si fuese el padre perfecto, admiraba el amor que le prodigaba al niño y lo incondicional que era con Nadya.

Pensaba irse sin avisar, pero lo consideró una acción bastante inmadura de su parte, por lo que salió al jardín.

—Necesito salir, regresaré en un par de horas.

—Ten mucho cuidado y no tardes —dijo Robert regalándole una sonrisa, realmente no le agradaba que saliera, pero no quería seguir discutiendo con Candice.

—Prometo regresar pronto —dijo su palabra y salió con el envase.

Con mucho cuidado abrió la puerta de la habitación en la que se encontraba Benjamin.

—Hola —saludó asomando medio cuerpo—, buenas tardes.

Él, que había estado con la mirada perdida en el techo, la desvió hacia “su salvación”, quien acababa de entrar.

—Pensé que habías olvidado el camino que te conduce a mi habitación —ironizó siguiéndola atentamente con la mirada.

—¡Ya puedes hablar! —se mostró feliz al darse cuenta de que había mejorado considerablemente.

—Así parece.

—¿Ya almorzaste? Te he traído el consomé que te prometí —le comunicó, colocando el envase sobre la mesa de metal y a un lado puso su pequeño bolso tejido.

—No sé si a un poco de gelatina sin sabor se le pueda llamar almuerzo —dijo y su mirada por primera vez viajaba más allá del rostro de “su salvación”, debía admitir que poseía unas curvas muy tentadoras, las que se dejaban apreciar a través de la tela del vestido que le rozaba las caderas.

—Realmente eso no es almuerzo, por eso estás tan delgado —alegó, volviéndose con la taza del consomé en las manos, una cuchara sobre la tapa y la servilleta, caminó y se sentó al lado de la cama.

Benjamin observó a Candice acomodándole la servilleta sobre el pecho,

tratándolo como si fuese un niño que ni siquiera supiera llevarse un bocado a la boca.

—¿No pensarás darme la comida o sí? —sonrió de medio lado y no pudo evitar disfrutar del aroma que se esparció por la habitación cuando ella destapó el envase.

Llevaba casi dos años que no experimentaba esa sensación de que la boca se le inundara, anhelando degustar cuanto antes lo que le ofrecían.

—No tienes más opciones, debes permitir que te alimente, porque no van a soltarte. Así que puedes dejar el orgullo de actor de lado —dijo revolviendo el líquido con la cuchara.

—Creo que del actor no queda nada, pero no sientas pena por eso. ¿Viste alguna de mis películas? —preguntó tardándose un poco en abrir la boca, para recibir la cucharada de consomé, mirando a los ojos verdes.

—Mentiría si digo que no, creo que las vi todas —aprovechó y le dio la primera probada.

Benjamin saboreó y jadeó ante el placer que estalló en su paladar, había olvidado lo verdaderamente deliciosa que era la comida.

—Realmente está muy buena —dijo volviendo a abrir la boca para disfrutar del alimento una vez más, después de tragar prosiguió—: Suspirabas por mí, eras de esas adolescentes que se iban a la cama pensando en que podía aparecer bajo sus sábanas, ¿a que sí? —le guiñó el ojo con total picardía.

Candice no pudo evitar sentirse nerviosa ante ese comentario e ineludiblemente se sonrojó.

—Creo que tu comentario está fuera de lugar —reprendió, empujándole más de la cuenta la cuchara dentro de la boca—. Pero para saciar tu curiosidad, solo veía tus películas porque a mi hermana le gustaban, era ella la que suspiraba por ti. Realmente nunca me pareciste tan atractivo y lamento si con eso golpeo tu orgullo.

—Entonces le enviaré solo saludos a tu hermana, supongo que tienes celular.

—Sí tengo, pero... —no sabía cómo explicarle que su hermana no tenía la más remota idea de que lo estaba visitando y seguramente Lizzy no iba querer ningún tipo de saludo de un asesino que le había roto las ilusiones—. No puedo.

—¿Por qué no puedes? No creo que sea por celos.

—No es eso —suspiró para sacarlo de dudas de una vez por todas—. Ella no sabe que te conozco y tampoco pienso decírselo, no sabe que vengo a este lugar. Si mi hermano se entera, impedirá que lo siga haciendo.

—Entonces olvidemos el tema con tu hermana, porque quiero que sigas viniendo... me gusta tu compañía y de cierta manera me tranquiliza saber que no te parezco tan atractivo, así no terminarás enamorándote.

—Ya te he dicho que mi labor es exclusivamente humanitaria, no puedo ver las cosas como una mujer común, mis sentimientos están comprometidos con Dios —volvió a llevarle la cuchara a la boca.

Después de eso no dijeron nada más, él no quería contradecirla y ella no pretendía seguir hablando sobre sentimientos amorosos con un hombre al que solo pretendía ayudar. En silencio siguió dándole de comer.

Justo cuando Candice se levantaba para poner el envase vacío sobre la mesa de metal, entró el doctor Rickfort, sin avisar como ya era su impertinente costumbre.

Estaba decidido, su próxima víctima sería ese hombre al que desde hacía algún tiempo odiaba, le rompería el cuello, de eso estaba seguro.

Quería robarle su única oportunidad para salvarse, ¡maldito egoísta! Lo había descubierto mirándola lascivamente y eso que era él quien llevaba más de dos años sin sexo; ese enfermo que tenía la posibilidad a la vuelta de la esquina, se había encaprichado con Candice.

No solo podía interpretar sus miradas, sino que también lograba saber lo que pensaba, cada vez que lo tocaba, contaba con la posibilidad de interpretar los sucios deseos de Rickfort, habría preferido no hacerlo para así no alimentar su odio, estaba seguro de que Iblis le había concedido ese "poder", para que estuviera atento.

—Buenas tardes —saludó el doctor, mirando a Candice e ignorando totalmente a Sutherland.

—Buenas tardes doctor Rickfort —correspondió la joven, mientras le quitaba la servilleta del pecho a Benjamin y le limpiaba los labios, sin fijar la mirada en lo que hacía—, ¿cómo está?

—Muy bien, he venido a ver cómo sigue el paciente.

—Lo veo mucho mejor, se ha tomado todo el consomé que le traje. Necesita ganar un poco de peso —comentó sonriente y se volvió para sonreírle a Benjamin, quien se obligó a fingir una sonrisa amable.

—Sí, voy a pedirle al nutricionista que le haga una evaluación para un

nuevo plan alimenticio —explicó sin desviar la mirada de Candice.

—Por favor, creo que es verdaderamente necesario... —miró a varios lados del lugar—. Disculpe, voy a lavar esto y enseguida regreso, así puede aprovechar para revisar a Benjamin.

—Claro, puedes pasar —se movió un paso hacia la derecha y le hizo un ademán para que siguiera.

Candice salió con el envase y Rickfort la siguió con la mirada.

—¡Y la bestia soy yo! —masculló con sarcasmo, al ver que el hombre no disimuló la mirada que clavó en el trasero de "su salvación".

Para Benjamin lo peor de ese momento no era la intrépida mirada, sino los sucios pensamientos que siguieron a la acción, era un maldito enfermo.

—¿Cómo hace con la conciencia? ¿Se acuesta con su mujer, mientras piensa en la señorita Adams? Digo, al menos a mí se me perdonaría, porque mi alma está escudada —comentó con toda la intención de hacerle saber que se había dado cuenta de los anhelos de Rickfort.

El doctor se volvió y caminó con lentitud hasta donde estaba el paciente.

—No sé de qué hablas, Bestia —siseó mirándolo a los ojos—. Tus ironías eran para Davor, te aconsejo que me respetes porque tengo el poder para matarte y realmente ganas no me faltan —confesó dejando en evidencia el odio que le tenía—. Una inyección con aire y te hago el favor —amenazó sintiéndose molesto ante la altanería del paciente.

—Inténtelo —lo instó incorporándose en la cama y encarándolo—. Haga el intento de agarrar la jeringa y le romperé el cuello... en realidad no necesito razones para hacerlo.

Lo hubiese hecho sin siquiera ponerlo sobre aviso, si no fuese por las malditas correas que lo mantenían atado a la cama.

—No eres más que un charlatán que intenta meter miedo, psicópata de mierda —escupió con desprecio, desistiendo de revisarle los signos vitales, le daba igual si mejoraba o no.

—Sí, porque soy un psicópata es que sé que acaba de pensar que moriría por saber lo que se siente morderle el culo a la señorita Adams y déjeme decirle que morirá sin saberlo —le dijo con dientes apretados y tirando de las ataduras—. Le tengo una mala noticia, la señorita Adams es mía, es mi salvación y no será usted quien se interponga... ¡Búsquese una puta!

—¿Qué mierda dices? Eres un enfermo —hablaba sintiéndose nervioso, no podía entender cómo era posible que Sutherland lograra interpretar lo que

había pensado. Tragó en seco y mantuvo el aplomo, suponiendo que no era más que intuición masculina.

—¿Por qué se molesta conmigo doctor? —preguntó y su voz de odio y amenaza cambió drásticamente a una de temor—. Si no desea atenderme más, lo entenderé... todos me odian y tienen sus razones —lo miraba fijamente con rabia, pero su voz era todo lo contrario.

Benjamin sabía perfectamente que “su salvación” había llegado y estaba tras la puerta, podía sentir el particular aroma a rosas y no dudó un segundo en voltear el juego a su favor.

—Loco de mierda, ¡maldito enfermo! —Rickfort rugió molesto y desconcertado, porque Sutherland le estaba viendo la cara de estúpido.

En ese momento la puerta se abrió y Rickfort trató de disimular, pero era demasiado tarde, “su salvación” lo había escuchado, esa mirada de decepción lo gritaba y él disimuló a la perfección su sonrisa de satisfacción, tras un gesto de temor.

—Doctor, ¿podría permitirme que le lea un poco al paciente, por favor? —pidió en su camino hacia la mesa de metal. Donde dejó el envase y agarró la biblia.

—Está bien, pero le recomiendo que no se acerque mucho a Sutherland, podría ser peligroso.

Benjamin bajó la mirada como un niño al que acababan de reprender, mostrándose vulnerable delante de Candice.

—Gracias por el consejo doctor, pero no es necesario que estigmatice a Benjamin —le dijo con un tono de voz impersonal.

Benjamin quiso aplaudir, porque “su salvación” se estaba volviendo sumamente protectora.

—Estaré con la paciente de al lado, cualquier cosa...

—Lo llamaré —intervino sin volverse a mirarlo, solo aferrándose a la biblia.

A Rickfort no le quedó más opción que salir del lugar, al ser consciente del cambio de actitud en la señorita Adams. Podía asegurar que había escuchado cuando amenazó a La Bestia.

Candice no podía comprender por qué el doctor usaba palabras tan duras en contra de Benjamin, ¿por qué maltratarlo de esa manera? Suponía que no debía sentir rabia, pero las injusticias muchas veces la rebasaban. La voz del paciente interrumpió sus cavilaciones.

—Gracias, no sé por qué él se empeña en verme como a una Bestia... estoy intentado encontrar el camino —dijo con el ceño fruncido y la mirada baja, fingiendo estar trastocado por la situación—. Escucho todas tus lecturas de la biblia y en algunas tienes razón, lo estoy comprendiendo, pero no podré si siguen recordándome las acciones que cometí, sin siquiera ser plenamente consciente.

—Me he dado cuenta, porque has dejado de contradecir cada versículo que te leo —se ubicó en la silla al lado de la cama y abrió la biblia—. Tranquilo Ben, al ser humano se le hace difícil olvidar, pero tú cambiarás totalmente y caminarás por la senda de Dios, ya verás; dentro de muy poco podrás vivir tranquilamente, saldrás de este lugar y si quieres te irás a otro país, casarte, tener hijos, una familia a la cual proteger y enseñar los designios de nuestro señor.

Benjamin sabía que la estaba manipulando a la perfección y que ella se acercaba, cada vez más le perdía el miedo y era justo lo que necesitaba, ni siquiera escuchaba claramente lo que le decía, aunque muchas veces no podía quedarse callado ante las tonterías celestiales que hablaba y sí, le prestaba atención, pero nunca podría tolerarla, sus ganas de matarla no dejaban de latir constantemente, pero las mantenía bajo perfil.

—¿Seguiremos con Corintios? —preguntó ella abriendo la biblia.

—Prefiero Génesis... siempre es bueno recordar cómo empezó todo.

—Entonces será Génesis —se fue a las primeras páginas de la biblia—. ¿Algún capítulo en especial?

—Capítulo cuatro, del versículo uno hasta el quince.

—Ése habla sobre Caín y Abel... —comentó mientras buscaba—. Aquí está —Candice empezó a leer, mientras Benjamin escuchaba atentamente algo que ya sabía de memoria.

—¿Quién crees que fue culpable de la muerte de Abel? —preguntó una vez que ella terminó de leer.

—Caín fue tentado por el pecado y no tuvo la voluntad suficiente para resistirse —dijo con convicción.

—No es así... realmente la culpa la tuvo el Señor... fue su decisión honrar de mejor manera la ofrenda de Abel, cuando ambos se habían esforzado por igual. El Señor pudo darle el mismo valor a ambas ofrendas, pero a cambio solo creó las diferencias, provocando que el corazón de Caín se llenara de envidia hacia su propio hermano —a Benjamin le gustaba ver cómo esos

grandes ojos verdes se llenaban de dudas—. No conforme con eso, después de que Caín mató a Abel, solo lo castigó expulsándolo, cuando debió eliminarlo o resguardarlo para que comprendiera que había pecado, pero dejó salir al pecador y también se aseguró de que nadie más le hiciera daño, lo hizo porque quería que toda la mierda se siguiera extendiendo.

—Pensé que ya no ibas a refutar las sagradas escrituras —reprendió haciendo un mohín que a él le pareció muy gracioso.

—No las estoy refutando, simplemente estoy dando otra opinión —se alzó de hombros y por primera vez la veía sonreír, más allá de un simple gesto amable.

—Está bien, acepto tu opinión, pero no la comparto.

—¡Qué bien! Así puedo sentirme en la libertad de decir que tampoco comparto la mayoría de tus opiniones.

—Prefiero que seas sincero y que no guardes cosas negativas en tu corazón —dijo y por un momento sintió que no podía desviar su mirada de esos enigmáticos ojos azules, era como si la estuviese atando a sus pupilas—. De... debo irme —tartamudeó y se levantó rápidamente, sin poder evitar sentirse muy nerviosa y con el corazón golpeteándole contra el pecho.

—¿Vendrás mañana? —preguntó siguiéndola con la mirada.

—No lo sé.

—Por favor, eres la única persona que me hace compañía.

—Intentaré venir, pero no puedo prometerlo —Candice se dio media vuelta, al tiempo que se colgaba del hombro su bolso, sin atreverse a mirarlo una vez más a los ojos, por temor a quedarse anclada en sus pupilas.

—No quiero promesas, tienen más valor tus intenciones.

—Está bien, mi intención es venir, pero puede que haya algún inconveniente.

—Rezaré para que no lo haya —comentó con una sonrisa casi angelical, disfrazando esa gran mentira.

Candice sonrió y salió del lugar con paso rápido, quería alejarse de la presencia de Benjamin, porque le había perturbado que la mirara de esa manera que no sabía explicar.

CAPÍTULO 28

Benjamin estaba más dormido que despierto, ese era el efecto de alguno de los calmantes que le suministraban, para contrarrestar el dolor que le provocaban los vestigios de las numerosas golpizas que había recibido.

Mucho antes de que llamaran a la puerta, escuchó a “su salvación” hablando con un hombre que no era Rickfort, caminaba con rapidez y el acompañante intentaba mantenerle el paso.

Abrió los ojos justo en el instante en que la puerta se abrió y ancló su mirada en la mujercita rubia que parecía un torbellino.

—Le he dicho que este bolso no contiene nada por lo que deban preocuparse, ya revisaron todo, ¿acaso hay otro inconveniente? —preguntó sin saludar a Benjamin, solo se limitaba a discutir con el hombre que la seguía.

—Debemos velar por su seguridad señorita o lamentablemente no podremos seguir concediéndole las visitas.

—¿Qué daño podría hacerme? ¿Acaso no ven que es un pobre infeliz que está inmovilizado? —preguntó haciendo un ademán hacia Benjamin.

—Señorita Adams, acepto lo de pobre, pero lo de infeliz está de más, tampoco así —dijo el aludido contrariado, obligándose a no soltar una carcajada, porque nunca nadie había osado llamarlo de esa manera, ni siquiera la cerda de su madrastra. Desvió la mirada hacia el hombre de seguridad parado en el umbral—. Por no decir que tengo un par de costillas fracturadas que me torturan cada vez que respiro y que no podría hacerle daño a la única persona que me ha brindado un poco de compasión.

—Bestia, te recuerdo que asesinaste vilmente a la mujer que te dio el ser, supongo que te costará menos hacerle daño a quien te brinde un poco de

compasión.

—Por favor, ¿podrían olvidar lo que hizo Benjamin?... o al menos no recordarlo a cada minuto —suplicó Candice—. Está atado, no puede mover manos ni pies, ¿por qué tienen que ser tan intransigentes? —caminó hasta la mesa y dejó caer el bolso, no era el mismo tejido que siempre llevaba—. Si lo hace sentirse más tranquilo, puede quedarse.

—Ese es el problema, no puedo quedarme, no puedo abandonar mi trabajo solo por cuidar de usted.

—No me cuide entonces, yo puedo hacerlo sola. Regrese a su puesto, vaya... si pasa algo gritaré y seguro que alguien más llegará en mi ayuda.

—Es su total responsabilidad —le recordó el hombre.

—Es mi responsabilidad —aseguró Candice, elevando ambas cejas en un gesto de impaciencia.

El hombre se dio por vencido y salió de la habitación, Candice resopló y dejó caer los hombros como si un gran peso la abandonara.

Benjamin sonreía, pero dejó de hacerlo casi inmediatamente, para que no lo pillara. Ella se volvió hacia él con las manos en la cintura.

—¿Puedo preguntar a qué se ha debido ese episodio tan agresivo, en una mujer de corazón tan puro? —ironizó elevando una ceja.

Ella no dijo nada, solo se volvió de espaldas y abrió el bolso.

—A esto —respondió volviéndose una vez más hacia él, mostrándole una tijera y una máquina de afeitar—. Creen que podrías hacerme daño.

Benjamin miró la tijera e inevitablemente le asaltaron los recuerdos de cómo había usado una casi igual para matar a Karen.

—Realmente podría —confesó, notando inmediatamente cómo ella se tensaba—. Pero no quiero hacerlo, así que puedes estar tranquila, ¿qué se supone que harás con eso?

Candice respiró un poco más aliviada, algunas veces le molestaba todo el juego de palabras y sutiles amenazas que utilizaba Benjamin, con el único propósito de asustarla.

—¿Desde cuándo no te cortan el cabello o te rasuran? Pareces un indigente.

—¡Gracias! Hoy tus halagos me han hecho sonrojar más de una vez.

—Lo siento, mi intención no es hacerte sentir mal. Solo pretendo ayudarte —alegó en voz baja, sintiéndose realmente apenada—. No quiero que cambies solo por dentro, también me gustaría ver en ti un cambio exterior.

—Está bien, no voy a oponerme a eso. Acepto que me hagas un cambio, solo espero que sepas lo que haces.

—Estoy segura de lo que haré —sonrió acercándose hasta él, con tijera en mano—. Primero tendré que cortarte un poco la barba porque está muy larga, después pasaré la rasuradora.

Benjamin miró la tijera muy cerca de su rostro, despertando casi violentamente las ganas de usarla e imaginó las muchas maneras de asesinar a Candice con ella. Se obligó a desviar la mirada del objeto y respirar profundamente para acallar sus crueles instintos.

—Prométeme que tendrás cuidado, hermosa —pidió con voz vibrante, fingiendo sentir miedo mientras ella le ponía una toalla alrededor del cuello, la que unió sobre su pecho.

—Ni... siquiera... —balbuceó nerviosa, no entendía por qué cada vez que Benjamin le hacía un cumplido al llamarla de esa manera, algo muy extraño pasaba en su estómago; la invadían emociones que solo había experimentado mientras Jeremy la besaba—. No pienses que quiero hacerte daño —agarró un mechón de cabello de la barba castaña y lo cortó.

Benjamin prefirió cerrar los ojos, mientras contenía la respiración para no hacerle daño a “su salvación”, escuchaba atentamente cómo cortaba uno a uno los mechones, parecía que el tiempo pasaba muy lento y ella lo torturaba con su aroma a rosas.

Escuchaba la respiración acompañada de ella, pero que algunas veces se descontrolaba, así como el retumbar enloquecido de su corazón. No podía saber si lo que “su salvación” sentía era miedo o algo más, por primera vez no lograba definir las emociones que marcaba cada latido.

Sintió la espuma cremosa sobre una de las mejillas y no pudo permanecer con los ojos cerrados; no obstante, prefirió no haberlo hecho, porque se encontró con el rostro de ella muy cerca y lo descontroló, por lo que volvió a cerrarlos.

Candice fue revelando poco a poco el rostro de Benjamin, descubriendo que debajo de tanto vello facial, se encontraba un hombre joven. Lo recorría con la mirada mientras él tenía los ojos cerrados, parecía un ángel ante la belleza que poseía, en ese instante comprendía por qué las adolescentes suspiraban por él. En dos años, los rasgos se le habían fortalecido y habían acentuado el atractivo del que era poseedor. Agarró la toalla y retiró los restos de espuma, sin darse cuenta de que estaba tomándose más tiempo del

necesario y que solo lo hacía por acariciarlo.

—¿No me digas que también vas a besarme? —formuló la pregunta con picardía, abriendo un solo ojo, teniendo la certeza de que ella lo estaba admirando y que el corazón se le había desbocado, podía escucharlo palpitar con extrema rapidez.

Ella se alejó inmediatamente y él logró respirar con mayor tranquilidad, cada vez era más difícil mantener su autocontrol.

Sentía que “su salvación” le había quitado un gran peso de encima, aunque no podía tocarse la barba para constatar que no tenía vellos, solo con no sentirlos era extraordinario.

Candice sentía que su rostro se había sonrojado ante las palabras de Benjamin, por lo que se alejó a un lugar seguro, se fue en busca de un cepillo dentro del bolso, pero no conseguía agarrarlo, porque las manos le temblaban demasiado y no quería que él se diera cuenta.

—Te... te voy a cortar un poco el cabello.

Ya ella no quería seguir viendo esa melena que le llegaba a mitad de la espalda.

—Si tu intención no es dejarme como Cristóbal Colón está bien, dejaré que lo hagas —dijo con la sátira que nunca podía faltar.

—No, quedarás muy bien, ya verás —aseguró con media sonrisa, la que no pudo controlar. Suponía que las religiosas no se debían mostrarse sonrientes, al menos no con los hombres y debía controlar esos impulsos si pretendía irse al convento.

Cepilló el cabello con cuidado y poco a poco fue cortando, sintiéndose entregada a cada hebra. Le gustaba tocarlo, era sumamente sedoso y de un color muy bonito, era un castaño oscuro casi negro, pero con algunos mechones un poco más claros, se parecían a esos rayos de sol que calaban a través del follaje de los árboles, esos que brindaban una luz que la llenaba de paz, esa misma sensación le ofrecía el cabello de Benjamin, por eso los peinaba con sus dedos una y otra vez, era maravilloso sentir las hebras deslizarse entre sus dedos.

—¿Falta mucho? —preguntó sacándola de su ensoñación y del deleite que gozaba su tacto.

—No, ya terminé —dijo sin poder ocultar su nerviosismo.

—¿Segura que no me has trasquilado?

—No, te ha quedado muy bien —aseguró y caminó hacia el bolso una vez

más, de donde sacó un estuche de polvo compacto.

—A pesar de todo, es vanidosa la señorita Adams —sonrió al ver que se acercaba con un estuche de maquillaje.

—Solo lo uso por el espejo —dijo y con una sonrisa abrió frente al rostro de Benjamin el estuche negro, dejando el espejo frente a esos hermosos y enigmáticos ojos azules, sintiéndose satisfecha con el trabajo realizado.

El espejo frente a él le devolvía su reflejo y se quedó mirándolo, reconociéndose, reencontrándose después de tanto tiempo. Todo a su alrededor desapareció y solo quedó él con el hombre en el espejo.

Se sentía verdaderamente extraño, buscó en sus ojos azules y no se reconocía, por lo que se preguntó: ¿Cómo había llegado a ese punto? ¿En qué momento había cambiado tanto? Aunque se sentía vacío, en sus pupilas veía vida, tal vez era su alma la que se reflejaba en ellas, aunque se encontraba en el escondite perfecto, tan lejos de él como para no alcanzarla, pero a la vista de las demás personas, para que vieran que ahí estaba.

Lo que le instaba a rescatarla era recordar, anhelaba sentir esas emociones que invadían su pecho, sentirse más humano, deseaba todo lo que había perdido en el momento en que la escudó, jamás pensó que demostrar fortaleza a Iblis le quitaría tanto; no obstante, que también le daría otras cosas más.

Le quitó emociones, su carrera, a su madre, algunos amigos; aunque no se arrepentía de lo que había hecho, había momentos en que la extrañaba, también anhelaba libertad, amor y una posible familia, tal como le había dicho “su salvación”.

A cambio, había ganado odio, desprecio, poder, intuición, manipulación y de cierta manera le agradaba lo que había ganado, solo que quería también emociones, no solo vacío.

También quería sentir el corazón latir fuertemente de felicidad, sentir nuevamente sus latidos al ritmo de los aplausos de un público que lo ovaciona y no apresurados por estar conteniendo la respiración, para no acabar con la única posibilidad que tenía para recuperar su vida.

No había querido ser elegido, no quiso ser manipulado de tal manera, ni encontrarse en la necesidad de depender totalmente de Iblis. A ese hombre en el espejo, sencillamente no lo podía engañar, al reencontrarse con él mismo, asaltaban las ansias, quería liberarse cuanto antes y eso reforzaba las ganas de querer recuperar su alma a costa de lo que fuera, aun a costa de comerse el

corazón de su propio hijo. Anhelaba hacerlo, encontrar de una vez por todas, la salida.

—¿Y bien?, no me has dicho qué te parece —la voz de Candice irrumpió, sacándolo de ese lugar remoto en el que se encontraba.

—Me veo diferente —murmuró con la mirada fija en su rostro en el espejo —. Me veo mayor.

—No sé cómo te recuerdas, pero eres un hombre.

—Sí, la última vez que me vi era... un adolescente —hablaba como si estuviese haciéndolo con él mismo.

—Bueno, tendrás este espejo contigo para que te veas más a menudo —dijo retirando el escuche.

“Su salvación” se llevó su imagen, arrancándole una vez más el alma.

—¿Piensas elevar mi ego? —inquirió divertido, queriendo recuperar su seguridad.

—A veces es necesario que mires un poco al hombre en el que te has convertido —le recordó retirando la toalla con los cabellos que había cortado.

—En una bestia —dijo con melancolía, pero lo hizo con toda la intención de despertar compasión en ella.

—¡No! Por favor Ben, no eres una bestia. Mira, has quedado muy lindo —confesó con inocencia, con el único propósito de hacerlo sentir mejor. Aunque las últimas palabras fueron arrancadas de su inconsciente corazón.

—¿Algún día vas a desamarrarme? —obvió las palabras de ella, para no alejarla de las emociones que la delataban.

—No sé si pueda, sabes que no está permitido.

—¿Y cómo hacemos? Necesito hacer algo urgente con las manos.

—Dime, yo lo haré por ti —se ofreció con una ternura casi maternal.

—No... no puedes hacerlo por mí, es que necesito... debo... me pica algo que tú no puedes tocar —buscaba la mejor manera de elegir sus palabras, intentando ser realmente convincente.

Candice comprendió inmediatamente y aunque lo intentó, no pudo evitar que su cara se sonrojara.

—Hermosa, solo será cuestión de segundos, nadie tiene que darse cuenta y solo será una mano... —empezó a hablar con urgencia, para que ella creyera en sus palabras y así encontrar el objetivo.

—Está bien, pero hazlo rápido, para que veas que confío en ti y que no te creo ninguna bestia —sus manos volaron a la correa de cuero e intentaba

hacerlo deprisa, pero sus movimientos temblorosos solo la dejaban quedar como una tonta.

Benjamin observaba atentamente cómo ella desamarraba la correa, al sentirse liberado elevó la mano; Candice dio un paso hacia atrás, mostrándose temerosa.

—No te haré daño. Dices que no me crees una bestia, pero me temes — espetó fingiendo sentirse dolido.

—No es miedo —uno de los mayores defectos de Candice era que no le gustaba sentirse retada, por lo que avanzó el paso que había retrocedido.

Benjamin se estaba dando cuenta de que las cosas con “su salvación” al parecer serían más fáciles de lo esperado, ella se dejaba manipular fácilmente, porque tenía un corazón demasiado generoso.

Elevó su mano, estaba seguro de que ella no se retiraría, por lo que se obligó a ponerse a prueba una vez más, pero al mismo tiempo confirmar si era ese o no el equilibrio, le acarició con los nudillos la mejilla.

Candice intentó alejarse, pero desistió de hacerlo, solo se quedó inmóvil y cerró los ojos ante el suave toque que Benjamin le prodigaba, era como si no fuese ella, porque ante él no tenía voluntad.

Benjamin podía rozarla y no querer matarla, era algo extraño, casi insólito. Como las algas que podían alumbrar el mar en plena noche, pero dejaban de brillar si el día las sorprendía. Así estaba seguro Benjamin, que si alejaba su toque solo un centímetro, sus instintos asesinos explotarían sin permiso.

—Gracias —la voz suave de él agradeciéndole, provocó un vacío en la boca del estómago de ella y algo como mariposas revoloteaban en su interior.

Sensaciones en su cuerpo emergieron, bullían en lugares que debían estar prohibidos para Benjamin, porque solo habían pertenecido a Jeremy, por lo que se alejó con el corazón latiendo desbocado en su garganta, ante el miedo que sentía en contra de ella misma, en contra de su cuerpo que la traicionaba.

—De... de... de nada... —la voz temblorosa no le dejaba dudas a Benjamin del descontrol que había provocado en ella con solo ese toque—. Bueno, haz lo que tengas que hacer —lo alentó dándose media vuelta, porque sentía el rostro arder e intentaba controlar su respiración alterada.

—Listo, ya puedes atarme nuevamente —pidió captando la atención de “su salvación”, quien se encontraba de espaldas, pretendiendo ocultar lo que pasaba en ella.

—¿Necesitas que te lave la mano? —preguntó volviéndose sin atreverse a

mirarlo a la cara.

—No es necesario, no soy un sucio, no me la he metido —dijo con picardía, cuando ni siquiera se había tocado. No había sido más que una prueba para ella y por qué no, una trampa en la que fácilmente había caído.

Candice se encaminó de regreso a la cama y una vez más lo ató.

—Creo que ya he pasado mucho tiempo aquí, debo regresar a mi casa —comentó alejándose de Benjamin.

—Puedes ir tranquila —ancló su mirada en las mejillas arreboladas de ella, le encantaba ver cómo la sangre se le concentraba en el rostro.

Candice guardó las cosas en el bolso y caminó hacia la salida, tratando lo menos posible de mantener comunicación con Benjamin.

—Candice —él la detuvo, ella al parecer no tenía intenciones de volverse para mirarlo—. ¿No vas a despedirte?

—Adiós Benjamin.

—Adiós Candice... y gracias por lo que has hecho.

Ante esas palabras ella se volvió con media sonrisa, pero una que no le llegaba a la mirada.

—No debes agradecerme a mí, agradécele a Dios.

—No ha sido Dios quien me ha quitado kilos de cabello, has sido tú, fueron tus manos las que me dieron la oportunidad de reencontrarme con el hombre que era.

—Pero ha sido Dios quien me ha puesto en tu camino, si no fuese por él, yo no estaría aquí.

—Entonces le agradezco —comentó, pero bien sabía que ella no estaba ahí por Dios, no había sido precisamente él quien la había guiado a ese lugar. Pobre tonta que aún creía en un ser del que todos hablaban, pero que nadie había visto.

Ella volvió a sonreír dulcemente y salió dejándolo solo, una vez más.

CAPÍTULO 29

Candice había solicitado encarecidamente que hicieran una excepción con Benjamin y le asignaran una nueva habitación, una que al menos contara con una ventana hacia el patio central, no importaba si seguía en el edificio viejo, pero que le brindaran la oportunidad de que tuviese un poco de luz natural y no esa que parecía un cuarto de castigo, donde estaba completamente incomunicado, pero por más que suplicó, no consiguió el objetivo.

La Bestia regresaba a su celda particular, aunque al menos se encontraba seca y el olor a humedad había desaparecido, percibía el místico aroma del sándalo y estaba un poco más iluminada, habían reemplazado el bombillo que colgaba del cable sulfatado, por una lámpara más grande.

La mirada azul recorrió el lugar con aversión, aunque le habían hecho algunas mejoras, ya no quería estar ahí, solo quería libertad, empezaba a impacientarse, su calma, su "no me importa nada" ya estaba llegando a su fin.

—Ya verás, vamos a cambiarla —susurró Candice tomándolo del brazo, invitándolo a entrar, mientras un hombre la resguardaba.

Ella no se daba por vencida, todos los días seguiría insistiendo y no desistiría hasta conseguir el objetivo. Había tenido que recurrir a algunos de sus ahorros para pagar por las mejoras en ese lugar y no se arrepentía, así como no se había arrepentido de haber gastado de su dinero en otras personas.

Benjamin al sentir que ella lo agarró, haló el brazo bruscamente, sintiendo como si el toque lo hubiese quemado, no quiso hacerlo de esa manera, pero lo había tomado desprevenido, sin ningún tipo de concentración de por medio y no debió hacerlo, se lo dejó saber al dedicarle una mirada de advertencia.

Candice no pudo evitar asustarse ante la reacción de Benjamin y mucho menos pudo descifrar la mirada que le dedicó, quería creer que era de disculpa, pero en realidad ese brillo intenso en sus ojos, no se lo dejaban claro. Trató de disimular su miedo con una sonrisa nerviosa y reservada, solo para que el hombre de seguridad que los acompañaba no tomara represalia en contra de Benjamin.

Era evidente que nadie lo quería, que todos lo odiaban, las miradas que posaban sobre él se lo dejaban claro y ella se sentía en la necesidad de protegerlo, tal vez era lo mismo que él quería hacer con ella, salvarla de los malos comentarios, que ya se empezaban a regar entre los mismos empleados, unos más absurdos que otros, algunos decían que él era un hereje y ella se estaba dejando llevar por sus dogmas.

¡Qué equivocados estaban! Si solo supieran todo lo que había evolucionado Benjamin en los ocho días que estuvo hospitalizado, no hablarían de esa manera, él solo se encontraba confundido y era lógico que lo estuviese después del abandono total en el cual estuvo.

Benjamin se encaminó al final del pequeño cuarto acolchado y se dejó caer sentado en el mismo lugar de siempre. Candice lo siguió y se paró frente a él, para después sentarse sobre sus talones, atreviéndose a mirarlo a los ojos.

—Sigue igual —murmuró con las pupilas fijas en el rostro de “su salvación”, pero realmente no la miraba.

—Sí bueno, ahora está más claro —acotó moviendo su cabeza de un lado al otro, observando el lugar vacío y triste, ese en el cual sus voces hacían eco. Ella pretendía que al menos se diera cuenta de que lo habían iluminado un poco más.

—Esto no ayudará a mi mejoría.

Benjamin se sentía abatido, en poco tiempo se había acostumbrado a escuchar diferentes voces, a percibir distintos olores y rostros. Quería saber qué demonios pasaba con él.

Sus ánimos estaban totalmente descontrolados, al igual que su instinto por matar a “su salvación”, algunas veces podía tolerarla, otras sentía que por mucho autocontrol que se impusiera, terminaría saltándole encima y estrangulándola. Hasta había empezado a soñar, después de más de dos años sin hacerlo y las últimas dos noches se vio caminando bajo la lluvia, una lluvia incesante y fría, pero no iba a ninguna parte, nunca llegaba a ningún lado.

—Regresaré en un rato —ella se dio cuenta de que Benjamin no quería hablar, se puso de pie y salió del lugar, él ni siquiera hizo el intento por detenerla o al menos por preguntarle a dónde iría.

La puerta se cerró detrás de Candice y del hombre de seguridad, quien la acompañaría a la salida. Él quedó completamente solo, como era costumbre.

Al menos lo agradecía, porque quería poner en orden sus pensamientos y

las emociones que lo invadían, necesitaba urgentemente definir su situación. Intentaba hacerlo cuando la luz de la lámpara se apagó, dejándolo completamente a oscuras y a los pocos segundos, frente a él brillaron malignamente los puntos que iluminaban las cuencas negras.

—Mi discípulo —la voz atrayente de Iblis hizo eco en el lugar.

—¿Por qué lo hiciste? —reprochó Benjamin con la mirada fija en las cuencas ébano.

—Porque tú me lo pediste, querías sentir y solo te complací, estoy aquí para eso, para acceder a tus peticiones; ahora quiero que acates mis exigencias, porque vengo a exigirte amigo mío —sentenció con voz lenta, ese ser no se alteraba, su voz siempre era calma, tanto como su actitud.

—Siempre lo has hecho, no es precisamente ahora que solicitas algo, desde que te conocí en ese maldito avión no hago más que cumplir con tus imposiciones —estaba molesto, muy molesto con Iblis, porque lo había abandonado por mucho tiempo y ahora regresaba a exigir.

—Escucho molestia en tu voz y no voy a tolerarlo, es mejor que redimas tu odio y eso es una advertencia, no quiero castigarte... Solo he venido a exigir que dejes de escuchar a “tu salvación”.

—Además de no poder matarla, tampoco podré escucharla... ¿No la miro tampoco y me la cojo telepáticamente? —comentó con esa rabia que bullía en él.

La cara de Benjamin fue involuntariamente volteada hacia la derecha a consecuencia de una fuerte bofetada, que no requirió de ningún toque; no obstante, su piel empezó a arder, como si hubiese sido quemada con aceite hirviendo.

—Solo no escuches sus estúpidas reflexiones bíblicas, no lo hagas si no vas a contradecirla —siseó Iblis, despidiendo su aliento a mirra.

—Exijo saber por qué no debo hacerlo —fijó su mirada zafiro titilante en la negra, lo afrontaba y no le importaba, había llegado el momento de retarlo, porque verdaderamente estaba cansado de toda esa situación.

—Porque estás creyendo —respondió firmemente.

—No lo hago —contradijo reteniendo al borde de sus párpados las lágrimas a consecuencia del ardor que le torturaba la mejilla.

—¡Sí, lo haces! Por eso estás perdiendo el control, por eso te estás haciendo débil, no serás más que un despojo... Si tu creencia por ese ser aumenta, te convertirás en nada y no podrás llevar a cabo tu sacrificio y

entonces yo la tomaré, me quedaré con la mujer y tú seguirás aquí encerrado para la eternidad.

—¿Estás diciendo que si llego a creer recuperaré mi alma sin hacer ningún sacrificio? ¿O podré saciar mis ganas de matarla antes y empezar a creer después? Existen otras posibilidades y me las ocultas. ¡Me haces pasar por imbécil! —gruñó aún más molesto.

—No amigo mío, creer no es tan fácil, para poder hacerlo la necesitas a ella, podrías recuperar tu alma si crees; pero cuando lo hagas, vas a vivir máximo dos horas, porque no soportarás la culpa y terminarás por suicidarte, entonces me apoderaré de tu alma y te arrastraré a mi reino, donde te convertiré en mi esclavo por haberme desobedecido... Ya sabes, no la escuches —le advirtió y desapareció, dejando una vez más el lugar iluminado.

Benjamin intentaba comprender por qué Iblis había desaparecido de esa manera tan repentina, cuando la pesada puerta se abrió y Candice entró con una bolsa grande de papel.

—He regresado... Ben, vamos a cambiar este lugar, ya verás. Todo será más cómodo para ti —hablaba emocionada, con esa gran sonrisa que le iluminaba la mirada, al tiempo que se dejaba caer sentada sobre sus talones frente a Benjamin—. Déjame decirte que vas a disfrutar de la caridad de las personas, esto te lo envía el señor Gilbert —dijo sacando una manta y una almohada—. ¿Ves que no todos te odian?, él cree que Dios te salvará, sabe perfectamente que la caridad, es amar a Dios por sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo. Se trata por lo tanto, de un amor desinteresado... También la dueña de la librería te ha enviado algunos libros, no quise traerte nada de religión para que puedas viajar fuera de este lugar a través de la lectura, hay varios; tienes de Julio Verne, de Williams Shakespeare, Stendhal y Víctor Hugo, tal vez ya hayas leído algunos, pero siempre es bueno tener algo con que entretenerse —le hizo saber con su voz casi melodiosa, sacando uno a uno los pesados tomos y poniéndolos sobre el suelo acolchado.

Él no le prestaba atención porque suponía que no debía creer ni siquiera en la misericordia, aunque frente a sus ojos tenía la prueba, estaba el gesto misericordioso para La Bestia.

Su mirada se posó en las flores blancas que tenían los largos tallos envueltos con un "bonito" papel blanco.

—¿Te gustan? Las he comprado para ti, son dalias —le dijo sonriente—.

Dicen que son muestra de dignidad.

—No sé si me gustan, pero supongo que para ti tienen un significado especial, uno más allá de la dignidad, hasta me atrevería a decir que te traen recuerdos.

—¿Por qué dices eso? —preguntó con los párpados abiertos de par en par, aún no se acostumbraba a esa manera en que Benjamin sabía tantas cosas de ella y le lastimaba que lo hiciera.

—Porque he notado el entusiasmo con que te has referido a unas simples flores —alegó admirando los pompones de pétalos blancos que en las puntas tenían una coloración lila—. No quiero nada de eso, llévatelo, no estoy para limosnas —su voz tan profunda como la muerte y su mirada fija y fría como los témpanos de hielo de los océanos a media noche, provocaron que Candice se quedara inmóvil, observándolo con los ojos de ella acuosos.

—No me lo llevaré... si quieres deshazte de todo esto tú mismo —dijo poniéndose de pie y dejando las cosas en el lugar—. Hasta mañana Benjamin —se despidió casi en la puerta.

Se sentía molesta con la actitud cambiante de él, algunas veces era abierto a nuevas ideas, escuchaba atentamente cuando ella le leía la biblia y otras simplemente era un completo enigma que la asustaba.

—Lo único que podría agradecerte sinceramente sería algunos cigarros —su voz había cambiado totalmente a una divertida.

Aumentando la molestia en ella y a él le había agradado ver que “su salvación”, no era un ser completamente lleno de bondad, que también pecaba con la soberbia; su rostro sonrojado por la rabia le gustaba más que el arrebolado por el nerviosismo o sutil excitación.

Ella volvió medio cuerpo y solo le hizo una mueca de molestia, ante lo cual él soltó una carcajada que hizo eco en el lugar, llegando a los oídos de Candice y encantándola como si fuese el canto de las sirenas; sin embargo, debía mantener a raya sus emociones femeninas, salió del lugar y lo dejó solo con sus sarcasmos.

Benjamin al verse solo una vez más, dejó de lado su orgullo y las exigencias de Iblis, por lo que se acostó y tomó la almohada, colocándosela debajo de la cabeza, disfrutando de la comodidad a la que una vez más se había acostumbrado durante los días que estuvo en enfermería. Sin pensarlo mucho eligió: Los Miserables de Víctor Hugo, a medida que leía entraba a otro mundo, en el que se hablaba de la naturaleza del bien, el mal, la historia

de Francia, la arquitectura de París, la política, la ética, la justicia, la religión, la sociedad y las clases, así como la naturaleza del amor romántico y familiar.

Sin duda alguna, lo que de cierta manera le trastocó fue la historia de Valjean, porque no se explicaba cómo era que después de haberle hecho mal al arzobispo, al robarle las pocas pertenencias, éste se preocupó por él y le ayudó, mintiendo para que no se lo llevaran de nuevo a prisión, de lo que aprendió y logró ser un hombre de bien.

Continuó leyendo sin saber por cuánto tiempo, hasta que se quedó dormido y esa noche soñó que era Valjean y que tenía alguna posibilidad de cambiar, gracias a la ayuda divina y desinteresada de “su salvación”.

CAPÍTULO 30

*Ave María,
gratia plena,
Dominus tecum,
benedicta tu in mulieribus...*

Una voz melodiosa lo sacó del profundo estado de sueño en el que se encontraba, estaba boca abajo con el rostro casi enterrado en la almohada, a duras penas consiguió elevar la cabeza y con pesadez abrió un ojo, encontrándose con “su salvación” de espaldas, era ella quien cantaba el Ave María, mientras organizaba nuevas dalias en un florero de plástico. Ni siquiera la escuchó entrar, había dormido como nunca antes, tal vez porque después de varios años, encontró la posibilidad de experimentar una nueva libertad a través del libro que había estado leyendo.

Candice sintió la fuerza de la mirada de Benjamin sobre su espalda, por lo que volvió medio cuerpo y le regaló una sonrisa, toda la molestia que había sentido el día anterior en contra de él, simplemente se había esfumado.

—¡Buenos días! Veo que haz dormido bien —su brillante sonrisa demostraba la emoción que le provocaba verlo de esa manera y le dio cierta gracia cuando él frunció el sueño.

—Aún duermo —dijo con voz ronca, dejando caer la cabeza nuevamente y colocándose la almohada sobre la cabeza, demostrando fastidio.

—Lo siento, te he despertado mientras cantaba —acotó divertida, sin dejar de organizar las flores. Le gustaba ver ese lugar con un poco de color.

—Es que lo haces muy mal... ahora tengo sueño, cuando despierte te

enseñaré a pronunciar correctamente el latín —su voz se escuchaba sofocada por encontrarse bajo la almohada.

—Está bien, entonces cantaremos juntos... pero primero debes ir al baño.

—Lo haré cuando despierte.

—¡Pero si estás despierto! —objetó observándolo comportarse como uno de los niños del hospital pediátrico que algunas veces visitaba.

—Tú me estás despertando —refunfuñó sin quitarse la almohada.

—Está bien, te dejaré dormir... cantaré bajito.

—¡No lo hagas!... No cantes, prefiero dejar el sueño para después —dijo incorporándose con su cabello totalmente revuelto, parecía un nido de pájaros, por lo que Candice no pudo evitar reír—. ¿Qué pasa? —preguntó desconcertado, observando cómo ella se acercaba sin dejar de reír y se colocó de rodillas frente a él. Nunca antes la había visto reír con tanto ánimo.

—Tienes el cabello desordenado, ¿puedo? —preguntó con la idea de acomodar las hebras revueltas.

Benjamin asintió en silencio y cerró los ojos, conteniendo la respiración para no hacerle daño, al tiempo que sentía las manos de ella vagar entre sus cabellos, y podía escuchar los corazones de ambos latir fuertemente.

El de ella latía presuroso por las emociones que la gobernaba cuando estaba con él, esas nuevas sensaciones que la azotaban sin piedad, pero que le hacían sentirse muy bien, se sentía plena.

El corazón de Benjamin se desbocaba por contener la respiración y tomar firmemente las riendas de sus impulsos, la podía sentir temblando y aturdida, por lo que aún con los ojos cerrados, elevó rápidamente sus manos, unidas por las correas de cuero y las posó sobre el cuello de Candice.

Ella se asustó, pero no se alejó, al notar que el agarre era tierno y no agresivo.

Benjamin acarició con sus pulgares las mejillas de ella, equilibrando las ganas en sus manos por matarla. Las elevó un poco, apoderándose de la tersa cara de la rubia y se acercó aún más abriendo los ojos, fijándolos en esas dos esmeraldas que estaban cargadas de temor.

—The world was on fire and no one could save me, but you —canturreó muy bajito, mientras bajaba su mirada a los labios sonrojados y entreabiertos de ella, sintiendo cómo el aliento se escapaba y se mezclaba con el de él—. It's strange what desire make foolish people do, I'd never dreamed that I'd meet somebody like you.

Candice se encontraba demasiado nerviosa y los latidos enloquecidos de su corazón no le dejaban pensar en nada más, solo su olfato intervino al extasiarse con el aroma a caramelo de canela, provocando que la boca se le agudara. Sin ser consciente, se pasó la lengua por los labios y sintió más cerca el tibio aliento de él calentar la humedad con la que ella misma los había impregnado.

Eso la aturdía, porque el aliento de él era la incitación que la envolvía; normalmente cuando una persona se encontraba recién despierta, no poseía un aliento tan agradable, ni siquiera algún humano podía poseer todo el tiempo tal tentación, la estaba tentando.

¡Santo Dios! ¡No debía caer! Se alentaba, con un resquicio de cordura.

—Creo... creo... —los latidos desbocados no le dejaban hablar, mientras él seguía cantándole muy bajito y con un tono de voz realmente sensual; ella no podía moverse, era como si estuviese bajo algún hechizo—. Cantas muy bien... pero...

—What a wicked game you played to make me feel this way —sentía la tensión en ella, aun así, no la soltaba. Por primera vez en mucho tiempo, sentía como un hombre, como un hombre que vivía las emociones que podía despertar una mujer que verdaderamente le gustaba—. What a wicked thing to do to let me dream of you.

—¡Ya, por favor! —Se echó hacia atrás de manera violenta, liberándose de esas suaves manos que se le aferraban al rostro y quedó sentada—. Por favor... —suplicó con la garganta inundada y los ojos muy abiertos.

Benjamin se acercó nuevamente, toda ella temblaba y los latidos de ese pequeño corazón hacían eco en sus oídos.

—Sálvame Candice —suplicó en un susurro, dejando su aliento sobre los labios de la chica, quien jadeó ante la sorpresa.

Benjamin se mordió el labio inferior, solo para no arrancar los de Candice de un mordisco, eso provocó que en el estómago de ella algo subiera y bajara, el temblor en su cuerpo aumentó y una emoción nunca antes experimentada se apoderó de su ser.

Pero parte del cuerpo femenino aún poseía sensatez, no todas las emociones se le habían subido a la cabeza, por lo que empezó a negar; rápidamente llevó sus manos al cuello de él y se apoderó de los cabellos en la nuca, su intención era halarlos para alejarlo, pero no pudo hacerlo, simplemente se quedó aferrada a las hebras castañas.

No puedo matarla, no puedo hacerlo... si lo hago me perderé de por vida.
—Pensaba él al sentir en sus manos el movimiento de la cabeza de Candice, estaba seguro de que al mínimo esfuerzo podría romperle el cuello, que las ganas lo seducían con una fuerza impredecible y todo parecía ser más difícil, mucho más.

—Ben, por favor... por favor, suéltame —suplicó al sentir que él presionaba el agarre en su rostro. Lo hacía porque sentía dos clases de miedo.

Uno por miedo a que él le hiciese daño, eso no podía evitarlo y dos por miedo a pecar, a dejarse llevar por la lujuria y mancillar lo que debía ser para Dios.

Si bien su primera opción no siempre fue ordenarse como religiosa, pues había sentido amor terrenal, había amado a Jeremy, pero él se había ido al reino de los cielos y ahora ella tenía como objetivo consagrarse como monja.

Ella no podía dejarse arrastrar por esas emociones que despertaba Benjamin en su cuerpo, no estaba bien, no debía estarlo.

No lo juzgaba, pero era cierto que había obrado en nombre del mal y aún no notaba arrepentimiento en él, no quería entregarse al perdón, ni siquiera buscaba la redención.

—Ben, por el amor de Dios, no me hagas daño —su voz vibraba ante las emociones que la ahogaban.

—No te haré daño... no lo haré, solo sálvame Candice —dijo conteniendo la respiración y tratando de detener el movimiento de negación en ella.

—Yo no puedo salvarte, no sé de qué manera, solo tu fe en Dios lo hará —respondió y su mirada se fijó una vez más en los labios masculinos.

El corazón de Candice golpeaba aún más fuerte dentro de su pecho, lo hacía con tanta fuerza que le dolía y sus ojos se llenaron de lágrimas al sentir que Benjamin no cedía en su agarre, por lo que le llevó las manos al pecho para alejarlo de un empujón, pero él unió su frente a la de ella y le acariciaba la nariz, anulándole las fuerzas; sus manos empezaron a temblar sin control, se sentía como una hoja aferrada a la rama del árbol y Benjamin era ese vendaval que amenazaba con arrancarla y elevarla por los aires, haciendo de ella un vórtice de perdición.

—No quiero que lo haga tu Dios, quiero que lo hagas tú... por favor, sálvame... solo tú puedes hacerlo.

—No puedo... no puedo...

—Sí puedes —su voz denotó convicción, se armó de valor y control y selló sus labios con los de ella. Ofreciéndole para él, el beso de la salvación y para ella, el del pecado.

Candice no correspondía al beso, hasta que Benjamin le hizo probar la punta de su lengua y entonces él pensó que quien terminaría arrancándole la boca de un mordisco sería ella, sus ansias al probar su saliva se desbocaron, queriendo acabarle los labios a succiones, se encontraba desesperada y hasta tiraba de su lengua sin cuidado. ¡Y el peligroso era él!

Candice no podía pensar, una densa nube blanca había nublado su razón, solo se dejaba llevar por instinto, por lo más dulce y delicioso que hubiese probado en su vida. La saliva de Benjamin hasta poseía ese característico picor de la canela, ni siquiera era consciente de que era ella quien lo retenía, al mantenerle las manos en la nuca; ella no lo besaba, se lo devoraba.

Sin aliento y con la quijada adolorida se alejó jadeante, con la respiración sumamente pesada, boqueando lentamente para seguir aspirando con su boca el aliento acanelado de él.

La bruma de excitación y deseo que escudaba su conciencia se fue disipando de a poco, dejándole más claro el panorama y haciéndola consciente de lo que había pasado.

—¿Qué he hecho? ¿Qué hemos hecho? —murmuró con voz temblorosa y ahogada.

—Yo te he besado, pero tú me has comido la boca. Temí que terminaras asfixiándome —le hizo saber, elevando la comisura derecha en una sonrisa impúdica.

Muy a pesar de los instintos asesinos de Benjamin, también se imponía su apetito como hombre, el placer que estallaba en cada partícula de su ser ante las sensaciones que despertaban en su cuerpo los roces de una lengua que recorría la suya con avidez, además de las succiones y los mordiscos, sentir esa divina falta de oxígeno, ese forcejeo por ganar terreno en la boca de una mujer, casi había olvidado cuánto gozo se sentía al besar.

Sensaciones intensas que despertaban su interés sexual después de tanto tiempo estallaban de la nada, envolviéndolo completamente en latidos que le recorrían todo el cuerpo, de esos latidos que tensaban la piel y despertaban músculos dormidos.

Pensé que había perdido facultades. Se dijo en pensamiento, al sentir cómo la sangre circulaba caliente y con mayor rapidez hacia ese amigo que

latía entre sus piernas.

—No, no. Esto no está bien, he pecado —le hizo saber, sacando fuerzas de donde no las tenía, lo empujó y empezó a alejarse de él, arrastrándose en el suelo acolchado, ayudándose con los talones.

Benjamin no iba a permitir que se fuera de esa manera, porque estaba seguro de que no regresaría, debía convencerla de que no había hecho nada malo, por lo que la tomó por un pie y nuevamente la haló hacia él.

Candice quiso gritar, pero no pudo, solo soltó un jadeo y los ojos se les llenaron de lágrimas ante el pánico, mientras hacía un gran esfuerzo para que él no la acercara a su cuerpo, se giró y arañaba la tela que cubría la goma espuma cada vez que intentaba aferrarse a algo.

Pero fue imposible, Benjamin la mataría, seguramente la estrangularía y después se la violaría como hizo con esa pobre chica, le había mentido todo este tiempo, jamás pensó en cambiar.

—Por favor... por piedad —suplicó llorando, al sentir el cuerpo de él posarse sobre el de ella.

Su cuerpo era pesado y caliente, tanto que la hacía sudar y lo sentía, podía sentir sus latidos sobre su espalda, el corazón de Benjamin golpeaba contra ella, sentía aún con toda su vestimenta la excitación de él amenazar sobre su trasero.

—No has pecado con el beso, hermosa. Vamos, deja de llorar —murmuró acoplándose sobre el cuerpo femenino—. Bien sabes que ya habías pecado con el pensamiento... No te haré daño, lo juro, no puedo hacerte daño.

Candice sentía el aliento de él colarse a través de sus cabellos y calentar su nuca.

—Pero no quiero seguir haciéndolo, me quiero ir, por favor —pidió con el miedo instalado en ella—. Gritaré.

Benjamin se acercó un poco más para poder ahogar sus palabras en el oído de Candice.

—No lo hagas, por favor no lo hagas... No quiero hacerte daño, solo quiero que me quieras, que me ayudes... ssshhh, tranquila —trataba de calmarla y calmarse él, por lo que con sus labios acariciaba la parte de atrás de la oreja de la chica y bajaba hasta el cuello, en ese roce encontraba equilibrio.

—Yo no puedo ayudarte, ya no puedo hacerlo —murmuró encontrando un poco de calma.

—Créeme, yo creía lo mismo, nunca pensé que alguien como tú podría ayudarme, pero te necesito... te quiero Candice, me has enseñado a quererte, has creído en mí —rozó lentamente con sus labios las mejillas de ella, mientras empezaba a perder control sobre su excitación y su erección era más notoria—. Por ti quiero salir de aquí, ya no quiero estar encerrado, quiero estar contigo para siempre, haz visto mi lado bueno... ese que suplica por tu clemencia, por tu amor desinteresado. Me has hecho entender que no soy una bestia, que siento, siento algo puro por ti, eres la mejor parte de todo lo que soy.

—Ben, yo te quiero... lo hago como lo hago con todo el mundo, eres mi prójimo, pero...

—Pero estás pecando, porque estás mintiendo, no mientas Candice. Negarse a los sentimientos no es lo más sensato, no te engañes, ni engañes a tu Dios, no lo hagas —con sus manos unidas se le aferró con cuidado al cabello—. He visto las miradas que me dedicas, he escuchado el ritmo de tu corazón cuando se desboca a medida que te acercas a mí, te he visto temblar y lo sé, estoy seguro de ello porque me pasa lo mismo, no sé cómo y no sé cuándo, pero en mi corazón no había nada, ahora estas tú; mi corazón no latía, ahora lo hace por ti... por favor, créeme —le suplicaba con voz ronca.

—Si me quieres... si de verdad lo haces, por favor deja que me vaya, déjame pensar. Comprende que no es fácil para mí y tienes razón, a tu lado siento emociones nunca antes experimentadas, pero con esta actitud solo me asustas... me asustas Ben —chilló y se echó a llorar.

—No quiero hacerlo, no quiero asustarte —dijo incorporándose, liberándola del peso de su cuerpo.

Candice se puso a gatas y se paró rápidamente, todo el cuerpo le dolía por el peso de él, pero también sintió frío y un gran vacío cuando el escudo que había formado Benjamin con su cuerpo, la había abandonado.

—No te vayas sin mirarme, necesito que me mires, por favor —le pidió sentado sobre sus talones.

Ella se giró y lo miró a los ojos, pudo ver el zafiro brillante ahogado en lágrimas, provocando que el corazón se le encogiera y el alma se le escurriera.

—Solo déjame pensar... solo eso te pido Ben —murmuró, sintiendo ganas de llorar al verlo de esa manera, por lo que se acercó una vez más y se arrodilló frente a él—. Estoy confundida, muy confundida —tomó la cara del

chico entre sus manos y le dio un beso en la frente.

—Prométeme que pase lo que pase, regresarás —imploró y una lágrima corrió por su mejilla—. Sea cual sea la decisión que tomes.

—Lo haré —dijo y se puso de pie para luego marcharse.

Apenas la puerta se cerró, la habitación se puso a oscuras y unos aplausos hicieron eco en el lugar, en las órbitas negras las pupilas brillaban intensamente.

—Te dije que era buen actor —dijo Benjamin limpiándose la lágrima que corría por su mejilla, sin mostrar ningún rastro de emoción.

—Debo confesar que casi me lo he creído, pero no te preocupes, que mañana regresará y si sigues actuando de esa manera, esta misma semana fornicarás con ella. Despejaré el área para que la hagas gritar... pero mi discípulo, que sea de placer —advirtió Iblis de buena gana—. La lujuria es mi pecado favorito y es el que comete el ser humano con mayor frecuencia, aún más que mentir; así que quiero que forniques día y noche... considéralo un bono extra, ¿ves que no es tan difícil?

—No... no lo es, pero la quiero aquí temprano —exigió sonriendo.

—Ya sé que no puedes esperar, tranquilo, ella vendrá.

Como siempre, Iblis nunca se despedía y se fue así sin más, cada vez que la luz cobraba vida, le hacía saber que su amigo concluía la visita.

Esa noche la mujer de al lado volvía a suplicar por ayuda, que alguien la rescatara de las garras de ese enfermo hijo de puta, nadie notaba que a esa pobre chica la torturaban, que era víctima del más depravado e inhumano sadismo.

Benjamin sin darse cuenta, empezaba a sentir impotencia, quería ayudarla, no toleraba el constante suplicio al que era sometida, pero sabía que nada podía hacer, nadie le creería si confesaba lo que pasaba cada miércoles y viernes en ese lugar.

CAPÍTULO 31

Candice apenas llegó a su casa se encerró en su habitación, quería quedarse ahí y no salir nunca más. Pero estaba segura de que esa no sería la solución a sus problemas, era de esa manera como definía lo que estaba sintiendo por Benjamin, no era más que un gran, gran problema.

Ella misma se desconocía, nunca le había parecido atractivo y de la noche a la mañana había estallado en su pecho una necesidad por estar cerca de ese hombre, algo incontrolable que la llevaba a actuar sin siquiera darse cuenta, aún en sus labios latía ese beso, hasta podía saborear la saliva acanelada, todo eso la confundía y le molestaba.

Se odiaba porque juraba que amaba a Jeremy, llevaba poco más de un año de muerto y no merecía que ensuciara el recuerdo de su primer amor, no podía traicionar el amor de Jeremy por el de Benjamin, quien era un asesino.

Ni siquiera podía estar segura si él verdaderamente sentía algo bonito por ella o era simple necesidad sexual.

Las lágrimas empezaron a bajar abundantes por sus mejillas, mientras analizaba la posibilidad de ir a la iglesia y confesarse o tal vez orar, porque necesita pedirles perdón a Dios, a Jeremy y a sus padres, pero desistió de hacerlo, porque sería un acto hipócrita de su parte. A pesar de todo, no estaba segura de renunciar definitivamente a Benjamin, el solo hecho de pensarlo, provocaba que un hueco sin fondo se abriera en su pecho, abarcándolo todo.

En ese momento alguien tocó a su puerta, rápidamente y con gran nerviosismo empezó a limpiarse las lágrimas, pensó que lo más sensato sería no concederle el paso a nadie, apagar la luz, meterse bajo las sábanas y hacerse la dormida, porque no quería darle explicaciones a sus hermanos de sus apasionados sentimientos hacia un asesino.

Aún con la ropa que había llevado durante el día se metió en la cama y apagó todas las luces, después de un minuto la puerta se abrió y ella fingió dormir.

Sintió el peso de alguien entrando a su cama y metiéndose bajo las sábanas, el aroma a manzanilla de los cabellos de Lizzy le hizo saber que era

ella quien la abrazaba.

—Candice, ¿estás muy dormida? —preguntó en un susurro—. Necesito hablarte y tengo mucho miedo.

—Un poco, ya no estoy tan dormida —dijo con voz ronca por las lágrimas derramadas y casi contenía dolorosamente el aliento—. ¿Cuéntame, por qué tienes miedo? —preguntó acariciándole los cabellos.

—Algo muy malo pasa conmigo, no sé por qué —confesó con la voz vibrante—. Tal vez no deba decirlo.

—Puedes confiar en mí, prometo ayudarte.

—Por favor, no me juzgues. Quise contárselo a Robert, pero creo que no me entendería... yo tampoco me entiendo y no quisiera que esto fuera así.

—Puedes estar tranquila, te ayudaré sea lo que sea... creo que estamos iguales, porque también me están pasando cosas que no logro comprender. ¿Cuéntame, qué es eso que te inquieta?

—Me siento rara, soy muy rara... es que no solo me gustan los chicos... hay un chico muy lindo en mi clase que me atrae, pero también he empezado a sentir cosas por Johana, mi amiga... —se echó a llorar enterrando la cara en el pecho de Candice—. No es amistad, siento la misma atracción por ella que la que siento por Scott y no sé qué hacer, no quiero que sea de esta manera, porque perderé su amistad.

Candice no encontraba palabras, estaba totalmente aturdida con lo que su hermanita acababa de decirle, Lizzy tan solo era una niña para que se expresara de esa manera.

—Lizzy... seguro estás confundida, tal vez es porque pasas mucho tiempo con Johana —comentó con el corazón brincándole en la garganta.

—Quisiera que solo fuese una tonta confusión, pero es algo que me pasa desde hace mucho tiempo y he tenido miedo de confesarlo... No quiero sentir esto, no quiero ser así.

—Seguro que cuando tengas un novio olvidarás a Johana, él te hará olvidarla y esclarecerá tus sentimientos.

—Eso no pasará, he intentado olvidarla... ¿Por qué no me llevas a la iglesia? Tal vez puedan ayudarme, como lo han hecho contigo.

—Lizzy —Candice suspiró pesadamente—. Verdaderamente no creo que la iglesia o alguna religión puedan ayudarte, tal vez a mí me hayan ayudado, pero no del todo... Sí, las pesadillas casi han desaparecido y he conseguido resignarme a la muerte de nuestros padres y de Jem, pero mis sentimientos en

este momento son un completo caos, creo que he caído por un barranco del que no voy a poder salir, al menos no ilesa... y le he pedido a Dios que me ayude, pero no ha pasado lo mismo que con mis pesadillas o la resignación... Yo creo que no debes sentirte culpable por tus sentimientos, espera un poco más —le dio un beso en los cabellos.

—¿No estás molesta conmigo? —preguntó levantando la cara.

—No, para nada —le sonrió con dulzura—. Sé que no tienes culpa de lo que pasa contigo. Por ahora no se lo contaremos a Robert, si eso te hace sentir más tranquila.

—Gracias... Candice, ¿qué pasa contigo? ¿Por qué me dices que has caído en un barranco?

—Es muy complicado... y no estoy preparada para hablar de eso.

—Sabes que voy a comprenderte.

—Sí, estoy segura de eso —sonrió, pero no se atrevió a confesarle nada. Se quedaron en silencio, hasta que Lizzy se quedó dormida.

Candice cerraba los ojos y solo podía ver los hermosos zafiros de Benjamin, sabía que él tenía razón, nada conseguía con negar lo que sentía, no podía engañar a quien conocía su corazón mejor que nadie, estaba segura que a Dios no se le podía mentir.

—Lo siento padre —murmuró para no despertar a Lizzy—. Sé que entiendes mi corazón mejor que yo y no quiero ocultar lo que siento, no puedo hacerlo, si no me entregaré en cuerpo y alma a ti, lo haré por convicción... Te prometo demostrar mi amor guiando a un ciervo de tu rebaño, rescataré a Ben y lo haré un hombre de bien, un digno hijo de ti mi señor; por favor, ayúdame... ayuda a que mi amor y mi fe rescaten su alma, tú mi señor que todo lo puedes, no abandones a tu hijo, no nos abandones, dame sabiduría y persistencia —sabía que por más que estuviese acostada y cerrara los ojos, no conseguiría dormir, por lo que con mucho cuidado salió de la cama, agarró la biblia que estaba sobre la mesa de noche y se fue al baño.

Al entrar encendió la luz, se sentó sobre el inodoro y pasó casi toda la noche leyendo la biblia, buscando desesperadamente la manera de no sentir ese choque de emociones en su interior.

Era casi de día cuando decidió regresar a la cama, donde logró por fin conciliar el sueño, pero solo lo hizo para soñar.

Se encontraba caminando bajo una intensa lluvia, una muy fría que calaba

en sus huesos, había árboles muy altos desprovistos de hojas, levantó la mirada al cielo, se encontraba sumamente gris, las gotas de agua golpeaban con fuerza en su rostro y un vacío insoportable colmaba su pecho. Aún en medio de ese paisaje triste y oscuro, en el horizonte un rayo de luz se abría en el cielo y se colaba entre los árboles, mostrándole un camino o un lugar.

Al despertar, ya era de día y Lizzy no estaba a su lado, se levantó y se arrodilló frente a su cama, dándole gracias a Dios por un nuevo día.

Había decidido no seguir engañándose, ni engañando a su padre, al pretender entregarse a la vida de religiosa cuando su corazón latía desbocadamente por un hombre, su amor por Dios era sincero y la decisión tomada no cambiaba su devoción, ni su religión.

Al terminar entró al baño y después de mucho pensarlo, decidió ir a ver a Benjamin, sabía que una parte de ella estaba completamente loca y la otra parte era suicida, pero no podía hacer nada, el sentimiento era más fuerte.

Se descubrió sonriendo, mientras se encaminaba y antes de llegar al centro psiquiátrico se detuvo en una panadería, donde compró pan, leche, un poco de queso y otras cosas, recordó que ni siquiera había desayunado por salir tan temprano de su casa.

Cuando llegó a la entrada del ala norte del edificio, el hombre que cuidaba esa área no pudo disimular la sorpresa al ver el cambio en ella.

La condujo hasta la habitación, abrió la puerta para que ella entrara, él estaba ahí por obligación, haciendo su trabajo de cuidar el ala norte o el edificio viejo, como lo conocían todos en la institución, no para perder su tiempo cuidando a la señorita Adams, lamentablemente no era tan atento como Davor.

A Candice se lo habían advertido, le habían dicho que nadie cuidaría de Benjamin y que estaban bajo su riesgo las visitas que ella le hiciese a La Bestia, aun así lo había aceptado.

—Bu... buenos días —saludó, sintiéndose nerviosa y con el corazón brincándole en la garganta.

Benjamin levantó la mirada de las últimas páginas del libro de Los Miserables y por primera vez, su corazón no se desbocaba por sus instintos de matarla, sino por apreciar la belleza de Candice, al verla con el cabello suelto, inevitablemente sus recuerdos viajaron a los atesorados campos de trigo.

Llevaba un vestido color ciruela, el que le hacía lucir más blanca y por

primera vez veía la piel de sus brazos, pecho y hombros, adornados por contadas pecas, a simple vista se apreciaba suave, tal vez más que la seda.

Esos vestidos que se abotonaba hasta el cuello y que complementaba con el cárdigan, además del infaltable moño pegado a la nuca, le restaban belleza y por qué no, la hacían lucir menos humana, casi inalcanzable, indeseable.

Agradecía el notable cambio en ella, sabía apreciar muy bien la belleza femenina y “su salvación”, era poseedora de una muy grande, envidiable para las de su género.

—Buenos días —saludó sin levantarse, colocó el libro a un lado y desvió fugazmente la mirada al hombre que cerraba la puerta.

—¿Haz desayunado? —preguntó caminando hacia él, colocando la bolsa de papel a un lado.

—El único que estaba pendiente de mis comidas era Davor, a nadie más le interesa si muero de hambre; de hecho, se ahorrarían el plato de arroz o de avena que me dan.

—No te preocupes, yo he traído un poco de comida para que lo compartamos.

—Muero de hambre, pero me gustaría ir al baño primero, ayer te fuiste y nadie intercedió por mí para que me permitieran una ducha.

—Levántate, vamos para que te asees un poco, siento haberme ido de esa manera, estaba muy confundida —dijo con la mirada esquiva, no lograba asimilar con total entereza lo que pasaba; pero sobre todo, lo que le estaba demostrando a Benjamin con su presencia en ese lugar y vestida de esa manera.

Benjamin se puso de pie y ella caminó delante, se alejaba cuando él la tomó por la mano, con las dos suyas unidas por las correas de cuero.

Candice no pudo evitar que su cuerpo temblara, al sentir los tibios labios de él posarse en su mano, eran tan suaves que se obligaba a retener el aire en su pecho y no suspirar como una tonta.

—Es normal que estés confundida, yo también lo estoy... mucho más que tú y tengo miedo, por primera vez en mucho tiempo, siento miedo —susurró, porque temía que Alfred el hombre de seguridad lo escuchara.

—No debes temer Ben, Dios nos perdonará, él es generoso y si actuamos con amor, no estaremos pecando.

—Tal vez tu Dios nos perdone, pero... —intentaba decir algo más cuando ella intervino.

—Ya nos ha perdonado —dijo con una sonrisa—. Ahora te toca a ti demostrar que quieres ser perdonado... pero eso será después de que te refresques un poco.

Candice tocó la puerta y después de un minuto Alfred abrió.

—Necesitamos llevar al paciente a que se duche —comunicó al hombre de espesas cejas, las que se unían sobre el tabique.

—Eso no me concierne señorita Adams, solo estoy para abrir y cerrar la puerta, nada más.

—En ese caso y ante su actitud tan inhumana —reprochó Candice, frunciendo el ceño ante la molestia—. ¿Podría decirme dónde quedan los baños? Yo lo llevaré.

—Señorita Adams, no es necesario —acotó Benjamin, mirándola a los ojos.

—Es necesaria la higiene Benjamin.

—Está bien, lo llevaré... Camina Bestia —le dijo dándole un empujón—. Espere aquí señorita —le hizo saber, percatándose de cómo el paciente se aferraba a las manos de ella, quien no se sentía incómoda, ni mucho menos le temía, como lo haría normalmente alguien con sus cinco sentidos en funcionamiento.

Candice asintió en silencio, sintiendo una gran presión en su pecho al escuchar y ver la manera en que trataban a Benjamin.

Ella entró al cuarto y ordenó el lugar, apiló los libros y dobló la manta, colocándola sobre la almohada.

Las dalias se habían marchitado y se prometió reponerlas para el día siguiente.

Después de unos cuarenta minutos, Benjamin regresó y traía el cabello mojado, se le veía más oscuro y ante su cara recién lavada, sus ojos se apreciaban más claros, tan hermosos como el cielo en primavera.

Alfred antes de cerrar la puerta, le dedicó una larga mirada a Candice, con cierto aire de desconfianza, esa que empezaba a instalarse en él al ver el interés de la mujer por ayudar a ese desalmado, algo que de momento no podía comprender.

—Mira, aquí hay un pedazo de pan —le dijo tendiéndole un generoso trozo.

Benjamin lo agarró, se lo llevó a la nariz y cerró los ojos, embriagándose con el maravilloso aroma del pan, al que terminó por darle un mordico,

sintiendo a su paladar extasiado al probar después de tanto tiempo algo que no fuese arroz o avena sin leche, cuando mucho el caldo que Candice le había preparado.

—Sabe a gloria —dijo masticando.

—La gloria es buena, al menos eres consciente de eso.

—Bueno, es un dicho, ¿no? —inquirió al haberse dejado llevar por su paladar, tragó y fijó su mirada en los labios de ella, por mucho tiempo, no desviaba la mirada de la pequeña boca de labios voluptuosos, mientras ella le bajaba la mirada nerviosa.

—Candice... necesito besarte —ella elevó la mirada inmediatamente ante la sorpresa—. Es necesario que entiendas que tengo que tocarte o besarte... solo no me preguntes por qué, porque no podré responderte, pero es necesario que lo haga.

—Primero termina de desayunar —dijo con una dulce sonrisa, mientras admiraba el rostro de él, buscando algún indicio de maldad y no lo encontró, no halló nada malo en Benjamin, solo belleza, una indiscutible belleza masculina.

Él sabía que si no equilibraba su deseo animal, podría asustarla y perder todo lo que había conseguido hasta el momento, por lo que como no podía besarla estando frente a ella, se acercó hasta unir sus rodillas, mientras comía y la miraba fijamente.

Candice extendió el envase de leche, ofreciéndosela primero a él, quien bebió casi la mitad y se la regresó; Candice se la llevó a los labios, sintiéndose nerviosa ante la mirada insistente de Benjamin sobre ella y sin querer derramó leche, la que corrió por una de sus comisuras y en un intento de evitar que cayera sobre su vestido, la hizo correr por su piel y que bajara por su cuello.

Aun cuando ella intentó ser rápida y limpiarse, Benjamin se impulsó con sus manos en los muslos de ella y posó su lengua donde bajaba el líquido, arrastrándolo con lentitud hacia arriba al pasar por el cuello, ella no pudo controlar un instintivo jadeo.

Candice quiso detener a Benjamin, pero sus manos no respondían, solo sentía la lengua tibia de él deslizarse por su piel y se abandonó cerrando los ojos y temblando, definiendo ese cosquilleo en su vientre como placer.

Los abrió cuando sintió la punta de la lengua de Benjamin entrar en su boca, con ese sabor que bajaba todas sus defensas, por lo que una vez más

cerró los párpados, entregándose a ese beso en el que ella participaba más que él y no era su culpa, era culpa del sabor de la saliva de Benjamin.

—Tú también necesitas besarme —dijo con media sonrisa, ahogada ante el deseo arrebatado de ella, quien succionaba famélicamente sus labios y lengua—. Deja que te enseñe a besar... solo me comes la boca —decía en medio de los chupones de Candice.

—Lo... siento... —dijo de manera ahogada.

—Quiero que lo sientas, pero no a manera de arrepentimiento... quiero que sientas y disfrutes —murmuró tomándola por el cuello—. No... no te asustes —pidió al sentir cómo ella se tensaba cada vez que le cerraba el cuello con las manos.

—Solo estoy un poco nerviosa... —dijo bajando la mirada, algo apenada.

—Lo sé, pero no debes estarlo —rozó con sus labios los de ella y la chica una vez más succionaba los labios de él—. Tiene que ser más lento Candice... mi boca no se va ir a ningún lado, ni se va a desgastar... no desesperes, porque después no podrás parar y estoy esposado... Quiero que mañana me encuentres una horquilla, de esas que utilizan para sujetarse el cabello.

—¿Para qué? —preguntó ella alejándose un poco, mirando esos ojos azules que le hacían perder la cordura.

—Para poder quitarme las correas y amarte... amarte como quiero hacerlo... —ella negaba con la cabeza—. Por favor, me duelen las muñecas... —suplicó casi sin voz y los ojos se le abrigaron aún más ante las lágrimas—. Prometo no hacerte daño... Candice, no te haré daño. Tienes que confiar en mí... —se acercó a ella hasta posarle sus labios en la oreja, empezó a besarla muy lentamente, dejándole caer un beso tras otro—. Mira mis pupilas —le pidió en un susurro tan bajo y profundo que a Candice le costó entenderlo en el instante, solo las emociones que bailaban en su interior ante el tibio aliento de él colarse en su oído la dominaban—. Y no digas nada.

Él emprendió la retirada con lentos besos, escalando por la mejilla, hasta llegar a los labios, dejando caer una lluvia de besos, se alejó solo centímetros para que ella pudiera mirar en sus ojos.

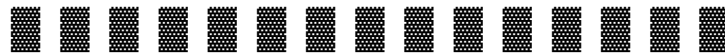
Se quedó en las pupilas de Benjamin y éstas siguieron el movimiento de las de ella. Candice comprendió porqué él quería que mirara de manera consciente; eran hermosas, brillaban enigmáticamente; pero al mismo tiempo, eran transparentes. Ella iba a decir algo, pero él le llevó una de sus manos a

los labios, imposibilitándole hablar.

—Ssshhh —y una vez más acercó su boca a la de ella—. Lento Candice —pidió con media sonrisa.

—Sí... disculpa —ella comprendió que él no quería que dijese nada de lo que había visto en sus pupilas, solo le mostró y le pidió que guardara silencio.

Candice en un impulso lo encerró entre sus brazos, lo abrazó de una manera fuerte y a la vez tierna, llenándose de ese calor que él desprendía, sintiendo ganas de llorar, pero sabía que no debía hacerlo, Benjamin no debía ser merecedor de lástima, solo de amor, de su amor, ese que le demostraba en su abrazo y en los besos que le repartía en el cabello.



Robert regresaba a casa después es un exhaustivo día de trabajo, tan solo tendría tiempo para llegar a ducharse e irse a la universidad; no obstante, con gran energía movía su cuerpo al ritmo de la mezcla entre Jay-Z y David Guetta, mientras conducía.

***Clap for a nigga with his rapping ass
Blow a stack for your niggas with your trapping ass
Clap for a nigga with his rapping ass
Blow a stack for your niggas with your trapping ass...***

Su mirada gris se ancló en la mujer que caminaba por la orilla de la calle, con un vestido color ciruela y el cabello rubio brillante, llegándole hasta la mitad de la espalda, podía reconocerla a un kilómetro de distancia, por lo que redujo la velocidad, se acercó más a ella y le bajó casi todo el volumen a la música.

—¡Candice! —la llamó sintiéndose totalmente sorprendido al verla vestida de esa manera y con el cabello suelto; le gustaba reencontrar en esa chica a su hermana.

Candice se acercó y abrió la puerta del copiloto, subió y le dio un beso en la mejilla a Robert.

—Hola Rob, se me hizo un poco tarde —se disculpó por el horario en el

que llegaba a casa, aunque su hermano no le hubiese dicho nada, solo la miraba con una tonta sonrisa—. ¿Pasa algo? —preguntó nerviosa y mirando hacia otro lado.

—No, nada —puso en marcha el auto—. Solo que me alegra verte con el cabello suelto y ese vestido... Mamá siempre decía que el color ciruela era el que más te favorecía y no se equivocaba.

—Gracias —las mejillas se le arrebolaron y sonrió tímidamente—. Aún los extraño —confesó con un dejo de nostalgia en la voz.

—Yo también... pero seguro que en este momento estarán muy felices de ver que su hija ha regresado... esta chica que tengo en frente, es la Candice Adams que todos conocemos y queremos —le revolvió los cabellos.

—Ay, Rob —se quejó de manera divertida y ella le hizo lo mismo.

—Estoy conduciendo, estoy conduciendo —advirtió, mientras Candice le hacía una maraña a sus rizos y ambos reían divertidos.

—Está bien, solo porque estás conduciendo, pero apenas lleguemos a la casa me las pagarás.

—Por cierto, ¿de dónde vienes? —preguntó pasándose una mano por los cabellos, para acomodárselos un poco.

Candice con manos temblorosas empezó a peinarse los cabellos mientras pensaba qué responder, porque si le decía a Robert que estaba visitando a Benjamin Sutherland, seguramente terminaría encerrándola en la habitación y nunca más la dejaría salir.

—Fui a un hospital —respondió observando cómo el portón del garaje se elevaba.

—Candice... —la llamó en busca de su atención—. No estoy en contra de que ayudes a las demás personas, puedes hacerlo, pero no permitas que eso te cambie, me gusta mucho verte así, feliz y vistiendo como la joven que eres.

—Estoy intentando retomar mi vida... quiero darme otra oportunidad. Rob, estoy bien... muy bien —ratificó abriendo la puerta para bajar—. Ahora solo quiero ducharme y ayudarle a la señora Rose con la cena.

Ambos bajaron, Candice subió a su habitación y Robert fue a la cancha a saludar a los chicos que estaban jugando junto a Nadya.

CAPÍTULO 32

La mirada zafiro se encontraba realmente brillante, iluminada por esa sonrisa encantadora que mostraba a Benjamin lleno de vida y bondad, quien pudiera verlo en ese momento, jamás podría creer que había sido capaz de llevar a cabo los crímenes por los cuales se encontraba privado de libertad.

Las pupilas de Candice se fijaban en las de él, eran hermosas y no podía dejar de mirarlas desde que descubrió lo que se escondía en ellas.

—Gracias —Benjamin agradeció mientras sonreía.

Él con sus manos unidas por las correas de cuero las llevó al cabello de ella y empezó a halar lentamente la horquilla que tenía una bonita piedra verde, simulado ser una esmeralda, provocando que los mechones que se encontraban recogidos, cayeran como lluvia dorada a ambos lados del rostro de la chica, enmarcándolo hermosamente.

Candice cerró los ojos cuando lo vio acercarse y se repetía mentalmente: "Lento, tienes que besar lentamente", por lo que no movía los labios, solo dejaba que los suaves y lentos besos de Benjamin se posaran sobre los de ella, en una sensual e intermitente caricia.

Todo su cuerpo vibraba y un sonoro suspiro se le escapó del pecho, adivinando cómo Benjamin sonreía con satisfacción ante las reacciones que provocaba en ella.

—Anda hermosa, bésame —pidió en un ronco susurro y ella abrió los ojos sin poder evitar sonrojarse, le esquivó la mirada—. Hazlo de esa manera tan particular... ya me acostumbré a tus chupones, sé que eres un caso perdido y que no vas a besar como se supone que deberías, pero me gusta que me dejes saber cuánto puedes llegar a desearme, tu manera tan personal me acelera los latidos.

—No te burles Ben —musitó resistiéndose a levantar la cara.

—No me estoy burlando, no lo hago... déjame demostrarte que no lo hago. Ayúdame a quitarme esto, prometo que no te haré daño; tienes que confiar en

mí Candice... —suplicó al ver que en la mirada verde había temor.

—No te tengo miedo, solo estoy un poco nerviosa.

—No debes estarlo —le hizo saber, llevándose la horquilla a la boca y con los dientes dobló la punta de uno de los extremos—. Gira un poco, coloca la cerradura a mi alcance —le pidió.

Candice tan solo dudó por unos segundos y pudo ver cómo él introducía la punta en la cerradura, giró varias veces, algunos intentos fallidos, aun así no se daba por vencido, hasta que por fin lo consiguió; la primera cerradura había cedido y una gran sonrisa anunciaba la felicidad de esa gran victoria; con la segunda, a pesar de tener una mano libre, le llevó más tiempo, pero logró hacerlo.

—¡Lo has logrado! —exclamó emocionada ante el logro obtenido por Benjamin.

—Déjame abrazarte —le pidió, abriendo los brazos y sonriendo como un niño.

Candice no lo pensó y se lanzó a sus brazos, refugiándose en su pecho, por primera vez teniendo un contacto tan humano con él.

—Se siente tan bien poder hacerlo Candice, eres realmente reconfortante —confesó estrechándola con fuerza, no tanta como su instinto le gritaba. Ahí estaban latiendo sus ganas de querer asesinarla, pero no iba a dejar que eso se interpusiera en su objetivo, no caería en la trampa, porque estaba seguro de que eso era, esas ansias solo latían para acabar con la posibilidad que tenía—. Siento que en este momento mi vida solo vale segundos hermosa, mi hermosa Candice —dijo depositándole besos en uno de los hombros, admirando las pecas de un ámbar hermoso—. Quiero estar así abrazado a tu calor, gracias por existir... Candice, déjame ser bueno, dame la oportunidad —sus besos empezaron a dirigirse al cuello, lo último que quería era seguir desperdiciando su valioso tiempo.

La respiración de Candice se hizo más pesada y su cuerpo se hacía latidos, todo en ella palpitaba cuando él posaba su lengua, saboreando y succionando suavemente su piel. Justo en el momento en que las manos de Benjamin empezaron a recorrer sus costados, a treparse por sus costillas, supo que jamás se arrepentiría de haberlo ayudado a liberarse de esas correas.

Que todo él empezaba a quemarla con su fuego, pero era un fuego dulce, glorioso, que nada tenía que ver con maldad, solo había placer y amor rozando su cuerpo. Aunque quisiera razonar, los suaves mordiscos a lo largo

de su mandíbula y las manos enredadas en sus cabellos, instándola a elevar la cabeza, no le dejaban hacerlo y no quería, no quería que la razón arruinara ese instante.

Ni siquiera podía hablar, su pudor le vetaba el habla, no quería pedir lo que deseaba, aunque quiso no pudo contener un largo jadeo que se escapó de su garganta, ése que siguió el ritmo de la boca de Benjamin cuando la abrió completamente y se apoderó de su garganta, era como si quisiera devorarla y el deseo que la embargaba no activó ninguna alarma de alerta que le indicara que iba a hacerle daño, al sentir los dientes incrustándose en su piel de extremo a extremo, como si quisiera arrancarle la tráquea mientras su lengua masajeaba agónicamente; cualquier indicio de un posible asesinato quedó relegado cuando empezó a cerrar el espacio, lenta, muy lentamente y sus labios se deslizaban como una compuerta que arrastraba la cordura. Estaba segura de que los dientes habían dejado una marca que solo le harían recordar este momento de locura, pero no dolía, no fue doloroso, fue algo que bloqueó toda sensatez, con la presión exacta como para pedirle que lo hiciera una vez más, aunque si lo hacía estaba segura que se haría líquida. Su centro lloraba y palpitaba con fervor, algo nunca antes experimentado, al menos no con tanta intensidad.

La respiración forzada de él solo la hacía vibrar, sus ojos se abrieron de golpe cuando las manos de Benjamin rozaron su trasero con presión y lentitud y ella no podía impedirselo, se encontraba abandonada y sin voluntad, solo cerró los ojos y siguió viviendo la experiencia.

—Candice, hazme benévolo, por favor... —pidió en un susurro, dejando su aliento sobre la boca entreabierta de Candice, quien rogaba por oxígeno y ella se perdía en ese mar que se abría oscuro e impetuoso, las pupilas dilatadas mostraban aún más lo que en ellas se escondía.

—Yo no puedo hacerlo... Dios lo hará... Ben, tienes que creer en él.

—Yo creo en ti, solo creo en ti, en tu bondad, en tu boca... —murmuraba y rozaba con sus labios los de ella—. En mi boca y en los besos que compartimos, en los momentos que estamos viviendo juntos —la tenía entre sus brazos y ella desesperaba en su boca—. Solo tú eres mi redención, sin duda alguna solo creo en ti... creo en ese verde que me recuerda a los bosques, a la esperanza... en esa bondad que sale de tu corazón y me dice que solo tú puedes ser mi destino, no necesito creer en nada mas, en nada y yo quiero que creas en mí, que me necesites.

—Yo te creo Ben... te creo y te necesito —ella elevó su mano y acarició con la yema de sus dedos los labios de él, quien la hizo suspirar cuando los succionó suavemente.

Mientras la enloquecía con su boca, sus manos empezaron a desvestirla, ella ni siquiera era consciente de que a las manos de Benjamin no se le habían escapado un solo botón de su vestido y que los broches de su sujetador habían cedido, él la había encarcelado con su mirada y le había hecho perder la razón mientras le acariciaba la espalda.

Candice sintió las yemas de los dedos de Benjamin recorrer con extrema lentitud su espina dorsal, bajando y subiendo.

—Creo... Ben... debemos... por favor... —no podía hilar una palabra completa ante la excitación que la envolvía—. Tenemos que detenernos.

—No es lo que queremos... —le hizo saber y la calló con un beso, mientras que su mano siguió bajando, llegando a terrenos más placenteros para ambos; sus dedos impúdicos se abrieron espacio a través de la ropa interior de la chica y se adentraron por en medio de las nalgas, rozando suavemente en su viaje el botón que hizo que ella arqueara su cuerpo y ahogara un jadeo en la boca de él, quería liberarse, pero él le ofreció su lengua y el sabor que halló, le impidió pensar.

Mientras los dedos de Benjamin siguieron su viaje, esta vez fue él quien ahogó un largo jadeo al sentir los suaves y húmedos labios que le anunciaban las puertas del placer que ella resguardaba, donde radicaba su salvación.

—Quiero tenerte Candice —su mirada ataba la de Candice, quien vibraba sin control y estaba sonrojada hasta el cabello—. Déjame tenerte y me tendrás también.

Candice debía negarse, pero no era lo que quería, sentía que si Benjamin retiraba los dedos que menguaban un poco esa necesidad en su centro, agonizaría y tal vez moriría, por lo que asintió. Concediéndole el permiso de hacerse mujer para él, nunca pensó que se entregaría por primera vez a un hombre que tenía el alma encerrada en las pupilas.

—No tengas miedo.

—No lo tengo —su voz vibraba ante el placer, pero sus palabras salieron con convicción, llevándose por premio una sonrisa, la que hizo que su corazón diera una voltereta dentro de su pecho.

—Entonces no te cohíbas, no solo te quedes mirando... bésame como quieras y acaríciame... si prefieres mis cabellos, son para ti —él sabía que

Candice sentía cierta debilidad por su melena castaña y lo comprobó cuando esas pequeñas manos volaron a su cabeza y sus labios quisieron una vez más comerse los de él.

Mientras Candice lo besaba, Benjamin aprovechó para arrastrar el vestido que se le arremolinaba en la cintura y deshacerse de toda prenda que se interpusiera, para después él con menos cuidado, desnudarse.

—Estoy temblando... estoy a punto de morir —balbuceó Candice mirándolo a los ojos, aferrada a los cabellos de él.

Candice lo había visto desnudo, pero no excitado y eso era nuevo para ella, todo lo que estaba experimentando era nuevo.

Sentía frío y pudor, su cuerpo desnudo estaba completamente erizado, quería evitar que la viera, por lo que se abrazó a él, sintiendo calor mientras sus cuerpos temblaban al mismo ritmo.

Benjamin se alejó lentamente del abrazo y bajó con un camino de besos húmedos hasta ponerse de rodillas y encontrarse con el Monte de Venus, cubierto por las manos de ella. Él las besó, no quiso obligarla a que se mostrara cuando su mirada estaba tan cerca y eso lo excitaba aún más, ver cómo ella aún resguardaba “su salvación”, mientras él le quitaba los zapatos.

Después llevó sus manos a las caderas femeninas y las presionó, mientras posaba su nariz encima del dorso de la mano que limitaba su visión; inspiró con los ojos cerrados, llenándose de ese olor a mar, que lo hacía sentir en el puerto de la libertad.

—Ven aquí Candice —le pidió instándola con sus manos en las caderas, para que se arrodillara igual que él—. No vas a morir, solo es excitación... es normal que vibres con mis besos y caricias.

Candice con lentitud se puso de rodillas y él la abrazó, besándola con embeleso, hasta tumbarla en el suelo, acoplándose sobre el vibrante cuerpo femenino, con las piernas entrelazadas.

Benjamin con una mano le acariciaba el rostro y con la otra bajó al sur, pidiéndole permiso a los muslos de Candice para verificar qué tan receptiva se encontraba... lo estaba y mucho, sus dedos salieron empapados.

—Gracias —murmuró cuando ella le abrió las piernas, ante la insinuación que él le hizo con la rodilla.

Se ubicó en medio y todo él temblaba, debía ser cuidadoso y no dejarse llevar por sus arrebatos, ya que sus ansias por matarla quedaron estancadas en los primeros besos, no había un equilibrio, porque deseaba ahogarse en ella,

romper esa virtud más que cualquier cosa.

—Ben... —chilló ella impaciente.

—Un momento, hermosa —dijo con una sonrisa pícara.

Llevó ambas manos a la cabeza de ella para evitar que rodara, creando una barrera perfecta y la besó al tiempo que se ahogaba en ella, lenta, muy lentamente y cuando se encontró con la barrera que le confirmaba que era pura, se retiró un poco, para después regresar al ataque.

Ella gimió en su boca y él se detuvo unos segundos, los cuales le parecieron eternos, para después avanzar y moverse entre la tibia humedad.

El casi dolor había pasado, no podía llamar dolor al pequeño ardor que sintió y aún en contra de su vergüenza y de su pudor, su necesidad la sublevaba, por lo que sus caderas cobraron vida propia y sus manos se aferraban a la espalda de Benjamin.

Él aceptó la invitación y empezó la fiesta de los cuerpos, los jadeos, las miradas y los besos; no hacían falta palabras, en ese momento no tenían nada que decirse, las miradas y los besos eran más que suficiente, las caricias y el ritmo de sus movimientos medían la intensidad de lo que sentían, para qué decirlo si ellos lo sabían perfectamente.

Los corazones latiendo a un mismo latido, las savias perfeccionando los roces y los temblores anunciando la gloria.

Candice empezaba a tensarse, a conocer un cielo nunca imaginado, a ver el universo por entero. No quería bajar, no quería tocar tierra, pero suponía que si se quedaba mucho tiempo, moriría de tanto placer y entonces perdería la oportunidad de saborear la boca de Benjamin todas las veces que quisiera, por lo que se soltó, cayó al vacío, jadeante y satisfecha, retomando conciencia cuando escuchó a Benjamin jadear y resoplar como un toro embravecido.

¡Vaya manera de alcanzar el cielo! Pensó ella al verlo realmente entregado.

La miró a los ojos y murmuró cosas que ella no pudo entender, mientras seguía desbocado dentro de su ser.

Salía... entraba... salía... entraba... se quedó y convulsionó de placer, seguido de espasmos que brotaron savia a gran cantidad, ella pudo sentir la espesa en su interior, caliente como el sol de verano en las mañanas.

Derrumbado sobre ella pasaron los minutos, mientras le besaba el cuello, ella entrelazaba sus dedos en los cabellos y a segundos los besaba.

Lo había conseguido, había conseguido su salvación pensó y una sonrisa se ancló en sus labios.

Solo en ese momento cuando ya era demasiado tarde, Candice reaccionó y fue consciente de que no habían usado ningún tipo de protección.

—¡Oh por Dios! —casi se quitó a empujones a Benjamin de encima—. ¡Por Dios! —dijo con la voz vibrante por el miedo y empezó a vestirse con gran rapidez, sin casi poder controlar los temblores en su cuerpo.

—¿Qué pasa? ¿Te has arrepentido? Candice, no debes avergonzarte —hablaba mientras se vestía también.

—¿Qué he hecho? —las lágrimas empezaron a bajar abundante por sus mejillas, mientras sentía que el corazón la ahogaría—. No sé por qué no logro razonar cuando estoy contigo... solo quiero irme y nunca más volver.

—Candice por favor, tranquilízate un poco —pidió reteniéndola por una mano, estaba seguro de que si no lograba convencerla de que regresara, no iba a salir de ahí, al menos no con vida.

—Solo quiero terminar de vestirme... —se terminó de abotonar el vestido y recogió sus bragas, las que se puso con rapidez, sintiendo una sensación pegajosa y realmente desagradable entre sus muslos.

—¿Te he hecho daño? —preguntó consciente de que no había sido así.

—No, solo que me siento realmente aturdida, siento como si acabara de despertar de un sueño.

—Te puedo asegurar que no estabas soñando.

—Sé que no estaba soñando, pero es algo... No vas a entenderlo —caminó a la salida.

—Candice espera... debes ayudarme con las correas, si ven que me las he quitado van a castigarme, me golpearán —suplicó casi sin aliento, dando un par de pasos hacia ella.

Candice inhaló y exhaló buscando un poco de calma, disipando esa nube de desesperación, que la tenía tan aturdida.

—Tienes razón, tienes razón —agarró las correas de cuero y se las ajustó nuevamente, mientras sentía la insistente mirada de Benjamin sobre ella.

Al terminar quiso alejarse, pero él la sujetó por las manos.

—Mírame Candice, te pido disculpas si me comporté como una bestia... quise ser menos arrebatado, pero mis impulsos, había pasado mucho tiempo sin...

—No —negó con la cabeza para darle más peso a sus palabras—. No es eso, fuiste muy cuidadoso, pero... —iba a decirle que era una tonta y que no se habían cuidado, pero suponía que ya suficientes problemas tenía Benjamin

con estar ahí encerrado—. Creo que es mejor que me marche, no puedo quedarme mucho tiempo.

Benjamin llevó sus manos una vez más unidas por las correas al cuello de Candice y la haló hacia él y le dio un beso en los labios.

—Te quiero —murmuró contra los labios que mostraban las evidentes huellas de los besos que habían compartido—. ¿Vendrás mañana? —hizo la misma pregunta de todos los días, porque necesitaba asegurarse de que seguiría visitándolo, si no todo estaría perdido.

—Eso espero —murmuró bebiéndose el aliento acanelado, ése que le hacía temblar las rodillas—. Necesito irme, por favor deja que lo haga.

Benjamin asintió en silencio, le dio un beso en la frente y le liberó el cuello.

Candice salió del lugar y apenas se despidió de las personas en recepción, sentía que todos podían darse cuenta de lo que había pasado entre ella y Benjamin, eso no le dejaba levantar la frente.

Al salir, mandó a parar un taxi que la llevara cuanto antes a su casa y por primera vez el trayecto se le hacía eterno, mientras luchaba con sus pensamientos y esa dolorosa sensación pegajosa entre sus muslos, lo que le hacía recordar lo irresponsable que había sido.

Cuando el taxi se detuvo frente a su casa, le pagó y entró.

—Buenas tardes —saludó a los padres de Nadya, quienes estaban en el salón, mirando televisión y ella casi corrió a su habitación.

—Buenas tardes Candice, en el horno te he dejado almuerzo —le informó la señora Rose.

—Gracias, bajaré en unos minutos —siguió con su camino y al entrar se fue directa al baño. Se desvistió y se encontró con las bragas manchadas de sangre y semen.

Se metió bajo la ducha y empezó a lavarse, necesitaba erradicar cada residuo de ese encuentro. Sí, había sido placentero, muy placentero, pero también algo incómodo y doloroso, sobre todo se recordaba así misma que no habían usado ningún tipo de protección.

—Señor, ¿cómo he llegado a este punto? —sollozó presa de los nervios y del miedo que se instalaba en ella, al pensar en cuáles podrían ser las consecuencias de su arrebatado comportamiento—. ¿Cómo pasó? ¡Por Dios! Si nunca me entregué a Jeremy y fui su novia por casi un año, a Benjamin apenas lo conozco... perdóname Señor —se llevó las manos al rostro y

empezó a llorar desconsoladamente—. No lo volveré a hacer, no lo haré, pero no permitas que me haya embarazado, no lo permitas.

Perdió la cuenta del tiempo que pasó bajo la regadera, implorando por no haber quedado embarazada, de ser así su hermano Robert se decepcionaría mucho de ella, sería una gran vergüenza. Quería ir a una farmacia y comprar la pastilla del día después, pero se moría de pena, estaba segura de que no le daría la cara ni la voz para pedirla.

Mientras se desenredaba los cabellos húmedos frente al espejo, pensó en contarle a Nadya, tal vez ella pudiese ayudarle, pero estaba segura de que si lo hacía se lo contaría a Robert, porque entre ellos no había secretos.

Ni siquiera contaba con amigas, porque desde que había dejado la universidad el año pasado, decidió cortar relación con las pocas amistades que tenía.

Su rostro estaba sonrojado e hinchado por todo lo que había llorado y aun así, seguía llorando. Realmente no sabía qué era lo que pasaba con ella, no se reconocía ni entendía por qué últimamente hacía muchas cosas sin sentido, como enamorarse de un asesino y entregarle su virginidad.

No sabía decirle que no a ninguna de las peticiones de Benjamin, su afán por ayudarlo la estaba conduciendo al peor de los barrancos.

—No voy más, realmente no puedo ir más... tengo que terminar con esto, seguramente esto que siento por Benjamin no es amor... no puede ser amor, porque lo que conozco de él es muy poco.

Siguió mirándose en el espejo y más allá de la pequeña molestia interna, no sentía ni veía nada raro, seguía siendo ella, seguía siendo Candice Adams.

CAPÍTULO 33

Nunca imaginó que el placer de entregarse a la persona amada se pudiera dar de tantas maneras, todas distintas y con el mismo propósito: Llegar al borde del cielo y dejarse caer.

Benjamin se encontraba con la cabeza entre sus muslos y ella apoyaba sus pies, uno en uno de sus hombros y el otro en su espalda, delirando y contorsionándose ante el fervor que la recorría.

Su única atadura a la tierra eran sus manos, aferrándose a los sedosos cabellos castaños, cuando él paseaba con su lengua, dominando lugares exactos que la cegaban, tiraba de ellos con fuerza y él no se quejaba, ni siquiera abandonaba la labor.

Todo su cuerpo y sus sentidos le pertenecían a Benjamin, quien la hacía vibrar con anhelo, con la boca presa entre sus pliegues, hurgando y bebiendo, mientras ella se perdía jadeando; las paredes del vientre se le contraían cuando se mecía como ola, envolviéndose en sí misma, perdiéndose, tensándose, derramándose sin poder evitarlo.

En ese instante las luces se apagaron e inevitablemente se puso en alerta, intentó levantarse, pero Benjamin no se lo permitió.

—No te preocupes —sentía el aliento caliente y pesado estrellarse contra sus latentes labios—. Algunas veces falla la luz en la habitación, solo disfruta, mi hermosa salvación —murmuró sintiendo cómo Candice se abandonaba una vez más a los delirios de su boca.

—¿Seguro que no vendrá nadie? —preguntó con la voz agitada ante la tormenta de placer que la azotaba.

—Nadie va a interrumpirnos —aseguró y volvía a serpentear con su lengua ese botón entre los pliegues, para después succionarlo con fuerza y su mirada se elevó, divisando en frente a los dos puntos de luz, esa luz de la que estaba hecho Iblis. Ahí estaba, supervisando con sus pupilas iluminadas que todo saliera a la perfección.

El cuerpo de Candice era un débil cúmulo de temblores. Cuando regresaba a la realidad, vio a Benjamin como un felino acercarse peligrosamente sobre

su cuerpo, ascendiendo con una sonrisa de satisfacción por haberla complacido una vez más, con esa mirada brillante que hacía que los latidos de su corazón mantuvieran el ritmo más alto.

Ella llevó sus manos a las mejillas de él y lo haló con impaciencia, se incorporó un poco y lo besó con arrebató, con ese descontrol que él había despertado en ella.

Benjamin correspondió con esa pasión que la calcinaba, con su lengua recorría los rincones de su boca, vetándole los sentidos y la razón.

Benjamin se apoyaba con sus antebrazos y ella lo acariciaba con desespero, como si él pudiese desaparecer de un momento a otro, su mano impúdica se aventuró entre los cuerpos de ambos casi unidos y tomó con decisión el miembro, guiándolo a las puertas del placer, él bramaba y ella jadeaba cada vez que rozaba la humedad caliente con el suave glande.

Candice apenas se reconocía. De la chica inexperta y temerosa que se había entregado a Benjamin un par de semanas atrás, no quedaba nada, ahora tomaba la iniciativa, no se cohibía en pedir lo que deseaba, era como si algo lujurioso se hubiese apoderado de ella, solo quería pasar todo el tiempo con Benjamin bombeando entre sus muslos o ella danzando incesantemente sobre el pilar que saciaba sus más bajas pasiones.

Nada podía detener eso en lo que se había convertido, su arrepentimiento solo duró un par de días, sus temores se hicieron polvo y regresó al lado de Benjamin, pero siendo un poco más consciente y recurriendo a algunos métodos anticonceptivos.

No le bastaban las horas que pasaba con Benjamin en ese lugar, porque aún en su propia habitación lo ansiaba, lo anhelaba, lo quería colmándola; era su perdición y su vicio, se había convertido en una mujer insaciable y él pagaba las consecuencias, porque no lo dejaba descansar.

Muchas veces el cuerpo de Benjamin se revelaba y no se encontraba activo tan rápidamente como ella lo necesitaba, era su culpa por haberla arrastrado a ese mundo de pasión desenfrenada.

Jadeó ante la sorpresa cuando Benjamin rodó con ella y la colocó encima de él, por lo que apoyó sus manos sobre el pecho masculino y agarró las riendas de la situación; sin embargo, le gustaba cuando él participaba y le nublabla la razón cada vez que se apoyaba con sus talones y la atravesaba con rapidez, obligándola a cabalgar jadeante de placer y dolor... dolor que adoraba sentir, cuando él alcanzaba esos lugares que aún no se

acostumbraban.

En las horas que pasaban juntos, hacían derroche, hablaban mientras se desvestían o después de renacer de las cenizas, a medida que los corazones reducían de a poco esas amenazas de explotar.

Secretamente Benjamin odiaba cuando Iblis estaba presente, sentía que la manera de cogerse a “su salvación” no se daba de manera natural, no le gustaba esos dos puntos de luz fijos en ellos, en sus cuerpos desnudos y sudorosos, mucho menos le agradaba cuando miraba más detenidamente a “su salvación”, era como si el mismo mal la deseara, como si Iblis anhelara poseerla.



Benjamin llevaba tres semanas viviendo experiencias que lo hacían sentir, podía sentir cada entrega, cada orgasmo y con los días se hacían más intensos, también sus latidos se desbocaban solo de mirar a Candice y reía con las ocurrencias de la chica, de verdad reía como nunca lo había hecho.

Sin embargo, cuando ella se alejaba a más de un metro, sus ganas de matarla explotaban intensamente, haciendo notorio el esfuerzo que empleaba para no rebasar los límites de su autocontrol.

Sentía que su cabeza estallaría, era como si estuviese acercándose a los extremos, por una parte deseaba a Candice sexualmente como nunca lo había hecho con otra mujer; pero si se alejaba, solo anhelaba matarla sin piedad alguna y estaba seguro de que si lo hacía, no solo perdería la posibilidad de salvación, sino que también acabaría con toda la maravillosa intensidad que lo envolvía cuando estaba con ella.

Iblis había desaparecido desde la semana pasada, cuando sintió celos de las miradas lascivas que le dedicaba a “su salvación”, en pensamientos rugió exigiéndole que dejara de hacerlo, porque esa mujer era de él, era “su salvación” y ni siquiera el mismísimo Satanás tenía su permiso para que se recreara con su desnudez.

Iblis era radical, cuando desaparecía lo hacía en todos los aspectos, porque hasta había dejado de visitarlo por las noches y no era porque estuviese en otros asuntos, porque sencillamente él podía estar en todos los lugares que

quisiera al mismo tiempo.

Necesitaba que le explicara qué estaba pasando con él, ¿por qué mierda, todo estaba de cabeza en su interior? Era un vórtice de confusión que no lograba dominar.

No podría decir que era porque estaba creyendo, bien sabía que no era así, porque tanto Candice como él habían olvidado que existían otras fuerzas o seres ya sean malos o buenos, que Dios o Lucifer verdaderamente existían, solo estaban ellos en ese lugar, no había nada más, pero cuando se encontraba solo, clamaba porque Iblis apareciera y le diera soluciones.

Nada de lo que sentía podía siquiera relacionarlo a sensaciones vividas anteriormente, nada de eso lo había vivido antes de que escudara su alma, esa intensidad que alteraba sus nervios, era completamente nueva.

Candice una vez más estaba frente a sus ojos, con esa desnudez perfecta que poseía, odiaba que cada uno de sus encuentros debiera estar enmarcado por la rapidez y por el temor de que pudiesen ser descubiertos.

—Quédate un poco más —le pidió mirándola con sus ojos brillantes por el deseo y sujetándola por la muñeca.

—Ben, ya es tarde y no puedo andar sola por la calle, es peligroso... —No quería decirle que en varias oportunidades le había parecido notar que alguien la seguía.

Benjamin vislumbró temor reflejado en los ojos esmeraldas y estaba seguro que estaba vez no era él el merecedor de esa inquietud.

—¿Pasa algo? ¿Qué te ha pasado afuera?

—Nada, todo es normal... —trató de tranquilizarlo, al ponerse de rodillas frente a él y empezar a recoger su ropa.

—No sabes mentir Candice, algo está pasando.

—Es que, algunas veces he salido muy tarde de aquí y... pero solo son cosas mías, no me creas... —bajó la mirada sintiéndose nerviosa ante el interrogatorio de Benjamin.

—¿Qué es lo que no debería creerte? Creo que realmente debo creerte —aseguró cubriéndole las mejillas con las manos.

—No sé, creo que me han estado siguiendo —confesó sin atreverse a mirarlo a los ojos.

—Podrías quedarte aquí conmigo.

—Yo quisiera, pero no puedo, no estaría bien visto, pueden sospechar y no sé qué pensarían de esto que tenemos, pensarán que estoy loca o que soy más

inhumana que tú por aprovecharme de ti —sonrió tratando de que la tensión en el ambiente disminuyera.

—Solo has tenido razón en las últimas palabras porque vienes, me usas y te vas —su voz se volvió ronca y tomó con sus dedos uno de los pezones de la chica y lo pellizcó suavemente, obligándola a cerrar los ojos y que se mordiera el labio inferior ante la sensación de placer—. Déjame terminar de vestirme —le pidió con voz mimosa.

Candice se acercó y besó la boca de Benjamin al tiempo que le entregaba la ropa y él correspondía al beso de manera casi desmedida.

—Veamos qué tan bien lo haces —le dijo con una sonrisa que mostraba su hermosa y pequeña dentadura.

—Tal vez no lo haga mejor que tú, pero eso no importará, porque después de esto, vas a quererme vistiéndote toda tu vida. Ya para desvestirme lo haces pensando en mí.

Benjamin agarró la prenda íntima, instó a Candice para que metiera los pies, iba subiendo y acariciando muy lentamente, haciéndola temblar y suspirar.

Cuando le tocó el turno al sujetador, ella se puso de rodillas y de espaldas a él, quien le cubrió la piel a besos mientras abrochaba la prenda y el cuerpo de Candice vibraba.

—Tienes que irte, mi hermosa salvación —le hizo saber, regalándole un suave mordisco en la clavícula, al ver lo que ella deseaba, pero no podía dárselo, se le haría muy tarde.

Benjamin empezó a ponerle las bragas, quemándole la piel de los muslos con las caricias ardientes que le brindaban las palmas de sus manos, a momentos con delicadeza, pero cuando menos lo esperaba, apretaba con fuerza, con la presión exacta para enloquecerla y dejar sus palmas marcadas en la nívea piel.

La mirada zafiro se ancló con devoción y pasión en la esmeralda, mientras abotonaba uno a uno los botones de la blusa, ella sentía que iba a explotar, la manera en que Benjamin la seducía la enloquecía, provocando que deseara arrancarse las prendas para entregarse a él una vez más.

Su cabello no escapó de las manos de Benjamin, quien lo acomodó lo mejor que pudo; sin embargo, ella terminó por recogerse mientras lo miraba fijamente.

—Ahora es mi turno —le hizo saber tomando los pantalones blancos.

Benjamin metió los pies en las botas del pantalón y Candice fue subiendo poco a poco y el cuerpo de él se estremeció cuando sintió que los labios de ella rozaban sus muslos al ascender, de manera lenta y suave, provocando que palpitara; siguió por su cadera y evadió su pene, pues empezaba a evidenciar el deseo.

Candice sonreía con satisfacción, mientras abotonaba el pantalón besaba el vientre masculino, saboreándolo con su lengua, robándose la sal del sudor y savias muertas que habían sido absorbidas por la piel después de la entrega.

Agarró la camisa y antes de abotonarla, besó, succionó y mordió las tetillas, arrancándole jadeos y gruñidos, mientras el espacio se iba cerrando por lo botones, buscó la boca de Benjamin y se entregaron en un beso que no calmaba, solo aumentaba la pasión en ambos.

Aún en contra de sus voluntades se separaron, Candice le ayudó a colocarse las correas de cuero y llamó a la puerta.

A los minutos el hombre abrió, ella se marchó y Benjamin se acercó al pequeño recuadro de los barrotes para verla alejarse, cruzó el pasillo y antes de perderse, Candice le dedicó una mirada y una sonrisa disimulada, mientras era seguida por el hombre de seguridad.

La perdió de vista y entonces su mirada zafiro vio pasar frente a su puerta al doctor Rickfort, caminando en dirección a la salida, éste lo miró con odio y le sonrió con alevosía, en ese momento supo que era él quien seguía a Candice y que su actitud solo gritaba que esta vez la atacaría, solo había estado esperando que saliera.

El desespero que sintió cuando Davor no se detuvo ante sus llamados no se comparaba con lo que sentía, el corazón se le iba a explotar.

—¡No! ¡No te atrevas!... ¡Ayuda! —gritaba al ver que el hombre no le prestaba atención y solo seguía sonriente. Al muy maldito no le bastaba con violarse a la chica que sufría de lagunas mentales y cumplir con ella todas sus sucias y sádicas fantasías, ahora iba por “su salvación”.

Maldijo en ese momento encontrarse en esa parte solitaria, ese puto edificio viejo, donde ni las ratas permanecían; las lágrimas de impotencia se desbordaron.

—¡Iblis! ¡No era así! ¡Maldito, no! —Enfurecido y desesperado solo golpeaba la pesada puerta—. A ti, de los seres principio inmenso, espíritu y forma, sentido y credo... —la voz temblorosa de Benjamin invocaba a Iblis, era el único que podía ayudarlo, pero no aparecía... no aparecía—. Mientras

en las copas destelle el vino como en las pupilas fuego divino... ¡Aparece hijo de puta! —rugió en medio del llanto, al darse cuenta de que lo estaba invocando en vano.

Pateó la pesada puerta, se haló los cabellos en medio de la desesperación y le estaba costando demasiado respirar, en todo el tiempo que llevaba ahí, nunca había deseado tanto poder salir, como lo anhelaba en ese instante.

—¡Dios! Por favor... por favor, que no le pase nada, ella confía en ti... ¡Entonces hazte presente! ¡Demuéstrale tu infinita misericordia!... —el aliento le quemaba la garganta y las lágrimas lo ahogaban—. Yo me entrego a ti... yo sigo tu camino y que pase conmigo lo que tenga que pasar, yo lo acepto... —el llanto no lo dejaba hablar, mientras golpeaba la puerta con impaciencia y nadie parecía escucharlo—. Yo lo acepto. Con mi voz clamo al Señor, con mi voz pido misericordia, ante él vierto mi queja, ante él cuento mi angustia... —murmuraba cada pasaje de la biblia, todo lo que sabía para que alguno de esos seres omnipresentes que gobernaban al universo hicieran algo por “su salvación”, que la rescataran a ella o que le sacaran las vísceras al muy maldito de Rickfort.

CAPÍTULO 34

El crepúsculo casi llegaba a su fin y las tristes luces alumbraban la calzada de adoquines por la que Candice caminaba con paso apresurado, solo escuchaba sus propios zapatos hacer eco en la solitaria calle que la llevaría a la avenida principal, donde estaba la parada de autobuses.

Le parecía realmente increíble cómo se le pasaba el tiempo tan rápido cuando estaba con Benjamin, una mínima parte en su consciencia le gritaba que lo que hacía era una completa locura, que debía alejarse de él, porque su relación al lado de un presidiario no tenía ningún futuro y cuando Robert se enterara, le reprocharía hasta el último día de su vida su comportamiento.

Todos los días cuando salía del centro psiquiátrico se alentaba a no volver, pero por las mañanas justo al levantarse, no podía controlar esas ganas de querer regresar y mirarse en los ojos azules de Benjamin, era una fascinación desconocida la que la arrastraba hacia él, era algo mucho más fuerte que ella.

—Buenas noches.

Candice no pudo evitar sobresaltarse ante el saludo de esa voz algo ronca y con acento inglés, pero el corazón fue reduciendo paulatinamente los latidos al ver que el doctor Rickfort se apostaba a su lado y le seguía el paso, mientras le sonreía con amabilidad. Le correspondió de la misma manera, sintiéndose aliviada de contar con compañía.

—Buenas noches doctor Rickfort, ¿va camino a casa? —saludó mirando a esos ojos grises que escondían muy bien esa perversión que Candice no había logrado percibir—. Pensé que hoy le tocaba el turno de la noche.

—Voy a casa, cambié el turno con un compañero, porque tenía asuntos más importantes que atender —aseguró mirando los labios sonrojados de Candice, descubriéndolos ligeramente hinchados.

—¿Y su auto? —miró al frente, tratando de escapar de la insistente mirada del doctor, pues empezaba a alterarle los nervios.

—Lo dejé en el estacionamiento, estaba por irme pero la vi salir sola a esta hora y decidí acompañarla, esta calle es muy solitaria y podría ser bastante peligroso... aunque he notado que le gusta correr riesgos.

—Supongo que lo dice por Benjamin Sutherland, realmente no sé por qué les parece alguien peligroso...

—Tal vez porque asesinó a su madre sin sentir el mínimo remordimiento —interrumpió la vaga explicación de Candice.

—Doctor Rickfort, realmente pienso que cualquiera puede cometer un error y para eso existe el arrepentimiento.

—¿Cree que Sutherland asesinó a su madre por error? —preguntó y la sujetó por el brazo a la altura del codo, evitándole avanzar—. ¿Por qué sigue visitándolo? ¿Por qué lo hace todos los días? —siseó acercándose más a ella, quien miraba el agarre.

—Porque... —tragó en seco para pasar el nudo de temor que se le formó en la garganta—. Porque sinceramente pienso que Benjamin fue manipulado por el mal, eso es algo en lo que usted por ser un hombre de ciencia no cree, pero yo sí y solo pretendo ayudarlo, Dios siempre da segundas oportunidades a sus hijos... —elevó la mirada a la cara del doctor, quien se le acercaba cada vez más y le clavaba las pupilas en la medalla de la virgen María, la que reposaba sobre su pecho—. Por favor, suélteme.

—Realmente no creo que alguien pueda ser manipulado por algún ente sobrenatural, pienso que uno es bueno o malo por naturaleza, cada quien es libre de sus acciones y si Sutherland pretende hacerle creer que el mal lo ha manipulado, debo admitir que cuenta con gran elocuencia, porque hasta ha conseguido hacerte cambiar, ya no eres la misma chica que conocí en la enfermería —confesó mirando el escotado vestido azul rey que llevaba puesto—. No le hagas caso, es muy manipulador... sabe perfectamente cuáles son tus debilidades y las utiliza a su favor.

—Está bien, tomaré su consejo. Ahora por favor, suélteme —repitió su petición, desviando la mirada a ambos lados, inevitablemente se llenó de miedo al ver que el lugar se encontraba solitario.

—¿Qué haces tanto tiempo encerrada con un hombre sin escrúpulos? ¿Qué interés encuentras en él? —preguntó acercándose a ella y haciendo más fuerte el agarre.

Candice alejaba su cuerpo ante los avances del hombre que no la soltaba, jadeó por el dolor en el brazo y lo miraba con los párpados abiertos de par en par, evidenciando estar realmente asustada.

—Doctor... —murmuró cuando él le llevó la otra mano al cuello y la adhirió a la pared—. Por favor...

—¿Crees que nadie se da cuenta de esa caridad desmedida que le ofreces a La Bestia? ¿Te gusta el peligro, verdad? —sonrió y le guiñó un ojo.

—No, solo busco la manera de hacerle creer en Dios... Suélteme —suplicó con el corazón brincándole en la garganta, casi sin poder respirar y observando cómo el doctor Rickfort se mordía de manera perversa el labio.

—¿De qué manera señorita Adams? Porque lleva dos semanas vistiéndome de manera... más sugerente —al tenerla acorralada contra la pared, se acercó más y le acarició la mejilla con la nariz, mientras ella lo miraba de soslayo y temblaba contra su cuerpo.

—La creencia no está en la forma de vestir doctor, está en el corazón... ¿Qué es lo que pretende? ¿Podría soltarme? —pidió, mientras sentía la pared de ladrillos incrustándose en su espalda.

—Te quiero Candice... realmente eres hermosa y con este vestido mucho más —bajó la mano que tenía en el cuello hasta el sutil escote redondo, sujetó la suave tela y lo retiró un poco, creando una ventana para que su mirada lasciva pudiese deleitarse con las medias colinas que el sujetador de encaje le permitía apreciar.

Soltó un gruñido, al ver lo hermosas que eran las tetas de la señorita Adams, blancas y ligeramente cubiertas de pecas. Estaba seguro que sería realmente placentero morderlas.

Candice aprovechó el descuido del hombre y le dio un rodillazo en la entrepierna, uno de esos que Robert le había enseñado, lo empujó y salió corriendo envuelta en pánico, sentía que el alma se le iba y que el corazón se le explotaría ante el miedo, jamás creyó posible que el doctor Rickford actuara de esa manera.

Un fuertísimo tirón en sus cabellos detuvo en seco su huida, todo pasó muy rápido y de manera muy confusa, sintió como si le hubiesen arrancando de un solo golpe el cuero cabelludo y liberó un grito ante el ardiente dolor que la había cegado, contados segundos pasaron para encontrarse tirada en el suelo de fríos adoquines, con el doctor Rickfort encima.

—¡Oh Dios! —suplicó aterrorizada y con la garganta inundada por el llanto, en un acto de desespero empezó a gritar—. ¡Ayúdenme! ¡Por favor! —imploraba mientras daba la pelea, pero solo consiguió un brutal golpe en el rostro que la dejó totalmente aturdida y adolorida.

Rickford para asegurarse de que Candice no volviera a gritar, la amordazó fuertemente con una de sus manos, mientras que con la otra le daba violentos

tirones al vestido que se le resistía, por lo que prefirió subirlo. Teniéndola completamente a su merced, empezó a arrancarle las bragas negras que llevaba puesta. Su respiración se agitaba cada vez más, en medio de la excitación y el desespero por romper todas las barreras que se interponían en su objetivo de poseer sexualmente a la mujer que tantas ganas le tenía.

Candice empezó a recobrar las fuerzas y las lágrimas le bajaban de forma abundante por sus sienes, todavía no lograba asimilar lo que estaba pasando; su hermano le había enseñado a luchar y no se detendría, si Rickford iba a violarla, tendría que hacerlo estando muerta, volvió a utilizar sus puños para pegarle en el rostro al doctor, como castigo recibió otra bofetada que volvió a cegarla.

Ella solo suplicaba a Dios mentalmente que le brindara la fortaleza para evitar que algo tan espantoso le pasara, mientras se llenaba de asco al sentir la tibia lengua del sádico hombre paseársele por el cuello y la rasposa barba cobriza le lastimaba la piel.

Rickford empezó a bajarse el zíper con desespero, mientras que con una de las rodillas golpeaba fuertemente la parte interna de los muslos de Candice, para que abriera las piernas, sin compadecerse por los jadeos de ella ante el dolor que le provocaban los ataques.

Candice dejó de resistirse, el dolor la había vencido, quería seguir luchando, pero ya no podía, solo cerró los ojos para esperar a que lo peor pasara, mientras sentía la pesada respiración del hombre en su oído y entre sus muslos la erección tanteaba ansiosa, provocando que su rechazo aumentara.

—Ya verás que te va a gustar —murmuró y le mordió el lóbulo de la oreja.

Candice abrió los ojos ante el dolor, ya casi no respiraba, porque Rickford no solo le cubría la boca, también lo hacía con la nariz. Elevó la mirada al cielo en una última súplica y en ese instante, vio sobre ellos suspendida en el aire la sombra oscura que toda su vida había aparecido en sus pesadillas, era la sombra de un hombre y solo se le distinguían los ojos que tenían las cuencas vacías o tal vez solo eran demasiado negras, con unos puntos de luz que parecían dos luceros alumbrando la noche más oscura, inevitablemente pensó que todo lo que le estaba pasando era orquestado por ese ser maligno y la sangre se le heló aún más.

Al segundo, la cabeza de Rickford se elevó involuntariamente, alejándose de su cuello, mostrándose algo aturdido, sin previo aviso y sin que nadie lo

tocara, mientras la sombra flotaba sobre ellos, la cabeza del doctor giró bruscamente hacia la izquierda. Candice pudo escuchar el sonido que hizo el cuello del hombre al romperse y cayó desplomado sobre ella, un jadeo de espanto se le escapó y el corazón se le reventaría por la tensión. Casi con la misma rapidez con que alguien puede parpadear normalmente, el doctor fue elevado por los aires, liberándola de ese angustiante peso y terminó estrellándose contra una de las paredes.

Ella se quedó muy quieta, el pánico hasta le impedía mover un solo músculo, poco a poco la sombra fue descendiendo sobre ella, tomando forma, materializándose en un hombre vestido de blanco; era hermoso, era el ser más lindo que alguna vez hubiese visto, los ojos negros pasaron a ser grises, casi blancos, él no terminaba de posarse sobre ella, aunque estaba a un milímetro de distancia.

—Mi dulce y hermosa criatura —habló contra su boca, casi rozándole los labios, pero sin hacerlo, ella se sobresaltó al sentir un suave toque en su mejilla izquierda—. Nunca supliques a Dios, porque él no las escucha, nunca se conmueve por la desesperación de sus hijos, nunca aparece cuando más se le necesita —su cautivador aliento y el envolvente tono de su voz, sumía a Candice en un estado total de tranquilidad y confianza—. Tu religión solo me presenta como un ser siniestro y lo hace para generar miedo y provocar que se abracen aún más a sus dogmas y credos... Todos tienen su manera distinta de destruirme en sus corazones, de que me tengan miedo. Un judío contempla sus creencias de forma distinta a un cristiano, un budista no las contempla, los ateos las rechazan y las sitúan a la par de cualquier otro dios y no soy más que el Dios de la luz y la iniciación, quien comprende lo que es la desesperación y el dolor... Siempre me han envuelto en un cúmulo de falsedades y medias verdades, pero es aquí donde demuestro quién es quién.

Candice se sentía sugestionada por la profunda voz que la invitaba a ser escuchada de manera inevitable, a ese hombre con rasgos árabes hermosos, muy hermosos y atrayentes rasgos árabes.

—Levántate débil paloma —le tendió la mano y ella no encontró la voluntad para negarse.

Se levantó y las piernas le temblaban, estaba adolorida y sintió las bragas destrozadas caer a sus pies. Ese hombre se acercó y le dio un beso en la mejilla brindándole la suavidad de unos labios suaves, carnosos y cálidos.

Volvió a mirarla, los ojos grises reflejaban sosiego, pero también notaba

adoración, ese hombre la miraba como nunca nadie lo había hecho, como si realmente fuese valiosa para él.

No podía hablar, sentía la lengua pegada al paladar y los latidos de su corazón seguían amenazando con ahogarla, ni siquiera encontraba la fuerza para huir.

Una vez más los ojos del hombre empezaron a oscurecerse, como cuando los cielos anunciaban una tormenta, abarcando toda la cuenca, pero no quedaron completamente oscuros, en esos ojos se reflejaba el universo y era literalmente.

Eran una masa oscura adornada por galaxias, estrellas, planetas, todo diminuto en esos ojos, que pertenecían a un perfecto rostro caucásico, enmarcado por un cabello rizado que llegaba a los hombros.

Ese hombre le brindaba un hermoso espectáculo sobrenatural y por imposible que pudiera parecer, no sentía miedo; no obstante, se negaba a aceptar quién era realmente ese ser y qué era lo que estaba haciendo ahí con ella.

—Estoy aquí contigo, pero también estoy en cualquier rincón del universo, soy tiempo y espacio, desde el inicio, mucho antes del génesis.

Candice solo atinó a asentir en repetidas oportunidades sin siquiera espabilar, producto del nerviosismo y él sonrió plegando los carnosos labios en una línea, provocando que en sus ojos todas esas diminutas luces de colores destellaran.

—La humanidad aún no está preparada para creer, solo nos usan como excusa para justificar sus acciones y las califican según sus propios beneficios —con cuidado le acarició los desordenados cabellos y retrocedió un par de pasos.

Después se giró y se alejó, lo vio marcharse con paso lento y una especie de halo de luz lo iluminaba; segundos después, sencillamente desapareció. Miró hacia el otro lado, donde definitivamente Rickford estaba muerto, la vista se le nubló y terminó por desmayarse.

CAPÍTULO 35

Despertó sumamente sobresaltada. Todo había sido una pesadilla, una horrible pesadilla; con el corazón golpeteándole fuertemente contra el pecho miró a todos lados, sintiéndose aliviada de encontrarse en su habitación. Con manos temblorosas se acomodaba los cabellos y respiraba profundamente para calmarse, mientras intentaba recordar cómo había llegado a su casa, porque lo último que llegaba a su mente era ella despidiéndose de Benjamin.

En ese instante algo ácido subía por su garganta, por lo que lanzó las sábanas a un lado y corrió al baño, ni siquiera le dio tiempo de llegar al retrete cuando empezó a vomitar, inundando el lugar con el pestilente olor que solo le aumentaba las náuseas.

Las convulsiones le dieron una tregua y aprovechó para llegar al retrete, donde siguió expulsando todo residuo alimenticio que había en su estómago, era tan espantoso que hasta le salía por la nariz y las lágrimas se le desbordaron.

—Dios —jadeó sintiéndose cansada y con la garganta ardida, pero una vez más era atacada por una arcada, ya no había nada más en su estómago y aun así, era víctima de la tortura.

Cuando por fin terminó, pulsó el botón para que el agua se llevara todo lo que había expulsado de su estómago y con su cuerpo completamente debilitado se acercó al lavamanos, donde se enjuagó la boca muchas veces y se lavó la cara.

Se miró al espejo y no tenía ningún golpe en la cara que evidenciara que verdaderamente el doctor Rickfort la hubiese golpeado, casi inmediatamente se levantó la bata que llevaba puesta y la parte interna de sus muslos estaban

intactas, tan blancas como siempre, pero ella podía jurar que el dolor que sentía no era psicológico.

El olor a vómito aún le revolvía el estómago, por lo que agarró varias toallas de papel y mientras contenía la respiración, limpió el desastre en el suelo, lanzó las servilletas al inodoro y volvió a pulsar el botón.

Se percató de que su bata de dormir y sus pies también estaban salpicados, por lo que sin pensarlo si quiera, se quitó la ropa y se metió bajo la regadera, mientras su mente era bombardeada por las imágenes de esa pesadilla que le había parecido tan real.

Por primera vez la sombra se había mostrado ante ella como un hombre, uno realmente atractivo que la inquietaba, pero que también le agradaba.

Al salir se desenredó los cabellos húmedos frente al espejo y se notó bastante pálida, pero todo eso se lo adjudicó a la angustia vivida en el mal sueño.

Decidió usar uno de sus vestidos favoritos, era de varios vuelos, en color turquesa, el cual le llegaba por debajo de las rodillas y de finos tiros, bastante fresco para ese día de verano.

Abrió la puerta de su cuarto y se encontró con Robert y Nadya en el pasillo, quienes compartían un apasionado beso; su hermano pretendía empotrarla en la pared y no pudo controlar una risita entre nerviosa y divertida.

Nadya se percató de su presencia y le dio un empujón a Robert, sacándolo abruptamente de la burbuja de excitación.

—¡Candice! —saludó su cuñada, sin poder ocultar su estado de aturdimiento.

—Hola Nadya, ¿van a desayunar? —preguntó, sintiendo que las mejillas se le arrebolaban.

—Sí, enseguida bajamos —dijo Robert pasándose las manos por los cabellos, sin poder ocultar la vergüenza que sentía por haber sido pillado en semejante situación.

—Ok —Candice sonrió y se alzó de hombros—. Pediré que los esperemos —se encaminó a las escaleras y en su pecho empezaba a crecer esa necesidad de poder compartir con Benjamin situaciones parecidas. Tal vez poder salir a pasear con él, divertirse como la pareja de jóvenes que eran, pero sabía que el hombre al que amaba pasaría el resto de su vida encerrado en ese lugar y a ella le tocaba aceptarlo de esa manera.

Durante el desayuno, Nadya no encontraba la valentía para mirarla a los ojos, se sentía realmente apenada.

—Candice, ¿te estás alimentando bien? —preguntó Robert, mientras untaba su pan tostado con queso crema.

—Creo que esa pregunta está de más —intervino Lizzy, al ver que su hermana prácticamente estaba devorando su comida.

—Sí —hizo una pausa para tragar—. Estoy comiendo muy bien —volvió a picar otro trozo de su omelette y se lo llevó a la boca—. ¿Por qué lo preguntas?

—Te noto algo pálida y tienes ojeras, ¿segura que estás bien?

—Sí, segura. Estoy muy bien —prefirió no contarle que después de mucho tiempo, las pesadillas habían regresado—. Señora Rose, ¿puedo llevarme lo que quedó en la cocina? —preguntó desviando la mirada hacia la mujer que había preparado el delicioso desayuno.

—Claro que sí, puedes llevártelo.

—Gracias —le sonrió y volvió la mirada hacia Jason, quien le pedía un poco de jugo de naranja a su madre.

—Candice, ¿sigues visitando el hospital? —curioseó Robert, pretendiendo enterarse de lo que hacían sus hermanas, al menos aprovechar la hora del desayuno, que era cuando tenían la oportunidad de verse todos.

—No —se llevó la servilleta a los labios, ganando tiempo para armarse de valor, porque consideraba que era momento de empezar a contarle el giro que había dado su vida—. Estoy visitando un centro psiquiátrico, el desayuno es para un paciente... la comida que les sirven en ese lugar es de todo menos apetitosa —comentó sin mirar a Robert, porque estaba segura que podría descubrir el temor en su mirada.

—¿No crees que pierdes el tiempo en ese lugar?... Supongo que las personas que están ahí no van a retener mentalmente lo que quieres compartirles.

—No todos los que están en los centros psiquiátricos están dementes, eso solo pasa en las películas —argumentó y bebió un poco de su jugo—. Hay personas que necesitan ayuda, algunas han intentado suicidarse, otras que han vivido hechos traumáticos y que solo están en ese lugar porque nadie los comprende, mi misión es hacerles comprender que Dios nos entiende y nos quiere a todos por igual, también intento mostrarles que el mayor regalo que nos han concedido es la vida y que debemos valorarla. Ahora si me permiten,

debo irme —rodó su plato y se levantó.

—¿Candice, vas a ese centro donde está Benjamin Sutherland? ¿Recuerdas, el actor? —preguntó Lizzy, levantando la mirada y mostrándose entusiasmada.

Candice inmediatamente se tensó y el corazón se le instaló en la garganta, no quería responder, pero si no lo hacía levantaría sospechas en sus hermanos.

—No... no lo sé —se aclaró la garganta—. No conozco a todos los que están en ese lugar y no tengo idea de en qué centro psiquiátrico está el actor.

—Lizzy, seguramente lo tendrán incomunicado —comentó Nadya—. Es un asesino, no lo dejarán caminar por el lugar como si nada.

—Bueno, yo debo irme, regresaré para el almuerzo —dijo Candice caminando a la cocina, donde volvió a respirar mientras guardaba un poco de comida para Benjamin. Además del desayuno restante, también agarró de la alacena un paquete de galletas y mermelada.

Le pidió al taxista que se detuviera frente a la floristería que quedaba a un par de cuadras del centro psiquiátrico, para comprar las infaltables dalias, pero cuando se las entregaron el aroma le repugnó, pensó que era momento de cambiar de flores y se decidió por unas calas.

Prefirió caminar hasta el edificio, al llegar se encontró con varios rostros consternados. Aunque se moría de la curiosidad, prefirió no preguntar a qué se debía tanta tristeza reflejada en sus caras.

Siguió el mismo protocolo de siempre, que revisaran todo lo que llevaba y le hicieran las mismas preguntas. El hombre que siempre la llevaba al ala norte donde estaba ubicado el edificio viejo llegó, aunque él no mostraba el mismo semblante afligido.

Mientras caminaban por el pasillo que los llevaba al patio que dividía ambos edificios, no pudo seguir soportando la curiosidad.

—He notado algo triste a Melisa —comentó siguiéndole el paso al hombre rubio de un marcado aspecto ruso—. ¿Ha pasado algo?

—¿No se ha enterado? —preguntó el hombre algo sorprendido.

—No, ¿qué ha pasado? ¿Le pasó algo a Benjamin Sutherland? —se apresuró a preguntar sintiéndose repentinamente muy asustada.

—No, La Bestia está muy bien, desgraciadamente fue al doctor Rickfort, anoche se cayó por las escaleras de su casa...

—¡Por Dios! ¿Se encuentra bien? ¿Dónde lo tienen? —interrogó sin poder

ocultar su sorpresa y el corazón empezó a latirle violentamente.

—Lamentablemente al caer se rompió el cuello, mañana por la mañana realizarán el sepelio... —el hombre dejó de hablar al ver que a la chica se le caía el ramo de las seis calas blancas y toda ella temblaba.

—No... no puede ser, yo... no —tartamudeaba presa del pánico y en su cabeza había un gran torbellino haciendo estragos, no había sido una pesadilla, repetía una y otra vez con el corazón a punto de vomitarlo.

—Tranquilícese señorita Adams —se acuclilló para recoger las flores—. Son accidentes que pasan... sentimos mucho la pérdida, pero Dios sabe por qué hace las cosas —acotó el hombre, quien sospechaba de las sucias acciones del doctor Rickford, al que le gustaba encerrarse en los cuartos de las mujeres recluidas, algunas de ellas ya habían denunciado en medio de ataques de locura lo que el hombre les hacía, pero nadie les creía.

Le entregó el ramo de flores y con una mano en la espalda la instó a caminar.

—La Bestia ha estado un poco alterado, pasó toda la noche gritando y pidiendo ayuda, seguramente se lo querían llevar los demonios —se burló sin importarle que Candice fuese una casi religiosa—. Si quiere me quedo para evitar que la ataque, aunque pasé esta mañana y estaba un poco más tranquilo, no quiero confiarme.

—No, no hace falta, gracias —aseguró observando cómo el hombre quitaba el pesado candado—. Estoy segura de que Benjamin no me hará daño, lamentablemente cometió un error que lo ha marcado de por vida, pero se ha arrepentido de lo que hizo.

—Nunca se debe confiar totalmente en un asesino —aconsejó tirando de la pesada puerta de hierro—. Estaré muy cerca, por si me necesita.

—Gracias —murmuró mirando a los ojos celestes del hombre.

La mirada de Candice se encontró a Benjamin sentado en un rincón, con las piernas pegadas al pecho y la cabeza escondida, se mecía y parecía esconderse tras esa fortaleza que creaban sus brazos.

La pesada puerta se cerró y ella se sobresaltó un poco, por lo que miró por encima del hombro cómo quedaba aislada del mundo que conocía, para adentrarse al mundo de tres por cuatro en el que vivía el hombre que de manera inverosímil había despertado en ella un intenso amor.

Él parecía estar perdido en sus intrincados y atormentados pensamientos, parecía que ni siquiera se hubiese dado cuenta de su presencia.

Candice con gran cautela acortó la distancia y no pudo evitar sentirse aterrada al ver que Benjamin tenía el pantalón blanco manchado de sangre, al igual que las manos.

—Ben, ¿qué ha pasado? —preguntó con la mirada fija en la sangre seca en las manos de él.

La voz de Candice fue el gran detonante que lo sacó del estado de ensimismamiento en el que se encontraba, no podía creer que ella estuviese ahí, la había escuchado suplicar, había escuchado la sucia respiración pesada de Rickford, mientras abusaba de “su salvación”.

Se levantó y corrió hasta ella, quien se detuvo abruptamente, sin poder ocultar el temor que la azotaba ante su reacción.

—¿Estás bien? ¿Estás bien? —preguntó desesperado, llevando sus manos a las mejillas de ella y besándole los labios con vehemencia—. Estás aquí... estás aquí, “mi salvación”.

—Tus manos Ben... Me han dicho que has estado alterado —comentó sintiendo cómo él le depositaba besos trémulos y muy húmedos, percatándose de que estaba llorando—. No llores, ¿por qué lo haces? Estoy bien... ¿Estás así por lo que le pasó al doctor Rickford? —inquirió posando con delicadeza sus manos sobre las de él, las que le cubrían las mejillas.

Benjamin se detuvo en su adoración, dejó de besarla, dejó de buscar el primitivo equilibrio y la miró a los ojos sin poder comprender, al parecer el maldito de Rickford no la había atacado.

—¿Qué le pasó? —preguntó desconcertado, mientras Candice se relamía discretamente los labios, robándose el sabor a canela.

—Tuvo un accidente en su casa, cayó por las escaleras y murió, al parecer fue anoche.

Benjamin supo inmediatamente lo que realmente había sucedido, por lo que empezó a negar con la cabeza.

—Las cosas no pasaron de esa manera, no fue un accidente, no lo fue —dijo soltándola y dejándose caer sentado sobre el suelo acolchado, ella lo imitó—. ¿Qué fue lo que verdaderamente pasó? Necesito saberlo Candice.

—No sé de lo que me hablas —murmuró con voz trémula, sin atreverse a mirarlo a los ojos.

—Sí lo sabes —rugió molesto.

Candice se asustó ante la agresividad de Benjamin y se alejó un poco, sintiendo cómo el corazón iniciaba una carrera agitada y empezaba a sentir

nuevamente náuseas.

—Lo siento, no voy a lastimarte... Hermosa, sé que pasan cosas que no puedes explicarte y que aunque dices creer en Dios, Ángeles, Demonios... te niegas a creer en sucesos sobrenaturales, pero dime qué fue lo que verdaderamente pasó —volvió a preguntar y pudo ver cómo esos hermosos ojos que le recordaban que afuera de ese oscuro y pestilente lugar habían árboles con ese color, se inundaban en lágrimas.

—Tuve una pesadilla... no vas a entenderlo Ben. Toda mi vida he sufrido de pesadillas que algunas veces parecen ser muy reales... me suceden cosas... pasan cosas en mis sueños y al día siguiente hay huellas físicas de eso... Lo que pasó con el doctor Rickford, solo ha sido una coincidencia —hipó limpiándose las lágrimas.

—No fue una pesadilla, no lo fue —negó con la cabeza—. Anoche cuando te fuiste, él te siguió.

—¡No! —Se cubrió el rostro con ambas manos—. Ha sido una pesadilla, por favor Ben... solo ha sido una pesadilla —se lo negaba, no quería aceptar la realidad. Toda su vida sus padres y psicólogos se habían empeñado en hacerle creer que lo que le pasaba mientras estaba dormida, solo era producto de su subconsciente.

—¿Por qué estás aquí? ¿Por qué decidiste venir y exponer tu vida conmigo? —preguntó tomándole las manos para que lo mirara a la cara.

—Porque necesitabas ayuda, porque... —sollozó—. Porque me sentí identificada... Desde que empecé a asistir a misa, desde que me acerqué más a Dios, las pesadillas desaparecieron o al menos eso creí.

—¿Cómo pretendías ayudarme? Solo soy un asesino...

—Por las noticias... hace poco hicieron un documental sobre los secretos que rondaban los asesinatos que habías cometido, había un testimonio del psiquiatra que te trató y él aseguró que no habías sido consciente de lo que habías hecho, que sufrías de alguna especie de trastorno del sueño que te atormentaba. Me sentí identificada —explicó y liberó un suspiro como si se hubiese quitado un gran peso de encima.

—Solo es eso... estás aquí por lástima, no porque verdaderamente sientas amor por mí —murmuró con amargura, se levantó y caminó hasta el rincón donde se dejó caer sentado.

—No es así.

—¡No mientas! —Le gritó con la garganta inundada en lágrimas—. ¡Vete!

¡Es mejor que te largues ahora! —rugió y las lágrimas se le desbordaron.

A Candice no le gustaba verlo de esa manera, nunca había querido romperle el corazón a Benjamin.

—En un principio sí, no lo negaré y nunca te lo oculté, siempre te dije que pretendía ayudarte... Pero sin saber cómo, por muy estúpido que pueda parecerte, me enamoré y ni siquiera eres merecedor de este sentimiento, porque nunca me has tratado bien; no eres caballeroso, no eres tierno, siempre tus conversaciones van teñidas de sarcasmo... no sé verdaderamente si cada vez que me dices hermosa, lo haces por burlarte o porque realmente te parezco linda —reprochó poniéndose de pie—. Casi nunca hablas, no sé verdaderamente qué es lo que sientes.

Benjamin se quedó mirándola, no podía decirle que realmente no sentía absolutamente nada, nada más allá del arrebatador placer que lo embargaba cada vez que tenían sexo.

—¿Crees que si no sintiera algo por ti seguirías con vida? —cuestionó con la voz rasposa—. He permitido que sigas visitándome, hemos pasado los límites de consejera espiritual y patético demente que ya no tiene punto de retorno. Lamentablemente, no puedo decir lo mismo de ti.

—Me entregué por primera vez a un patético demente que ya no tiene punto de retorno, he venido todos los días y te he demostrado ser más humana contigo de lo que lo ha sido cualquiera en este lugar. Sé que no te has interesado un poquito en querer conocerme, pero si lo hicieras, sabrías que no me acostaría con cualquiera por lástima —se limpió con rabia las lágrimas; sin embargo, se preocupaba al ver que las manos de Benjamin seguían sangrando.

—Entonces, demuéstreme que verdaderamente me quieres, demuestra que lo que sientes por mí es amor.

—Más de lo que ya lo he hecho, no puedo.

—Sí puedes, ayúdame a salir de aquí... ya no quiero seguir encerrado en este lugar.

Candice retrocedió un paso y el corazón se le instaló con frenéticos latidos en la garganta.

—No puedo hacer eso... pero sí puedo intentar buscar una manera legal de hacerlo.

—No hay manera legal... esto es muy difícil para mí, tal vez más que para ti.

—No puedes involucrarme en esto, pretendes que te ayude a escapar y eso es un delito —hablaba casi sin aliento, sintiendo miedo de solo pensar en hacer algo como eso.

—No es justo que me quede aquí de por vida, yo quiero un futuro contigo fuera de este lugar, no quiero estar contigo solo un par de horas, no es justo que vivas la vida libremente, mientras yo me pudro aquí.

—Son las consecuencias de tus acciones, no fue justo que asesinaras a tu madre y a esa pobre chica.

Benjamin resopló, conteniendo las ganas de querer saltarle encima a Candice y golpearle la cabeza contra la pared, hasta triturarle el cráneo. Era una estúpida que lo dejaría en ese lugar, todo su esfuerzo había sido en vano, solo quería que Iblis apareciera y buscara otra manera de sacarlo de ese maldito centro psiquiátrico.

—Vete, ahora y no regreses, si lo haces haré contigo exactamente lo que hice a Karen —amenazó con la voz ronca y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

Candice ahogó un sollozo al llevarse una mano a la boca, realmente le dolía darse cuenta de que el hombre que amaba, seguía siendo un monstruo.

—Adiós Benjamin —sorbió las lágrimas y se acercó a la puerta, dándole la espalda.

Benjamin veía que “su salvación” se le escapaba como agua entre los dedos y todo por sus estúpidos impulsos.

—Solo tengo miedo —con esas palabra consiguió que Candice se quedara de pie frente a la puerta y de espaldas a él—. Tengo miedo de que algún día te canses de venir a verme, tengo miedo de que conozcas a alguien, te enamores y nunca más regreses. Tengo miedo de que me olvides, tengo miedo de perder a la única persona que sinceramente me ha demostrado un poco de interés verdadero. Te has acercado a mí cuando no soy más que un pedazo de mierda entre cuatro paredes, sin dinero, ni fama, ni méritos. Has aceptado lo peor de mí, me has aceptado sabiendo lo que hice, no me has dado la espalda como lo ha hecho el resto del mundo, fuiste la única persona que pensó en las dos caras de la moneda, ni siquiera mi propio padre lo hizo... no movió un solo dedo para evitar que me pudriera en este lugar.

Soltó el aliento y se quedó casi sin respirar, esperando que “su salvación” dijera algo y no se marchara, que no lo abandonara a su suerte.

—Terminarás lastimándome, lo has dicho.

—No lo haré. Hacerte daño a ti, significa hacérmelo a mí mismo, significa que estaré completamente perdido.

—No sé qué pensar —musitó sin atreverse a volver.

—Olvida lo que te dije, no voy a exponerte a nada ni a que cometas ningún delito, mi destino es morir en este lugar y voy a aceptarlo, también aceptaré si no quieres verme más, pero quiero que sepas que eres lo mejor que me ha pasado en la vida, eres el ser humano más hermoso que he conocido.

—Gracias —musitó y tocó a la puerta.

—¿Volverás? —preguntó con voz estrangulada.

—No lo creo.

El hombre que esperaba al otro lado abrió y ella salió con la cabeza baja, para que no le viera el rostro bañado en lágrimas, estaba segura de que esa despedida le dolía más a ella que a él, porque sufría por los dos.

CAPÍTULO 36

Habían pasado dos semanas desde la última vez que había visitado a Benjamin, desde que se había obligado a permanecer en su habitación, sumida en los recuerdos vividos con él, buscando motivos para seguir con su vida y enmendar ese gran error que había cometido.

Intentaba encontrar justificación a sus acciones y sentimientos, pero solo terminaba llorando una y otra vez, anhelando salir corriendo a encontrarse con él, pero debía revestirse de fortaleza y cortar de raíz esa dependencia, por el bien de los dos.

Tan solo se levantaba de la cama para bañarse y comer un poco, mientras evadía constantemente las preguntas de sus hermanos, nunca antes se había sentido de esa manera, nunca antes había sufrido un desamor que le quemara el alma y para martirizarse un poco más, su única compañía era la música y ésta solo le hacía recordar cuán difícil era arrancarse del corazón a Benjamin.

—No debí involucrarme —sollozó y volvió a sacudirse la nariz en la toalla de papel—. ¿Cómo no pude darme cuenta de lo que estaba sintiendo y evitarlo? Todo fuese más fácil... no sé si Ben se encuentre de la misma manera, me gustaría saber si también estará sufriendo esta lejanía —empuñó la toalla de papel y siguió llorando, como lo había hecho durante dos semanas tirada en su cama, con la mirada perdida.

***Your kisses burning to my skin
Only love can hurt like this
But if the sweetest pain
Burning hot through my veins
Love is torture makes me more sure.***

Giró sobre su cuerpo y le dio un manotazo al amplificador, donde estaba conectado el iPod, lanzando al suelo el aparato, porque si seguía escuchando esa canción, terminaría cortándose las venas o correría hacia Benjamin y ambas opciones solo eran un suicidio.

Siguió mirando al techo de su habitación, con el vacío en su pecho haciéndose cada vez más grande. Era tan poderosa esa sensación de pérdida, que la estaba consumiendo poco a poco.

Un inusual dolor en el vientre empezó a atormentarla, estaba segura de que eran cólicos menstruales, por lo que decidió levantarse para ir a buscar algo que le ayudara con el malestar antes de que se intensificara.

Su intento por abandonar la cama fue inútil, no logró más que levantar la cabeza, parecía estar atada a la cama por manos y piernas, mientras sentía un peso aplastante sobre su cuerpo, el que casi no le permitía respirar.

Miró a todos lados y no había nada, volvió a intentarlo y no logró más que elevar apenas la cabeza, pero con un golpe invisible, alguien o algo se la fijaron a la cama. Inevitablemente el corazón se le subió a la garganta con desmedidos latidos.

—¡Lizzy! ¡Ayuda! —gritó, pero una vez más vivía esa espantosa experiencia de gritar sin poder hacerlo, por más que se esforzaba, no le salía la voz, provocando que desesperara.

Luchaba por liberarse, por levantarse, pero no lo conseguía, solo se agitaba aún más y las lágrimas se le anidaban en la garganta.

Empezó a sentir cómo empezaba a brotar algo húmedo y caliente entre sus muslos, logró mirar y solo vio cómo su camión de dormir rosado se teñía profusamente de sangre.

—¡Dios mío! ¡Ayuda! —volvió a suplicar y borbotones de sangre seguían saliendo de su interior, era una sensación espantosa y dolorosa, nunca antes vivida.

Rápidamente el colchón empezó a empaparse y su peso creaba una piscina escarlata con olor a hierro, mientras ella no podía hacer nada por liberarse. Todo o casi todo en su habitación estaba normal, era de día, cada cosa en su sitio, pero ella estaba fijada a la cama, ahogándose en su propia sangre y con el pecho a punto de reventar.

—¡Que alguien me ayude! —chilló con las lágrimas corriendo por sus sienes; no obstante, no lograba emitir ningún sonido.

De repente logró liberarse y agarrar una bocanada de aire, abriendo los ojos a la realidad; lo primero que hizo fue mirar a su vientre y todo estaba normal, el camisón lo tenía enrollado en la cintura y sus sábanas de margaritas de varios colores en fondo blanco, seguían intactas.

Todavía con el corazón retumbándole fuertemente, se levantó y miró donde había estado acostada, sin encontrar ni la más mínima mancha, de manera inmediata las alarmas de su período menstrual se activaron. Agarró su celular y se dejó caer sentada en la cama, mientras sentía que todo su cuerpo temblaba y una densa nube de miedo y nervios no le permitía abrir la opción de calendario en su iPhone.

Soltó el aire por la boca y volvió a respirar profundamente para calmarse.

Contó uno a uno los días, después contó las semanas, regresó al mes anterior y volvió a contar, esa acción la repitió unas cinco veces. Se echó a llorar desconsoladamente, no importaba cuántas veces calculara, siempre el resultado era el mismo, tenía doce días de retraso.

—Dios mío —dejó caer el teléfono móvil y se llevó las manos a la cabeza, sintiendo que no había solución, que nada iba a salvarla—. Robert me va a matar... me va a matar —sollozaba temerosa—. Candice cálmate, no estás embarazada, no lo estás, solo es un retraso normal, es normal... —chilló una vez más—. No, no es normal —negó con la cabeza.

Después de llorar por mucho tiempo, se levantó de la cama y con pasos temblorosos se fue al baño. Estaba segura que debía salir de dudas y la mejor manera era hacerse una prueba, tal vez solo se estaba angustiando por nada, se alentaba para no sentir que estaba en un callejón sin salida.

Con toda la vergüenza del mundo, se fue a la farmacia más alejada posible, donde no la reconocieran y compró una prueba, pero no podía esperar a llegar hasta su casa, por lo que entró a un baño público en un centro comercial y con todas las esperanzas puestas en que el resultado fuese negativo, se la hizo; minutos después sus esperanzas se desmoronaron trágicamente, cuando la bendita prueba le estrelló en la cara que estaba embarazada de cuatro a cinco semanas.

Se quedó sentada en ese baño y más de una mujer al escuchar sus sollozos le preguntó si se encontraba bien.

Le tocaba decir que sí, para no alertar a nadie, aunque realmente el mundo se le había hecho pedazos.

—¿Qué voy hacer ahora? Fui una tonta, una estúpida, no pude pensar,

realmente no pude pensar... ¿Por qué me dejé llevar? ¿Cómo le diré a mi hermano que estoy embarazada de un asesino? Ya él tiene suficiente responsabilidad con Jason, como para que ahora tenga que ayudarme con este niño —elevó la mirada al techo—. ¿Qué hago Señor? ¡Ayúdame! ¿Qué debo hacer? Sé que no merezco pedirte nada, pero no sé qué hacer; bien sabes que no podría asesinar a mi hijo, no lo haría.



El aroma a rosas danzaba ligeramente en el ambiente y a cada segundo se iba intensificando, estaba seguro de que no era más que otra treta del maldito de Iblis para atormentarlo, por lo que prefirió seguir acostado mirando a la nada.

—Gracias, no pienso tardar —escuchó la dulce voz al a otro lado de la pesada puerta. Estaba seguro de que no era ninguna artimaña, que “su salvación” había regresado, después de haberlo abandonado por dieciséis días.

Se incorporó rápidamente, quedando sentado y en ese instante la pesada puerta chirrió al ser abierta, ahí estaba ella, dando un paso hacia adentro, con la barbilla prácticamente pegada al pecho. Tenía los latidos del corazón desbocados, podía escucharlos en una frenética y ahogada carrera, a esos latidos se acoplaban otras pulsaciones que nunca antes había escuchado.

Trató de aguzar más el oído y seguía ese latido rápido, como si fuera el de un colibrí, superando por mucho los de “su salvación”. ¡Estaba embarazada! Y ese era el latido de la criatura. Reprimió una sonrisa de felicidad, esa sensación anidándole en el pecho le parecía tan extraña.

La puerta se cerró, aminorando la claridad en el lugar, creando ese patético mundo donde los únicos habitantes eran “su salvación” y él, aunque se le sumaba ese pequeño renacuajo de corazón acelerado.

Ella se quedó parada junto a la puerta, sin levantar la cabeza, demostrando una actitud realmente taciturna, que para Benjamin no era más que una estúpida justificación a su ausencia.

Él se levantó y caminó, cuando estuvo frente a ella, se dejó caer de rodillas y se le aferró al vestido, pegando la frente en su vientre, percibiendo así con

mayor intensidad ese latir revoltoso de su única posibilidad de volver a ser lo que era. Estaba ahí, tan cerca, pero al mismo tiempo tan lejos, solo era cuestión de tiempo y debía armarse de paciencia.

Sollozó fuertemente y el cuerpo empezó a temblarle ante ese llanto perfectamente actuado, demostrando una mezcla de angustia, dolor y alegría, que verdaderamente no sentía.

—Perdóname, hermosa —murmuró con la voz cortada por el llanto—. Siento todo lo que te dije, lo siento... por favor, no me dejes, no me abandones en este infierno.

Candice retenía el nudo que subía y bajaba en su garganta, levantó la mirada, percatándose del verdadero desastre que era el lugar. Benjamin le había arrancado las páginas a todos los libros, incluyendo las de la sagrada escritura y estaban esparcidas por todas partes.

Llevó sus manos a los sedosos cabellos del hombre aferrado a su cintura y empezó a acariciarlos, intentando consolarlo, que dejara de llorar, porque verlo de esa manera le partía el alma; ya ella había sufrido suficiente los últimos días, sobre todo desde hacía tres que la angustia no la abandonaba ni un segundo, desde que había tomado una de las decisiones más difíciles de su vida. Ni siquiera estaba segura si lo haría, pero debía encontrar la fuerza para afrontar las consecuencias de las acciones cargadas de irresponsabilidad que había cometido.

—¿Qué tengo que hacer, Ben? ¿Qué debo hacer para sacarte de aquí? —preguntó con la voz muy ronca, por todas las emociones que la azotaban.

Benjamin no lo podía creer, por fin accedía a sacarlo, por fin encontraría la anhelada libertad.

Elevó la cabeza para mirarla a la cara y las lágrimas empezaron a correrle por las sienes, se la quedó mirando por varios segundos, reafirmando que “su salvación” era hermosa, era realmente hermosa y tal vez después de asesinarla, la extrañaría. Debía admitir que le gustaba su manera de coger, esa falta de experiencia, todas esas preguntas tontas que le hacía, mientras él solo pretendía gozar del momento, tal vez extrañaría su voz, su mirada y su aroma a rosas, pero estaba seguro que después, encontraría mujeres mucho mejores.

—No tienes que hacerlo, si prometes seguir viniendo, no tengo porqué escapar, lo único que quiero es estar contigo, no importa el lugar. Si tú estás para mí, este puto encierro es el paraíso —sollozó mirándola a los ojos.

Candice le acarició el rostro, enjugándole las lágrimas al tiempo que se

ponía de rodillas, para estar a la altura de él. Se le acercó a la boca, besándolo una y otra vez, dejando libre el llanto.

—Quiero que tu paraíso sea el mismo que el mío y no es en este lugar... Quiero sacarte de aquí, dime qué hacer... Debo aclararte que no cuento con mucho dinero —suspiró contra los labios de él e inhaló profundamente por la boca, robándose el extraño y delicioso aliento acanelado que tanto había echado en falta.

—Tengo dinero, en algún lugar, nadie ha tenido acceso a él, lo escondí, porque estaba seguro de que tanto la policía como mi abogado iban a aprovechar mi encierro para dejarme en la banca rota... antes de que me detuvieran había preparado todo para escapar, en ese lugar también tengo documentación falsa... podremos escapar del país sin ningún inconveniente —confesó cohibiéndose de sonreír abiertamente—. ¿A dónde quieres ir? ¿Te gusta la playa? ¿Algún lugar tropical? —preguntó llevando sus manos unidas por las correas al rostro de ella, para acariciarlo.

Candice no podía explicarse cómo era que Benjamin conocía tan bien sus gustos o tal vez era que la mayoría de las personas relacionaban el paraíso con alguna playa paradisíaca y no con campos florales.

—Sí, me gusta la playa... —asintió dejándose acariciar las mejillas por él, sabía que tenía que contarle que estaba embarazada, pero tenía mucho miedo de hacerlo y prefería ir poco a poco—. Tal vez a alguna isla.

—Entonces nos iremos a la isla que quieras, elige nuestro paraíso... pero antes debes buscar a alguien, es un hombre de mi total confianza, él te ayudará con una documentación falsa para ti, porque cuando se enteren de que me he escapado, van a empezar muchas investigaciones. Será preciso que cambies un poco tu apariencia... seguro que el cabello oscuro hará resaltar aún más esos hermosos ojos que tienes —le hizo un cumplido y le dio un beso, ofreciéndole la punta de su lengua, tentándola y robándole la voluntad.

—Necesitaré tiempo, debo hablar con mi hermano.

—¡No! No puedes hablarlo con nadie —se apresuró a explicarle, temiendo que arruinara todo el plan.

—No quiero escapar sin decir nada, ellos pondrían la denuncia si lo hago de esa manera, les diré que voy a viajar con algunos miembros de la iglesia... Sé lo que debo hacer.

—Gracias mi hermosa salvación... Quiero que podamos vivir juntos... Tal vez es un poco precipitado, pero ya estoy anhelando una familia... sé que

eres joven y que tal vez por ahora no lo quieras, pero me encantaría tener un hijo contigo, no... uno no, tal vez cinco. Sí, vamos a tener cinco hijos.

Candice respiró aliviada y sonrió, sintiéndose muy feliz y que un gran peso la abandonaba, porque Benjamin acababa de decir que quería hijos, sin saber que ya era padre; a pesar de todo, veía una luz al final del túnel, estaba segura de que lo haría muy feliz en el momento en que le dijera que estaba embarazada.

—Dime el nombre de la persona que tengo que buscar para mi documentación y dónde puedo encontrarlo.

—Primero debes ir por el dinero, te va a solicitar una gran cantidad para hacer tu pasaporte, pero no importa, le das lo que te pida, sin hacer preguntas —le explicaba y Candice asentía en silencio.

Benjamin le dijo que el dinero y algunas pertenencias de valor estaban enterrados en un galpón abandonado, que pertenecía al puerto bajo el puente Vincent Thomas.

—Está bien, mañana muy temprano visitaré el lugar —dijo con una sonrisa aunque estaba realmente nerviosa.

—Candice —murmuró y se relamió lentamente los labios, para humedecerlos—. Quiero que sepas que considero que realmente eres hermosa, nunca dudes de eso —volvió a besarla, convirtiendo poco a poco un simple contacto de labios en un encuentro apasionado, donde las lenguas rozándose una contra otra eran las protagonistas.

—Dije que no iba a tardarme —le recordó casi sin aliento.

—Hermosa, debes ser muy cuidadosa, nadie puede enterarse de esto. Si lo hacen, estaremos perdidos.

—Sí, lo sé. Prometo serlo —sonrió para tranquilizarlo y se puso de pie para salir del lugar.

CAPÍTULO 37

Candice se levantó mucho antes de que el sol despuntara, realmente la angustia últimamente no le estaba permitiendo conciliar el sueño con tranquilidad, a eso le sumaba los malestares del embarazo. Ni siquiera había ido al médico para hacerse un chequeo, tal vez era porque todavía no quería aceptar la idea que dentro de su vientre, le estaba dando vida a un nuevo ser.

No era lo que tenía planeado, realmente lo que había soñado para ella hacía mucho tiempo que se había ido al lodo, ahora solo vivía el día a día, sin trazarse nuevas metas para un futuro. Le daba miedo hacerlo, porque había comprobado que algunas veces el destino, si le daba la gana, volvía patas arriba todos los anhelos.

Se puso un conjunto deportivo de chándal y salió tratando de hacer el menor ruido posible, para no despertar a ningún miembro de la casa; llevaba consigo un bolso para poder traerse las cosas que Benjamin tenía escondidas en ese galpón.

Mandó a detener al primer taxi disponible y le pidió que la llevara hasta el puerto, le había prometido a Benjamin ser cuidadosa, por eso no le pediría al taxista que la dejara justamente en el galpón abandonado.

Le pagó al hombre y bajó, caminó por los alrededores del puerto, percatándose de que había más de un galpón abandonado y en muy poco tiempo le pareció estar adentrándose en un escenario de alguna película de suspenso, esas que tanto odiaba.

Llevaba caminando casi una hora cuando por fin dio con el lugar que Benjamin le había indicado, ya sabía que la puerta estaba cerrada, así que lo bordeó hasta que encontró un boquete entre la tierra y la estructura.

—Dios mío, sé que esto está mal —liberó un suspiro, al tiempo que se

ponía a gatas para arrastrarse por la pequeña separación, por donde justamente solo pasaría su delgado cuerpo—. Pero no sé qué hacer, si hay otra salida por favor, muéstramela antes de que cometa una locura.

Con gran dificultad se arrastró por el suelo arenoso, mientras contenía la respiración y se esforzaba por hacerlo rápido. El olor a moho inundaba el ambiente y estaba realmente oscuro, por lo que buscó a ciegas en el bolso la linterna que había llevado.

—¡Wao! —exclamó recorriendo con la mirada el lugar o al menos lo que alumbraba la linterna—. No creo encontrar esa caja aquí —se dijo consciente de que el lugar era inmenso.

Sabía que no podía darse por vencida y que si no encontraba lo que había ido a buscar ese día, al menos revisaría gran parte y regresaría al día siguiente, empezó a buscar los contenedores de la transportista Maersk.

Empezó a caminar por el lugar, pero la humedad y el olor a moho empezaron a causar efecto y no podía contener los estornudos.

Su alma se colmó de tranquilidad al ver por fin la pila de contenedores identificados con el reconocido logo del recuadro azul con la estrella blanca.

“Busca el último a la derecha y ábrelo, camina hasta el final y levanta el trozo de metal”, seguía mentalmente cada palabra de Benjamin.

Al retirar el pesado trozo de metal, se encontró con un pasadizo que la llevaba a un pequeño depósito subterráneo. Una vez más debía arrastrarse, por fin llegó hasta un baúl de madera.

—Pensé que era una caja pequeña —se dijo mientras rodaba la tapa de madera—. ¡Santa madre de Dios! —ante la sorpresa levantó la cabeza y se golpeó, al hacerlo no pudo evitar soltar un quejido. Esperó a que se le pasara un poco el dolor—. ¿Cómo se supone que podremos salir del país con tanto dinero?, esto es una fortuna.

Sabía que no debía perder tiempo, por lo que empezó a guardar dentro del bolso los fajos de billetes de cien, encontrándose también con algunas joyas. Suponía que los hermosos collares, zarcillos y anillos engarzados con piedras preciosas, habían pertenecido a la madre de Benjamin. No pudo evitar sentir que estaba robando.

—Dios, perdona mis pecados —murmuró cerrando los ojos.

Empezaba a faltarle el aliento, porque en ese lugar tan reducido era casi imposible respirar, por lo que se dio prisa; no obstante, estaba segura de que no podría cargar con tanto dinero, al parecer Benjamin llevaba mucho tiempo

ahorrando en ese lugar.

Al salir de ese ataúd gigante ya el sol había salido, permitiéndole percatarse de que estaba hecha un completo desastre, el conjunto de chándal estaba amarillento por la tierra y sus cabellos todos revueltos, dejó caer el pesado bolso a un lado, se sacudió el polvo y se rehízo la cola de caballo.

Volvió a recoger el bolso y trató de caminar rápidamente para salir de ese terreno abandonado, no quería correr el riesgo de ser descubierta por alguien de seguridad del puerto.

El bendito bolso pesaba horrores, parecía que iba a cercenarle el hombro, se apresuró cuando vio un taxi e hizo su mayor esfuerzo por correr.

Subió y no sabía qué dirección darle, no tenía la más remota idea de a dónde llevaría ese dinero. Sería mejor que ella lo guardara, mientras Benjamin le indicaba qué hacer; además, debía volver por el resto.

Le dijo al taxista que la llevara a su casa, sabía que a esa hora todos estaban desayunando y si la veían llegar con el bolso, Robert empezaría a hacer preguntas. Su única opción era la casa de Jeremy, desde su muerte no había querido volver a ese lugar, porque despertaba muchos recuerdos que le azotaban el alma, pero no podía arriesgarse.

Entró por el jardín trasero, sintiendo que una gran marea de sentimientos la revolcaba, las lágrimas se le aglomeraron en la garganta y en silencio le pidió perdón a Jeremy por las locuras que estaba cometiendo por amor a otro hombre.

La puerta de la cocina estaba cerrada, pero no la entrada para mascotas, aunque nunca tuvieron una, ya la casa estaba diseñada de esa manera, estaba segura de que por ahí ella no entraría, pero sí podría meter el bolso.

Trató de rodarlo lo más alejado posible hacia la derecha, ya después buscaría algún gancho para sacarlo.

Liberó un gran suspiro cuando logró poner a salvo el dinero y se fue a su casa. Como era de esperarse, fue el centro de miradas.

—Fui a correr un poco —respondió sin que nadie le preguntara, aunque no hacía falta que lo hicieran, se lo estaban gritando con la mirada.

—¿Tú corriendo? —inquirió Lizzy, sin poder creérselo—. Esto es un verdadero milagro —se carcajeó divertida.

Candice se alzó de hombros y le sonrió, ante la mirada desconcertada de Robert.

—Candice, ¿acaso has conocido a algún chico? —preguntó, tratando de ser

cauteloso.

—¿Por qué lo preguntas? —inmediatamente se le formó un nudo en la garganta.

—Es que no te había visto preocuparte por tu apariencia desde... desde —no sabía si nombrarle a Jeremy, porque no quería lastimar las heridas internas en su hermana—. Es que me parece extraño, pasaste dos semanas encerrada en tu habitación llorando, ahora sales a correr... ¿Está pasando algo que deba saber?

Candice miró atentamente a todos en la mesa, esperaban que ella diera una respuesta, tal vez ellos anhelaban que por fin saliera del estado depresivo en el que se había encontrado el último año.

—No lo sé... —confesó al fin—. Por ahora solo quiero ir a ducharme.

—¿No vas a desayunar? —preguntó sonriente, con la curiosidad bullendo.

—Bajaré en unos minutos, sigan con el desayuno.

Subió las escaleras y entró a su habitación, bajo la regadera se deshizo de todo el agotamiento que le había provocado la búsqueda de los ahorros de Benjamin.



—Me ha dicho que me entregará el pasaporte la próxima semana —le informó Candice a Benjamin.

Ella se había reunido con el hombre que le haría la documentación falsa y con la ayuda de otras personas, prácticamente la había convertido en una femme fatale; aunque solo hubiese sido para la fotografía.

—Puedes estar segura de que lo hará.

—Benjamin, realmente tengo miedo... ¿y si la policía nos atrapa?... —antes de que pudiera decir algo más, él la besó.

—No lo harán, ya verás que todo va a salir muy bien, confía en mí.

—Es que ni siquiera sé cómo lograré sacarte de aquí sin que seamos descubiertos.

—Esa es la parte más fácil... el dinero todo lo puede, así que puedes estar tranquila. Tengo un amigo que me ayudará.

—No puedo comprender cómo tienes tantos amigos, pensé que los habías

perdido a todos.

—Realmente no son mis amigos... —chasqueó los labios sin desviar sus pupilas de las de ella—. Solo son hombres que venden libertad y yo tengo para comprársela. Cuando la policía quiera enterarse de que he escapado, tú y yo ya estaremos en un lugar donde nunca lograrán encontrarnos. Estaremos en nuestro paraíso —le sonrió ampliamente y le besó la punta de la nariz—. ¿Crees que merezco una de tus sonrisas? —preguntó regalándole el aroma de su aliento.

Candice asintió con entusiasmo y le sonrió, ampliando la sonrisa progresivamente, gesto que Benjamin acompañó.

—¿Lograste sacar todo el dinero? —preguntó frotando la punta de su nariz contra la de ella, mostrándose tan tierno y cariñoso como Candice anhelaba.

—Sí, tuve que hacerlo en dos partes, no sabía que tenías tanto, ni las joyas.

—Debía asegurar un futuro para poder empezar de cero.

—No podrás sacar tanto dinero del país.

—No vamos a sacar ese dinero, se lo entregaré a alguien que al igual que yo, tiene una cuenta en Suiza, él necesita efectivo y me hará una transferencia... las joyas nos las llevaremos, son bienes personales.

—¿Tenías todo esto planeado?

—He tenido mucho tiempo libre para hacerlo... casi tres años para planear una nueva vida, pero nunca imaginé que esa nueva vida me traería lo más hermoso que alguna vez hubiese imaginado, amo esta nueva vida, amo esta nueva oportunidad que Dios me ha brindado y no voy a desperdiciarla.

A Candice el corazón se le hinchó de emoción al escuchar el nombre de Dios en la voz de Benjamin. Le parecía increíble el cambio que estaba dando, eso le daba más razón para saber que nunca debía perder la fe.

—Dios nos da muchas oportunidades porque cree en nosotros, pero también debemos creer en él —dijo convencida de que Benjamin entendería sus palabras.

—Es justo que así sea... Hermosa, debo pedirte algo más —comentó haciendo un mohín de vergüenza.

—Puedes pedirlo, sabes que si puedo hacerlo lo haré.

—Necesitaré que compres ropas y zapatos... no podré seguir vistiendo este uniforme de mierda —apenas se había echado un vistazo a la camiseta y pantalón blanco, cuando Candice lo sorprendió al posarle un dedo sobre los labios.

—No digas malas palabras —sonrió dulcemente y él puso los ojos en blanco, en un gesto divertido—. Está bien, hoy por la tarde iré a Santee Alley.

—No, a los callejones no... —no pudo ocultar su arrebató, como si le estuviesen anunciando el Apocalipsis—. Hay suficiente dinero, mejor ve a Dolce & Gabbana —concilió, esa mujer estaba loca si creería que lo vestiría con imitaciones, que no dejaban de ser simples harapos.

—Benjamin, ¿en serio? —ironizó ante la casi exigencia de él—. Desde que murieron mis papás me ha tocado economizar y voy a ese lugar todo el tiempo, anteriormente malgastaba el dinero en centros comerciales y créeme, más de una vez me he sentido estafada al ver prendas que había comprado apenas unos meses atrás por un valor que triplicaba a las que vi en Santee Alley, realmente son idénticas.

—No sabía que ibas a ese lugar, debes tener cuidado, supongo que es un poco peligroso... Ahora tienes suficiente dinero para gastar... vive el sueño de toda mujer y vuélvete loca en el Beverly Center, quiero que también compres cosas para ti, ropas, zapatos, carteras, maquillaje... todo acorde a la mujer que aparecerá en la foto del pasaporte.

—Entendido... pero no creo prudente llevar tanto efectivo.

—Puedes antes depositar a tu cuenta bancaria y pagas con la tarjeta —le dio la solución, pero ella solo se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos y mordiéndose el labio inferior—. No tienes una cuenta bancaria —adivinó en medio de un suspiro, no podía creerlo. ¿De dónde había sacado Iblis a esa chica?

—Mis papás siempre se encargaban de todo... ellos pagaban todo y nunca lo creí necesario, nunca gasté dinero suficiente como para tener una tarjeta... —murmuró avergonzada—, pero prometo que empezaré a gestionar una cuenta bancaria —intentó mostrarse positiva.

Benjamin dejó caer pesadamente la cabeza hacia atrás con la mirada al techo, reteniendo un grito de frustración, ¡estaba jodido! “Su salvación” no solo era ingenua, era tonta.

—Candice... —volvió a mirarla a los ojos.

—¿Dije algo malo?

—No, no has dicho nada malo, solo que ya no será necesaria una cuenta bancaria... Por lo menos, ¿puedes ir dos veces al centro comercial?

—Sí, claro que sí —asintió con determinación, teniendo la plena certeza de

que solo le estaba haciendo las cosas más complicadas a Benjamin—. Puedo ir esta tarde y mañana.

—Bien, compra un traje para mí... no, mejor que sean dos y ropa fresca, recuerda que nos vamos a la playa... —Benjamin empezó a decirle todo lo que necesitaba y ella asentía en silencio, algunas de sus peticiones Candice no las comprendió, pero prefirió no hacer preguntas.

—¿Todo tiene que ser en Dolce & Gabbana? —preguntó para no cometer ningún error.

—No precisamente, pero nada de ir a los callejones.

—Benjamin, la humildad...

—Ya lo sé hermosa, pero se puede ser humilde vistiendo ropa acorde a mi personalidad... ¡Por Dios! Fui el actor mejor pagado de Hollywood, por dos años consecutivos.

—Eso no es ser humilde —murmuró mientras negaba.

—Está bien, puede que no lo sea, pero estoy haciendo mi mejor esfuerzo... —como cada vez que pretendía convencerla de algo, derrumbaba las barreras a punta de besos—. Solo quiero reencontrarme con el hombre que fui, no... realmente espero encontrarme con un mejor hombre y eso no será gracias a prendas de diseñadores, será gracias a ti. La mejor parte de lo que soy, solo la puedo encontrar si estoy a tu lado.

—Comprendo —le sonrío, sintiendo sobre sus labios la sensación de los besos de Benjamin, esos que habían despertado su excitación, se moría porque él le quitará la ropa y le hiciera el amor, pero le daba vergüenza pedirselo—. Debo irme, debo ir por el dinero para poder ir al Beverly Center.

—No olvides traerme el dinero.

—¿Estás seguro de que alguien te ayudará?

—Sí, completamente —aseveró, ya había tenido la oportunidad de encontrar el valor del ruso, quien le dejaría el viernes por la noche la puerta sin trancar, esos eran los días en que los hombres de seguridad aprovechaban para ver el partido de béisbol en el comedor.

CAPÍTULO 38

A Candice el corazón le brincaba en la garganta, todo su cuerpo estaba tembloroso y los oídos le zumbaban, mientras luchaba férreamente contra las náuseas.

Levantó la mirada y el cielo se encontraba cada vez más oscuro y cubierto por densas nubes grises, imploraba que la suave llovizna que caía sobre Los Ángeles, no terminara convirtiéndose en lluvia, pero sobre todo, que las cosas salieran bien. Sabía cuáles podrían ser las consecuencias de esa locura de la que se había convertido en cómplice y no quería dar a luz a su hijo estando en prisión.

—Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre — empezó a murmurar con voz temblorosa una plegaria a ese ser supremo en el que creía, mientras su mirada no desamparaba ni por un segundo la calle, esperando que Benjamin por fin doblara en la esquina.

Miró una vez más en su reloj de mano y ya llevaba once minutos de retraso, mientras ella seguía aguardando en la oscuridad de aquel callejón.

—Tal vez algo salió mal... debería irme —se alentaba, pero no encontraba la fuerza para alejarse un solo paso.

Siguió esperando y las lágrimas empezaban a arremolinárseles en la garganta junto a toda esa angustia que iba a matarla.

—¡Por Dios! —jadeó liberando el aliento que la sofocaba y quemaba, al verlo doblar la esquina y caminar tranquilamente hacia ella. Quiso correr, pero debía esperar, solo esperar, mientras sonreía—. Gracias Dios, por favor... Ben, apresúrate —chilló y las piernas le temblaban.

Él sonreía y seguía con paso tranquilo hasta que llegó a ella y sin previo

aviso se le aferró a los cabellos y la estampó contra la pared, presionándola con su cuerpo. Inevitablemente Candice revivió los recuerdos del episodio que pasó en ese mismo callejón junto al doctor Rickfort, jadeó ruidosamente y el corazón le iba a estallar ante el miedo, despertando a la cruda realidad de que había ayudado a escapar a un asesino y sencillamente pretendía eliminar a la única cómplice.

Apenas iba a suplicar por su vida, cuando la sorprendió con un fiero beso, uno como nunca antes, un beso que le lastimaba, pero le gustaba, le gustaba que Benjamin fuese tan agresivo y ella suponía que solo se debía a la adrenalina del momento, él jadeaba ruidosamente en su boca, gruñía y tiraba de sus labios sin ningún cuidado, tanto que empezó a saborear el característico sabor a óxido de la sangre, mezclándose con el acanelado de la saliva de Benjamin.

No sabía si esa sangre era de él o de ella, eso no importaba, solo se limitaba a corresponder a ese beso tan agresivo que le nublaba los sentidos.

—Gracias —ronroneó contra los labios de ella, empuñándole con fiereza los cabellos rubios—. Eres mi salvación... lo eres todo Candice, ni siquiera Dios había logrado sacarme de ese apestoso lugar y tú lo has hecho, eres más que Dios, más que cualquier ser supremo —se relamió los labios, retirándose la sangre—. Gracias por brindarme la oportunidad de volver a respirar aire puro.

A Candice los labios le palpitaban y el sabor a sangre predominaba, pero no importaba, quería que volviera a besarla de esa manera y que no le permitiera respirar, que siguiera empuñándole de esa forma casi dolorosa los cabellos, pero no podía ser en ese lugar, tan solo estaban a una cuadra del centro psiquiátrico.

—Haría cualquier cosa por ti Ben, ni siquiera sé cómo me has robado el corazón... Pero ahora es mejor que nos demos prisa, no soportaría que te encerraran una vez más —le ofreció el bolso que contenía ropa y calzado.

—Tienes razón, debemos darnos prisa... quiero que empecemos cuanto antes nuestra nueva vida.

Se empezó a desvestir con rapidez y en ese momento, Candice se dio cuenta de que no traía las manos atadas.

—¿Y tus correas? —preguntó al tiempo que se acuclillaba y abría el bolso.

—Deshacerme de ellas estaba en el pago —recibió el jeans que Candice le ofrecía y no pudo evitar revisarle la etiqueta.

Inevitablemente eso molestó a Candice, no le gustaba que desconfiara de ella o que no la creyera capaz de hacer compras en tiendas de firmas.

—¡Es un bendito Dolce & Gabbana! —estalló sorprendiendo a Benjamin ante tal ímpetu, él se quedó paralizado entre asombrado y fascinado, esa actitud empezaba a agradarle de “su salvación”.

—Lo siento, solo estoy nerviosa... ¡Apúrate! —dijo al verlo con la boca abierta, poniéndose el jeans, mientras reía bajito—. Supuse que por un tiempo no querrás vestir ninguna prenda blanca —le tendió una camiseta gris.

—Me agrada que siempre pienses en todo —con gran agilidad se puso la camiseta y empezó a calzarse—. Había olvidado lo bien que se siente —confesó justo en el momento en que sus pies quedaron dentro de unas zapatillas deportivas negras, las que para su suerte, eran de la misma firma que la del jeans.

Candice sacó una campera de cuero negra, que traía incorporada una capucha, mientras Benjamin se la ponía, ella con rapidez y nerviosismo guardaba el uniforme del centro psiquiátrico dentro del bolso.

—Has elegido la vestimenta perfecta, sobre todo para esta llovizna... —se subió la capucha y extendió los brazos sintiendo cómo las pequeñas gotas caían sobre las palmas de sus manos.

—Ben... por favor, démonos prisa —suplicó levantándose.

Benjamin le quitó el bolso, se acercó a ella y con el dedo pulgar le limpió la gota de sangre que brotaba de su labio inferior.

—Lo siento... me dejé llevar.

—No te preocupes —dijo ella con ganas de salir de ese callejón cuanto antes.

Emprendió ella sola el camino, porque parecía que Benjamin no pretendía avanzar, pero en segundos él se acopló a su paso.

—Vamos a caminar, no es prudente que agarremos un taxi, al menos no todavía, debemos estar lo suficientemente alejados del centro psiquiátrico —ella permaneció en silencio, lo que hizo que él le preguntara—: ¿Tienes miedo? —aunque el latir enloquecido de su corazón se lo dejaba claro y que también le afectaba al renacuajo en el vientre.

—Sí, no podré estar tranquila hasta saber que estamos completamente a salvo —dijo, sintiendo en ese momento y por primera vez cómo los dedos de Benjamin se entrelazaban a los de ella, en un protector y tierno agarre, eso le dio un vuelco a su acelerado corazón.

—Te he dicho que nada malo va a pasar, debes confiar en mí... —volvieron a salir a la calle y Benjamin admiraba los vehículos pasar a su lado, las luces de los edificios, la de los semáforos, los diferentes tonos de las voces de las personas que circulaban a su lado, mientras seguía cayendo sobre ellos la persistente llovizna.

Casi tres años llevaba sin ver nada de eso, casi tres años entre cuatro paredes y su único contacto con la libertad era Candice, apenas podía creérselo, por lo que una perenne sonrisa protagonizaba sus labios.

Eso era lo más cercano a la felicidad que había experimentado en mucho tiempo, miró de soslayo a la chica a su lado y le regaló una sonrisa ladina, al pillarla mirándolo de igual manera.

—¿Qué miras, hermosa? —preguntó balanceando su mano atada a la de ella, en un gesto juguetón.

—Nada... —sonrió sintiendo cómo las gotas de agua empezaban a ser más constantes y algunas quedaban atrapadas en sus espesas pestañas doradas.

—Ahora he pasado a ser nada —ironizó apretando un poco más el agarre, sin dejar de avanzar.

Ella sonrió y bajó la cabeza, posando la mirada en los adoquines de la calzada.

—Creo que he enloquecido —murmuró sonriente, porque a pesar de todo se sentía feliz, no podía creer que por fin estaba caminando de la mano del hombre que amaba. Lo había salvado, pero ella sin duda alguna se había perdido, no podía encontrar a la chica que solía ser.

—Eso no es problema para mí, me he acostumbrado a convivir con personas dementes.

—¡Ben! —reprochó y él soltó una sonora carcajada.

En ese momento empezó a llover y Benjamin disfrutaba de ese fenómeno tan particular de la naturaleza, como si nunca antes lo hubiese experimentado.

—Debemos agarrar un taxi —propuso Candice aligerando el paso—, ya nos hemos alejado lo suficiente.

—Déjame disfrutar un poco más de esto, debo asimilar que soy un hombre libre... Vamos a divertirnos un poco, como si fuéramos unos niños.

—Ya no somos unos niños, Ben.

—Quiero serlo... ahora, en este instante, porque nunca antes lo he sido. Y esta noche quiero ser niño y hombre a tu lado —se echó a correr, instándola a

ella a que hiciera lo mismo.

Candice no pudo negarse a esa petición y corrió, lo hizo tomada de la mano de Benjamin bajo la torrencial lluvia, sorteando a algunos transeúntes que iban con sus paraguas, resguardándose del aguacero.

Perdieron la cuenta de cuántas cuerdas habían corrido, hasta que Benjamin haló a Candice detrás de una tienda que quedaba en una estación de servicio.

Ambos se encontraban con los pechos a punto de reventarse a consecuencia de las agitadas respiraciones, pero felices y eso era lo que verdaderamente valía la pena.

Benjamin observó el rostro sonrojado de Candice, quien respiraba con los labios entreabiertos, algunos cabellos los tenía pegados al rostro, así como su vestido blanco se transparentaba adherido a su cuerpo, como si fuese su propia piel.

Inevitablemente el deseo por ella estalló, suponía que solo la necesitaría solamente para engendrar a ese renacuajo, pero en ese instante toda su sangre y todos sus latidos, gritaban desesperados porque le arrancara el vestido y acallara las infernales ganas de cogérsela.

Candice presentía las ganas de Benjamin, ese rostro enmarcado por esa capucha negra lo delataba, ponía sobre aviso las intenciones de él por querer hacerle el amor, en ese oscuro lugar, al lado de los contenedores de basura de la tienda.

Por primera vez se aventuró a adelantarse, a demostrarle a Benjamin que también lo deseaba y que quería que la tomara en ese lugar, bajo la lluvia, por lo que sin dejar de mirarlo a los ojos y con el corazón a punto de estallar, en medio de una mezcla de deseo y pudor, empezó a subirse lentamente el vestido, arrastrando la tela mojada que dejaba al descubierto sus blancos y torneados muslos.

Lo hizo hasta que llegó a las caderas y se hizo espacio para quitarse las bragas, mientras él aumentaba sus ganas con esa manera tan intensa de mirarla, justo en el momento en que la pequeña prenda quedó a sus pies, Benjamin la sorprendió pegándola contra la pared, una vez más siendo tan agresivo como un predador, volvió a besarla y a lastimarle la herida en el labio, pero eso no importaba y no disminuía en lo más mínimo su extrema excitación.

Mientras ella correspondía desesperadamente al beso, también le desabrochaba el pantalón y como la mejor de las descaradas se aferró a la

naciente erección, estimulando de la mejor manera que sabía, estaba segura de que no era una experta, solo apretaba con delicadeza o cerraba su mano alrededor del pene, moviendo de arriba a abajo, sintiendo cómo ese músculo se tensaba cada vez más.

Benjamin gruñía y ella suponía que era de placer, por lo que seguía con lo que estaba haciendo, llenándose de calidez la mano, de ese vapor que desprendía la erección.

Él le chuponeaba el cuello, estaba segura que le quedarían marcas, pero no quería pensar en el después, solo quería sentir ese instante en que era una mujer arrebatada, una mujer que vivía plenamente el más impactante de los placeres.

—Candice... mi dulce salvación —susurraba agitado, rozando su cuerpo con el de ella, mientras hacía a un lado los cabellos rubios que se les pegaban en la piel y se bebía en medio de chupones el agua de lluvia que la mojaba, permitiéndose saborear lo deliciosa que era—. Sabes a libertad.

—Sí... ¡Así Ben! —suplicó temblorosa cuando él se le aferró con fuerza a las nalgas, enterrándole sus dedos en la piel con tanto ahínco que dolía; pero con él, el dolor había tomado el sentido del placer.

Él se le aferró a los muslos y la elevó, pegándola contra la pared una vez más, ella se enredó como pudo al cuello y caderas de Benjamin y él entró en ella de golpe, con una sola embestida, mientras se miraban a los ojos y respiraban con la boca abierta.

Se dejó escuchar el motor de un auto que llegó a la estación de servicio, en el que retumbaba un tema, llenando el espacio en el que se encontraban, disfrutando del placer y la locura de entregarse.

Cada vez que Benjamin entraba en ella con gran contundencia y decisión, el roce de la pared de ladrillos le lastimaba la piel, tanto como para raspársela y dejársela en carne viva, pero ese ardor no era lo suficientemente poderoso como para que interrumpiera el goce que estaba experimentando.

Su hombre se comportaba de manera agresiva, como nunca antes lo había hecho y ella se permitía jadear ruidosamente ante la mezcla de placer-dolor. Aunque él no se detenía, ella tampoco permitiría que lo hiciera.

Con los ojos cerrados, disfrutaba de lo que ese hombre desalmado le ofrecía y en ese instante se sentía realmente identificada con la canción que tenía el vehículo al que le llenaban el tanque de gasolina.

Benjamin y ella de cierta manera eran una pareja perfecta, juntos se

estaban quemando, él era el fuego y ella la gasolina que lo avivaba. Benjamin le incendiaba hasta la razón, con él no razonaba, ni respiraba, con él todo era un perfecto caos; la había arrastrado al más peligroso de los abismos y aun así seguía atada a ese enardecido cuerpo, como una tonta sin voluntad cumplía todas las peticiones de él, había perdido el rumbo de su propia existencia y realmente no quería reencontrarlo, porque le gustaba más experimentar su nuevo y peligroso mundo.

Volvía a jadear justo en el oído de Benjamin y con fuerza se le aferraba a los cabellos, cuando sentía que los ladrillos seguían robándole pedazos de piel y él retumbaba en su interior, mientras le chupaba con fuerza el lóbulo de la oreja y le sostenía con demasiado ardor la nuca.

Entregarse a ese hombre era tortura y placer, era sacrificio y redención, era cielo e infierno.

Era como si quisiera asesinarla mientras le hacía el amor y bien podría hacerlo, porque ella no se negaría, no tenía la fuerza para alejarlo ni un solo milímetro de su cuerpo, soportaba el dolor en la misma medida que se gozaba el placer.

*Flame you came from me
Fire meet gasoline
Fire meet gasoline
I'm burning alive
I can barely breathe
When you're here loving me
Fire meet gasoline
Fire meet gasoline
I got all I need
When you came after me
Fire meet gasoline
I'm burning alive
And I can barely breathe,
When you're here loving me
Fire meet gasoline
Burn with me tonight...*

Segundos después todo desapareció a su alrededor, solo quedó Benjamin

con su ruidosa y pesada respiración justo en su cuello, mientras a ella el corazón se le iba a explotar y la respiración se le condensaba en los pulmones, saboreando en todo su cuerpo la tensión y el goce más grande, avasallándola.

Él murmuraba algunas palabras, pero ella no lograba entenderlas, no podía hacerlo, porque estaba perdida en una densa nube de desenfreno. Al regresar a la realidad trataba de recuperar el aliento; no obstante, Benjamin se le aferraba con fuerza a los cabellos y resoplaba, mirándola a los ojos con insistencia y ella se perdía en esas pupilas brillantes, esas hermosas pupilas que le atrapaban el alma.

Candice vio la boca de Benjamin manchada de sangre, la cual la lluvia empezaba a lavar, pero no se atrevía a averiguar si le pertenecía a él o a ella.

En ese momento la puerta trasera de la tienda se abrió y salió un chico cargando una bolsa de basura, pues sin importar el torrencial aguacero, debía cumplir con sus labores.

Benjamin bajó a Candice, poniéndola de pie y ella con el rostro ardiendo de vergüenza, se acuclilló para recoger sus bragas, mientras el chico que los había sorprendido se mantenía mudo e inmóvil, aún con la bolsa en mano.

Benjamin con una agilidad impresionante, se resguardó su casi adormecido miembro y se giró acomodándose la capucha.

—Nos vamos —murmuró instando a Candice.

Ella con manos temblorosas intentaba subirse las bragas, sintiendo que se moriría de la vergüenza, nunca imaginó que alguien la sorprendiera en esa situación; tener sexo debía ser algo íntimo y ahora había hecho partícipe a alguien más de los vestigios del orgasmo recién vivido.

Gritó sorprendida al sentir las manos de Benjamin arrebatarle la prenda interior y era él quien se las subía con algo de rudeza. La tomó por la mano y la instó a caminar, aunque ella no estaba segura si podría hacerlo, puesto que todo su cuerpo temblaba debilitado.

El chico asimiló lo sucedido y con rapidez caminó hasta el contenedor de basura, donde lanzó la bolsa sin poder desviar la mirada de la pareja que huía del lugar.

—Me quiero morir de la vergüenza... ¡Por Dios! Nunca imaginé dejarme llevar de esta manera... Suéltame, por favor —pidió soltándose del agarre de Benjamin y llevándose las manos al rostro para cubrírsele.

—¿Conoces a ese chico?

—Gracias al cielo, no.

—¿Piensas venir a hacerle una visita? —ironizó Benjamin, quien seguía caminando al lado de Candice.

—Jamás, olvidaré que esta calle existe.

—Entonces, no tienes porqué morir de vergüenza. No lo conoces y nunca más lo verás.

—Mis padres no me criaron de esta manera, no me inculcaron tener sexo en un callejón, como si fuese una mujer de la vida fácil.

—Tus padres no te enseñarían a coger ni en una cama bajo sábanas y con luces apagadas, para ellos seguirías siendo una niña toda la vida —le llevó una mano al hombro, para detenerla un poco—. Ahora, mira por dónde caminas, quítate las manos de la cara... no te avergüences de lo que hemos hecho, porque lo pasaste bien.

Candice miró a sus ojos azules y no tuvo la valentía para negarle cuánto había disfrutado de ese momento.

—Fue hermoso —confesó sonriendo tímidamente, bajando la mirada.

Él le llevó las manos al rostro, elevándoselo y le dio un beso en los hinchados labios.

—Hermoso... Yo diría que fue asombroso. Coger bajo la lluvia, sentirte tan deseosa, tan atrevida... fue increíble y no te sonrojes por eso.

—Creo que es mejor que avancemos, aún no es seguro que sigamos por aquí —usó esas palabras para escapar de la intensa mirada de Benjamin.

—Está bien —le tomó la mano y caminaron con rapidez. Benjamin aprovechó la camioneta que salía de la estación de servicio y le tendió la mano, pidiendo un aventón.

—No es necesario, tenemos para pagar un taxi, ni siquiera sabemos si va a la misma dirección —comentó Candice, al ver que la camioneta se detenía.

—No importa a qué dirección vaya, solo nos alejaremos para tomar un taxi después —Benjamin la instó a correr.

La camioneta era una Ford de los años 70, en color rojo y extrañamente era conducida por una chica joven. Subieron en la parte trasera, donde se sentaron abrazados, como si fuesen una pareja completamente enamorados, sin importar la lluvia, solo necesitaban alejarse del lugar.

Después de unos diez minutos de que la chica los llevara a cualquier parte, Benjamin decidió mandarla a detener y bajaron en medio de la nada, al menos la lluvia empezaba a menguar.

—No tengo la más remota idea de a dónde iremos, al menos no por ahora —comentó sin soltar la mano de Candice—. Me encantaría ir a un hotel, pero temo que me reconozcan.

Candice no había pensado sobre eso y Benjamin tenía razón, ella solo quería alejarse del centro psiquiátrico, pero no sabía a dónde se irían, tampoco podía dormir fuera de su casa, no pretendía darles más preocupaciones a sus hermanos.

—Hay un lugar... es donde estoy guardando el dinero y las cosas que te he comprado.

—Espero que no sea debajo de tu cama.

—Ben, sé que algunas veces puedo parecer tonta, pero realmente no lo soy, tal vez sea demasiado ingenua, pero solo eso —reprochó, mirándolo a los ojos.

—Solo estaba bromeando —mintió, porque de ella podría esperar cualquier cosa, ya no le asombraba el grado de ingenuidad que poseía “su salvación”.

—No lo parece —le respondió con un todo que denotaba desconfianza y quizás un poco de tristeza—. Podrías quedarte en el sótano de la casa que era de Jeremy, ese lugar está abandonado y es seguro.

—Nunca me has hablado sobre él.

—Supongo que ya sabes lo que pasó con él... en más de un comentario me lo has dejado claro.

—No lo tengo todo claro.

—No me pidas explicaciones en este momento —caminó dejando a Benjamin solo—. Ahora necesitamos conseguir un taxi que nos lleve.

—Está bien, no te pediré explicaciones y no hablaré nada más, temo hacer algún comentario inadecuado.

Candice no respondió, siguió caminando hasta que vio un taxi y lo mandó a parar, pero no consiguió el objetivo, estaba segura de que ninguno lo haría, porque estaban completamente empapados.

Después de varios minutos de fallidos intentos, por fin uno se condolió de la situación en la que se encontraban y los llevó a la dirección que Candice le dio.

Entraron a la casa de Jeremy por el agujero de mascotas de la puerta trasera, obviaron prender las luces y caminaron tanteando para no tropezar y hacer algún ruido. Candice lo guio hasta las escaleras que los llevó al sótano,

donde ella encendió la luz de una diminuta lámpara.

En el lugar había un montón de cajas apiladas, algunos muebles y un sofá color mostaza.

—Creo que podrás dormir aquí —señaló el mullido sofá de tres puestos—. Por favor, no enciendas ninguna de las luces ni hagas ruidos. Hay un hombre de seguridad que hace rondas cada cuatro horas. Yo ahora debo irme a mi casa.

—Candice, te puedes quedar aquí, no quiero que tengas que ir a tu casa a esta hora, es muy peligroso —pidió él.

—Estaré bien, no te preocupes.

—No lo estarás, no voy a permitir que te subas a un taxi en estas condiciones.

—No voy a subir a ningún taxi, mi casa queda al lado, solo tengo que cruzar el jardín —le explicó para que se tranquilizara un poco, aunque admitía que le gustaba mucho que Benjamin se preocupara de esa manera por ella.

—Entonces eras la típica chica que se enamora del vecino...

—Dije que no hablaría sobre eso.

—¿Aún te duele? ¿Aún lo quieres? —preguntó tensando la mandíbula y sintiendo que un extraño calor se concentraba en el centro de su pecho; era una agonía inexplicable, unas ganas de tener a Jeremy en frente y volver a asesinarlo.

—Verdaderamente lo quería y ha pasado muy poco tiempo —explicó alejándose un par de pasos, al percibir molestia en la voz de Benjamin.

—¿Entonces cuál es mi papel en toda esta historia? —cuestionó llevándose las manos a las caderas y conteniendo la respiración, porque una vez más latían en él esas ganas desmedidas por querer saltarse los tiempos y acabar con su patética existencia de una vez por todas.

—Esto no es una de tus películas para que cada quien tenga un papel, esto no es una historia de ficción, es la vida real... Jeremy formó una parte muy importante en mi vida, pero ya no está...

—¿Y si estuviera?

—Si Jeremy siguiera con vida, tú estarías en el centro psiquiátrico y sin la más mínima posibilidad de conocerme —suspiró pesadamente, sintiéndose algo cansada, con esa extraña conversación, pero sin pretender mentirle—. Dios quiso que las cosas pasaran de una manera distinta y aquí estoy, frente a

ti. Me he convertido en cómplice de tu huida y tontamente me he enamorado, todo lo que he hecho ha sido por amor. Creo que eso es suficiente.

Benjamin caminó con decisión hacia ella, esa tonta chica era su único objetivo, mientras Candice aturdida retrocedió un par de pasos más, no podía ocultar el miedo que la embargaba al verlo irrumpir en su zona segura.

Candice no logró alejarse lo suficiente, no quería mostrarse temerosa, pero la felicidad y el miedo eran dos cosas que jamás podían ocultarse, por lo que hacía a Benjamin partícipe de su mal disimulado pánico.

En contados segundos su cuerpo cayó bruscamente sobre el sofá color mostaza y Benjamin la sofocaba con su peso, supuso que iba a estrangularla cuando le cerró el cuello con las manos, pero nunca hizo la presión suficiente como para cortar el paso del oxígeno. El corazón le iba a reventar el pecho y los ojos estaban a punto de salirse de las órbitas, ella misma había intentado millones de veces olvidar el pasado de Benjamin, pero él siempre tenía esos arrebatos en que le hacía recordar de lo que era capaz.

Se quedó muy quieta y él volvió a sorprenderla con uno de esos besos en los que amenazaba con ahogarla, imprimiéndole fuerza y contundencia, lastimándole la herida en el labio, provocando que volviera a sangrar; aun así, ella no dejaba de corresponderle.

—Ben... no, ahora no —le pidió casi sin aliento, para que se detuviera, para que dejara de querer arrancarle las bragas, aunque ella fuese toda latidos desbocados que imploraban porque hiciera trizas la prenda—. Debo ir a casa, mi hermano debe estar preocupado... por favor —suplicó en medio de los arrebatados besos de él, cerrándole las muñecas con las manos, para que no siguiera avanzando—. Recuerda que debo hablar con él por lo del viaje.

—Podrías quedarte unos minutos más —ronroneó, mordisqueándole la barbilla.

—No, no puedo... no puedo —chilló casi vencida ante el deseo que le encendía la sangre—. Prometo venir muy temprano, te despertaré a besos... esto lo dejaremos para mañana.

—Tendrás que venir realmente temprano —resopló liberándola y tendiéndole la mano, para ayudarla a ponerse en pie.

—Prometo que vendré antes de que salga el sol, recuerda no hacer ruido, esa puerta te llevará a un baño y en el mueble del lavabo está todo tu dinero y la ropa que te he comprado —señaló una puerta de madera pintada de blanco—. Espero que no te moleste la humedad que hay en el lugar.

—Estoy seguro de que me molestará menos de lo que puede molestarte a ti la humedad entre tus piernas. ¿Estás segura de que no quieres solucionar ese pequeño problema?

—¡Benjamin! No digas esas cosas, no seas vulgar —reprochó y caminó hacia la salida.

Él se carcajeó y la vio alejarse.

Candice con mucho cuidado salió de la casa de Jeremy y se fue hasta la suya, donde Robert ya la esperaba, pidiéndole explicaciones, dejándole saber que se había preocupado pero sobre todo, que estaba muy molesto. Ella alegó que no quiso salir antes del hospital por la lluvia y que terminó siendo alcanzada por el mal tiempo.

Pidió permiso para ir a cambiarse, ya que no quería resfriarse y él se lo concedió, tampoco quería que su hermana se enfermara.

Candice entró a su habitación y encendió la luz.

Desde una pequeña ventana, Benjamin tenía una vista privilegiada de la habitación de Candice y podía ver su reflejo a contraluz, moviéndose a través de las cortinas.

Con sus pupilas fijas en ella, empezó a sentir que su pecho era embargado por una extraña necesidad de abandonar sus planes, estudiaba la posibilidad de marcharse y dejarla vivir, él podría seguir con lo que era, con cómo era, sin hacer ningún tipo de sacrificio, sin volver a sentir las emociones que lo hacían sentir vivo, tal vez no necesitaba de sentimentalismos para ser quien quería ser. Permitirle al renacuajo una vida y no tener que comérsele el corazón.

—Tal vez recibas más amor de tu madre —murmuró observando a esa silueta que se desvestía ante él y le mostraba que el renacuajo estaba creciendo, pues ya se empezaba a notar.

Se alejó de la pequeña ventana y se fue hasta el baño, en el mueble del lavabo buscó todas sus cosas, con la firme convicción de largarse muy lejos de ahí, dejaría a “su salvación” libre y él se quedaría con el alma atada a sus pupilas, ya después recibiría el castigo que Iblis quisiera imponerle.

CAPÍTULO 39

Candice volvió a despertarse a consecuencia de las náuseas, se quedó muy quieta con la mirada al techo, esperando a que pasaran, solo quería que dejaran de torturarla todas las mañanas, que por fin desaparecieran, pero eso no pasaba; por el contrario, cada vez eran más insoportables. En medio de una profunda inhalación, se armó de valor, se levantó y aligeró el paso hasta el baño, donde volvió a abrazarse al inodoro, como si fuese su tabla de salvación, como cada mañana.

Con la garganta ardiendo y los ojos ahogados en lágrimas se levantó, apenas conseguía mantenerse sobre sus temblorosas piernas, caminó hasta el lavamanos, donde hizo varias gárgaras para erradicar el mal sabor en su boca y se lavó la cara, percatándose en ese momento de que su labio inferior estaba considerablemente hinchado, se acercó un poco más al espejo, en medio de una concienzuda revisión, encontrándose con los dientes de Benjamin marcados en la parte interna.

Dolía y mucho, por lo que se llevó un poco de enjuague bucal e hizo gárgaras, eso le ayudaría a sanar rápidamente la herida. Realmente todo el cuerpo le dolía, era como si le hubiese pasado un tren por encima, se desvistió y por encima del hombro pudo ver a través del espejo que sus omóplatos estaban raspados y los tenía en carne viva.

—Auchh... —hizo una mueca de dolor, al ver las consecuencias de su arrebatado encuentro sexual contra una pared de ladrillos.

Le había prometido a Benjamin que lo visitaría muy temprano, por lo que respiró profundo, armándose de valor, pues estaba segura que una ducha solo lastimaría las heridas en su espalda.

Bajo la regadera se tragó las lágrimas de dolor, se convirtió en una chica

realmente fuerte para soportar el agua caliente.

Salió de su habitación tratando de hacer el menor ruido posible, debía darse prisa, porque Robert y Nadia ya estaban despiertos, los escuchaba murmurar intentando calmar a Jason, quien lloraba.

Caminó con sigilosa rapidez hasta la cocina, buscando algo de comer para llevarle a Benjamin, después de todo, debía estar hambriento.

En un envase de plástico guardó queso, jamón, tocino y pan, no quiso preparar el emparedado en el lugar. Para tomar sacó un litro de leche de la nevera, al cerrar la puerta se llevó el susto de su vida al ver a Robert parado con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Se puede saber qué haces despierta tan temprano? —preguntó sin ánimos de ocultar su molestia.

Candice parpadeó rápidamente, mientras trataba de respirar y contener los latidos apresurados de su corazón, aferrándose al envase de leche para no dejarlo caer.

Quería inventar alguna mentira con palabras claras, para que Robert le creyera, pero todas estaban atoradas en el agónico nudo que se le formaba en la garganta.

—Eh... anoche no cené —comentó dejando las cosas sobre la mesa, era inútil intentar ocultar el temblor en sus manos—. Y tengo mucha hambre —aclaró al ver que él levantaba las cejas de manera irónica, mirando la cantidad de comida.

—Candice, siéntate por favor —pidió señalando la silla a su lado.

Ella sabía lo que Robert pretendía y no pudo evitar rodar los ojos como nunca antes lo había hecho, sin si quiera darse cuenta, se estaba despertando en ella un sentido de rebeldía nunca antes expuesto y de eso se estaba dando cuenta su hermano.

Sin decir una sola palabra tomó asiento, evitando lastimarse la espalda, por lo que no la pegó al espaldar.

—¿Qué es lo que pasa contigo? —preguntó rondando la silla, para ubicarse frente a su hermana.

—Nada, no sé por qué me haces esa pregunta.

—Me preocupa tu actitud, casi todos los días llegas tarde y lo peor de todo es que no sé de dónde.

—Ya te he dicho que estoy visitando algunos hospitales.

—¿Y a eso se debe tu extraño cambio de actitud? ¿Por eso últimamente te

comportas tan altanera? Nunca habías sido tan rebelde y suponía que esa época ya la habías superado.

—A ti te parece que estoy rebelde solo porque salgo a ayudar a las demás personas.

—El tono de voz que utilizas para darme respuestas es realmente de rebeldía —confesó intentando mirarla a los ojos, pero Candice no se aventuraba a darle la cara.

—Porque no haces más que reclamarme Robert, no logras comprender lo que estoy haciendo.

—Creo que nadie te podría comprender mejor de lo que lo hago. Te dejo ser, no impido que hagas lo que quieres, ni siquiera me meto en tus cosas. Si realmente quisiera intervenir en tu vida, te obligaría a que regresaras a la universidad y dejaras de lado toda esa tontería de las creencias.

—Deberías empezar a creer un poco más en Dios, es quien nos está ayudando a superar toda esta situación.

—Dios no nos ayuda en nada, si no trabajara no tendríamos para comer, ni vestirnos, si no nos levantáramos todos los días con las ganas de querer superar lo que hemos pasado, nadie más nos va ayudar.

—Dios es quien nos brinda la fuerza que necesitamos y es tonto de tu parte que no creas en él, no fue eso lo que mamá nos enseñó.

—Yo no busco creer en algo, ya que las creencias solo son útiles en el espacio temporal en el que vives, no son eternas y debemos aprovechar el tiempo en el que estamos.

—No desvíes el tema —reprochó mostrándose verdaderamente molesta—. Sé que en todo este tiempo no te he ayudado, pero he conseguido un trabajo, pensaba decírtelo en un par de días, pero ya que estamos hablando de la carga que significa para ti, te informo que en un par de días me voy de viaje.

—¿Que te vas de viaje? ¿Acaso has perdido la cordura? —preguntó realmente sorprendido.

—No, no la he perdido. Una señora de la iglesia me ofreció trabajo para que cuide de su mamá y voy a tomarlo, así podré ayudar en la casa con los gastos; incluso, me ha pagado por adelantado, eso te lo dejaré para que se te haga más fácil cuidar de Lizzy.

—Candice, no voy a permitir que te vayas a quién sabe dónde... no quiero que aceptes ese dinero, ni mucho menos ese trabajo.

—Quiero ese trabajo, soy mayor de edad y no puedes impedir que vaya a

donde yo quiera.

Robert se llevó las manos a la cabeza y se la rascó con desesperación, mostrándose molesto y aturdido, nunca antes Candice se había revelado de esa manera y en ese momento daría hasta su propia vida por saber qué era lo que pasaba por la cabeza de su hermana.

—Candice, no puedes dejarnos solos, somos una familia, está Lizzy que necesita de tu ayuda, eres su hermana, yo necesito de tu presencia... ¿Qué he hecho mal? Candice por favor, piensa en las decisiones que estás a punto de tomar, debes ser más madura.

—Robert, estoy actuando con toda la madurez que poseo, ahora no comprendes pero lo harás, necesito aceptar ese trabajo —mintió, ella no tenía la valentía para decirle que quería irse, porque estaba embarazada de un asesino prófugo de la justicia, al que ella había ayudado en su huida.

Robert ya tenía suficientes problemas y gastos, como para que ella le aumentara la carga.

Robert estaba rozando los límites de la desesperación, no sabía qué hacer, ni qué decir. En ese instante solo pensó en presionarla, suponía que eso debía servir de algo.

—Candice —se puso de pie ante ella—. Si aceptas ese trabajo, si te vas de la casa, olvida que tienes una familia, olvídate de Lizzy y de mí... así que decide, es el trabajo o tu familia —no esperó a que ella le diese una respuesta y se marchó.

Candice quedó con los ojos abiertos de par en par e inundados en lágrimas, mientras el corazón le martillaba lenta y dolorosamente contra el pecho. No podía creer en las palabras de Robert, no era justo lo que estaba haciendo con ella, ahora estaba segura de que si le contaba todo por lo que estaba pasando, jamás la comprendería.

Se llevó las manos al rostro y se echó a llorar ruidosamente, intentando encontrar algún consuelo a su dolor, pero solo se llenó de rabia y rencor en contra de su hermano, mentalmente se decía que tal vez nunca la había visto como a una hermana, al fin y al cabo no lo eran y solo estaba aprovechando esa oportunidad para librarse de la responsabilidad que ella pudiese representar.

Escuchó los pasos de alguien que se acercaba a la cocina y antes de que pudiesen verla en esa condición, se levantó, agarró los alimentos y salió por la puerta de la cocina hacia el jardín, mientras se limpiaba con manos

temblorosas las lágrimas y otras tantas se las sorbía.

Al entrar en la casa de Jeremy, no escuchaba absolutamente nada, suponía que Benjamin seguía dormido, por lo que se tomó la libertad de subir las escaleras y encerrarse en la habitación vacía del que había sido el primer amor de su vida. Se echó a llorar muy bajito, mientras los recuerdos llegaban a ella en raudales, aún no se sobreponía a ese drástico giro que había dado su vida.

Amaba a Benjamin, de eso estaba completamente segura, pero también tenía la certeza de que ese hombre no era lo que le convenía, al menos no lo que su familia querría para ella, nunca lo aceptarían.

Trató de calmarse, se limpió las lágrimas una vez más y tratando de ser sigilosa bajó hasta el sótano, pero todo seguía muy callado. De manera inevitable el corazón se le instaló en la garganta, al ver que Benjamin no estaba en el sofá y no había huellas de que hubiese estado en ese lugar.

—¡Ben! —Lo llamó y no obtuvo respuesta—. ¡Benjamin! —Volvió a llamarlo al tiempo que giraba sobre sus talones en busca del chico—. ¡Ben, por favor! —chilló con los ojos rebosados en lágrimas.

Benjamin se había ido, la había abandonado, solo la necesitaba para que lo sacara del lugar, ahora la había dejado sola con un hijo a cuesta y enemistada con su hermano.

Caminó hacia el baño con la firme convicción de asegurarse de que se había llevado todo y así despertar de un porrazo a su más dolorosa realidad.

Abrió la puerta de golpe, sintió que el oxígeno volvía a llegar a sus pulmones al verlo desnudo y con una toalla, frotándose los cabellos, los que le impedían verle el rostro.

—Hermosa, te recuerdo que se toca antes de entrar —le dijo lanzando la toalla a un lado.

Candice no lograba hilar una palabra, estaba totalmente sorprendida, sabía que era él porque reconocía su voz y sus ojos y lo había visto desnudo muchas veces.

—¿Qué has hecho? —preguntó con voz ahogada.

—Es mi nuevo look, me he decolorado el cabello y recortado el vello púbico, no soy partidario de las selvas genitales.

Candice intentaba reconocer a ese hombre que se había decolorado hasta las cejas, ni se había percatado de que se había rasurado el vello púbico, todo el impacto estaba en Benjamin totalmente rubio.

—Sé que no te agrada —chasqueó los labios con fastidio—. A mí tampoco, pero solo será temporal, hasta que lleguemos a nuestro destino.

—¿Saliste? —hizo la pregunta ante lo que era evidente.

—Sí, necesitaba hacer el cambio cuanto antes —explicó y observó alerta en esa mirada de bosques en primavera—. No debes preocuparte, fui totalmente cuidadoso, nadie me vio salir, mucho menos entrar. Lo importante es que ya todo está listo —confesó mientras se ponía un bóxer.

—Te he traído comida... supuse que estarías hambriento —le dijo mostrándole la bolsa en su mano.

—Así es... —se puso un pantalón de lino color beige y una camiseta negra.

Caminaron hasta donde estaba el sofá y tomaron asiento. Benjamin se quedó mirándola a los ojos, durante al menos un minuto, hasta que Candice le desvió la mirada y se puso a prepararle un emparedado.

—Lo comprenderá —llevó su mano hasta la espalda de ella y le regaló una tierna caricia, sintiendo cómo ella se tensaba—. Por ahora es muy difícil para tu hermano comprender que quieres emprender una vida completamente independientemente de ellos, pero con el tiempo lo entenderá, ahora solo está confundido y algo molesto.

Candice sin poder seguir fingiendo ser fuerte, se echó a llorar una vez más y sucedió algo inimaginable para ella, Benjamin la abrazó, lo hizo como nunca antes, mostrándose tierno y protector pero sobre todo, comprensivo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó en medio del llanto, mientras cerraba con sus brazos la cintura de Benjamin.

—Tus ojos son demasiados transparentes y no puedes ocultar por lo que estás pasando. Ya no te angusties por eso, mejor vamos a planear nuestra vida —le dio un beso en los cabellos y le acarició el rostro.



Era el último llamado del Fiji Airways con destino final a la ciudad de Apia, mientras Candice intentaba esconder tras lentes de sol las lágrimas del dolor que le causaba dejar a su familia y el temor de estar huyendo con un prófugo de la justicia, el que no tenía la más remota idea de dónde estaba; el

punto de encuentro era el aeropuerto, pero Benjamin no aparecía.

Se arriesgó a ponerse de pie y abordar el avión, no sin antes constatar en su nuevo teléfono móvil que el viaje era de ida y vuelta y que si Benjamin no aparecía, contaba con la posibilidad de regresar a su casa y enfrentar a su hermano.

En el momento que mostró su boleto, correspondió a la amable sonrisa del joven que verificaba sus datos en el pasaporte, por lo que trató de tragar en seco de la manera más disimulada y así pasar el nudo que los nervios le formaban en la garganta.

—Adelante señorita Drummond, feliz viaje —le dijo con gran cortesía, sin desviar la mirada de esa mujer alta de cabellos oscuros y corte Chanel, que la hacía lucir más estilizada.

—Gracias —apenas murmuró Candice recibiendo su pasaporte y boleto, arrastró su pequeña maleta de mano, la que como Benjamin había querido, era de diseñador y caminó por el puente reactor, hasta el vuelo comercial que haría escala en Honolulu.

Justo en la puerta del avión volvió a confirmar en su boleto el asiento que tenía asignado en primera clase, hasta donde la guió un integrante de la tripulación, quien la ayudó con su equipaje. No se atrevía a quitarse los lentes por temor a que la reconocieran, estaba segura de que nadie tenía la más remota idea de quién era Candice Adams, porque no era más que una insignificante chica de clase media, pero sí podrían relacionarla con la huida del famoso actor Benjamin Sutherland.

Se acomodó en su espacioso y cómodo asiento blanco, al lado de la ventana e hizo a un lado el cojín de fondo blanco, adornado con algunos tribales hawaianos en negro.

—¿Desea algo, alguna bebida? —ofreció el chico vestido con un pantalón color vino tinto, con los mismos tribales en negro y una camisa en el mismo color.

—No, gracias —contestó con la voz algo ronca.

—Si desea algo, a su lado tiene la carta —comunicó con una sonrisa perfectamente blanca, que iluminaba el rostro moreno.

Candice asintió en silencio, el chico se marchó y ella aprovechó para echar un vistazo hacia atrás, para ver si se encontraba con Benjamin, pero no logró verlo y eso solo aumentaba la angustia en su pecho.

—Buenas tardes —la inconfundible voz del hombre saludando a la

hermosa chica morena de rasgos fileños, que formaba parte de la tripulación, obligó a Candice a clavar la mirada en él.

Ella correspondió y recibió el boleto aéreo, para luego guiarlo hasta su puesto, mientras Candice se obligaba a no sonreír y seguir con el plan estructurado en el que debían simular que nunca antes habían tenido la fortuna de encontrarse.

Tragó en seco y se removió incómodamente en el asiento al verlo, justo en ese momento comprendía porqué había sido catalogado en dos oportunidades como el hombre más atractivo.

Benjamin era alto y delgado, con una elegancia que podía jurar era innata y poseedor de una belleza inigualable, aunque lo prefería moreno, debía admitir que de rubio arrancaba suspiros, vestía con uno de los trajes en color negro que ella le había comprado, pero no llevaba la corbata, dándole un aire más relajado; los ojos azules le resaltaban aún más por los lentes de lectura, con montura de pasta negra, haciéndolo lucir realmente intelectual.

—Buenas tardes —la saludó con una sonrisa ladina, justo en el momento en que tomó asiento a su lado.

Candice carraspeó para aclararse la voz y encontrar un poco de valor, porque los nervios no le permitían hablar.

—Buenas tardes —murmuró y volvió la cabeza hacia la ventanilla, mientras Benjamin se ajustaba el cinturón de seguridad.

La voz del piloto a través de los altavoces anunciaba que iban a despegar y en las pantallas frente a sus asientos las normas de seguridad eran emitidas en un vídeo, a las cuales Candice no les prestaba el mínimo de atención, solo era consciente del corazón golpeteándole contra el pecho y en silencio imploraba un Ave María.

Solo quería que el avión despegara cuanto antes, porque en más de una ocasión se imaginó a la policía impidiendo el vuelo e irrumpiendo en la cabina para llevárselos detenidos.

—¿Viaja sola? —preguntó Benjamin, tratando de captar la atención de Candice.

—¿Disculpe? —ella no logró entender lo que había dicho y empezaba a costarle tratarlo con distancia.

—Le preguntaba si viaja sola —volvió a sonreír, como si todo eso fuese un juego y ella quería golpearlo por notarlo tan tranquilo.

—Sí.

—¿Placer o negocio? —preguntó y la miraba atentamente, fijando sus pupilas en los voluptuosos labios. Él pudo percatarse de cómo ella fruncía el ceño, aunque tuviese puesto los lentes—. No tiene que responderme si no lo desea —volvió la mirada al frente, observando cómo a través del vídeo le enseñaban a los pasajeros a usar el chaleco salvavidas, sintiendo el avión desplazarse por la pista con lentitud.

—Negocios —dijo al fin y Benjamin volvió a mirarla.

—Yo también —le ofreció la mano—. Un placer, Ralph Dankworth.

Candice miró la mano muy cuidada, de largos y delgados dedos, como si fuesen los de un pianista y se aventuró a corresponder.

—Virginia Drummond —sintió el cálido apretón de Benjamin, con el que despertó todas sus terminaciones nerviosas.

—Señorita Drummond, con tanta belleza, supongo que es modelo —comentó sin desviar su atención de esos labios pintados de carmín, aún sin atreverse a soltarle la mano, porque necesitaba ese contacto para mantener a raya sus instintos, que no perdonaban que Candice en ese momento le pareciera la mujer más hermosa que alguna vez hubiese visto, se había quitado la piel de la chica tierna e inexperta y se había vestido de femme fatale.

—Siento desilusionarlo señor Dankworth —comentó sin poder ocultar el sonrojo que se apoderaba de su rostro y en ese momento se quitó los lentes de sol, dejando al descubierto sus atrayentes ojos verdes, los que habían sido enmarcados con unas tupidas pestañas postizas y maquillaje ahumado, brindándole un look realmente sensual y agresivo, haciéndola lucir unos cinco años mayor. Benjamin no pudo evitar sentirse realmente fascinado ante esa nueva mujer que se presentaba ante él, admitía que le gustaba mucho más esa nueva versión de “su salvación”—, pero trabajo para laboratorios Pfizer.

—Interesante —asintió sonriente y algo anonadado ante la astucia que demostraba “su salvación”, por fin se aventuró a soltarle la mano.

—¿Y usted? —le preguntó al tiempo que sentía que la presión del avión abandonando tierra, la pegaba al asiento.

—No, tampoco soy modelo... —le guiñó un ojo con sexy picardía—. Soy cineasta, trabajo para Universal.

Candice plegó los labios al ver cómo la mirada de Benjamin se cargaba de ilusión, aún amaba el cine, esa era su pasión y ella daría lo que fuera para que recuperara todo lo que había sido, sabía que por el momento no podría

lograrlo y que el lugar al que iban le cercenaba los sueños, porque no tenía la más remota posibilidad para darle rienda suelta a su talento; no obstante, no descansaría hasta ver a Benjamin nuevamente a través de una pantalla.

—Interesante, seguramente está rodeado de mujeres perfectas, casi plásticas.

Benjamin se quedó mirándola a los ojos por mucho tiempo, hasta que la obligó a desviar la mirada. No podía comprender el tonto e inútil ataque de celos que había tenido “su salvación”, pero admitía que eso le hinchaba el orgullo.

—Comúnmente, pero ninguna se acerca remotamente a su belleza —la elogió, Candice tragó en seco y la azafata que le ofrecía un whisky a Benjamin, no pudo evitar sonreír con sutileza al percibir el flirteo que había entre los dos pasajeros, era algo que constantemente pasaba.

Candice se quedó sin argumentos y con una tonta sonrisa que se obligaba a disimular.

—Señorita Drummond —habló Benjamin, captando nuevamente la atención de Candice—. ¿Vive en Los Ángeles o en Hawái?

—Vivo en muchos lados, viajo constantemente por cuestiones de negocios, pero podría decir que mi residencia fija y a la que visito muy pocas veces por año, está en Los Ángeles.

—Entonces, ¿en una de esas escasas visitas a Los Ángeles, podría aceptar que le invite a una cena?

—Lo siento, no suelo aceptar invitaciones de desconocidos.

Benjamin la miró a los ojos y bajó lentamente a los labios, seguido del níveo y estilizado cuello, hasta posarla en la medalla de oro de la Virgen María, la que siempre reposaba sobre su pecho y que no contrastaba para nada con los pendientes de diamantes que llevaba puestos y que habían pertenecido a Maureen.

—Tenemos más de cinco horas para dejar de ser unos simples desconocidos —volvió a sonreírle y desvió la mirada hacia la azafata, a la que le regaló un asentimiento, a modo de agradecimiento.

—Cinco horas es muy poco tiempo, deberá hacer un gran esfuerzo —aseguró Candice y por instinto se llevó una de las manos a la medalla.

—¿Su destino final será Honolulu? —preguntó sin dar su brazo a torcer, como si realmente él no supiera nada de ella.

—Disculpe, no creo prudente darle más información sobre mi destino,

apenas lo conozco.

—Tiene la oportunidad de conocerme mejor.

Candice sonrió y miró a la mujer de cabellera oscura como la noche, que se había alejado justo al lado de la puerta de la cabina de control; ella se alzó de hombros de manera despreocupada, mostrándose sonriente, sin saber qué consejos darle a la hermosa y elegante pasajera.

Durante las seis horas que duró el vuelo desde Los Ángeles hasta Honolulu, donde harían conexión internacional con destino final en Apia Samoa, al menos con la aerolínea, no dejaron de conversar en ningún momento. Como dos completos desconocidos, se dieron la oportunidad de conocerse.

Candice conoció a Benjamin, mucho más de lo que lo había hecho en aquel cuarto oscuro en el centro psiquiátrico, la libertad le sentaba de maravilla, hasta había dejado de lado su humor ácido y sus momentos de hastío, se había convertido en un hombre jovial e inteligente, estampándole en la cara porqué las masas lo adoraban.

Benjamin no dejaba de admirar a Candice y cada vez que tenía oportunidad la tocaba, tratando de parecer casual, para poder soportar estar a su lado y no asesinarla, ella era salvación y castigo. A solas no había problema, porque podía acariciarla todo lo que quisiera y juraba que ella confundía su equilibrio con dependencia, pero eso poco importaba.

CAPÍTULO 40

Candice caminaba por el pulido piso de granito del Aeropuerto Internacional de Honolulu, mientras Benjamin la seguía a unos diez pasos, tratando de poner distancia, pero sin perderla de vista. Por nada del mundo permitiría que “su salvación” se extraviara, algo que no le extrañaría, porque estar con ella era como andar con una niña de diez años.

Ambos habían acordado cambiarse de ropa, ponerse algo más acorde al lugar al cual iban.

La mirada verde de Candice se ancló en uno de los televisores, donde un importante canal de noticias tenía en primera plana una fotografía de Benjamin, inevitablemente se detuvo de golpe y el corazón se le instaló en la garganta.

—Dios, se han dado cuenta que ha escapado —murmuró con las ganas de vomitar ganándole la partida y las piernas empezaron a temblarle, se llevó la mano a la boca del estómago y tuvo que sostenerse a una silla de la sala de espera, porque no soportaría mantearse de pie por mucho tiempo sobre esos altísimos tacones—. Estamos perdidos —musitó buscando con la mirada a Benjamin, quien había desaparecido.

Volvió la mirada a la pantalla, pero esta vez a la fotografía de Benjamin la acompañaba un vídeo de un edificio en llamas, uno que ella conocía muy bien. Sus pupilas siguieron las líneas del enunciado, no podía escuchar las noticias, debido al anuncio constante de los llamados de vuelo y eso solo aumentaba su angustia.

Leyó rápidamente donde decía que una de las catorce víctimas en el fatídico incendio del ala norte del centro psiquiátrico, había sido el famoso actor Benjamin Sutherland y una vez más le recordaban a la nación porqué

estuvo recluido en ese lugar.

Los constantes subtítulos cambiaban, otros decían que la causa del incendio había sido un corto circuito, debido a las malas condiciones en las que se encontraban las instalaciones eléctricas en ese edificio.

—No fue un corto circuito, no lo fue —negó con la cabeza en varias oportunidades y los ojos se le inundaron de lágrimas.

En ese instante solo quería alejarse, huir de Benjamin, no podía seguir tan cegada y sirviendo de cómplice de un asesino, de un hombre sin escrúpulos.

—Señorita, ¿se siente bien? —le preguntó un hombre de unos setenta años, de muy baja estatura y el poco cabello que aún conservaba, en su mayoría eran canas.

—Sí, sí —asintió con contundencia y retrocedió un par de pasos, se giró y buscó algún anuncio de baños, necesitaba ponerse algo mucho más cómodo y huir cuanto antes del lugar. Le daba gracias al cielo que llevaba diez mil dólares en efectivo con ella, eso le alcanzaría para pagar un hotel por esa noche y al día siguiente regresar a Los Ángeles en el primer vuelo disponible.

Solo esperaba que Robert la perdonara, después de haberse despedido definitivamente de él a través de una carta.

Benjamin al verse descubierto había desaparecido y eso ella lo agradecía, así podría huir sin sentirse amenazada. Empezó su camino en busca de un baño, tratando de soportar los benditos tacones, mientras arrastraba su equipaje de mano.

Aligeró el paso al ver el señalador del baño, dobló a la derecha, adentrándose al pasillo que la llevaba a su momentáneo destino, pero no logró avanzar mucho, porque una mano la retuvo al sostenerla por el brazo, no pudo evitar que la mezcla de temor y rabia aumentara al ver que Benjamin le impedía avanzar.

—No me toques —siseó con la voz ronca, cargada de lágrimas y desprecio —, suéltame —haló, en un intento inútil por liberarse.

—Por favor Candice, tenemos que hablar —suplicó mirándola a los ojos, ya él no llevaba los lentes de lectura.

—Yo no quiero hablar, solo quiero regresar a mi casa... ya no quiero ir a ningún lado contigo.

—Por favor, hermosa —murmuró suplicante y en ese momento le echó un vistazo a una mujer que salía del baño.

—Ya no me llames así. Tenías todo planeado... no ha sido un accidente —

reprochó y las lágrimas se le desbordaron—. Esas personas eran inocentes, no tenías el derecho... eres un maldito asesino.

Benjamin no podía dar explicaciones en ese momento, no en ese lugar, porque no era el más adecuado para convencer a “su salvación”. Rápidamente abrió la puerta del baño familiar y aún en contra de su voluntad, la arrastró al interior y cerró la puerta, pasándole el seguro.

—No tengo nada que ver, ha sido un accidente.

—¡Mentira! —gritó.

—Sshhh —con sus manos hizo un ademán, pidiéndole que bajara la voz.

—Es mentira, ya todo esto lo tenías planeado, me habías dicho que no debía preocuparme por nada, por eso dejaste las correas en el lugar... eres un enfermo, un mentiroso, una bestia... —balbuceó en medio del llanto que la ahogaba.

—No me hagas esto Candice, no lo hagas, por favor —suplicó juntando sus manos a modo de ruego y con los ojos llenos de lágrimas—. Eres la única persona que me ha creído, yo no lo hice, no tuve nada que ver, tienes que creerme...

—No puedo —negaba con la cabeza y se limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano, mientras sorbía las demás—. Solo quiero regresar a mi casa, no quiero seguir contigo, no quiero... porque te amo, pero también te temo, ¿acaso no lo notas? Siempre que te acercas, solo pienso en que quieres hacerme daño y es que eso es lo que muchas veces me grita tu mirada, no soy tonta... me doy cuenta de que te controlas... es tu naturaleza y yo así no puedo seguir, no puedo... sé que si me voy ahora superaré este amor y seguiré adelante.

—Candice —sollozó y se acercó para abrazarla, pero ella retrocedió un paso—. ¿Y qué hago con lo que siento? ¿Qué hago si me dejas? Tú le has dado sentido a mi vida... me devolviste las ganas de vivir, de darle importancia a las cosas... si te vas y me dejas, ya nada tendría sentido y no me entregaría a la policía, solo terminaría de una vez por todas con este pedazo de mierda que soy —esta vez fue mucho más rápido que ella y le tomó las manos; no lo hizo con fuerza, Candice pudo haberse liberado, pero no lo hizo, solo se quedó anonada viendo cómo él se ponía de rodillas ante ella—. Juro por Dios que no tuve nada que ver, no tuve nada que ver... —se llevó las manos de ella a los labios y empezó a besarlas.

—Me cuesta creerlo, de verdad me cuesta —chilló mirando a los ojos

azules ahogados en lágrimas, ni siquiera sabía si Benjamin estaba usando el nombre de Dios en vano.

—No puedo hacer nada... no sé qué hacer para que me creas, solo tengo mi palabra... te he demostrado que no soy una mala persona... no lo soy.

—Entonces explícame lo que pasó con tu madre y esa pobre chica... explícame.

—No lo sé... recuerdo todo lo que pasó, lo recuerdo, pero no pude controlarme, algo que me dominaba... no sé cómo explicarlo y nadie me va a creer, porque la humanidad prefiere pensar que estoy loco a creer que algo sobrenatural pasó conmigo... son cosas que no puedo explicar... Candice, mírame —le pidió cuando ella le desvió la mirada—. Mírame, es algo que no logro comprender, por eso sé algunas cosas sobre ti y de otras personas, no sé cómo, solo sé, puedo saberlo cuando miro a los ojos, supe lo de tus verdaderos padres, lo que hicieron contigo cuando apenas eras una bebé, sé que Jeremy murió en un accidente aéreo, sé... sé que estás embarazada —en ese momento Candice se soltó del agarre y retrocedió un paso más, Benjamin más que convencerla de que no tenía nada que ver con el incendio en el centro psiquiátrico, la estaba asustando todavía más—. Esa ha sido tu mayor razón para aceptar venir conmigo... en cambio, yo tuve la oportunidad de irme, de alejarme... estuve a punto de hacerlo, porque no quería involucrarte en todo esto, porque no quiero que nada malo te pase, pero te amo, te amo y no puedo alejarme de ti... no puedo, porque quiero una familia contigo, quiero a ese pequeño ser que es de los dos —hipó en medio de lágrimas que le bañaban el rostro.

—Quiero irme, necesito hacerlo —dijo con la voz ronca por las lágrimas y aunque sabía que eso era lo más sensato, no podía evitar sentir que el corazón se le partía en mil pedazos.

Benjamin negó con la cabeza sin parar de llorar y seguía de rodillas. Candice no demostraba querer cambiar de parecer, entonces se dio por vencido.

—Está bien, puedes hacerlo... vete, yo seguiré con mi destino, no te sientas culpable por nada, solo quiero que cuides muy bien de nuestro hijo y que no le digas que su padre fue un asesino, por favor —pidió sorbiendo las lágrimas.

—No se lo diré —murmuró y retuvo las ganas de besarlo por última vez.

Candice salió del baño y dejó a Benjamin solo en el lugar, iba con el

corazón destrozado, pero con la firme convicción de salir de ese aeropuerto o averiguar si había algún vuelo disponible a esa hora para regresar a Los Ángeles, mientras no paraba de llorar y era el centro de muchas miradas cargadas de curiosidad.

Las luces en el baño estallaron, dejando en total oscuridad el lugar, Benjamin se levantó, al tiempo que se limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano y miraba a través del espejo los dos luceros brillantes que flotaban en el lugar.

—Podrías ser menos dramático, por eso nunca te dieron ningún papel realmente importante y maduro, porque sobreactúas y arruinas todo —la incitante y profunda voz de Iblis caló en los oídos de Benjamin.

—¿Qué mierda pasó? —preguntó con los dientes apretados—. Se suponía que la tonta no debía enterarse de lo sucedido en el puto centro psiquiátrico.

—La tecnología algunas veces me supera —dejó en evidencia un ligero tono de burla.

—No me vengas con mierda Iblis... la necesito, ¡ahora! —exigió dando un paso hacia la forma de hombre parado en la oscuridad, pero no pudo avanzar mucho más, porque los pies se le clavaron al piso—. ¡No la dejes ir!

—Yo decido lo que pasa con Candice... es mía, quiero que eso lo tengas muy claro, para ti solo es un medio de alcanzar tu estúpida salvación y tú solo sirves para acercarla a mí, soy quien decide cuándo y cómo vas a entregármela.

—Puedes hacerla tu zorra si te da la gana, después de todo, no es tan buena cogiendo —escupió con rabia y segundos después su cuerpo se estrellaba contra el espejo de cuerpo completo, haciéndolo añicos.

Benjamin jadeó ante el dolor y se quedó en posición fetal en el suelo, mientras inhalaba todo el oxígeno posible para llenar sus pulmones. Odiaba que Iblis lo usara como un maldito títere e hiciera con él lo que se le diera la gana.

—Solo sube a ese avión y no cuestiones mi manera de proceder —dijo poniéndole el pie descalzo sobre la cabeza, obligándolo a mantener el rostro contra el suelo.

Benjamin resopló enardecido, sintiendo que el odio y resentimiento en contra de ese ser, aumentaba sin medidas.

—No te sirve de nada Benjamin, porque no eres nada... solo eres un simple parásito que sigue con vida, porque así lo he decidido yo —esas

fueron las últimas palabras de Iblis, antes de desaparecer dejándolo en el suelo.

—Maldito hijo de puta —protestó al tiempo que se levantaba, sintiéndose totalmente adolorido.

Agarró su bolso y salió del baño familiar, se dirigió al de hombres, donde se cambió el traje por un pantalón caqui y una camiseta gris. Aún le quedaba tiempo. Precisaba calmarse un poco, por lo que se fue a un restaurante y pidió un whisky doble, necesitaba un poco de alcohol para dejar de sentirse tan imbécil, odiaba ser el puto juguete de Iblis.

En otro punto del aeropuerto, Candice se encaminaba al área de información e intentaba dejar de llorar, pero parecía que era imposible conseguirlo, iba totalmente ensimismada en su decisión de regresar a Los Ángeles, cuando alguien la tropezó, provocando que soltara el mango de su equipaje de mano y que éste cayera al suelo.

Eso la sacó de golpe de su estado de letargo y se volvió al mismo tiempo que lo hacía el hombre alto que se acuclillaba para recoger la pequeña maleta.

—Lo siento —dijo con voz sedosa entregándole el equipaje.

Candice se quedó totalmente paralizada, observando al hombre de tez blanca y cabello perfectamente rizado, que llevaba puesto unos jeans, camiseta blanca y chaqueta de cuero, del cuello le colgaban unos audífonos negros y se escuchaba ahogado el coro de un tema muy reconocido de los Rolling Stones.

**Pleased to meet you
Hope you guess my name, oh yeah
Ah, what's puzzling you
Is the nature of my game, oh yeah...**

Ella no conseguía ni siquiera parpadear, estaba totalmente atrapada en esos ojos grises casi blancos, el hombre le sonrió y era perfecto, era hermosamente perfecto, tanto que extrañamente y contradiciendo su propia esencia, sentía atracción hacia ese hombre de labios voluptuosamente masculinos y nariz recta.

—Aquí tienes.

Candice no conseguía moverse y él le tomó la mano para que agarrara la maleta.

Ella bajó la mirada al toque frío y suave, percatándose de que la mano era de dedos largos y uñas cuidadas. Sostuvo su maleta y volvió a mirarlo al rostro, sus ojos una vez más concentraban al universo, entonces lo reconoció, lo recordó. Había sido el mismo que la había salvado de las garras de Rickfort.

Él retrocedió un paso, mostrándose sonriente, mirándola con cierta devoción, mientras un grupo de personas pasaba por su lado.

—Espera... espera —lo llamó Candice, pero él se mezcló entre las personas. Ella lo buscó con la mirada por varios minutos, pero fue en vano, porque había desaparecido.

No sabía quién era ese hombre, mentalmente se dijo que tal vez sería su ángel de la guarda, pero le costaba creer en esas cosas a las que de niña se apegaba para no sentir miedo por las noches.

Benjamin permaneció dos horas en el restaurante, alargó por todo ese tiempo un par de tragos más, hasta que anunciaban el último llamado de su vuelo. Pagó la cuenta, agarró su equipaje de mano y se fue a la puerta de embarque. Al subir al avión, no pudo evitar que la mirada se le iluminara al ver a “su salvación” sentada al lado del puesto que le correspondía, como habían acordado al momento de comprar los boletos.

Hasta se había cambiado, llevaba puesto un vestido largo de tela ligera, con estampados florales y finos tiros, que dejaban al descubierto sus hermosos hombros salpicados por pecas.

—No sé qué hago aquí, no sé por qué no puedo dejarte... tal vez me he vuelto completamente loca —murmuró sin atreverse a mirarlo, prefería observar el oscuro paisaje a través de la ventanilla—. Realmente espero que hayas sido sincero y que lo que pasó en el centro psiquiátrico solo haya sido un accidente.

—Juro que no tuve nada que ver... Hermosa, Candice, no tuve nada que ver —mintió con total descaro, tanto que él mismo empezaba a creer que ciertamente no tenía nada que ver, que Iblis no había convertido en cenizas el lugar, para evitar que las autoridades se dieran cuenta de que había huido.

Candice no volvió a hablar, porque no quería seguir llorando como una tonta delante de todo el mundo, se limitó solo a mirar a través de la ventanilla y a sumergirse en sus recuerdos, mientras el avión abandonaba tierra.

Todavía le quedaban muchas horas de vuelo, buscó en su teléfono móvil la aplicación para leer un poco la biblia, pensando que tal vez eso le ayudaría a

encontrar un poco de paz, trató de ponerse más cómoda y se acostó dándole la espalda a Benjamin.

Despertó con los oídos adoloridos y tapados, no supo en qué momento terminó completamente dormida, ni mucho menos fue consciente del instante en que Benjamin se le había acostado al lado y abrazado a ella, prácticamente impidiéndole hasta respirar, porque el asiento era muy pequeño para los dos. Podía sentir la respiración acoplada de él en su cuello y temió que la peluca se le hubiese movido, por lo que con mucho cuidado se llevó una mano y se tanteó la cabeza.

Se sentía avergonzada ante la situación tan íntima y comprometida en la que estaba con Benjamin, pero también se sentía segura y muy en el fondo feliz, porque era la primera vez que dormían abrazados.

Con mucho cuidado, pero también con mucho esfuerzo, se giró para quedar frente a Benjamin, estaba profundamente dormido y en la penumbra del avión, lucía adorablemente hermoso. Buscaba un poco de maldad en esas facciones relajadas por el sueño, un poco de inescrupulosa ambición, pero no había más que un hombre perfecto, un hombre que le había robado el corazón.

Revivió el momento en que lo vio llorar en el baño y le juró que no había tenido nada que ver con el incendio en el centro psiquiátrico, en ese instante estaba realmente consternada y no pudo creerle, lo había herido al llamarlo bestia, lo había humillado y empezaba a sentirse horrible por haber actuado impulsivamente.

Se acercó y le dio un beso en la frente, uno cargado de ternura y se abrazó a él, brindándole todo su calor y amor.

CAPÍTULO 41

Después de tantas horas de vuelo, por fin llegaron a su destino, Candice bajó de la avioneta ayudada por Benjamin, con una sonrisa imborrable y el corazón latiéndole enardecido ante la felicidad. Le encantaba el lugar y lo que había visto desde el cielo mientras sobrevolaban la isla, le daba la certeza de que ese era su paraíso e iba a compartirlo con el hombre que amaba.

Los esperaba un jeep blanco que los llevaría hasta un resort en el que por el momento, tenían quince días reservados.

Iba atenta al camino y disfrutaba de lo que para ella eran las vacaciones anheladas que nunca antes había tenido.

—Bienvenidos a Savai'i —leyó en voz alta el anuncio de madera con letras pintadas en blanco y con algunos símbolos que no tenía la más remota idea de lo que significaban.

—¿Te gusta? —preguntó Benjamin, dejándole caer un par de besos en el cuello.

—Me encanta, la playa es hermosa —aseguró mirando a su lado derecho, donde kilómetros de mansas aguas cristalinas y arena blanca servían de paisaje.

—Tendremos todo esto para nosotros —dijo Benjamin entrelazando sus dedos con los de ella.

—Gracias por elegir este lugar, es perfecto... ¿Podemos quedarnos a vivir aquí? —preguntó con entusiasmo.

—Si así lo quieres, este será nuestro nuevo hogar —sonrió y también desvió la mirada hacia la playa.

Candice empezó a parlotear, entusiasmada con cada cosa que veía y

Benjamin trataba de estar de acuerdo en todo, hasta en las cosas a las que verdaderamente él no le hubiese dado ningún tipo de relevancia, pero debía ganarse nuevamente la confianza de “su salvación”.

Cuando llegaron al resort ya el sol empezaba a ocultarse, dejando una impresionante estela naranjada en el horizonte y por primera vez, Candice disfrutaba de un atardecer tan hermoso y místico.

En la recepción del lugar, predominaba el aroma a inciensos y arreglos florales, cada uno de diferentes tamaños y especies.

El equipaje fue llevado a la cabaña que le había sido asignada a la orilla de la playa y aunque Benjamin estaba realmente cansado, al ver a Candice tan entusiasmada, no se negó al tour por las instalaciones.

La joven mujer de piel color canela, cabello oscuro y liso que le llegaba a la cintura, labios finos y nariz negroide, muy común en los lugareños de raza cobriza, les enseñaba con gran dedicación cada rincón, desde restaurantes, spa, piscinas, áreas de recreación y distracción nocturna, ésta última estaba siendo preparada para la función de esa noche.

—Me encantaría venir alguna noche... supongo que deben ser muy parecidas a las hawaianas —comentó en voz baja, desde niña siempre había soñado con viajar a Hawái, pero sus padres no habían tenido la oportunidad de costear un viaje para toda la familia, así que le había tocado conformarse con ver sus sueños solo en películas.

—Pero por ahora vamos a descansar y esta noche quiero que solo sea para nosotros —dijo con pillería y Candice se sonrojó al ver que la guía les dedicaba una sonrisa.

De regreso a la recepción, les entregaron las llaves y le dieron un folleto con los horarios alimenticios y de entretenimiento que brindaba del resort.

Les explicaron que habían dos maneras de llegar la cabaña que le habían asignado, una era por un camino de piedras, enmarcado con fuentes y hermosa vegetación o por la orilla de la playa.

Se decidieron por la primera porque era el más rápido. Iban tomados de la mano y era como si poco a poco se adentraran a un sueño, a un verdadero paraíso iluminado tenuemente por antorchas y el sonido de la playa llegaba hasta ellos, asimismo sentían cómo la brisa se estrellaba piadosamente contra sus pieles.

La cabaña tenía forma hexagonal, contaba con dos puertas de cristal a cada extremo y cuatro ventanas de media pared, toda transparencia, la que era

disimulada por suaves cortinas blancas.

—Es perfecta, realmente es hermosa —comentó Candice paseándose por el lugar—. ¡Tenemos jacuzzi! —dijo emocionada al abrir la puerta que daba a una pequeña terraza con pisos de madera.

—Seguro que vamos a disfrutarlo —prometió Benjamin, quitándose la camiseta; estaba ansioso por darse un baño, pero no en el jacuzzi, quería algo rápido que alivianara el cansancio, por lo que se encaminó hasta el baño—. ¿No vienes? —preguntó asomando medio cuerpo.

—No, es mejor que te bañes, yo me encargaré de desempacar.

—Eso podrías dejarlo para después —alzó ambas cejas, evidenciando lo que anhelaba.

—Sé que estás agotado, es mejor que primero descansemos —se acuclilló y abrió una de las maletas de donde empezó a sacar ropa y a guardarla en los armarios.

—Como prefieras... —Benjamin solo intentaba mantenerla cerca, estaba atravesando su prueba de fuego, tenía la libertad para saciar las irascibles ganas de asesinarla, pero no podía hacerlo, porque no ganaría nada más que el efímero placer de ver cómo se apagaba esa vida entre sus manos y después sencillamente estaría perdido.

Se metió bajo la regadera y cerró los ojos, disfrutando de la frescura del agua, había pasado tanto tiempo en una situación tan precaria que aún le costaba creer que por fin era libre y que estaba gozando de los mayores placeres de la vida, aunque seguían latiendo desesperadamente en él esas ganas de que algo verdaderamente le faltaba y sabía que solo podría recuperarlo cuando finalizara su trato con Iblis.

Después de mucho tiempo bajo el agua, cerró la regadera, agarró una toalla con la cual se secó y después se enrolló alrededor de las caderas.

—Es tu turno —sorprendió a Candice mirando el teléfono y no tenía que recurrir a ningún poder para saber que ella se moría por llamar a su familia—. Si quieres puedes comunicarte con ellos, no eres mi prisionera.

—No —dijo con la voz ronca por retener las lágrimas—. No tardarían mucho en saber que les he mentado y que no me encuentro en Australia como les hice creer, eso definitivamente empeoraría las cosas.

—Podrías intentar con una videollamada, para eso tenemos la portátil.

—Lo pensaré, ahora voy a bañarme —comentó y se giró para ir al baño.

Benjamin se alzó de hombros y caminó hacia el armario, donde Candice

había organizado toda la ropa, dividiendo la de ella al lado derecho y la de él al izquierdo, todas por colores.

—Temo tanto orden —masculló y abrió una gaveta, de donde sacó un slip blanco y un short en el mismo color, lanzó las prendas a la cama. No pudo evitar sonreír al ver sobre la mesa de noche una cajetilla de cigarros y un encendedor, junto a una nota que decía:

Puedes usar la terraza. A mí no me molesta que fumes, pero recuerda que le hace daño a nuestro bebé.

Realmente estaba que se moría por saborear la nicotina, por lo que sin cambiarse, solo con la toalla abrazada a sus caderas, agarró la cajetilla, el encendedor y salió a la terraza, donde la brisa marina, el olor a sal y el sonido de la playa, le recordaban que ya no estaba entre cuatro paredes.

Encendió un cigarrillo y se dio el placer de fumarlo muy lentamente, mientras observaba la noche y a lo lejos se escuchaban los tambores de la función que estaban ofreciendo en el hotel.

Exhaló lentamente el humo de la última calada y apagó la colilla con los dedos, como otras tantas veces había hecho y la lanzó a la papelería. Justo en el momento en que entró, Candice salía del baño, envuelta en un albornoz de paño en color rosa claro y con las manos se agitaba la abundante cabellera rubia.

—Gracias a Dios logré deshacerme de la peluca —dijo masajeándose el cuero cabelludo con los dedos, cerrando los ojos ante el placer que eso le provocaba.

Benjamin sintió un extraño escalofrío envolverlo y sus pupilas se abrieron sedientas al ver a Candice de esa manera, la excitación se despertó de golpe y suponía que esa noche estaría totalmente indispuerto para cualquier encuentro sexual; no obstante, no se reprimiría en satisfacer esa urgente necesidad, por lo que con clara decisión avanzó hacia ella.

Candice percibió el ardiente deseo en Benjamin y aunque estaba agotada, no contaba con la voluntad para negarse y lo recibió con los brazos abiertos.

Benjamin la cargó en vilo y sin ningún cuidado se lanzaron a la cama, donde los cuerpos rebotaron y se estrellaron, creando un choque de intensidades desconocidas. Sin decir una sola palabra él se ahogó en la boca femenina y Candice lo recibió gustosa.

Ella correspondía a ese beso tan intenso, uno más apasionado y que era distinto a todos los anteriores, porque no sabía a canela, era dulce, era mucho más dulce y la saliva era más espesa y adictiva.

Mientras las ávidas manos masculinas escalaban por sus muslos, apretándolos en cada caricia, ella se retorció bajo el peso del cuerpo caliente de Benjamin.

Por primera vez y sin decir nada, sin ella misma lograr reconocerse, tomó la iniciativa y en un rápido movimiento provocó que ambos rodaran en la cama, posicionándose ahorrajadas encima de él.

Benjamin la miraba sorprendido, pero con una sonrisa cargada de cinismo.

Candice prácticamente se arrancó la bata de baño, exponiéndose desnuda para él y su pelvis se movía rítmicamente, con el único propósito de que la erección alcanzara el punto más alto, apenas se levantó un poco y le dio un tirón a la toalla que estaba enrollada en las caderas de Benjamin, sacándola de juego y lanzándola a algún punto de la habitación, dejándolo completamente sorprendido ante la fuerza con la que dominaba la situación.

Una parte muy débil en Benjamin protestaba, algo no estaba bien, no con Candice y no con él, era como si estuviese dividido, porque no podía negar que estaba gozando ese momento, pero sentía que no era completamente suyo, que algo o alguien más estaba teniendo participación y era el causante de la arrebatada actitud de Candice, por la que estaba sintiendo celos.

Ella se aferró a las manos de él, entrelazando sus dedos se las fijó a la cama y seguía comiéndosele la boca, le mordisqueaba los labios, mientras seguía danzando sobre él.

Después de una larga sesión de besos apasionados, le llevó la mano al cuello y lo mantuvo inmóvil, mientras que con la otra se le aferraba a la erección y la guiaba a su húmeda y caliente entrada.

Todo era locura, descontrol, vértigo, ella se deshacía en jadeos y exigía como nunca antes, imprimía fuerza y rapidez, le halaba los cabellos y él apenas sí podía llevarle el ritmo, pero en un segundo todo cambió, ella se volvió mansa como una gata y los papeles se invirtieron, ahora quien llevaba las riendas del momento era él, pero ella disponía cómo lo quería, bajó de su cuerpo y por primera vez ella se apoyaba sobre sus rodillas y manos, poniéndose en cuatro y Benjamin de un certero asalto le arrancó un grito de placer, sus embestidas eran rápidas y contundentes, Candice las disfrutaba y la cama era testigo de la lucha de cuerpos sudados en medio del frenesí

sexual. Las luces se apagaron y solo se colaba la luz de la luna, a través de la puerta abierta de la terraza.

Los gruñidos de Benjamin eran como los de un animal en celo, fuertes y roncós, Candice se movía en busca de más y de la manera más descarada así se lo pedía.

“Dame más, más” “No te detengas” “Sí” “Así, sí”

Repetía jadeante, sin importarle si sus gritos llegaban a las otras cabañas, estaban disfrutando al máximo de ese momento.

Benjamin la sujetó con fuerza desmedida por los cabellos y ella no se quejó, soportó estoicamente ese arrebato.

El tiempo para ellos no tenía sentido, estaban teniendo sexo salvaje sin parar, Candice se dejó vencer y cayó en la cama, pero él la tomó por las piernas y la hizo girar, poniéndola de frente a él, para ubicarse una vez más en medio de esas piernas abiertas de par en par y la sonrisa de ella cargada de satisfacción y descaro, desconcertaba a esa pequeña parte en él que protestaba, pero que no tenía ningún poder.

Candice no tenía descanso y no quería tenerlo, se aferraba con uñas, dientes y piernas a ese cuerpo tan fuerte, tan duro... Benjamin le estaba haciendo el amor de una forma que la llevaba a los límites de la locura.

Le extrañaba que no le hablara, solo jadeaba y gruñía complacido, desbocado sobre su cuerpo, donde el tiempo seguía pasando y la eyaculación no llegaba, mucho menos desfallecía la erección.

Había perdido la cuenta de las veces en que había alcanzado la gloria y la garganta ya no aguantaba tantos jadeos agolpándose.

Esa débil parte en Benjamin estaba agotada, pero sencillamente no podía parar porque no era quien llevaba el control en ese momento.

Así estuvieron durante toda la noche, tuvieron sexo por más de ocho horas sin descanso, en todas las posiciones que los cuerpos le permitieron, no hubo intermedio, ni pérdida de erección, mucho menos hastío por parte de Candice, algo más los llevaba a ese punto de entregarse de forma casi sobrenatural, se quedaron dormidos justo antes de que el sol despuntara, completamente exhaustos.

Se perdieron la hora del desayuno y la del almuerzo. Cuando Benjamin despertó lo hizo sintiéndose molesto y Candice aún seguía totalmente rendida.

Salió de la cama estando completamente desnudo y se fue al baño, donde

se dio una ducha rápida, al terminar prefirió salir y alejarse lo más posible de Candice, porque estaba verdaderamente molesto con ella, por la manera en que había correspondido en el sexo la noche anterior, nunca antes lo había hecho con él con tanto entusiasmo ni con tanta entrega.

Decidió caminar por la orilla de la playa mientras se fumaba un cigarro, alejándose lo más posible y el aroma a mirra invadió sus fosas nasales.

—Hijo de puta... no te di permiso, no de esa manera —siseó al hombre que poco a poco se materializaba a su lado.

Iblis se acopló al paso de Benjamin, iba vestido con un pantalón de lino blanco y una camisa manga corta del mismo color, iba descalzo como siempre y aunque la brisa era constante, no movía ni uno solo de sus rizos.

—Lo siento amigo mío, me ganó la curiosidad y solo quería saber si realmente era tan mala fornicando —confesó con un evidente tono de burla.

Benjamin solo tensó la mandíbula, anhelando en ese momento ser más que un simple humano, tener algún poder para lastimar a Iblis, para sacarse de encima esa ira que lo estaba consumiendo, porque el muy maldito había llevado a Candice a los extremos y bien sabía que ni las diez putas más putas del mundo contarían con la habilidad y resistencia con la que rindió la noche anterior “su salvación”.

Estaba seguro de que no era más que un castigo, Iblis sabía cómo castigarlo para que sufriera sin necesidad de agredirlo físicamente.

—No quiero que vuelvas a hacerlo —pidió con los dientes apretados.

—Eso no puedo asegurarlo, “tu salvación” se acopla muy bien a mis necesidades.

—La tendrás por toda la eternidad, ahora no me jodas a mí... —comentó e Iblis una vez más desapareció, Benjamin miró a todos lados y no estaba, solo vio a una pareja de ancianos acercarse, tomados de las manos, quienes seguramente eran huéspedes del resort.

Candice despertó sintiéndose agotada y algo adolorida, sobre todo en sus partes íntimas. Sabía que había hecho el amor con Benjamin, pero una gran nube blanca vetaba sus recuerdos.

Caminó hasta el baño y Benjamin no estaba, antes de llamarlo prefirió ducharse y bajo la regadera intentó en vano revivir lo experimentado la noche anterior, el dolor en su cuerpo le dejaba claro que había sido intenso, pero nada más, porque nada llegaba a su mente y eso solo la llenaba de impotencia.

—Seguramente terminé dormida, estaba tan cansada... —se explicó, mientras seguía forzando su memoria.

Benjamin llegó y no tuvo el valor para reclamarle nada a Candice, sentía el orgullo masculino lo suficientemente herido como para pedirle explicaciones y revivir nuevamente la tortura de saber que Iblis había irrumpido en la relación que hasta el momento solo habían compartido “su salvación” y él.

Ella al parecer también tenía resaca moral, porque en ningún momento hizo comentario alguno sobre lo sucedido la noche anterior, ni acerca de su comportamiento tan atrevido e intenso.

Decidieron ir al restaurante y cenar en compañía de más personas, mientras disfrutaban de una presentación de Danza Hula.

CAPÍTULO 42

Habían pasado ocho días inolvidables, disfrutando de todas las atracciones que tenía la isla para los turistas. Habían recorrido maravillosos lugares a los que los llevaban los guías, desde las playas mansas hasta los temerosos rompeolas de piedras volcánicas con sus peligrosos géiseres, a los que no debían acercarse, porque ya se habían tragado a más de un turista y de los que lamentablemente ni siquiera habían podido recuperar los cuerpos, también habían visitado las atrayentes cascadas, con su enigmática belleza rodeada por la selva. En cada rincón del lugar se podía respirar tranquilidad y sobre todo eran, tratados con gran hospitalidad por los habitantes de Savai'i, quienes en su mayoría eran personas humildes.

Al noveno día, Benjamin y Candice desistieron de los guías, necesitaban ese día para ellos, porque el tiempo estaba pasando y no habían conseguido el lugar adecuado para radicarse.

A Benjamin realmente nada de lo que veía le gustaba, porque nada estaba más allá de unas simples vacaciones, vivir en ese deprimente lugar, sin ningún tipo de distracciones, más allá de las naturales y algunas presentaciones de Hula, no estaba en sus planes a largo plazo. Solo quería que el tiempo pasara rápido, para poder largarse a cualquier lugar donde primaran las excentricidades a las que estaba acostumbrado.

Caminaron por mucho tiempo, llegaron al centro de la pequeña ciudad y preguntaron sobre algunos lugares en venta, nadie sabía darle respuesta y la idea de vivir en ese lugar se esfumaba poco a poco, hasta que un niño les dijo que conocía un lugar, que no estaba en venta, pero que tal vez la señora Sailele podría venderlo, porque estaba abandonado.

La mirada verde de Candice se iluminó y miró Benjamin, quien estaba algo sonrojado por el sol y al que ya se le empezaba a notar en las raíces del pelo su color natural; asimismo, la peluca de ella estaba algo deteriorada.

—¿Qué tan lejos está el lugar? —preguntó Benjamin, solo por complacer a Candice.

—No mucho, como a unos diez minutos caminando, es cerca de la cascada Afu Aau —explicó el niño señalando hacia el norte.

—Vamos —se entusiasmó Candice, tomándole la mano a Benjamin.

—La casa es pequeña y hay que hacerle unos arreglos, pero seguro que entre todos le ayudaremos, mi papá podría ayudar con las conexiones de agua y electricidad, solo hay que solicitar un permiso en la municipalidad —el niño ya daba por hecho que los gringos se quedarían a vivir en Savai'i—, y se los entregan en un par de días.

El pequeño de unos once años caminaba con gran energía, mientras Candice y Benjamin luchaban por seguirle el paso. Se habían alejado lo suficiente y ella decidió que era momento de quitarse la peluca, porque no iba a pasar el resto de su vida con esa cosa puesta y si iban a comprar la casa, lo mejor era mostrarse tal y como era, inevitablemente se ganó una mirada de desaprobación de Benjamin.

—Disculpa —habló Candice ganándose la atención del niño, quien la miró impresionado al ver que ya no era pelinegra y que tenía una hermosa y abundante cabellera rubia—, ¿cómo te llamas? —preguntó con una sonrisa tierna.

—Aloiki, como el guerrero —mostró orgullo con una gran sonrisa.

Benjamin no tenía la más remota idea de a qué guerrero se refería el niño, pero se obligó a sonreír para parecer amable.

—Es muy bonito nombre, Aloiki... ¿Ves esto? —Le preguntó mostrándole la peluca y el niño asintió en silencio—. Es una peluca y algunas veces debo usarla, porque soy actriz y tengo que acostumbrarme a ella, pero ahora hace mucho calor —miró a Benjamin y le guiñó un ojo y él continuó con la sonrisa, sintiéndose maravillado con la astucia que había ganado “su salvación”.

—Cuando sea grande quiero ser actor, me iré a Hollywood... Mi mamá me dice que seré como Jason Momoa el Aquaman, ¿sabes quién es? Es el mismo que hizo de Khal Drogo... —El niño hablaba sin parar y Candice solo sonreía.

—Sí, me gustaba mucho Khal —sonrió.

—¿Lo conoces? —preguntó elevando la mirada marrón para mirar a Candice.

—No.

—¿Y trabajas en Hollywood? —curioseó con gran alegría.

—No, solo trabajo en teatro —mintió y no podía evitar sentirse mal por tener que mentirle al niño.

Benjamin se mantenía en silencio, aunque le gustaría intervenir y decir que había visto un par de veces al actor, no se atrevía a exponerse delante de nadie, ni siquiera de un niño.

—Creo que Hollywood es mejor.

—Es lo que todos ambicionan, pero estoy segura de que si te esfuerzas, llegarás.

Continuaron hablando hasta que el niño señaló una casa de tablas, pintadas de blanco, a unos cuantos metros de donde estaban.

—Esa es la casa de la señora Sailele, detrás por ese camino, está la que era la casa de su mamá —les mostró un camino de tierra, enmarcado por algunas plantas florales.

Candice sonrió, admirando el lugar, le gustaba porque era bastante fresco, tenía árboles que brindaban sombras, podía escuchar el agua cayendo que provenía de la cascada, además del gran colorido que le ofrecían las flores. Le gustaba, realmente le gustaba mucho.

El niño abrió el pequeño portón de madera, como si se tratara de su propia casa.

—¡Señora Sailele! Aquí le traigo a unos invitados —dijo a viva voz y una mujer de piel canela, pasada de kilos y cabellos trenzados, apareció en el umbral de la modesta casa, limpiándose las manos en un curtido delantal.

—Buenas tardes, bienvenidos —los recibió con una afable sonrisa—. ¿Cómo estás Aloiki? —saludó frotándole los cabellos.

—Muy bien, estaba cerca del mercado y me encontré con estos señores, se quieren quedar a vivir aquí, pero no encuentran una casa... —hablaba entusiasmado.

—Así es señora... —intervino Benjamin—. Mi nombre es Ralph Dankworth y ella es mi esposa Virginia, queremos quedarnos aquí por una temporada, al menos mientras nace nuestro hijo —le llevó la mano al vientre a Candice, en un gesto totalmente cariñoso y ella no pudo evitar sonreír,

sintiéndose gratamente sorprendida ante la reacción de Benjamin y de que la presentara como su esposa—. Y Aloiki, nos comentó que usted tiene una casa abandonada y que tal vez nos podría vender o rentar.

—La casa no está en venta, era donde vivía mi madre.

—Por favor —se adelantó Candice, suplicándole con la mirada, porque definitivamente se había enamorado del lugar.

—Podría rentárselas, pero lleva mucho tiempo abandonada y realmente necesita de muchas reparaciones.

—Podríamos arreglarla... ya Aloiki nos dijo que su papá nos podría ayudar, también contrataríamos a más personas, si es necesario —acotó Benjamin.

—En ese caso, no me opondría... ¿Quieren verla? —preguntó mirándolos a ambos.

Candice asintió enérgicamente y una gran sonrisa iluminaba su mirada verde.

—Sí, claro. Podemos verla en este instante —dijo casi sin respirar y Benjamin solo asintió en silencio.

—Entonces, síganme —pidió la mujer y atravesó el jardín que era bastante extenso, para salir por otro portón de madera que quedaba al final de la propiedad—. La casa de mamá tiene entrada independiente que da hacia la otra calle, desde allí era bastante largo el trayecto, por eso creamos esta unión, si no están de acuerdo podremos eliminarla.

—No lo creo necesario, tal vez necesitemos tomar este camino más corto.

—No tengo ningún inconveniente en que salgan por mi patio —confesó mientras seguía andando.

Candice y Benjamin divisaron la pequeña casa de madera y desde afuera se notaba bastante deteriorada, no querían imaginarse en qué condiciones se encontraba por dentro.

Candice le veía el lado positivo a las cosas y ya se imaginaba jugando con su hijo en las plantas, tenía mucho espacio para correr.

La casa ni siquiera tenía algo que asegurara la puerta, simplemente pasó un cerrojo que chirriaba con cada movimiento y al abrir la puerta, al menos una docena de murciélagos salió volando. Candice gritó ante la desagradable sorpresa.

—Creo que tendremos que cambiar el techo y el piso —dijo Benjamin, temiendo que la madera podrida se rompiera y les hiciera algún daño—. Tal

vez también haya que cambiar algunas tablas de las paredes y reforzarlas, se llevará tiempo, pero quedará muy bien —estaba seguro de que eso nunca dejaría de ser más que un nido de ratas, pero se sacrificaría, porque estaba bastante alejado de la civilización y contaba con mucho terreno, donde fácilmente podría enterrar el cuerpo de Candice y del renacuajo, después sencillamente se largaría y dispondría del dinero que había asegurado en su cuenta en Suiza, no pretendía gastar tanto en una causa perdida.

—Solo tiene dos habitaciones —explicó la mujer, mostrando los dos pequeños cuartos.

—Podríamos agrandar un poco esto, hacer un solo cuarto con estos dos, sería el principal y haríamos otro para el bebé —dijo Candice risueña—. Podríamos hacer grandes ventanales para que entre más claridad y hacer un porche.

—Si pretenden hacer todas esas reparaciones, las tomaré en cuenta y solo podrán pagarme la mitad de lo que vale el arriendo.

—Gracias, es usted muy amable —Candice le ofreció sus manos para estrechar las de la señora, quien también le regaló una sonrisa.

—Necesitaríamos de varias personas para empezar cuanto antes.

—Mi esposo está sin trabajo, él podría ayudar, es muy buen carpintero y seguro conoce a más personas que podrían ayudar.

—Entonces mañana mismo podremos empezar a tramitar toda la documentación de arriendo.

—Eso no es necesario, aquí aún hacemos tratos de palabra —dijo la mujer, confiando en las personas a las que le arrendaría la casa que por tantos años fue de su madre y que solo la llenaba de nostalgia y tristes recuerdos—. Si quiere mañana mismo pueden empezar con las reparaciones y en cuanto ustedes consideren que esté listo, pueden mudarse.

—Muchas gracias —Benjamin seguía mirando la estructura de esa casa que estaba a punto de caérsele encima.

—Les dije que les encontraría una casa —dijo el niño que llegaba corriendo, porque se había quedado jugando con uno de los patos que tenía la señora Sailele.

—Ahora seremos vecinos Aloiki —se emocionó Candice.

—¿Habría alguna posibilidad de servicio de internet? —preguntó Benjamin.

—Solo pedir una línea telefónica. Debo ser sincera e informarles que se

tarda algunos meses, ese proceso aquí es algo lento pero sí, lo tendrán — aseguró la señora Sailele—. Esa es la salida que da a la calle —indicó la salida que estaba cubierta por hierba y maleza a unos doscientos metros.

—Está casi en medio de la nada, pero es perfecta. Imagino todos los días despertando con el canto de los pájaros —suspiró Candice, aferrándose a la cintura de Benjamin.

Y él plegó los labios en una sonrisa realmente fingida.

—Mañana estaremos aquí a primera hora para empezar con las reparaciones —comentó—. Espero que no cambie de parecer, ya quiero que nuestro bebé nazca en este hermoso lugar —trató de mostrarse entusiasmado.

—Prometo que no cambiaré de parecer, el trabajo que le darán a mi esposo es realmente bienvenido, porque ahora solo está trabajando de pescador y no es mucho lo que eso nos ayuda.

—Me alegra saber que mutuamente nos estemos ayudando —Benjamin le tendió la mano a la mujer—. Ha sido un verdadero placer señora Sailele.

—Igualmente señor Dankworth, Savai'i los recibe con los brazos abiertos —correspondió al saludo.

Después de eso, regresaron a la casa de la mujer, donde se despidieron. Candice y Benjamin regresaron al resort, mientras conversaban de todo lo que harían en su nuevo hogar, él solo mostraba interés para ganarse la confianza de ella, pero realmente por su propia cuenta, no le gustaba en lo absoluto estar por tanto tiempo en esa insípida isla.

CAPÍTULO 43

Siete hombres samoanos llevaban cinco días trabajando por más de doce horas, casi sin descanso, para poder tener listo en el menor tiempo posible la casa de los sueños de los esposos Dankworth, atendiendo las exigencias del señor Ralph.

Habían logrado cambiar drásticamente la estructura de la que había sido la deteriorada casa de una humilde anciana, por la mejor estructura de la localidad y que podía compararse con los lujosos resort que solo eran aptos para los turistas.

Reemplazaron el techo por uno totalmente nuevo, elevándolo un metro, con vigas de madera, reforzando la estructura al crear un triángulo de tablones barnizados por dentro y por fuera un revestimiento de la misma estructura, le sugirieron palmas, pero el señor Dankworth no quiso, alegando que eso solo servía como guarida de animales y no quería poner en riesgo la vida de su esposa, ni la de su futuro hijo.

El espacio que habían elevado, lo cubrieron con cristal templado para que el hogar contara con suficiente iluminación natural, las que antes habían sido paredes de finas tablas, fueron fortificadas con tablones pulidos, por dentro los cubrieron con placas de yeso, con las mismas que hicieron algunas divisiones. Los pisos los prefirió en parqué, creando algunos desniveles que le daban más sobriedad al espacio.

Las ventanas, que eran dos paneles de madera, dejaron de existir para abrir boquetes más grandes y hacer ventanales de cristal. Se le habían hecho todas las instalaciones de electricidad y agua.

Aunque tres de esos hombres no tenían la más remota idea de las excéntricas exigencias del señor Ralph, los otros sí, porque ya habían trabajado en las construcciones de los hoteles en el área turística y le servían de maestros a los que tan solo podían con cosas básicas.

—Aún faltan muchas cosas —dijo Benjamin con las manos en las caderas y mirando el casi resultado de lo que sería su casa, por al menos seis meses.

Debía admitir que el cambio que había dado la casa había sido del cielo a la tierra y que le agradaba mucho todo el empeño que le había puesto para que así fuese.

Ese día ya habían terminado, casi anochecía y los hombres debían regresar a sus hogares y ellos al resort.

—Podríamos quedarnos esta noche aquí y pasar de ser solo mirones y mandones a servir de verdadera ayuda, tal vez adelantar en algo —propuso Candice con optimismo.

—Estoy cansado —bufó rechazando la idea—. Ni siquiera han instalado el aire acondicionado y no tenemos cama, te recuerdo que todo eso llega mañana y no hay nada que podamos hacer.

—Yo creo que sí, ya nuestra habitación está lista, podríamos pintarla.

—Eso le haría daño al bebé, no me gusta que te expongas a olores fuertes —le recordó mirándola de soslayo.

Candice sonrió, aunque internamente empezaba a sentir celos de su propio bebé, por todas las atenciones de Benjamin, prácticamente no le permitía hacer nada porque temía que le afectara al bebé.

Lo que Candice no sabía era que Benjamin solo cuidaba el boleto con el que recuperaría su anhelada alma.

Candice aprovechó que Benjamin despedía a los hombres, los que no podían ocultar el agotamiento en sus facciones, para ir hasta donde estaban las pinturas y todos los implementos necesarios para revestir las paredes de los colores que ya habían elegido y que en su totalidad eran claros.

Benjamin giró sobre sus talones para pedirle a “su salvación” que empezara a cerrar las ventanas y puertas para pudieran marcharse, pero solo la vio aparecer cargando un pote de pintura, rodillo y con un tapaboca puesto.

—Es baja en olor y en las indicaciones dice que no afecta a mujeres embarazadas —dijo con la voz ahogada por el tapaboca—. Y para asegurarnos que no me afecte, me dejaré esta cosa.

—Candice, eso se lo dejamos a los trabajadores, para eso le estamos

pagando y realmente estoy cansado —no era cierto, pero jamás haría un trabajo que no era para él.

—Ben, ¿puedes dejar de ser tan holgazán? —Se acercó hasta él y puso el pote de pintura en el suelo, justo al lado de los pies de Benjamin—. Anda, hasta puede ser divertido, en el resort solo vamos a dormir y verdaderamente no tengo sueño.

—No tenemos dónde dormir.

—Eso déjame a mí, ve colocando el plástico sobre el piso de la habitación —se bajó el tapaboca y pasó al lado de él—. Regreso en unos minutos.

—¿A dónde vas? —se giró para ver a Candice saliendo de la casa.

—No iré muy lejos, solo voy a molestar a nuestra vecina.

—Ten cuidado —pidió dándose por vencido, secretamente le exasperaba lo necia que era “su salvación”, pero se recordaba por lo mínimo cien veces al día, que debía tener paciencia.

Benjamin suspiró armándose de valor, agarró el pote de pintura y el rodillo, se fue a la habitación que habían ampliado y a la que también le habían construido un baño, realmente de la escuálida casa no quedaba nada, pues le habían triplicado el tamaño.

Dejó las cosas bajo el umbral, se quitó las sandalias y se dispuso a extender el plástico para cubrir todo el parqué, abrió las ventanas de esa habitación, permitiéndole a la brisa nocturna que refrescara el lugar.

—Obligatoriamente necesitare del aire acondicionado, si no dudo que pueda conciliar el sueño —murmuró al escuchar el canto de los grillos.

Destapó el pote de pintura y vació el espeso líquido en la bandeja, donde remojó el rodillo y empezó a pintar, pero solo consiguió que todo se chorreara, porque no los había exprimido antes.

—¡Maldita sea! —vociferó molesto, haciendo el intento de absorber con el mismo rodillo el desastre que se escurría por el plástico.

Candice apareció junto a la señora Sailele, quien traía un ventilador y ella una hamaca y unos colgantes.

—Solucionado el problema de dónde dormiremos... —comunicó con una gran sonrisa—. Esto lo colgaremos cuando terminemos de pintar.

—Me parece bien —plegó los labios en una sonrisa fingida.

—Muchas gracias señora Sailele, le prometo que mañana muy temprano se lo regresaré.

—No es necesario cariño, pueden usarlo todo el tiempo que necesiten... Ahora debo regresar a mi casa, tengo que terminar la cena.

—La acompañaré de regreso.

—No es necesario, puedes estar tranquila, ya me conozco este camino como la palma de mi mano —le sonrió y Candice correspondió.

Sailele se marchó, dejando a los esposos a solas, para que empezaran con la labor.

Candice soltó una risotada al ver que Benjamin hacía el intento inútil de pintar, pero era un completo desastre, se acercó y le pidió el rodillo, enseñándole cómo debía hacerlo. Ella muchas veces ya lo había hecho, era tradición cada año para alguno de los meses de verano hacerlo junto a sus hermanos y padres. Recordar ese momento solo la llenó de nostalgia, pero trató por todos los medios de no demostrar sus emociones a Benjamin.

Poco a poco la habitación que en un par de días compartirían, iba cubriéndose de color marfil, pero Benjamin a cada minuto expresaba su descontento por los benditos grillos que no paraban de cantar y ni el ligero sonido del ventilador que habían puesto para refrescarse los acallaba.

Candice que siempre trataba de buscarle solución a todo, tomó prestado el pequeño y destartado radio que usaban los trabajadores para entretenerse y se lo llevó a la habitación, sintonizó cualquier emisora y eso fue la solución al canto de los grillos.

Candice canturreaba a viva voz casi todas las canciones que transmitían en la emisora, algunas hasta las bailaba, rememorando los mejores días de su adolescencia, porque como en esa época, en este instante también era completamente feliz.

Benjamin la miraba por el rabillo del ojo, manteniéndose en silencio y él mismo se descubrió en más de una oportunidad, sonriendo ante las tontas coreografías de “su salvación”, admitía que al menos con la voz de fondo de los músicos originales cantaba muy bien.

—Estoy pensando seriamente que eres la programadora de esa emisora —comentó algo divertido.

—¿Por qué lo dices? —preguntó dejando sobre la bandeja de pintura su rodillo y con gran maestría se desabrochó el sujetador y se lo sacó—. Esto me estaba torturando —lo lanzó a un lado y siguió con su vestido, sintiéndose mucho más cómoda y evidenciándolo con un placentero jadeo.

—Será porque tengo la ligera impresión de que te sabes todas las

canciones.

—Casi todas, es muy buena emisora, creo que la sintonizaré más a menudo.

—¿Piensas atormentarme continuamente? —inquirió fingiendo sorpresa.

—Sé que solo lo dices por molestarme, realmente no canto tan mal.

—Pues lo haces pésimo, aprende a recibir críticas —Benjamin le aconsejó con total descaro.

—Tus críticas son sin fundamentos —argumentó Candice, sin aceptar la opinión de Benjamin, porque sabía que solo lo hacía por molestarla.

—¿Tendrían que sangrarme los oídos o reventarse los cristales para que tengan fundamentos mis críticas? —cuestionó y siguió pasando el rodillo por la pared.

—¿Sabes que eres realmente irritante?

—No soy irritante, solo sincero.

—No me agrada tu sinceridad —se dio media vuelta, fingiendo molestia.

Benjamin dejó sobre la bandeja su rodillo y en un par de zancadas acortó la distancia para estar junto a Candice, quien le daba la espalda. Sin darle ningún tipo de aviso le cerró la cintura con los brazos y empezó a besarle el cuello.

—Con eso no lograrás que te perdone —masculló ella tratando de hacerse la fuerte.

—Puedo esforzarme un poco más, para conseguir tu perdón —musitó dejándole caer pequeños besos sobre la piel erizada.

Benjamin no había vuelto a estar con Candice después de que el maldito de Iblis irrumpiera de esa manera entre ellos, temía que volviera a usarlo y a hacerlo partícipe de su extraño y pervertido juego.

No lo quería entre ellos, al menos no mientras él siguiera teniendo a Candice a su disposición, empezaba a cuestionarse si realmente estaba a la altura de ese ser sobrenatural, si ahora a ella no le parecería poca cosa su rendimiento más humano.

Sacudió esos estúpidos pensamientos de su cabeza, porque no debería darle la mínima importancia a lo que “su salvación” pudiera anhelar, solo a lo que a él verdaderamente le colmara.

Ronroneó en el cuello femenino y ella le regaló una risita cargada de excitación, con gran esmero moldeó con caricias la cintura, vientre y caderas, donde con los dedos empezó a subir la tela del colorido vestido.

La respiración de Candice empezó a hacerse pesada y se removía inquieta en busca de la nascente erección, con su movimiento animaba a que el ardor en Benjamin aumentara.

Él atrapó sus bragas y sin dejar de chuponearle el lóbulo de la oreja, empezó a bajarle la prenda íntima, hasta dejarlas en sus rodillas.

Candice se giró y con rapidez le quitó la camiseta, para después dejarse asaltar la boca por Benjamin, quien hurgó con su lengua en cada rincón, mientras se tragaba los jadeos bajitos que le robaba.

—Definitivamente me está agradando la casa —gruñó apretándole con fiereza las nalgas y mordisqueándole la barbilla.

—Pensé que ya te agradaba —sonrió extasiada ante los chupones que le recorrían la mandíbula. Movi6 las piernas para deshacerse de las bragas.

Volvió a buscar la boca de Candice y empujó con su lengua dentro, mientras que con el dedo pulgar se abría más espacio dentro de su boca.

Candice le desabrochó la bermuda y la haló hacia abajo, arrastrando al mismo tiempo el slip.

Poco a poco y en medio de besos y caricias, Benjamin la llevó al suelo, se sentó sobre el plástico, ubicándola encima de sus piernas.

Candice elevó los brazos y él le quitó el vestido, dejando al descubierto las generosas y naturales tetas de “su salvación”, se llevó una a la boca, recordando que el día que llegó a su habitación en el centro psiquiátrico, ese manjar fue el primer atractivo de ella que le llamó la atención.

A los gemidos que Benjamin le arrancaba a Candice mientras le chupaba con deliciosa insistencia el pezón y al movimiento rítmico de su pelvis que buscaba ansiosa la erección, le acompañaba la voz de Adam Levine, escapándose a través de los altavoces del viejo radio.

Baby I'm preying on you tonight

Hunt you down eat you alive

Just like animals

Animals

Like animals-mals

Las manos de Benjamin se enredaban en la abundante cabellera rubia, para acercar la boca de Candice a la suya, hinchada a consecuencia del maratón de chupones que saltaron de un seno al otro.

Ella se colgaba con fuera a la espalda de él y en ocasiones se le aferraba al rostro para alejarlo un poco y que le permitiera respirar al menos contados segundos.

Benjamin estaba entregado al momento, pero también atento a que Iblis no irrumpiera en ese momento, que era solo suyo y que le estaba poniendo más empeño que nunca.

***Maybe you think that you can hide
I can smell your scent for miles
Just like animals
Animals
Like animals-mals
Baby I'm***

En un suave balanceo, Benjamin la acostó sobre el plástico que sonó ante el movimiento de sus cuerpos, ella sonrió y él empezó a dejarle caer besos por todo el cuerpo y a respirar sobre su piel, robándose ese aroma a rosas que no la abandonaba y que justamente en ese momento se mezclaba con el de la excitación, con ese olor amar que fluía entre sus piernas.

Llegó hasta esa fuente salina para robarse esa miel salada, le gustaba el sabor de “su salvación”, era adictivo, era perfecto... en un sensual movimiento le llevó las manos a las rodillas flexionadas y le abrió las piernas, para admirar y saborear con total libertad ese momento de lujuria.

***So what you trying to do to me
It's like we can't stop, we're enemies
But we get along when I'm inside you, eh
You're like a drug that's killing me
I cut you out entirely
But I get so high when I'm inside you***

Candice temblaba y se retorció sobre el plástico, sintiéndose prisionera de la boca de Benjamin, mientras él hacía piruetas con su lengua entre sus labios íntimos, llevándola al punto más alto de vértigo. Estuvo ahí enloqueciéndola por varios minutos, mientras ella solo le suplicaba balbuceando que no se detuviera y se le aferraba a los cabellos.

Benjamin se bebió por entero el orgasmo de “su salvación” y con besos cortos y los labios dormidos e hinchados, empezó a escalar poco a poco por la piel trémula de ella y entre beso y beso le dedicaba peligrosas miradas cargadas de deseo.

*Yeah you can start over you can run free
You can find other fish in the sea
You can pretend it's meant to be
But you can't stay away from me
I can still hear you making that sound
Taking me down rolling on the ground
You can pretend that it was me
But no, oh*

La música seguía y un hilo de cordura en él distinguió la letra y de cierta manera se la estaba devorando, él era un depredador sobre ese débil cuerpo, sobre ese cúmulo de temblores que le ofrecía placer. Podía escuchar el latido acelerado de ella y del renacuajo, asimismo como el de él, en ese momento los tres estaban completamente compenetrados, no eran más que presas de las sensaciones que despertaban ese aclamado encuentro.

Se posicionó sobre Candice, al tiempo que le apretaba con fuerza los muslos, como si quisiera atravesarle la piel y ella le regaló un jadeo tembloroso que él atrapó en su boca.

Ella soportaba estoicamente esa manera tan intensa de Benjamin para amarla, ya estaba acostumbrada a encontrarse con moretones en su piel después de sus encuentros sexuales, no eran más que las huellas del más crudo placer, todas y cada una de sus lesiones valía la pena.

Lo sintió llenarla toda, deslizarse caliente y vigoroso en su interior y ella arqueaba su cuerpo al momento de recibirlo, aferrándose a su espalda, sin limitarse tampoco en arañarle la piel, dejándole huellas que al día siguiente le hiciesen recordar la intensidad con la que se entregaban.

—Ben... así —le indicaba cómo le gustaba que él irrumpiera en ella.

—Sé que así te gusta —rugió acelerando sus acometidas.

—Sí, sí... —lo succionaba con fuerza, para que la llevara justo a la gloria.

Benjamin resoplaba y gruñía mientras se esmeraba en ese momento, para no dejarla caer sin que antes alcanzara la locura.

—Te amo Benjamin... te amo —murmuró con voz temblorosa, en medio de los espasmos del orgasmo, era la primera vez que se lo confesaba de esa manera y él no pudo evitar encararla, se quedó mirándola a los ojos que estaban vetados por el éxtasis—. Te amo —repitió casi sin aliento sobre los labios de él.

Benjamin por primera vez en mucho tiempo, quiso sentir, quiso saber qué emociones estallarían en su pecho al escuchar que alguien por primera vez en la vida le dijera de esa manera y en un momento tan íntimo que lo amaba y “su salvación” se lo estaba diciendo solo a él, era como un secreto que le estaba confesando y que solo quedaría entre los dos.

Pero no sintió más que la primitiva necesidad de seguir bombeando dentro de ella, como un animal que solo vivía ese momento por instinto, por encontrar placer en el orgasmo. No había ningún tipo de emoción que acompañara a ese instante, por lo que solo se limitó a besarla, a ahogarla con su lengua una vez más, hasta que urgido buscó el instante en que sus ganas estallaran.

Acostados uno al lado del otro, mientras esperaban a que las respiraciones volvieran a su ritmo normal, miraban al techo de la nueva habitación.

—Supongo que por esta noche ya no seguiremos pintando —dijo Benjamin opacando la voz de Jessie Ware que coreaba “*Dime que me amas solo por hoy y no me des tiempo, porque no es lo mismo, quiero sentir llamas ardiendo cuando digas mi nombre...*”

—No, ahora no quiero mover ni un músculo —dijo risueña, rodando sobre su cuerpo en busca de un poco de calor del cuerpo de Benjamin y se abrazó a él, quien la recibió con uno de sus brazos.

—Lamento decirte que deberás moverte un poco más.

Candice gimió y frotó con su nariz el cuello de Jeremy, dejando libre una risita.

—No es para lo que estás pensando... debemos bañarnos —le palmeó un muslo.

—Quedémonos así un poco más —se apretujó más contra él, como una gata en busca de mimos y Benjamin se los concedió.

Después de varios minutos se fueron al baño, estrenaron la ducha y al regresar entre los dos colgaron de las vigas la hamaca, cerraron las ventanas y puertas, apagaron las luces y la radio, pero los grillos seguían amenazando con desbordarle la paciencia a Benjamin.

—¿Te parece si dormimos escuchando tu emisora favorita? —preguntó antes de meterse en la hamaca.

—Sí, prefiero escuchar música y no a los grillos, supongo que a eso nos acostumbraremos con el tiempo.

—Eso espero —encendió el viejo radio y desnudos se metieron en la hamaca, donde Candice se acostó sobre el tibio cuerpo de Benjamin—. También espero recordar este momento por mucho tiempo —las yemas de sus dedos empezaron a viajar por el pecho masculino—. Ben —susurró y elevó la mirada encontrándose con la azul de él, la que se mostraba inusualmente serena, tal vez tenía sueño y ella seguía parlotando, por lo que decidió darse prisa—. No quiero olvidar lo que ha pasado esta noche, me avergüenza decirlo, pero no recuerdo absolutamente nada de cuando hicimos el amor en el resort, te pido disculpas si me quedé dormida y no has querido reclamarme.

—Puedes estar tranquila —le sonrió y le dio un beso en la frente—. Ahora duerme.

—¿Estás molesto?

—No, hermosa, no lo estoy —volvió a sonreírle y empezó a acariciarle la espalda.

Realmente a él lo golpeaba una sensación de tranquilidad, algo que no podía explicar le invadía el pecho. Ella no estuvo consciente durante esa arrebatada noche, tampoco había sido “su salvación” la que se había entregado con tanto fervor a ese ser.



Se cumplían dos meses de vivir en lo que Candice constantemente llamaba “su perfecto hogar” “su paraíso personal”, al lado del hombre que amaba. Ya empezaba a usar ropa más ancha, preferiblemente vestidos, porque su vientre con cinco meses ya no lo podía ocultar; siempre que estaba desnuda se miraba de perfil en el espejo y su pancita parecía una pera, era mucho más abultada en la parte inferior y no podía evitar sonreír, cargada de ilusión y ansiedad, porque ya anhelaba conocerlo o conocerla.

No había ido a hacerse ningún chequeo médico por temor a que la descubrieran, no podía evitar vivir en esa constante zozobra. Aunque para el

mundo Benjamin Sutherland había muerto esa fatídica noche en que el ala norte del centro psiquiátrico se incendió, ella no se arriesgaba a actuar con libertad.

Para sus cuidados prenatales seguía los consejos de la señora Sailele, quien había demostrado tener mucha experiencia en embarazos, porque había sido la encargada de traer a más de un niño de la localidad. Confiaba ciegamente en esa mujer que tanta ayuda les había prestado.

Hasta la asesoraba en los alimentos que naturalmente contenían todas las vitaminas y minerales necesarios para el desarrollo adecuado de su bebé, siempre la sorprendía al llevarle comida y decía “Te puse más espinacas o espárragos, porque contiene ácido fólico” “A media mañana merienda un par de bananas, porque aumenta el potasio”

Todos sus consejos provocaban una mezcla de adoración, alegría y añoranza en ella, porque imaginaba a su madre consintiéndola de la misma manera.

Benjamin seguía con sus cambios drásticos de humor, muchas veces irritable y quejica por todo, otras tantas, adorable y divertido.

—¿Qué es eso? —preguntó casi horrorizado al verla llegar cargando con una gallina.

—Es una mascota, no tenemos mascota... me la ha regalado la señora Sailele, debemos construir un lugar para que ponga sus huevos —dijo con una brillante sonrisa, algunos mechones se habían escapado de su cola de caballo a consecuencia de la brisa.

—No voy a construir nada... ¿Por qué no me informaste que traerías esa cosa? Mi opinión también cuenta, ya tengo suficiente con los grillos por las noches, los pájaros por las mañanas, ¿será que no podré dormir en paz? —cuestionó molesto, porque “su salvación” se tomaba atribuciones y a él lo dejaba como un mequetrefe.

—Siento si no pedí tu autorización, no sabía que ahora debía hacerlo —reprochó sonrojada por la molestia—. Solo es una gallina que no hará nada, solo ayudar a alimentarnos. Pensé que sería más fácil tener los huevos aquí, que ir a comprarlos al mercado.

—Candice, no puedes tenerlo todo a mano, creo que es suficiente con todas las plantitas de especias, vegetales y los árboles... estoy cansado de esto, no quiero seguir fingiendo ser un agricultor, no es lo que soy —dejó salir eso que lo estaba consumiendo, odiaba verse reducido a eso, a ser un

puto samoano más, si no detenía eso a tiempo, dentro de poco ella le pediría que se fuera a pescar con los demás. ¡Era un actor de cine!

—Está bien, me encargaré yo sola de hacer la casa para la gallina y también la cercaré para que no se coma las plantas, pero no te daré ni un solo huevo —se dio media vuelta y se encaminó al patio trasero de la casa.

—Voy a asesinarla... —se llevó las manos a la cara y se la frotó con desesperación—. Voy a asesinarla... a ella y a la puta gallina —entró a la casa dando un portazo—. Esto de tener paciencia ya me tiene hasta las pelotas —entró a la habitación y se dejó caer en la cama, encendió el televisor y empezó a jugar con el control, saltando de un canal a otro.

Candice lloraba como una tonta, sorbía las lágrimas ruidosamente, mientras se limpiaba con el dorso las huellas del llanto; acuclillada intentaba acomodar una caja de madera bajo un árbol que le ofreciera la sombra suficiente y le creaba una especie de nido con paja seca, para que la gallina que caminaba entre las plantas, tuviese mayor comodidad.

—Es un tonto —balbuceaba en medio del llanto—. No lo soporto... —a solas, aprovechaba para desquitarse del momento vivido, a ella no le agradaba discutir con Benjamin, por eso prefería dejarlo solo cuando el mal humor lo atacaba.

A través de sus ojos inundados en lágrimas, vio a la gallina que bajaba frente a sus ojos y sintió cómo Benjamin se acuclillaba detrás de ella, acoplándose a su cuerpo.

—Creo que primero debiste empezar por la cerca, se ha comido los tomates que ibas a usar para la pasta de esta semana —dijo con voz conciliadora y ella seguía llorando—. Agarra a tu mascota, que voy a construir la cerca.

—No es necesario que lo hagas Ben, lo siento... de verdad lo siento. Sé que ésta no era la vida que planeabas, que sueñas con volver al cine y cuando quieras puedes hacerlo, no quiero que limites tus sueños solo por estar aquí conmigo, yo podría regresar a mi casa, lo último que pretendo es ser una carga para ti —agarró la gallina y se abrazó al animal.

—No digas tonterías —la abrazó tanto a ella como a la gallina, envolviéndolas con sus brazos, dejándole caer varios besos en el hombro—. No eres ninguna carga y sí... no voy a mentirte, quiero algún día regresar al cine, pero por ahora no se puede. Por el momento seguiré cuidando del jardín, mientras tú te encargas de la casa —le plantó un beso en la mejilla—.

Ve a preparar algo refrescante, que lo necesitaré una vez que termine con la casa de nuestra fabricadora de huevos —miró a la gallina que movía la cabeza de un lado a otro, atenta a su voz—. Y a ti, más te vale que pongas por lo menos dos huevos por día.

Candice sonrió y le dio un beso en el pico a la gallina de plumas marrones.

—Seguro que lo hará —dijo convencida—. Ben... Benjamin no puedo levantarme —se carcajeó apenada—. Tengo las piernas entumecidas.

Benjamin negó con la cabeza en un gesto gracioso y la ayudó a ponerse en pie, pero ella no podía dar un paso, no le quedó más que cargarla y llevarla hasta el porche trasero, donde estaba una mecedora y ahí la sentó.

—Sigue con tu mascota en los brazos, porque no quiero hacer el trabajo en vano.

—Gracias —le dijo con una dulce sonrisa, mientras acariciaba las suaves plumas marrones.

Benjamin no dijo nada, solo fue por la malla metálica y algunas estacas de madera, para crear una cerca alrededor de las plantas.

Candice se quedó admirando a Benjamin, mientras esperaba que el hormiguo en sus piernas mermara.

Era increíble el cambio que había dado en tan poco tiempo, no se parecía en nada al chico greñado que conoció en el centro psiquiátrico, había conseguido que la acompañara a la iglesia en un par de ocasiones, hubiesen sido muchas más, pero siempre que lo invitaba él tenía algo importante que hacer, al igual que por las mañanas o las noches cuando ella hablaba con Dios, él se encargaba de hacer otras cosas.

Volvía a ser su Benjamin de cabellos oscuros y sonrisa coqueta, de los mechones decolorados ya no quedaba absolutamente nada.

—¿Qué pensarán mis hermanos cuando lo conozcan? —se preguntó a sí misma, suponiendo que la carta y la postal ya les tendría que haber llegado.

Después de casi tres meses se había aventurado a escribirle a Robert y a Lizzy, comentándole que había conocido a alguien en Australia y que su vida había cambiado para mejor, que estaba totalmente enamorada de ese chico que le besaba los cabellos en la foto que les había enviado. Tuvo que elegir una donde solo se veía el perfil de Benjamin y ella se mostraba sonriente mirando al lente de la cámara, aún no conseguía el valor para que conocieran por completo el rostro del hombre que amaba, si bien Benjamin había cambiado un poco físicamente con el pasar de los años, sus hermanos no eran

tan tontos como para no darse cuenta de que era el actor al que creían muerto.

También se había reservado contarles que estaba embarazada, consideraba que suficiente tendrían con informarles que se había mudado a Samoa con Ralph, el chico al que amaba.

Imploraba al cielo que sus hermanos comprendieran que verdaderamente estaba enamorada y que se encontraba muy bien, que la perdonaran y se atrevieran a responder a esa carta, donde también les explicó que donde vivía aún no había servicio de internet, pero que dentro de poco se resolvería ese pequeño problema.



Los meses pasaron y Candice tan solo contaba los días para por fin tener a su bebé, los días en Savai'i eran perfectos, si quería ir a la playa solo debía caminar unos quince minutos, pero si prefería el agua fresca de los saltos naturales, solo tenía que caminar unos cinco minutos, porque le quedaban casi al frente de su casa.

A la gallina se le sumó un ovejo, un par de patos y un cerdo bebé al que ella cuidaba con mucho amor y dedicación, tanto como para alimentarlo con biberón.

Con cada animal que llegaba a la casa, era una discusión con Benjamin, pero al final terminaba aceptándolos, porque no tenía más opciones.

Ella se la pasaba haciendo planes familiares, soñando con agrandar la casa, porque quería tener más hijos con él. Cada vez que iban al pueblo traían algo para el bebé que esperaban, no eran muchas las cosas que tenían, pero al menos éste podría vivir tranquilo el primer mes de vida.

Candice sabía que el dinero se estaba agotando, por lo que empezó a hacer algunos dulces y Aloiki se encargaba de venderlos en el pueblo, ella se sentía en la obligación de ayudar a Benjamin con los gastos y esos ingresos de cierta manera aliviaban un poco el peso.

En ese momento se encontraba recogiendo unas flores del jardín para adornar su hogar, de cierta manera quería ser tan buena ama de casa como lo había sido su madre y trataba de mantenerla ordenada y adornada con flores que brindaban un aroma muy agradable, llenando de vida cada espacio.

Benjamin se encontraba parado en el porche, admirando a Candice con un ramo de distintas flores en las manos y a momentos se las llevaba a la nariz, para disfrutar del aroma. Aunque su estado de gestación era realmente avanzado, ella parecía que no se cansaba y apenas sí descansaba durante el día, mientras él disfrutaba de un cigarrillo.

—¿Cuánto más debo esperar? Parece eterno —comentó sin desviar la mirada de la joven rubia que a lo lejos caminaba entre plantas coloridas.

—Falta poco, menos de una semana —la voz aterciopelada e incitante se escuchaba a un paso de distancia de él.

—Todo ha salido como planeamos... ella no sospecha nada, de lo único que me arrepiento es de todo el dinero que he desperdiciado en esto, sobre todo de las tonterías que ha comprado para el “bebé” —suspiró lentamente, liberando el humo del cigarrillo que disfrutaba.

—Lo has hecho muy bien, has sabido disimularlo —sonrió Iblis, se sentía satisfecho porque estaba tan ansioso como Benjamin, él solo era ese puente que lo acercaría al alma de Candice.

—Solo espero que el tiempo perdido en todo esto tenga su recompensa, no quiero escuchar nunca más el chillido de ningún maldito cerdo —resopló evidenciando frustración.

—Lo valdrá, podrás ir a Inglaterra y tendrás el éxito asegurado, solo debes presentarte en una audición del Royal Shakespeare... —Benjamin iba a protestar, pero Iblis no le dio la oportunidad—. Debes empezar de esa manera, solo serán unos meses, hasta que un agente norteamericano te descubra, necesitas una nueva vida y para eso debes tener un pasado como actor, y no el que ya conoces, Benjamin murió y debe quedarse en las cenizas.

—Acepto el puto trato de empezar como un monigote en un teatro, solo espero que las autoridades no me jodan por lo de Candice, no quiero que me pase lo mismo que con Maureen y Karen, me hubiese ahorrado todos estos años de tortura si hubieses permitido que escapara.

—Esta vez puedes estar tranquilo, no dejaré rastro... destruiré este lugar, nadie te culpará por nada, date el placer de matarla como quieras, tanto placer como sientes al fornicártela.

—Debo admitir que extrañaré eso —dijo sonriente, no podía negarse que de cierta manera se había acostumbrado a Candice.

—Te daré mejores, con más experiencia... Recuerda que Candice es para

mí y espero que hagas las cosas como te enseñé.

—Eso haré, solo espero que cumplas con tu palabra Iblis —le dijo volviendo la cabeza hacia el hombre que estaba parado a su lado.

—Siempre cumplo —lo tranquilizó con una sonrisa.

Candice se acercaba con la mirada en el ramo de flores, ya había elegido suficientes para adornar su hogar, por lo que Iblis se fue sin despedirse, como era su costumbre.

—Ben, ¿de nuevo estás fumando? —reprochó y empezó a toser de manera fingida.

—Solo uno, hermosa —confesó dándole una última fumada y apagó la colilla en el cenicero.

Le tomó la mano, instándola a que se acercara más a él y se palmeó el muslo, pidiéndole con eso que se sentara en sus piernas; ella sin dudarlo lo hizo, porque adoraba esos momentos en que Benjamin se portaba tan cariñoso, justo como lo hacía en ese momento en que le acariciaba la barriga.

—¿Cómo está? ¿Se ha movido? —preguntó con la mirada fija en su verdadera salvación, la cual se encontraba latiendo dentro de ese vientre.

—En lo que va de día no se ha movido, pero no te preocupes, sé que está bien. Aunque he de confesar que siento celos, porque solo preguntas por el bebé y ya no preguntas por mí —dijo haciendo un puchero, el que Benjamin eliminó con un beso, un beso que le robaba la cordura a Candice.

Le llevó las manos a la cara y le dio a probar de su saliva acanelada, para que no protestara y se conformara con lo que le estaba dando, al fin y al cabo no podía quejarse, porque durante los meses que habían vivido juntos, la había hecho feliz, no le quedaría tiempo para que se decepcionara de él, antes de que pudiese comprender lo que iba a hacerle, moriría.

—Te amo Ben... te amo, eres mi paraíso —murmuró contra los labios de él, quien la miraba con intensidad y devoción fingida—, mi mejor lugar. Nunca pensé tener tanto y ser tan feliz —aseguró sonriente, abrazada a él.

CAPÍTULO 44

El cielo parecía que iba a desplomarse ante la intensa lluvia que azotaba a la isla de Savai'i, con vientos tan fuertes que amenazaban con llevarse todo a su paso. Los truenos rugían embravecidos, provocando que la tierra vibrara y que la casa donde habían vivido momentos idílicos, retumbara. Inevitablemente los gritos de Candice eran opacados por el estruendoso y temeroso clima.

Benjamin sentía una mezcla indescifrable bullir en su pecho, sentía temor por Candice, preocupación al verla luchar con gran valor, temía que se venciera y no pudiese parir a “su salvación”. Pero también sentía felicidad y ansiedad, porque estaba seguro que faltaba muy poco para tener a su primogénito, sacrificarlo y así de una vez por todas liberar su alma, volver a ser el mismo y dejar atrás toda esta mierda en la que se había convertido su vida en los últimos años.

—Apúrese —le exigió a Sailele, quien era la encargada de atender el parto, siempre estuvo de acuerdo en que se hiciera de esa manera y así no tener que llevar a Candice a un hospital, porque se le haría imposible comérsele el corazón a la criatura en menos de una hora.

—Señor Ralph, hago lo que está a mi alcance, no podemos forzar lo que es un proceso natural —reprochó dedicándole una mirada de desaprobación. Muchas veces se cuestionaba cómo la dulce Candice se había enamorado de ese hombre, que era tan cambiante y exigente.

—Ben... Benjamin —murmuró Candice, envuelta en dolor y ansiedad, mientras su cuerpo era un cúmulo de temblores, porque estaba aterrorizada. Si todo se complicaba a esa hora de la noche y con esa tormenta, no podrían ir a un hospital y temía por la vida de su bebé.

Benjamin concentraba toda su atención en su primogénito y a Candice, que suplicaba por él, solo le dedicó una fugaz mirada.

—Tranquila... solo puja, tienes que traer a ese niño al mundo —la animó acariciándole la rodilla, pero con la mirada fija entre los muslos de Candice, esperando con ansiedad a que se asomara “su salvación”.

En ese momento y ante la intensidad de la tormenta que seguía rugiendo afuera, el servicio eléctrico falló, dejando a Samoa inmersa en una angustiante oscuridad.

—¡Demonios! —exclamó sulfurado y Candice empezó a llorar, presa del pánico que la embargaba, al darse cuenta que las cosas estaban saliendo muy mal y tanto su vida como la de su hijo se ponía en riesgo extremo—. Ya no llores, que eso no solucionará nada, solo puja... puja —exigió con dientes apretados.

—Necesito iluminación, velas, traiga velas rápido —pidió Sailele, dejando en evidencia su propia desesperación.

Benjamin se quedó inmóvil por varios segundos, intentando procesar en su memoria el pedido, como si registrara cada palabra dicha por Sailele en medio de la oscuridad, después como si uno de los mismísimos rayos que estaban cayendo sin piedad sobre la isla, lo impactara a él, salió del extraño trance y corrió hacia la salida, justo al abrir la puerta tropezó con algo que lo hizo caer aparatosamente de bruces, los chillidos del cerdo irrumpieron en el lugar, dejándole saber que había sido el causante de su ridículo accidente.

—¡Ben! —reprochó Candice, sin importar estar atacada por el dolor, adoraba a su cerdito como si fuese su propio hijo.

—Maldito animal —masculló con el cuerpo adolorido, mientras el cerdo seguía chillando y él se ponía de pie.

Caminó hasta la cocina, tentando a ciegas para evitar otro accidente, rebuscó en cada cajón, sin obtener resultados; odiaba que nunca consiguiera saber dónde Candice guardaba las cosas. Casi gritó de júbilo cuando dio con las benditas velas y agarró uno de los candelabros que estaban sobre la mesa del comedor, se llevó una de las manos al bolsillo de su bermuda, donde guardaba el encendedor. Intentó en vano encender las velas, porque el viento silbante que se arremolinaba en la cocina, no se lo permitía, por lo que corrió y cerró la ventana.

Las flameantes y débiles llamas de las velas fueron suficientes para iluminar el lugar, aprovechó y usó otro candelabro con más velas, porque estaba seguro que necesitaría de mucha luz.

De regreso a la habitación, ya el cerdo no se encontraba junto a la puerta, se habría ido a esconder debajo del sofá, como era su costumbre.

—Dese prisa —pidió Sailele, extendiendo una de las manos, para recibir el candelabro que ubicó en la mesa que estaba a su lado.

En ese momento, Benjamin se percató de que una cabecita cubierta de cabellos oscuros y sangre, se asomaba entre los pliegues dilatados. Una vez más, la ansiedad lo consumía y no podía esperar.

—Vamos, póngase de pie... largo de aquí —pidió Benjamin a la partera, al tiempo que colocaba sobre una mesa el candelabro que él tenía.

—Señor, aún no está... —intentó hablar Sailele, pero Benjamin solo la tomó por un brazo y la levantó del banco en el que se encontraba, en medio de las piernas temblorosas de Candice—. ¿Acaso se ha vuelto loco? —preguntó sorprendida, manteniéndose renuente a salir del lugar, pero él seguía arrastrándola fuera de la habitación.

—Yo me encargaré —le avisó, pretendiendo que la mujer entendiera que no iba a permitir que siguiera en el lugar.

—Benjamin no, Ben... —lo llamaba Candice, pero él la ignoraba totalmente.

Una nueva contracción la obligó a pujar y dejar de lado lo que Benjamin estaba haciendo, en ese momento sentía que se desgarraba por dentro y que las caderas se le quebraban.

—No es fácil... está en la etapa más complicada, se le puede ahogar la criatura y sé que quiere ver... —la señora Sailele intentaba hacerlo entrar en razón, mostrándose realmente molesta y confundida, mientras se aferraba al marco de la puerta.

—¡Largo de aquí, ahora! —exigió a punto de grito, dejando perpleja a la mujer, quien aflojó su agarre de la madera.

—Ben no, por favor, deja que lo haga la señora Sailele —suplicó casi sin aliento, se sentía muy cansada y adolorida y Benjamin no ayudaba, lo desconocía totalmente.

—Es un peligro, se le puede ahogar la criatura —volvió a intentar Sailele, con las lágrimas anidándole en la garganta.

—Eso no va a pasar —aseguró cerrándole la puerta en la cara y con gran decisión caminó hasta donde estaba Candice y se ubicó en medio de las piernas de ella, sin siquiera sentarse en el banco, porque estaba muy ansioso, como para esperar sentado a que la tonta pariera.

Sin si quiera lavarse las manos, sostuvo con cuidado la pequeña y resbalosa cabeza, sintiendo una extraña energía que desprendía el renacuajo, escuchaba los latidos alterados y eso solo despertaba su nerviosismo.

Sailele quería regresar a su casa, pero con esa tormenta sería imposible, los

caminos estaban inundados, optó por esperar afuera y permanecer atenta a cualquier petición de ayuda. Se quedó parada a un lado de la puerta, viendo cómo la casa se iluminaba intermitentemente por la luz de los relámpagos que se colaban a través de las ventanas, estaba segura de que era cerca de la una de la madrugada y sentía rabia e impotencia en contra del señor Dankworth, por su intransigencia y estupidez, estaba poniendo en peligro la vida de la hermosa Candice y la de la criatura.

—Vamos Candice, termina ya de parir —pidió impaciente, sin soltar la pequeña cabeza, evitando apretarla con fuerza, para no lastimarla.

—No es fácil... no es fácil —dijo ella agotada y en medio de lágrimas, sintiendo temor ante la mirada que Benjamin le dedicaba, era como si estuviese molesto con ella y no comprendía el porqué, si estaba haciendo su mejor esfuerzo.

Otra lacerante contracción la azotaba, por lo que se aferró con fuerza a las sábanas y presionó los dientes, tanto que sintió que las sienas iban a estallarle, pujó con toda la energía que le quedaba y terminó con un grito que le lastimó la garganta, pero un gran alivio llegó, cuando sintió que expulsaba a su bebé y Benjamin lo halaba con cuidado.

Un trueno retumbó opacando el llanto del bebé y el de ella misma.

Benjamin con manos temblorosas y con una felicidad insuperable, elevó a “su liberación”, la que aún se encontraba unida a la madre por el cordón umbilical. En medio de las débiles llamas provenientes de las velas, “su salvación” lo sorprendió al resultar ser una niña y no un niño, no era un varón como él esperaba.

Completamente aturdido, dudó por varios segundos, porque suponía que debía ser un varón. En ese instante odió un poco más a Candice por no haber gestado a un niño, pero no perdería el tiempo, suponía que eso debía servir, por lo que tomó las tijeras y cortó el cordón umbilical, sin cuidado de dónde lo hacía, no le importaba en lo absoluto si debía hacerlo en algún punto en específico.

—¡Ben! —exclamó Candice, llorando de felicidad y llenándose de consuelo al ver a su bebé en las manos de su papá—. Quiero verlo... por favor —suplicó elevando un poco el torso.

—No puedes verla Candice, no puedes y cállate... por tu bien, cállate —pidió con dientes apretados, exasperándose ante el llanto de la recién nacida.

—Es una niña... es una niña —hablaba incorporándose, para poder mirarla

—. Ben... —la voz se le rompió ante el llanto, al descubrir que Benjamin no pretendía entregarle a la niña.

Él no siguió prestando atención a las súplicas de Candice y colocó a la pequeña sobre una mesa, encima de las mantas blancas, donde previamente había escondido el puñal con el que le abriría el pecho, agarró uno de los candelabros, al tiempo que sentía el corazón brincarle en la garganta, la expectativa lo gobernaba y quería de una vez por todas terminar con eso. Solo esperaba que Sailele se hubiese marchado o tendría que añadir otra mujer a su lista de asesinatos.

La niña no paraba de llorar, ese inquietante llanto invadía el lugar, era como si presintiera el final de su corta vida, como si supiese que el destino le deparaba morir a manos de su propio progenitor, la delicada piel se tornaba cada vez más rosácea por el esfuerzo y a penas movía las extremidades.

—Benjamin, quiero verla, ¡Ben! —gritó al ver que él pretendía hacerle daño a la niña.

Benjamin la miró y estaba con la boca abierta, mientras la lengua le vibraba en medio del llanto, eso no era suficiente para que un hombre desalmado se condoliera, cuando lo único que él podía sentir era un irrefrenable deseo por recuperar lo que había sido, para eso debía abrir ese pequeño pecho, por lo que sin dudarle empuñó el puñal.

Pero en ese instante la niña abrió los ojos y se quedó mirando los de él y Benjamin vio toda su vida reflejada en esos espejos azules, desde el mismo instante en que él nació, los momentos vividos junto a sus padres, pasando por su dolorosa despedida en el aeropuerto, los años posteriores vividos junto a su padre en Suiza, todas las veces que añoró el amor de su madre, su regreso a Estados Unidos, el reencuentro con Maureen, cómo recuperaron el tiempo perdido y todo lo que había hecho hasta ese momento en que tenía un puñal en la mano, para acabar con la vida de su hija.

Benjamin sintió como si un gran impacto se le estrellara contra el pecho, era algo que no le permitía respirar, todo su cuerpo empezó a temblar, se sentía completamente desorientado y con náuseas, por lo que retrocedió varios pasos, sin poder apartar la mirada de su hija. Como si el puñal hubiese sido electrificado lo soltó, dejándolo caer a sus pies.

Se giró y se encaminó hacia la puerta, dando largas zancadas, la abrió y salió corriendo.

Sailele, quien aún permanecía a un lado de la puerta, al ver salir de esa

manera al señor Dankworth, pensó que algo lamentable había pasado, por lo que rápidamente entró y se encontró con Candice, quien lloraba desesperada e intentaba levantarse de la cama.

—No, quédate tranquila corazón, espera... espera —le pidió reteniéndola, intentando calmarla.

—Mi hija... mi niña —suplicaba Candice con la mirada en la pequeña, porque había dejado de llorar y se encontraba prácticamente inmóvil.

Sailele se encaminó hacia la pequeña, quien se encontraba sobre la mesa, en medio de varias mantas, la envolvió y la depositó en los brazos de Candice, allí le prensó cordón umbilical y cortó lo que sobraba.

Candice se aferró a la pequeña y le besaba la frente, sin poder creer lo hermosa que era. Quería comprender a Benjamin, pero no podía, no podía. Sería necesario odiarlo por lo que quiso hacerle a su niña, aún en medio de la angustia, ella percibió las intenciones del hombre que amaba. Miró hacia el suelo y vio el puñal, apenas siendo alumbrado por las penumbras en la habitación.

Debía aborrecerlo, huir de ese lugar y dejarlo solo, ponerse a salvo, era lo que la razón le dictaba, pero inevitablemente también se sentía preocupada, fue consciente de la manera en que Benjamin salió de la habitación, estaba segura que algo no andaba bien con él.

Saliele se encargó de ubicarse una vez más en medio de las piernas de Candice, para terminar con la labor, para dejarla fuera de peligro y limpia.

Benjamin salió de la casa y corrió bajo la tormenta, sintiendo cómo la gruesas gotas le golpeaban fuertemente en el rostro, solo quería alejarse, huir, morir, porque a cada segundo que pasaba, sentimientos resurgían en su pecho, emociones volvían a latir, miedos y alegrías, frustraciones y éxitos, rabia, dolor, tristeza, fascinación. Y todo, absolutamente todo dolía.

Atravesó el campo y se adentró en la selva, hacia las montañas volcánicas que rodeaban a la isla paradisíaca. A varios metros un rayo cayó sobre un árbol, sintió el suelo encharcado vibrar bajo sus pies y se movió con rapidez al escuchar al gran árbol crujir, corrió para evitar ser aplastado, tal vez no debió hacerlo y dejar que le cayera encima con todo su peso, pero el instinto de supervivencia lo traicionó.

Quería morir, pero no pretendía que la muerte lo sorprendiera, por lo que en ese momento fijó su destino, sabía a dónde dirigirse.

La intensidad de la lluvia no cesaba y sus pies empezaban a enterrarse en el

espeso barro negro; sin embargo, no se detenía en su camino.

La cobardía en algunos momentos lo dominaba y tal vez solo debía internarse en lo más recóndito de la montaña, para evitar hacerle daño a Candice y a la niña.

Sentía que todo se mezclaba, que todo giraba como un torbellino dentro de su pecho. Volvía a sentir, sentía su alma apoderándose de cada molécula de su ser, densa, escabulléndosele por la sangre y con ella lo impactaba el recuerdo de lo que le había hecho a su madre y a Karen, provocando que cayera de rodillas, salpicando el agua de barro en su rostro, mientras se convulsionaba ante el llanto, el cuerpo se le revelaba, todo dolía y lo torturaba.

Empezó a vomitar, sintiendo que la garganta se le desgarraría y el estómago se le encogía en una intensa tortura, mientras el odio que sentía hacia sí mismo aumentada sin medida, se aborrecía tanto como para tener la certeza de que ni él mismo se perdonaría todo lo que había hecho.

—¿Qué he hecho? Soy un demonio... Mamá, perdóname... no fui yo, no era yo... me odio por lo que hice... No puedo con esto, no sé qué pasó, no sé cómo lo hice... no entiendo nada —murmuraba en medio del desgarrador llanto, mientras la lluvia y la noche se cernían sobre él y el viento huracanado lo hacía tiritar de frío.

Lloró... lloró por horas, sin encontrar ningún consuelo, hasta que su cuerpo se venció y terminó por desmayarse, perdió consciencia, eso le ayudó a soportar el lacerante dolor que lo quebraba.

No podía saber cuánto tiempo permaneció sumergido en la nada oscura de la inconciencia, cuando despertó, fue completamente consciente de todo lo que sentía, de que en él estaba nuevamente su esencia, sentía que de cierta manera quería verdaderamente a Candice, que tal vez se había ganado su corazón, sin importar que su alma se encontrara prisionera. Nunca debió escuchar a ese maldito ser, debió alejarse desde el mismísimo instante en que supo lo que era; nunca debió pedirle ningún favor, porque se lo había cobrado y con creces.

Estuvo a punto de asesinar a una chica inocente y a su propia hija, iba a condenarlas y ofrecerlas a las llamas del infierno, sentía que no era más que un títere del mal y se preguntaba por qué a él, por qué lo había elegido y le había destrozado la vida al manipularlo a su antojo, al robarle toda su voluntad.

No podía seguir con vida, su conciencia no le permitía soportar tanto, no merecía vivir. Se levantó y siguió con su camino, decidido a acabar de una vez por todas con su existencia, así se aseguraría de que Iblis nunca más volvería a convertirlo en su juguete.

Se adentraba aún más, sabía que del otro lado de la montaña se encontraban los rompeolas y géiseres, dejaría que uno de esos huecos se lo tragara y que ni siquiera pudieran recuperar su cuerpo, quería que de él no quedara absolutamente nada.

La lluvia seguía incesante, los truenos rugían con fuerza, mientras el viento silbaba en sus oídos. Agradecería si el cielo terminaba por desplomarse sobre él, quería que lo hiciera con todo su peso, quería que Dios lo castigara y lo hiciera sufrir, que lo azotara con toda su ira por haber pecado sin ningún tipo de remordimiento.

Se sentía agotado; sin embargo, no se detenía, caminaba hacia su destino, que estaba a unos tres días de camino, mientras lloraba y pedía perdón, uno que ni siquiera él mismo podía darse.

CAPÍTULO 45

Candice tenía el corazón desaforado, brincándole en la garganta, dificultándole la respiración. No podía evitarlo, su preocupación por Benjamin aumentaba con cada segundo que pasaba y con más de cuarenta y ocho horas de haber desaparecido, su angustia alcanzaba los más altos niveles. Eso no solo le afectaba a ella, sino también a su bebé, porque la leche materna se le había cortado y estaba alimentando a su niña con fórmulas lácteas, que la señora Sailele no recomendaba.

Nadie llegaba con noticias alentadoras y ella con lo poco que podía moverse, caminaba de una ventana a otra, esperando a través del cristal a que Benjamin apareciera, mientras la lluvia no cesaba, esa constante tormenta mantenía a la isla arropada con un manto gris y triste.

Le estaba sacando los gases a su niña casi dormida, cuando escuchó que alguien tocaba la puerta.

—Tranquila, iré a ver quién es —dijo la señora Sailele, quien le hacía compañía a Candice día y noche—. Es mejor que sigas sentada —ella era fiel testigo de la zozobra que embargaba a la joven de ojos soñadores.

Candice asintió, al tiempo que acomodaba a su pequeña sobre la cama, intentando admirar a su esplendoroso angelito y encontrar un poco de sosiego.

Escuchó claramente la voz del hombre que Sailele invitaba a pasar y le pidió que la siguiera; segundos después, aparecieron bajo el umbral de la habitación. La mirada verde de Candice se posó cargada de esperanza en el hombre.

—Lo siento —dijo con la voz ahogada al tiempo que negaba con la cabeza, anticipando con ese gesto las noticias que tenía para darle—, no lo hemos

encontrado. Hemos buscado sin parar, pero no hay rastros; además, la lluvia nos hace el trabajo más complicado, este clima parece una contienda entre el bien y el mal —suspiró, retorciendo entre sus manos un gorro de tela impermeable.

El hombre no podía saber cuán certeras habían sido sus últimas palabras, era una guerra entre el Ángel de Luz y el Dios Omnipotente.

Candice luchó con todas sus fuerzas para seguir estoica ante la noticia, pero por más que lo intentó, no pudo y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Ella no quería quedarse sola en ese lugar, no quería que Benjamin la abandonara, no quería que su historia con él acabara de esa manera, lo necesitaba y estaba segura de que él también la necesitaba.

Comprendía que algo no estaba bien con él, había pasado mucho tiempo reviviendo los detalles de la noche en que dio a luz, las actitudes de Benjamin y esa última mirada que le dedicó antes de salir, había sido ese tormentoso gesto el que la dejó colgada en el desasosiego.

Aunque se tragó un par de veces las lágrimas, terminó por echarse a llorar, no estaba preparada para volver a enfrentarse a ese terrible vacío que le dejaba la pérdida de un ser querido.

—Trata de calmarte niña, seguramente está en algún lugar, refugiándose de la lluvia —dijo Sailele, tomando asiento a su lado y regalándole caricias reconfortantes en la espalda.

Candice negaba con la cabeza, mientras las lágrimas le nublaban la visión.

—Seguiremos buscando —interrumpió el hombre, condoliéndose ante el estado en que se encontraba Candice.

—Por favor —chilló, clavando su mirada ahogada en lágrimas, en el hombre de piel canela y ojos pardos.

No podía evitar sentirse impotente, anhelaba poder salir y buscarlo, tal vez lo hubiese hecho si la señora Sailele no estuviese con ella.

El hombre asintió en silencio y se dio media vuelta para salir.

—Espere... —pidió Candice levantándose—. Disculpe mi falta de consideración, es que estoy realmente preocupada, ¿desea tomar algo caliente? —le ofreció limpiándose las lágrimas.

—No se preocupe, estoy bien... Trate de calmarse un poco; después de todo, estamos en una isla, eso es ventajoso —plegó los labios en una sonrisa tranquilizadora.

—Gracias —Candice se llevó la mano al pecho, empuñando la medalla de

la virgen María—, que Dios lo acompañe.

—Amén —asintió y se fue.

Candice lo siguió con la mirada hasta que le fue posible, quiso con todas sus fuerzas poder acompañarlo, ir a la par de él y poder ser útil para Benjamin.

Intentaba por todos los medios distraerse con cualquier cosa, para no pensar, alimentó a Spoty su hermoso cerdito, al que mantenía dentro de la casa, preparó el desayuno, suponiendo que si Benjamin regresaba estaría hambriento, su niña a la que ni siquiera le había puesto un nombre, despertó y se miró en esos bonitos ojos grisáceos, mientras ella se aferraba con insistencia a la mamila del biberón.

La lluvia había menguado, convirtiéndose en una suave y constante llovizna. Estaba segura de que eso ayudaría en la búsqueda de Benjamin.

Dos horas después seguía sin tener noticia, pero la presencia de Aloiki corriendo hacia la casa, provocó que su corazón diera un vuelco.

Se levantó y caminó tan rápido como pudo hasta la puerta, abriéndola sin esperar a que el niño llegara.

—Señora Virginia, me han dicho que necesita ayuda... —dijo casi sin aliento—. ¿Es verdad que su esposo ha desaparecido?

—Hola Aloiki —le sonrió al ver la disposición del niño—. Eso parece, salió hace dos días... fue... —pensó en algo qué decir, pero no tenía respuestas, no tenía absolutamente nada—. No sé a dónde fue —confesó en voz baja.

—Eso no ayudará mucho —expresó en su muy básico inglés y se rascó la cabeza—. Piense usted a dónde pudo haber ido.

Candice caminó de nuevo hasta el sofá y se sentó, sin tener nada que responder, pero no dejaba de pensar, mientras el niño la miraba atentamente y la señora Sailele estaba en la cocina lavando los biberones de la niña e hirviendo agua.

De repente a la memoria de Candice llegaron las palabras de Benjamin, cuando estaban en los géiseres marítimos y el guía turístico les hizo la advertencia de no acercarse a ellos.

“Dejar que uno de esos huecos te trague, es una buena opción por si quieres desaparecer”.

Se levantó rápidamente, con el miedo y la desesperación latiendo en cada célula de su ser.

—Voy a buscarlo, sé dónde puede estar... Aloiki, ¿puedes acompañarme? No sé cómo llegar sola.

—Claro señora Virginia, me conozco la isla como la palma de mi mano —dijo con seguridad y orgullo.

—Ya regreso —aprovecharía que la señora Sailele estaba en la cocina y se le escaparía.

Fue hacia la habitación y se puso un abrigo largo sobre su vestido de algodón, también agarró una capa impermeable y un paraguas, se quitó las pantuflas y se calzó unas botas de hule que le llegaba justo debajo de las rodillas.

En el quicio de la puerta de la habitación, la señora Sailele le bloqueaba el camino.

—Niña, no puedes salir, tan solo hace un par de días que diste a luz, no puedes salir con este tiempo... es una locura.

—Ya ha dejado de llover... seguro que en unos minutos saldrá el sol.

—O en unos minutos puede empezar a llover nuevamente —dijo otra opción que era mucho más probable.

—Por favor, no sea pesimista, necesito encontrar a mi esposo.

—Aunque no siguiera lloviendo, los caminos están enlodados, por favor... Virginia, debes ser consciente, puedes morir —le dijo con la voz cargada de angustia y mirándola a los ojos.

—Eso no pasará, prometo que me cuidaré... por favor, cuide de mi bebé —suplicó tomándole las manos.

La mujer negó con la cabeza y en su rostro se reflejaba que estaba totalmente en desacuerdo con la actitud de la chica.

—Si empieza a llover, se la traigo enseguida —intervino Aloiki, quien hasta el momento era el único que había comprendido la angustia que embargaba a Candice.

Sailele no pudo seguir negándose ante la mirada de súplica que la joven le dedicaba y asintió.

—Ve con cuidado. Cuando regreses, te estará esperando un tazón de avena bien caliente —concedió al fin.

—Gracias, prometo que iré con cuidado.

Candice caminó hacia la salida con paraguas en mano, pero antes de salir, regresó hasta donde tenía un pequeño altar en honor a la virgen María.

—Madre, ayúdame a encontrarlo, ilumíname el camino, es tu hijo también,

por favor, no lo abandones, no lo hagas ahora, cúbrelo con tu manto — hablaba con la figura de porcelana, mientras le prendía una vela blanca—. Mi fe contigo —se hizo la señal de la cruz y caminó de nuevo a la salida.

—¿A dónde vamos? —preguntó el niño acoplándose al paso lento de la señora Virginia.

—Vamos a los géiseres —explicó abriendo el paragua y le pasó la mano por encima de los hombros a Aloiki, pegándolo a su cuerpo, para resguardarlo de la fina llovizna.

—Eso está muy lejos, queda al otro lado de la isla, desde aquí tenemos que atravesar la selva Falealupo y se han caído la mayoría de los puentes colgantes.

Cada palabra que salía de la boca del niño laceraba la esperanza de Candice.

—Caminaremos hasta donde sea posible —comentó aferrándose a esa necesidad de hacer algo por Benjamin.

—No será mucho lo que podremos avanzar, pero... —el niño dio un brinco de emoción—. ¡Ya tengo una idea! Podemos ir al resort Le Lagoto, tengo un primo que trabaja ahí como chofer, es quien lleva a los turistas a conocer toda la isla.

Candice sonrió, convencida de que eso sería de gran ayuda, solo le rogaba a Dios que el primo de Aloiki pudiese llevarlos.

—Entonces, no perdamos el tiempo.

Caminaron entre calles enlodadas y las botas de ambos se le enterraban en el barro, dificultándoles el camino. Buscaban la manera de caminar sobre el pasto mojado y el niño sostenía con fuerza la mano de la señora Virginia, para que no resbalara, sabía que una caída para ella podía ser dolorosa y sobre todo peligrosa.

Cuando por fin llegaron al resort, Kahua el primo de Aloiki estaba un tanto ocupado, hablando con algunos turistas en recepción, todos tenían las caras algo consternadas.

Él se percató de la presencia de su primo y de la chica rubia que lo acompañaba y al ademán de llamado que le hizo el niño, le correspondió con otro, indicándole que esperara.

La dificultosa caminata había inflamado un poco las zonas maltratadas por el parto de Candice, provocando una dolorosa molestia, pero así no pudiese con el dolor, no le diría nada al niño y seguiría adelante.

—¿Qué haces aquí Aloiki? —después de la pregunta regañada, miró a la chica que lo acompañaba—. Buenos días.

—Kahua, ella es la señora Virginia... la vecina de la señora Sailele, su esposo ha desaparecido a causa de la tormenta y es preciso que nos ayudes.

—Lo lamento —le dedicó una mirada realmente cargada de sinceridad a Candice—. ¿Ya informó a los rescatistas? No sé cómo podré ayudarle.

—No, aún no he reportado a las autoridades su desaparición, pero ya varios amigos lo están buscando, solo que creo que están en la dirección equivocada. Por favor, ¿podrías ayudarme? —imploró mirándolo a los ojos.

—Su esposo fue a los géiseres —le informó el niño—. ¿Puedes llevarnos?

—No, eso no será posible, justo acabamos de suspender el recorrido de hoy, porque los caminos están muy enlodados y hay muchos árboles caídos en el camino.

—Por favor, no será como turista, no quiero ver el paisaje, solo necesito encontrar a mi esposo.

—Será mejor que avisemos a los rescatista, ellos pueden hacer un mejor trabajo.

—Entiendo, podemos avisar a los rescatistas, pero mientras ellos se organizan, el tiempo sigue pasando y mi esposo puede estar en peligro —a Candice las lágrimas se le desbordaron.

—Está bien —el chico que no alcanzaba los treinta años, se condolió al ver a Candice llorar—. Voy a avisar en recepción, para que ellos se encarguen de comunicar mi salida a mis superiores e informen al equipo de emergencia, mientras ustedes suban al jeep.

—Gracias —dijo Candice casi sin aliento, al tiempo que Aloiki tiraba de su mano, arrastrándola al vehículo que estaba estacionado frente a la puerta principal.

En un par de minutos emprendieron la búsqueda, Kahua conducía tan rápido como podía y Candice cerraba los ojos, tragándose los jadeos de dolor. Apretaba los puños, enterrándose las uñas en las palmas, cada vez que el todoterreno caía en huecos.

Realmente los caminos estaban en muy malas condiciones e inundados, tanto como para que ellos estuviesen siendo salpicados por barro.

Hicieron un recorrido de casi tres horas, era poco lo que les faltaba para llegar a su destino, pero un gran árbol truncándoles el paso, les estampaba en la cara que hasta ahí llegarían.

—Podremos seguir caminando —dijo Candice, bajándose con dificultad del jeep.

—No lo creo prudente... podrían haber más árboles sentados por los relámpagos —acotó Kahua, admirando cómo algunas ramas de grandes árboles pendían de muy poco y en cualquier momento podrían venirse abajo.

—Solo un poco más...

—Yo la acompañaré —Aloiki no desistía en ayudar a la señora Virginia.

—Deben tener mucho cuidado, me quedaré aquí y comunicaré por radio al resort.

—Gracias, muchas gracias Kahua.

Lo que más tranquilizaba a Candice era que al menos había dejado de lloviznar.

Con la ayuda de Aloiki y Kahua, logró vencer el gran obstáculo que significaba el tronco del árbol. Siguió su camino al lado del niño.

Candice se llevó una vez más la mano al pecho y empuñó la medalla, suplicando por un poco más de valor, porque el dolor en su entepierna y caderas la estaba torturando.

—Padre —murmuró mientras seguía con su camino—. Madre, respiración de la vida, fuente del sonido, acción sin palabras, creador del cosmos; haz brillar tu luz dentro de nosotros, entre nosotros y fuera de nosotros, para que podamos hacerla útil —imploraba al único ser que le brindaría el valor, mientras Aloiki la miraba de soslayo y seguía muy lento el paso de ella—. Ayúdanos a seguir nuestro camino, respirando tan solo el sentimiento que emana de ti; nuestro yo, en el mismo paso, pueda estar con el tuyo, para que caminemos como reyes y reinas, con todas las otras criaturas; que tu deseo y el nuestro sean uno solo, en toda la luz, así como en todas las formas, en toda existencia individual, así como en todas las comunidades; haznos sentir el alma de la tierra dentro de nosotros, pues de esta forma sentiremos la sabiduría que existe en todo; no permitas que la superficialidad y la apariencia de las cosas del mundo nos engañen y líbranos de todo aquello que impide nuestro crecimiento; no nos dejes caer en el olvido de que tú eres el poder y la gloria del mundo, canción que se renueva de tiempo en tiempo y que todo lo embellece; que tu amor esté solo donde crecen nuestras acciones —suspiró y parecía que no avanzaban, porque el mismo paisaje se repetía una y otra vez, hasta volverse infinito y sentir que el rocío de los árboles le mojaba el rostro.

De repente un pedazo de tela celeste enterrada en el barro llamó su atención, aligeró el paso y al agarrarla se percató de que era la camiseta de Benjamin, mil emociones se estrellaron dentro de ella. Pensó que tal vez estaba cerca del hombre que adoraba, pero temía las condiciones en las que pudiese encontrarlo.

—¡Ben! ¡Benjamin! —lo llamó con fuerza, ante la mirada desconcertada de Aloiki.

—¿Esa camiseta es del señor Dankworth? ¿Está llamando a su esposo? —preguntó con grandes interrogantes reflejadas en las pupilas.

—Sí, es de mi esposo —aseguró con la garganta inundada y el temor haciendo mella en su ser.

—¡Señor Ralph! ¡Señor Ralph! —se llevó las manos a la boca, creando un altavoz, para que su voz alcanzara más distancia e hiciera eco.

—Su segundo nombre es Benjamin —comentó Candice, sintiéndose asustada además de nerviosa, porque en medio de la desesperación había dejado ver delante del niño, el verdadero nombre del que ni siquiera era su esposo, eso ya le había pasado delante de la señora Sailele, últimamente de estaba dejando llevar por la angustia u no media sus palabras.

A pesar de llamarlo por los dos nombres, no tuvieron respuesta, Candice no soltaba la camiseta que estaba pesada por el barro y siguieron caminando sin darse por vencidos.

—Lo he perdido... ha desaparecido —Candice se echó a llorar perdiendo las esperanzas, despertando a la dolorosa realidad de que una vez más debía enfrentarse a la muerte del hombre que amaba.

—Ya no llore señora Virginia, seguro que vamos a encontrarlo —dijo tomándole la mano en un gesto de consuelo—. No pierda la esperanza... los samoanos siempre decimos, que por más oscura que sea la noche y tenebrosa la tormenta, tenemos la certeza de que el sol volverá a brillar en un nuevo día... *Somewhere over the rainbow* —empezó a canturrear mientras le sonreía y la instaba a caminar—. *Way up high, and the dreams that you dreamed of once in a lullaby...*

Candice no era pesimista, pero tampoco podía hacerse la ciega ante la triste realidad e intentaba mostrarse positiva delante del niño, mientras se limpiaba las lágrimas y escuchaba atentamente cómo canturreaba *Somewhere Over the Rainbow* y como una epifanía, en ese momento un hermoso arcoíris de brillantes colores aparecía detrás de las montañas, hasta el Océano Pacífico.

CAPÍTULO 46

Benjamin se sentía realmente débil, anhelaba avanzar hacia su destino, pero el agotamiento del que era víctima no se lo permitía, cuando conseguía caminar algunos metros, terminaba desplomándose y se desmayaba por intervalos de tiempo que no podía contar, era como si su cuerpo fuese dominado por algo que pretendía mantenerlo atado en esa selva, en medio del frío lodo.

Había sido víctima del más cruel de los juegos. La culpa y el dolor le talaban el alma, esa a la que su cuerpo aún no se acostumbraba, se sentía realmente pesado, con una opresión que le impedía respirar con normalidad y su memoria en un constante juego macabro, le lanzaba una y otra vez el momento en que se descubrió a punto de asesinar a una pequeña inocente, una niña que él mismo había engendrado.

Ni siquiera estaba seguro de si Candice lo quería realmente o si también había sido manipulada; temía que ella también terminara despertando a la realidad y se diera cuenta de que le había arruinado la vida.

—No quiero verlo más... no quiero —tirado en un charco con el cuerpo tembloroso, miró a través del follaje de los altos y frondosos árboles, al cielo que aún se encontraba gris—. Por favor, no quiero verlo más... aléjalo... ¿por qué a mí? ¿Por qué yo? ¿Qué te hice? Permitiste que entrara en mi vida... yo no lo pedí, no lo pedí... ahora soy igual que él, me olvidaste, siempre lo hiciste... siempre —balbuceaba en medio de un cansado llanto.

—Ben, tranquilo, mi pequeño Ben... mi hermoso niño —un dulce susurro calaba en sus oídos, pero él no podía ver nada, aunque sí podía sentir un tibio roce en su frente.

Reconoció ese tono de voz, ese que tanto había extrañado, esa voz

maternal que le hizo falta la mayor parte de su vida. Estaba seguro de que solo era producto de su imaginación, que solo la estaba imaginando, como constantemente lo hacía cuando se encerraba en su habitación de su casa en Suiza, después de haber sido maltratado por su madrastra.

La estaba imaginando y ya eso no servía de consuelo; por el contrario, lo estaba torturando. Pensó que seguramente era Iblis, burlándose de su dolor.

—No más, no más... Lo siento, de verdad lo siento —rompió en llanto y estaba tan debilitado que ni siquiera conseguía las fuerzas suficientes para llevarse las manos a los oídos y evitar escuchar esa treta diabólica.

—Ben, mi niño de ojos hermosos... aquí estoy —la voz calaba en sus oídos, intentando tranquilizarlo un poco.

Benjamin sintió que le acunaban el rostro y le prodigaban caricias, como las que solo una madre sabía ofrecer.

—Mamá, madre... —una gran nube blanca le limitaba la visión, solo podía distinguir una figura femenina frente a él, era esa la que lo estaba consolando.

—Perdón, perdóname Ben... —sollozó.

—Soy yo el culpable, madre... te asesiné de una forma espantosa.

—Pero yo lo hice mucho antes, lo hice cuando no luché por ti... cuando simplemente dejé que tu padre te llevara con él, porque en ese momento solo pensaba en mí, fui egoísta... Desde ese momento acabé con tu alma, mi niño.

—No importa lo que digas... no importa, porque eso no cambia nada, seguirás muerta... y yo necesito terminar con esto, es preciso que también muera —en vano intentó levantarse, en ese momento su cuerpo pesaba una tonelada, era como si el barro se hubiese convertido en cemento.

—No fue tu culpa... he comprendido cosas, que por ahora tú no podrás entender.

—No voy a excusarme, actué consciente.

—Pero no por voluntad. Ahora estoy bien.

—No, no después de lo que te hice... estoy maldito —balbuceó y estaba ahogándose con la mezcla de lágrimas y saliva.

—Tú no hiciste nada, estoy bien... solo mírame. Desea mirarme y podrás hacerlo. Estoy aquí, a tu lado.

—No, no puedo hacerlo... no puedo —lloraba como nunca lo había hecho, sintiéndose totalmente indefenso; no obstante, su corazón anhelaba ver una vez más a su madre y eso fue suficiente para que la nube que vetaba sus ojos se disipara y pudiera verla claramente.

Ahí estaba su madre, acucillada a su lado y no como la última vez que la recordaba, no había ni una gota de sangre manchando su hermosa piel, ni una sola herida abriéndole la carne, estaba intacta. Maureen, estaba tan hermosa como las veces que lo acompañó a los estrenos de sus películas y le regalaba la misma sonrisa cargada de ternura y orgullo.

—Todo va a estar bien... El único que puede juzgarte es Dios y él lo sabe, está al tanto de todo. Conoce tu corazón y por eso ha intervenido. Ben, todo ha terminado y ya no podrás ser manipulado, pero solo podrás encontrar redención a través del amor.

—¿Lo has visto? ¿Cómo es? ¿Realmente es bueno? —preguntó refiriéndose a Dios.

—No diría que es bueno, diría que realmente es justo... es el único que sabe lo que es la justicia. No debemos ponerle caras a Dios, si quieres saber cómo es, solo debes mirarte en un espejo y justo ahí lo encontrarás.

—Yo no podré ser justo, no podré ser como él, ni siquiera podré vivir con esto... ¡No! Estuve a punto de matar a mi hija, iba a hacerlo, podría hacerlo más adelante, yo no sé amar, la habría asesinado como hice contigo y con Karen.

—Por eso te miré a través de sus ojos, para hacerte reaccionar... Ya nada malo pasará, puedes estar seguro de eso —le hablaba acariciándole los cabellos—. Ya no eres un peligro para nadie, ni siquiera para ti mismo. Karen también te ha perdonado. Está segura que ese hombre que la asesinó, no era el Benjamin al que ella tanto quería.

—Madre —chilló y extendió su mano, acariciándole el rostro, sintiéndolo suave y tibio, provocándole la misma sensación de regocijo, como cuando apenas tenía cinco años.

—Vas a superar esto, no debes sentir culpa, no fue tu mano la que actuó, no fue tu corazón, eras manipulado, eras prisionero.

—No es fácil... yo... no puedo creerlo. Soy consciente, no hay forma de que pueda aceptar lo que he hecho, no encontraré la manera de superarlo.

—Sí la encontrarás, ama a tu hija y tendrás la salvación, el amor de un padre es el perdón a todos los pecados. Ahora que lo eres, sabrás que yo siempre te amé, que aunque me separaron de ti, siempre estuviste conmigo, así como Harold también te ama. Aunque él aún no se perdona haberte abandonado cuando más lo necesitaste, haberte dejado encerrado en ese lugar, para que siguieras a merced de ese ser tan malvado. Muy tarde supo

que eras inocente, solo cuando fue capaz de comprender la justicia divina... Ahora sabemos quién es el verdadero culpable y tú mi pequeño, no lo eres.

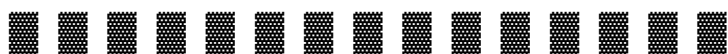
—Madre... nunca sentí remordimiento, no sentí dolor por lo que te hice, sí te extrañaba, pero no me dolía —confesó sin dejar de acariciarla.

—Esa pequeña parte que me extrañaba era mi hijo, quien no sentía remordimiento no era más que ese ser que sembró en ti maldad y encarceló tu alma, para que no te arrepintieras. El arrepentimiento es la mayor muestra de humildad y amor, solo debes recordarlo y vivir de los hermosos momentos que nos brindamos el uno al otro y quiero que solo tengas presente esta despedida, olvida lo que sembraron en tu cabeza, porque no fuiste tú mi hijo quien lo hizo —le depositó un beso en la frente—. Te amo, mi niño, siempre serás mi pequeño Ben.

—Mamá... lo siento —balbuceó sin poder creer que Maureen estaba frente a él, ni siquiera estaba seguro si eso era o no producto de su traumada imaginación.

—Lo sé... ahora debo irme, ya vienen por ti —le hizo saber con una dulce sonrisa. Él la miró una vez más a los ojos azules, los cuales lo llenaron de una paz infinita.

Una vez más, la debilidad lo venció, dejándolo sin voluntad. Perdió la conciencia en medio de la selva y sobre el helado barro.



Poco a poco fue saliendo del letargo, ya no sentía frío, mucho menos la humedad del barro, ni el olor a lluvia concentrada en la selva.

Un característico y constante chirrido inundaba sus oídos, no estaba seguro de si solo era producto de su imaginación o si ciertamente Candice estaba alimentando a Spoty, como solía hacer todas las mañanas.

Abrió lentamente los ojos, sintiendo los párpados muy pesados y una sensación arenosa los abrumaba, pero a medida que parpadeaba iba cediendo y el paisaje frente a sus ojos se esclarecía.

—Que linda mi amor, así... ¿quieres más? —Candice hablaba con infinita ternura, mientras él regresaba a la realidad.

Benjamin la buscó con la mirada y pudo verla sentada en una mecedora a

su lado, con un pequeño bultito entre los brazos, estaba seguro de que era su hija y la estaba alimentando.

Ella no era consciente de que la estaba mirando, de que con cada segundo que pasaba él se reencontraba con la que había considerado “su salvación”, pero no fue hasta ese instante, en que verdaderamente sabía el significado de esa palabra.

Había perdido su vida en el cine, algo que verdaderamente le apasionaba. Estaba seguro de que ya nunca más podría regresar a la gran pantalla, pero había ganado a una mujer incondicional, una que había cometido muchas locuras por él y le había dado una hija.

Realmente se sentía como si acabara de despertar de una terrible pesadilla, se sentía aliviado, como si todo lo vivido no hubiese sido real, pero lamentablemente el recuerdo lo torturaría toda la vida.

Su mirada azul viajó del hermoso rostro de Candice, el que había descubierto más lindo que nunca, al de la niña que se aferraba con gran entusiasmo a la mamila. Esos cachetitos sonrojados y regordetes le produjeron una extraña sensación en el pecho, algo que empezaba a abarcarlo todo, era una grandeza inexplicable.

Sentía una gran vergüenza, quería estar ahí, seguir admirando ese tierno espectáculo, pero sin ser visto, no quería que Candice lo descubriera, realmente sentía que no tenía el valor para afrontar esa situación, definitivamente no la merecía.

En ese instante, ella levantó la mirada y se percató de que estaba despierto. La gran sonrisa que le regaló, iluminó su caótico mundo; no obstante, sus temores internos rugían ferozmente y de manera inevitable, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¡Ben! —mostró algarabía al verlo despierto y dejó de alimentar a la niña, quien empezó a protestar en medio del llanto—. Lo siento, es una comelona —se sonrojó y tuvo que regresar a su labor de darle el biberón—. En un segundo te atiendo, seguramente estás muerto de hambre.

Ella parloteaba, mostrándose feliz y esta vez a él no le molestaba, solo le parecía graciosa la manera en que hablaba, sin esperar ningún comentario de su parte.

Él no se atrevía a hablar, porque no encontraba las palabras precisas para saludar y sin poder evitarlo, las lágrimas empezaron a bajar por sus sienes.

—Perdón —fue lo que consiguió expresar con la voz ronca y la garganta

inundada en lágrimas—, perdóname Candice —volvió a suplicar en medio de un sollozo.

Candice empezó a negar con la cabeza, sintiéndose maniatada, porque dejar de alimentar a su niña no era una opción, debía terminar con eso y después acercarse a Benjamin, como tanto lo anhelaba.

—¡Señora Sailele! —llamó a la mujer que se encontraba en la cocina, ayudándole a preparar una sustanciosa sopa, para cuando Benjamin despertara.

En contados segundos la dama de rostro felino y piel bronceada, se presentó en la habitación.

—Ha despertado —comentó la señora Sailele, mostrándose verdaderamente feliz.

—¿Podría ayudarme? —le pidió, dejando el biberón sobre la mesa que tenía al lado—. Solo falta sacarle los gases.

—Sí, claro —dijo emocionada, le agradaba mucho la oportunidad que estaba teniendo de volver a tener niños en sus brazos, ya sus tres hijas se habían casado y marchado de Samoa, dos estaban en Hawái y la otra se había ido a Canadá, dejándola sola con su esposo, bien sabía que los hijos terminaban tomando caminos alejados de los padres, algo para lo que se había preparado; sin embargo, aún no se acostumbraba. Muchas veces anhelaba regresar el tiempo y poder vivir por lo menos unos minutos con ellas, cuando apenas eran unas niñas.

La mujer tomó a la niña y se encaminó a la puerta, para brindarle la privacidad que la hermosa Virginia necesitaba, mientras que el señor Ralph seguía atentamente con la mirada a la pequeña.

Candice se sentó al borde de la cama y él se incorporó un poco, quiso levantarse, pero realmente se sentía muy débil, le dolía la unión de las extremidades y la espalda, mientras las lágrimas seguían ahogándole los ojos.

—Perdóname Candice, estuve a punto de cometer una locura... —ella le agarró una mano y seguía negando con la cabeza—. Es preciso que me marche, necesito irme lejos, pero antes, te llevaré de regreso a tu casa, con tu familia.

—Ben, yo no quiero ir a ningún lado, mucho menos quiero que tú lo hagas, no quiero que me dejes... Te quiero y te quiero aquí, conmigo, con nuestra hija.

—No, no me quieres... solo has sido influenciada, no me quieres, no

puedes querer a alguien como yo, soy un asesino —susurró las última palabras, temiendo que la señora Sailele lo escuchara.

—No digas esas cosas, nadie me ha influenciado.

—No puedes comprenderlo. Cuando él sepa que no hice lo que debía, hará que te des cuenta del monstruo que soy, vas a rechazarme y te arrepentirás de todo lo que has hecho.

—¡No! Nadie me hará cambiar de parecer, no van a cambiar mis sentimientos.

—No puedes entenderlo.

En ese momento, Candice le llevó las manos al rostro y le limpió las lágrimas.

—Quien no puede entenderlo eres tú, todo lo que siento por ti es verdadero, es puro e inmenso y nadie va a influenciar en ello.

Benjamin estaba seguro de que Candice no lograba comprender, ella no podía ver más allá de esa devoción hacia él con que Iblis la había sugestionado y no le quedaba nada más que hacer, aunque sintiera que el gran vacío que le provocaba tener que alejarse de ella lo estaba consumiendo, debía tomar la decisión de marcharse, por el bien de los dos, debía intentar enmendar los errores que aún tenían solución.

—Pero yo debo alejarme —dijo mirándola a los ojos, percatándose de cómo se le llenaban de lágrimas—. Me iré... lo siento, pero no puedo estar a tu lado, ahora no puedes comprenderlo —con su dedo pulgar atrapó una de las lágrimas que se le derramaron a Candice.

—Te amo y creo que eso es lo que debería importarte.

—Eso no cambia lo que soy, lo haré por tu bien... me iré esta noche, voy a dejarte todas las cosas, las joyas y prometo que te enviaré dinero para que cuides de nuestra hija.

—Me duele saber que mi amor no es suficiente para hacerte cambiar de parecer, el dinero no llenará el hueco que vas a dejar —sorbió las lágrimas y sollozó, pero también se alejó de él, comprendiendo que tal vez Benjamin no quería estar con ella y no podía obligarlo. Se levantó y trató de mantenerse en pie, aunque las piernas le temblaban.

—Tu amor es lo único verdadero que he tenido y no quiero destruirlo —confesó tomándole apenas los dedos de una de las manos, sintiendo tanto poder en ese simple toque.

—Ya lo estás haciendo polvo —retrocedió varios pasos, sin apartar la

mirada de él, mientras se limpiaba las lágrimas. Justo al llegar al umbral, se dio media vuelta y salió.

Candice se hizo cargo de la niña que ya estaba dormida, la llevó a su cuarto y le pidió a la señora Sailele que por favor le llevara un poco de sopa a Benjamin.

La mujer no pudo ocultar la tristeza en su mirada, sabía que algo estaba mal entre los jóvenes esposos.

—Piense muy bien las cosas —le dijo a Benjamin cuando le hizo entrega del tazón humeante—. Usted es el hombre de la familia, el único que puede defenderlas, si no quiere hacerlo por amor, al menos hágalo por honor —le dijo y salió de la habitación.

Benjamin se quedó con la taza entre las manos sin saber qué decir, Sailele no le había dejado opciones para explicarse.

Ella no podía comprender que era él quien representaba el mayor peligro para Candice y su hija, que alejarse era su única manera de protegerlas. Temía que Iblis regresara a susurrarle lo que se le diera la gana, que volviera a apresarle la voluntad.

CAPÍTULO 47

Benjamin guardó la última prenda en su pequeño bolso, no necesitaría de muchas cosas, ni siquiera quería llevar ropa que le recordaran a Candice, porque ella se las había comprado.

Ella no quiso ver cómo Benjamin estaba preparándose para su partida, se encontraba sentada en la sala, con la niña en brazos y Spoty acostado a sus pies, frente al televisor apagado, mientras la vela que le había encendido durante la tarde a la virgen María, suplicándole para que Benjamin no la abandonara, se estaba extinguiendo y él no cambiaba de parecer, se marcharía dejándola sola, en lo que alguna vez había sido el paraíso de ambos.

La señora Sailele ya se había marchado a su hogar, agradecía infinitamente toda la ayuda que le había ofrecido en los últimos días, sin ella tal vez ni siquiera estaría viva.

Escuchó los pasos de Benjamin, eran lentos, como si él mismo no estuviese seguro de la decisión que había tomado, pero ella no volvería a suplicarle porque se quedara, no quería obligarlo a estar en un lugar en el que él no deseaba permanecer.

Benjamin tenía pensado caminar hasta el área de los resorts, de ahí tomaría un taxi que lo llevara al pequeño aeropuerto y subiría a la avioneta que lo llevaría a Apia.

Candice lo pudo sentir parado detrás de ella y a través de la oscura pantalla del televisor pudo ver cómo observaba a la niña, quien estaba dormida en sus brazos; a esa hora su bebé debía estar acostada en su moisés, pero ella necesitaba desesperadamente aferrarse a una luz de esperanza, para no derrumbarse, para recordar que debía soportar esa separación por el diminuto ser entre sus brazos.

Benjamin se acercó y le dio un beso en los cabellos a Candice, quedándose más tiempo del normal, inhalando profundamente el aroma a rosas, para poder conservarlo el mayor tiempo posible. Esperaba que al menos le durara un poco más que aquel cabello de su madre, el que se le había quedado prendado del abrigo cuando apenas era un niño y tuvo que despedirse de ella.

Se grabó en las retinas la hermosa carita sonrojada, nunca había tenido la oportunidad de ver a un querubín, pero estaba seguro de que su hija era lo más cercano a esos seres especiales.

Antes de hablar se tragó las lágrimas, para evitar que Candice se diera cuenta de que estaba destrozado.

—Adiós Candice... en cuanto me instale te enviaré dinero —dijo posándole una mano en la cabeza.

Ella se encontraba inmóvil, ni siquiera podía encontrar palabras para despedirse, así que no lo hizo.

Benjamin esperó por varios segundos que ella le dijera algo, pero al ver que era una causa perdida, decidió salir de la casa, llevando tan solo un pequeño bolso.

Cuando la puerta se cerró, Candice cerró fuertemente los ojos, obligándose a no llorar, pero era en vano, los sollozos estallaron haciendo eco en la sala. Sentía que le habían arrancado de raíz una de las partes indispensables de su vida. Una vez más, se enfrentaba a esa horrible sensación de pérdida que tanto odiaba, pero ahora no tenía el consuelo de sus hermanos, solo estaba ella y debía ser fuerte por su hija.

Benjamin caminaba y constantemente se limpiaba las lágrimas que resbalaban por sus mejillas, sin conseguir retenerlas por mucho tiempo; en la oscuridad del camino de tierra, se permitió llorar la amarga despedida.

Antes de llegar al resort donde pediría un taxi, tuvo que sentarse sobre una roca, para intentar calmarse, miraba al cielo que esa noche estaba completamente estrellado, millones de luces titilantes parecían que lo arropaban.

Al llegar al resort, le informaron que la avioneta no salía por la noche y que debía esperar hasta el día siguiente a primera hora, por lo que se pidió una habitación para pasar la noche. Aunque intentó dormir, no consiguió hacerlo.

Al día siguiente, muy temprano llegó el taxi que lo llevaría al aeropuerto de Maota, donde lo esperaba la avioneta. Los cuarenta minutos que duraba el

recorrido, lo hizo con la mirada anclada en la costa que bordeaba la carretera, percatándose de que aunque había vivido en ese lugar por casi siete meses, nunca llevó a Candice a la playa, solo fueron un par de veces mientras estuvieron en el resort, pero después de mudarse a la casa, no había sido realmente especial con ella, ni siquiera conocían la cascada que les quedaba muy cerca y de la que todos los habitantes hablaban maravillas.

Solo en ese momento se daba cuenta de que no le había mostrado a Candice el paraíso que ella tanto adoraba, que prácticamente la mantuvo encerrada, que nunca se animó a hacerla verdaderamente feliz, eso para él no era lo más importante; él era egoísta y alejarse en ese momento lo dejaba completamente claro.

Divisó la avioneta blanca con franjas verdes, pagó los dos puestos, porque no esperaba a que llegara otra persona. Solo por protocolo saludó al piloto de la aeronave y subió con su equipaje de mano.

Un hermoso resplandor dorado en el horizonte anunciaba la pronta salida del sol, que como una promesa daba paso a un nuevo día.

Se abrochó el cinturón de seguridad y tragó para pasar el nudo que se le había atorado en la garganta, la avioneta empezó a deslizarse por la autopista, dejando atrás lo que tal vez hasta el momento había sido lo más importante en su vida.

Quería dejar de pensar en Candice, pero ella llegaba constante y precisa, todo eso que la relacionaba se le aferraba a la memoria, hasta que la voz cautivadora de Iblis hizo eco en sus oídos.

“Yo decido lo que pasa con Candice... es mía, quiero que eso lo tengas muy claro”.

Con rapidez se desabrochó el cinturón de seguridad y se levantó.

—Deténgase —el hombre volvió la cabeza ante la arrebatada actitud del pasajero.

—Siéntese, no puede estar levantado.

—Necesito bajar ahora, de inmediato. ¡Pare esta cosa! —exigió dando un par de zancadas hasta la puerta de emergencia de la pequeña aeronave, amenazando con abrirla.

—Espere un minuto —pidió el contrariado copiloto, apegándose a todo el procedimiento para detener la avioneta.

Apenas se detuvo, Benjamin bajó rápidamente y con bolso en mano corrió de regreso al aeropuerto. Necesitaba llegar cuanto antes, apenas comprendía

que él nunca había sido el verdadero objetivo de Iblis, que no había sido más que un medio para llegar a Candice y que el muy maldito siempre había estado en la vida de ella, era él quien siempre protagonizaba sus pesadillas, esas que había tenido desde niña.

Sentía que no podía respirar, el aliento le quemaba en la garganta; no obstante, seguía corriendo a toda prisa, implorando por llegar a tiempo.

Él le había dado a Iblis el poder para acercarse a Candice, ya lo había usado para aprovecharse de ella, no quería imaginar cuáles eran las verdaderas intenciones que tenía con Candice y su hija, suponía que parte de todo lo que estaba pasando era orquestado por él, que era quien le había implantado esa idea de querer marcharse y dejarla sola.

Sin aliento llegó a la edificación, empujó la puerta de cristal, volvió a llenarse los pulmones de una bocanada de aire y corrió una vez más, hasta que llegó a la salida, donde estaban estacionados un par de taxis.

Le costó al menos un minuto recobrar la respiración y que el corazón bajara un poco el ritmo de los latidos desenfrenados.

Se acercó a uno de los taxistas y le dio la dirección de su casa, pero el chofer no logró ubicarse, por lo que le pidió que lo llevara al menos hasta el resort Le Lagoto. Esos fueron los cuarenta minutos más largos de toda su existencia, en algunos momentos deseaba bajar y correr, suponiendo que tal vez podría ser más rápido que el vehículo.

Al llegar al resort, corrió con desespero por las calles de tierra y como si Dios pusiera en su camino a un motorizado, le hizo mil y una señas para que se detuviera, nunca antes había agradecido la amabilidad de los samoanos, como lo hizo en ese momento en que el hombre permitió que subiera a su deteriorada moto.

Le suplicó que lo llevara a su casa, sin ningún tipo de objeción el hombre emprendió el recorrido hasta su hogar. Solo esperaba que Iblis no hubiese aprovechado que él no estaba para hacerle daño a Candice.

Sabía que simplemente era un humano y que ante la fuerza sobrenatural de ese ser, no podía hacer nada, pero al menos tendría la certeza de que moriría cuidando de Candice y su hija.

Casi se lanzó de la moto y en medio de su carrera hacia su hogar, le agradeció al hombre. Por fuera todo se veía normal o tal vez demasiado silencioso, a esa hora ya Candice debía estar despierta, regando las plantas del jardín.

Con la palma de la mano tocó con insistencia la puerta.

—¡Candice! —llamó y sin dejar de tocar intentó ver por la ventana, pero las cortinas no le permitían divisar absolutamente nada—. ¡Candice! —con cada llamado el corazón aumentaba sus latidos y ella no aparecía para arrancarle de raíz esa zozobra.

De manera repentina se abrió la puerta y ahí estaba ella, con su camisón de algodón blanco casi transparente, el cabello revuelto y las huellas de que poco había dormido y mucho llorado. Nunca antes se había sentido tan miserable, porque estaba seguro de que todas las lágrimas que Candice había derramado, llevaban su nombre.

Sin dejarle tiempo a reaccionar, dejó caer su bolso en el suelo de madera y le llevó rápidamente las manos al cuello, halándola hacia él de manera arrebatada y le comió con demasiada premura la boca.

Llenó sus pulmones con el aliento de Candice, impactado al darse cuenta de que nunca antes había vivido, ni sentido esas emociones que despertaban en él sus besos, había tenido la oportunidad de probar muchas bocas, algunos besos actuados, otros verdaderos y arrebatados, de mujeres de todas las edades y razas, pero con su verdadera salvación, con la mujer que verdaderamente amaba, era totalmente diferente. Sus besos lo llevaban justo a la gloria, estar enamorado era la experiencia más extraordinaria, no cambiaría esa sensación ni por la mejor interpretación del mundo.

—Lo siento tanto —murmuró contra los labios de ella, sin dejar de revivir la sensación de sentir esa boca abriendo abismos en su interior.

—Shhh... shhh, tranquilo Ben, yo sé... yo lo sé —aseguró colocándole los dedos sobre los labios—. Sé por todo lo que has pasado, pero ahora todo está bien, puedo sentirlo, puedo ver que tu alma está en tu ser y no solo en tus pupilas —confesó acariciándole las mejillas y sintiéndose completamente feliz, porque su Ben había regresado y no pudo contener las lágrimas de agradecimiento y felicidad.

—No quiero hacerles daño... no quiero, te juro que no quiero, sé que no vas a creerme... —balbuceó con el corazón latiéndole a mil y llorando abiertamente.

—Te creo, claro que te creo, porque te amo y sé que a pesar de todo, me amas, eso lo sé, lo veía y lo sigo viendo en tu mirada.

—Estoy destrozado hermosa. Nunca te he dado las gracias y me has salvado, me has rescatado, yo no sé cómo pasó todo, ni siquiera conoces

verdaderamente cómo soy —empuñaba en sus manos los cabellos de Candice, como si de eso dependiera su vida.

—Tengo una vida entera para conocerte —aseguró regalándole una dulce sonrisa a través de las lágrimas.

—Tengo miedo... no quiero hacerte daño, no quiero que venga y una vez más susurre en mi oído, no quiero...

—No vas a perderme. En ti encontré mi hogar y él no va a regresar, no lo vamos a dejar entrar, porque vamos a creer en Dios, porque el mal no puede contra el bien... Yo siempre tuve fe en ti, desde que te vi por primera vez, supe que no eras una mala persona.

—Sí lo soy, asesiné a mi propia madre —se permitió dejar libre un sonoro sollozo.

—No lo hiciste, no fuiste tú... Ben, nada de lo que hagas podrá cambiar lo que ha sucedido, pero puedes aprender a vivir con ello. Tu madre debe saberlo, te has arrepentido y eso es lo que verdaderamente importa. Dios no nos abandonará y no necesitamos que se haga presente, ni nos susurre nada al oído para creer en él. Existe y es por esa razón que estamos aquí... Ahora, quiero que me acompañes a ver a nuestra hija, que la conozcas y que entre los dos elijamos su nombre —le pidió tomándole una mano y halándolo hacia adentro.

Benjamin se dejó arrastrar por Candice, mientras el corazón le martillaba fuertemente contra el pecho, temía acercarse a la niña y que se despertaran en él una vez más esos instintos asesinos y no tener la fuerza de voluntad para controlarse, pero también ansiaba verla de cerca, poder tocarla y sentir su suave piel.

Al entrar a la habitación, pudieron escuchar un chasquido de labios que se repetía constantemente, cuando se acercaron al pequeño moisés, descubrieron a la niña con los ojos abiertos y chupándose con gran insistencia los nudillos.

—Es una comelona —dijo Candice cargándola, le dio un beso en la mejilla y se la ofreció a Benjamin.

—Temo hacerle daño, se me puede escapar de las manos, es muy pequeña —las palabras se le atropellaban ante el nerviosismo, pero no dejaba de mirarla.

—Nada de eso va a pasar, solo cárgala, debes sostenerle la cabecita.

Benjamin, con manos temblorosas y el corazón desenfrenado, la cargó, sumergiéndose en esos hermosos ojos grises azulados.

—No pesa nada —sonrió enternecido, sin poder creer que esa pequeña había sido procreada por él, no se creía capaz de haber tenido participación en algo tan bonito.

—Eso dices ahora, después de cinco minutos cambiarás de parecer. Espera un segundo, voy por su biberón.

—No tardes, recuerda que no tengo experiencia con bebés.

—Yo tampoco, estoy aprendiendo —le dijo desde el umbral.

Benjamin caminó y con mucho cuidado se sentó al borde de la cama, sin apartar la mirada de esa carita que acariciaba con el pulgar, veía sus ojos esperando encontrar en ellos a su madre, como lo había hecho esa madrugada en que nació, pero por más que rebuscó en esas pupilas, no la halló.

Candice regresó y se le sentó al lado, con una sonrisa tierna y el corazón hinchado de orgullo de ver a su niña en los brazos del hombre que amaba.

—Te juro que la amaré, tanto como lo hago contigo. Te quiero Candice, cuando pensé que el doctor Rickfort iba a hacerte daño, me desesperé y quise morir... quise tener algún poder para salir de ahí y rescatarte, le pedí a Dios por ti y solo ahora puedo comprender por qué me sentí de esa manera —la miró a los ojos para que viera que era sincero—. Te amaba, lograste enamorarme, aun cuando no podía sentir, tú lo hiciste, llegaste con tu luz a rescatarme, tú lo hiciste posible desde el mismo instante en que entraste a ese cuarto oscuro y yo no pude darme cuenta.

—Pero yo sí me di cuenta, aunque tratabas de herirme y rechazarme, tu mirada brillaba. Ahí donde estaba tu alma, estaba tu amor —se acercó dándole un beso, ya no sabían a canela, pero igualmente le encantaba, le gustaba el sabor y las sensaciones que Benjamin le ofrecía.

—No fue una pesadilla, sabes que lo de Rickfort fue real, muchas de tus pesadillas eran reales —dijo mirándola a los ojos.

—Siempre supe que eran reales, pero nadie me creía... entonces empecé a hacerme a la idea de que todo era producto de mi imaginación y así no dejar que el miedo me venciera —explicó tragando saliva y angustia.

—Yo no lo invité —Benjamin intentaba explicarle a Candice cómo Iblis había irrumpido sin permiso en su vida—. Simplemente apareció, llegó cuando más necesitaba de alguien y me ofreció una amistad, la cual terminó cegándome, porque me ofreció todo lo que anhelaba...

—Ya no digas nada —dijo ella con una sonrisa nerviosa, llevándole los dedos a los labios, para que no siguiera con ese tema al que tanto temía y

porque no era el mejor momento para enfrentarlo—. Ya no lo nombres, no le des poder... vamos a alejarlo de manera definitiva, no lo pienses... no importa cómo, ni cuándo te tomó como prisionero, lo importante es que te has liberado y que el arrepentimiento te lleve más cerca de Dios —ante cada palabra que ella expresaba, él asentía; pues sabía que Candice tenía razón, que la única manera de alejarlo era dejando de nombrarlo, dejar de darle la importancia que Iblis siempre exigía.

Se acercó a ella, tanto como para respirar el cálido aliento, completamente decidido a cambiar el tema por uno más lindo.

—Génesis —murmuró él contra los labios de Candice—. ¿Podría llamarse Génesis? —preguntó mirándola a los ojos.

—El inicio de todo, el inicio de nuestras vidas en este hermoso paraíso... sí, se llamará Génesis.

Ambos bajaron la mirada a la niña, quien en ese momento les regaló una sonrisa, Ben la acercó más a él depositándole un beso en la frente y como le dijo su madre en medio del delirio, su redención la había encontrado en el amor a su hija.

—Juro por mi alma que voy a cuidarla, las cuidaré a las dos —volvió a besarla, embriagándose con el suave olor de su bebé, ese que en ese momento pasaba a ser su favorito.

CAPÍTULO 48

Candice adoraba su paraíso de montañas, surgidas de las antiguas fuerzas de un volcán, cubiertas por el espeso verdor de la selva tropical, con magníficas playas de arena blanca y negra, enmarcadas por exóticas palmeras. También en su edén había cascadas imponentes y agujeros inmensos de manantiales de aguas prístinas.

En ese momento se encontraba rodeada de personas, las que en los últimos meses le habían demostrado que se podía hallar familia en cualquier parte del mundo, que en el lugar más recóndito del planeta, se contaba con personas de corazones puros y almas nobles.

El sonido de la cascada acompañaba a su frenético corazón, el que golpeteaba cargado de dicha. Recorrió con su mirada el lugar, admirando lo inigualable de la naturaleza que la rodeaba, frente a ella estaba el gran salto de aguas diáfanas que bajaba entre piedras cubiertas por hiedra, el cielo despejado apenas se dejaba ver a través del espeso follaje de los altos árboles que parecían esconder como un mágico tesoro ese lugar.

A su lado derecho, donde el suelo cubierto por hierba y flores silvestres besaba el agua, desembocaban tres pequeños riachuelos. El pozo tenía la forma de un corazón inmenso y en sus aguas límpidas, danzaban cientos de flores tropicales, brindando un alegre colorido al lugar. Esa había sido la decoración natural para celebrar su unión ante Dios, con el hombre que estaba a su lado, cargando en sus brazos al producto de su amor, quien ya tenía cuatro meses de nacida y justo ese mismo día se la presentarían al ser supremo que ahora habitaba en sus corazones.

No solo se estaba casando con Benjamin, sino que también bautizarían a su hermosa niña de ojos azules.

A ambos el agua les llegaba por encima de las rodillas, nos les importaba mojar sus ropajes blancos, porque estaban en medio de la bendición de Dios.

—Ahora Señor, si yo tomo por esposa a esta hermana mía, no es por satisfacer mis pasiones, sino por un fin honesto —el sacerdote leía un pasaje de la biblia, del antiguo testamento, en la ceremonia de unión entre Candice y Benjamin, quienes para todos los demás eran Virginia y Ralph—. Compadécete Señor de ella y de mí y haz que los dos juntos vivamos felices hasta la vejez.

Benjamin trataba de mantener calmada a Génesis, pues la niña quería ir a los brazos de su madre, solo para quitarle la corona de flores; no obstante, estaba completamente atento a cada una de las palabras del sacerdote y de vez en cuando compartía miradas colmadas de amor y comprensión con la hermosa chica a su lado.

Después del beso que selló la unión de ambos ante los ojos de Dios y del sacerdote que les recordaba que “El amor es más fuerte que la muerte”, procedieron al bautizo de la niña, quien tuvo que irse a los brazos de sus padrinos, la señora Sailele y su esposo.

Cuando llegó el momento de echarle el agua, todos se acuclillaron para hundirla; ella salió algo asustada y con la respiración agitada, pero ante la sonrisa y tiernas palabras de su madre, volvió a llenarse de confianza y sonrió a sus padres, mientras un par de gotas se le balanceaban en las pestañas.

El sacerdote recogía agua con su mano y la derramaba sobre la cabeza de Génesis, bendiciéndola una y otra vez.

Al salir se secaron y tras un improvisado baño, se cambiaron. La señora Sailele había preparado un almuerzo para celebrar la unión, en compañía de las pocas personas que eran verdaderamente cercanos a la joven pareja.

Ella no hacía preguntas, no entendía lo que había pasado con los señores Dankworth, pero le agradaba mucho el cambio que había mostrado el señor Ralph, ahora era menos agresivo en sus comentarios y no era tan exigente con las personas, era como si de pronto hubiese descubierto esa cuota de humildad que tanto le hacía falta.

De regreso a la casa, Génesis se quedó dormida y ellos aprovecharon las horas que la niña les concedía para hacer el amor, hasta que se quedaron rendidos, después de haber vivido un día cargado de lindas emociones.

El sonido de los grillos despertó a Candice, anunciándole que ya era de noche. Risueña y liviana se estiró en la cama, como si fuese una gatita

consentida, mientras sonreía, se cubría con la sábana los pechos desnudos, los que aún se encontraban sensibles a consecuencia de los besos de su esposo. La habitación estaba tristemente alumbrada por la mesa de noche que estaba del lado que Benjamin ocupaba y aunque él no estaba en la cama, su espacio en el colchón, no estaba vacío.

Giró sobre su cuerpo y en el sitio donde debía estar su ahora esposo, se encontró con la laptop y sobre el aparato electrónico había una hoja de papel, que llevaba escrito:

“Mi regalo de bodas”

“Te quiero, mi hermosa esposa”.

Candice no entendía muy bien cuál era el regalo, porque esa laptop llevaba con ellos mucho tiempo, de igual manera le emocionó ese lindo detalle.

Supuso que dentro estaba el regalo, tal vez un vídeo de la boda que había grabado sin que ella se diera cuenta o tal vez muchas fotografías.

Se incorporó quedando sentada, en una costumbre natural, se acomodó un poco su abundante cabellera rubia ceniza y subió la sábana, presionándola con sus brazos, para no exponerse desnuda.

Abrió la computadora portátil y la encendió, mientras en ella bullía alegremente la curiosidad, tanto como para vivir ese momento a solas y ni siquiera hacerle saber a Benjamin que había despertado.

Entró a los documentos y revisó, pero no halló nada, tampoco en imágenes, ni en vídeos. Estaba por llamar a Benjamin para que le explicara cuál era el regalo, cuando se percató de que en la barra de menú anunciaba que aparentemente había internet.

Candice automáticamente se llevó las manos a la cara, en un espontáneo gesto de felicidad, al tiempo que la emoción la dominaba y la volvía vulnerable, provocando que las lágrimas acudieran a sus ojos.

Con dedos temblorosos se desplazó por la pantalla, hasta abrir su cuenta de correo electrónico, aunque llevaba casi un año sin usarla, aún recordaba la contraseña, imposible olvidar el nombre de sus padres.

En la bandeja de entrada de correos prioritarios tenía treinta mensajes, 22 de Robert y 8 de Lizzy, irremediablemente la garganta se le inundó.

Después de que ella encontrara el valor y le enviara aquella carta y una

fotografía, en respuesta, su hermano le había hecho llegar un par de cartas, donde le expresaba estar feliz por esa nueva oportunidad que se estaba dando; sin embargo, podía notar la nostalgia en cada una de esas líneas expuestas en el papel y su incompreensión de cómo se había ido a un lugar donde la tecnología era tan limitada, le aseguraba que eso solo los hacía sentir más lejos de ella y que cartas y fotos no eran suficientes para asegurarles que estaba bien.

El último correo electrónico escrito por Robert había sido un mes después de que ella llegara a la isla y el primero fue el mismo día en que partió de Los Ángeles.

Quería saber lo que su hermano le había escrito en ese email, tenía miedo porque podía asegurar que era un reproche, pero ya eso había pasado, así que debía afrontarlo.

Sin perder más tiempo lo abrió y empezó a leer.

Mi pequeña hermana.

Simplemente el enunciado provocó que las lágrimas se desbordaran.

Candice, verdaderamente siento lo que dije, quiero que sepas que así te vayas al fin del mundo, siempre serás mi hermana. Discúlpame porque estaba realmente aturdido, nunca nos habíamos separado y me dices sin más que te vas tan lejos, no supe cómo actuar.

Te quiero, pero ese cariño que siento por ti, no me da el derecho de limitar tus sueños, de todo corazón deseo que te vaya muy bien en Australia y que consigas un poco de paz para tu corazón. Cuando decidas volver, recuerda que aquí tienes un hogar y unos hermanos que siempre te van a querer y te esperarán con los brazos abiertos.

Sé que debes estar molesta conmigo, fui un tonto al ponerte a elegir, espero que cuando quieras hacer las paces con este tonto, respondas a este email.

Te quiero.

Roty.

Robert había firmado como ella lo llamaba de pequeña, mientras se le

aferraba con entusiasmada energía al cabello rizado.

Candice empezó a leer uno a uno los correos, donde tanto Robert como Lizzy, se mostraban realmente preocupados al no tener respuestas de ella, solo entonces comprendió lo insensible que había sido, al no hacerles saber que se encontraba bien y que los extrañaba como nunca.

En medio del llanto, se recriminó ser tan temerosa y no acercarse antes a ellos, pasó mucho tiempo para calmar la angustia que le provocó lo que sus queridos hermanos pudieron sentir.

—Espero que estés llorando de felicidad —llegó Benjamin con Génesis en brazos.

Candice asintió mientras se limpiaba las lágrimas, pero después negó con la cabeza.

—Los extraño —chilló cubriéndose la cara con las manos y todo su cuerpo temblaba. Génesis miró extrañada a su madre llorar y empezó a hacer puchero.

—Creo que este momento no será fácil —masculló Benjamin, al presentir que sus dos mujeres le inundarían la casa—. No llores, no pasa nada —le acarició la espalda a la niña—. Tu mami solo está un poco nostálgica —le explicó, como si con tan solo cuatro meses ella pudiese entender el significado de esas palabras.

Caminó hasta la cama y tomó asiento al lado de Candice, empezó a acariciarle con lentitud la espalda desnuda, a la que la sábana le había creado un escote que le llegaba hasta el trasero.

—Creí que mi regalo de bodas te haría feliz.

—Sí —sollozó—. Me hace muy feliz, pero... he sido una mala hermana y siento culpa, prácticamente me olvidé de Robert y Lizzy, seguramente mis papás estarán molestos conmigo —sorbía ruidosamente la lágrimas, mientras que Génesis reclamaba por un poco de atención.

—Sabes que nadie estará molesto contigo... —miró a la pantalla de la laptop y vio que leía algunos correos con fechas pasadas—. Creo que revisar correspondencia vieja no te llevará a ninguna parte, solo a que te sientas de esta manera. ¿Por qué no aprovechas la buena señal que tenemos para que te comuniques con ellos? Con esto quiero decir que nuestro internet puede fallar un poco —le sonrió y le pellizó una mejilla—. Hice lo mejor que pude.

—Estoy segura de eso, pero no de escribirles. Estoy muy nerviosa.

—No hablaba de escribirles, pensaba que ibas a hacer una videollamada,

creo que es momento de que te muestres... tus hermanos merecen tener la certeza de que verdaderamente estás bien.

—No podría hacer eso —se mostraba entre sorprendida y temerosa con sus grandes ojos verdes enrojecidos y ahogados en lágrimas.

—¿Por qué no? —preguntó atrapándole una lágrima con el pulgar.

—No quiero darles falsas esperanzas, van a querer que los visite y ha pasado muy poco tiempo... Benjamin, salir de Estados Unidos es mucho más fácil que entrar, harán muchas preguntas y no quiero arriesgar lo que tenemos, nos quitarían a Génesis.

—Entiendo —murmuró anclando la mirada en la niña que le había bajado la sábana a Candice, en busca de los pechos que a diario la alimentaban—. Puedes pedirles que vengan.

—Eso es aún pero, Robert no tendrá cómo costear pasajes tan costosos y... aún no te conoce completamente, no sabe —no tenía la más remota idea de qué decir, solo era una marioneta de sus miedos.

Se aventuró a cargar a la niña para alimentarla, esquivándole la mirada a Benjamin, sintiéndose acorralada por él.

—No quiero presionarte, pero tarde o temprano deberás afrontar la situación —besó los cabellos de Génesis, quien estiró la mano para deleitarse con la rasposa barba de dos días de su padre, sin abandonar el pezón de su madre.

—Lo sé.

—Recuerda que el internet puede fallar y que quizás ésta sea la única oportunidad que tendrás en mucho tiempo —se levantó y salió de la habitación.

Candice se quedó releendo todos los correos, imaginando a sus hermanos mientras los escribían, sintiéndose cada vez peor, era muy egoísta de su parte seguir manteniéndolos alejados.

Leyó uno de Lizzy, en el que le suplicaba una respuesta, porque estaba muy confundida y desesperada, había besado a su amiga y a consecuencia de eso ésta se había distanciado, temía que le quitara la amistad y más que nunca necesitaba de sus consejos.


Después de asimilar que definitivamente su hermana menor tenía una inclinación sexual hacia otras chicas, llegó a la conclusión de que no hubiese tenido ningún consejo, pero al menos le hubiese dado un abrazo, asegurándole que todo iba a estar bien.

Tanto Lizzy como Robert le demostraban en sus emails cuánta falta les hacía, pensó en las palabras de Benjamin y en que esa podía ser su única oportunidad.

Entró a su cuenta de Skype y vio que Robert estaba conectado, el corazón se le instaló con latidos frenéticos en la garganta, sintió que la distancia y las 21 horas de diferencia se hacían polvo.

Para ella eran las ocho de la noche de un día sábado, para Robert eran las cinco de la tarde del viernes. No quería molestar, seguramente estaba en sus prácticas de básquetbol y no era su intención desconcentrarlo de sus funciones.

En ese instante, el sonido de un mensaje instantáneo la hizo espabilarse y que todo empezara a darle vueltas, la casilla de Robert titilaba y solo podía leer: “¿Candice, estás ahí?” Las manos empezaron a temblarles y con una gran sonrisa se aventuró a hablar en tiempo real con su hermano.

 Rob... sí, aquí estoy. Ya hemos solucionado el problema con el internet, aunque no sé si tendré el servicio de manera permanente.

Le pareció que estuvo una eternidad escribiendo esas dos líneas, porque lo había hecho con una sola mano; el corazón le golpeteaba contra el pecho, casi no podía respirar, mientras Génesis le tironeaba del pezón.

Robert no respondió, sino que automáticamente inició una videollamada, eso hizo fiesta con los nervios de Candice, quien no tenía la más remota idea de qué hacer. Ella no podía aceptarla, no desnuda como se encontraba y amamantando a una hija de la que él no tenía idea de que existía.

Con dedos temblorosos canceló la llamada e inmediatamente empezó a teclear.



Dame unos minutos... tengo el cabello desordenado.

Le escribió con la mayor rapidez posible y reacomodaba a su niña, quien seguía aferrada al pezón. Nunca antes había anhelado dejar de lado la extraordinaria experiencia de alimentar a su bebé, como lo quería en ese preciso momento.

—¡Ben! —lo llamó para que le ayudara con Génesis y ella hacer algo con la horrible apariencia que traía, debía ponerse linda para Robert.



Candice, toda mi vida te vi despeinada, jajajajaja.

Respondió Robert, ella no pudo evitar reír ante ese comentario y le tranquilizaba ver que él se lo tomaba de buena manera.

Benjamin apareció en la habitación, observando cómo Candice intentaba escribir con una sola mano en la laptop.

—Por favor, ayúdame con Génesis, debo ponerme algo de ropa y cepillarme los cabellos —suplicó, temiendo perder la conexión.

Los labios de la niña chasquearon cuando Candice la retiró del seno e inmediatamente empezó a llorar, protestando por el alimento.

—Ven aquí, completarás con el biberón —dijo Benjamin, cargando a la pequeña.

—En el refrigerador le dejé preparado —le comentó en su carrera al baño, iba envuelta en la sábana y el sonido de un nuevo mensaje irrumpió en la habitación.

Benjamin se aventuró a mirar y solo pudo ver que le pedía que no se demorara.

—Pide que te des prisa —le comunicó al tiempo que mecía a la niña para calmarla y salía de la habitación.

Candice se lavó la cara y se recogió la mitad del cabello, buscó en el clóset uno de sus tantos vestidos tropicales y se maquilló un poco, sobre todo en las mejillas y labios. Recordaba que su madre siempre le decía que el color en las mejillas era sinónimo de buena salud.

Candice corrió de regreso a la cama y sabía que con el llanto de Génesis inundando el lugar no podría iniciar la videollamada, por lo que esperó un poco hasta que Benjamin logró calmarla.

En la habitación contaba con poca luz, por lo que agarró la laptop y se dirigió a la sala. La dejó sobre el sofá y se fue hasta la cocina, donde estaba Benjamin cantándole a Génesis y dándole el biberón.

—No creo que llore por el momento, puedes estar tranquila —aseguró al comprender la mirada de ella.

Candice volvió al sofá y con los nervios haciendo estragos en ella, le

marcó a Robert, él atendió enseguida, irremediablemente los ojos de Candice se llenaron de lágrimas cuando lo vio sonriente, su hermano seguía siendo tan apuesto como siempre, con esa sonrisa encantadora, con la que enamoraba a chicas a su paso.

—Hola... —saludó con la voz cortada por las emociones y haciendo un ademán con su mano, el que la cámara ralentizaba—. ¿Cómo estás, Rob? —preguntó con la mirada atenta en su hermano, consciente de que no había cambiado ni un poquito.

—Estoy bien... —se detuvo y lo vio suspirar, miró a otro lado y volvió a mirarla, estaba segura de que él también estaba conteniendo las lágrimas de felicidad—. Estás hermosa, un poco más gordita y no creo que sea la cámara.

Candice no pudo evitar reír y las lágrimas se les derramaron, se moría por decirle que sus kilos de más se debían a que había estado embarazada.

—No, no es la cámara... sí he aumentado un poco de peso... Rob, sigues siendo hermoso. Cuéntame cómo está Lizzy.

—Está muy bien, un poco rebelde, pero creo que se debe a la edad, estoy aprendiendo a entenderla un poco.

—Rob, debes comprenderla, ella te necesita... Me gustaría poder hablar con ella, espero tener internet por la mañana, dile que se conecte.

—Le diré, seguro que no va a creerlo... ¿Cómo estás? ¿Aún sigues con ese chico?

—Sí, vivo con Ralph —desvió la mirada hacia la cocina.

—Me gustaría conocerlo.

—Ya no podrás espantarlo —sonrió al recordar que la misión de Robert, era alejarle a los chicos que se interesaban en ella o en Lizzy.

—No pienso hacerlo, pero al menos puedo hacerle algunas sugerencias.

—En otro momento será, ahora está un poco ocupado.

—Ni siquiera lo conozco, porque en la foto que enviaste, no se le ve la cara, será que está tratando de ocultarse.

—No, no es eso lo que intento hacer —dijo Benjamin, sorprendiendo a Candice, aunque ella con la mirada le suplicaba que se mantuviera alejado de la cámara.

—Te... te está hablando —balbuceó sintiéndose en medio de una bruma de pánico—. Por favor... —chilló al ver que Benjamin con gran decisión se acercaba.

Candice iba a finalizar la llamada, pero los nervios no le dejaban más que

concentrar toda su atención en Benjamin, quien con Génesis en brazos se sentaba a su lado.

—Hola Robert —saludó guiando la mano de la niña, para que también lo saludara—. Soy Ralph y ella es Génesis, tu sobrina.

Candice se llevó las manos a la cara y sollozó, sintiendo que la vergüenza la consumía, no sentía vergüenza de su familia, sino de sus acciones y secretos.

Robert enmudeció al otro lado, la noticia le había caído como un balde de agua fría, no podía creer que Candice tuviese una hija y no se lo hubiese contado, ¿cómo había pasado todo eso?

Ralph le parecía conocido, había rasgos en él que había visto en alguien más, pero en ese momento no lo recordaba, no podía hacerlo, porque su atención estaba nublada en la pequeña niña entre los brazos de su padre.

—Candice... Candice —pidió la atención de su hermana, quien había bajado la cabeza—. Me puedes explicar, por favor... estoy algo sorprendido; no, realmente estoy muy sorprendido y me siento de cierta manera, traicionado.

Candice trataba de tragarse las lágrimas y dar alguna absurda explicación, pero el llanto y el miedo no se lo permitían.

—Candice no te comentó nada por temor, pensaba que ibas a reprocharle que saliera embarazada tan pronto... —comentó Benjamin—. Nos conocimos y nos enamoramos... fue inevitable que nuestro amor nos llevara rápidamente a querer experimentar lo que sentíamos, pero realmente quiero a tu hermana, esta tarde nos hemos casado.

—Y se casaron... —expresó anonadado—. Candice, ¿por qué no me contaste tus planes?, nos has excluido de tu vida.

—No... no —negó ella, armándose de valor ante el reproche de Robert—. Lo siento, todo pasó muy rápido... me enamoré de Ralph y me embaracé, fue por eso que decidimos dejar Australia y venirnos a vivir juntos. Sabía que te molestarías, lo sabía.

—No, no estoy molesto, solo decepcionado, no de ti... sino de toda esta situación, habría preferido que hubieses sido sincera, si Ralph iba a velar por tu bienestar, no tendría por qué reprocharte absolutamente nada, pero todo esto es tan de repente, reapareces y de la nada estás casada y con una hija... tenía una sobrina y no estaba al tanto.

—Lo siento Rob, solo estaba llena de inseguridades... pero ahora quiero

hacer las cosas bien, ya no quiero tener más secretos con ustedes.

—Realmente me gustaría que pudiésemos hablar este tema personalmente, cuando quieras puedes venir... Lo cierto es que me gustaría que regresaras a tu país.

—Por ahora no puedo regresar, no tenemos suficiente dinero —comentó ella, completamente segura de que no podría volver a Estados Unidos.

—Pero yo estoy trabajando y reuniendo para que podamos visitarlos —explicó Benjamin, quien no pretendía dejar sobre los hombros de Candice toda la responsabilidad.

—¡Adams! —la voz del jefe de Robert interrumpió.

—Debo dejarlos, me gustaría hablar sobre eso —dijo mirando a Benjamin y después desvió la mirada hacia su hermana—. Candice, quiero que sepas que a pesar de que me hayas ocultado todo esto, te quiero y no estoy molesto... Génesis es muy linda, quiero conocerla más allá de una pantalla.

—Prometo que la conocerás, te quiero Roty, dale un beso de mi parte a Lizzy, saludos para todos en casa.

—Eso haré. Ralph, cuida de mi hermana.

—No tienes que pedírmelo —dijo antes de finalizar la llamada.

La mirada acusadora y cargada de lágrimas de Candice, se ancló en Benjamin.

—Sé que no debí hacerlo, pero era necesario. Si dejabas pasar más el tiempo, iba a ser peor —le puso una mano sobre el muslo—. Debes empezar a llenarte de valor y afrontar que fuera de esta isla, hay un mundo. Sé que por mi culpa estás aquí, alejada de las personas que quieres, pero no es justo que les sigas mintiendo —dos lagrimones corrieron por las mejillas de Candice—. Robert no se ha molestado, ni tú te has muerto por mostrarte una vez más, ya eres una mujer y tener una hija, tener sexo y disfrutarlo no es malo.

—No, nada de lo que dices es malo —dijo con la voz ronca—. Pero la manera en la que me marché, tanto tiempo sin comunicación y todo lo que les he ocultado, es realmente deshonesto.

—Lo seguiría siendo si continuabas ocultando la vida que tienes ahora.

—Sé que lo que has hecho estuvo bien, porque yo no hubiese tenido el valor, pero me sentí muy abrumada.

—Lo noté —soltó una corta carcajada y le dio un beso en la frente. Génesis intentó imitar a su padre y también se carcajeó, provocando que Candice y Benjamin rieran abiertamente.

—Gracias por este maravilloso regalo... gracias por traerme a mi hermano —se dejó abrazar por Benjamin—. Lo siento cariño, no pensé en un regalo para ti, pero prometo que te haré una deliciosa cena.

—Mi regalo ya lo tengo entre mis brazos, no necesito más —aseguró, reconfortando a su esposa e hija.

Candice se tomó el tiempo necesario para responder a algunos de los emails de Lizzy, trataba de animarla con cada palabra y de erradicar la vergüenza que sentía su hermanita por los sentimientos que la gobernaban.

No quería estar en la misma situación, porque a pesar de todo, aún vivían en un mundo cargado de prejuicios, pero sí le demostraría su incondicional apoyo.

CAPÍTULO 49

Al día siguiente habló con Lizzy, ambas lloraron de felicidad y de nostalgia, añorando poder tener un cálido contacto, su hermanita se enamoró de Génesis y por primera vez, Candice descuidaba sus labores hogareñas, porque necesitaba desesperadamente recuperar el tiempo que había perdido por estar alejada de su familia.

En un momento en que su esposo no estaba presente, Lizzy le comentó que era muy apuesto y que se le parecía a Benjamin Sutherland, inevitablemente los nervios en Candice no se hicieron esperar, pero le tranquilizó saber que al igual que el resto de la nación, creían que el actor había muerto en aquel fatídico accidente en el centro psiquiátrico.

Más de una vez le dejó claro que le gustaban las chicas, pero que también sabía apreciar la belleza en los hombres y le extrañaba que hubiese elegido para esposo a un hombre que no concordaba con las características físicas que siempre le habían atraído.

Candice le jugó una broma al decirle que cuando lo conoció tenía el cabello teñido de rubio y por eso le había gustado.

Los días que le siguieron, sabía que no podía descuidar sus obligaciones, por lo que mientras Benjamin jugaba con Génesis en el jardín, ella preparaba el almuerzo y mantenía sobre la encimera la laptop, sacando tiempo entre una cosa y otra para conversar con todos los miembros de su familia. La señora Archer seguía siendo igual de cálida y con una energía inagotable. Nadya a su parecer, lucía más hermosa y Jason había crecido muchísimo, ya se le entendía casi todo lo que hablaba.

Su felicidad no tenía precio, no se cambiaría por nada del mundo, casi siempre terminaban las conversaciones haciendo planes para poder verse

personalmente. Lizzy prometió que empezaría a ahorrar, porque se moría por viajar, no tanto por verla a ella, sino por conocer a su hermosa sobrina y los mágicos lugares que ya había visto por internet, hasta una agenda turística se había hecho.

Lizzy estaba trabajando medio tiempo y con eso ayudaba en la casa, ya estaba por terminar la secundaria y su máspreciado sueño era estudiar arquitectura.

—Necesito servir el almuerzo... después de que bañe a Génesis, la duerma y termine de limpiar, vuelvo a conectarme, porque si no atiendo mis deberes, voy a quedarme sin esposo —sonrió sintiéndose realmente feliz.

Lizzy sonrió, apenas podía creer que su hermana fuese madre y ama de casa; no pudo evitar recordar a su madre, quien tanto amor le tenía a la labores del hogar.

Claire se entregaba completamente a su familia, nunca supieron lo que era una comida a deshora o que no supiera dar respuestas de dónde se encontraba cualquier objeto por mínimo que fuera, supuso que la linda casa de Candice también contaba con un jardín.

—Buen provecho y le das un beso a Génesis, ya quiero cargarla —comentó con ternura.

Candice le sonrió, sabía que para que eso sucediera debían pasar algunos meses o quizás años. En medio de besos lanzados a las pantallas, finalizaron la conservación.

Candice revisó una vez más la comida que humeaba, llenando con su apetecible aroma gran parte de la casa, salió por la puerta trasera hacia el jardín, donde estaba Benjamin.

No pudo evitar reír al ver que él estaba acostado sobre el fresco pasto, con Génesis encima de su pecho y la pequeña haciendo intentos de agarrar a Spoty, que la olisqueaba, provocando que el cascabel que colgaba de su cuello tintinara.

—Cariño, ya está listo el almuerzo —se hizo notar en su camino hacia donde estaba su familia.

Antes de que Benjamin pudiera levantarse, ella cargó a la niña, quien ya movía con gran energía las extremidades.

—Estaba a punto de morir de hambre —dijo Benjamin, poniéndose de pie y sacudiéndose la bermuda, su mirada captó a Aloiki, quien iba a cierta distancia, con la cabeza baja. Estaba seguro que regresaba de clases, porque

llevaba puesto el uniforme.

—¡Hey, Aloiki! —lo llamó, al percibir pesar en la actitud del niño, pues iba cabizbajo y con los hombros encorvados.

—¡Señor Ralph! —saludó elevando una mano, al tiempo que salía del estado taciturno en el que se encontraba y atendía a la invitación que le hacía en medio de ademanes.

Trotó hasta la cerca de madera que le llegaba a la altura del pecho.

—¿Quieres almorzar? —invitó Candice con una cálida sonrisa.

El niño pensó en negarse, porque estaba seguro que en su casa lo esperaba la comida de su mamá, pero realmente le gustaba muchísimo el sazón de la señora Virginia.

—Está bien —asintió y caminó hasta el portón—. Permiso —pidió al abrirlo.

—¿Qué tal la escuela hoy? —preguntó Benjamin, guiándolo a la casa mientras seguían a Candice, quien iba con la niña en brazos.

—Bien... bueno, más o menos —masculló siendo completamente sincero.

—¿Por qué más o menos? —curioseó.

—Es que me esforcé mucho por un proyecto para la comunidad, sobre cómo incentivar el turismo y me lo han rechazado... no lo han elegido —resopló—. Y no quiero parecer presumido, pero considero que era muy bueno, era una novedad.

—Tal vez más adelante puedas presentarlo, si es bueno seguro que lo elegirán. Si quieres puedo revisarlo y darte mi opinión.

—Gracias, pero temo que se burle y piense que no es beneficioso.

—No podré saberlo si no me lo muestras.

—Aloiki deja tu bolso sobre el sofá y ve a lavarte las manos —dijo Candice una vez que entraron en la cocina, donde había una mesa redonda de cuatro puestos—. Y tú también —le pidió a su esposo, mientras que ella con una toalla húmeda le limpiaba las manos y el rostro a la niña.

Dejó a la pequeña en el coche, muy cerca de ella, para poder atenderla mientras almorzaba junto a Benjamin y Aloiki.

—Señora Virginia, es muy buena su comida —elogió el niño, después de haberse comido todo, sintiéndose completamente extasiado.

—Gracias, cuando quieras puedes venir... nos agrada mucho tu compañía —confesó mirando a su esposo, quien se ponía de pie y recogía los platos.

—Aloiki, si quieres podemos hablar de tu proyecto, ¿por qué no me lo

muestras? —pidió Benjamin mientras lavaba los platos. Ese era el acuerdo pautado entre Candice y él, si uno cocinaba, el otro lavaba los utensilios.

—Está bien, aunque pensándolo bien, creo que mi maestra tiene razón, no es tan atractivo para los turistas —comentó y se fue a buscar su bolso.

Al regresar, el señor Ralph estaba sentado, Aloiki puso el bolso sobre la mesa, lo abrió y buscó dentro el proyecto.

Benjamin lo recibió y empezó a revisarlo, sintiéndose realmente fascinado por la propuesta que había hecho el niño, a él le parecía fascinante.

—¿Por qué no la han aceptado? —preguntó anclando la mirada en el niño.

—La maestra dice que el gobierno no va a financiarlo... que los turistas quieren divertirse, quieren ir a la playa, las cascadas o a los campos de lava y no vendrán a ver obras de teatros. Mi mamá me lo había advertido, ella siempre me dice que por ahora no puedo ser actor —de manera inevitable volvió a sentirse afligido.

Candice lo miró con pesar, porque verdaderamente Aloiki era un niño muy inteligente y contaba con gran astucia.

Benjamin fascinado y con el corazón latiendo presuroso, se sumergía en cada una de las páginas del proyecto del niño, la sangre le vibraba al ver los dibujos de lo que la prematura imaginación había forjado.

Aloiki pretendía mostrarles a los turistas a través de obras de teatro los mitos y leyendas que abundaban en Samoa, historias llenas de traición, lealtad, nacimiento, superación y muerte.

Eran historias de dioses, hombres, fantasmas, hadas y duendes. Se paseó por las páginas y vio algunos ejemplos de obras de teatros para montar y ofrecer a quienes no conocían de la cultura samoana. Proponía mostrar desde la Teoría de la Creación del Planeta hasta las erupciones volcánicas, no como lo explicaba la ciencia, sino como la conocían los samoanos.

—Aloiki —agarró una bocanada de aire para llenarse los pulmones, porque ante la emoción se le había olvidado respirar—. Realmente es un gran proyecto, creo que es lo que verdaderamente le hace falta a la isla, yo como turista, asistiría a las obras de teatro, Samoa está llena de misterios ancestrales, folclore e historias que han pasado de generación en generación —sonrió sintiéndose cada vez más animado—. Lo que se ofrecería no se encontrará en ningún libro de historia, porque van a representar las leyendas que se transmitieron de boca en boca. ¡Es fantástico!

—Gracias señor Ralph —sonrió sintiendo que el orgullo volvía a inflarse

—. Espero que algún día el Estado pueda financiar mi proyecto.

—Si quieres podemos hacerlo de manera independiente y no a través de la escuela, si quieres te acompaño a presentarlo —propuso, estaba completamente seguro de que ese proyecto era muy bueno.

—¿En serio? —los ojos del niño brillaron ante la emoción.

—Sí, podemos ir el lunes por la tarde.

—Gracias señor Ralph... gracias —se levantó y le dio un abrazo.

Benjamin, quien poco estaba acostumbrado a esas muestras de cariño, se sintió un poco confundido, pero de igual manera correspondió al abrazo.

Candice los miró con una gran sonrisa, realmente le gustaba esa nueva faceta de Benjamin, verlo tan humano, tan amable, reforzaba ese amor que sentía por él.



El lunes después de clases, Aloiki llevó su mejor vestimenta a la casa del señor Ralph, un pantalón y una camisa que su madre le había planchado la noche anterior, quería que la gente se llevara la mejor impresión de él y no dudaran de su proyecto.

El señor Ralph también vistió de manera casual, como muy pocas veces lo hacía, suponía que no usaba esos trajes tan elegantes, porque era demasiado para Savai'i.

Se sintió realmente agradecido cuando le ofreció un poco de su colonia, que tenía un aroma mucho mejor que la mentolada para niños que él usaba, estaba seguro de que ese detalle le daría más personalidad.

La señora Virginia les deseó mucha suerte y le prendió una vela a esa virgen que ella tanto veneraba, para que todo saliera como lo anhelaban.

—Faavae i le Atua —dijo Candice en su mal pronunciado samoano, pidiéndoles que fueran con Dios.

A Aloiki los nervios le provocaban parlotear sin parar y en su camino hacia la reunión que tenían con el Ministro de Turismo, practicaba el discurso que ofrecería, mientras el señor Ralph sonreía. Si se le olvidaba alguna palabra, el señor Ralph se la recordaba, algunas veces le impresionaba la manera en la que el señor podía retener con tanta precisión las palabras.

Era la primera vez que Aloiki visitaba una oficina tan ostentosa y veía a tantos hombres elegantemente vestidos, pero sin perder el estilo samoano, porque aunque los trajes eran negros, las corbatas tenían esos símbolos que tanto los caracterizaban y que muchos turistas conocían como tribales, pero que verdaderamente no tenían el más mínimo significado de lo que resguardaban esos símbolos, los que abarcaban desde la historia de la familia a la que se pertenecía, la clase social y creencias espirituales. También simbolizan la transición del mundo, desde de la infancia hasta el mundo adulto, tatuarse era asegurar de forma permanente su protección. Él estaba ansioso y reuniendo el valor para cuando le tocara su turno de convertirse en hombre.

Cuando por fin el secretario del ministro los llamó, las piernas empezaron a temblarles y el corazón a golpetearle contra el pecho, era primera vez que vería a un hombre tan importante y no alcanzaba a creérselo.

Se presentó con solemnidad y atendió a la petición de que tomara asiento junto al señor Ralph, quien fue el encargado de hablar, le explicó al ministro su proyecto, se mostró efusivo y elogiaba a cada minuto la mente brillante que él, un niño de once años, poseía.

En cambio a él las palabras se le quedaron atascadas en la garganta, los nervios le hicieron una mala jugada, solo atinaba a asentir, realmente se sentía temeroso ante la atenta mirada del hombre que al final lo felicitó, pero le informó que lamentablemente la comunidad no contaba con los ingresos suficientes para ese proyecto.

Las lágrimas se le agolparon junto a las palabras retenidas, solo agradeció con voz ronca, se levantó y en compañía del señor Ralph salieron de la oficina.

—Fue mi culpa que lo rechazaran, no pude defender mi proyecto —su voz estaba cargada de amargura, porque realmente se sentía frustrado.

—No, no es tu culpa, simplemente no quieren arriesgarse —le revolvió los cabellos y siguieron con su camino a casa—. No debemos darnos por vencidos tan rápido, tengo otra idea —explicó sonriente.

—¿En serio? Seguro que tampoco dará resultado —murmuró dejando caer los hombros.

—Vamos a proponerle el proyecto a los diferentes directivos de hoteles y proyectos turísticos de la isla, tal vez ellos estén en busca de algo para entretener a los turistas. Las atracciones naturales solo las hacen en el día,

pero de noche solo música y danzas hula... es necesario que inviertan en algo nuevo... Anda, levanta el ánimo —instó con gran entusiasmo.

—No perdemos nada con intentarlo —sonrió, sintiéndose esperanzado una vez más.

Al llegar a la casa, Candice estuvo de acuerdo con Benjamin, en que no debían rendirse al primer intento, alegó que comúnmente el Estado poco aportaba a esos proyectos, que casi siempre quienes apostaban por esas cosas de entretenimiento eran los entes privados.

Aloiki regresó a su casa, creyendo en las palabras de la señora Virginia y el señor Ralph, le hubiese gustado llegar con buenas noticias a su mamá, pero ya tendría la oportunidad de sorprenderla.

Candice y Benjamin aprovecharon la tarde para ir a la iglesia, la que visitaban tres veces por semana, él se permitía creer en Dios como nunca antes lo había hecho, pues desde niño los desaciertos que había vivido, lo habían llevado constantemente a cuestionarse la existencia de un ser divino que lo alejara de los maltratos físicos y psicológicos de su madrastra o que al menos le sembrara en el corazón de su padre un poco de comprensión hacia él.

No fue hasta la adolescencia cuando lo enviaron a estudiar en un internado que rechazó toda creencia en Dios y se volvió un joven indolente, tal vez desde ese momento Iblis vio en él a alguien completamente desorientado y aprovechó para envenenarle el alma, cargándosela de odio, pero no fue sino hasta que se le presentó en ese avión cuando lo alejó definitivamente de Dios, fingiendo ser ese amigo que tanto necesitaba, mostrándose como alguien a quien verdaderamente le importaba lo que él sintiera, pensara o deseara, hasta convertirse en ese ser casi indispensable en su vida.

Actualmente no se mostraba como un religioso empedernido, trataba de seguir normalmente con su vida al lado de la mujer que amaba, pero todos los días sí agradecía la segunda oportunidad que Dios le había ofrecido, lo había rescatado y estaba seguro de que gracias al Omnipotente, Iblis tampoco conseguía acercarse a su familia ni a él.

Cada mañana al despertar, esa era su más ferviente petición, que los protegiera con su infinita misericordia. Contaba con una gran aliada, “su salvación”, quien también suplicaba por ellos.



Todos los días se prepararon con la esperanza intacta, mostraron el proyecto en cada resort de la isla, desde al más reconocido y elegante, hasta al de menos calidad, pero ninguno encontró productiva la idea de Aloiki.

Benjamin estaba sumergido en las penumbras de la habitación, acostado con la mirada al techo y los pensamientos girando sin cesar, los que no le permitían conciliar el sueño; aún con el aire acondicionado, podía escuchar el canto de los grillos.

Se sentía impotente, porque ya no había nada que hacer por el anhelo de Aloiki, pero más allá de eso, sentía una profunda tristeza, porque sus posibilidades de volver a actuar se hicieron polvo.

Anhelaba que aprobaran el proyecto, que le dieran la oportunidad a las obras de teatro, para entonces él apostar por un papel y darle rienda suelta a su pasión. Llevaba mucho tiempo sin hacer nada o al menos nada de lo que verdaderamente se sintiera orgulloso.

—¿Qué sucede? —preguntó Candice en voz baja, posándole la cabeza sobre el pecho.

—Nada —mintió y sus dedos volaron a las hebras rubias de su esposa, para brindarle caricias.

—Creo que ese “nada” realmente significa mucho, ¿es por lo de Aloiki?

—Tal vez, quería ayudarlo.

—Lo hiciste, lo has apoyado.

—No lo suficiente, realmente me gustaría ver un teatro en la isla, que no solo sea para los turistas, sino también para los habitantes... Realmente me molesta que solo piensen en el extranjero —exteriorizó su sentir.

—¿Y por qué no lo intentas tú? —propuso y Benjamin soltó una corta carcajada, cargada de nerviosismo y ansiedad—. No te rías, hablo en serio —expresó sonriente.

—Eso es imposible.

—Yo no lo veo de esa manera; es decir, aún tienes dinero, hay suficiente en el banco en Suiza.

—Ese es nuestro futuro, no puedo arriesgarlo y no alcanzará para construir un teatro.

—Seguro que no alcanzará para construir un teatro como el que se propone en el proyecto, pero sí puedes empezar con algo mucho más sencillo — Candice se giró, abandonando el pecho de Benjamin, para encender la luz de la mesa de noche—. Tengo una idea —dijo incorporándose con su abundante melena algo desordenada.

—Candice —negó con la cabeza—. No vamos arriesgar el dinero.

—Ben, no será todo, solo una pequeña parte... y tal vez terminemos incrementando lo que tenemos —se acomodó parte del cabello detrás de la oreja y buscó en la gaveta de la mesa de noche una libreta y un lápiz—. No se construirá ningún edificio, ni habrán butacas de terciopelo... ¿Qué te parece si lo hacemos como un circo? Como el que estuvo en la isla en el mes de diciembre.

Una ligera sonrisa floreció en los labios de Benjamin, quien empezaba a creer en la propuesta de Candice, no era lo que realmente quería, pero al menos serviría para empezar.

—Eso ahorraría el mayor gasto —comentó observando cómo Candice garabateaba una carpa en la libreta.

—También podríamos ahorrarnos mucho si la hacemos abierta, el sistema de ventilación sería menos, el esposo de la señora Sailele podría ayudarnos con la tarima y con las sillas de los espectadores... ya después tendrán sus butacas de terciopelo —dijo sonriente.

—Tendría que empezar a solicitar actores de Apia y Hawái —comentó Benjamin, consciente de que en Savaii no había actores.

—Creo que pagarle a esos actores nos costaría un gran presupuesto, podríamos buscar aquí mismo, seguramente habrá chicos con talento, podríamos hacer casting, estoy segura que sabrás evaluarlos.

—Candice, eso es perder tiempo, es mejor contar con personas que sepan, será agotador enseñarle a gente que ni siquiera tenga la vocación para actuar.

—Sin duda tendremos que trabajar muy duro, pero podríamos hacer la prueba con los actores, mientras se construye la carpa —propuso con una gran sonrisa ante la felicidad de ver cómo los ojos de Benjamin brillaban, colmados de plenitud. Confiaba en que poco a poco y con la ayuda de Dios, su esposo volvería a vivir de su pasión.

—Está bien, haremos el intento —asintió sin poder ocultar la dicha que lo embargaba, porque eso iba más allá de sus ganas de disimularlo—. Seguro que Aloiki se pondrá muy feliz.

—¿Tanto como tú? —curioseó con pillería.

—Posiblemente —contestó acunándole con una de las manos la barbilla a Candice y se acercó lo suficiente para regalarle un sonoro beso, el que inevitablemente fue haciéndose más intenso. Benjamin, solo hacía breves pausas para tomar aire y susurrarle lo mucho que la amaba y cuánto agradecía su apoyo y adoraba su ingenio.

Él se sentía feliz y quería celebrarlo haciéndole el amor a su adorada esposa, esa que llegó a su vida en el momento más esperado, pero a la que nunca imaginó tener de esa manera, jamás pensó que “su salvación” terminaría por robarle el corazón.

CAPÍTULO 50

Una semana se habían tomado para estudiar muy bien el proyecto, saber por dónde se empezaría, diseñar en un boceto cómo sería la carpa y conseguir el permiso del Estado, sobre un terreno que quedaba relativamente cerca de los resorts.

Aloiki se encargó de correr la voz a todos los chicos de la comunidad que quisieran actuar, mientras que Benjamin preparó algunos de los diálogos con los que haría las pruebas.

Con el corazón golpeteándole contra el pecho, esperó en el jardín de su casa, bajo los inmensos árboles que les brindaban sombra a los seis jóvenes de edades comprendidas entre los dieciocho y los veinticuatro años, que estaban dispuestos esforzarse lo suficiente para demostrar que podían hacer realidad su sueño de actuar, sin tener que salir de la isla.

Poco a poco fueron llegando los aspirantes a actores y actrices, cuatro hombres y dos mujeres se reunieron en el jardín, atentos a cada petición de Benjamin, cada uno con los nervios haciendo estragos hicieron la presentación.

Benjamin se obligaba a no negar ni a bajar la mirada, aunque se encontrara sumamente decepcionado, realmente prefería buscar actores profesionales, porque seguir intentando con los chicos sería invertir mucho tiempo y esfuerzo, él podría estar supervisando la construcción de la carpa y no estar tras una causa perdida.

No tenía a nadie más, solo esos seis jóvenes eran los únicos que soñaban con ser actores en la isla. Pidió permiso y fue a la cocina por un poco de agua, justo en ese lugar le comentó a su esposa que no había posibilidad,

porque no sabían actuar.

—Pero solo han hecho una prueba, no los rechaces tan rápido, seguramente están nerviosos —comentó Candice, quien siempre veía el lado positivo de las cosas.

—Les falta naturalidad... me siento realmente cansado —suspiró en medio de su queja.

—Si quieres puedo ayudarte, ¿qué necesitas que les diga?

—Que se vayan a su casa y no vuelvan —sonrió cansadamente.

—¡Benjamin! —lo reprendió divertida—. Vamos a darle otra oportunidad.

—Seguro que estarán tan cansados como yo.

—Cansados sí, pero derrotados jamás... hay que seguir luchando por lo que se anhela —se acercó y le dio un beso, justo en el hermoso hoyuelo que se le hacía a Benjamin en la barbilla—. Dame un par de minutos.

Candice salió de la cocina y se fue hasta donde estaban los seis chicos sentados en el pasto del jardín.

—Hola... soy Virginia, la esposa de Ralph —se acercó a cada uno y empezó a saludarlos con un apretón de mano—. Aprovecho antes de que mi hija se despierte —sonrió divertida, contagiando a los jóvenes—. Mi esposo, no quiere decírselo, pero yo lo haré... dice que son un caso perdido, que les falta mucha naturalidad para poder actuar —ella veía cómo las caras morenas se desencajaban y mostraban aflicción—. Pero yo creo en ustedes, sé que van a conseguir montar una excelente obra de teatro... solo deben olvidar que están actuando, háganlo de manera natural... —se dejó caer sentada frente a ellos—. ¿Se saben algunas de las leyendas polinesias?

Los chicos empezaron a mirarse entre sí y regresaron la mirada a Candice, al tiempo que asentían.

—¿Quién quiere contarme alguna? Yo no las conozco.

—Hina y la Anguila —comentó una de las chicas—. Esa leyenda hace referencia al origen del cocotero.

—¿Podrías contármela? —pidió con una generosa sonrisa.

—Sí claro... Había una vez una princesa muy, muy bella, llamada Hina, era hija del Sol y de la Luna —empezó a contar con gran entusiasmo y Candice la miraba atentamente—. Fue prometida en matrimonio al Rey del Lago, Vaihiria, que no era otra cosa que una enorme y repulsiva anguila —hizo un mohín de asco y todos rieron, incluyendo a Candice—. Hina como no quería casarse con un ser tan feo, huyó y se puso bajo la protección del gran

Maui, quien capturó y decapitó a la anguila, como muestra de su valentía le dio la cabeza a Hina envuelta en un trapo y le sugirió no dejar la cabeza en la tierra hasta llegar a su casa; "la cabeza de la anguila encierra grandes tesoros para ti". Le dijo Maui, pero Hina por un momento en su largo trayecto, olvidó el paquete en el suelo y la cabeza de la anguila se convirtió en el primer cocotero —dijo alzándose de hombros—. Por eso el coco tiene dos ojos y una boca fácilmente reconocibles.

Candice aplaudió mostrándose eufórica, mientras que Benjamin la miraba a través de la ventana de la cocina.

—Eso es naturalidad —expresó ante la mirada confusa de los chicos.

—No entiendo —masculló uno de los hombres—. Solo contó una leyenda.

—Leyendas que van interpretar, les toca a ustedes personificar a sus dioses, para contarle a los turistas de otra manera sus creencias —miró a la chica que le había contado sobre el origen de los cocoteros—. ¿Cómo te llamas?

—Kalanie.

—Kalanie, eres muy hermosa, tanto como para representar a la hija del Sol y la Luna —desvió la mirada hacia uno de los chicos—. Y tú podrías ser Vaihiria.

—¿Me está diciendo que soy tan feo como una anguila? —fingió sentirse ofendido, pero todos soltaron risotadas.

—No —dijo Candice riendo—. Digo que con un buen disfraz de anguila, podrías interpretar al Rey del Lago. Solo tienen que mostrarse tan naturales como si estuviesen contando la leyenda.

—Intentaremos hacerlo —asintieron, mostrándose esperanzados en conseguir una actuación realmente natural.

—Deben prometer que darán su mejor esfuerzo —pidió Benjamin, quien irrumpió en el lugar y escuchó la última parte de la conversación.

—Lo prometemos —dijeron al unísono.

—Entonces los espero mañana a la misma hora.



Con los días, los chicos poco a poco cumplían su promesa, todas las tardes en el jardín de la casa de Candice y Benjamin practicaban sus actuaciones;

habían montado la obra que por decisión unánime había sido El Origen de los Cocoteros, porque era con la que se sentían más familiarizados.

Aloiki y otros niños de la comunidad, iban de casa en casa, pidiendo algunas frutas de los cargados árboles y se las llevaban a la señora Sailele y a Candice, quienes preparaban refrescantes bebidas y ofrecían a los actores. Ellos mismos con el pasar de los días llevaban algún tipo de aperitivo, los que compartían en las tardes de ensayos.

Ya Benjamin podía dejarlos solos en las prácticas e iba a supervisar cómo estaba quedando la carpa. Él compraba todo el material, mientras que los mismos habitantes de la localidad ofrecían su ayuda física para armar todo. Aloiki se había encargado de informarle a gran parte de la isla, que el gobierno no le dio importancia al proyecto y que era el señor Ralph el que estaba financiando todo, por lo que muchos de los habitantes, no dudaban en tenderle una mano al generoso hombre.

Después de un par de meses, estaban ansiosamente preparados para mostrar la primera función. Candice se había encargado de hacer unos volantes publicitarios, los que Aloiki y sus amigos repartieron a todos los turistas que se encontraban y con una gran sonrisa los invitaban, siempre tratando de mantenerse ocultos de los trabajadores de cada resort donde iban, porque inevitablemente le estaban quitando clientes para sus repetidas noches de hula.

Desde muy temprano, la gente de la isla empezó a llegar a la carpa, de un atrayente color rojo, adornada con innumerables símbolos polinesios, el piso de concreto había sido cubierto por alfombras y bancas de madera, las que formaban unas gradas perfectamente estructuradas para que las personas que estuvieran en las últimas filas pudiesen mirar sin ningún problema.

En las gruesas estacas de madera que sostenían la carpa, había ventiladores que refrescaban el lugar y tras un pesado telón de tela de durazno en color negro, se encontraba el escenario, ya decorado para la primera función.

Por ser la inauguración del teatro, la entrada era totalmente gratis, en muy poco tiempo las quince filas de bancas estuvieron llenas, todos como habitantes del lugar, ansiosos por tener algún tipo de distracción.

Eso era nuevo para ellos, porque todo lo demás, simplemente se lo reservaban a los turistas en los resorts.

Las luces que formaban varias cadenas de bombillas, se apagaron y un par de reflectores alumbraron la tela negra, inevitablemente el público

empezó a aplaudir, ante la algarabía empezaron a llegar los turistas, los habitantes le cedían sus puestos en las bancas y ellos sin ningún tipo de inconveniente se sentaban en el suelo alfombrado.

La función empezó en medio de nervios y aplausos, los actores se esmeraron en hacerlo de la mejor manera, mientras Benjamin a un lado, observaba el resultado de tanto trabajo hecho en conjunto, se sentía dichoso y orgulloso, al ver en las caras de los espectadores la aceptación de la obra.

Nunca antes se había sentido tan pleno, ni siquiera cuando le habían concedido su primer papel protagónico en Hollywood, nunca había si quiera imaginado ser director, ni productor, porque eso estaba más allá de lo que algún día pudiera ambicionar.

Estaba luchando con la marea de emociones que se le anidaban en la garganta y le golpeteaban contra el pecho. Vio en primera fila a su esposa e hija, quienes le daban perfección a ese momento de su vida.

Al finalizar la primera obra de teatro de muchas, todo el público se puso de pie y fue un turista francés, quien se acercó hasta la tarima y dejó un billete sobre las tablas, a ese hombre le siguieron muchos más, hasta los mismos habitantes consideraron que tanto esfuerzo y pasión merecían un pago y todos dejaban la colaboración que estaba a su alcance.

Aoliki brincaba de felicidad y en medio de lágrimas no dejaba de agradecerle al señor Ralph por haber confiado en su proyecto.

Lo recaudado esa primera noche, alcanzó para pagarle a los actores, comprar telas para los próximos disfraces y mandar a hacer cojines para las bancas.

Poco a poco la voz se fue corriendo y todos los fines de semanas la carpa a la que llamaron Ionakana (regalo de Dios), se les quedaba pequeña y lo que ganaban con cada función, lo invertían en mejorar ese lugar de entretenimiento, donde se mezclaban tranquilamente habitantes y turistas.

A los alrededores, la gente empezó a poner tarantines, en los cuales ofrecían comidas típicas de la isla, esculturas de los dioses a los que representaban los actores en cada obra, con eso ofreciendo una fuente de empleo a varias personas.

Con los meses, los ejecutivos de casi todos los resorts contactaron a Benjamin, para que ofrecieran presentaciones en sus hoteles; él aceptó, pero solo los días miércoles y jueves, porque de viernes a domingo sus obras eran exclusivas en la carpa.

El día en que Candice y Benjamin cumplieron un año de casados, fue el mismo día en que Génesis se aventuró a caminar sin sostenerse de los muebles.

En medio de una videollamada familiar; Ralph, como lo conocían los hermanos de Candice, la sorprendió al decirle que su regalo de aniversario de boda eran los pasajes de Lizzy y Robert, para que los visitaran en Savai'i, ella sin poder creérselo se echó a llorar y ante los ojos de sus hermanos, lo besó con gran embeleso.

Los generosos ingresos que le estaban proporcionando las obras, le había brindado la posibilidad de comprar los pasajes, por lo que no dudó ni un segundo en regalarle felicidad a su esposa.

Robert costearía el pasaje de Nadya, él había tratado de ahorrar para poder visitar a su hermana, pero Jason había enfermado y todos los ahorros se los consumió la clínica; apenas estaba creando un nuevo fondo monetario para viajar, cuando Ralph lo contactó y le dijo lo que tenía planeado, realmente se sintió avergonzado por aceptar, pero tenía muchas ganas de ver a Candice.



Apenas la avioneta tocó tierra, las lágrimas de Candice se desbordaron y el corazón quería salirse del pecho. Cada minuto parecía una eternidad y cuando por fin sus hermanos y cuñada empezaron a bajar, se echó a correr.

Los tres hermanos se unieron en un fuerte abrazo, tratando en ese instante hacer polvo el tiempo que estuvieron alejados. En medio de besos y lágrimas, preguntaron el uno por el otro, se contaron algunas cosas.

Cuando rompieron el abrazo, Robert no podía dejar de acariciarle el cabello y el rostro a Candice. Sin duda, estaba más bronceada y había ganado algunas libras, acentuando con eso las hermosas curvas de su cuerpo, que ya no eran las de una chica virgen, sino las de una mujer que se había convertido en madre.

—Lizzy, no te imaginé tan alta —dijo, admirando los hermosos ojos azules de su hermanita, quien ya la pasaba—. ¡Dios! Si la última vez, me llegabas por los hombros.

—Creo que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos —

desvió la mirada hacia donde se acercaba el esposo de su hermana, al mismo paso de Génesis, quien al parecer no quería que la cargaran, sino que la dejaran caminar.

Verlo en persona se le parecía mucho más al actor y su voz... cada vez que hablaban por la pantalla de la computadora, era como estarlo viendo y escuchando en una de sus tantas películas. Suponía que si no hubiese muerto sería igual a Ralph, pero por el momento, prefirió reservarse una opinión que pudiera resultar inapropiada y lo más importante era ver que su hermana Candice lucía radiante y feliz, como nunca lo había sido.

Con una gran sonrisa, Lizzy acortó la distancia, para ir por su sobrinita.

Candice aprovechó para saludar a Nadya, quien lucía mucho más hermosa, le preguntó por Jason, pero tanto Robert como ella respondieron que se había quedado con los abuelos.

Benjamin saludó a Lizzy, al tiempo que ella cargaba a la niña, con la que inmediatamente hubo afinidad, era como si desde hace mucho hubiesen estado esperando el momento.

Candice, con el corazón brincándole en la garganta mitad miedo, mitad alegría, presentó a Benjamin y a Robert, se quedó a la espera de las sutiles advertencias de su hermano, pero no las hubo; no obstante, estaba segura que de esa su esposo no se libraría.

Desde el pequeño aeropuerto, salieron en un Jeep hacia el pueblo y en el trayecto, Lizzy iba encantada con la playa que bordeaba todo el camino.

—Es hermoso, lo que vi por internet es muy poco comparado con lo que realmente es —comentó con la mirada en las azules aguas, mientras que Génesis iba sentada en sus piernas.

—La isla es hermosa, ya Ralph y yo hemos preparado una agenda, para que conozcan lo más posible.

—Doce días no serán suficientes —comentó Benjamin—. Vamos a otras de las islas, las playas son hermosas, pero los saltos de agua y los pozos son impresionantes. Lizzy, —pidió la atención de la chica—. ¿Te gustaría nadar con las tortugas?

—Me encantaría, quiero ir a muchos lugares... Leí sobre una cascada que se llama Afu Aau y el pozo de aguas cristalinas To Sua Ocean Trench.

—La cascada queda muy cerca de la casa, a unos cinco minutos caminando y desde el jardín podrás escuchar el salto de agua —explicó, mostrándose amable con la familia de Candice, quien en ese momento tenía toda su

atención y su esposa lo miraba sonriente—. To Sua Ocean Trench, no queda en Savai'i, hay mucha información confusa en internet, el pozo está en la costa sur de la isla de Upolu, nosotros nunca hemos ido, así que aprovecharemos esta oportunidad.

—Quiero visitar todos los lugares posibles, ¿podríamos ir a la cascada?

—Sí claro, aún es temprano... Si no están muy cansados, llegamos a casa, preparamos unos emparedados y nos vamos a visitarla —dijo Candice, quien iba aferrada al brazo de su hermano, porque ese momento le parecía un sueño y quería asegurarse de que sí era su realidad.

En cuanto llegaron a la casa, Lizzy, Robert y Nadya, no pudieron evitar sentirse algo sorprendidos, ya que habían imaginado el lugar tan sencillo como todas las edificaciones que habían visto hasta el momento, pero como si estuviese escondida tras el mismísimo jardín secreto, la casa de Candice era hermosa y realmente lujosa, comparada con las casas de los alrededores.

Candice había acondicionado la tercera habitación para Robert y Nadya, mientras que a Lizzy le acomodó una cama pequeña en la habitación de Génesis, para que todos pudiesen estar cómodos.

Robert por fin conocía al tan nombrado Spoty, el cual se mostraba realmente entusiasmado ante la presencia de Candice.

Lizzy le tenía un poco de temor y no podía comprender cómo Candice permitía que Génesis lo besará, no se trataba de un peluche.

Nadya y Candice se encargaron de preparar los emparedados y algunas bebidas refrescantes, mientras se ponían al día y Candice se interesaba en saber sobre su hermano Ronny y sus padres, en especial por la señora Rose.

A la cascada los acompañó Aloiki, quien quedó totalmente encantado con Lizzy, tanto como para sentirse realmente intimidado y no poder ocultar el sonrojo en sus mejillas.

Poco a poco se armó de valor y su mejor manera de impresionarla era llevándola a los toboganes naturales o invitándola a lanzarse desde lo alto de la cascada.

Candice y Benjamin jugaban con Génesis, disfrutando del agua cristalina del pozo. Robert y Nadya los admiraban, sintiéndose muy felices y agradecidos de estar en ese paradisíaco lugar, de tierras casi vírgenes.

—Aquí nos casamos y bautizamos a Génesis —comentó Candice a su hermano.

—Es un lugar increíble, muy impresionante... comprendo por qué no

quieres regresar a América.

—Este es mi hogar, aunque espero algún día volver a América por unas vacaciones.

—¿Cómo van con las obras de teatro?

—Bien, la próxima semana vamos a iniciar la construcción del edificio — explicó Benjamin, sintiéndose orgulloso de lo que había logrado en tan poco tiempo, pero con mucha dedicación y esfuerzo.

Esa noche de regreso a la casa, después de la cena, se quedaron conversando hasta muy tarde, todos soltaron sonoras carcajadas cuando Candice les comentó que lo único a lo Ralph aún no se acostumbraba, era al canto de los grillos.

Al día siguiente después del almuerzo, decidieron ir a la playa, donde se quedaron a pasar la noche, después que los esposos les dijeran que los mejores amaneceres se disfrutaban desde la orilla de esa playa, mientras las olas le ofrecían la más relajante de las melodías.

Se ubicaron en *fales*, eran construcciones típicas de Samoa, que estaban a lo largo de la orilla de la playa.

Los fales eran estructuras ovaladas o circulares, rodeadas con postes de madera que sostenían un techo abovedado, hecho con palmas secas y sin ningún tipo de paredes.

Llevaron algunos almohadones y sábanas, también cortinas que colgaron alrededor de los fales, para que fungieran de pared y así evitar un poco los insectos y la brisa fría.

La noche la pasaron en la orilla de la playa, alrededor de una chispeante y calurosa fogata, mientras comían malvaviscos.

En un momento inesperado pero muy especial, Robert sacó de uno de los bolsillos de su bermuda, una cajita negra de terciopelo y con el corazón brincándole en la garganta, le propuso matrimonio a Nadya, quien en medio de lágrimas y besos le dio el sí que había guardado por tantos años.

Después del emotivo momento, decidieron ir a dormir, para poder levantarse muy temprano y así observar el amanecer.

Génesis durmió en una hamaca encima de sus padres, quienes se acomodaron en el suelo de madera, sobre unas sábanas y sin importar lo incómodo del lugar, Candice no pudo resistirse a los avances románticos de su esposo, por lo que tratando de ser realmente todo lo discretos posibles, hicieron el amor.

Las olas de la playa y las risas de Robert y Lizzy, despertaron a Candice. Risueña miró a través de las diáfanas cortinas que se agitaban suavemente con el viento, encontrando a sus hermanos jugando en la blanca arena.

Se sentía realmente plena, todo eso parecía un sueño del que no quería despertar, nada podía ser mejor que lo que estaba viviendo en ese instante.

—Buenos días, hermosa —la voz suave de su esposo caló en su oído y lo sintió abrazándola y pegándose a su cuerpo, brindándole todo su calor.

—Buenos días —gimió complacida y sonriente—. No me lo puedo creer, todo es perfecto, nuestra bebé durmiendo plácidamente, tú abrazándome, amándome; poder ver a mis hermanos felices, tenerlos tan cerca... —tomó la mano de Benjamin y le dio un cálido beso—. Gracias, gracias amor mío.

—Me gustaría que así fuesen todos tus días, quiero hacerte feliz toda la vida... y si después de esta vida hay algo más y Dios me permite seguir a tu lado, juro que seguiré haciéndote feliz, porque eres lo mejor que me ha pasado. Te amo “mi salvación”.

Ella disfrutó de cada palabra susurrada por él y de sus hermosas promesas.

FIN

EPÍLOGO

Candice se encontraba sentada bajo uno de los frondosos árboles del jardín de su casa, concentrada en el sonido del salto de agua y el canto de los pájaros, mientras que la suave brisa movía ligeramente sus cabellos.

Estaba realmente feliz, porque después de diez años volvía a América, solo esperaba la llegada de Robert, quien llegaba al día siguiente a visitarlos por un par de días y luego regresaría junto con ellos.

Benjamin y ella habían planeado que su tercer hijo naciera en Los Ángeles, también estaban ansiosos por conocer a Roger, su sobrino de dos años. Serían tres meses compartiendo con su familia, a la que también integraban a Emma, la pareja de Lizzy, con quien ésta llevaba ya algunos meses viviendo.

—¡Mami! ¡Mami! —La tierna voz de su hijo, la hizo volver a la realidad, percatándose en ese momento de que no había avanzado en el guion, que por cierto, debía tener listo para el fin de semana.

En lo que podía ayudaba a Benjamin con todas sus ocupaciones dentro del teatro, después de nueve años trabajando hombro a hombro con él, habían alcanzado realizar el sueño que una vez tuvo Aloiki, con el que le permitió a Benjamin ver cumplidos todos sus anhelos e incluso más allá de lo que nunca soñó.

Ella por su parte, había aprendido a realizar algunas cosas y con eso lo apoyaba, sobre todo con la creación de los guiones, como estaba haciendo en ese momento; sin embargo, ella seguía preparando sus dulces y vendiéndolos a la gente del pueblo.

Muchas veces extrañaba a Aloiki, quien se había marchado a Los Ángeles para estudiar actuación, aunque sabía que dentro de poco también lo vería en América.

—¿Qué sucede mi pequeño Noé? —le preguntó con una dulce sonrisa, al tiempo que lo cargaba y lo sentaba en sus piernas.

—Tengo hambre... quiero comer pastel —el niño de cuatro años, de cabellos rubios y hermosos ojos grises, la miraba impaciente.

—Debemos esperar a que llegue tu papi para cantarle cumpleaños a

Génesis y después nos comeremos el pastel... Si quieres puedo darte un poquito de gelatina.

—Quiero pastel —hizo un puchero, pretendiendo convencer a su madre de que le diera un poco del apetitoso pastel que le habían hecho a su hermana.

—Solo debes esperar un ratito —le pidió, agarrando las manos del niño y haciéndolo aplaudir. Inevitablemente jadeó al sentir cómo la piel de su abultado vientre se tensaba, ante el movimiento de su bebé—. Se está moviendo, siente... siente —emocionada, llevó las manitas de Noé a su barriga de siete meses.

Ambos rieron divertidos, viviendo ese hermoso momento al que se estaban acostumbrando y que Noé ansiosamente esperaba.

—¿Cuánto falta mami? —preguntó con el gris de sus ojos brillando intensamente.

—Poquito, algunos días... tenemos que empezar a contar... uno, dos... —Candice tocaba con uno de sus dedos, una a una las yemas de los deditos de su hijo.

La mirada gris de Noé, por un momento se desvió de la cuenta que llevaba su madre y divisó un montón de globos rosados, morados y blancos que atravesaban el campo.

Sin que Candice pudiese retenerlo, se bajó de sus piernas y salió corriendo, justo en el momento en que su padre se acercaba con todos los globos.

—¡Papi! ¡Papi! —Emocionado, repetía los llamados a su padre y corría para ir a su encuentro, sintiéndose completamente atraído por los globos—. ¡Que bonitos! Los quiero, los quiero —se aferró a una de las piernas de Benjamin, casi impidiéndole avanzar.

—Ven aquí —lo cargó y le dio un beso en la sonrojada mejilla, mientras que en la otra mano retenía los globos—. ¿Cómo estás?

—¡Bien! —dijo con la mirada fija en los globos, los que el viento agitaba.

—¿Bien? ¿Solo bien? ¿Acaso no estás feliz porque tu padre está de regreso? —preguntó, viendo los chispeantes ojos grises de su pequeño.

—Sí, estoy muy feliz... —le regaló una sonrisa, para esconder su gesto apenado—. ¿Son para Génesis? —preguntó sin poder desviar la atención de los globos.

—Son para celebrar su cumpleaños, pero después los dos podrán jugar con ellos —avanzó en su camino hasta donde estaba su esposa.

Candice se levantó, sintiéndose realmente feliz por el hermoso detalle de

Benjamin, al llevarle esos globos a Génesis.

—Hola hermosa —saludó, acercándose a los generosos labios de Candice.

Ella le ofreció ese beso que él anhelaba, reviviendo intensamente la pasión y el amor que los había hecho dichosos por tantos años.

—¿Y Génesis? —preguntó alejándose un poco y perdiéndose en esa mirada verde, que era más hermosa que el mismísimo color de los bosques.

—Se está vistiendo... no permitió mi ayuda, quiso hacerlo sola porque quiere sorprendernos, me dijo que quiere parecer una princesa para su padre —comentó y su mirada se escapaba a los labios sonrojados de Benjamin.

Él adivinó esas ganas que en ella latían, por lo que volvió a besarla con infinita premura, mientras intentaba mantener los globos que Noé pretendía quitarle.

—Aprovechemos y colguemos los globos —propuso en medio de los besos, antes de que su hijo terminara por arrebatárselos.

—¡Sí! —La voz de Noé se hizo sentir.

Candice le ayudó a Benjamin con el niño, quien no dejaba de parlotear. Para sus cuatro años, era más astuto que la propia Génesis, quien ese día cumplía diez.

Al entrar a la casa, trataron de ser silenciosos, para que Génesis no los sorprendiera antes de tiempo. Benjamin se encargó de adornar el comedor con los globos, creando un arco sobre la mesa, en la que Candice había puesto el pastel y sobre unas bandejas había galletas y golosinas.

Noé, a escondidas de sus padres, tomó una galleta y se metió debajo de la mesa, para que no se dieran cuenta de que se la estaba comiendo antes de tiempo.

Benjamin y Candice quedaron satisfechos con la sencilla pero emotiva decoración, que hicieron para celebrar el cumpleaños de su niña. Al finalizar, ambos estuvieron de acuerdo que ya era hora de que ella se diera cuenta de lo que habían preparado.

—¡Génesis he llegado! —La llamó Benjamin, sin poder ocultar su emoción, pero no obtuvo ninguna respuesta, esperó algunos segundos y volvió a anunciar su llegada—. ¡Génesis, llegó papá! —la niña seguía sin aparecer.

En los ojos de Candice irremediablemente se reflejó la angustia y Benjamin decidido ir en su busca. Con el corazón brincándole en la garganta caminó hasta la puerta de la habitación de Génesis; justo antes de aferrarse al

pomo, la niña abrió, apareciendo y haciendo polvo la angustia de sus padres.

Génesis salió sonriente y sonrojada, caminó con lentitud hacia sus padres ataviada con un hermoso vestido blanco de falda armada y de varias capas, las cuales se arrastraban en el suelo.

Ella había elegido ese vestido y le había pedido a su madre que no se lo mostrara a su papá, porque quería sorprenderlo.

Candice la miró con devoción, su pequeña se veía hermosa, tan delicada y tan elegante.

Benjamin se tragaba las lágrimas y otras tantas las tenía al filo de los párpados, nunca en su vida se había sentido tan orgulloso, su niña era realmente hermosa, no podía evitar que la melancolía lo golpeará, esos diez años habían pasado muy rápido y temía el momento en que su pequeña creciera y abandonara el nido, para formar su propia familia, no quería hacerse a la idea de que algún día se convertiría en una mujer independiente, anhelaba que toda la vida necesitara de su mano para andar.

—Estoy lista —dijo con su voccecita temblorosa por las emociones y dio una vuelta, para mostrarse ante su padre con una brillante sonrisa.

—¡Eres una princesa! —exclamó Benjamin totalmente emocionado y la cargó, dejándole caer en las mejillas todos los besos que en ese momento quería darle—. Eres la princesa más linda del planeta y de la historia —confesó mirando a los ojos azules de Génesis.

—Gracias papi —dijo completamente sonrojada y emocionada.

En ese momento, Candice empezó a aplaudir y le hizo un ademán a Benjamin, el cual entendió perfectamente, por lo que bajó a la niña y de la mano la llevó al comedor.

El rostro de Génesis reflejó felicidad ante la sorpresa que le habían preparado y en ese momento Noé salía de debajo de la mesa.

—Gracias papi —miró a su padre y desvió la mirada hacia su madre—. Gracias mami, ¡me encanta! —dijo dando saltitos y aplaudiendo.

—¡Cumpleaños feliz! —empezaron al unísono Candice y Benjamin, al tiempo que él encendía la vela con el número 10 en rosado—. ¡Cumpleaños feliz! ¡Te deseamos todos!

—Pide un deseo mi vida —solicitó Candice, sin dejar de sonreír emocionada y orgullosa, mientras que Noé aplaudía.

—Quiero que mi tío llegue rápido —dijo emocionada y sin darle tiempo a sus padres de recordarle que debía hacerlo mentalmente. Aún no se

acostumbraban a que Génesis siempre pidiera sus deseos en voz alta.

Todos aplaudieron, disfrutando de ese momento emotivo, por fin le dieron del anhelado pastel a Noé, quien se comió dos rodajas.

Ante la mirada sorprendida de Benjamin Candice se quitó por primera vez la cadena con la medalla de la virgen María que colgaba de su cuello y se la puso a su hija, quien también miraba sin poder creerlo y con los ojos inundado en lágrimas por la emoción porque sabía lo especial que eso era para su mamá.

—Gracias —chilló con su tierna voz algo ronca y se abrazó fuertemente a Candice.

—Solo espero que la conserves siempre —pidió dándole un beso en la frente.

—Eso haré mami, prometo que nunca me la quitaré, voy a cuidarla toda mi vida —la empuñó fuertemente y después volvió a mirarla sin poder creerlo.

Benjamin propuso que salieran al jardín a jugar con los globos y con Spoty, el cual ya era un gran cerdo de unos 80 kilos y comúnmente paseaba a Noé, quien le gustaba subírsele.

Los globos empezaron a adornar el jardín y todos corrían detrás de las esferas de colores, pero Candice no lograba llevarles el ritmo a los demás, por el peso de la barriga, por lo que abandonó el juego para descansar y se fue a la banca que estaba bajo el árbol.

Desde ese lugar tenía la mejor vista, observaba a Benjamin jugando con sus hijos, como si fuese un niño más, soltando risotadas que inevitablemente a ella la contagiaban.

Cuando decidieron jugar a las escondidas, ella una vez más se sumó y le tocó contar. Se llevó las manos al rostro para cubrírsele, pero de vez en cuando separaba los dedos para hacer trampas, haciendo el juego más divertido.

Ella se sentía la mujer más dichosa del mundo y le dio gracias a Dios por todo lo que le había ofrecido, por la oportunidad que le había brindado a Benjamin; pero sobre todo, porque el mal se había alejado de sus vidas de manera definitiva. A modo de agradecimiento, iba todos los domingos a la iglesia con su familia.

Después de contar, fue en busca de sus hijos y esposo, encontrando primero a Noé, quien se había escondido detrás de las sillas del porche, después encontró a Benjamin, quien había elegido subirse a un árbol, Génesis

había sido más inteligente y tardó mucho en encontrarla, ella había salido de la propiedad, así que realmente no la encontró, sino que fue la niña quien tuvo que regresar a la casa.

Candice pidió otro descanso y regresó una vez más a la banca, Benjamin jadeante también la siguió, mientras que los niños siguieron jugando, al parecer sus energías eran inagotables.

Benjamin se dejó caer acostado en la banca, descansando la cabeza sobre el regazo de Candice y empezando a repartirle suaves besos en la barriga, mientras ella le acariciaba los sedosos cabellos que tanto amaba y que Génesis había heredado.

—Te amo, hermosa —susurró mirándola a los ojos, le tomó la mano y la besó con infinita ternura—. Gracias por ser mi vida.

—Yo también te amo de la misma manera... ¿Lo sabes, verdad? ¿Sabes que todo lo que tengo, todo lo que soy, es para ti y para esta hermosa familia que me has brindado?

Benjamin se incorporó y se puso de rodillas frente a ella, acunó el rostro sonrojado de su esposa y la besó con infinita devoción, queriendo hacer ese momento eterno.

La noche llegó y ellos estaban exhaustos pero felices. La celebración familiar casi llegaba a su fin, ya se habían bañado y puestos sus pijamas.

Se encontraban en la sala, Benjamin cargaba a Génesis como si de un bebé se tratara y de igual manera Candice arrullaba a Noé.

—Papi, ¿podemos cantar un poco? —pidió Génesis, jugueteando con uno de los botones del pijama de su padre.

—¿Cuál canción quieres que cantemos? —preguntó, admirando los ojos azules de su hija, donde se reflejaba el cansancio.

—La de Tarzán —dijo en un murmullo.

Benjamin empezó a buscar en su memoria, tratando de recordar cómo empezaba la canción de esa película de Disney que tanto le gustaba a sus hijos y que en más de una ocasión, habían dicho que Tarzán vivía en el bosque de Savai'i y esperaban algún día verlo saltando entre los árboles.

—Ven, deja de llorar —empezó a cantar Génesis, sin esperar a que su padre recordara cómo empezaba la canción, pero eso fue suficiente para que todos los demás siguieran el tema.

Todo estará bien

**Solo toma mi mano, tómala fuerte
Yo te protegeré, de todo lo que te rodea
Yo estaré aquí, no llores...**

Benjamin cantaba bajito, mientras le acariciaba el cabello a la niña y ella al igual que su madre y su hermanito, acompañaban a la voz de su padre.

**A pesar de ser tan pequeño, pareces tan fuerte
Mis brazos te sostendrán
Manteniéndote seguro y caliente
Este vínculo entre nosotros no puede romperse
Yo estaré aquí, no llores.**

**Porque tú estarás en mi corazón
Sí, tú estarás en mi corazón
Desde ahora y para siempre...**

Benjamin cantaba, perdido en los ojos azules de su hija y ella se perdía en la mirada de su padre, quien le cantaba con todo su amor.

Mientras que Candice miraba a Noé, entonando melodiosamente la canción, el niño apenas se la estaba aprendiendo y seguía la voz de su madre, al coro hermoso de una familia feliz.

En la siguiente estrofa los esposos buscaron sus miradas, por instinto y amor, fundiéndose el azul con el verde, mientras ellos se tomaron de las manos y temblaban ante las emociones que los invadían.

**No importa lo que digan
Estarás aquí, en mi corazón
Por siempre...**

Los niños terminaron rendidos y ambos los llevaron a la habitación que compartían, los acostaron en sus camas, dejándole la bendición de Dios y de sus padres, mientras le besaban la frente. Admiraron a sus niños por varios minutos y después se fueron a la cama, donde el sueño los venció rápidamente.

Serían alrededor de las cinco de la mañana, cuando la señora Sailele despertó algo sobresaltada, al escuchar un inusual bullicio proveniente del exterior.

Al asomarse por la ventana, vio a varias personas corriendo hacia la casa de los señores Dankworth, inevitablemente su mirada se movió en esa dirección y el corazón se le cargó de angustia, al ver el cielo iluminado a consecuencia de las llamas impiadosas que devoraban la casa.

Corrió hasta la cama y empezó a zarandear a su esposo.

—Edega... Edega levántate... levántate —no dejaba de moverlo y él apenas se sacudía el sueño—. La casa de los Dankworth se está incendiando —jadeó con la voz cargada de angustia.

La mujer se calzó y salió corriendo con el corazón desbocado, mientras su esposo la seguía. A medida que se acercaban, su angustia aumentaba al ver a todo el mundo desesperado, tratando de apagar el incesante fuego.

Al llegar a la casa, las lágrimas se le desbordaron, al igual que a su esposo, se sentía impotente, porque nadie quería entrar.

Segundos después, entre la multitud se dejó escuchar un grito conforme el techo se desplomaba.

—¡Mi papi! ¡Mi mami! ¡Noé! —Génesis suplicaba en medio de sollozos.

—Tranquila pequeña Génesis, no llores, no debes ser débil... —la dulce voz del hombre de ojos grises y cabellos rizados, que la tenía sentada en las piernas, trataba de calmarla.

En medio del momento de desesperación, ninguno de los habitantes se detenía a mirar al hombre, todos estaban en medio de una bruma de incredulidad e impotencia, todos lloraban a los queridos esposos Dankworth, que tanto bien le habían hecho a la comunidad, aunque hasta el momento nadie había pensado en sus hijos.

—Yo no quise... no quise... se me cayó la vela... ¿Por qué mi papi y mi mami? Noé... Noé... —sollozaba temblando, no importaba que el señor tratara de calmarla, no conseguía hacerlo.

—No... no te arrepientas, sí quisiste hacerlo, lo hiciste porque tu papá me desobedeció y como tú eres una niña muy buena, no me desobedecerás —le puso un dedo sobre la sonrojada nariz de la niña y le sonreía. Siempre le costaba un poco más manipular a los niños, porque eran de almas puras y no aguardan sentimientos negativos que él pudiera alimentar, no había rencor, ni odio dentro de ellos. Entre más pequeños eran, más apegados a la piedad

estaban, pero después de casi diez años, finalmente lo había logrado.

—No lo haré... no lo haré —negó en medio de sollozos, sin poder ocultar su miedo y su dolor—. Ya no tengo casa... ya no tengo nada.

—Sí... sí tendrás casa, en un rato vendrá tu tío y te llevará, te irás con él. Prometo que no te dejaré, que siempre te visitaré —dio su palabra, mientras le acariciaba los cabellos—. Ahora, quédate aquí tranquilita, no puedes decirle a nadie que tú lo hiciste, no me desobedezcas —le advirtió, al tiempo que la sentaba a un lado de la banca, desde donde Iblis había admirado cómo la casa había sido consumida por las llamas.

Génesis solo negó con la cabeza, sintiéndose presa del pánico y la desolación, le tenía miedo a ese señor, pero no pudo evitar hacer lo que le había pedido, ni siquiera le permitía concentrarse en la escuela, siempre la visitaba fuera de casa. Le decía que no podía entrar en ella, porque no lo habían invitado y aunque ella no lo invitó, terminó por convencerla de que dejara caer la vela en su cama y saliera de la casa.

Iblis desapareció, para él diez años no significaban absolutamente nada, el tiempo no era algo importante para alguien que llevaba muchos siglos merodeando por la tierra. Dejó a Génesis llorando desconsoladamente la pérdida de su familia, mientras los habitantes intentaban inútilmente apagar el fuego.

Cuando Robert llegó, el alma se le escapó del cuerpo ante la noticia con la cual fue recibido, la casa de su hermana se había convertido en un montón de escombros negros, con Ralph, Candice y su sobrino Noé dentro. Sin poder evitarlo, se echó a llorar como un niño.

—Llegamos tarde señor... no nos dio tiempo... ¿Quién es usted? —Le preguntaban las personas que se le acercaban, a la vez que continuaban con sus comentarios—: Que Dios los tenga en su gloria... Lo sentimos mucho... —él no podía más que llorar y llorar.

Sentía que todo le daba vueltas, mientras pensaba cómo le diría a Lizzy y al resto de la familia lo sucedido. La vecina de Candice se lo llevó hasta su casa, ahí se encontró a su sobrina, abrazada al gran Spoty, mientras lloraba.

—Génesis —la llamó con voz temblorosa, intentando limpiarse las lágrimas para brindarle fortaleza a la niña.

Génesis al verlo, rompió en un llanto desesperado, soltó al cerdo y corrió hasta su tío, quien la cargó e intentó consolarla, mientras le acariciaba la espalda, pero no servía de mucho, porque él aferrado a su sobrina, también

lloraba desconsoladamente.

Robert hizo todos los preparativos para llevarse los cuerpos a América, había venido a buscarlos porque querían visitar su país, pero sabía que al llevárselos sería de manera definitiva y Candice incontables veces le había dicho que la isla era su paraíso, que ese lugar era su Edén personal; sabía que allí querría descansar su hermana, junto al gran amor de su vida.

Génesis estuvo de acuerdo en que a sus padres les encantaba su casa y le indicó a su tío el lugar donde su madre pasaba todas las tardes, bajo el gran árbol que todos los días le daba sombra.

Y justo ahí enterraron los restos de su sobrino, su cuñado y de su hermana junto a su bebé no nacido.

—Quiero creer que mis papis y mis hermanitos solo están durmiendo — dijo la niña en medio del llanto, mientras le ponía flores a las tumbas.

—Así es, solo están durmiendo —le dijo Robert, a quien le temblaba la barbilla y le acariciaba los cabellos a la niña, mientras leía una vez más el epitafio que su sobrina había elegido.

Tú estarás en mi corazón Desde ahora y para siempre...

Era un fragmento de esa última canción que cantó junto a sus padres. Detrás de ellos, casi todo el pueblo seguía llorando la pérdida de unas personas tan queridas.

Todo el mundo le preguntaba qué harían con el teatro del señor Ralph, él no sabía qué respuesta darles, no tenía la más remota idea, solo quería que todo eso fuese una pesadilla.

Con los días que pasó en la isla, preparando la documentación de Génesis y los permisos de Spoty, alguien le contó la historia de cómo había surgido el teatro, entonces no lo dudó más, el teatro se lo dejaría a Aoliki, a quien esperaba contactar apenas llegara a Los Ángeles.

Robert emprendió su viaje a América, llevándose a Génesis y a Spoty, porque sabía que su hermana no le perdonaría que lo dejara abandonado.

“Y el Señor dijo a Satanás: ¿De dónde vienes?
Satanás respondió: De recorrer la tierra y de andar por
ella.”

Job 1:7

PADRE NUESTRO

**Padre nuestro que estás en el cielo
Lleno de toda clase de problemas
Con el ceño fruncido
Como si fueras un hombre vulgar y corriente
No pienses más en nosotros.**

**Comprendemos que sufres
Porque no puedes arreglar las cosas.
Sabemos que el Demonio no te deja tranquilo
Destruyendo lo que tú construyes.**

**Él se ríe de ti
Pero nosotros lloramos contigo:
No te preocupes de sus risas diabólicas.**

**Padre nuestro que estás donde estás
Rodeado de ángeles desleales
Sinceramente: no sufras más por nosotros
Tienes que darte cuenta
De que los dioses no son infalibles
Y que nosotros perdonamos todo.**

Nicanor Parra.

Play List

The pretty reckless – You

Ed Sheeran - Kiss me

The Pretty Reckless - Sweet Things

LMFAO - Sexy and I Know It

Lifeline - Falling

Eminem ft. Rihanna - The Monster

Katy Perry - Teenage Dream

OneRepublic - If I Lose Myself

Chris Isaak - Wicked Game

JAY Z ft David Guetta - Tom ford

Paloma Faith - Only love can hurt like this

Sia - Fire Meet Gasoline

Rolling Stones - Sympathy for the Devil

Maroon 5 - Animals

Jessie Ware - Say You Love Me

Israel "IZ" Kamakawiwo'ole - Somewhere Over the Rainbow

Phil Collins - You'll Be in My Heart

**CONTACTA CON LA AUTORA VENEZOLANA
LILY PEROZO**

Twitter: @Lily_Perozo
Página oficial en Facebook: Lily Perozo
Correo: Perozolily@Gmail.com
Instagram: Lily Perozo